

Doña Mercedes de Castilla, traducida por Pedro Alonso O’Crowley

JUAN JESÚS ZARO
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

1. Introducción

Doña Mercedes de Castilla o El Viaje a Catay, traducción de la novela de James Fenimore Cooper *Mercedes of Castile or The Voyage to Cathay*, publicada en Boston por Lea and Blanchard en 1840, fue publicada en Cádiz por la Imprenta de la *Revista Médica* en 1841. La traducción fue realizada por Pedro Alonso O’Crowley, uno de los nueve hijos de D. Pedro Alonso O’Crowley (1740-1817), descendiente de una familia irlandesa establecida en Cádiz en 1731 (Antón Solé, 1965: 153). Cómo llegó a manos de O’Crowley el original en tan escaso intervalo de tiempo es difícil de imaginar, pero lo cierto es que un año después de su publicación en los Estados Unidos la novela de Cooper era ya publicada en Cádiz en lengua española. Esta traducción se publica el mismo año que la primera traducción francesa de la novela, *Mercédès de Castille*, efectuada por Auguste-Jean-Baptiste Defauconpret (1767-1843), traductor de Cooper y Scott al francés, si bien la traducción francesa es el volumen octavo de un programa traductor mucho más ambicioso, el de las *Oeuvres* de Fenimore Cooper publicadas por el conocido impresor parisino Furne & Cie, Charles Gosselin. La novela viene precedida por una introducción biográfica y literaria escrita por Charles Romey, autor, entre otras obras, de una famosa *Histoire d’Espagne*.

Mercedes of Castile está considerada hoy unánimemente como una de las obras de Cooper menos conseguidas y, de hecho, es también de las menos conocidas y publicadas. El afán de Cooper por ser fiel a los acontecimientos históricos, basándose en tres fuentes principales — *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* de Washington Irving (Londres, 1828), *History of the Reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic* de William H. Prescott (Boston, 1837) y el *Diario de Colón* compendiado por Fray Bartolomé de Las Casas traducido por Kettell (*Personal Narrative of the First Voyage of Columbus to America*; Boston, 1827)—, influyen en la secuenciación narrativa de la obra (Madison 1984), de modo que su lectura se hace larga y farragosa. Sin embargo, la novela llega a España en un período de admiración e interés hacia lo americano, sobre todo por parte del sector liberal de nuestro país (Lanero y Villoria, 1996: 14), que explica en parte el éxito entre el público lector español de Cooper, cuyas

novelas habían comenzado a traducirse al español y a editarse desde 1831¹. Y, de modo más concreto, la visión norteamericana del descubrimiento y colonización española de América también interesaba en España. Pruebas de ello son las tempranas primeras traducciones de los *Viajes de Colón* de Irving (José García de Villalta, 1833) y de las obras de Prescott *Historia de la conquista de México* (José María González de la Vega, 1843), *Historia del reinado de los Reyes Católicos* (Pedro Sabau y Larroya, 1845) e *Historia de la conquista del Perú* (traductor anónimo, 1847).

2. El traductor

O'Crowley (cuyas fechas de nacimiento y defunción desconocemos) es uno de los traductores andaluces más conocidos y prolíficos del siglo XIX y el más activo de los que trabajaron para la Imprenta de la *Revista Médica* de Cádiz. Tradujo del inglés y del francés: como traducciones localizadas con autoría reconocida pueden citarse *El Spelling Book con reglas claras y sencillas para leer en inglés...* (1841), y las de *A la reina no se le toca* de Masson (1841), *La nave fantasma: leyenda de la mar* de Frederick Marryat (1841), las *Memorias de María Fortunata Capelle, viuda de Laffarge* (1842), *El barbero de París* de De Kock (1842), *Los pretendientes* de Soulié (1843), *El palacio* de Lambert (1843), y *Guy Mannering o El Astrólogo* de Walter Scott (1843), todas ellas publicadas por la citada Imprenta de la Revista Médica. Como traducciones no localizadas pueden citarse *Bigotes* de De Kock (1841) y *La condesa Hortensia* de Jacques Méry (1843). La última traducción conocida de O'Crowley parece ser la de *El paraíso perdido* de Milton, incluida en la obra *Las cinco joyas épicas* (Madrid: Imprenta de Gómez y Fuente, 1844), libro tampoco localizado en ninguna biblioteca.

3. Traducciones de *Mercedes of Castile*

Mercedes of Castile ha sido traducida al español en otras ocasiones. La segunda traducción fue publicada en 1847 por la Imprenta de D. Agustín Espinosa, en Madrid, en un volumen en el que también se incluye la novela *El bañista de Diepe* de Roger de Beauvoir. En ninguna de estas dos obras, que comparten el mismo volumen, aparece el

¹ Por citar un ejemplo que demuestra el conocimiento del escritor norteamericano en una publicación española periférica, Lanero y Villoria (1996:82) mencionan el artículo biográfico sobre J. Fenimore Cooper aparecido en la revista malagueña *El Guadalhorce* en su número de 23 de junio de 1839, p. 125-126.

nombre del traductor. Es una traducción dividida en cinco tomos, pero con la numeración de capítulos correlativa, en la que se han suprimido la mayoría de las citas situadas al comienzo de cada capítulo y las notas al pie de la traducción de O’Crowley, de las que sólo se mantienen cuatro. La misma traducción apareció, con el título *Cristóbal Colón*, publicada por Mellado en Madrid en 1852. Se trata de una edición profusamente ilustrada que forma parte de la colección “Biblioteca española”, en la que tampoco figura el nombre del traductor.

La siguiente versión, publicada en México por la conocida imprenta de Andrade y Escalante en 1857, es la misma que la de O’Crowley. Luego hay tres traducciones más: la de Ángel Pérez (Barcelona: Imprenta Luis Tasso, 1863), que es básicamente copia de la de O’Crowley con mínimas alteraciones y nuevas o reformadas notas al pie²; la de Jesús de Amber (París: Garnier Hermanos, 1915), y finalmente la publicada en Madrid por Editorial Tesoro en Madrid en 1952 para su colección “Capa y espada”, en realidad una adaptación de la novela original publicada en rústica dividida en veinticinco capítulos y una conclusión.

Conclusiones

Esta traducción se enmarca en el conjunto de obras literarias traducidas por la Imprenta de la *Revista Médica* de Cádiz en las décadas centrales del siglo XIX. Pedro Alonso O’Crowley es uno de los traductores más destacados que trabajaron para la citada Imprenta, y su traducción, a falta de más datos de investigación, podría ser una muestra de las prácticas editoras seguidas por la institución gaditana, entre ellas la supresión del prólogo original y la falta de una revisión a fondo, que explica otros errores evidentes, no corregidos. Sí lo es, evidentemente, del estilo de traducción de O’Crowley, que podría definirse, *grosso modo*, como proclive a la naturalización, o a la aceptabilidad en la cultura receptora, pero en términos moderados y sensiblemente distintos a los de otros traductores coetáneos.

El *habitus* del traductor, en este caso, podría justificar algunas de las decisiones tomadas. Sirvan como ejemplo el más que posible bilingüismo de O’Crowley, por su

² No se encuentra en ella, por ejemplo, la famosa nota a pie de página que está en la página III-91 de la traducción de O’Crowley.

origen irlandés, que podría explicar su contención a la hora de naturalizar, y su educación católica y tradicional, presente en muchos detalles de la traducción.

En sí, la historia de las traducciones de la novela de Cooper al español demuestra una progresiva pérdida de interés por la historia narrada en *Mercedes of Castile*. Además, como ya se ha dicho, los críticos especialistas en la obra de Cooper la consideran hoy una de sus obras menos logradas. Con todo, la visión externa y distanciada del descubrimiento de América que se ejerce en esta crónica novelada siempre debería provocar interés en España, por lo que quizá haya espacio para una nueva traducción de la novela.

Bibliografía

1. Fuentes primarias:

COOPER, Fenimore (1840): *Mercedes of Castile or the Voyage to Cathay*. Boston: Lea and Blanchard.

COOPER, Fenimore (1841): *Doña Mercedes de Castilla o El viaje a Catay*. Cádiz. Imprenta de la *Revista Médica*.

2. Fuentes secundarias:

ANTÓN SOLÉ, Pablo. (1965): «El anticuario gaditano Pedro Alonso O’Crowley». *Archivo hispalense*. 136. 151-166.

KLIBBE, Lawrence H. (1989): «La visión de España en la novela de Cooper *Mercedes of Castile*.» *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Barcelona: PPU. 1319-1328.

LANERO, J. J. y Secundino VILLORIA (1996): *Literatura en traducción. Versiones españolas de autores americanos del siglo XIX*. León: Universidad de León.

LÓPEZ ROMERO, José. (1996-7): «Apuntes para una historia de la novela del siglo XIX en Cádiz: Imprentas, librerías, autores y traducciones». *Philologia Hispalensis*. 11. 309-325.

MADISON, Robert D. (1984): «Cooper’s Columbus». Trabajo presentado en el 5th Cooper Seminar, *James Fenimore Cooper: His Country and His Art* en la State University of New York College at Oneonta, Julio 1984.

<http://www.oneonta.edu/external/cooper/articles/suny/1984suny-madison2.html>

RABADÁN, Rosa (1992): «De la Ilustración al Romanticismo: los O’Crowley». *Livius*. 1. 243-256.

**DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.**

O

EL VIAGE A CATAY.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR EL CELEBRE

INGENIO AMERICANO

J. FENIMORE COOPER.

RADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Pedro A. O'Crowley.

Brindó esta copa á una muger, modelo
Del sexo amable, cuya forma pura
Siendo de astros benéficos hechura,
Las que á la tierra pertenece al cielo.
PINKNEY.

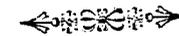
CADIZ: 1841.¹

1. Esto es, sólo un año después de su publicación original en los Estados Unidos (1840) por Lea and Blanchard en Filadelfia. El traductor omite, sin embargo, el prefacio de cuatro páginas escrito por Cooper para esa primera edición.

Esta obra es propiedad de su editor,
quien perseguirá ante la ley al que
la reimprima.

DOÑA MERCEDES

DE CASTILLA.



CAPITULO I.

Llamar tan recio estremece
Las duras losas en redor:
"Abrid! abrid! gritar se oia,
Al Cid Rui-Diaz el Campeador."²

HEMANS.

SEA que examinemos los cuadros
del inimitable Cervantes, ó los de
aquel poco menos agudo escritor,
del cual tomó Le Sage su inmortal leyenda,
y los tomemos á entrambos por nuestros guias;
sea que creamos á puño cerrado en las rela-

2. Fragmento del poema "The Cid's Rising", uno de los *Songs of the Cid* de Mrs. Felicia Hemans, poeta lakista que será ampliamente citada por Cooper en esta novela.

ciones mas severas de la historia, ó confiamos en la autoridad de los viageros modernos, no hallaremos por cierto haber existido una época en que fuesen buenas las posadas de España, ni seguros sus caminos. Estas dos ventajas de la civilizacion parecen negadas por el destino á los habitantes de la Península en todos tiempos: porque desde una era inmemorial siempre se ha oido referir contratiempos padecidos por los caminantes, ya á causa de los ladrones ó de los mesoneros. Si tal sucede hoy, tal era igualmente lo que sucedia á mediados del siglo XV, á cuya época suplicamos al lector permita que su imaginacion retroceda.

A principios del mes de Octubre del año de gracia 1469, reinaba en Aragon Juan de Trastámara, y tenia su corte en cierta ciudad, situada á orillas del Ebro, y llamada Zaragoza, cuyo nombre se supone ser una corrupcion de César Augusta, y que se ha hecho célebre en nuestros tiempos, por sus heroicas proezas, ensalzándola la fama en paises extranjeros bajo la denominacion algo anti-ortográfica de Saragossa. Juan de Trastámara, ó

Juan II, como era mas comun titularle, en conformidad á la nomenclatura de los reyes, era uno de los monarcas mas sagaces de su época; pero se hallaba empobrecido por causa de sus muchas quimeras con los turbulentos Catalanes, ó, como pudiéramos nombrarlos con mayor cortesía, los libres y patrióticos habitantes de Cataluña; así es que le costaba infinito trabajo mantenerse en su trono, al paso que su dudoso dominio se estendia por Aragon, su pais natal, con sus dependencias de Valencia y Cataluña, Sicilia y las islas Baleares, amen de algun derecho á la Navarra, no completamente sin disputa. En virtud de testamento de su hermano mayor y predecesor, habia pasado la corona de Nápoles á un hijo ilegítimo de este; sin cuya ocurrencia, el último nombrado reino hubiera aumentado la lista de sus posesiones. Largo y turbulento habia sido el reinado del monarca de Aragon, y, en el momento á que nos referimos, se hallaba casi agotado su tesoro, por razon de los esfuerzos que hiciera para domeñar á los inquietos³ Catalanes; sus fortunas, empero, estaban próximas

3. *truculent* (feroz, salvaje) en el original (TO, I-14).

á tomar un giro mas favorable de lo que imaginarse pudiera; porque el duque de Lorena, su competidor, murió de repente, solo dos meses antes del periodo que hemos elegido para principio de nuestra historia. Sin embargo, no le es dado al hombre escudriñar lo futuro, y el día 9 del mes antencionado llegó al colmo de sus apuros la miseria de las cajas reales, con motivo de la inesperada exigencia de una crecida cantidad de dinero, al momento mismo en que el ejército se veia en peligro de disolverse por falta de paga, y cuando solo encerraban aquellas la mezquina suma de trescientos *Enriques*, moneda de oro así llamada de uno de los monarcas pretéritos, y cuyo valor aventajaba en muy poco al del moderno ducado. El asunto, no obstante, apuraba demasiado para sufrir demora, y hasta los objetos de la guerra se consideraban como secundarios á los que tenian relacion con este proyecto, súbitamente concebido y de tendencia mas, privada. Celebrábanse consejos, alhagábase ó amenazábase á los prestamistas de metálico, y veíase á los confidentes de la corte en un

estado de manifiesta y profunda inquietud. Pareció en fin haber pasado el tiempo de los preparativos, y hallarse á mano el instante de obrar. La curiosidad dejó de verse inútilmente desasosegada, permitiéndose saber á los habitantes de Zaragoza, que su soberano iba á enviar una solemne embajada, sobre materias de alto importe, á su vecino, pariente y aliado el monarca de Castilla. En el año de 1469, Enrique, tambien de Trastamara, llenaba el trono del contiguo reino, bajo el título de Enrique IV. Este monarca era nieto, por línea de varones, del hermano del padre de Juan II, y por consiguiente primo segundo del rey de Aragón. A pesar de su parentesco, y de los fuertes intereses de familia que pudiera suponerse les coligaban, eran precisas frecuentes embajadas amistosas para conservar la paz entre los dos monarcas; de suerte que el anuncio de la que ahora se preparaba á salir produjo mas bien satisfacción que maravilla en las calles de la ciudad.

No le faltaban tampoco sus cuidados ni sinsabores á Enrique de Castilla, aunque reinaba en un territorio peninsular mas estenso

y rico que el de su pariente de Aragon.⁴ Habíase casado dos veces: la primera con Blanca⁴ de Aragon, á quien repudiara para contraer nuevas nupcias con Juana de Portugal,⁵ princesa de carácter tan notablemente liviano que proporcionará grave escándalo á la corte en general, de manera que al dar á luz una hija, la vió objeto de desconfianza, respecto á su legitimidad, y precipitándose las sospechas al desafecto, privaron eventualmente á la infanta misma de todo derecho al poder real. También el padre de Enrique había tenido dos mugeres, siendo el fruto del segundo enlace un hijo y una hija, Alfonso é Isabela;⁶ cuya última princesa llegó á ser, andando el tiempo, tan famosa, bajo el doble título de reina de Castilla y de la Católica. La lujosa impotencia de Enrique, como rey, había hecho armarse en abierta rebelion á un gran número de sus vasallos. Tres años antes del que ya hemos dicho, habían proclamado á su hermano Alfonso, en su lugar, mientras la guerra civil asolara las diversas provincias de su reino. Terminaron estas turbulencias con la muerte de Alfonso, afianzándose la paz

4. *Blanche* en el original (TO, I-15).

5. *Joanna* en el original (TO, I-15).

6. *Isabella* en el original (TO, I-15).

por entonces en aquellos dominios, en virtud de de un tratado, por el cual consintió Enrique en invalidar el derecho de su propia hija, ó mas bien de la hija de Juana de Portugal, y reconocer á su media hermana Isabel por heredera de su trono. Esta última concesion fué el resultado de una penosa necesidad, y como puede esperarse, condujo á muchas secretas y violentas medidas á fin de inutilizar sus efectos. Entre otros arbitrios, adoptados por el rey, ó mas bien por sus favoritos, pues que eran proverbiales la inaccion é indolencia del soberano egoísta á par que complaciente, á fin de contrarrestar las probables consecuencias que produjera la esperada subida de Isabel al trono, existian varios proyectos para cohibir su voluntad, y guiar su politica: estos se redujeron al principio á casarla con algun súbdito, á fin de restringir su poder, y mas adelante se pensó en enlazarla con varios principes estrañeros, á quienes se creia mas ó menos adecuados para llevar á cabo semejantes designios. En aquellos instantes á la verdad, era el casamiento de la princesa uno

de los grandes objetos de la diplomacia española. El hijo del rey de Aragon se hallaba en la lista de los pretendientes á la mano de Isabel,⁷ y la mayor parte de los que habian sabido la próxima partida de la embajada creia con bastante fundamento que semejante mision estaba relacionada con aquel gran golpe de política aragonesa.

Gozaba Isabela de una alta reputacion como muger instruida, modesta, discreta, piadosa y bella, además de ser la heredera reconocida de una corona tan envidiable, y era por tanto muy crecido el número de sus pretendientes. Entre ellos se contaban varios príncipes franceses, ingleses y portugueses, además del aragonés arriba mencionado. Diversos favoritos apoyaban á los varios candidatos, y bregaban por conseguir sus miras á favor de las acostumbradas intrigas de los cortesanos y partidarios; mientras la régia doncella, que se veia objeto de tal competencia y rivalidad, conservaba un discreto y femenino decoro, aunque resuelta á complacer sus sentimientos mugeriles mas alhagüenos. El rey, su hermano, estaba á la sazón en las provin-

cias del Sur, entregado á sus placeres, y como la princesa ya mucho tiempo se hallase acostumbrada á vivir en soledad comparativa, se ocupaba con todas veras en el arreglo de sus negocios, del modo que, en su dictamen, conduxese mas positivamente á su propia felicidad. Despues de varias tentativas, hechas por los diversos partidarios á fin de apoderarse de su persona, y las cuales habia evitado con el eficaz socorro de sus amigos, acababa de refugiarse la princesa en Leon, de cuya provincia ó reino, como algunas veces se le llamaba, era capital Valladolid, donde la perseguia Isabela fijó su residencia accidental. Entretanto, como aun permanecia Enrique en las inmediaciones de Granada, debemos dar por supuesto que hácia este punto se dirigia la embajada que tanto llamára la atención del pueblo de Zaragoza.

En efecto, salió la cabalgata una hermosa mañana de otoño, por una de las puertas que dan al mediodia. Allí iba la acostumbrada escolta de lanzas, cual lo imperaba el turbulento estado del país; barbudos nobles armados de punta en blanco, pues raro era el hidalgo, quien pu-

7. *Isabella* en el original (TO, I-16). Cooper utiliza indistintamente *Isabel* e *Isabella* para referirse a la reina católica, mientras que el traductor alterna *Isabel* con *Isabela*, pero no de forma coincidente con el autor.

diese ofrecer algun aliciente al saltador ~~que~~ se espusiera á transitar por los caminos ~~sin~~ tal requisito; por fin, una larga sarta de acémilas, y una nube de acompañantes, quienes por su trage parecían medio sirvientes y medio soldados. La lucida expedicion atraía un inmenso concurso de espectadores, entre los cuales se oía, mezclada con alguna que otra prece por su buen éxito, abundancia de congeturas vagas y someras, acerca de su objeto probable y resultado finiquito. Pero la curiosidad tiene sus límites, y hasta la lengua mas habladora llega por fin á cansarse; así es que antes de la puesta del sol la mayor parte de la multitud habia dejado de pensar en el espectáculo de por la mañana, ú olvidádolo completamente. No así dos soldados que se hallaban de guardia en la puerta del oeste, que caía hacia el camino de Búrgos, para quienes, entrada ya la noche, era todavía la embajada asunto de sostenida conversacion.

—Si D. Alonso⁸ de Carvajal piensa caminar muy léjos con semejante comitiva, observó el mas viejo de los dos parleros, hará bien de meter en vereda á su gente, porque jamás

salió del ejército aragonés una muchitanga mas desastrada que la que atravesó hoy la puerta del Sur, apesar de todos los relumbrones de las gualdrapas y el tarára de los clarines. Podía haberse buscado en Valencia copia de lanzas mas adecuadas para servir de escolta á la embajada del rey; óyeme, Diego, y tambien caballeros de mejor talante para mandarlas, que estos de Aragon. Pero, ya que así lo ha querido el monarca, no está bien que se lo murmuramos unos pobres soldados como nosotros.

—Tampoco falta quien piense, Rodrigo⁹ que hubiera sido mejor economizar el dinero que así se derrocha en estas cortesanas liviandades, á fin de pagar á los valientes que tan pródigos fueron de su sangre para sojuzgar á los rebeldes barceloneros.¹⁰

—Eso es lo que siempre sucede, chiquillo, entre el deudor y sus acreedores. Porque D. Juan te debe un puñado de maravedies, le refunfuñas cada Enrique de los que tiene que esponder para sus propias necesidades. Yo soy un soldado mas viejo que tú, y he aprendido el arte de pagarme á

8. Alonzo en el original (TO, I-17).

9. Roderique en el original (TO, I-17).

10. Barcelans en el original (TO, I-17).

mí mismo, cuando la tesorería está demasiado pobre para ahorrarme la incomodidad.

—Eso estaría bien en tiempo de guerra con gente extraña; por ejemplo, cuando se batalla contra los Moros; pero, al cabo y al fin, los Catalanes son tan buenos cristianos como nosotros; algunos de ellos tan leales vasallos; además, que no es tan fácil robar á un paisano como saquear á un infiel.

—Veinte veces mas fácil, bobo; porque el uno lo espera de hecho, y raras veces se le encuentra cosa ninguna que merezca quitársele; al paso que el otro te franquea toda su casa y hacienda con la misma confianza que su corazón..... pero ¿quienes son estos que van á ponerse en camino á una hora tan avanzada de la noche?

—Unas buenas almas que van á caza de riquezas, al mismo tiempo que afectan mirrarlas con el mayor desvío. Apuesto, Rodrigo, á que no se junta entre todos dinero bastante para pagar al criado, que les sirva los huevos cocidos que van á cenar esta noche.

—Por Santiago,¹¹ mi patrono bendito! dijo en voz baja uno de los que hacian cabeza



11. By St. Iago...! en el original (TO, I-18).

de una corta cabalgada, é iba delantero con otro jinete, cual si deseara poca familiaridad con los restantes, y riéndose ligeramente de la pulla del soldado. Ese socarrón dice mas verdad de lo que nos convendría por ahora. Entre todos creo que podremos reunir suficiente metálico para costear una olla podrida;¹² pero no sé si alcanzaria para comprar los postres.

Una grave reprehension que en voz sumisa le dió el compañero, reprinió la irreflexiva chacota del jinete; y la partida, que consistia de mercadéres ó tragineros montados en buenas mulas, segun la apariencia, pues que en aquella época era fácil distinguir los destinos de los hombres por el traje que vestian, hizo alto junto á la puerta. Como el pase que enseñaron para salir de la ciudad estaba en debida forma, descorrió los cerrojos el adormilado y por consiguiente adusto guarda-llaves, para que los viageros prosiguieran en su ruta.

Mientras tenian lugar estas formalidades preparatorias, se apartaron unos cuantos pasos los dos soldados, y se pusieron á exami-

nar con atención aquel grupo, aunque la gravedad española les impedía manifestar abiertamente el desprecio que les inspiraba la vista de dos ó tres judíos que formaban parte de la cabalgada. Los mercaderes eran además de una clase bastante superior, como lo daban á entender un par de sirvientes que iban de comitiva, y se pararon á corta distancia, mientras satisfacían la mezquina gabela que se acostumbraba exigir á los que pasaban por las puertas de la ciudad después de anochecido. Aconteció que uno de estos criados, el cual iba caballero en una excelente y briosa mula, se colocase tan cerca de Diego durante la corta detención, que el soldado, muy hablador por naturaleza, no pudo menos de soltar su pulla.

—Oyes, chico,¹³ comenzó el soldado; ¿cuantos cientos de doblas¹⁴ ganas tú al año por servir á esos Fariseos, y cuantas veces estrenas tus majos coletos de ante?

El sota ó sirviente de los mercaderes, que todavía era joven, aunque sus vigorosas formas y morenas mejillas denotasen que estaba acostumbrado ya á los ejercicios

mas rudos del cuerpo, y que le era familiar la intemperie, hizo un movimiento de sorpresa, y se sonrojó de tan familiar pregunta, que acompañara el soldado con una palmada en el muslo y un apretón de la rodilla, como muestra de franqueza militar. Es probable que la festiva risa de Diego reprimiera la escitada cólera del jinete, porque en las sencillas maneras del soldado se traslucía demasiada bondad de corazón para que sus palabras pudiesen escitar resentimiento.

—El estrujón¹⁵ es bastante cordial, aunque algo brusco, camarada, observó con mansedumbre el servidor; y si quieres tomar el consejo de un amigo, ten presente que el dar suelta á demasiada familiaridad suele proporcionarnos el mejor día un buen par de chichones en la mollera.

—Por San Pedro bendito! quisiera conocer al guapo que.....

Pero el deseo de Diego llegó asáz tarde; porque, habiéndose puesto en marcha sus amos, corrió el mancebo sus aguzadas espuelas en las ancas de la mula, y el fornido animal, saliendo de un bote, por poco atro-

13. *Prithee, Pepe* (TO, I-19).

14. *doblas* también en el original (TO, I-19).

15. *Thy gripe* (TO, I-19)

pellá á Diego que tenía empuñado el pomo de la silla.

—¡Genio tiene el mozo! exclamó el bonazo de Diego, recobrando el equilibrio; pensé que iba á favorecer mis quijadas con una visita de su mano derecha.

—Haces muy mal, Diego, en acostumbrarte á esas liviandades, respondió su camarada; y nada tendría de extraño que el mancebo te hubiese hecho medir con las costillas la santa tierra, en pago del insulto que le ofreciste.

—¿Quién? ¿ese belitré¹⁶ alquilon del hebreo tacaño?—¿Se atrevería á levantarle la mano á un soldado del rey?

—¿Quién sabe si en su tiempo habrá sido también soldado como nosotros? En estos días, á todos los hombres de su talante se les llama para ceñirles el arnés. Me parece que he visto esa cara antes; y en verdad que la he visto cuando ninguno de corazón flojo se atrevía á acompañarle.

—Que! hombre, ese es un simple siervo, un rapazuelo que acaba de salir de la pollera de su madre!

—Yo te aseguro que, en los pocos años que parece contar, ha hecho cara mas de una vez al Catalan y al Moro. Sabes muy bien que los nobles acostumbran llevar á sus hijos desde niños á las lides, á fin de que aprendan desde temprano á imitar las faañas de la caballería.

—Los nobles? repitió riéndose Diego. En nombre de todos los diablos, Rodrigo, ¿qué te se ha metido en la cabeza? ¿Quieres comparar á ese espolique con un jóven hidalgo? Por lo menos le supones un Guzman ó un disfrazado Mendoza, cuando hablas de la caballería.

—Verdad que parece una bobada; pero antes de ahora he observado yo aquel ceño en el día de la lid, y he oído aquella voz firme y sonora en mas de una carga! Por Santiago de Compostela.....! ya caigo en quien pueda ser.... escucha, Diego, una palabra al oído!

El veterano llevó entonces aparte á su juvenil camarada, aunque no había quien pudiese entreoirles, y mirando cuidadosamente al rededor con el objeto de asegurarse de que

sus palabras carecian de otra escucha que los oídos de Diego, le habló por un instante en voz baja.

—¡Santa Madre de Dios! exclamó el otro, retrocediendo tres buenos pasos con sorpresa y temor. ¡Es imposible que sea el que tú dices, Rodrigo!

—Apostaría la salvación de mi alma, repuso el compañero con toda seguridad. ¡Cuántas veces le he visto con la visera alzada, y le he seguido una vez y otra á la refriega!

—¿Y había de ponerse ahora en camino como el soja de un mercader? aun mas, como sirviente de un judío?

—Nuestro deber, amigo Diego, se cifra en dar cuchilladas sin meternos en la razón de la quimera. Aunque sus cajas esten algo apuradas, no deja de ser D. Juan un buen amo, y nuestro jurado rey y señor; así, mas vale obrar como soldados discretos.

—Pero jamás me perdonará el apretón que le di en la rodilla, y la necia parlería de mi lengua. No me atreveré á mirarle á la cara en toda mi vida.

—Bah, hombre! Es probable que no comas

con él nunca á la mesa del rey; y respecto á que te vea en el campo, como tiene costumbre de marchar contra los enemigos el primero, creo que jamás caerá en la tentación de volver la cara atrás para mirarte.

—¿Conque, supones que no será fácil me conozca otra vez?

—Si te vieres cerca de él otro día, no tendrás causa de alarmarte; porque los sugestos como él tienen mayor número de apuntes en la memoria de los que pueden con facilidad recordar.

—La Virgen María te haga buen profeta; pues de lo contrario no me atrevería á presentarme otra vez en mi tercio. Si se tratara de algun favor que yo le hubiese hecho, podría tener esperanzas de que se le olvidara; pero una afrenta suele permanecer largo tiempo grabada en la memoria de algunos hombres.

En esto se alejaron los dos soldados, continuando su diálogo, en el cual amonestaba el veterano á su locuaz compañero sobre la virtud de la discreción.

Entretanto proseguían su ruta los viajeros, con una prisa que denotaba gran des-

confianza de la carretera, y un ansioso deseo de adelantar en su jornada. Caminaron toda la noche, sin aliojar el paso, hasta que la vuelta del sol les espuso otra vez á las observaciones de los curiosos, entre los cuales se suponía haber muchos emisarios de Enrique de Castilla, cuyos agentes, era bien sabido, se hallaban vigilantes en todos los caminos que se comunicaban entre la capital de Aragon y Valladolid, en cuya ciudad acababa de refugiarse su régia hermana. No ocurrió, sin embargo, cosa ninguna que diferenciase este viage del de los tragneros de las demas épocas. Pronto entraron los viajeros en el territorio de Soria, provincia de Castilla la Vieja, en donde se hallaban varias partidas armadas del monarca, custodiando los desfiladeros, sin que su aspecto diese nada que sospechar á los soldados de Enrique, los cuales tambien servian para ahuyentar de los caminos á los salteadores. Cabalgaba todo este tiempo aquel jóven, que habia dado pié á la conversacion entre los dos soldados, á retaguardia de su amo, ocupándose como los demás sirvientes en las faenas de su destino, durante las breves pausas que en la jor-

nada ocurrieron. Por la tarde del segundo dia, y una hora despues que saliese la cabalgada de un meson, en donde se habia refocilado con una olla podrida y un poco de vino agrio el festivo mancebo, que tambien mencionamos antes, y el cual conservaba siempre su puesto á vanguardia junto á su compañero mas grave y entrado en años, soltó de repente una recia carcajada, y refrenando su mula, dejó que toda la hilera le aventajase, hasta hallarse en fila con el antedicho sirviente. Miró este á su reputado amo con un ceño de reconvencion, al verle alinearse con él, y dijo con una severidad, que parecia harto extraña respecto á sus mútuas relaciones:

—¿Qué es esto, Maese Nuñez? por qué abandonais vuestro puesto para dejaros caer á retaguardia, y entrar en familiaridades poco decorosas con los sirvientes?

—Te pido diez mil perdones, honrado Juan, respondió el amo, sin dejar de reirse, aunque era evidente que se esforzaba en reprimir su algazara por el respeto que debia á su interlocutor; pero nos ha acontecido una calamidad que supera á las de las fábulas y

leyendas de todos los nigrománticos y caballeros andantes en el mundo. El digno maese Ferraras, que es tan hábil manejador de monedas, pues que no ha hecho en toda su vida sino comprar y vender paja y cebada, acaba de echar de ménos su bolsillo, el cual, según parece, se quedó olvidado en el meson donde estuvimos ahora poco, ó lo dejó en prendas su dueño por una rebanada de pan duro y una panilla de aceite rancio. Dudo que haya ahora veinte reales entre toda la cuadrilla.

—¿Y es ese un asunto de broma, señor Nuñez? repuso el espolique¹⁷, aunque una ligera sonrisa le arrugaba los labios, cual si quisiese segundar el buen humor de su compañero de camino; ¿es asunto de broma el hallarnos sin un ochavo? Gracias al cielo que no puede estar muy distante el Burgo de Osma; y allí no nos harán tanta falta las monedas. Y ahora, amo mio, permitidme os mande guardar en la cabalgada el lugar que os corresponde, y no olvideis vuestro rango á tal punto que os entregéis á tan indebida familiaridad con vuestros inferiores. Aquí no

me haceis ninguna falta, conque así, volved al lado del maese Ferraras, é informadle de mis simpatias y sincera condolencia por su quebranto.

Sonrióse el jóven, aunque el fingido criado habia vuelto á un lado la cabeza, cual si quisiera respetar sus propias amonestaciones; mientras el otro anhelaba evidentemente alcanzar una mirada de afecto y favor. Al minuto despues se hallaba restablecido el orden de la marcha.

A medida que avanzaba la noche, y llegaba la hora en que los hombres y las bestias dan mayores signos de cansancio, apretaban los viageros sus mulas á mas no poder; y cerca de media noche, á fuerza de menudear el acicate, llegaron á la puerta principal de una pequeña ciudad amurallada, por nombre Osma, que estaba á corta distancia de la raya de la provincia de Burgos, aunque siempre en territorio de Soria. Apenas se halló su mula bastante cerca para permitirlo, el jóven mercader, que cabalgaba delantero, dió recios golpes á la puerta con su vara á fin de avisar de su llegada á los que

17. Mozo que camina delante de la caballería en la que va su amo.

estaban dentro. No fue preciso tirar demasiado de las riendas para que se parasen las mulas de los demás; el fingido sirviente, espoleando la suya, iba á tomar su puesto cerca de los principales personajes inmediato á la puerta, cuando una gruesa piedra lanzada desde el muro pasó silvando tan cerca de su cabeza, que le recordó lo próximo que podía estar á emprender su viage para el otro mundo. Salió un agudo grito de toda la cabalgada, al advertir el peligro de que tan milagrosamente se habia escapado el jóven, y no faltaron recias imprecaciones contra la mano que habia disparado el chino. Por su parte, el que sirviera de blanco parecia el menos alarmado de todos, y aunque su voz era aguda é imponente, al reconvenir á sus agresores, no daba la mas leve muestra de enfado ni descompostura.

—¿Como es esto? dijo; ¿asi se trata á unos traginantes que vienen á pedir hospitalidad y albergue por una noche?

—¡Viageros y traginantes! refunfuñó una voz desde arriba: decid mas bien espías y agentes del rey D. Enrique. Quien sois?

Responded pronto, ó esperad algo mas ejecutivo que una pedrada á la siguiente amonestacion.

—Decidme, respondió el jóven, cual si desdeñase ser el preguntado, ¿quien es el gobernador de esta ciudad? ¿No lo es el noble conde de Treviño?

—El mismo, si señor, replicó el otro desde las almenas, con tono dulcificado; ¿pero, que tienen que ver con su escelencia unos mercaderes tragineros? ¿Y quien sois vos que hablais tan recio y altivo como si fuerais un Grande de España?

—Yo soy FERNANDO DE TRASTAMARA,¹⁸ principe de Aragon, y rey de Sicilia. Anda pronto, y dile á tu señor que venga á recibirme á la puerta.

Este súbito anuncio, pronunciado con el tono altanero de uno acostumbrado á exigir obediencia implícita, produjo un obvio cambio en el estado de las cosas. La cuadrilla, que estaba á la puerta, arregló al instante su orden de formacion, de tal suerte, que los dos nobles de rango superior, y que hasta entonces habian ocupado el puesto prefe-

rente, lo cedieron al joven rey; mientras cada uno de los caballeros del séquito dió muestras de hallarse terminado el disfraz, y se aprestó á aparecer en su legitimo carácter. Hubiera divertido á un observador curioso y filosófico el ver la prontitud con que los hidalgos, especialmente los de edad mas joven, se dieron prisa á erguirse en sus arzones, cual si quisiesen deshacerse de la tosca apariencia de humildes traficantes á fin de ostentarse, cual eran, hombres acostumbrados al torneo y al campo. Por la parte de adentro desaparecieron todas las señales de mororra: comenzaron los soldados á hablar entre si en sumisos pero apresurados tonos, y el distante sonido de pisadas daba á entender haberse despachado mensajeros en varias direcciones. Trancurriéronse algunos minutos de esta suerte, durante los cuales, un oficial subalterno, asomándose al muro, suplicó al príncipe dispensase una demora causada por la severidad de la disciplina y de ningun modo por falta de respeto. Al fin un movimiento en las murallas y la luz de numerosas linternas dieron á conocer que el

gobernador se acercaba; de cuyas resultas, la impaciencia de los jóvenes caballeros que estaban abajo, y la cual se habia empezado á manifestar en votos medio suprimidos, consiguió calmarse, tornándose en la debida circunspeccion.

—¿Son ciertas las gozosas nuevas que mis gentes me han traído? gritó una voz desde las almenas, mientras bajaban un farol del muro para inspeccionar mas de cerca el grupo de caminantes. ¡Es tanta mi honra, que merezca recibir un mandato de D. Fernando de Aragon á esta hora inusitada!

—Haz que tu belitre acerque mas á mi rostro el farol, respondió el rey, á fin de que te cerciores del todo. Disimularé esta falta de respeto, conde de Treviño, pues me franqueará las puertas con mayor premura.

—El es! gritó el noble; conozco bien esas facciones que llevan los rasgos de una larga ascendencia de reyes; y esa voz, que tantas veces he oído rehacer nuestros escuadrones en Aragon para cerrar contra los Alarbes, ¡Dad aliento á las trompetas, á fin de que proclamen esta venturosa llegada, y abrid las

puertas de par en par sin otra demora!

Obedeci6se prontamente el mandato, y el j6ven rey hizo su entrada en Osma, al son de los clarines, rodeado de una fuerte escolta de hombres de armas, y seguido de la mitad de la at6nita y no bien despierta poblacion.

—No es mala ventura, mi se6or rey, dijo en tono familiar don Andres de Cabrera, el j6ven noble arriba mencionado, mientras iba caballero al lado de D. Fernando, que hayamos encontrado este buen apeadero, gratis y sin costas; porque es un triste desastre en verdad que al Maese Ferraras se le haya estraviado el 6nico bolsillo que teniamos entre todos. En tal apuro no nos hubiera sido muy f6cil sostener nuestro papel de econ6micos mercaderes por mucho tiempo, siendo esta una clase de gente, 6 quien, mientras regatea cuanto le piden, agrada ense6ar al soslayo un bols6n bien provisto de oro.

—Ahora que estamos en tu propia Castilla, D. Andres, replic6 el rey sonri6ndose, acudiremos francamente 6 tu hospitalidad, pues bien sabemos que tienes 6 tu disposicion un par de diamantes de alto precio.

—Yo! se6or rey! vuestra alteza tiene 6 bien chancearse 6 mi costa, y hace perfectamente; pues es el 6nico obsequio por el cual me es posible pagar ahora. Mi adhesion 6 la princesa Isabel me ha arrojado de mis posesiones, y el caballero mas humilde en el ej6rcito aragon6s no est6 hoy mas pobre que yo. No s6 pues donde estan esos diamantes de que me habla vuestra alteza.

—La fama ensalza sobremanera los dos brillantes que centellean engastados en el rostro de Do6a Beatriz de Bobadilla, los cuales me consta hallarse 6 tu disposicion; 6 cuando m6nos hasta el punto en que las inclinaciones de una noble doncella pueden dejarlos al benepl6cito de un leal caballero.

—Ah! se6or rey, si esta aventura llega 6 terminar tan felizmente como ha empezado, tal vez tenga yo que molestar 6 vuestra alteza para que me auxilie sobre ese punto.

Sonri6se el rey 6 su modo templado; mas habi6ndose puesto al estribo el conde de Trevi6o, se mud6 la conversacion. Aquella noche durmi6 Fernando de Aragon con toda tranquilidad; pero al rayar el dia se hallaron

otra vez á caballo el rey y su séquito. Salió de Osma la cabalgada de un modo muy diverso del que se presentara á sus puertas la noche anterior. Ostentóse ahora el príncipe como un hidalgo, montado en un corcél andaluz, y todos sus secuaces manifestaron mas abiertamente sus rangos distintos. Un numeroso cuerpo de lanceros, capitaneado por el conde de Treviño en persona, componia la escolta real; y el dia 12 del mismo mes llegó toda la partida al lugar de Dueñas, en Leon, contiguo á Valladolid. Acudieron á hacer la corte al rey los desafectos nobles, y le recibieron cual correspondia á su alta clase y á sus aun mas elevados destinos.

Aquí los Castellanos, mas relajados respecto á la rigidez de costumbres, pudieron advertir la estricta disciplina personal, en cuya virtud á la edad de diez y ocho años, pues contaba á la sazón muy pocos mas, habia conseguido el príncipe endurecer su cuerpo y nutrir sus fuerzas de tal modo, que se hallaba capaz de los mas rudos hechos de armas; cifrábase su deleite en los ejercicios mas atléticos, y no habia caballero en Aragon que maneja-se un

caballo con mayor destreza en el torneo ni en la lid. Semejante á casi todos los individuos del linage régio de aquella época, y tambien de la actual, y á pesar del ardiente sol bajo el cual vivia, su complexion natural era muy blanca, aunque ya se advirtiese algo teñida por causa de frecuente esposicion á la intemperie en las batidas de caza y en las ocupaciones marciales de su edad pueril. Mas sóbria que la de un Musulman, su activa y bien proporcionada máquina parecia robustecerse precozmente, cual si la Providencia la tuviese reservada para algunos de sus selectos fines, que requiriesen gran vigor fisico, asi como tambien una profunda prevision y vigilante sagacidad. En el espacio de los tres ó cuatro dias que siguieron, los nobles Castellanos, que escuchaban sus discursos, estaban dudosos si aprobarian con preferencia la elocuente fluidez de sus palabras, ó cierta circunspeccion de pensamientos y de espresiones, que mientras podia considerarse como precoz, palaciega y astuta, se juzgaba por meritoria en un varón destinado á conservar en balanza las agitadas pasiones de los hombres, y á invalidar sus engaños y proyectos de egoismo.

CAPITULO II.



... "Deja que el ruiseñor en selva oscura
Sus notas desperdicie; y tu destino,
Hechicera criatura,
Sea en retiro glorioso
Sobre el mundo verter raudal divino
De cantar melo-lioso.

[Tipo del sabio, que subir no ignora;
Mas nunca se desvía
De los puntos que enlazan la armonía
Del cielo que ama, y del hogar que adora"]

WORDSWORTH. 19

MIENTRAS recurría
Juan de Aragon á semejantes
arbitrios para que su hijo pudie-
ra burlar la vigilancia de los vengativos emisa-

rios del rey de Castilla, no faltaba inquietud en los ánimos de los moradores de Valladolid, quienes aguardaban las resultas con toda la duda é impaciencia que siémpre acompañan la egecucion de empresas arriesgadas. Entre las personas que sentian mas vivo interés por las medidas que tomáran Fernando de Aragon y sus compañeros, habia algunas que nos precisa introducir al conocimiento de nuestros lectores.

Aunque Valladolid no hubiese llegado todavía al colmo de magnificencia que adquiriera como capital de Cárlos V, era una antigua, y para la época soberbia ciudad, y tenia sus palacios tambien como sus edificios públicos de menor nota. Al principal de aquellos, residencia de Juan de Yivero, uno de los mas distinguidos nobles del reino, habrá de transportarnos nuestra imaginacion, en donde nos aguardan unas personas mucho mas agradables que las que acabamos de dejar, y las cuales esperaban entonces un mensajero con noticias de Dueñas. La habitacion que ocupaban ostentaba mucho de la tosca espléndidez de la época, unida al aspecto de comodidad y elegancia, que raras veces omiten agregar las

mugeres á los demas adornos de aquella parte de un edificio que eligen para su morada habitual. En el año de 1469 se acercaba la España á toda prisa al término de la grave lucha que habia ya durado siglos luengos, y en la cual los cristianos y musulmanes se disputaban el dominio de la península. Como los últimos fuesen por largo tiempo señores de la parte meridional del reino de Leon, habian dejado tras sí en esta ciudad algunos vestigios de su bárbara magnificencia. Los altos y labreados techos no eran á la verdad tan suntuosos como los que podian hallarse mas hácia el sur, pero siempre, allí habia estado el moro, y el nombre de Veled Vlid, transformado despues en Valladolid, atestiguaba sus relaciones con los Arabes. En el ya mencionado aposento se hallaban dos mugeres ocupadas en íntima é interesante conversacion. Ambas eran jóvenes, y aunque por distintos estilos, habrian pasado por hermosas en cualquiera parte del mundo. La belleza de la una era por cierto eminente. Acababa de entrar en los diez y nueve años, edad en que las formas femeniles reciben su completo desarrollo en este genero-

so clima, y la imaginacion mas fecunda de un poeta de España, pais justamente célebre por los elegantes contornos del bello sexo, no podia imaginarse mas exacta simetria de miembros que los de la jóven á quien nos referimos. Sus manos, pies y perfil eran los de la amabilidad personificada, al paso que su estatura, sin elevarse á una medida que sugiriese á la idea cosa ninguna varonil, era suficiente para ennoblecier su aspecto de modesta dignidad. Al verla no se sabia á que atribuir la influencia que egercia sobre el espectador, ni se atinaba á conocer si procediera de la perfeccion misma de su cuerpo, ó de la escelencia que participaba el alma al casi perfecto exterior. La cara era por todos títulos digna de las demas formas. Aunque nacida bajo el sol de España, retrazábala su linage al traves de una larga ascendencia de reyes hasta los soberanos Godos; y los frecuentes casamientos de estos con princesas extranjeras habian producido en el rostro de la jóven aquella mezcla de las gracias brillantes del norte con los hechizos encantadores del mediodia, que es tal vez la que mas se acerca á la belleza sobresaliente en el sexo hermoso.

Su color era anacarado, y las ricas trenzas de sus cabellos teñía aquel rubio oscuro que se aproxima al matiz sombrío que le participa su calor sin prestarle su tinte monótono. "En sus dulces ojos azules, dice un eminente historiador, destellaban la inteligencia y la sensibilidad." En estos índices del alma se advertían los encantos mas amables, trasluciéndose por ellos no menos la belleza exterior que la interior, participando á unas facciones de exquisita delicadeza y simetria una serena espresion de dignidad y de moral escelencia, maravillosamente suavizada por una modestia, que parecia estar tan intimamente adherida á la sensibilidad de una muger como á la pureza de un angel. En adición á estos encantos, aunque de sangre real y educada en una corte, se veía sobresalir en todas sus miradas y pensamientos, pues que estos se transparentaban en su semblante, cierta sincera, al paso que blanda franqueza, que añadia el reflejo de la verdad al lustre de la juventud y de la hermosura.

El atavio de esta princesa era en extremo sencillo, porque felizmente el gusto de aquella edad permitia á los que trabajaban para el toca-

do consultar las proporciones de la naturaleza, aunque los materiales fuesen ricos, y cuales convenian á su alto rango. Una simple cruz de diamantes brillaba en su cuello de nieve, del cual pendia por medio de un corto hilo de perlas; unos cuantos anillos, adornados de margaritas de alto valor, mas bien abrumaban que servian de realce á unas manos que no necesitaban ornamento alguno para fijar la vista que se clavaba en ellas.—Tal era ISABEL DE CASTILLA, en los dias de su retiro y orgullo virginal, mientras aguardaba el resultado de aquel cambio de fortuna que habia de poner el sello á sus futuros destinos, como tambien á los de su posteridad hasta el dia presente.

Llamábase su compañera BEATRIZ DE BOBADILLA, la amiga de su infancia y niñez, y la cual continuó siéndolo durante la flor de su edad y hasta su lecho de muerte. Esta señora, que estaba algo mas entrada en años que la princesa, presentaba una fisonomia mas decididamente española; pues, aunque perteneciente á una casa antigua é ilustre, ni la política ni la necesidad habian hecho precisas tantas alianzas de sangre con extranjeros entre

los de su linage, como habian tenido lugar en el de su régia señora. Sus ojos negros y brillantes indicaban un alma generosa, y una resolucion tan súbida de punto, que algunos comentadores pudieran denominarla entusiasmo, al paso que su cabello era tambien negro como el ala del grajo. Semejante á la de su régia amiga, manifestaba su forma toda la gracia y amabilidad de la flor femenil, desarrollada por el calor generoso de la España, aunque su estatura era, en un leve grado, ménos noble, y los contornos de su figura proporcionalmente, menos perfectos. En fin, la naturaleza habia trazado una igual línea entre la escesiva gracia y altos encantos morales que orlaban la beldad de la princesa, y las dotes que pertenecian á su noble amiga, cual la habian establecido los hombres entre sus respectivos rangos; pero si se les considerase aisladamente como mugeres, cualquiera de las dos hubiera parecido con eminencia atractiva y seductora.

En el momento que hemos fijado para describir la siguiente escena, se hallaba Isabel, concluidas las faenas de su tocador ma-

tinal, sentada en un sillón, con el codo apoyado ligeramente sobre uno de los brazos, y en una actitud que habian producido el interes del asunto que estaba discutiendo y la confianza que en su compañera tenia; mientras Beatriz de Bobadilla ocupaba un escabel á los pies de la princesa, inclinando su cuerpo con respetuoso cariño hasta tal punto, que los rubios cabellos de su régia señora se mezclaban con sus propios rizos de ébano, y la cara de la última parecia descansar sobre la frente de su amiga. Como estaban completamente á solas, puede suponer el lector, que en virtud de toda ausencia de etiqueta castellana y de reserva española, el diálogo que sostenian era del todo confidencial, y mas bien inspirado por los sentimientos de la naturaleza, que por las reglas artificiales que comunmente dirigen la conversacion de las córtes.

—He rogado á Dios, Beatriz, encaminase mi juicio en este asunto de tanta gravedad, dijo la princesa, continuando algunas observaciones anteriores; y espero haber tenido á la vista, en la eleccion que he hecho, tanto la felicidad de mis vasallos cuanto la mia propia.

—No habrá quien lo dude, prosiguió Beatriz de Bobadilla; pues si os hubiese complacido casaros con el Gran Señor de los Turcos, no habría un Castellano que se opusiera á vuestra voluntad; tanto es el afecto que os profesan todos.

—Di mas bien que tal es tu amor hácia mí, querida Beatriz, pues así lo imagino; repuso Isabela sonriéndose y levantando la cara de la cabeza de la otra. Nuestros Castellanos podrían absolverme de ese pecado; pero yo jamás me lo perdonaría á mí misma; Beatriz, ¡mucho ha sido mi zozobra en semejante materia!

—Pero ya podeis considerar esa lucha como casi terminada. ¡Santa Maria! ¡Qué falta de reflexion y que sobra de liviandad y egoismo debe existir en algunos hombres para atreverse á pretenderos por esposa! ¡Aun érais niña, cuando os prometieron á don Carlos, un príncipe de sobrada edad para ser vuestro padre; y luego, como si eso no fuera suficiente para enardecer la sangre castellana, os eligieron al rey de Portugal, quien podía considerarse perteneciente á una generacion aun mas re-

motó! Aunque mucho os amó, y que mi propia alma es apenas mas cara para mí que vuestra persona y felicidad, nada me mueve tanto á respetaros como la noble y régia resolucion con que os negásteis, á pesar de vuestra edad infantil, al perverso deseo que el rey os manifestára de que fuéseis reina de Portugal.

—Acuérdate, Beatriz, que D. Enrique es mi hermano, y nuestro real señor.

—Y con valentia les dijisteis, prosiguió Beatriz, cuyos ojos centelleaban con vivo entusiasmo, el cual la hacía insensible á la blanda reprehension de su señora; y como convenia á una princesa de la casa real de Castilla: Las infantas de mi sangre, respondisteis, no pueden darse en casamiento sin el beneplácito de los nobles del reino; y ellos tuvieron que contentarse con esta réplica tan al caso traída.

—Y á pesar de eso, Beatriz, estoy próxima á dar en casamiento á una Infanta de Castilla, sin haber ni aun consultado á sus nobles.

—No digais tal, preciosa ama mia; no

existe un solo leal y galante hidalgo desde los Pirineos hasta la mar, que no apruebe cordialmente vuestra eleccion. El carácter, la edad y demas cualidades del objeto de vuestro favor, hacen en el asunto una sensible diferencia. Pero por inadecuado que fuese, y es, D. Alfonso de Portugal para ser esposo legitimo de Doña Isabel de Castilla, ¿que diremos del otro pretendiente que se atrevió á solicitar vuestra régia mano? el tal D. Pedro Giron, maestro de Calatrava! Seguramente que seria un digno marido para una doncella de la familia real! ¡En mala hora vaya! ¡Un Pacheco podria considerarse mas que honrado maridando con una damisela de la casa de Bobadilla para elevar su linage!

—Indignos favoritos insinuaron á mi hermano tan descabalada union; pero el Señor, en su santa providencia, tuvo á bien frustrar sus proyectos, precipitando al pretendido novio en un sepulcro precoz.

—Ay! si no hubiera tenido á bien su santísima voluntad acabar de ese modo con el Don Pedro, no hubieran faltado otros medios para conseguirlo.

—Esta tu manita, Beatriz, repuso la princesa con gravedad, aunque una sonrisa afectuosa jugaba en sus labios mientras tomaba la mano á que aludia, no está formada para llevar á cabo la accion que das á entender.

—La hazaña que insinúo, replicó Beatriz con ojos centelleantes, esta mano la habria perpetrado antes que Isabel de Castilla hubiera sido esposa del Gran Maestro de Calatrava. ¡Que! la mas pura y amable doncella de Castilla, y esa de estirpe real, ¿que digo? la heredera legitima de la corona habia de sacrificarse á un desenfrenado libertino, porque plúgo á D. Enrique olvidar su alto puesto y sus deberes mas sagrados, convirtiendo en favorito á un adulator aventurero!

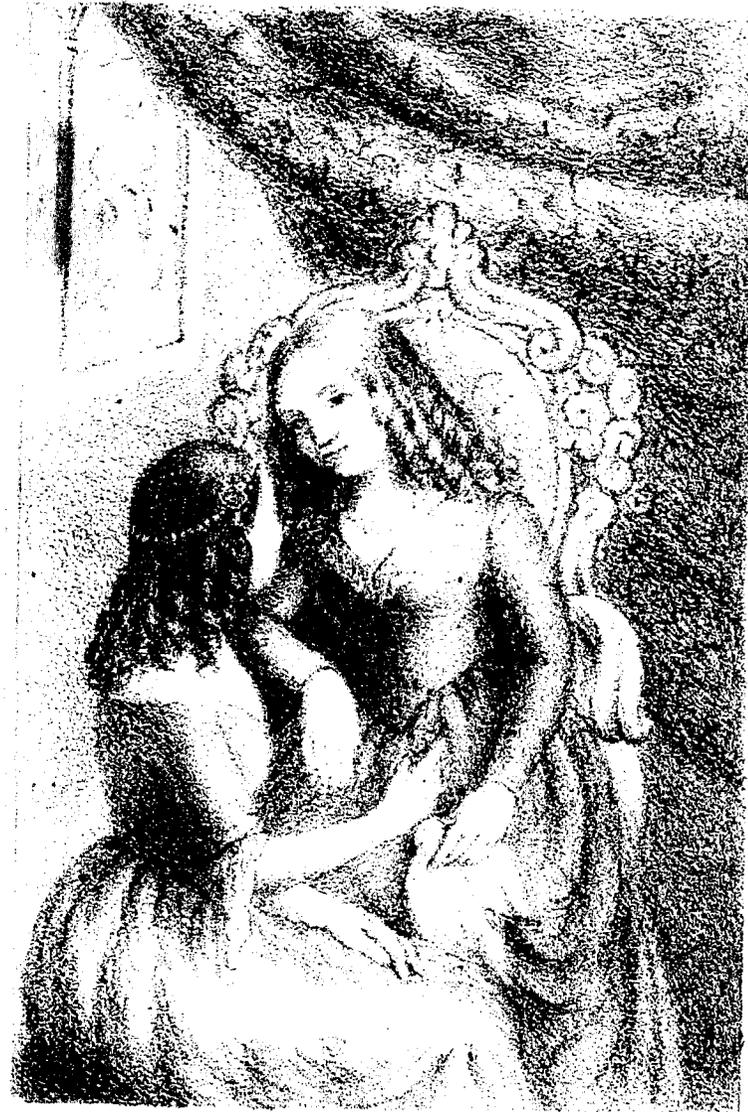
—Siempre te olvidas, Beatriz, de que es D. Enrique el rey nuestro señor y mi régio hermano.

—Bien presente tengo, señora, que sois la real hermana del rey mi amo, y que Pedro Giron ó Pacheco, ó lo que pluguiese titularse al page portugues, era completamente indigno de cubrirse en vuestra presencia; mucho menos de

ser vuestro consorte. Oh! qué días de amargura fueron aquellos, ama bondadosa, cuando las rodillas os dolían de doblarse en continua prece para que tal no aconteciera. Pero Dios no lo permitió... ni yo tampoco lo habría tolerado. Esta daga le traspasaría, antes que sus oídos escuchasen los votos de Isabel de Castilla!

—No hables mas de eso, querida Beatriz, yo te lo ruego, dijo la princesa estremeciéndose, y santiguándose: en verdad que fueron días de mortal zozobra; pero qué comparación tienen nuestras mayores angustias con los padecimientos del hijo de Dios, que supo inmolarsé por nuestros pecados! No los nombres, pues fué en provecho de mi alma el sugetarse á tales pruebas; y bien sabes que conseguimos apartar de nosotras esa desventura, mas por la eficacia de nuestros ruegos que por la de tu daga. Ya que te empeñas en hablar de mis pretendientes, por cierto que hay otros mas acreedores á semejante molestia.

Encendiéronse con un súbito rayo de luz los negros ojos de la hermosa Beatriz,



mientras una sonrisa luchaba por establecerse en sus labios; pues comprendió que la régia, á par que tímida doncella, estaba anhelosa de oír algo acerca del hombre en el cual habia recaído su eleccion. Aunque siempre dispuesta á hacer lo que fuese agradable á su señora, determinó Beatriz, con el coquetismo propio de su sexo, acercarse por rodeos al tema halagüeño que aquella le insinuara, y por una gradacion regular de sucesos en el órden en que habian efectivamente ocurrido.

—Luego se presentó Monsiur de Guienne, hermano del rey Luis de Francia, prosi-guió la jóven, afectando un tono de menosprecio; quien se empeñó en casarse con la futura reina de Castilla. Pero hasta los mas necios de entre nuestros castellanos vieron al punto lo inadecuado de semejante union. Su orgullo no quiso se les espusiera al acaso de llegar á ser algun dia tributarios de Francia;

—Nunca tal desventura pudiera haber acaecido á nuestra bien amada Castilla, interrumpió con dignidad la princesa; si yo hubiera tomado por esposo al rey de Francia mismo, habria él aprendido á respetarme como á la

reina propietaria de este antiguo reino, y no á considerarme como á su súbdita.

—Entonces vino, continuó Beatriz, mirándola á la cara y riéndose, vuestro régio pariente D. Ricardo Gloucester²⁰, aquel que segun fama, habia nacido con dientes y muelas, y que á estas horas lleva ya tan pesada carga sobre sus hombros, que puede dar gracias á su santo patrono de no habersele abultado la gibia todavia mas, echándole á cuestras los negocios de Castilla. (*)

—Tu lengua corre borrasca, Beatriz mia. Dícenme que D. Ricardo es un noble y anheloso principe y que es probable se case algun dia con alguna princesa cuyo mérito le haga olvidar la repulsa que en Castilla han encontrado sus pretensiones. Pero ¿qué mas tienes que decirme respecto á mis amantes?

—En verdad, señora, ¿que mas he de decir? Ya hemos llegado á D. Fernando, quien es, hablando en plata, el primero, asi como

(*) Este Ricardo, despues rey de Inglaterra, y III del nombre, era corcovado; su parentesco con Isabel provenia de ser esta nieta de Catalina de Lancaster.²¹

20. *Don Ricardo of Gloucester* (TO, I-32).

21. Nota que reproduce la siguiente del original: "The authorities differ as to which of the English princes was the suitor of Isabella; Edward IV himself, Clarence or Richard. Isabella was the grand-daughter of Catherine of Lancaster, who was a daughter of John of Gaunt." (TO, I-33).

tambien el último, y como es público, el mejor de todos ellos.

—Creo que mi eleccion de D. Fernando²² ha sido guiada por razones dignas de mi cuna y de mis futuras esperanzas, dijo Isabela con dulzura, aunque con manifiesta inquietud,—no obstante mis motivos de estado para preferir este enlace, pues que nada puede tender mas eficazmente á la paz de nuestros queridos reinos y al buen éxito de la gran causa de la cristiandad, que el reunir bajo una corona la Castilla y el Aragon.

—Uniendo, por supuesto, á sus respectivos soberanos con los vínculos del santo matrimonio, repuso Beatriz con respetuosa gravedad, aunque una ligera sonrisa le fruncia los labios. Ahora, que D. Fernando sea el mas joven, hermoso, valiente y amable principe de la cristiandad, no es culpa vuestra, pues que vos no le hicisteis, sino que únicamente le aceptásteis por esposo!

—Esto traspasa los límites de la discrecion y del respeto, contestó Isabela afectando seriedad, al paso que sus propias emociones la hacian enrojecer, y no parecia hallarse disgus-

22. *Don Ferdinand* (TO, I-33). Cooper utiliza indistintamente *Ferdinand* y *Fernando* para designar a Fernando de Aragon.

tada con los encomios que su interlocutora prodigaba al príncipe. Tu sabes muy bien que en mi vida he visto á mi primo el rey de Sicilia...

—Mucha verdad es, señora, pero el padre Alonso de Coca sí le ha visto... y creo que no existe en toda Castilla un ojo mas exacto ni una lengua mas verdadera que la suya.

—Beatriz, te perdono tu libertad, aunque inadecuada é injusta, porque sé cuanto me amas, y que tienes mas á la vista la felicidad de mi pueblo que la mia propia, dijo la princesa cuya seriedad no se disminuiera ahora por efecto de debilidad femenil, pues que se hallaba ofendida ligeramente. Tu sabes, ó debes saber, que una doncella de nacimiento real está obligada á consultar el interes del estado, al disponer de su mano, y que muy poco ó nada deben mezclarse en sus deberes las vanas fantasías de una mozueta de lugar. Diré mas: ¿á qué jóven perteneciente, como tú, á una noble familia, le es licito pensar en otra cosa que en someterse, en asuntos de matrimonio, á los consejos de su familia? Si yo he escogido á D. Fernando de Ara-

gon, de los demas principes, es sin duda porque este enlace es mas conveniente para los intereses de Castilla que ningun otro de cuantos se han presentado. Bien ves que los Castellanos y Aragoneses son oriundos de una misma estirpe, y tienen iguales hábitos y preocupaciones; tambien hablan una misma lengua!

—Por Dios, señora, no confundais nuestro puro Castellano con el tosco dialecto de las montañas.

—Bueno, suelta tus pullas, terca, ya que asi te place: pero es mas fácil que enseñemos á los nobles de Aragon que no al torpe Galo. Por otra parte, D. Fernando pertenece á mi propia familia; la casa de Trastámara descende de Castilla y de sus monarcas, y cuando ménos es de esperar que el rey de Sicilia pueda hacerse entender.

—Si no pudiera no seria un verdadero hidalgo el hombre á quien le marrase la lengua, tratándose de enamorar á una doncella, cuya hermosura eclipsa á la del alba, cuya escelencia es casi celestial, y cuya corona...

—Niña, niña, tu lengua va aventajando en

mucho á tu razon; discurso semejante es impropio de tí y de mí.

—A pesar de eso, doña Isabel, mi lengua está intimamente ligada con mi corazon.

—Te creo, Beatriz mia, pero debiamos acordarnos ambas de nuestra última confession, y del consejo espiritual que entonces recibimos. Tan liviano discurso no parece bien cuando traemos á las mientes nuestros muchos deslices y las ocasiones repetidas en que hemos necesitado perdon. Respecto á este casamiento, solo tengo que decirte que lo he contraido por los motivos que deben asistir á una princesa, y no con el objeto de satisfacer mis fantasías. Sabes que nunca he visto á D. Fernando, y que él tampoco ha puesto en mí los ojos ninguna vez.

—Muy cierto, mi escelente señora; todo eso lo sé, lo veo y lo creo; tambien convengo en que parecería inconveniente, y aun poco decoroso para una noble doncella, el contraer las inportantísimas obligaciones del consorcio sin mejor motivo que los livianos impulsos de una mozucla de lugar. Nada es mas justo que el consultar nuestra propia dignidad,

y los deseos de nuestros parientes y amigos; y que nuestro deber y los hábitos de piedad y de sumision en que hemos sido educadas, son mejores prendas de afecto para un marido que ningun capricho de la juvenil imaginacion. Con todo, podemos considerar como afortunadísimo acaso, el que vuestros escelsos deberes tengan por blanco á un objeto, tan jóven bizarro, noble y caballeresco como bien sabemos lo es el rey de Sicilia, segun la pintura que de él nos hizo el padre Alonso; al paso que todos mis amigos estan acordados en asegurar que D: Andres de Cabrera, tan casquivano y necio como es, hará un escelente marido para Beatriz de Bobadilla.

Isabela, aunque naturalmente circunspecta y reservada, tenia sus confidentes, y sus momentos de franqueza; ahora bien, hallábase Beatriz entré aquellos, y el instante actual entre estos. Sonrióse pues la princesa de semejante salida, y apartando con sus hermosas manos los negros rizados que cubrian á su amiga la frente, se la quedó mirando cual una madre clava la vista en su hijo, cuando un repentino acceso de ternura enternece su corazon.

—Si un calavera²³ ha de casarse con su igual, tus amigos no se han equivocado, respondió la princesa. En seguida, haciendo una corta pausa, prosiguió en estilo mas grave, aunque la modestia se traslucia en su trasparente complexion, y la sensibilidad, que en sus ojos destellaba, daba á entender que ella sentia ahora mucho mas como hembra que como reina futura, y solamente ocupada del bienestar de su pueblo.—A medida que esta entrevista se acerca, siento cierta cortedad que no me habia sido fácil suponer pudiera inquietar á una infanta de Castilla. Quiero confesarte, fiel Beatriz mia, que si el rey D. Fernando fuera tan viejo como D. Alfonso de Portugal, ó tan afeminado²⁴ como Monsiur de Guienne; si fuera, te digo, menos amable y jóven, no sentiria yo tan grande embarazo al recibirle, como ahora experimento.

—Esto es muy extraño, señora! Por mi parte confieso, que no le rebajaria á D. Andres una hora de su edad, la que tal como es no deja de ser algo crecida, ni una gracia tan siquiera de su persona, si es que tiene alguna de que jactarse; en fin, ni la

mas leve buena cualidad de alma ó de cuerpo!.....

—Tu caso es diferente, Beatriz. Conoces al marqués de Moya: has escuchado sus discursos, y te has acostumbrado á sus alabanzas y admiracion.

—Santiago bendito! No tengais desconfianza, señora, acerca de estas materias, fundada en que carezcai de familiaridad con ellas: de todos los estudios es el mas fácil aprender á saborear la lisonja y los elogios.

—Verdad, hija mia! (pues asi llamaba Isabel á su amiga, aunque era mas jóven que ella; ni luego que fué reina olvidó este término de cariño).—Verdad, hija mia, cuando las lisonjas y alabanzas se dan con sinceridad y se merecen con justicia. Pero desconfio de hallarme en ese caso; no estoy segura de cuáles puedan ser los sentimientos que inspire á D. Fernando mi primera vista. Conozco, diré mas, siento cuan amable es el príncipe, cuan noble, valiente, generoso y bueno; sé que su persona es bien parecida; me consta su exactitud respecto á los deberes religiosos; me consta que sus cualidades son tan ilus-

23. Madcap en el original.

24. Unmanly en el original.

tres como su cuna; así es, que tiemblo al considerar mi falta de mérito como reina y esposa.

—Justicia del Cielo! Quisiera yo oír á cualquier noble Aragonés atreverse á insinuar otro tanto! Si D. Fernando es noble, ¿no lo sois vos aun mas, señora, pues que descendéis de la rama primogenita de la misma casa? si él es jóven, ¿no lo sois tambien? si él es sabio, ¿no sois sapientísima? si es bien parecido, ¿no teneis vos mas de ángel que de muger? si él es valiente, no sois vos un dechado de virtudes? si él es amable, no sois vos la amabilidad en persona? si él es generoso no sois vos buena, y lo que es mas, no sois la esencia de la generosidad? si él es cumplido en los deberes religiosos, ¿no sois vos una bienaventurada?

—Por Dios! por Dios! Beatriz, haces bien el papel de alentadora. De buena gana reprehenderia yo tu lengua parlera, mas sé que eres sincera.

—Vuestra modestia, señora, os hace siempre mas dispuesta á reconocer el mérito ajeno que el propio. Tenga cuidado D. Fernando!

Yo le aseguro que aun cuando venga con toda la pompa y majestad de sus muchas coronas, le hemos de presentar una régia doncella en Castilla, que pueda avergonzarle de su orgullo, solo con ofrecerse á su vista ceñida de los suaves resplandores de su propia y amable naturaleza.

—Nada he dicho tocante al orgullo de D. Fernando, Beatriz, ni le considero inclinado á tan débil sentimiento: y respecto á pompa, sabemos harto bien que no está el oro mas abundante en Zaragoza que en Valladolid, á pesar de las muchas coronas de que es dueño el príncipe en la actualidad, ó están reservadas para él; sin embargo de cuanto ha pronunciado tu necia, aunque cariñosa boca, desconfío de mi misma y no del rey de Sicilia. Pienso que me sería fácil presentarme con indiferencia á cualquier otro príncipe de la cristiandad, ó á lo menos cual conviene á mi sexo y rango; pero te confieso, que me hace temblar la idea de esponerme á las miradas de mi noble pariente.

Escuchóla con vivo interés Beatriz, y luego que hubo dejado de hablar su régia Se-

ñora, le besó afectuosamente la mano y se la llevó al corazón.

—Mas bien temblará D. Fernando al exponerse á las vuestras, señora; contestó la jóven.

—No, Beatriz, bien sabemos que nada hay en él que cause espanto, pues la fama habla demasiado en su favor. Mas ¿por qué habré de titubear tan vacilante cuando tengo á mano el báculo en que debo apoyarme por obligación? Sin duda nos está aguardando el padre Alonso, y ya es tiempo que pasemos á verle.

Acudieron en seguida la princesa y su amiga á la capilla del palacio, donde celebraba misa su confesor todos los dias. Apaciguaron los sagrados ritos la inquietud que turbaba los sentimientos de la modesta Isabel, ó mas bien tomaron refugio en aquella peña sobre la cual acostumbraba depositar todas sus cuitas, á par de sus pecados. Al salir del templo la corta congregacion, entró un mensajero, á todo escape, con la noticia esperada aunque dudosa todavía, de haber llegado con seguridad á Dueñas el rey de Sici-

lia, y que hallándose ahora en medio de sus sostenedores, ya podia tenerse por cierta la próxima celebracion de las tratadas nupcias.

Embarazó en extremo á Isabel esta nueva, mientras necesitó Beatriz de Bobadilla mas que usual esmero, para devolverle aquella dulce serenidad de alma y de aspecto, que comunmente hacia su presencia tan atractiva como de suyo era respetable. Sin embargo un par de horas consumidas en meditacion y rezo, produjeron finalmente una blanda calma en sus sensaciones, y en seguida volvieron á encontrarse á solas ambas amigas en el mismo aposento donde primero introdujimos á nuestro lector.

—¿Has visto á D. Andres de Cabrera? preguntó la princesa, quitándose la mano de las sienes, que por algunos instantes habia estado sosteniendo en actitud de profunda meditacion.

Ruborizóse Beatriz de Bobadilla, y riéndose con la franqueza que no pudo reprehender el afecto ya tan antiguo de su señora.

—Para un jóven de treinta años, respondió, y para un caballero bien acuchillado en

las guerras con los Moros, no deja de ser D. Andres asaz ligero de talones. El ha traído la noticia de la llegada, y con ella su propia y hermosa persona para hacer ver que no era mentira. Como tiene tanta esperiencia, es algo aficionado á charlar; así es, que mientras permaneciais encerrada en vuestro gabinete, no pude menos de escuchar de su boca todas las maravillas del viage. Segun parece, señora, no llegaron á Dueñas con demasiada premura; porque el único bolsillo que tenían entre todos se extravió, ó como era de peso tan liviano, se lo llevó el viento.

—Supongo que ya habrán reparado ese percance. Pocos hay en la casa de Trastámara que tengan demasiado oro en estos tiempos de apuro, aunque ninguno de ellos se encuentre totalmente desprovisto de él.

—Por lo que hace á D. Andres, no es ni mendigo ni avaro. Ahora se encuentra en nuestra Castilla, donde no dudo tenga familiaridad con los Judíos y otros prestamistas usureros; y como estos conocen lo que valen las posesiones del rey de Sicilia, tampoco le faltarán dineros á don Fernando. Además, me

han dicho que el conde de Treviño se ha portado noblemente con él.

—Bien será para el conde de Treviño semejante liberalidad; pero, Beatriz, traeme recado de escribir; pues es justo informe á D. Enrique de este suceso, y de mi próximo enlace.

—Señora, eso está fuera de toda regla: cuando una jóven, sensible y sencilla, trata de casarse contrario á los deseos de sus parientes, lo primero que hace es recibir la bendición nupcial, y solicitar la de su familia despues que el daño está hecho.

—Anda, anda, liviano cérebro! tráeme ahora el papel y las plumas. El rey no es tan solo mi soberano y mas próximo pariente, sino que debo considerarle como á mi padre.

—Y doña Juana de Portugal, su regia consorte y nuestra gloriosa reina, será segun eso, vuestra madre! No, no, mi amada señora; vuestra augusta madre fué doña Isabel, princesa muy diversa de esa su descabellada sobrina.

—Tu te permites demasiada licencia, Beatriz, y olvidas lo que te he mandado. Es mi deseo escribir al rey mi hermano.

Era tan rara la vez que hablaba con severidad doña Isabel, que su amiga, quedándose cortada, sintió las lágrimas agolpársele á los ojos; pero fué en busca de recado de escribir, antes de atreverse á mirarla á la cara, para averiguar si en efecto se hallaba ofendida. Mas todo allí era halagüeña tranquilidad otra vez; y la dama de Bobadilla, observando á su señora, absorta completamente en el asunto que tenia delante, y que ya habia pasado toda señal de disgusto, creyó prudente prescindir de ulteriores alusiones á semejante materia.

Escribió entonces Isabel aquella célebre carta, en la que, olvidando en apariencia toda su timidez natural, hablaba únicamente como princesa. Por el tratado de Toros de Guisando, en virtud del cual, dejando aparte las pretensiones de la hija de Juana de Portugal, se la habia reconocido como heredera del trono, se estipulara que no habia de casarse sin el consentimiento del rey; y ahora se disculpaba la princesa del paso que habia dado, fundándose en la sólida razon de haber despreciado sus enemigos el solemne conve-

nio, por el cual se prometia no obligarle á contraer un enlace que fuese inadecuado ó desagradable para ella. En seguida aludia á las ventajas políticas que habrian de seguirse de la union de las coronas de Aragon y Castilla, y rogaba al rey aprobase la medida que iba á tomar. Despues de haberla sometido al exámen de Juan de Vivero y de otros miembros de su consejo, despachóse la carta por un mensagero especial, tratándose en seguida de los arreglos necesarios como preliminares á una entrevista entre los futuros esposos. La etiqueta castellana era proverbial aun en aquel siglo; y de la discusion resultó una propuesta, que aunque muy aplaudida de los demás, desechó Isabel con su acostumbrada modestia y discrecion.

—Me parece, dijo Juan de Vivero, que no deberia tener lugar este enlace sin cierta concesion, por parte de D. Fernando, acerca de la inferioridad de su Aragon á nuestra propia Castilla. La casa de aquel reino no es sino una rama menor de la reinante en estos, y se concede que antiguamente reconocian los territorios de Aragon cierta dependencia de los de Castilla.

—No hay duda respondió la reina, que D. Juan de Aragon es hijo del hermano menor de mi real abuelo; pero no por eso es menos rey. Además de la corona de Aragon, cuyo pais, si se quiere, es inferior á Castilla, posee las de Sicilia y Nápoles; sin hablar de la Navarra, donde tambien gobierna, aunque quizás con derecho dudoso. Por renuncia de D. Juan lleva D. Fernando la corona de Sicilia tambien; ¿será, pues, justo, que un soberano coronado haga concesiones á favor de una que solo es princesa, y quien tal vez pueda agradar á Dios no conducir nunca hasta el trono? Prescindiendo de lo dicho os suplico tengais presente, Juan de Vivero, la mision que conduce á Valladolid al rey de Sicilia. Tanto él como yo tenemos dos papeles que representar, y dos caractéres que sostener: los de príncipes, y los de Cristianos unidos por los santos vínculos del matrimonio. Mal estaria á una muger, en el acto de tomar á su cargo los deberes de esposa, empezar el desempeño con exigencias que fuesen humillantes para el orgullo y decoro de su señor. Sea en buenhora el Aragon un reino

inferior á Castilla; pero Fernando de Aragon es hoy igual en un todo á Isabel de Castilla; y cuando reciba mi mano, y con ella mi adhesion y afectos,—aqui la princesa se ruborizó profundamente, mientras sus suaves ojos resplandecian con cierto entusiasmo santo—cual conviene á una esposa, llegará á ser, en algunos respetos, superior mio, y tal sucederia, aunque fuera un infiel. No hablemos mas de esto; pues no pudiera causar á D. Fernando mayor pena el acceder á las exigencias que pedís, que á mi misma el tener que escucharlas.



CAPITULO III.

"Los usos mas arraizados tienen que humillarse delante de los grandes reyes. Querida Catala, tu y yo no podemos estar encerrados dentro del endeble circulo de las modas de un pais. Somos hacedores de las costumbres; y la libertad anexa á nuestro rango tapa la boca á los murmuradores."

SHAKESPEARE. ENRIQUE V. ²⁵

N obstante la resolucion, firmeza habitual y serenidad de ánimo que parecia prevalecer en el sistema moral de Isabela, semejante á una profunda y serena corriente de entusiasmo, pero que seria mas acertado atribuir á los elevados y fijos principios que guiaban todas sus acciones, latia tumultuoso su corazon, y

su natural reserva, que casi tocaba en esquividad, la atormentaba de mala suerte, á medida que se acercaba la hora de ver por vez primera al príncipe su futuro esposo. La etiqueta castellana, no menos que la magnitud de los intereses políticos, envueltos en la proyectada union, habian prolongado algunos dias las negociaciones preliminares, y obligado al novio á restringir su impaciencia de visitar á su prometida en la manera que mejor pudiese.

Por la noche del 15 de Octubre de 1469, se hallaron vencidos todos los obstáculos. Montó á caballo D. Fernando, y con la sola comitiva de cuatro personas, entre las cuales se contaba D. Andres de Cabrera, enderezó quietamente su camino, sin el acostumbrado acompañamiento debido, á su alto rango, hácia el palacio de Juan de Vivero, en la ciudad de Valladolid. Como era partidario de la princesa el arzobispo de Toledo, prelado muy generoso y respetable, hallóse este pronto á recibir al ya admitido pretendiente y á conducirlo á la presencia de su señora.

Aguardaba Isabela la entrevista, sin otra

compaña que Beatriz de Bobadilla, en el apartamento ya indicado; y gracias á uno de aquellos poderosos esfuerzos que hasta la mas esquivada de su sexo puede hacer en las grandes ocasiones, recibió á su futuro marido con tanta dignidad como princesa, cuanta modestia como muger. Ya estaba prevenido Fernando de Aragon para ver un singular conjunto de belleza y gracia; pero la mezcla de timidez angelical y de amable perfeccion, que casi sobrepujaba á cuanta le es dado en dote á su hechicero sexo, producía un retrato tanto mas aproximado al cielo que á la tierra, que aunque fuese tan notable el caracter circunspeto del príncipe, y tan acostumbrado estuviera á suprimir sus emociones, se quedó pasmado, y por un momento fijos los pies en el suelo, cuando por primera vez se ofreció á sus ojos tan gloriosa vision. Recobrándose, empero, se adelantó presuroso, y apoderándose de una mano hechicera que ni invitaba ni repulsaba semejante libertad, imprimió en ella los labios con un ardor que acompaña raras veces las primeras entrevistas de aquellos cuyas pasiones son por lo comun tan facticias.

—Llegó por fin el momento dichoso, ilustre y bella prima, dijo el príncipe con el acento de verdad que penetró al punto hasta el puro y tierno corazon de Isabel; pues que ninguna habilidad de cortesanas frases puede dar al lenguaje del fingimiento aquel énfasis y punto que pertenecen á la sinceridad.—Creí que nunca llegaria; pero este bendito instante,—gracias al divino Santiago, de quien no he dejado de implorar la intercesion,—me recompensa con usura de todas mis ansiedades.

—Os doy gracias, señor príncipe, y la mas sincera bienvenida al mismo tiempo, contestó con modestia Isabel. Las dificultades que se han vencido, con el objeto de traer á cabo esta entrevista, son otros tantos tipos de los obstáculos que tenemos que superar en nuestro progreso al través de la vida.

Siguieron luego unas cuantas espresiones corteses de parte de la princesa acerca de sus esperanzas de que nada hubiese faltado á D. Fernando desde su llegada á Castilla, con sus correspondientes respuestas; despues de lo cual, condújola el rey á un sillón de brazos, y

ocupó el mismo aquel escaño que servía de asiento á Beatriz de Bobadilla en sus relaciones familiares con su regia señora. Aun cuando Isabela fuese tan susceptible como los castellanos en el sosten de cuanto tuviera referencia con sus arrogantes pretensiones de superioridad sobre los aragoneses, no quiso someterse á este arreglo de asientos; rehusando ocupar el sillón á ménos que su pretendiente descansara en la silla que se le habia preparado, y dijo:

—Mal está en quien solo puede jactarse de su sangre real y de su confianza en el Altísimo ocupar este puesto, mientras al rey de Sicilia cabe tan mezquino acomodo.

—Os ruego permitais que así suceda, repuso D. Fernando: desvanézcanse en esta visita todas las consideraciones de rango terrenal, y solo ved en mí á un hidalgo, dispuesto y deseoso de probaros su fé en cualquiera corte ó campo de la cristiandad, y como tal tratadme.

Isabela, cuyo fino tacto le enseñara el preciso punto en que la etiqueta deja de ser bien quista, se puso colorada, y sonriéndose ocupó el sillón. No fueron las palabras de su primo lo que moviera principalmente su

ánima, sino la sincera franqueza de sus miradas, la animacion de sus ojos, y la cordialidad de sus maneras. Con instinto femenino, advirtió cuan favorables le eran las impresiones que en el corazón de D. Fernando gravara su vista, y con sensibilidad de muger se hallaba su alma próxima á derretirse de ternura en virtud de su descubrimiento. Esta mútua satisfaccion alisó el camino para un diálogo mas franco, y antes que hubiera transcurrido media hora, el arzobispo; quien, aunque de oficio ignorase las pláticas y deseos de los amantes, estaba por práctica bastante enterado de ellos, habia logrado llevarse á los dos ó tres cortesanos, que se hallaban presentes, á una pieza inmediata, donde, á pesar de que la puerta continuaba sin cerrar, los colocó tan discretamente, que ni sus ojos ni sus oídos pudiesen servir de obstáculo á cuanto pasase. Respecto á Beatriz de Bobadilla, á quien la etiqueta femenino obligaba á permanecer en la misma estancia que su regia señora, hallábase la buena de la jóven tan distraida con D. Andres de Cabrera, que los coronados amantes podian haber dispuesto á

sus anchas de media docena de tronos, *sin* que ella hubiese advertido lo mas minimo.

Aunque no perdiese Isabel aquella blanda reserva y modesto recato que orlaban su persona con tan hechicero atractivo, fuése tranquilizando á medida que se empeñaba la conversacion, y guareciéndose gradualmente con su natural decoro, dignidad femenil, y no poco con aquella copia de conocimientos que tan laboriosamente se ocupára en juntar, mientras otras en situacion igual á la suya habrian desperdiciado en vanidades cortesanas, no tardó en calmarse del todo, y en volver á aquel tranquilo estado de alma, que tanto la distinguia.

—Espero que ya no podrá haber demora en la celebracion de nuestro enlace por parte de la santa iglesia, observó el rey prosiguiendo su coloquio; quanto de nosotros podia exigirse, como encargados de los intereses de estos reinos, ha sido escrupulosamente cumplido, y ahora es muy justo que yo mire por mi propia felicidad. No somos estraños el uno para el otro, doña Isabel, pues que nuestros abuelos eran hermanos, y desde la infancia se

me enseñó á reverenciar vuestras virtudes, y á esforzarme en rivalizar con vos en el cumplimiento de nuestros sagrados deberes respecto al Altísimo.

—No livianamente, D. Fernando, os he comprometido mi fé, replicó la princesa, ruborizándose mientras afectaba la magestad de reina; y despues de tan escrupulosa discusion del asunto, y de haberse establecido tan plenamente la sabiduria de tal enlace y la necesidad de su pronta conclusion, os aseguro que no habrá de mi parte ninguna ociosa demora. Habia pensado que tuviese lugar la ceremonia de hoy en cuatro dias, en cuyo intervalo podremos prepararnos para una ocasion tan solemne por medio de la debida atencion á los oficios de la iglesia.

—Sea como bien os plazca; dijo el rey, inclinándose respetuosamente; y ahora queda tan poco que preparar, que espero no tengamos que reconvenirnos por nuestro olvido. Bien sabeis, doña Isabel, quanto apuran á mi padre sus enemigos, y no necesito deciros que están vacías las arcas de su tesoro. En buena fé, bella prima, que solo el vehemente deseo de po-

sesionarme cuanto antes del precioso don que la Providencia y vuestra bondad.....

—No mezeleis, D. Fernando, ninguno de los actos de Dios y de su Providencia con la política y mezquino saber de sus criaturas, dijo con dignidad doña Isabela.

—Con el objeto pues, de apoderarme de la preciosa joya, que la Providencia parecía dispuesta á concederme, repuso el rey santiguándose, mientras inclinaba la cabeza, tanto, quizás, por deferencia á los piadosos sentimientos de su esposa prometida, cuanto por respeto á un poder superior— prescindimos de toda demora, y salimos de Zaragoza mejor provistos de corazones leales hácia los tesoros que veníamos á encontrar en Valladolid, que de oro para hacer alarde de nuestra propia opulencia. Hasta el poco que traíamos se extravió por un acaso, y habrá pasado á enriquecer á algun belitre de meson.

—Ya me informó de ese contratiempo doña Beatriz de Bobadilla, dijo sonriéndose Isabela; y por cierto que comenzaremos nuestra vida marital poseedores de muy escasos bienes de fortuna mundana. Poco mas tengo que

ofreceros, Fernando, que un corazón sincero, y un ánimo que creo merezca vuestra confianza, en atención á su fidelidad.

—Al obteneros, apreciable prima, alcanzaré lo suficiente para hartar los deseos de un hombre razonable. Sin embargo, es preciso hacer alguna cosa á favor de nuestro rango y esperanzas futuras; ni tampoco es justo se diga que en nada se diferenciaron nuestras bodas de las de un vasallo particular.

—En circunstancias ordinarias, no parecería bien quizás que una de mi sexo suministrase los medios para sus propias nupcias, respondió la princesa, mientras su rostro se sonrojaba hasta la punta de la frente, al paso que su semblante mantenía aquella hermosa tranquilidad que continuamente le distinguiera,—pero como de nuestra union depende el bien estar de dos reinos, precisa suprimir toda vana emocion. No dejo de tener algunas joyas, y en Valladolid hay abundancia de Hebreos²⁶ ¿me permitireis que de ellas me deshaga para un objeto tan indispensable?

—Con tal que para mi conserveis la joya

que sirve de cofrecillo á esa pura alma, dijo el rey de Sicilia con toda galantería, poco me importa si jamás os veo dueña de otra ninguna: pero no será necesario; nuestros amigos, que también tienen corazones mas generosos que talegos²⁷ bien henchidos, podrán ofrecer á los prestamitas garantías en abastanza para proporcionarnos recursos. Yo me encargo de este deber; pues en adelante, prima—¿me permitís diga mas bien, esposa?—

—Ese término es el mas dulce de cuantos á la sangre pertenecen, Fernando; respondió la princesa, con una cándida sencillez de maneras que deslucía del todo la ordinaria afectación y artificiales sentimientos de las de su sexo, mientras hacia nacer, respecto á su modestia, la reverencia mas profunda—y pudiera disimularsenos desde luego su uso. Espero que Dios bendecirá nuestro enlace, no solo para nuestra propia felicidad, sino también para la de nuestro pueblo.

—Entonces, esposa mia, tendremos en adelante una fortuna en mancomun, y á mi cargo queda subvenir á todas tus necesidades.

—No, Fernando, replicó sonriéndose Isabel, aunque formemos las ilusiones que queramos, no podemos creer que somos dos hidalgos próximos á entrar en el mundo con humildes dotes. Aun así eres rey; y por el tratado de Toros de Guisando se me ha reconocido como á heredera de Castilla. Así es que nuestros recursos separados, nuestros distintos deberes, y aunque apenas creo que acontezca, nuestros intereses individuales....

—Nunca verás que falto al respeto debido á tu rango, ni al acatamiento que es justo te tribute como á la cabeza de nuestra antigua casa, despues de tu hermano, el rey.

—¿Has considerado con la debida atención, Fernando, el tratado de casamiento, aceptando, de buena fé, segun confío, todas sus varias condiciones?

—Tal como conviene á la importancia de las medidas, y á la grandeza del beneficio que iba á caberme en suerte.

—Quisiera que amen de serte convenientes te fuesen agradables, pues, aunque debo ser tu esposa tan pronto, no puedo olvidar que soy reina de este país.

—Puedes estar segura, esposa mía, que los que vivan de aquí á cincuenta años dirán que D. Fernando supo respetar sus deberes y cumplir con sus obligaciones.

—Tambien está estipulado que se guereará contra el Moro. No juzgaré que los Cristianos de España han sido leales á su fé, mientras quede en la península un solo secuaz del archi-impostor²⁸ de la Meca.

—Tu y tu arzobispo no podiais haberme impuesto un deber mas agradable que el de enristrar mi lanza contra los infieles. En esas guerras he ganado mis espuelas; y á penas nos veremos coronados, cuando serás testigo de mi anhelo en arrojar á esa canalla²⁹ á sus arenales primitivos.

—Solo queda ahora en mis mientes un asunto, noble primo. Bien sabes las malas influencias que cercan á mi hermano, las cuales le han enagenado la adhesion de gran parte de sus nobles y de no pocas de sus ciudades. Por desgracia nos veremos inclinados á guerear contra él, y á empuñar el cetro quizás antes que sea la voluntad de Dios transmitirnoslo, segun el curso de la naturaleza. Qui-

28. Arch-imposter (TO, I-47).

29. Miscreants (TO, I-47).

siera respetaseis á D. Enrique, no solo como cabeza de nuestra régia casa, sino como á mi hermano y jurado rey. Si por desventura consejeros malvados le llevasen á intentar algo contra nuestras personas ó nuestros derechos, será legal bajo todos conceptos resistirle; pero te ruego, Fernando, que en ningun caso armes tu mano en rebelion contra mi soberano legitimo!

—Cuide pues D. Enrique de su Beltraneja,³⁰ respondió con calor el príncipe. Por san Pedro! tengo derechos de mi parte que son preferibles á los de esa mal engendada mozuela! Toda la casa de Trastamara tiene un interes en aniquilar esa yema espúrea que tan fraudulentamente se ha enjertado en su noble tronco.

—Te exaltas, Fernando, y hasta los ojos de Beatriz de Bobadilla te reprochan ese calor. La desgraciada Juana no puede nunca perjudicar nuestro derecho al trono, pues hay pocos nobles en Castilla deseosos de ver adjudicada la corona á una en cuyas venas se dudase que corria la sangre de los Pelayos.³¹

—D. Enrique no te ha guardado fé des-

30. Beltraneja en el original (TO, I-48).

31. the blood of Pelayo en el original (TO, I-58).

de el tratado de Toros de Guisando.

—A mi hermano rodean perversos consejos, Fernando mio:—dijo poniéndose carmesí la princesa:—tampoco he podido de mi parte observar con toda rigidez el convenio, en cuanto á que una de las condiciones era que no dispusiese de mi mano sin el consentimiento del rey.

—El nos ha obligado á esa medida, y debe reprocharse á sí mismo nuestra falta.

—Así procuro ver la materia, aunque muchas han sido mis preces para que Dios me perdonara esta aparente alevosia. No soy supersticiosa, Fernando, si nó pensaria que Dios iba á mirar con ceño un enlace que se contrae en violacion de pactos tan solemnes. Pero es bien hacer una distincion entre los motivos, y tenemos un derecho á creer que aquel que lee los corazones no juzgará con severidad á los que tienen intenciones rectas. Si no hubiera intentado D. Enrique apoderarse de mi persona, con el indudable designio de forzarme á un casamiento contrario á mi voluntad, habria sido innecesario este paso decisivo, y no lo hhubiéarmos dado por cierto.

—Gracias debo tributar á mi santo patrono, porque tu voluntad, amada prima, fué menos flexible de lo que hubieron creído tus tiranos.

—Imposible me fué admitir por esposo al rey de Portugal, á Monsiur de Guienne, ni á ninguno de cuantos me propusieron, contestó Isabela con candidez. Mal le está á una noble doncella anteponer sus propios inespertos caprichos á la sabiduria de sus parientes, y no es difícil aprender á amar á un esposo cuando la naturaleza y la inclinacion no se violentan en demasia con el contraido enlace; pero yo tenia en demasiado aprecio mi ánima para esponerla á una prueba tan ruda al contraer las obligaciones matrimoniales.

—Conozco cuan indigno soy de ti, Isabela; pero es preciso que me adiestres á ser lo que á ti te plazca; pues solo puedo prometerte que seré un discípulo muy diligente y provechado.

Hizose ahora mas general el coloquio, é Isabela, complaciendo su natural curiosidad y cariñosa naturaleza, hizo varias preguntas

acerca de los diversos parientes que tenía en Aragon. Despues que la entrevista hubo durado dos largas horas, volviõse á Dueñas el rey de Sicilia, con el mismo incõgnito que habia guardado en su viago á Valladolid. Separáronse los regios novios con sentimientos de acrecentado respeto y estimacion, mientras que Isabela daba suelta á aquellas dulces anticipaciones de doméstica felicidad, que mas propias eran de la tierna naturaleza de una muger.

Celebróse el casamiento con la pompa correspondiente, en la mañana del 19 de Octubre de 1469 en la capilla del palacio de Juan de Vivero, y en presencia de mas de dos mil personas, por la mayor parte de alta gerarquía.

Al comenzar los oficios el sacerdote, manifestó Isabela cierta inquietud, y volviéndose al arzobispo de Toledo, le dijo.

—Prometiõme vuestra Eminencia que no faltaría el consentimiento de la Iglesia para esta solemne ocasion. Es bien sabido que entre D. Fernando de Aragon y yo existen grados de parentesco, para los que precisa una dispensa es-

pecial del padre santo, si hemos de contraer matrimonio.

—Es muy cierto, doña Isabel, repuso el prelado con semblante sereno y sonrisa paternal. Felizmente nuestro santísimo padre Pio ha renovado ese obstáculo, y la iglesia aprueba en todas sus partes este bienaventurado consorcio.

Produjo entonces al arzobispo una dispensa que leyó en voz clara, sonora y firme, y su lectura hizo desaparecer de la frente de la reina hasta el mas leve nublado; despues de lo cual prosiguió la ceremonia. Pasaron muchos años antes que aquella piadosa y sumisa princesa descubriera que la habian engañado, y que la bula entonces leida habia sido un invento del viejo rey de Aragon y del prelado, no sin sospecha de connivencia por parte del novio. Habiase recurrido á este ardid, á causa de un íntimo convencimiento de que el soberano pontífice estaba demasiado sugeto á las influencias del rey de Castilla para que hubiera concedido las licencias en oposicion á los deseos de este monarca. Reparó el daño sin embargo el papa

Sisto IV, concediendo años despues una autorizacion mas legitima.

No obstante eso, quedaron casados Isabel y Fernando. Los acontecimientos de los veinte años posteriores á su enlace debemos recorrerlos sucesivamente, mas bien que referirlos con prolijidad. Resintióse del paso Enrique IV, é hizo algunas tentativas para sustituir á su supuesta hija la Beltraneja en lugar de su hermana como sucesora al trono. Siguióse una guerra civil, durante la cual rehusó con firmeza Isabel ceñir la corona, aunque se lo rogaron con vivas instancias, y limitó sus esfuerzos al mantenimiento de sus derechos como heredera presunta. En el año de 1474, ó cinco años despues de su casamiento, murió D. Enrique, y entonces llegó á ser la princesa reina de Castilla, aunque su espúrea sobrina fué tambien proclamada por un corto número de sus vasallos. La guerra de sucesion, como se llamára, duró cinco años, al cabo de los cuales, tomando el velo Juana la Beltraneja, el derecho de Isabel fué generalmente reconocido. Por el mismo tiempo murió D. Juan II. y subió Fernando al

trono de Aragon. Estos sucesos redujeron las soberanias de la peninsula, que tan largo tiempo habian estado repartidas en varios pequeños estados, tan solo á cuatro; á saber: las posesiones de Fernando é Isabela, que comprendian á Castilla, Leon, Aragon, Valencia, y otras muchas de las mas hermosas provincias de España; Navarra, reino insignificante en los Pirineos, Portugal, casi como existe en el dia, y Granada, última guarida del Moro, al norte del estrecho de Gibraltar.

Ni Fernando ni Isabel olvidaron la cláusula en su contrato nupcial, que les obligaba á emprender una guerra á fin de aniquilar el poder mahometano.³² La carrera de los sucesos produjo, sin embargo, una demora de muchos años para llevar á cabo este tan premeditado proyecto; pero cuando por fin llegó la época, aquella Providencia que parecia dispuesta á conducir á Isabela por una serie de incidentes importantes, desde la apurada condicion en que la hemos visto hasta el apogeo de la gloria humana, no abandonó á su favorita. A una victoria sucediase otra victoria, á un triunfo otro triunfo; hasta que

32. Moorish (TO, I-51).

el Moro hubo perdido fortaleza tras de fortaleza, ciudad tras de ciudad, y se hallára por fin sitiado en su capital misma, su última guarida en la península española. Cual si la reducción de Granada fuere un suceso, que á todo ojo cristiano debería clasificarse solo inferior al rescate del santo sepulcro de las manos de los infieles, distinguiéronla varias singularidades que nunca antes ocurrieran en asedio ninguno. (*)

En el transcurso del precedente verano, mientras las tropas españolas se hallaban delante de la ciudad, é Isabela, acompañada de sus hijos, atestiguaba anhelosa el progreso de los sucesos, ocurrió un accidente que por poco fuera fatal para la real familia, y acarrearía la destrucción del ejército cristiano. Prendióse fuego al pabellon de la reina, al que consu-

(*) Entregóse Granada el día 25 de Noviembre del año de 1491; 22 años después del casamiento antes mencionado, y en el mismo día del año, que se hizo tan memorable en los anales de los estados Unidos de América, por ser aquel en que, cuatro siglos después, cedieron los Ingleses el último trozo de terreno que poseían en las costas de la República.³³

mieron las llamas, trayendo á grave apuro el total del campamento. Muchas tiendas de los nobles fueron también destruidas, y muchos tesoros en bajilla y joyas; pero el daño quedó solo en esto. Con el fin de precaver la repetición de semejante accidente, y tal vez por considerar la conquista de Granada como la grande hazaña de su mútuo reinado, pues que el tiempo aun arrojara su velo sobre el porvenir, y una sola mente humana preveía el mayor de los sucesos de aquella época, la cual se hallaba todavía en embrión, determinaron los monarcas sitiadores llevar á cabo una obra que hiciese memorable el cerco. Trazóse el plano de una ciudad formal, y se pusieron infinitos trabajadores á construir edificios sólidos para alojar en ellos al ejército, convirtiendo la lucha en una disputa de ciudad á ciudad. Completóse en tres meses esta obra estupenda, con sus avenidas, calles y plazas, y recibió el nombre de Santa Fé; apellidación adecuadísima al zelo que consiguió llevar á efecto una obra semejante, en lo mas encendido de una campaña, como también á la confianza general en la Providencia de Dios,

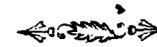
33. Esta nota es en realidad un párrafo del original (TO, I-51) que comienza donde se sitúa la llamada (asterisco). En vez de "estados Unidos", el original utiliza *this country*.

que animaba á los **Cristianos en el discurso** de la guerra. La construccion de esta ciudad imprimió el desaliento en los corazones de los Moros, porque la consideraron como prueba de que sus enemigos intentaban terminar la lucha solo con sus vidas; y es altamente probable que tuviese una influencia directa é inmediata en la sumision de Boabdil, rey de Granada, quien entregó la Alhambra á las pocas semanas de haber pasado los españoles á ocupar sus nuevos domicilios.

Todavía existe Santa Fé, y la visita el viajero como lugar de curioso origen; mientras la hace notable otra tradicion real ó ficticia, á saber: que es la sola ciudad en España donde nunca han dominado los Moros.

A esta época y escena deberán transportarnos ahora los incidentes de nuestra novela; pues cuanto hasta aqui se ha referido puede considerarse como materia introductoria á fin de preparar al lector para los acontecimientos que van á seguir.

CAPITULO IV.



¿De que sirven del sabio los afanes,
Para quien solo busca hacerse dueño
De la ciencia del mundo y de la vida?
Humanas artes y talentos bellos
Golfos de errores son, y si me obstino
En medir sus honduras, solo encuentro,
En vez de la verdad que ansioso busco,
Sombras espesas y un abismo inmenso.³⁴

CONOCIMIENTOS HUMANOS.

LA mañana del 2 de Enero de 1492
alboreó para ser testigo de una so-
lemnidad y pompa, inusitadas aun
en una corte y un campamento tan adictos á
las observancias religiosas, y á la regia mag-
nificencia, como los de Isabela y Fernando.
Apenas asomó el sol, cuando todo era movi-

34. *Human Learning* (TO, I-53). En realidad es un fragmento de *A Treatie of Human Learning*, obra de Fulke Greville, Lord Brooke (1633).

miento y júbilo en la pequeña ciudad de Santa Fé. Las negociaciones para la entrega de Granada, que se habían conducido en secreto durante algunas semanas, se hallaban terminadas; habianse publicado sus resultados al ejército y á toda la nación, y este era el día señalado para la entrada de los conquistadores.

Estaba á la sazón de luto la corte por D. Alonso de Portugal, esposo de la Princesa real de Castilla, y el cual había muerto á poco tiempo de casado; pero en tan festiva ocasión se depusieron las vestimentas del pesar, y ostentóse cada cual en su traje mas vistoso y magnífico. Todavía era temprano, cuando se puso en marcha el Gran Cardenal, subiendo por el monte llamado de los Mártires, á la cabeza de un fuerte destacamento de tropas, con el fin de verificar la toma de posesión. Salióle al encuentro una partida de caballeros moros, que formaban el séquito de uno, en quien por la dignidad de su aspecto y la angustia impresa en su rostro, era fácil reconocer los padecimientos mentales de Boabdil ó Abdalá, el monarca vencido. Indicó á este el cardenal la posición

que ocupaba el rey D. Fernando, quien, con aquella mezcla de piedad y mundana política, tan entretendida en su carácter, no había querido entrar dentro de las murallas de la conquistada ciudad, mientras el símbolo de Cristo no sustituyese á los pendones de Mahoma, y había tomado puesto á alguna distancia de las puertas, con el objeto de aparentar aquella mansedumbre que tan adecuada era al fanatismo especial de la época. Como la entrevista que se verificó entre los dos soberanos ha sido descrita ya mas de una vez, nos parece inútil repetirla en este lugar. En seguida se dirigió Boabdil, á presentarse á la sensible y afectuosa Isabel, quien le recibió con verdadera caridad y compasión cristiana; y concluida esta ceremonia, tomó el camino hácia aquel desfiladero, donde por última vez se presentaron á sus ojos los palacios y las torres de sus antepasados, de cuya circunstancia ha conservado aquel punto la poética y sensible denominación de, *El último suspiro del Moro*.³⁵

Aunque poco se demorara el tránsito del último rey de Granada desde de su alcázar

35. En castellano en el original.

hasta los montes, como fuese **tan lenta y majestuosa** la marcha de su comitiva, no pudo menos de durar algun tiempo. Entretanto cubria la muchedumbre los caminos, y hormigueaba en los campos adyacentes una espesa turba con los ojos fijos en las torres de la Alhambra, donde se esperaba por instantes ver desplegarse la enseña de la toma de posesion, ansiosamente anhelada de todo buen Católico que en ella atestiguaba el triunfo de su religion.

Isabela, que habia hecho esta conquista una de las condiciones de su casamiento, y cuyo triunfo la pertenecía en verdad, se abstuvo, con su natural modestia, de apurar su marcha en esta ocasion. Colocada á retaguardia del puesto que ocupaba su esposo, constituia siempre el centro de la atraccion universal, si esceptuamos las suspiradas torres de la Alhambra. Ostentábase la princesa en toda la regia pompa que era conveniente á la circunstancia; su belleza la hacia, como siempre, un objeto admirable; su mansedumbre, su inflexible justicia, y su severa veracidad habian conquistado todos los cora-

zones, y ella era, en cuyo beneficio redundaba la conquista del reino granadino; siendo esta comarca un enclave de su propia corona de Castilla, y no de la de Aragon, cuyo pais dominaba un trozo muy insignificante de territorio anexo.

Antes de la presentacion de Abdalá, se movia la turba en varias direcciones; entre ella se advertia un número infinito de frailes, clérigos y monges, pues que aquella guerra tenia el carácter de una verdadera cruzada. La muchedumbre de curiosos era mas espesa en torno de la reina, por ser mas imponente en aquel punto la magnificencia de la corte. Al rededor de este puesto se congregaba en particular mayor número de religiosos, los cuales conocian que el alma piadosa de Isabela creaba una especie de atmósfera moral en torno de la princesa, que se adecuaba peculiarmente á sus hábitos, y era en extremo favorable á su consideracion. Entre otros habia un fraile, de aspecto invitante y á la verdad de noble cuna, á quien varios Grandes saludaban con la denominacion de Fray Pedro al alejarse este de la inmediata presencia de la

reina, para buscar un parage menos concurrido. Acompañábale un jóven, cuyo porte era tan superior al de la mayor parte de los que aquel dia no ocupaban el arzon, que atraía la curiosidad general. Aunque apenas pasaba de los veinte años, era evidente, por sus formas robustas y sus tostadas aunque floridas mejillas, que ya le eran familiares las fatigas de la guerra, y muchos creían, al advertir su aire marcial, que, aunque no se presentaba cubierto de armadura en una ocasion tan peculiarmente militar, ya había enristrado la lanza mas de una vez en el torneo y en la lid. Su traje era sencillo, cual si mas bien evitase la observacion, que fuese su objeto solicitarla; pero arreglado á la moda del que solo usaban las clases nobles. Se le había visto recibir afablemente de Isabela, cuya mano había tenido la honra de besar, gracia que en la formal y etiquetera corte de Castilla rara vez se otorgaba entonces sino á personas muy distinguidas, ó á aquellos cuyo linage era particularmente ilustre. Susurraban algunos que aquel mancebo seria de la familia de los Guzmanes, apellido casi regio; otros

le creían un Ponce, cuyo nombre se había hecho uno de los mas ilustres de España, en virtud de las hazañas del famoso Marques Duque de Cádiz, en esta misma guerra; otros en fin afectaban descubrir en su altiva frente, erguido pisar y animados ojos, el porte y continente de los Mendozas.

Era bien claro que el objeto de estos comentarios ignoraba entretanto la admiracion que causarían sus formas atléticas, su bello rostro y su andar altanero y elástico, pues cual hombre acostumbrado á llamar la atencion de sus inferiores, distraíase únicamente con los objetos que le divertían la vista ó alhagaban la imaginacion, al paso que prestaba voluntario oido á las observaciones que de cuando en cuando salían de los labios de su reverendo compañero.

—Este es un bendito y gloriosísimo dia para la cristiandad, notó el fraile, despues de una prolongada pausa. Una impía dominación de setecientos años acaba de espirar hoy, y al fin ha quedado abatido el orgullo Sarraceno.³⁶ Tus antepasados, hijo mio, se alzarían de sus sepulcros de buena gana, á fin de

36. and the Moor is at length lowered from his pride (TO, I-56).

pasear por la tierra en noble triunfo, si fuese dable que las nuevas de esta mudanza de cosas llegasen á las almas de los Cristianos, tan largo tiempo hace fallecidos!

—Por ellas interceda la virgen bendita, padre mio, á fin de que no les disturbe en su descanso la noticia de haber desalojado el Moro; porque dudo que, apesar de lo muy agradable que hayan hecho á Granada los infieles, quisieran mis abuelos trocar por ella el paraíso.

—Señor D. Luis, vuestras recientes viajatas han dado mucha liviandad á vuestros discursos, y dudo que seáis hoy tan diligente en rezar los padrenuestros, y tan puntual en las confesiones de antaño, como lo érais cuando estabais al lado de vuestra piadosa madre, de bendita memoria.

—No me reprehendais con tanto calor, padre mio; esta liviandad la produce mas bien la ligereza juvenil, que la falta de respeto por nuestra santa Iglesia. ¿Mas por qué razon mirais con los ojos fijos hácia aquel grupo? ¿Estais viendo por ventura á alguno de mis dignos antepasados, que haya llegado á la ligera desde el otro mundo para presenciar el berrenchin del

Moro por la pérdida de su bienaventurada Alhambra?

—¿Ves á aquel hombre, Luis? preguntó el fraile, dirigiendo la vista á un punto determinado, aunque sin acompañarla de ademán ninguno, para señalar al individuo, á quien se referia, entre la turba que en todas direcciones se cruzaba.

—A fé mia, que estoy viendo mas de un millar, aunque ninguno tenga indicios de estar recién llegado del otro mundo. ¿Seria tal vez indiscrecion preguntaros, quien, ó que cosa llamaba tanto vuestra curiosidad?

—¿No adviertes allá abajo una persona de alta é imponente estatura, en la cual se mezcla tan singularmente el aire de gravedad respetuosa con el de la pobreza; ó si no puede llamarse tal á la humildad de su trage, pues este es mas lucido hoy del que acostumbra llevar comunmente, á lo menos no es cual lo ostentan los nobles y los ricos; á par que su talante le daria á conocer por un monarca cuando ménos?

—Sí, ya observo al que aludís, padre; aquel hombre de aspecto reverendo y grave; pero no

advierto que tenga nada de extravagante ni de ridiculo en su traje ó porte.

—No es eso; mirale bien: ¿no reparas la altivez y dignidad selladas en su semblante, cual solo se encuentran en los que estan acostumbrados á mandar?

—Me parece que su aire y vestido le dan á conocer por un navegante de clase distinguida, ó si se quiere, piloto: un hombre curtido en los mares: si, ya veo que lleva encima varios simbolos que demuestran su profesion.

—No te equivocas, Luis, pues tal es su carrera. Génova es su patria, y su nombre CRISTOBAL COLON,³⁷ ó como en Italia se denomina, Christóforo Colombo.

—Bien me acuerdo haber oido hablar de un almirante de ese nombre, que prestó excelentes servicios en las guerras del Sur, y que en otros tiempos condujo una escuadra á los mares mas remotos del oriente.

—No es este quien tu dices, sino uno de mas humilde rango, aunque tal vez de la misma familia, en atencion á ser oriundos ambos de un lugar idéntico. Este no es almirante, aunque por fuerza quiere llegar á serlo, y hasta rey si es posible.

—El buen hombre, segun eso, tiene escasez de juicio ó sobra de ambicion.

—Ni una cosa ni otra, hijo mio. Respecto á talentos, han deslucido los suyos á los de muchos de nuestras mas sapientes eclesiásticos; y en honor de su piedad sea dicho, que no existe un cristiano mas devoto en los reinos de España. Bien se conoce, Luis, que has permanecido mucho tiempo en países estraños, y muy poco en nuestra corte, pues que ignoras la historia de este ser extraordinario, y no te recuerda la mencion de su nombre, que por luengos años han sido sus proyectos un manantial de burla para los frívolos y descabellados; y una fuente inagotable de dudas para los reflexivos y cuerdos; mas abundante en verdad que todas las desastrosas y emponzoñadas heregias que han pululado en nuestra época.

—Provocais mi curiosidad, buen padre, con semejante lenguaje. ¿Quién, y qué cosa es ese hombre?

—Es un enigma que no he podido desenredar, ni á fuerza de ruegos á la Virgen, ni agotando la instruccion de los claustros,

ni poniendo en juego el afán más celoso de alcanzar la verdad; sentémonos, hijo mío, sobre esta piedra, y te referiré las teorías que hacen tan notable á ese hombre. Has de saber que hace siete años se presentó Colón entre nosotros. Solicitó le empleasen para descubrir regiones desconocidas al otro lado de los mares, pretendiendo que si se navegase en el océano, con rumbo á occidente, hasta una distancia inaudita, llegaría á las Indias más remotas, á las ricas islas de Cipango y reino de Catay, de cuyos países nos ha dejado un tal Marco Polo unas leyendas muy ingeniosas.

—Por la bendita memoria de Santiago! ese hombre tiene los sesos al revés; interrumpió riéndose D. Luis. ¿Cómo podía ser eso, á menos que la tierra fuese tan redonda como una naranja, pues las Indias yacen al oeste de nuestra España?

—Así se le ha argüido muchas veces, pero á eso dá el piloto razones incontestables.

—¿Que más incontestable que la que acabo de decir? Nuestros propios ojos nos dicen que la tierra es plana.

—En eso opina Colón diferente á los demás hombres... y para decir la verdad, hijo Luis, no sin algunos visos de razón. Es un navegante, como puedes suponer, y contesta que cuando se está en mar alta y se vé acercar una nave, lo primero que se descubren son las velas altas, después las bajas, y por último el casco. Pero tú también has navegado, y habrás advertido más de una vez el mismo fenómeno?

—Muchas veces, padre. Mientras cruzábamos en el mar inglés, divisamos una nave de rey que hacia rumbo hacia nosotros, y que al principio nos había parecido como una manchita blanca en el horizonte; empezaron á salir del agua á poco rato todas sus velas, y por último su abultado casco, el cual tenía por cierto una bonita hilera de bombardas y cañones; lo menos veinte, si mal no conté.

—¿Entonces convendrías con Colón en que la tierra es redonda?

—Por San Jorge de Inglaterra! yo no. He visto demasiado del mundo para darle una hechura tan estrambótica. La Bretaña, la

Francia, la Alemania, la Borgoña y todos esos lejanos países del norte son tan planos y lisos como nuestra propia Castilla.

—¿Pues entonces por qué divisaste primero las velas superiores del buque inglés?

—Por qué? padre... porque—ya se ve—fueron las que estaban mas visibles: si, porque se presentaron á la vista las primeras.

—¿Y ponen los ingleses arriba las velas mas grandes?

—Creo que no sean tan necios: aunque en esto de navegar se muestran poco duchos, pues en esta ciencia los que sobresalen hoy son nuestros vecinos los Portugueses, y los marineros de Génova; sin embargo, no son del todo estúpidos los Ingleses. Como se hacen cargo de la fuerza de los vientos, conocen de que mientras mayor la vela, mas baja debe ser la posición que ocupe.

—¿Como sucedió pues, que vieses primero las velas mas chicas?

—En verdad, Fray Pedro, que no habeis hablado en valde con el Signor Christóforo. Una pregunta no es una razon.

—Tambien Sócrates era aficionado á hacer

preguntas; mas esperaba que le dieran respuestas.

—*Peste!* como dicen en la corte del rey Luis. Yo no soy Sócrates, buen padre; sino vuestro antiguo discípulo y pariente Luis de Bobadilla, el vagamundo sobrino de la Marquesa de Moya, favorita de la reina, y me tengo por un caballero tan bien nacido como cualquier otro en España,—aunque algo dado á caravanas, si se ha de creer lo que mis enemigos dicen.

—Poco necesitas hablarme de tu genial, alcurnia, ni romerías, Luis de Bobadilla, pues sabes te conozco desde tu niñez. Tienes un mérito que no puede negártese, y este es, el respeto que profesas á la verdad; y sobre este punto has vindicado completamente tu carácter, confesando que no eres un Sócrates.

La bondadosa sonrisa con que el digno fraile acompañó su réplica, le quitó cuanto de punzante tenia; y el jóven se rió, cual si el conocimiento intenso de sus juveniles locuras le impidiese resentirse de lo que escuchára.

—Pero, querido Fray Pedro, dejad por una vez vuestra astuta lógica, y habladme con lisura sobre este asunto tan extraordinario. Vos, ¿lo menos, no creéis que la tierra sea redonda?

—En ese punto, Luis, no voy tan lejos como otros, pues que las santas escrituras parecen contrarrestar la opinion. Sin embargo, este argumento de las velas me tiene muy perplejo, y mas de una vez he deseado pasar de un puerto á otro, por mar, á fin de cerciorarme del asunto. Si no fuera por lo mucho que me trastorna el mareo, no dejaria de experimentarlo á la primera ocasion.

—Eso fuera el non plus ultra de vuestra sabiduria! exclamó riéndose el manebro. Tendria que ver el Padre Fray Pedro del Carrascal echado á vagamundo, como su antiguo discipulo, y ademas, caballero en la caña de un timon. Pero estad seguro, muy venerando instructor, de que no es preciso os movais, porque yo mismo puedo evitaros la molestia; en todas mis peregrinaciones, por tierra y mar, y bien sabeis que no han sido escasas ni cortas, siempre he hallado la tier-

ra muy chata, y el océano aun mas chato que ella, si se deducen algunas oleadas mas ó menos turbulentas é incómodas.

—No hay duda que tal á la vista aparece; pero ese Colon que ha viajado mas que tu y mucho mas lejos, es de contraria opinion. Sostiene que la tierra es una esfera, y que, dirigiéndose al occidente, se puede llegar á los puntos que se alcanzaron en virtud de hacer rumbo al oriente.

—Por San Lorenzo! la idea es bien atrevida. ¿Se determina ese hombre á navegar en el espacioso Atlántico, y aun á cruzarlo en busca de alguna distante y desconocida region?

—Esa es su idea; y por el término de siete largos años ha estado solicitando en la corte se le suministren los medios de ponerla en práctica. Tambien he sabido, que muchos años además, tal vez otros tantos, ha consumido en igual pretension en paises diversos.

—Si la tierra es redonda, repuso D. Luis con pensativo aire, ¿qué impide á las aguas caerse todas á la parte inferior? ¿Como es que existe mar ninguno? ¿y si como insinuais, se

hallan las Indias al otro lado de nosotros, ¿como podemos estar en pie sobre una superficie tan curva? Preciso que algunos tengan la cabeza para abajo.

—A esa dificultad ha contestado ligeramente Cristoval Colon. Y por cierto que la mayor parte de nuestros sabios eclesiásticos empiezan á adoptar la opinion de que no hay ni abajo ni arriba, sino en cuanto tiene relacion con la superficie de la tierra: de modo que sobre ese punto no aparece ya obstáculo.

—Por Dios, padre, no quereis, supongo, hacerme creer, que los hombres puedan andar de cabeza, ó con la coronilla para abajo? por San Francisco! vuestros hombres de Catay, habrán de tener las uñas de los pies como los gatos, ó de lo contrario no tardarian en caerse.

—¿Y adonde, Luis?

—¿Adonde, Fray Pedro?—Irian á parar á Tofet,³⁸ ó al abismo sin fondo. No puede ser que anden los hombres con la cabeza para abajo y los talones para arriba, sin otros cimientos que la santa atmósfera. Tambien

las caravelas habrán de navegar con los mástiles para abajo: no estaria mala la travesía! Ademas, ¿quien estorbaria que las aguas se cayesen sobre las hogueras del demonio y las apagaran para siempre?

—Hijo Luis, interrumpió el fraile con gravedad; tu liviana lengua te precipita en demasia. Pero ya que tanto te mofas de las opiniones de este navegante, ¿cuales son tus propias nociones acerca de la figura de esta tierra, que ha honrado Dios con su presencia y espíritu?

—Que es tan plana como la rodela del moro, que maté en la última batida, y la cual es tan chata como el martillo puede machacar el hierro.

—¿Y crees que tiene limites?

—¿Que si lo creo?—con el favor del cielo y de doña Mercedes de Valverde, espero verlos antes de morir!

—Segun eso habrá un borde ó precipicio en los cuatro lados del mundo, que los hombres pueden visitar, parándose para reconocer el espacio desde allí, como juglares encaramados en una tarima de inmensa elevacion.

38. Tophet en el original (TO, I-61). Lugar, según el Antiguo Testamento, donde los cananeos sacrificaban a niños al dios Moloc. Sinónimo de infierno.

—Nada pierde la pintura, padre, por lo delicado del retoque! verdad es que hasta ahora no se me ha ocurrido la idea! Por el mismísimo San Fernando, que sería ese un lugar muy á propósito para poner á prueba el ánimo de D. Alonso de Ojeda, quien podría pararse á pie cojito en el margen de la tierra, poner el otro talon en una nube, y tirar una naranja hasta los cuernos de la luna! (*)

—Creo que no puedes pensar en ninguna cosa seria, Luis, repuso Fray Pedro; pero á mi entender no deja de tener mérito la opinion del navegante. Solo veo dos serias objeciones en contra; la dificultad que hay en hacerla convenir con los sagrados escritos, y la otra, lo vasto, incomprensible é in-

(*) Este Alonso de Ojeda, que tanto se distinguió en la conquista del Nuevo Mundo, dió una muestra de agilidad y equilibrio, en Sevilla, á presencia de la reina doña Isabel y de toda la corte. Colocóse una angosta viga, que proyectaba muchas varas del último balcon de la Giraldá, sobre la cual se paseó Ojeda hasta llegar á su extremo; allí, vuelto de espaldas á la torre, y quedándose sobre un pié, arrojó una naranja hasta lo alto, donde está el sitio destinado á las campanas.
N. del T.³⁹

menso del espacio que nos separa de Catay, porque de lo contrario no hubiéramos dejado de tener alguna noticia antes de ahora de esa parte del mundo.

—¿Y favorecen los sabios el sistema de Colon?

—Con la mayor seriedad se ha discutido el asunto en un consejo celebrado en Salamanca, donde hubo grave discrepancia de opiniones. Uno de los obstáculos principales está fundado en el recelo, de que aun cuando consiguiese una nave llegar á Catay, en virtud de navegar á occidente; pudiese verificar su vuelta, á causa de que ha de haber, en cierto modo, una subida y una bajada. Debo confesar que la mayor parte de los hombres se mofan de este Colon, el cual temo no llegue nunca á Cipango, pues que ni aun se encuentra hoy de camino para su salida. Extraño que se halle ahora aquí, pues se decía haberse despedido definitivamente para Portugal.

—¿Y decis, padre que tan largo tiempo haya permanecido en España ese hombre? preguntó con gravedad D. Luis, mientras se

fijaban sus ojos en la venerable figura de Cristóval Colon, quien miraba tranquilo el ostentoso espectáculo del triunfo, á corta distancia de la piedra que servia de asiento á los interlocutores.

—Por espacio de siete largos años se le ha visto solicitar el apoyo de los ricos y grandes, para que le suministrasen medios con que emprender su viage favorito.

—¿Y tiene oro para suportar los trámites de tan dilatada pretension?

—Su aspecto le demuestra ser pobre..... y aun me consta que tiene que trabajar para sostenerse, dibujando mapas geográficos. La hora despues de habersele visto arguyendo con los filósofos, y solicitando el patrocinio de los principes, se le ha encontrado ganando con duras penas un sustento mezquino.

—La descripcion que de él me haceis, reverendo padre, aguza mi curiosidad á tal punto, que quisiera hablar con Cristóval Colon. Ahí está parado entre la turba; me llegaré á él, y diciéndole que yo tambien he navegado, haré me comunique algunas de sus peculiares ideas.

—¿Y de qué modo piensas, hijo mio, introducirte á su conocimiento?

—Le diré que soy D. Luis de Bobadilla, sobrino de doña Beatriz de Moya, y noble vástago de una de las primeras casas de Castilla.

—¿Y juzgas que eso bastará para conseguir tu objeto? no, no hijo mio; no creas que este Colombo es de la misma clase de los demás que á su profesion se dedican. Tan lleno está de su vasto proyecto, y tan erguido con la magnitud de las resultas que tan intensamente contempla su alma dia y noche, que ni aun los reyes pueden aminorar el alto sentido que su dignidad le infunde. Lo que te propones hacer, apenas lo intentaria nuestro amado señor D. Fernando mismo, sin temor de algun desaire, cuando no de ademan, á lo menos de lengua.

—¡Por todos los santos benditos! Fray Pedro, es tan extraordinario el carácter que de ese hombre me describis, que aumentais mi deseo de conocerle. ¿Quereis servirme de introductor?

—De muy buena gana, porque de cami-

no quiero informarme de las causas que le han traído otra vez á la corte. Déjalo á mi cuidado, y veremos lo que se consigue.

Levantáronse, pues, de su asiento el fraile y su fogoso discípulo, dirigiéndose al través de la turba hácia el hombre que habia sido objeto de su diálogo, y aun lo era todavía de sus pensamientos. Luego que estuvieron bastante cerca, paróse Fray Pedro, aguardando con paciencia que en él reparase el navegante. Esto no tuvo lugar hasta pasados algunos minutos, porque Colon tenia fijas sus miradas en las torres de la Alhambra, donde se esperaba apareciese por instantes enarbolada la enseña de la toma de posesion; y ya Luis de Bobadilla, que aunque se habia manifestado siempre inquieto, vagoroso,⁴⁰ volátil, y difícil de restringir, jamas olvidaba su ilustre nacimiento, ni las distinciones condicionales que á su rango estaban anexas, empezaba á dar muestras de impaciencia al verse tan largo tiempo esperando las buenas voluntades de un tosco piloto. En vano urgia á su compañero á que pusiese término á sus respetuosas atenciones; pe-

ro, al fin, uno de sus ademanes atrajo las miradas de Colon, cuyos ojos se encontraron con los del fraile, quien era un antiguo conocido suyo; saludáronse los dos amigos á la manera cortés de aquella época.

—Os doy el parabien, Señor Colon, del glorioso término del sitio, regocijándome porque hayais sido testigo ocular de él, pues me dijeron que asuntos de grave interés os habian llamado á otro país.

—En todas las cosas ha de trazarse la mano de Dios, padre bendito; en este suceso advertis la victoria de la Cruz, pero á mí me facilita una leccion de perseverancia, y dá á entender con tanta claridad, como un acontecimiento de esta clase puede indicarlo, que lo que ha decretado el Altísimo tiene de suceder.

—Pláceme vuestra alusion, Señor, como todas vuestras ideas acerca de nuestra religion santa. La perseverancia es en verdad indispensable para la salvacion: y no dudo que un símbolo adecuado de ella puede trasladarse en el modo con que nuestros piadosos soberanos han conducido esta guerra, así

40. Debería ser "vagaroso" (errante).

como en su gloriosa terminacion.

—Verdad, padre; y tambien ofrece un símbolo á las fortunas de las demas empresas que, tienen por objeto la gloria de Dios y el interes de su iglesia, contestò Colon, los ojos centelleando con aquel fuego oculto que parece hallarse tan profundamente concentrado en los visionarios y entusiastas. Podreis juzgar, tal vez, que es ageno de razon hacer tales aplicaciones de estos grandes sucesos; pero el triunfo de sus Altezas en este dia me alienta á la perseverancia, é impide me desmaye en mi larga peregrinacion, que tambien tiende al engrandecimiento de la Cruz.

—Ya que aludis á vuestros propios proyectos, Señor Colon, repuso con ingenuidad el fraile, no me pesa de que hayamos recordado el asunto; pues aqui está un jóven pariente mio, que tambien se ha dado algo á las andancias, para satisfacer su juvenil fantasia; y á quien ni la amistad ni el amor han podido contener; y habiendo sabido vuestros nobles proyectos, anhela por aprender algo mas acerca de ellos de vuestros propios labios,

si condescendeis en proporcionarle esta satisfaccion.

—Siempre me hallo dispuesto á complacer el plausible deseo de los jóvenes y aventurados; y así comunicaré gustoso á vuestro noble amigo, cuanto le plazca saber; respondió Colon con una sencillez y dignidad que deshizo todas las ideas de superioridad y condescendencia conque se prometiera D. Luis llevar adelante el coloquio, y dió á entender al jóven que en el diálogo consiguiénte era él quien debia considerarse como honrado y distinguido.—Pero, Señor, se os ha olvidado decirme el nombre de este caballero.

—Se llama don Luis de Bobadilla, cuyo mayor mérito consiste tal vez en un espíritu aventurero y osado, y en el hecho de ser sobrino de vuestra muy apreciable amiga, la Señora marquesa de Moya.

—Cualquiera de esas dos cualidades serian suficientes para recomendarle á mi estima. Agrádame en la juventud el espíritu de aventura; el cual se sirve Dios infundir en ella á fin de que conspire á sus todo-sabios y todo-benéficos designios, y en ella he de bus-

car yo mismo el principal sosten y apoyo de mis miras mundanas. Además, que estimando yo á doña Beatriz, solo en segundo lugar despues del Padre Juan Perez de Marchena, y el Señor Alonso de Quintanilla, su pariente debe ser á mis ojos un sugeto de mucho respeto y estimacion.

Todo esto era muy extraordinario para los oídos de D. Luis; porque, aun cuando el traje y aparioncia del desconocido; quien, hasta hablaba el castellano con extraño acento, no dejaban de ser respetables, se le habia dicho que no pasaba de ser un piloto ó navegante, que ganaba el sustento con su trabajo material; y no era demasiado comun para un noble de Castilla hallarse tratado, por decirlo asi, con cierta condescendiente gracia por uno inferior á los que pudieran jactarse de pertenecer á la sangre y descendencia de los reyes. Al principio estuvo tentado D. Luis de resentirse de las palabras del extranjero; despues, de reirsele en las barbas; pero advirtiendo que el fraile le trataba con gran deferencia, al paso que reprimido interiormente con el aspecto del reputado proyectista, con-

siguió no solo conservar un porte adecuado, sino que hizo una réplica tan cortés y digna, cual convenia á su nombre y crianza. Retiráronse luego los tres un poco aparte de la éspesa turba, y hallaron pronto asiento en uno de los muchos peñascos que estaban esparecidos por aquel punto.

—Decis, que don Luis ha visitado paises extraños,—preguntó Colon á Fray Pedro, llevando la guia en el diálogo como sugeto á quien tocara la precedencia en virtud de rango superior ó ventajas personales—y que tiene aficion á las maravillas y peligros de los mares?

—Tal ha sido su mérito ó su culpa, Señor; mas si hubiera escuchado los deseos de doña Beatriz, ó mis propios consejos, no hubiera abandonado su ilustre carrera por una tan poco acorde con su nacimiento y educacion.

—No, padre; tratais á este jóven con rigorosa severidad; aquel que pasa la vida en el océano puede apenas decirse que lo hace de un modo ignoble ó desventajoso. Dios separó diversos paises con vastos intéryalos

dé agua, no para hacer á los pueblos estranos entre si; mas á fin de que se reuniesen en medio de las maravillas, conque ha decorado los mares, y dar tanta mayor gloria á su nombre y poderio. Todos tenemos en la juventud nuestros instantes de irreflexion, cediendo en ella mas bien que á nuestra razon á nuestros impulsos, y así me encuentro poco dispuesto á reprochar á D. Luis los extravios de una edad tan poco reprimible.

—Es probable, tambien, que hayais combatido por mar contra los infieles, señor Colon, observó el jóven, no poco embarazado respecto al modo con que habia de introducir el tópico que tanto deseaba.

—Ay! y por tierra tambien, hijo mio;—esta familiaridad sorprendió al jóven noble, aunque no le fué posible ofenderse de ella—y por tierra tambien. Hubo un tiempo en que me complacia en referir mis peligros y escapadas, que numerosas han sido, tanta en virtud de guerras como de borrascas; pero desde que el poder de Dios ha despertado en mi alma el anhelo de cosas sublimes, pa-

ra que su voluntad sea hecha, y su palabra bendita se estienda por toda la tierra, ha cesado mi memoria de pararse en aquellas.—Al llegar aqui el navegante, santiguóse Fray Pedro, mientras D. Luis se sonreia y alzaba los hombros, cual si oyera una cosa extravagante; pero Colon prosiguió, en el tono mas serio y grave, que á su carácter pertenecer parecia. Hace ahora muchos años que me hallé empeñado en aquel combate que tuvo lugar entre los de Venecia, y la escuadra de mi pariente y tocayo, Colombo el menor, como se le llamaba para distinguirle de su tio, el antiguo almirante del mismo nombre, y cuya accion se trabó en las aguas del cabo de San Vicente. Aquel dia nos batimos con las naves contrarias, que llevaban abordo un rico cargamento, desde el medio dia hasta la noche, y sin embargo, me sacó ileso el Señor de tan sangrienta refriega. En otra ocasion, habiendo consumido las llamas la galeera en que yo combatia, me vi precisado á nadar una respetable distancia hasta la playa, auxiliado de un remo. Paréceme que en eso estuvo manifiesta la mano de Dios, quien no

habria dispensado tan tierna y señalada proteccion á una criatura tan insignificante, á menos que no fuese á fin de conservarla para su propia gloria y honor.

Aunque al hablar así resplandecian los ojos del navegante; y se coloraban sus mejillas con una especie de sagrado entusiasmo, era imposible confundir á un varon tan grave, respetuoso y comedido hasta en sus exageraciones, si puede llamárselas así, con aquellos caracteres ociosos y frívolos que equivocadamente toman los impulsos momentáneos por impresiones endebles y pasajeras vanidades. Fray Diego, en vez de sonreirse, ó de dar la mas leve muestra de poco respeto hacia las observaciones de su amigo, volvió á santiguarse, y manifestó por medio de la simpatia espresada en su rostro, cuanto participaba de la íntima y religiosa fé del interlocutor.

—Las vías de Dios son á veces misterios para sus criaturas, dijo el fraile, pero sabemos que todas tienden á la exaltacion de su santo nombre, y á la gloria de sus divinos atributos.

—Así lo considero yo, padre, y con ta-

les miras he contemplado siempre mis propios y humildes esfuerzos para honrarle. Nosotros solo somos instrumentos, y por cierto inútiles, cuando vemos cuan poco procede de nuestro propio espíritu y facultades.

—Ahi está ya el bendito emblema de nuestra salvacion, exclamó el fraile, estendiendo ambos brazos, cual si intentase abrazar algun distante objeto en las nubes, y cayendo de hinojos, humilló hasta el suelo su afeitada y desnuda cabeza.

Volvió los ojos Colon en la direccion que indicaban los gestos de su compañero, y divisó la abultada cruz de plata, que llevaran consigo los soberanos en la reciente guerra como prenda del objeto que en ánimo tenían, relumbrar sobre la torre principal de la Alhambra. Un momento despues se desarrollaron en sus elevados puestos los pendones de Castilla y de Santiago. Entonáronse en seguida los cánticos de la victoria, confundidos con las antífonas de la Iglesia. Cantóse el Te Deum, y los coros de la capilla real dieron voz en los abiertos campos á los laudes en honra del Señor Dios de los Ejerci-

124

tos. Siguióse, en fin, una escena de pompa religiosa y magnífica, mezclada con el boato marcial, cuya descripción pertenece mas bien á la historia en grande que á los incidentes particulares y privados de la presente leyenda.



CAPITULO V.

¿Que pulidas palabras lograrán
De la beldad un rasgo describir!
Tema difícil, imposible alzar!
¿Y quien su pecho no sintió latir,
Y su vista enturbiarse de placer,
Mientras márchita de su faz la flor,
Obligado se vio á reconocer
La magestad y el poderío de amor?

LORD BYRON. 41

AQUELLA noche durmió la corte de Castilla y Aragon en el palacio de la Alhambra. Tan luego como hubo terminado la ceremonia religiosa á que aludimos en el capítulo antecedente, se agolpó la muchedumbre á la plaza, siguiéndola los príncipes con la dignidad y

pompa correspondientes á su elevado carácter. Los jóvenes nobles, acompañados de sus esposas y hermanas, porque la presencia de Isabel y lo prolongado del sitio habian atraído un numeroso concurso de damas, amen de las que por obligacion formaban el séquito de la reina, recorrían ansiosos los célebres patios y laboreados departamentos de aquella notable residencia de los reyes árabes, y ni aun la noche puso límites á su curiosidad. El patio de los Leones especialmente, lugar célebre todavia en toda la cristiandad por sus restos de oriental esplendor, habia sido dejado por Boabdil en su mas vistosa magnificencia, y aunque era á mediados de invierno, el arte del hombre lo habia engalanado de flores; al paso que los salones contiguos, á saber, los de las Dos Hermanas, y Abencerrages, resplandecían con mil luces y bullían con guerreros y cortesanos, con sacerdotes de la iglesia cristiana, y bellezas de noble cuna.

Aunque no podia haber un Español á quien no fuesen familiares las ligeras gracias de la arquitectura moruna, las de la Al-

hambra escedían de tal modo á las que pudieran ostentar los demas palacios erigidos por las dinastías musulmanas, que sus glorias llenaban á los espectadores de novelesca admiracion, al paso que les infundían poca idea de la magnificencia del poder real. Los ricos caprichos trabajados en estuco, arte de origen oriental poco extendido entonces en los dominios cristianos, los graciosos y fantásticos arabes, que llevados á su perfeccion por algunos de los genios mas privilegiados, que jamas el mundo produjo,⁴² se han conservado hasta nuestros tiempos, decoraban las paredes mientras mil elegantes fuentes lanzaban á lo alto sus aguas, que caían al rededor en reluciente rocío, cual lluvia de diamantes.

Entre la turba que circulaba por esta escena de belleza mágica, se veía á doña Beatriz de Bobadilla, que hacia años era esposa de D. Andres de Cabrera, y se la apellidaba mas comunmente marquesa de Moya; amiga constante, é intima confidente de la reina Isabel, cuyo afecto conservó hasta que su regia ama pasó á mejor vida. Apoyábase li-

42. Omisión de la frase: *and got to be so familiar in Europe, though little known on this side of the Atlantic* (TO, I-69).

geramente en su brazo una jóven, de apariencia tan notable, que muy pocos se contentarian con ver solo una vez aquellas facciones y aquella hechicera figura que dejaba en el alma un recuerdo endeleble. Esta era DoÑA MERCEDES DE VALVERDE, una de las herederas mas nobles y ricas de Castilla; parienta, pupila ó hija por adopcion de la amiga de la reina, pues la palabra *favorita*, no seria el término mas adecuado para dar á entender las relaciones que existian entre doña Beatriz ó Isabela.—No era, sin embargo, la peculiar belleza de doña Mercedes lo que hacia su aspecto tan notable y atractivo; pues aunque sus formas eran femeniles, graciosas y esquisitas, habia otras muchas jóvenes en aquella brillante corte, que podian juzgarse aun mas hermosas que ella. Pero no habia doncella en Castilla que tuviese un rostro mas iluminado por un alma tan sensible y tierna; y el fisonomista al verla se complacia en trazar hasta lo mas intimo un profundo, sincero y bien arreglado entusiasmo, que daba cierta sombra de melancolia á una cara que la fortuna asi como el corazon deter-

minaran que fuese siempre serena y apacible. Tranquila sin embargo lo era, porque la niebla apenas perceptible que en ella se posaba parecia suavizar su espresion y hacerla interesante, mas bien que turbar su reposo ó anublar su belleza.

Al otro lado de la noble matrona iba Luis de Bobadilla, colocado de tal suerte que sus ojos negros y brillantes pudiesen conversar en silencio con los bellos y espresivos ojos azules de Mercedes, siempre que lo permitieran la sensibilidad y la modestia. El diálogo que tenia lugar entre los tres era en extremo franco, porque las Personas Reales se habian retirado á sus apartamentos, y cada grupo de curiosos estaba asaz distraído con la novedad de los objetos que le rodeaban y su propia conversacion para prestar interés á lo que hablaban los demás.

—Es una maravilla, Luis, observó doña Beatriz, prosiguiendo un asunto que parecia haberles interesado á todos, que siendo tu mismo tan andalon y aventurero, no hayas oido hablar nunca de este Cristóval Colon? Hace muchos años que anda solicitando de

sus Altezas le proporcionen medios para llevar á cabo su designio. La cuestion referente á sus proyectos fué discutida con toda formalidad delante de una junta de sabios en Salamanca; y no le faltan al navegante prosélitos hasta en la corte misma.

—Entre los cuales puede citarse á doña Beatriz de Cabrera, dijo Mercedes con una sonrisa, cuyo efecto era traer á manifesto los ocultos sentimientos que yacian tan profundos en su alma. He oido decir á la reina que no tenia Colon una amiga mas firme que esa en toda Castilla.

—Raras veces se equivoca su Alteza, hija mia, y nunca en mi corazon. Verdad es que patrocino á ese hombre, porque me parece destinado á alguna honrosa empresa, y por cierto que una mas magnífica que la suya nunca ha sido propuesta por ingenio humano; ¡Qué idea tan grandiosa la de entablar relaciones fáciles y directas con las naciones situadas al otro lado del mundo, y de difundir en ellas los consuelos de la santa Iglesia!

—¡Ah señora tia, repuso riéndose D. Luis,

y la de andar en su deliciosa compañía con los talones en el aire y la cabeza para abajo! Supongo que ya se habrá adiestrado Colon á este modo de pasear, porque deberá costar mucho trabajo el aprenderlo. Deberia empezar á egercitarse en las laderas de las montañas, echando para atrás el cuerpo, hasta poder trepar como las moscas por los muros y torres de la Alhambra.

Involuntariamente aunque con ardor habia Mercedes apretádole el brazo á doña Beatriz, mientras espesara esta señora el interés que tomaba en el buen éxito del proyecto, pero al oír esta salida de D. Luis, se puso muy seria, y dirigióle una mirada, que el jóven conoció llevaba consigo cierto vituperio. Ganar el amor de la pupila de su tia era el deseo mas ardiente del mancebo, y una ojeada de disgusto podía en cualquier ocasion restringir el reboce de sus espíritus, que le daba á veces ciertos visos de liviandad, poco adecuada á las cualidades verdaderas de su entendimiento y corazon. Advirtiéndole pues la mirada de Mercedes, no se detuvo en reparar el daño que se habia he-

cho á sí mismo, y añadió casi al instante de haberse espresado con tanta ligereza.

—Segun veo, tambien doña Mercedes pertenece al partido del navegante; y me parece que el Señor Colon tiene mas protectores entre las damas de Castilla que entre los nobles.

—Estraño es, por cierto, Señor D. Luis, interrumpió la reflexiva doncella, que las mugeres hayan de tener mas confianza en el mérito, mas generosos impulsos, mayor celo para con Dios, que los hombres!

—Así es preciso que sea, pues que vos y mi tia protegeis al navegante. Pero no siempre deberan entenderse mis palabras literalmente como las digo;—Sonrióse esta vez Mercedes, pero con evidente socarroneria.—Nunca he estudiado con los trovadores, ni, para decir verdad, demasiado con los padres de la Iglesia. Para ser franco, ahora os diré que la noble idea del descubrimiento ha causado en mí una impresion extraordinaria; y si el Señor Colon, trata con formalidad de navegar en busca de Catay y de las Indias, suplicaré á sus Altezas me permitan agregar á la

espedicion, porque ahora que el moro está subyugado, queda muy poco que hacer en España para un noble.

—Si llegas á ir tu efectivamente, replicó doña Beatriz, con grave ironia, habrá á lo menos un ser humano, con la cabeza al revés, cuando llegue á Catay la espedicion. Pero aqui viene uno de la servidumbre; supongo que su Alteza me necesita para alguna cosa.

No se equivocaba la señora de Moya; pues el mensajero venia á decirle que la reina la mandaba llamar. Las costumbres de la época, asi como las del pais, impedian que doña Mercedes continuase su paseo, en compañía de su jóven colateral; pasaron los tres en consecuencia á las habitaciones de doña Beatriz, para la cual se habia preparado un departamento de órden de la reina entre las infinitas y lujosas viviendas de los reyes moros. Aun allí se detuvo un instante la dama, antes de resolverse á dejar solo á su vagamundo sobrino con su hechicera pupila.

—Aunque es un caballero andante, dijo la de Moya, nada tiene de trovador, y no

podia encantar tus oido con falsas endechas. Mejor seria tal vez, ponerle debajo de tu ventana con su guitarra, pero, como conozco su falta de destreza, me fiaré de ella, dejándole á solas contigo, durante los pocos minutos que estaré ausente. Supongo que un caballero que tiene tanta aversion á trastornar el órden de la naturaleza, tendrá á menos doblar la rodilla, aunque fuese por lograr un signo de afecto, ante la doncella mas preciosa de Castilla.

—Rióse D. Luis; y doña Beatriz dejó el cuarto sonriéndose, despues de haber besado á su pupila, quien ruborizada en extremo, fijó en el suelo los ojos. Era Luis de Bobadilla el declarado pretendiente y caballero jurado de Mercedes de Valverde; pero aunque tan favorecidos ambos por su nacimiento, fortuna, afinidad y figura, existia cierto obstáculo al buen éxito de sus deseos. Su union era deseable en todo lo respectivo á las consideraciones que por lo comun deciden semejantes materias; pero existia, sin embargo, cierta influencia que habia de superarse en los escrúpulos de doña Beatriz. Deli-

cada en extremo, y fiel copista de las miras puntillosas de su regia ama, á par que demasiado altiva para hacer una accion poco decorosa, hasta las ventajas mismas que un enlace con su pupila pudieran proporcionar á su sobrino, habian hecho vacilar á la marquesa. D. Luis tenia en su carácter muy poco de la gravedad castellana, y muchos equivocaban la vivacidad de su espíritu con una ligereza de disposicion y liviandad de pensamiento. Pertenezia su madre á una ilustre familia francesa, y el orgullo nacional de los Españoles habia hecho que muchos advirtiesen en el hijo una heredada disposicion á la frivolidad, atributo que se suponía inherente á todo un pueblo. La idea de verse considerado en semejante luz, habia motivado los viages del jóven al extranjero; y á su vuelta conociera el mancebo cierta frialdad por parte de sus antiguos conocidos, cuyo descubrimiento le impulsó una y otra vez á reiterar sus correrias en paises estraños. Solo su precoz y gradualmente aumentada pasion por doña Mercedes le habia inducido á regresar de nuevo á su pa-

tria; determinacion que felizmente para si mismo tomó á buen tiempo para asistir á la reduccion de Granada. No obstante estos rasgos de escentricidad, que en un pais como Castilla pudieran considerarse con bastante exactitud, como peculiaridades, era D. Luis de Bobadilla un caballero digno de su linage y nombre. Sus proezas en el campo y en el torneo fueron tan señaladas, que le habian adquirido una alta reputacion militar, no obstante lo que en él se juzgara como defecto; así es que se le veia como á un jóven irreflexivo y de poco juicio, mas bien que como á un hombre sospechoso y perverso. Las cualidades marciales, y especialmente en aquel siglo, borraban un millar de defectos; y se habia visto á D. Luis en un torneo desensillar hasta al mismo Alonso de Ojeda, que pasaba entonces por la mas diestra lanza en la Peninsula. Un hombre semejante no podia ser objeto de menosprecio, aunque lo fuese de desconfianza. Pero los sentimientos de la tia se referian tanto á su propio carácter como al del mancebo. Delicadamente concienzuda, al paso que conocia las verdaderas cua-

lidades de su sobrino mucho mejor que los que por encima le observaban, tenia sus escrúpulos acerca de la conveniencia de conceder la mano de la rica heredera, que estaba confiada á su tutela, á un pariente tan cercano, cuando semejante paso no mereceria por cierto la aprobacion universal. Recelaba tambien que su parcialidad no la engañase, y que Luis fuese, en esencia, aquel sujeto frívolo que parecia á los ojos de los Castellanos, resultando el sacrificio de la felicidad de su pupila á semejante acto de indiscrecion. Con estas dudas, al paso que interiormente anhelara el enlace, habia mirado con frialdad en público las pretensiones de su sobrino; y aunque no impedia el trato entre los dos jóvenes, porque las circunstancias hubieran hecho demasiada dura semejante medida, habia insinuado su desconfianza á Mercedes en varias ocasiones, y tenido la precaucion de dejar lo menos posible á solas con su pupila á un pretendiente tan bello y huesped habitual de su casa.

Mercedes era la única confidente de sus propias sensaciones. Esta doncella era her-

mosa, de noble sangre, y heredera de cuantiosos bienes, y como las debilidades humanas eran tan preponderantes en el siglo XV como lo son en el nuestro varias veces habia oido á muchos criticar los supuestos defectos de D. Luis, siendo sus mayores detractores aquellos á quienes hacian sombra su buen parecer y sus prendas aventajadas. Pocas jóvenes se hubieran atrevido en tales circunstancias á hacer alarde de su predileccion, tomando su defensa en contra del dictámen general; y el profundo entusiasmo que prevalecia en el sistema moral de la hermosa doncella castellana estaba temperado con la prudencia suficiente para no hacerla culpable de ligerezas intempestivas. Las formas y etiquetas que rodean por lo comun á las mugeres de rango favorecian tambien esta natural prudencia; y hasta el mismo D. Luis, aunque con todo el zelo é instinto de un amator hubiese estudiado con prolijidad el semblante y las emociones de aquella cuyo favor hacia tiempo andaba solicitando, se hallaba poco seguro hasta entonces del éxito de sus pretensiones. A favor de uno de aque-

llos acasos que tan á menudo deciden, por una feliz concurrencia de circunstancias, las fortunas de los hombres tanto en amores como en asuntos de interés mas positivo, iban ahora á resolverse estas dudas tan repentina como inesperadamente.

El triunfo de las armas cristianas, la novedad de la situacion, y el escitamiento de la escena total, habian sacado las sensaciones de Mercedes de aquel retraimiento en que por lo comun yacen cubiertas bajo el velo de la desconfianza doncellil, y toda aquella tarde manifestara su sonrisa mas abierta, sus ojos mas brillantes, y sus mejillas mas carminadas de lo que comunmente se advertia en una, cuyas sonrisas eran siempre dulces, cuyos ojos nunca estaban apagados, y cuyas mejillas correspondian con tan exquisita sensibilidad á los variados impulsos de su interior.

Luego que la tia salió de la estancia, dejándole á solas con Mercedes, sentóse presuroso D. Luis en un escaño que estaba á los pies de la doncella, quien ocupó un suu-tuoso sofá, donde pocas horas antes se habia recostado una de las princesas de la familia de Boabdil.

—Aunque mucha es la veneracion **que** profeso á su Alteza, comenzó el jóven **sin** otro prelude, se aumenta en este instante hasta lo infinito mi respeto! Ojalá que se le ofreciese enviar por mi tía media docena de veces en la hora; y ojalá que su presencia fuese tan indispensable para su soberana, que **sin** su intervencion no pudieran seguir adelante los consejos de Castilla, si su ausencia me proporcionara la bendita oportunidad de repetir á cada momento toda la efusion de mis sensaciones.

—No siempre los mas afluentes en discursos son los que sienten con vehemencia mas profunda, señor don Luis.

—Tampoco son los que menos sienten. ¡Ay Mercedes, puedes dudar de mi amor! Con mi desarrollo se ha desarrollado, con el crecimiento de mis ideas ha crecido; hasta que llegará á entretenerse con mi misma alma, de modo que apenas puedo poner en juego alguna de sus facultades sin que con ella se mezcle tu imágen divina. Te veo en todo lo que es hermoso; si escucho el cántico del ave melodiosa, oigo en él tus gorgoros

al laud; y si mis mejillas sienten el blando soplo de la brisa del Sur, perfumada en su paso á través de la isla de las flores, al punto me imagino que es el dulce respirar de tu aliento!

—Habeis vivido tan largo tiempo, D. Luis, entre los ingenios livianos de la corte francesa, que habeis sin duda olvidado, que el corazon de una doncella castellana es demasiado sencillo y sincero para saborear con agrado semejantes rapsodias.

Si hubiera tenido mas años D. Luis, ó mayor conocimiento del sexo hermoso, le habria lisonjeado esta reprehension; pues en el rostro de su interlocutora se traslucia un sentimiento de naturaleza mas blanda de lo que espresáran sus palabras, á la par que cierto recuerdo triste y melancólico.

—Si me supones amigo de conceptos exagerados, Mercedes, grande es la injusticia que me haces. Tal vez no espese yo de un modo debido mis pensamientos y sensaciones; pero jamás ha proferido mi lengua, lo que no emanaba directamente de mi corazon. ¿No te he amado desde que tu y yo eramos

niños? ¿Dejé nunca de mostrarte predilección en los juegos y demagogos cordiales de aquella edad sincera?

—Sincera fué en verdad para nosotros, contestó Mercedes, mientras brillaba en sus ojos el recuerdo de fantasías agradables y el raudal de imágenes placenteras; cuya evocada ilusión echó por tierra en un instante las barreras de su reserva, que había costado á la jóven tantos años de escuela continua para conseguir levantar. Tu á lo menos eras sincero entónces, Luis, y yo depositaba entera fé en lo que decías, en tus esfuerzos por complacerme.

—Bendita seas, mil veces bendita por esas palabras deliciosas, Mercedes! está es la primera vez en dos años que me has hablado como solías, llamándome Luis, sin la añadidura cortesana de ese *don* maldito.

—Un noble castellano no debe nunca pensar ligeramente de sus honores, y adeuda á su rango hacer que también los respeten otros, contestó nuestra heroína, cual si en verdad se arrepintiese de su franqueza; estás muy pronto á recordarme mis olvidos, Luis.

—Esta mi desgraciada lengua nunca puede seguir el camino que su dueño le demarca. ¿No has visto siempre en todas mis miradas, en todas mis acciones, en todos mis motivos, un deseo de agradarte, y á ti tan solo, Mercedes? Cuando aprobó su Alteza mi conducta en el último torneo, ¿no busqué al punto tus ojos, para preguntarles si lo habían advertido? ¿Qué deseo has manifestado nunca, que no me hallase dispuesto á satisfacer?

—No, Luis; tus palabras me obligan á recordarte, que manifesté el deseo de que no emprendieses tu último viaje al Norte, y sin embargo te empeñaste en partir. Conocí que disgustaría á doña Beatriz, porque tu genio andalón le hacía temer que adquirieses del todo los hábitos de un romero, y que la reina te mirase con desagrado.

—Ese fué el móvil de tu deseo, y picóme el orgullo pensar que Mercedes de Valverde comprendiese tan mal mi carácter, que creyera posible que un noble de mi apellido y linaje pudiera olvidar sus deberes hasta el punto de convertirse en asociado de pilotos y aventureros.

—No podías juzgar ~~que~~ yo lo creyese de ti.

—Si me hubieras mandado, Mercédes, quedarme por amor tuyo; si me hubieras impuesto el servicio mas pesado, como á tu caballero, como á quien gozase el grado mas tenue de tu favor, primero hubiera yo separádome de la vida que del pais donde habitabas. Pero ni una sola mirada de bondad me fué dable conseguir, en recompensa de los tormentos que por causa tuya me despedazaban.

—Tormentos Luis!

—¿Y no es tormento amar hasta el grado de besar la tierra donde imprime sus huellas el objeto de mis afanes?—y sin embargo, no hallar alentamiento alguno de palabras, ni amistosa mirada, ni señal ó simbolo de que el ser divino, idolatrado en lo mas recóndito de mi corazon, piensa un instante en su pretendiente sino para considerarle como á un vagamundo ó como á un aventurero descabellado?

—Nadie que te conozca á fondo, Luis, podrá tener de tí semejante idea.

—Un millon de gracias vale esc eorto nú-

mero de palabras, gentil doncella, y diez millones la sonrisa con que las has acompañado. Fácil te era amoldarme á todos tus deseos.

—¿A mis deseos, Luis?

—Si: á todas tus séveras ideas de sobriedad y dignidad de conducta, solo con que sintieras hácia mi el interés suficiente para dejarme saber que mis acciones pueden proporcionarte placer ó disgusto.

—¿Como puede ser de otro modo? ¿Te serian indiferentes acaso los procederes de una persona á quien desde la niñez hayas conocido y estimado como á un amigo?

—Estimado! ¿es posible, Mercedes bendita, que confieses hasta eso poco en mi favor?

—No es poco el estimar, sino mucho, Luis. Los que aprecian la virtud nunca estiman á los indignos, y es, imposible conocer tu excelente corazon y noble naturaleza sin estimarte. Nunca, te aseguro, he ocultado mi aprecio de tí, ni de ningún otro.

—¿Nada has ocultado, Mercedes? Ah! completa una condescendencia tan celestial, y confiesa, aunque solo sea con una leve ilu-

sion, que otro blando sentimiento se ha mezclado alguna vez con ese aprecio de que hablas.

Ruborizóse Mercedes, pero se negó á hacer la confesion que su amante exigia. Pasóse en verdad un rato antes que le diese la mas leve respuesta: y cuando habló fue vacilante y con frecuentes interrupciones, cual si recelase la propiedad ó discrecion de lo que iba á decir.

—Mucho y en lejanos paises has viajado, Luis, y perdido algun favor en la Corte por tu aficion á esas romerias; ¿por qué no intentas readquirir la confianza de tu tia por los mismos medios que te la enagenaron?

—No te entiendo. Ese es un consejo muy original en ti, que eres la circunspeccion personificada.

—Los prudentes y los discretos tienen buena idea de sus propias acciones y palabras, y por eso ha de confiarse preferiblemente en ellos. Parece que te han sorprendido las osadas opiniones del señor Colon, y al paso que te moñas de ellas advierto que no han dejado de hacer mucha impresion en tu alma.

—En adelante te miraré con centuplo respeto, Mercedes; porque has penetrado mas profundamente que mi necia afectacion de menosprecio y toda mi liviandad de language, descubriendo el verdadero sentimiento que debajo habia. Desde que oí hablar por la primera vez de tan vasto designio, no se ha separado un instante de mi imaginacion; y la imagen del Genovés ha estado presente siempre á mis ojos, á par de la tuya, Mercedes querida, por no decir grabada en mi alma. No dudo que tengan alguna verdad sus opiniones, porque tan noble idea no puede ser del todo falsa.

Claváronse en el rostro de Luis los interesantes y rasgados ojos de Mercedes; aumentándose su brillo á medida que cierto oculto entusiasmo, que moraba en su corazon, se encendia emitiendo sus reflejos por aquellos resquicios de los sentimientos del alma.

—Hay, contestó con solemnidad la doncella, y *ha de haber*⁴³ en ellas verdad infalible. El Genovés ha sido inspirado por el cielo con su pensamiento sublime, y conseguirá, mas

43. Estas cursivas no se encuentran en el original. Posiblemente son una marca de énfasis como las mayúsculas con que se escriben los nombres propios.

temprano ó mas tarde, hacer efectiva su certidumbre. ¡Qué idea tan sublime ver á una nave dirigir su rumbo al rededor de esta tierra; y de su extremo oriental, comarca del pagano, traida á intima comunicacion con el nuestro; y la Santa Cruz estendiendo su sombra benigna bajo el sol ardiente de Catay! ¡Estas son anticipaciones gloriosas y celestiales! ¿y no se adquiriria un renombre imperecedero, el que participa de la honra de haber ayudado á la verificacion de un descubrimiento tan grande?

—¡Por los cielos, que he de ver al piloto tan luego como aparezca ese sol de mañana, y me ofreceré á acompañarle en su empresa! Oro no habrá de faltarle, si ese es su único apuro.

—¡Hablas como un joven castellano, generoso y noble, cual eres!—dijo doña Mercedes con un entusiasmo que la hacia prescindir de su discrecion habitual,—y como conviene á Luis de Bobadilla. Pero ninguno de nosotros tenemos hoy día dinero de sobra, y los medios para abastecer los preparativos no están en las facultades de ningun vasallo. Ni tampoco

es conveniente que otros sino los soberanos envíen semejante espedicion, pues, si el éxito es fausto, puede haber vastos territorios que conquistar y que regir. Mi poderoso pariente el duque de Medina-Celi ha considerado maduramente el asunto, y contemplólo en una luz favorable, como lo manifestó en cartas á sus Altezas; pero hasta él lo supuso de demasiado peso para que nadie lo emprendiese sino una mano cetrada, influyendo al mismo tiempo con la reina nuestra señora para que acogiese la solicitud del Genovés. Toda ayuda es pues ociosa, á no ser que sus Altezas mismas sean quienes la dispensen.

—Bien sabes, Mercedes, que poco puedo valerle á Colon en la corte. El rey es enemigo de cuantos no son tan desconfiados, frios y adictos á los artificios como su propia persona.

—Luis! mira que estás dentro de su palacio, debajo de su techo, disfrutando de su hospitalidad y proteccion, en este mismo instante!

—Yo no! respondió con calor el joven; esta es la morada de mi regia señora doña

Isabel; pues Granada es conquista de Castilla y no de Aragon. Respecto á la reina, siempre me oirás hablar de ella con el respeto debido, pues, como tú, es cuanto hay en muger de virtuoso, gentil y amable; pero en el rey se hallan muchos de los defectos de nosotros los hombres mercenarios y corrompidos. No podrás citarme tan siquiera uno de los jóvenes generosos y desprendidos, pertenecientes á la nobleza de Aragon, que ame á D. Fernando con cordialidad y confianza; mientras la Castilla entera adora á doña Isabel.

—Eso puede ser verdad en parte, Luis, pero es la extrema imprudencia. Don Fernando es un rey, y yo colijo de la poca esperiencia que me ha dado mi permanencia en la corte, que los que manejan los negocios de los mortales deben hacer grandes concesiones en favor de sus deslices; pues si no, la depravacion humana invalidará siempre las medidas mas sabias que se ideen. Además, ¿quién puede estimar de veras á la muger sin querer al marido? Parece que el vinculo que los une es tan delicado y estrecho, que deja identificados sus caracteres y sus virtudes.

—¿Supongo que no pretendes comparar la piedad modesta, la verdad santa, la virtud sincera de nuestra regia ama, con la suspicacia y astuta política de nuestro caviloso señor?

—No, es mi ánimo hacer comparaciones entre ellos, Luis. Estamos obligados á obedecerlos en honor y lealtad; y si doña Isabel tiene por dotes mayor franqueza y sencilla ternura que su esposo D. Fernando, ¿no sucede siempre lo mismo entre hombre y muger?

—Si, en verdad, pudiera suponer que me ponias en parangon con ese artificioso y fingidor monarca, tanto como te quiero, Mercedes, me apartaria de ti para siempre, por pura ignominia.

—Nadie te comparará, Luis, á los falsos de lengua, ó á los de doble cara; porque es uno de tus defectos el hablar la verdad cuando seria mejor coserse los labios, como tu presente conversacion lo manifiesta, y mirar á los que te desagradan, cual si estuvieses siempre dispuesto á enristrar la lanza y meter espuelas á tu caballo para embestirles.

—Muy venturosas han sido mis miradas, pues que han grabado en tí semejantes recuer-

dos, Mercedes hermosa; respondió el joven en tono de reconvención.

—No hablo de manera ninguna respecto á mí, pues siempre te has ostentado para conmigo cariñoso y gentil, interrumpió la virgen castellana⁴⁴ con tal premura é interés, que la hizo subir la sangre á la cara inmediatamente, —sino para que en adelante seas mas reservado en tus observaciones atento al rey.

—Empezaste diciendo que yo era un vagamundo.

—No he usado yo por cierto de semejante vocablo, D. Luis; vuestra tia⁴⁵ pudo haberlo proferido quizás; pero nunca sería con intención de ofenderos. Dije que habiais viajado *mucho y en países lejanos*.

—Está muy bien; merezco el nuevo *don* con que me honras otra vez; me dices que he viajado *mucho*, y me hablas, con aprobación del proyecto del genovés. ¿Es acaso tu objeto y deseo el que yo me aliste en esa expedición?

—Tal es lo que pretendí insinuarte, Luis; porque la juzgo una empresa digno de tu ánimo atrevido y anhelosa espada; al paso que la gloria del suceso repararía un mi-

llar de yerros cometidos en el calor indiscreto de la juventud.

Contempló D. Luis largo rato las encendidas mejillas y abrillantados ojos de la bella entusiasta en silenciosa y atenta observación; porque los zelos y la duda le hacian presa de sus garras destrozadoras, y con la desconfianza del verdadero afecto se examinó interiormente acerca de sus méritos para interesar á un ser tan amable, y tuvo sus dudas sobre los motivos que la indujeran á desear su partida.

—¡Ojalá me fuese dado leer tu corazón, Mercedes!, prosiguió al fin el joven; porque mientras la modestia encantadora y la reserva de tu sexo solo sirven para ligarnos mas íntimamente en sus cadenas, perplejan el ánimo de los hombres mas acostumbrados á los ruidos encuentros de la lid, que al laberinto de sus tortuosidades. Deseás que me embarque en una ventura que la mayor parte de los hombres, á cuya cabeza se halla el sabio y prudente D. Fernando,....ese á quien tú tanto estimas,....consideran como proyecto de un visionario, y como precipicio de segura

44. the young Castilian girl (TO, I-80).

45. Las cursivas no se encuentran en el original.

destrucción! Si tal pensara, partiria mañana mismo, solo para que mi odiosa presencia no turbase jamás tu felicidad.

—D. Luis, no teneis datos para tan cruel sospecha, dijo Mercedes, procurando castigar la desconfianza de su amante con una afectacion de resentimiento, aunque las lágrimas luchaban á través de su orgullo, y caian de sus ojos reprochadores.—Sabes muy bien que ni aqui, ni en parte ninguna hay quien mal te quiera; no ignoras que eres un favorito universal, y aunque la prudencia y formalidad castellana no siempre miren tu vida vagarosa con el mismo aplauso que le merece la del cortesano mas arreglado, ó la del hidalgo mas comedido!.....

—Perdóname, querida, idolatrada Mercedes! tu frialdad y tu aversion me vuelven el juicio algunas veces.

—Frialdad! aversion! Luis de Bobadilla! ¿Cuando te ha mostrado Mercedes una ni otra?

—Creo que en este momento me estás dando pruebas de entrambas.

—Entonces poco sabidos te son sus moti-

vos, y mal aprecias su corazon. No, Luis, no te odio, ni quisiera parecer indiferente hácia tí. Si tus obstinados sentimientos tal te doméñan, de tal modo te punzan, seré mas esplicita en mis plabras. Sí, mas bien que te lleves una falsa idea, y te sumerjas de nuevo en alguna descabellada aventura maritima, sojuzgaré el orgullo, que como doncella me corresponde, y olvidaré la reserva y cautela que mas convienen á mi sexo y rango, á fin de solazar tus mientes. Al aconsejarte que sigas las fortunas de ese Colon, y que abrazes con franqueza sus nobles designios, tuve á la vista tu propia felicidad, así como tú, una y mil veces me has jurado, que solo yo puedo asegurar la tuya.....

—¿Qué quieres decir, Mercedes? Mi felicidad solo puede afianzarse enlazándome contigo!

—Y tu union conmigo solo puede asegurarse ennobleciendo tu esa propension favorita á las romerías con alguna hazaña de digna celebridad, que justifique á doña Beatriz al conceder la mano de su pupila á un sobrino andalon, y te grangee la gracia de doña Isabel.

—Y tú ¿tambien serias premio de tan azarosa ventura?

—Luis, si quieres saberlo todo, ese premio lo has ganado ya;—no,—refrena tu impetuosidad, y escucha lo que voy á decirte. Aun cuando te confieso mucho mas de lo que le está bien á una doncella, no has de suponer que voy á olvidarme del todo. Sin el benévolo consentimiento de mi tutora, y el beneplácito de su Alteza no contraeré matrimonio con hombre ninguno, no,...ni aun contigo, Luis de Bobadilla, por muy caro que seas á mi corazon—las irreprimibles emociones de la femenil ternura la hicieron ahogar estas palabras casi del todo en lágrimas copiosas —me casaria, sin las sonrisas y felicitaciones de cuantos tienen derecho de reirse ó llorar por las fortunas de los de la casa de Valverde. Tu y yo no podemos casarnos como un zagal y una pastora; tenemos que recibir la bendición nupcial de la mano del prelado á presencia de un círculo de amigos que honren y aprueben nuestra union. Ah! Luis, me has reprochado de frialdad é indiferencia hacia tí—los sollozos casi ahogaban

á la generosa doncella,—pero no todos han sido tan ciegos como tu; no...no hables, déjame ahora, que reboza mi corazon, desabrocharlo del todo ante tí, porque temo que la vergüenza con asaz presteza venga á hacerme arrepentir de lo que te confieso ahora.... todos empero no han sido tan ciegos como tu. Nuestra sabia reina conoce harto bien el corazon humano, y hace tiempo ha penetrado lo que tan lerdo has sido tu mismo en descubrir; y solo su penetracion, tanto de ojos como de pensamiento, me ha impedido decirte con mayor premura una parte á lo menos de lo que ahora te confieso con tanta repugnancia.

—Como! ¿es tambien mi enemiga doña Isabela? ¿tambien tengo que vencer los escrúpulos de su Alteza, amen de los de la insulsa y gazmoñera de mi tia?

—Luis, tu fogosidad te impele á ser injusto. Lejos de ser isulsa y gazmoñera, doña Beatriz es todo lo contrario. Nunca espíritu mas sincero y generoso supo sacrificarse á la amistad, al paso que la sencillez es la esencia intima de su naturaleza. Muchas de las cualidades que amo en tí, provienen de

su sangre, y no debias tú vituperarla por eso. Respecto á su alteza, no creo que sea necesario que yo preconice sus relevantes prendas. Sabes que se la venera como madre de su pueblo; que ella mira con igual interés á todos, ó hasta donde sus conocimientos alcanzan; y que cuanto hace en favor de cada uno lo hace siempre con verdadero afecto, y con una prudencia, que como yo misma he oido decir al cardenal, parece inspirada por la divina sabiduría.

—Ay, Mercedes, no es difícil parecer benévola, prudente é inspirada, teniendo por trono á Castilla y Leon, y á otros opulentos reynos por escabel.

—Luis, si te importa conservar mi afecto, contestó la sincera doncella con una gravedad que nada tenia de la flaqueza de su sexo, aunque si mucho de su veracidad, no hables con ligereza de mi regia Señora. Quanto en esta materia ha hecho se lo han inspirado los sentimientos y la bondad de una madre, y tu injusticia me hace recelar que tambien lo ha hecho con la sabiduría de una madre.

—Perdóname, adorada Mercedes, mil veces mas querida é idolatrada que antes, ahora que has tenido para conmigo tanta generosidad y confianza! Pero no puedo descansar en paz hasta que no me digas cuanto con referencia á mi ha hecho ó dicho la reina.

—Sabes muy bien cuan buena y generosa se ha manifestado siempre su Alteza para conmigo, Luis, y cuanta razon tengo para mostrarme reconocida á sus muchas condescendencias y favores. No se como sucede, pero lo cierto es que mientras tu tia jamás ha parecido descubrir mis sentimientos, y en la misma ceguedad han estado todos mis consanguíneos, los ojos regios pudieron penetrar un secreto, que en aquel instante, segun creo, se hallaba oculto hasta de mi misma ¿Te acuerdas de aquel torneo que tuvo lugar poco antes de que nos dejases para emprender tu última y loca expedición?

—No me he de acordar? ¿No fué tu frialdad despues de mi triunfo en aquel torneo, donde hasta tus favores me engalanaban, la que me arrojó fuera de España, y casi me hubiera lanzado fuera del mundo.

—Si el mundo pudiera imputar tus hechos á causa semejante, todos los obstáculos desaparecerían, y felices pudiéramos ser sin otros esfuerzos. Pero, y Mercedes se sonrió con socarronería, aunque con gran ternura en su voz y miradas al añadir: temo que tengas demasiada afición á esos arranques de locura, y que jamás dejes de desear te arrogen á los últimos límites de la tierra cuando no del todo fuera de sus lindes.

—En tu poder está hacerme tan estacionario como las torres de esta Alhambra. Si yo tuviera diariamente una de esas sonrisas, me verías encadenado á tus pies como un cautivo moro, libre de todo desco, escepto el de contemplar tu hermosura. Pero su Alteza...te has olvidado de añadir lo que su Alteza dijo.

—En ese torneo fuiste vencedor, Luis. Toda la caballería de Castilla estaba en el arzon, aquel glorioso día, pero nadie pudo competir con tu brazo! Hasta Alonso de Ojeda fué desensillado por tu lanza, y todas las bocas se llenaron de tus encomios, y todas las memorias...tal vez seria mas exacto decir todas

las memorias menos una...olvidaron tus yerros.

—Y esa fué la tuya, Mercedes!

—Bien sabes que no, Luis! En aquel día solo me acordé de tu generoso corazón, de tu varonil conducta en la liza, y de tus excelentes cualidades. La memoria mas fiel fué la de la reina, quien me mandó subir á su gabinete, luego de concluirse los festejos, y quiso que pasase con ella una hora en blando y afectuoso coloquio, antes que tocase en lo mas leve el objeto verdadero de su cita. Háblome, Luis, de nuestros deberes como Cristianas, de nuestras obligaciones como hembras, y especialmente de los solemnes contratos á que el matrimonio nos compromete, y de las muchas penalidades, que, á buen escapar, acompañan ese estado honorífico. Luego que me hubo derretido en lágrimas, obra de un afecto que igualaba á la ternura de una madre, me hizo prometer, y yo lo confirmé con un voto respetuoso, que jamás me presentaria como novia delante del altar, mientras su Alteza viviese, sin que ella estuviera presente para aprobar mis

nupcias; ó si se hallase impedida por enfermedad ú ocupacion, á lo menos sin su consentimiento dado bajo su regia firma.

—¡Por San Dionisio de Paris! Su Alteza procuró sin duda prevenir en contra mia tu pura y generosa voluntad!

—Ni aun mencionó tu nombre, Luis; ni su discurso hubiera tenido relacion ninguna contigo, á no ser porque mis pensamientos se dirigian involuntariamente hacia ti. Lo que su Alteza tenia en mira, no lo sé ni aun ahora; pero tal vez la susceptibilidad, que evocó tu imagen á mis mientes, hizome sospechar que fuese el objeto de la reina impedir me casase entonces sin su permiso. Pero conociendo hasta tal punto su corazon maternal y su cariñoso afecto, ¿como puedo dudar que acceda á mis deseos, cuando sepa que mi eleccion no es de ellos verdaderamente indigna, aun cuando parezca á los ojos de los demasiado severos hasta cierto punto indiscreta?

—¿Pero tu piensas, Mercedes, que fuese por temor á mi que te exigiera doña Isabel esa promesa?

—Tal recelo, como te he confesado con mayor prontitud de la que convenia al orgullo de una doncella, porque te hallabas mas vivo que ningun otro en mi memoria. Además que tus triunfos durante todo aquel dia, y el modo con que tu nombre estaba en boca de todos, deberían inclinar los pensamientos á fijarse en tu persona.—Mercedes, no puedes negarme que fué por temor á mi que su Alteza te exigió ese voto.

—Nada pretendo negar que verídico sea, Luis, y ya precozmente enseñándome estás á arrepentirme de la indiscreta confesion que he hecho. Niego que por temor á ti hablaria su Alteza, pues no creo que tales sentimientos contra *ti*⁴⁶ la animasen. Llena estaba de afecto maternal hacia *mi*, y creo pues nada quiero ocultar de cuanto sepa, que el recelo de tus facultades para agradar puedan haberla inducido á temer que una huérfana como yo pudierá consultar posiblemente su fantasía mas que su prudencia y enlazarse con uno á quien mas le complacieran los últimos límites del mundo que sus nobles castillos y su propia casa.

—¿Y piensas respetar ese voto?

—Luis, tu reflexionas muy poco en tus palabras, ó no me harías tan criminal pregunta. ¿Que doncella cristiana puede olvidar nunca sus votos, sea de peregrinaciones, penitencias ó cumplimiento de....¿y porqué habré yo de ser la primera que incurra en ese deshonroso borron? Además, aunque nada hubiera prometido, el solo deseo de la reina, expresado por su real boca, habria sido suficiente para impedirme contrajese matrimonio con hombre ninguno. Ella es mi soberana, y casi pudiera decir, mi madre: apenas le seria dado á doña Beatriz misma mostrar un interés mas vivo en mi porvenir. Ahora, Luis, preciso es que escuches mi súplica; aunque dispuesto te veo á esclamar, y hacer locuras é invocaciones; pero yo te he oido con paciencia algunos años, y ahora me toca hablar, y á ti prestarme atencion. Creo en mi ánima que te tuvo la reina presente al exigir mi voto, el cual pronuncié voluntariamente, y no me lo arrancó por fuerza la soberana, como tu quieres suponer. Doy de barato pues que previese doña Isabela que

había cierto peligro en que yo accediera á tu pretension, y que se imaginara que un hombre tan aficionado á romerías no fuera el mas adecuado para traer la felicidad á una familia, ó conservarla en su seno. Pero, Luis, si no ha hecho su Alteza justicia á tu noble y generoso corazon, si las apariencias la han engañado, así como á muchos de los que la rodean; en fin, si no te conoce á fondo, ¿no tienes tu mismo la culpa? ¿No has andado largo tiempo errante lejos de Castilla, y aun cuando has vuelto á ella, te se ha visto asistir con puntualidad y celo á los actos de la corte, cual conviene á tu alto rango y reconocidos derechos? Verdad es que la Reina, así como todos los que presentes se hallaron al torneo, atestiguó tu destreza, y que en el transcurso de la reciente guerra se ha hecho mas de una vez mencion honorifica de tu nombre, en virtud de tus hazañas contra el moro; pero mientras que la imaginacion de la muger rinde un pronto homenaje á estos actos varoniles, el corazon de la muger suspira tras de otras virtudes mas serenas y blandas, cabe el hogar y dentro del círculo doméstico.

Esto lo ha previsto doña Isabel, y lo siente, y lo conoce, por muy feliz que haya sido su casamiento con D. Fernando; ¿será pues extraño que se tome tanto interés por mi? No, Luis; el sentimiento te ha hecho injusto, respecto á mi regia ama, quien es ahora tu interés hacerte propicia, si eres sincero en los deseos que manifiestas de obtener mi mano.

—¿Y como podré conseguirlo, Mercedes? el moro está conquistado, y no sé que quiera caballero ninguno batallar conmigo para disputarme tu favor.

—Nada de eso espera la reina de ti...ni tampoco yo. Ambas sabemos que eres un completo caballero cristiano, y como acabas de decir, no hay quien quiera medir contigo su lanza, porque á ninguno se le ha alentado para que pudiese justificar semejante locura. Solo por medio de ese Colon has de ganar el regio consentimiento.

—Creo haber entendido en parte lo que quieres darme á conocer; pero quisiera que me hablases con mayor claridad.

—Entonces te lo diré con palabras tan inteligibles como puede proferirlas mi lengua,

repuso la ferviente muchacha, mientras que el carminado matiz de la ternura enrojecía su rostro resplandeciente ya con sagrado entusiasmo.—Ya sabes las teorías generales del Sr. Colon, y el modo con que se propone llevar á cabo sus miras. Todavía era yo niña cuando se presentó en Castilla por primera vez, para solicitar de la corte se interesase en esta grande empresa, y muchas veces he visto á su Alteza dispuesta á favorecer sus pretensiones; pero ya la desconfianza de D. Fernando, ya la preocupacion de sus ministros, han desalentado sus propósitos. Creo que en la actualidad ha vuelto la reina á patrocinar el proyecto, porque hace poco que Colon, quien se habia despedido de todos nosotros con intencion de dejar á España y buscar recursos en países estrangeros, ha sido llamado de nuevo á la corte, por inflajo de Fray Juan Perez, antiguo confesor de su Alteza Real. Ahora se encuentra aquí aguardando con ansia una audiencia, y solo se necesita interesar á la reina un poco mas para que obtenga el navegante la gracia que solicita. Si consigue las caravelas que preten-

de, no hay duda que muchos nobles desearían participar de una empresa, de la cual redundará eterno honor á todos los interesados en ella, si su éxito fuere feliz; y tu podías contarte en su número.

—No sé como entender esta solicitud, Mercedes; pues me parece extraño el aconsejar y aun impeler á los que tan caros nos son á tomar parte en una aventura, de la cual puede que nunca tornen.

—Dios te protegerá, exclamó la jóven con el rostro encendido de piadoso ardor, la empresa tendrá por objeto su santa gloria, y su poderosa mano servirá de guia y escudo á las caravelas!

Sonrióse D. Luis de Bobadilla, pues que tenia menos fé religiosa y mayor conocimiento que su amada de los obstáculos materiales que pudieran ofrecerse al buen éxito de la expedición. Haciendo pues plena justicia á sus motivos, no obstante algunas dudas sucintamente espresadas, agradóle la aventura, pues que alhagaba su inclinación natural á las correrías, y su deseo de esponerse á los riesgos. Conoció á par que Doña Mercedes, que ha-

bia ganado con sus propios puños, por decirlo así, el que se desconfiase de su carácter, único obstáculo al conseguimiento de sus deseos; y como era bastante agudo de comprensión ocurriósele al punto por qué medios habría de adquirir el beneplácito de Doña Isabel. Quedaron pues resueltas las únicas dudas que aun le mortificaban en virtud de la siguiente pregunta:

—Si se halla dispuesta su Alteza á favorecer á Colon; ¿por qué se ha demorado tan largo tiempo el asunto?

—La guerra de los moros, lo exhausto de la tesorería, y ese carácter circunspecto del rey, han tenido la culpa.

—¿Y no es muy probable que su Alteza considere á los secuaces de ese hombre como á otros tantos necios visionarios, en caso de que volvamos sin éxito ninguno, como es muy dable que suceda... si, en verdad, volvemos jamás?

—No es ese el carácter de doña Isabel. Ella entrará en el proyecto para mayor gloria de Dios, si llegase á entrar en efecto; y considerará á cuantos acompañen á Colon

como á otros tantos cruzados, bien merecedores de su aprecio. No volverás sin buen éxito Luis, sino con tal renombre que hará á tu esposa envanecerse de la eleccion que hiciera, y gloriarse en tu apellido.

—Eres una divina entusiasta, queridísima doncella. Si pudiera llevarte conmigo, me embarcaría en la expedicion sin ningun otro compañero!

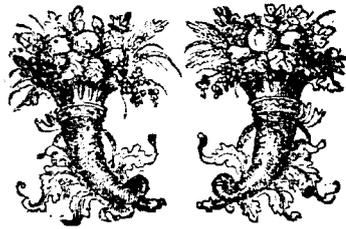
No quedó sin su réplica correspondiente tan galante salida, despues de la cual discutióse el asunto entre los dos con mayor calma, y ciertamente en conceptos mas inteligibles. Consiguió D. Luis restringir su impaciencia, y la generosa confianza por medio de la cual llegó á confesarle Mercedes el afecto que le tenía, unida al dulce y santo interés con que manifestaba la jóven las probabilidades de buen éxito que su imaginacion la representara, indujo por fin al mancebo á considerar la empresa como un objeto sublime, mas bien que como un proyecto que alhagase su aficion á las aventuras.

Habia dejado doña Beatriz á los dos amantes solos por espacio de dos horas, porque la

reina la ocupara todo ese tiempo; despues volvió, y su vagamundo, indiscreto, á par que noble y bondadoso sobrino, despidióse á poco. Sin embargo, Mercedes y su tutora no se retiraron á descansar hasta la media noche; porque la primera abrió su corazon de par en par á doña Beatriz, refiriéndole circunstanciadamente el coloquio que habia tenido con su amartelado, y esplicándole sus esperanzas y la relacion de estas con la empresa del piloto genovés. Agradó esta confesion á la marquesa, mientras mucho la desazonara, al paso que se sonreia de la habilidad del amor en juntar á los grandes designios de Colombo el feliz realizamiento de sus propias ilusiones. Era Luis de Bobadilla hijo del único hermano de doña Beatriz, y esta habia transferido al sobrino todo el afecto que profesara á su padre. En verdad, cuantos conocian al jóven se enamoraban de su honradez y bizarría, aunque los mas prudentes solian mirar con ceño sus indiscreciones; y fácil le hubiera sido escoger una esposa de entre las mas bellas y nobles virgenes de Castilla,⁴⁷ á escepcion de

47. *From among the fair and high-born of Castille,*
(TO, I-89).

alguno que otro caso, en que se hallase la circunspeccion y reserva que denotan principios poco comunes, y cierta prevision que se estiende mas allá de las usuales consideraciones del matrimonio. Así es que la marquesa de Moya prestó un voluntario oido à la relacion de su pupila, y antes de separarse para descansar lo que quedaba de la noche, la sencilla Mercedes, con su ingenua y modesta confesion, su vehemente elocuencia, y su candorosa sinceridad, habia casi ganado à su partido à la prudente y experimentada doña Beatriz.



Cristobal Colon.

CAPITULO VI.

Id en busca de siglos que pasaron,
Y preguntad sus glorias que se hicieron;
Dó estan los viejos sabios que enseñaron
Al hombre de las eras que existieron?
Los guerreros dō estan que conquistaron
Los pueblos que ser libres no supieron,
En fin, aquellos que su imperio ancháran
Hasta donde los ruidos alcazaran? 48
RUINAS DEL TIEMPO.

DOS ó tres días transcurriéron
antes que los Cristianos se hallasen
cómodamente establecidos en la
antiguas sedes del poder mahometano. En tan
corto espacio de tiempo no obstante, así en
la ciudad como en la Alhambra, se veia rei-
nar mayor órden que en los momentos de

anterior prisa, algazara, tristeza, delicia y pesadumbre que acompañaron á la toma de posesion y consiguiente desalojamiento. Además, como el político y tolerante Fernando habia espedido órdenes severas para que los Moros fuesen tratados, no solo con bondad sino con suma delicadeza, comenzó á tranquilizarse gradualmente el aspecto de las cosas, y á proseguir la poblacion su acostumbrada industria, entregándose sin recelo á sus antiguas ocupaciones.

Como era de esperar, poseian al rey cuidados nuevos; pero su ilustre consorte, quien se reservaba para las grandes ocasiones, ejercitando sus facultades ordinarias en la manera tranquila y suave tan adecuada á su sexo y disposicion natural como á su piedad y sincero candor, habiase ya sustraído, en cuanto lo permitian su alto rango y autoridad positiva, del boato y marciales escenas de una corte belicosa, y buscaba con su acostumbrado afan el retiro consagrado á los íntimos afectos y á las relaciones privadas que tanto congenian con los sentimientos mas blandos del sexo hermoso. Rodeábala

sus hijos, quienes poseian mucha parte de sus esmeros maternales; pero tambien dedicaba Isabela algunas horas á la amistad, y á la indulgencia de un cariño que parecia incluir á todos sus súbditos en los lazos mas estrechos de su propia familia.

En la mañana del tercer dia que sucedió á la noche de la entrevista referida en el capítulo precedente, tenia reunidos la reina al rededor de si á unos cuantos privilegiados sujetos, que podia decirse gozaban admision á sus horas mas privadas; pues que mientras la corte de Castilla era célebre entre todas las de la Cristiandad por su severa etiqueta, cuyo hábito habia tal vez adquirido de los pomposos usos orientales de sus Mahometanos vecinos, la naturaleza afectuosa de Isabela ceñia su privado círculo de cierta benéfica aureola, que lo hacia á la vez invitante y agradable para cuantos disfrutaban el alto honor de ser admitidos en él. Por aquellos tiempos, gozaban los eclesiásticos una especie de favor esclusivo, mezclándose en todos los asuntos mundanos, y aun con frecuencia dirigiéndolos. Mientras, empero, nos

hallamos tan dispuestos á sacar á luz las pequeñas faltas de los hombres de esta profesion en los países estrangeros, y tan listos á indicar los males que ha producido esta intervencion de los teólogos de la iglesia romana, hacemos buena la verdad del venerable axioma que nos enseña á conocer cuanto mas fácil es atisbar las faltas de otros que descubrir las nuestras propias; pues no hay nacion que presente un testimonio mas señalado de la existencia del espresado predominio, que el pueblo de los Estados Unidos de America, y especialmente aquella parte de él que habita en las regiones donde se establecieron los religionarios⁴⁹ en el origen de nuestras colonias, y aun continua bajo la influencia de las sectas particulares que allí prevalecieron: y tal vez el rasgo nacional mas pronunciado que existe entre nosotros hoy, es el de la disposicion que tenemos de estender el predominio social mas allá de los limites que nos demarcan las instituciones y las leyes bajo la denominacion halagüeña y plausible de opinion pública, funda su origen en la policia de las iglesias de carácter demócrata, que

49. *Religionists* (TO, I-91).

han aspirado á ser un *imperium* dentro de otro *imperio*,⁵⁰ apoyado y fortalecido por sus sistemas de gobierno y usos provinciales. Sea como fuere el hecho entre nosotros mismos no hay que dudar del ascendiente que ejercian los sacerdotes católicos en toda la Cristiandad antes de la reforma; al paso que la devocion de Isabela era demasiado sincera y demasiado ostentosa su piedad para no concederles cualquiera indulgencia que estuviese acorde con sus propias ideas de lo justo, y entre otras la de un libre acceso á su presencia, y la de un señalado influjo en todas sus acciones.

En la predicha ocasion, contábase entre los que se hallaban presentes á Fernando de Talavera, prelado de escelso rango, que acababa de ser promovido á la nueva dignidad de Arzobispo de Granada, y á Fray Pedro del Carrascal, antiguo instructor de Luis de Bobadilla, y teólogo sin prebenda, que debia el favor que en la corte disfrutaba á la sencillez de su carácter y á su noble cuna. Estaba sentada Isabel junto á una mesita, donde ejercitaba su aguja, siendo el objeto de su tarea la muy ca-

50. *Imperium in imperio*, en cursiva, en el original (TO, I-91).

sera ocupacion de coser una camisa para el rey su esposo, pues hacia parte de sus propensiones femeniles la de desempeñar este humilde deber, con tanta escrupulosidad como si hubiese sido consorte del hombre de oficio mas oscuro en su propia capital. Era esa sin embargo una de las modas de aquel siglo, ó mas bien una parte de la política de las princesas; pues el mayor número de los que viajan en busca de monumentos históricos ha visto la famosa silla de montar que perteneció á la reina de Borgoña, y la cual tiene en el pomo un sitio destinado para colocar la rueca, á fin de que siempre que su dueña saliese á pasear á caballo, pudiese ocuparse en hilar, y ofrecer á sus admirados súbditos un ejemplo de laboriosa economía. También nuestros propios ojos, en estos tiempos de boato, cuando muy pocas señoras particulares condescienden tocar una cosa tan útil como la prenda de costura que ocupaba la aguja de doña Isabel la Católica, hemos visto á una reina sentada en medio de sus regias hijas, y empleada tan laboriosamente con su hilo y tigeras, cual si su subsistencia de-

pendiera de su industria. (*) Pero doña Isabel no conocia la afectacion; en sentimientos, discursos, naturaleza y obras, era la verdad misma; y la ternura matrimonial le prestaba un placer íntimo al hallarse ocupada así en obsequio de un esposo á quien amaba como hombre, al paso que era imposible ocultarse de si misma todos sus defectos como monarca. Cabe ella estaba sentada la compañera de sus dias juveniles, la afecta y bien probada Beatriz de Cabrera. Ocupaba Mercedes un escaño á los pies de la Infanta Isabela, y dos ó tres damas favoritas de la servidumbre estaban á corta distancia, diferenciándose en aquellas imperceptibles distinciones de ran-

(*) Creo que aluda el autor á la esposa actual del rey de los Franceses. En nuestra España tambien hemos visto á una reina, dechado de virtudes domésticas, no desdeñarse de hacer los oficios de la mas humilde costurera. Hablo de la malograda Doña Maria Isabel de Braganza, segunda muger del Señor Don Fernando 7.º; idolatrada por cuantos tuvieron el honor de conocerla, bajó á un precoz sepulcro dejando tras de sí un recuerdo indeleble de sus incomparables perfecciones.

Nota del traductor.

go que denotaban hallarse presente la reina, aunque con tal doméstica libertad que hacia decorosas estas observancias indispensables de forma, sin hacerlas penibles. El mismo rey estaba escribiendo en una mesa colocada en un apartado rincón de aquel vasto aposento, y nadie, ni aun el recién creado arzobispo, presumia aproximarse de aquel lado de la vivienda. Sosteniase el coloquio en voz mas sumisa que de ordinario; y hasta la reina, cuya voz era la pura melodía, modulaba sus tonos de manera que no interviniesen con la serie de pensamientos en que su ilustre consorte parecia hallarse profundamente sumergido. Pero, en el preciso momento que ahora queremos presentar al lector, habia estado Isabel absorta por largo rato en honda reflexion, y un silencio general prevalecia en el círculo que rodeaba las mesitas de costura.

—Hija Marquesa,—pues así solia la reina dirigirse á su amiga;—Hija Marquesa, dijo Isabel, rompiendo su largo silencio ¿se ha visto ú oido algo últimamente del señor Colón, de aquel piloto que tanto nos ha instado sobre

el asunto del viage á occidente?

Las rápidas é inquietas miradas de inteligencia y satisfaccion, que pasaron entre Mercedes y su tutora, dieron á conocer cuanto les interesaba la pregunta, mientras la última contestó en los términos que convenian á su respeto para con su régia ama.

—Podeis acordaros, Señora,⁵² que fué invitado á venir por cartas que le remitiera Fray Juan Perez, antiguo confesor de vuestra Alteza, quien emprendió el viage á la Corte desde su convento de Santa Maria de Rábida, en las Andalucias, para interceder en su favor, á fin de que no perdiese Castilla los frutos de tan grande proyecto.

—Segun eso, hija marquesa, supones que sus designios son grandiosos.

—¿Y quién puede dudarlo, Señora? Parecen muy razonables y sencillos: luego, ¿quién no calificará de grande una empresa dirigida á ensanchar los límites de la iglesia de Dios, y á conferir honra y riquezas al Estado. Mi entusiasta pupila Mercedes de Valverde, es una defensora tan acérrima de los grandes proyectos de ese navegante, que despues de

52. En español, en el original.

sus deberes para con su Dios y sus soberanos, parece constituir esta idea todo el afán de su vida.

Volvióse risueña la reina hácia la ruborizada doncella, que era objeto de esta observación, y miróla por un instante con la expresión de afecto que solia tan ámenudo iluminar su amable rostro al contemplar las facciones de sus propias hijas.

—¿Es así en efecto, Mercedes? dijo Isabela; ¿te ha convencido Colon hasta el punto de hacerte tan admiradora de sus planes?

Levantóse Mercedes con respeto, luego que la reina le dirigió el habla, y acercóse uno ó dos pasos á la Real Persona antes de ofrecerle su respuesta.

—Bien me está hablar con recato en vuestra presencia, Señora, dijo la bella jóven; pero no negaré que me interesa sobre manera el buen éxito de las pretensiones del Señor Colon. Es tan noble su pensamiento, Señora, que lástima sería que justo no fuese.

—Así ratiocina la gente moza y dotada de nobles mientes; y yo te confieso, Beatriz, que á veces, al considerar esta materia, me vuelvo yo misma tan crédula como los de-

más.—¿Pero es indudable que aun se encuentra aquí el piloto Colon?

—Si, Señora, aquí está, respondió Mercedes con ahinco, y con una premura de que al instante se arrepentió, porque no á ella directamente se había hecho la pregunta.—Conozco á un sugeto que le vió el día mismo que las tropas tomaron posesion de la ciudad.

—¿Y quien es ese sugeto? preguntó la reina con entereza, aunque sin severidad, fijando de nuevo la vista en la cara de la doncella, con un interés que parecia acrecentarse á medida que la miraba.

Sintió ahora amargamente Mercedes su indiscrecion, y en despecho de un poderoso esfuerzo para reprimir sus sensaciones, la sangre denunciadora se le subió á las sienes antes que tuviese suficiente resolucion para replicar.

—Don Luis de Bobadilla, el sobrino de mi tutora Doña Beatriz, contestó por último la doncella; porque el amor de la verdad era mas fuerte en su corazon sin mancilla que el recelo de la vergüenza.

—Sois demasiado específica, señorita, observó Isabela con serenidad, pues la aspereza rara vez intervenía en sus coloquios con los buenos y sanos de alma.—Don Luis pertenece á una familia demasiado ilustre para necesitar de un heraldo que preconice sus parentescos. Solo con los ignobles se muestra el mundo poco interesado en saber quienes sean. Hija marquesa, añadió la reina, aliviando á Mercedes de un estado de violencia, poco ménos penoso que el de la tortura, al volver la vista hácia su amiga.

—Ese sobrino tuyo es un vagamundo confirmado... pero me parece difícil que emprendiese una expedición como esta que el Genovés se propone, y tiene por objeto la gloria de Dios y el beneficio del Estado.

—En verdad, Señora— Mercedes reprimió su celo en virtud de un esfuerzo súbito y triunfante.

—¿Qué ibas á decir, Mercedes? observó con gravedad la reina.

—Suplico á Vuestra alteza me perdone; obré con irreflexión, pues no á mí fueron dirigidas vuestras palabras.

—No es esta la corte de la reina de Castilla, hija mía, sino el aposento privado de Isabela de Trastámara, contestó la soberana, deseosa de dulcificar el efecto de lo que ya había pasado.—Tu tienes en las venas la sangre del Almirante de Castilla, y hasta parienta eres del rey nuestro Señor. Habla pues con franqueza.

—Conozco, Señora, la bondad que Vuestra Alteza me dispensa, y casi me olvidé á mí misma, alentada con su influjo. Cuanto tenía que decir era que Don Luis de Bobadilla anhela con todas veras que el Señor Colón consiga las caravelas que pretende, y que él mismo intenta solicitar el real permiso para alistarse en el número de los aventureros.

—¿Es así, Beatriz?

—Señora, Luis es un vagamundo fuera de toda duda; pero no le impelen á serlo motivos vulgares. Le he oído espresar con ahinco su deseo de ser uno de los secuaces de Colón. Toda vez que ese navegante sea enviado por Vuestra Alteza en busca del país de Catay.

Sin replicarle Isabel soltó en las faldas su casera labor, y se mantuvo pensativa buen rato. Durante este intervalo, ninguna de las damas que la rodeaban se atrevió á proferir una sílaba, y Mercedes se escurrió á hurtadillas para ganar su escabel á los pies de la Infanta. Al fin, levantóse la reina, y atravesando el aposento, se acercó á la mesa en que Don Fernando se hallaba aun ocupado con su pluma. Detúvose allí un momento, cual si vacilase en interrumpirle; pero muy luego, poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro, atrajo su atención á sí misma. El monarca, cual si desconociese de donde tan solo pudiera proceder semejante familiaridad, volvió la cara al momento, y levantándose de su silla, fué quien primero habló.

—Precisa tener en observacion á los tales Moriscos⁵³, dijo el rey, manifestando el camino por donde ya se anticipaban sus pensamientos para el ensanche de su poderio.—Veo que hemos dejado á Abdalá muchos lugares fuertes en las Alpujarras, que pueden hacer de él un vecino muy incómodo, á no ser que le enviemos mas allá del Mediterráneo.

—De esto, Fernando, ya hablaremos en otra ocasion, interrumpióle la reina, cuya pura alma miraba con disgusto cuanto tenia visos de una falta de fé.—Bastante trabajo cuesta á los que rigen los destinos de los hombres acatar la obediencia á Dios y los dictados de sus propias conciencias, sin ceder á la tentacion de faltar á los pactos prometidos. Pero vengo á hablarte sobre otra cosa. La confusion de los tiempos y la magnitud de nuestros negocios nos han hecho descuidar la palabra que dimos al navegante Colon.

—Siempre ocupada con tu aguja, Isabel, y para mi comodidad, observó el rey, jugando con la camisa que su régia consorte se habia traído en la mano sin advertirlo; pocos de nuestros súbditos tienen esposas tan previsoras y benignas como tú.

—Siempre tu felicidad y consuelo fueron á mis ojos unos objetos tan secundarios solo á mi deber para con Dios y al cuidado de mi pueblo, replicó Isabel, complacida de que el rey hubiese advertido aquel pequeño homenaje de su sexo, aun cuando sospechase que fuese un efugio para evadir el objeto que con

53. Moriscoes (TO, I-95).

tanta predileccion la ocupaba entónces.—Nada me atreveria á hacer yo en este importante asunto, sin tu aprobacion mas completa, toda vez que esta pueda conseguirse; al paso que me parece interesa á nuestra régia palabra el que no se demore por mas tiempo. Siete años han sido una prueba cruelísima, y si no obramos con actividad, será mas que probable que alguno de los románticos nobles del reino emprenda la aventura con la misma irreflexion que si fuese una zambra para refocilarse en la velada de algun santo patrono.

—Decis bien, señora; y desde luego pasaremos el asunto á manos de Fernando de Talavera, que ahí está, y de cuya discrecion no puede haber duda. Mientras asi hablaba el rey llamó por señas al sugeto mencionado, quien al momento se acercó á los régios consortes.—Arzobispo de Granada, prosiguió el latino monarca, que tenia tantos dobleces como un moderno patriota de los que nunca pierden de vista su propio provecho.—Arzobispo de Granada, nuestra régia consorte desca que el asunto de Colon pase á consulta inmediata-

mente, y se dé cuenta á nos de él sin ulterior demora. Es nuestro placer conjunto que vos y otros peseis con madurez el proyecto en el término de veinte y cuatro horas, presentándonos reservadamente los informes que de su prolijo exámen resultaren. En el discurso del dia se os darán los nombres de vuestros asociados.

Miéntas asi la lengua de Fernando daba al prelado las instrucciones correspondientes, leia este en la espresion de los ojos del monarca y en la fria serenidad de sus facciones cierto significado que no fué lerda en interpretar su aguda y esperta cortesania. Sin embargo dió á entender lo dispuesto que se hallaba en asentir; y recibió los nombres de sus cólegas en la comision, de los cuales uno ó dos fueron señalados por la reina, y luego se detuvo á tomar parte en el coloquio.

—Este proyecto de Colon necesita examinarse con mayor prolijidad, continuó el rey, luego que se arreglaron los preliminares, y cuidado nuestro será que se investigue con la debida consideracion. Me han dicho que ese honrado navegante es un excelente cristiano.

—Así lo creo de buena fé; también tiene la idea, si Dios llegase á favorecer su actual empresa, de contribuir á un esfuerzo para rescatar el Santo Sepulcro.

—Hem! Tales designios no dejan de ser meritorios; pero el nuestro es más positivo para adelantar la fé verdadera; aludo á nuestra reciente conquista. Hemos elevado la cruz, esposa mía, donde ha poco ondeaban las enseñas de la infidelidad, y Granada se halla tan próxima á Castilla, que no nos será difícil mantener en ella nuestros altares. Tal es á lo ménos, reverendo prelado, la opinion que sobre estas materias tiene un ignorante seglar como yo, soy.

—Y esa opinion es tan justa como sabia, señor, contestó el arzobispo. Lo que puede abarcarse es más fácil de conservar, pues que perdemos nuestro trabajo si nos empeñamos en conseguir aquellas cosas que la Providencia ha colocado tan fuera de nuestros alcances, que no parecen destinadas para nuestros propósitos.

—No faltarian, señor arzobispo, quienes pudiesen argüir contra toda tentativa de res-

catar el Santo Sepulcro, corroborados en opiniones semejantes por una autoridad de tan grave peso; dijo la reina.

—No señora; entónces interpretarían erróneamente esa misma autoridad, replicó presuroso el cortesano prelado. Estaría bien que toda la cristiandad desposeyese á los infieles de la Tierra Santa; pero es mejor para Castilla haberlos desalojado de esta ciudad de Granada. La distincion es muy obvia, y cualquier lógico habrá de admitirla.

—Esta verdad es tan convincente para nuestra razon, interpuso Fernando dirigiendo sus miradas á traves de la ventana próxima con cierto posado orgullo, como que esas torres pertenecieron á Abdalá y son ahora nuestras propias.

—¡Mejor para Castilla!—repitió Isabela, con el acento de una persona absorta en reflexion profunda.—Mejor tal vez para su poderio mundano, pero no mejor para las almas de los que la proeza consiguióran, y no mejor, por cierto, para la gloria del Altísimo!

—Respetadísima consorte, y esposa muy amada! dijo el rey...

—Señora! añadió el prelado...

Pero Isabela se alejó de ellos, reflexionando sobre principios escelsos, mientras los ojos de aquellos dos hombres mundanos se encontraron atraídos por esa especie de ladina inteligencia que es tan apreciable entre aquellos que estan inclinados á sustituir lo conveniente á lo justo. La reina no se volvió á su asiento, mas comenzó á pasearse arriba y abajo por aquella parte del salon que dejára vacante el arzobispo cuando se acercó á los régios esposos. Allí permaneció aislada durante algunos minutos, porque hasta el mismo Don Fernando la respetaba demasiado para atreverse á interrumpir sus meditaciones intrusamente. La reina, despues de dirigir repetidas miradas á Mercedes, le mandó por fin acercarse.

—Hija, dijo Isabela, quien con mucha frecuencia se valia de este cariñoso término para con las personas que amaba—¿no has olvidado tu voto, supongo?

—Despues de mis deberes para con Dios, señora, viene mi obligacion para con mis soberanos.

Espreñábase Mercedes con entereza, y salian de sus labios aquellos acentos que jamás engañan. Clavó los ojos Isabela en las pálidas facciones de la hermosa doncella, y luego que fueron pronunciadas las palabras antedichas, una tierna madre no pudo haber mirado á su hija predilecta con una espresion mas señalada de cariño.

—Tu deber para con Dios, hija mia, debe superar á todos tus otros sentimientos, como es muy justo; tu deber para conmigo es secundario é inferior. Sin embargo, asi tú como los demas debeis una solemne obligacion á vuestros soberanos, y me consideraria indigna del alto cargo que he recibido de la Providencia, si permitiese el mas leve menoscabo de esos deberes. No soy yo quien reina en Castilla, si nó la Providencia, aunque yo sea su instrumento indigno y humilde. Mis súbditos son mis hijos; y muchas mis preces al cielo para que ensanche mi corazon de modo que todos tengan cabida dentro de él. Si los príncipes se ven obligados á veces á mirar con ceño á los indignos, solo forman un débil y distante remedo de aquel Ser

que no puede mirar el mal con complacencia.

—Espero, señora, dijo la jóven con timidez, y advirtiendo que la reina hacia una pausa, espero que no he tenido la desgracia de ofenderos; el ceño de Vuestra Alteza sería la mas cruel de todas las calamidades.

—Tu? no, hija mia; ojalá que todas las doncellas de Castilla tuviesen tu sinceridad, tu modestia y tu sumision. Pero no es justo permitamos seas victima de tus propios sentidos. Tienes demasiada instruccion, Mercedes, para no distinguir el relumbrante oropel de aquello que tiene intrínseca valía.

—Señora! exclamó con ansia Mercedes— luego se contuvo porque conoció que era falta de respeto interrumpir á su soberana.

—Ya entiendo lo que quieres decir, hija mia, respondió Isabela, despues de hacer una pausa á fin de que se recobrase la asustada doncella:—Habla con franqueza, pues estás dirigiéndote á una madre.

—Iba á decir, señora, que si todo lo que relumbra no es de valor, tampoco cuanto desagrada á la vista, ó lo que pudiera conde-

nar el exterior, debe calificarse de valadi.

—Ya os entiendo, señorita, y la observacion no deja de ser exacta, Ahora hablemos de otras cosas. Me parece que patrocinas los designios del navegante Colon?

—La opinion de una jóven, tan ignorante como yo, debe de tener bien poco influjo para con la reina de Castilla, que puede pedir consejo de los prelados y de los graves eclesiásticos, ademas de consultar su propia sabiduria: contestó con modestia Mercedes.

—Pero tu tienes en buen concepto su designio, ó yo me he equivocado en lo que significan tus espresiones.

—No, señora; bien me parece en verdad el proyecto de Colon, pues lo juzgo de tal nobleza y grandor que la divina Providencia habrá de favorecerlo por el bien de los hombres y el adelanto de su iglesia.

—¿Y crees que los nobles é hidalgos se presten á embarcarse con ese oscuro Genovés, á fin de participar de su atrevida empresa?

Sintió la reina que la mano de Mercedes, que apretaba cariñosamente en la suya, co-

menzó á temblar , y al fijar los ojos en los de la jóven, notó que **tenia** carmesí el rostro , y la vista clavada **en** el suelo. Pero la generosa doncella creyó que aquel momento era demasiado critico para las fortunas de su amante, y rehizo todas sus energias á fin de favorecer sus intereses.

—Señora, si, lo creo; contestó ella con una firmeza, que sorprendió y complugn á la reina, quien entrando de lleno en sus sentimientos se puso á nivel de apreciarlos—Creo que Don Luis de Bobadilla se embarcará con él, pues desde que su tia le ha hablado francamente acerca de la naturaleza y magnitud del designio, no piensa en otra cosa. Se halla dispuesto á suministrar fondos para la empresa, toda vez que sus tutores se avengan á proporcionárselos.

A lo que harian muy mal en avenirse sus tutores. Dado nos es disponer francamente de lo nuestro, al paso que nos está prohibido hacer sal y agua de los bienes ajenos. Si Don Luis de Bobadilla perséverase en su intencion y cumpliese con los obligaciones de su destino, juzgaré mas favorablemente de su ca-

rácter que hasta aqui las circunstancias me han inclinado á hacer.

—¡Señora!

—Oyeme, hija: no podemos seguir hablando sobre este punto, porque el consejo aguarda mi presencia, y el rey acaba de salir del salon. Tu tutora y yo consultaremos sobre la materia, y no te quedarás mucho tiempo en suspensa indebida; ahora bien, Mercedes de Valverde.....

—Señora y reina mia....

—Mercedes, tu voto! fué prestado con libertad, y no ha de olvidarse con presteza!

Besó luego Isabel la pálida megilla de la doncella, y se retiró seguida de las damas de su sequito; dejando á la medio complacida, aunque medio asustada Mercedes, puesta en pié en el centro de aquel vasto salon, y asemejándose en todo á una lindisima estatua de la Duda.

CAPITULO VII.

Este es un hombre que tan altas quiso
Sus mientes encumbrar, mientras tan honda
La fábrica basó de sus designios,
Que ni el temor ni la esperanza pueden
Sacudir su estructura ponderosa. 54
DANIEL.

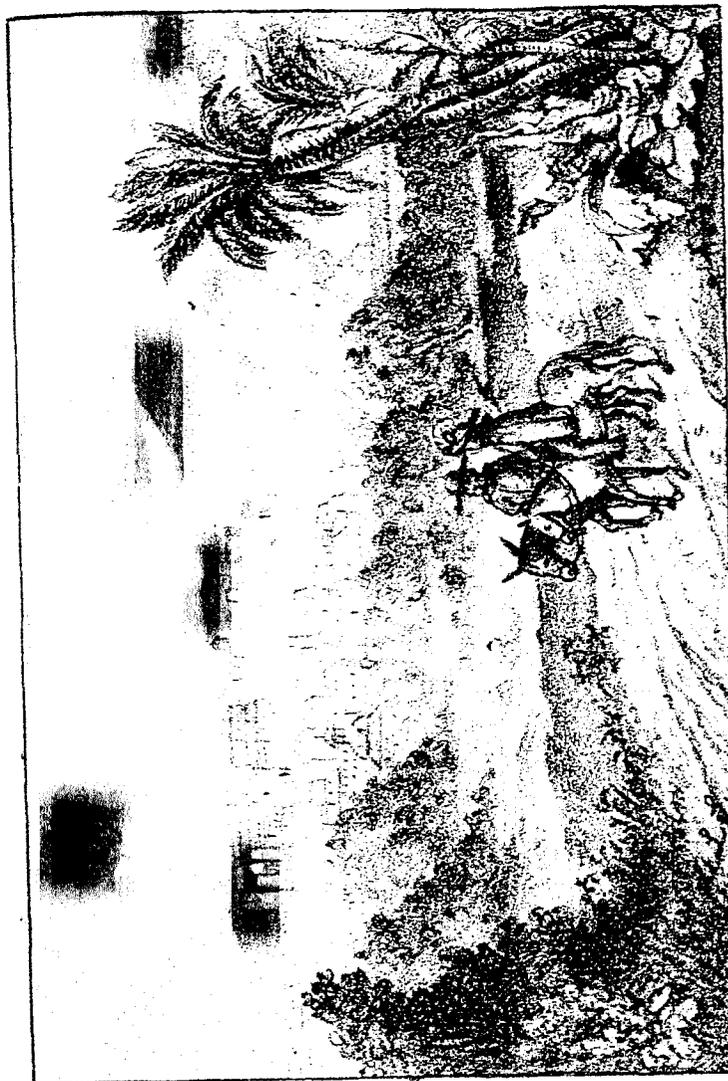
 El día siguiente hormigueaba la Alhambra con los cortesanos de costumbre, todos para mendigar gracias; quienes dispuestos á hacer pomposo alarde de mentidos servicios, quienes á solicitar el desagravio de alguna imaginaria postergación. Las antecámaras se veían en es-

tremo concuridas, mientras los varios individuos que las llenaban mirábanse entre sí con ojos celosos, cual si quisiesen investigar hasta que punto las instancias de los demás concurrentes pudieran servir de obstáculo al adelanto de sus propias miras. En general se contentaban con saludarse fría y desconfiadamente, y si algunos llegaban á trocar unas cuantas frases de buena crianza, pertenecían estas á aquella urbanidad afectada y demasiado pulida que caracteriza por lo común el lenguaje de los palacios.

Mientras que la curiosidad se atormentaba en adivinar los negocios de los varios sujetos que presentes se hallaban, y susurros, movimientos de cabeza y encogimientos de hombros, en unión con miradas significativas, se trocaban entre varios de los marrajos pretendientes al comunicarse en muda pantomina lo poco que sabían ó afectaban saber sobre diferentes asuntos, estaba en un rincón del salón principal cierto personaje, que podía distinguirse de cuantos le rodeaban por su estatura, por la gravedad y dignidad de su porte, y especialmente por el gé-

nero de observacion que se atraia de los demás. Pocos se acercaban á él, y los que lo hacian lanzaban en torno de si, al volverle las espaldas, aquellas miradas de satisfaccion propia y de mal reprimido escarnio que caracterizan á las almas vulgares, cuando se les figura que su desprecio ó befa está en concierto con la opinion popular. Aquel era Colon, mirado comunmente por la muchedumbre en el concepto de un proyectista visionario, y como tal era consiguiente fuese el blanco de aquella murmuracion despreciativa que se acarrea semejante carácter. Pero ya hasta las pullas y chistes de la turba sobre este personaje se habian agotado completamente, y comenzábase á cansar la paciéncia de aquellos mendigos de las regias gracias, cuando el crujido de la puerta dió aviso de acercarse algun nuevo cortesano. El modo obsequioso y súbito con que abrió calle la falange de pretendientes demostró al punto la presencia de un sugeto de alto rango, y de allí á poco se presentó en medio del aposento el jóven Don Luis de Bobadilla.

—Ese es el sobrino de la favorita de su



Alteza , susurró uno de los concurrentes.

—Un hidalgo de las familias mas ilustres de Castilla, añadió otro; pero dignísimo compañero de ese Colon, pues que ni la autoridad de sus tutores, ni los deseos de la reina, ni su escelsa clase han podido retraerle de la vida de un vagamundo.

—Y una de las mejores lanzas de España, observó un terceró, si tuviese juicio bastante para aprovecharse de su destreza.

—Este es aquel jóven caballero que se condujo con tanta bizzarria en la última campaña—refunfuñó un oficial subalterno de los peones—el que desensilló en el torneo á Don Alonso de Ojeda: su lanza es poco segura en el blanco á par que muy firme en el ristre. Tambien me han asegurado que es un rodavalles.

Cual si quisiese manifestar á propósito que tal era su carácter, miró Luis con anhelo alrededor de si por un instante, dirigiéndose en seguida hacia donde estaba Colon. Las sonrisas, cabezadas, encogimientos de hombros y medio suprimidos susurros que se siguieron, indicaron la opinion comun que acer-

ca del joven prevelecia; pero aconteció en aquel momento que se entreabriese la puerta de un gabinete contiguo, y olvidóse al punto el corto episodio que de referir acabamos.

—Os saludo con el mas cordial afecto, señor, dijo Don Luis, inclinándose profundamente delante de Colon. Desde nuestro coloquio de ayer tarde, no he podido apartar de mi imaginacion el asunto, y he venido aqui para renovar lo.

Cuanto agradó á Colon este homenaje, se manifestó en sus ojos, y en la sonrisa y manera con que erguió el talle, cual si le elevase la grandeza de su propio designio; pero vióse obligado á diferir el placer que siempre le proporcionaba esta idea, para éisplayarse sobre el asunto material de su empresa.

—Haunc mandado venir aqui, noble caballero, respondió el navegante con cordialidad; he recibido una cita del señor arzobispo de Granada, quien parece está comisionado por sus Altezas para traer mi negocio á una pronta resolucion á cuyo fin se reunen los comisionados esta mañana misma. Tocamos ya al alba de grandes sucesos; no está

muy distante el dia, en que esta conquista de Granada quedará sumergida en eterno olvido, en virtud de la mayor importancia de los inmensos prodigios que Dios ha tenido hasta ahora en reserva.

—Por San Pedro, mi patrono bendito, que os creo como al Evangelio. Señor! Catay ha de estar precisamente en el parage que insinuais, ó muy cerca de él, y vuestros propios ojos no han de verla, ni sus abundantes veneros de riquezas antes que los mios. Acordaos de Pedro de Muñoz, os lo suplico, Sr. Colon.

—No le olvidaré, yo os lo prometo, joven hidalgo; y todas las grandes hazañas de vuestros abuelos quedarán eclipsadas por la gloria que adquirirá su descendiente. Pero, oigo que me llaman por mi nombre; ya hablaremos de eso luego.

"El Señor Cristóval Colon!" gritó uno de los pages en alta é imperante voz, y acudió al reclamo el navegante, henchido de esperanza y de gozo.

El modo en que uno, mirado tan generalmente con indiferencia, por no decir con despre-

cio por la muchedumbre, había merecido que se le eligiese de entre aquella turba de cortesanos, causó alguna sorpresa; pero como siguiese adelante la comun rutina de las antesalas, y los empleados subalternos no tardasen en presentarse en ella con el objeto de oír las respectivas solicitudes de los pretendientes y de contestar á sus preguntas, muy pronto quedó olvidada la ocurrencia. Retiróse Luis bastante vejado, pues tenía esperanzas de disfrutar un largo rato de conversacion con el navegante genovés sobre una materia que tan íntimamente ligada estaba con sus esperanzas mas dulces, y que mas ocupaba sus pensamientos. Le dejaremos por ahora con los demás que hacian antesala, á fin de seguir á Cristóval Colon dentro de los santuarios del palacio.

Fernando de Talavera no habia perdido de vista sus órdenes; pero, en vez de nombrar asistentes de este prelado á unos hombres inclinados á prestar imparcial oído á las proposiciones de Colon, así el rey como la reina habian cometido el error de elegir seis ú ocho de sus cortesanos, quienes, si bien eran sujetos de probidad y luces en el sen-

tido mas lato de la espresion, tenían poco uso en las investigaciones científicas para apreciar debidamente la grandeza de los descubrimientos que se les proponian. Introdujose á Colon á presencia de esta junta de ilustres hidalgos y distinguidos teólogos, entre los cuales supondrá nuestro lector que tomó asiento el navegante. Presidia á aquella solemne asamblea el Arzobispo de Granada.

—Segun parece, Sr. Colon, dijo el prelado, toda vez que sus Altezas os otorgaran sus poderes y facultades, os comprometéis á emprender un viage por el desconocido Atlántico, para buscar la tierra de Catay y la célebre isla de Cipango.

—Tal es mi designio, santo y noble prelado, y este asunto se ha cernido ya tantas veces por mí en union con los agentes de nuestros soberanos, que poco se necesita amplificar la materia.

—Verdad es que el punto se discutió en Salamanca, donde, á pesar de que muchos ilustrados eclesiásticos fueron parciales á vuestra opinion, un número mas crecido de sabios pronuncióse contra ella. Sin embargo,

el rey nuestro señor y su augusta consorte estan dispuestos á mirar el asunto con ojos mas favorables, y nombrado han esta comision para que podamos establecer las bases previas y determinar los derechos de las partes respectivas. ¿Qué fuerza de buques y de abastos pretendéis, á fin de llevar á cabo las grandes empresas que meditais cumplir con la bendicion del Altisimo?

—Bien habeis hablado, Señor Arzobispo; con la bendicion de Dios y bajo su tutela especial conseguirse há todo, pues que su gloria y culto divino estan intimamente ligados con el éxito. Teniendo de mi parte un aliado tan poderoso, escasa ayuda de favor mundano será necesaria. Dos caravelas de ligero porte es cuanto pido, autorizadas con la enseña de los soberanos, y abastecidas con el adecuado complemento de tripulacion.

Miráronse unos á otros sorprendidos los comisionados, y mientras estos descubrian en súplica tan moderada el entusiasmo imprevisor de un fanático visionario, aquellos desentrañaban en ella la confianza implicita de un sincero féota.

—No es en verdad muy encumbrada la pretension, observó el prelado, quien seguia el dictamen de los primeros; y aunque estas guerras han dejado bastante agotado el tesoro de Castilla, no seria difícil proporcionar esos modestos recursos sin el auxilio de un milagro. Hallarianse las caravelas, ni tampoco les faltaria tripulacion; pero hay algunos puntos de suma importancia que determinar antes que lleguemos á esas concesiones. Parece-me, Señor, que exigís se ponga la empresa bajo vuestro mando personal.

—Sin esa condicion no me seria posible responder del éxito. Pido la plena y completa autorizacion de almirante ó gefe marino de sus Altezas. Aunque las fuerzas que se empleen parezcan frivolas, grandes han de ser los riesgos, y el poder de entrambas coronas habrá de sostener con todas veras al varon, cuyos hombros abrumare el enorme peso de semejante responsabilidad.

—Esto es muy justo, y nadie pudiera disputarlo. Pero ¿habeis considerado maduramente las ventajas que á los soberanos habran de refluir en caso de que patrocinen vuestra empresa?

—Señor arzobispo, durante diez y ocho años ha ocupado mis pensamientos este negocio, y sido el tema de mis estudios, dia y noche. Poco ó nada he hecho en el discurso de periodo tan largo que tendencia no tuviese directa y afanosa al buen éxito de tan potente tentativa. Así es que no me ha sido posible olvidar las ventajas que deben emanar de ella.

—Decídlas, pues, señor.

—En primer lugar, cual se adeuda á su omniscia y omnipotente proteccion, daráse gloria al Altísimo, á causa de la propagacion de su culto y del mas lato imperio de su iglesia.—Aqui Fernando de Talavera, y los demas eclesiásticos presentes se persignaron con devocion, en cuya ceremonia juntóseles el navegante.—Sus Altezas, como es justo, sacarán el beneficio próximo, el de ensanchar los limites de su dominios, y acrecentar el número de sus vasallos. En raudal rápido y henchido afluirán sobre Castilla y Aragon riquezas incalculables, pues que su Santidad concede libremente á los monarcas cristianos los tronos y territorios de cuantos principes in-

fieles se logre descubrir, y el vasallage de los pueblos, que por su medio, lleguen á convertirse á la fé.

—Eso es muy plausible, repuso el prelado, y se funda en principios asaz justos. Cierto es que su Santidad tiene tal poder, y que se le ha visto usarlo en pró de la gloria de Dios. No desconocereis por otra parte, señor Colon, que ya Don Juan de Portugal se ha interesado mucho en esta clase de proyectos, y que tal vez, así él como sus predecesores, han llevado los descubrimientos hasta su limite mas remoto; al paso que sus empresas obtuvieran de Roma ciertos privilegios indisputables.

—No ignoro las empresas de los Portugueses, ilustre prelado, ni tampoco el espíritu con que Don Juan ha egercido su poder. Sus buques navegau á lo largo de las costas occidentales de Africa, y en una direccion diametralmente opuesta á la que me propongo seguir. Mi objeto es lanzarme de una vez en el anchuroso Atlántico, y en virtud de seguir al Sol hácia el punto de su retrete vespertino, alcanzar los limites orientales

de las Indias, siguiendo un rumbo que acortará el viage de algunos meses.

Aunque el arzobispo y la mayor parte de sus coadyutores pertenecian á la clase numerosa de los que contemplaban á Colon como á un exaltado visionario, la firme á par que elevada dignidad con que tan sencillamente aludia á sus proyectos, el modo con que alisaba entretanto con mansedumbre sus blancos cabellos, y el entusiasmo que nunca dejaba de resplandecer en sus ojos, todo el tiempo que se esplayaba sobre sus nobles desig-nios, produjeron una profunda impresion en los circunstantes, y hubo un momento en que la sensacion general se inclinára á favorecerle hasta donde alcanzasen los medios comunes. Fué una prueba singular y notable de la existencia de esta pasagera sensacion el que uno de los comisionados le preguntára acto continuo.

—¿Os proponéis, señor Colon, ir en busca de la corte del Preste Juan?

—Ignoro que aun tenga existencia semejante personage, noble señor; contestó el navegante, cuyas nociones habian adquirido

aquella fija y filosófica despreocupacion que nos presta la ciencia, y quien poco se mezclaba en analizar las falacias populares de aquel tiempo, al paso que le alucinaba en gran parte la ignorancia del siglo.—No encuentro bases en que establecer la verdad de que tal monarca exista, ni de que haya en el mundo semejantes territorios.

Esta admision fué nada favorable á la causa del piloto genovés; pues afirmar que la tierra es esférica, y que el Preste Juan era una creacion de la fantasia, equivalia á abandonar lo maravilloso para retroceder sobre las demostraciones y probabilidades; carrera que parece desagradable seguir al espíritu humano en su condicion inculta.

—No faltan hombres dispuestos á creer en la verdad de que existen así el poder del Preste Juan como sus territorios—interrumpió otro de los comisionados, quien tan solo debia su actual nombramiento á la política del rey Fernando,—ni quienes nieguen sin rebozo que la tierra es redonda, pues que todos sabemos que hay reyes y comarcas, y cristianos tambien; siendo muy claro á los ojos

de todos que las tierras y las mares son unas completas llanuras.

La mayor parte de los presentes accedió á este dictámen con una sonrisa aprobadora; mientras el mismo Fernando de Talavera dudó hasta cierto punto de su exactitud.

—Señor, contestó Colon con mansedumbre, si cuanto en este mundo existe fuera en verdad lo que parece, poco caso se haria de las confesiones y aun mucho menos de las penitencias.

—Os juzgo un buen cristiano, señor Colon! observó el Arzobispo con cierta aspereza.

—Tal soy, y cual me han hecho la gracia de Dios y la débil naturaleza, Señor Arzobispo; aun cuando confio humildemente que, luego que haya conseguido este grandioso fin, se me tendrá por mas digno de la divina proteccion asi como tambien del favor divino.

—Dícese que os juzgais señalado especialmente por la Providencia para este designio.

—Siento en mi interior cierta cosa, reverendo prelado, que á tal esperanza me impele; al paso que nada fundo en misterios que suponeis superiores á mi comprehension.

Difícil hubiera sido acertar si Colon habia ganado ó perdido en las opiniones de su auditorio con esta respuesta. Los sentimientos religiosos de aquel siglo estaban perfectamente acordes con esta idea; pero en el sentir de los eclesiasticos presentes parecia arrogante que un seglar, humilde y desconocido, pudiera creer posible que él fuese el agente selecto, mientras se desairaba á tantos, cuyos méritos eran mas obvios. Sin embargo, no se traslució en la asamblea la mas leve muestra de que tal sensacion hubiese por ella discurrido, pues entonces como ahora aquel que parece confiar en el poder de Dios se arroga cierto peso é influjo que por lo comun le pone á cubierto de todo reproche.

—Os proponéis llegar á Catay, por el arbitrio de atravesar el estenso Atlántico, prosiguió el Arzobispo, y al mismo tiempo negais la existencia del Preste Juan?

—Perdonadme, santo prelado. Propóngome llegar á Catay y á Cipango en la manera que decis, pero no niego absolutamente la existencia del monarca que mencionado me habeis. En pró de las probabilidades del

buen éxito de mis empresas, ya he producido sendas pruebas y razones que han satisfecho á muchos eclesiásticos, á par que faltan datos fijos para establecer el segundo hecho.

—No obstante, asegúrase que Giovanni di Montecorvino, piadoso obispo de nuestra santa Iglesia, convirtió á ese príncipe á la verdadera fé cerca de dos siglos hace.

—Todo puede conseguir el poder de Dios, señor Arzobispo, y lejos sea de mí poner en duda los méritos de sus ministros electos. Cuanto sobre este punto contestar puedo, es decir, que no encuentro razones plausibles ni científicas que me justifiquen en proseguir lo que puede acertar á ser tan ilusorio como la luz que retrocede ante la mano que se empeña en palparla. Respecto á Catay, su posición y maravillas, tenemos el testimonio, harto mejor basado, de los célebres venecianos Marco y Nicolo Polo, quienes no solo viajaron por aquellos países, sino que residieron luengos años en la corte de su monarca. Pero, nobles señores, sea que exista el Preste Juan ó el reino de Catay, límites ha de tener

el lado occidental del Atlántico, y en busca de ese límite estoy dispuesto á navegar.

Dió indicios el arzobispo de su falta de creencia, levantando al techo los ojos; pero como tuviese que cumplir los mandatos de quienes acostumbraban á hacerse obedecer, y recordase que las teorías de Colon se habían oído é informado gravemente años antes en Salamanca, determinó con prudencia encerrarse en la esfera demarcada, y dirigirse de una vez al punto que era su obligación investigar.

—Manifestado habeis las ventajas, que según juzgais, han de resultar á los soberanos, toda vez que tenga buen éxito vuestra empresa, dijo el arzobispo; y en verdad que mezquinas no son, si llegan á realizarse todas vuestras lucidas esperanzas, señor; queda ahora saber las condiciones que os reservais, como recompensa de vuestros peligros y de tantos años de incansable tarea.

—Todo se ha considerado maduramente, ilustre arzobispo, y hallareis esprimida en este escrito la sustancia de mis deseos, aunque no rezan en él varias condiciones de menor nota.

Así hablando, entregó Colon los apuntes á que aludía á Fernando de Talavera. Recorriólos con la vista el Prelado, rápidamente al principio, mas segunda vez con mayor calma; de modo que hubiera sido difícil averiguar si el escarnio ó la indignacion se espresaban en su semblante con mayor fuerza al arrojar sobre la mesa el documento con ademán de burla. Luego que este acto de menosprecio quedó verificado, volvióse hácia Colon, cual si quisiera satisfacerse de que el navegante no estaba completamente falto de juicio.

—¿Es con toda formalidad que pedis estas condiciones, Señor? preguntóle con adustez y lanzándole una mirada, la cual hubiera hecho vacilar á la mayor parte de los hombres que se viesen en la humilde posición del navegante.

—Señor Arzobispo, respondió Colon, con una dignidad que no era fácil sacar de los estribos, diez y ocho años hace ahora que este asunto ha ocupado mis mientes. Durante este largo periodo, en ninguna otra cosa he pensado seriamente, y bien puede decirse que en ella se ha ocupado mi ánima

en sus ensueños y en sus viglias.

Temprano y claro presentóse á mis ojos la verdad; cada dia empero la ha traído á mi convencimiento mas y mas brillante. Siento confianza en su éxito, pues que emana de mi dependencia en el Altísimo. Créome un agente electo para la consecucion de grandes fines, y fines que decidirse no habrán con el éxito de esta sola tentativa. Hay mas allá mucho oculto, y preciso me es conservar la dignidad y los medios necesarios para descubrirlo. No puedo rebajar un ápice de la naturaleza ó suma de estas condiciones.

Aunque el modo con que estas palabras se pronunciáran les prestase bastante peso, imaginóse el prelado que el cerebro del navegante habia llegado á descomponerse por causa de su larga contemplacion de un asunto aislado. Las únicas cosas que dejaban alguna duda acerca de la justeza de su dictámen, eran el método y la ciencia con que tantas veces habia sostenido, hasta en su misma presencia, lo razonable de sus suposiciones geográficas; cuyos argumentos, aun cuando hubieran dejado de convencer á quien tan

empeñado estaba en concluir que el proyectista fuese un visionario, habían llenado de dudas al oyente. Con todo eso, parecíanle tan extravagantes las condiciones que acababa de leer, que por un breve rato cierto sentimiento de compasión reprimió el acceso de ira que se sentía dispuesto á dar suelta.

—¿Qué os parece, nobles señores,? gritó con sarcasmo el arzobispo, volviéndose hácia tres comisionados que habían asido anhelosos el papel y se esforzaban en leerlo todos á la par.

—¿Qué os parece de las moderadas y modestas condiciones del señor Cristóval Colon, el célebre navegante que confundió á la junta de Salamanca? ¿No son cuales conviene aceptar á sus Altezas con dobladas rodillas y efusiones de gratitud?

—Leédlas, señor arzobispo, clamaron varios de consuno; hacednos conocer su naturaleza!

—Hay muchas de menor cuantía que pudieran otorgarse como indignas de discusión, prosiguió el prelado, tomando el papel; pero anótanse dos que deberan dar á los sobe-

ranos satisfacción suma. El señor Colon se contenta desde luego con el rango de Almirante y Virrey de todas las comarcas que descubra, y respecto á ganancias... con un diezmo... la parte de la iglesia, reverendos hermanos!... con un *mezquinó*⁵⁵ diezmo de las precedencias y alcabalas quedará condignamente satisfecho!

El murmullo general, que circuló entre los comisionados, dió á entender que el disgusto era comun, y en aquel instante no podia contar el Genovés con un solo voto.

—Ni esto es todo, nobles ilustres, y eclesiásticos santos, prosiguió el arzobispo, aprovechando la ventaja luego que creyó á sus oyentes dispuestos á oírle; ni esto es todo; pues no sea que estas escelsas dignidades llegaren á cansar los hombros de sus Altezas y los de su régia progenie, consiente el liberal Genovés en transmitirlos á su propia posteridad, para todo el tiempo porvenir, convirtiendo el reino de Catay en mina prolífica en pro de la casa de Colon, para el sosten de cuyo esplendor habrá de consiguarse á su cuidado especial una décima parte de los beneficios!

—Alzándose hubiera una recia y abierta carcajada con esta salida, si reprimido no la hubiese el noble porte de Colon, y hasta Fernando de Talavera, al hallarse blanco del severo reproche con que respondieron á su inyectiva unos ojos y un semblante en que tratada se contemplaba la autoridad mas grave y serena, comenzó á creer que se habia deslizado algo mas léjos de lo que debia.

—Perdonadme, señor Colon, añadió el prelado inmediatamente y con mayor urbanidad, pero vuestras condiciones resonaron tan campanudas en mis oídos que casi me cogieron de sorpresa. ¿No supongo que pretendéis sostenerlas con seriedad?

—Ni un ápice de ellas rebajaré, ilustre señor; pues á tanto se estiende mi derecho, y aquel que se aviene á ménos de lo que es su merecido, se convierte en instrumento de su propia humillacion. Daré á los soberanos un imperio que excederá en mucho á todas sus demas posesiones, y justo es que exija mi galardón. Tambien os digo, reverendo prelado, que mucho hay en reserva, y que de estas condiciones se necesita para el cumplimiento de los hados porvenir.

—Estas son por cierto unas proposiciones muy modestas para un oscuro Genovés! exclamó uno de los cortesanos, ahogado ya de repugnancia y cólera.—El señor Colon quiere asegurarse de un escelso rango en el servicio de sus Altezas, y si nada consigue pretende disfrutar de sus honores á poca costa; mientras si tan improbable designio llegase á producir algun éxito, se haria nada menos que un *vice-rei*,⁵⁶ contentándose humildemente con las rentas que á la iglesia corresponden!

Esta observacion pareció determinar todo vacilamiento, y levantáronse á una los comisionados, cual si el asunto fuese indigno de ulterior discusion. Con el objeto empero de conservar á lo ménos la apariencia de la imparcialidad y cordura, volvióse el arzobispo una vez mas hácia el navegante, y seguro ya de obtener sus miras, hablóle en términos mas comedidos.

—Por la vez postrera, señor, le dijo, ¿os preguntó si insistis en vuestras inauditas condiciones?

—En ellas y no en otras ningunas, res-

pondió Colon con firmeza; cónstame la magnitud de los servicios que á prestar voy, y en nada los degradaré, ni de modo ninguno haré menoscabo á su dignidad aceptando otra cosa. Pero, señor arzobispo, y vos tambien noble hidalgo, que con tal liviandad tratais mis pretensiones, vedme pronto á añadir al riesgo de mi persona, de mi vida, y de mi fama, el del oro... suministraré una octava parte de las cantidades requeridas, toda vez que en igual proporcion se me acrecienten las ganancias.

—Basta... basta! vociferò el prelado, preparándose para dejar el aposento; elevaremos nuestro informe á los soberanos, y no tardareis en saber su resolucion.

Así terminó la conferencia. Saliéronse de la sala los cortesanos, hablando acalorados unos con otros, cual hombres que tuviesen poca reserva en reprimir su empacho: mientras por el otro extremo se retiraba Colon, lleno del noble carácter de sus propios designios, con el porte majestuoso de un hombre á quien no pudieran rebajar el concepto que de sí mismo tenia los clamores de

los ignorantes, y que justipreciaba con demasiada exactitud la necedad y mézquineria para permitirles que causasen la mas leve mudanza en sus altos propósitos.

Fernando de Talavera cumplió al punto su palabra. Era confesor de la reina, y en virtud de ese sagrado encargo, tenia á todas horas acceso á su presencia. Lleno del asunto de la entrevista reciente, dirigióse en derecha á las habitaciones privadas de Isabela, donde fué admitido sin demora. Oyó la esposa de Fernando sus informes con mortificacion y pesadumbre, pues ya su ánimo estaba consentido en la próxima salida de aquella extraordinaria expedicion. Pero la influencia del Arzobispo era muy grande; porque constábale á su regia penitente la sinceridad y adhesion de su prelado.

—Esto, señora, es llevar la presuncion hasta la insolencia, continuó el airado eclesiástico; bueno es que se nos presente aquí un aventurero mendicante pretendiendo honores y regalias que solo pertenecen á Dios y á sus ungidos, los principes de la tierra. ¿Quién es este Colon?—un oscuro genovés;

sin embargo pretende encumbrar sus solicitudes á una altura que haria vacilar hasta á uno del apellido de los Guzmanes.

—Es un buen cristiano, santo padre, replicó Isabela con mansedumbre, y parece deleitarse en el servicio y gloria de Dios, mientras anhela favorecer el engrandecimiento de su visible y Católica iglesia.

—Verdad señora, pero tambien en esto puede existir engaño.

—No, señor Arzobispo; no creo que el engaño sea uno de los defectos de ese hombre, porque habla mas franca ni porte mas varonil que el suyo raras veces se ve, ni aun entre los poderosos. Por luengos años ha sido pretendiente en nuestra corte, y sin embargo, imputársele no es posible el mas leve acto de indigna bajeza.

—Me guardaré, Doña Isabel, de juzgar con aspereza del corazon de ese hombre, pero si podemos poner en ciertos sus acciones y solicitudes, reduciéndolas al grado correspondiente á la dignidad de las dos coronas con franqueza y sin censura. Confieso que es grave y mesurado, que de toda liviandad carecen

sus maneras y discursos; y estas son recomendaciones sin duda muy plausibles cuando un espíritu de mundano doblez se agita hoy en las cortes—sonrióse Isabela; pero nada dijo, porque su consejero espiritual acostumbraba reprocharla con franqueza, y ella escucharle con mansedumbre—donde el siglo no ostenta por cierto los modelos mas puros de sobriedad de ideas, ni de devocion; pero aun estas pueden existir sin el espíritu adecuado para el cielo. ¿Qué son sin embargo la gravedad y el decoro, si se hallan sostenidos por una henchida vanidad y una codicia sin término? Y tal las denominaré porque las pretensiones de un ente tan valadi no merecen el nombre elevado de ambicion! Reflexionad, señora, sobre la intrinseca valia de estas exigencias. Solicita ese Colon que se le establezca para siempre en el alto rango de sustituto de un rey, no solo para su propia persona, sino para sus descendientes, en todo el tiempo porvenir, con el título y autoridad de Almirante sobre los mares adyacentes, toda vez que llegare á descubrir esas comarcas que tanto exagera, antes aun de

aceptar el mando de bajel ninguno de Vuestas Altezas; destino por si solo asaz honroso para un sugeto de tan mezquina suposicion! Si tan extravagantes pretensiones á realizarse llegáran,... y todas las probabilidades están en contra de su buen éxito... sus exigencias superarian á sus servicios; por lo contrario, en caso de frustracion, el nombre de Castellano y Aragonés quedaria puesto en ridiculo, y un triste desacato mancillaria tal vez la dignidad régia, á causa de haber sido engañada de tal modo por un aventurero ladino. Deslustrarse habria hasta cierto punto esta reciente conquista en virtud de un error tan malhadado.

—Hija marquesa, observó la reina, volviéndose hácia su fiel y bien probada amiga, que se ocupaba con la aguja en un escaño inmediato á la princesa—en verdad que estas condiciones de Colon parecen traspasar los límites de lo justo!

—Tambien la empresa escde á todos los términos usuales de las aventuras y de los riesgos, señora: fué la firme réplica que dió Doña Beatriz, al mirar de reojo hácia el sem-

blante de Mercedes.—Nobles esfuerzos merecen nobles galardones.

Siguieron los ojos de Isabela el soslayo de los de su amiga, y permanecieron fijos largo rato en las pálidas y anhelosas facciones de la doncella castellana. Entretanto la hermosa jóven estaba ignorante de que fuese objeto de tanta atencion; pero al que estuviese á fondo de su secreto le era fácil trazar la anhelante zozobra con que aguardaba el finiquito. Habianle parecido tan razonables á Isabela las opiniones de su confesor, que se hallaba próxima á dar su aprobacion al informe de los comisionados, y á abandonar completamente cuantas esperanzas y espectativas habia empezado á copular en sus mientes con el buen éxito de los planes de Colon, cuando un sentimiento mas blando, una sensacion que con tanta peculiaridad pertenecia á su propio femeníl corazon, acudió á intervenir para dar al navegante otra probabilidad de victoria. Rara vez acontece que una muger sea insensible á las simpatias que tienen relacion con sus afectos, y los deseos que emanaron de su amor á Mercedes de Valverde, fueron

la causa activa de la **decision** que tomé la reina de Castilla en aquellos criticos momentos.

—No debemos obrar con aspereza ni precipitacion respecto á ese **Genovés**, señor arzobispo, dijo ella, volviéndose de nuevo al prelado; tuyas son las virtudes de sinceridad y honradez, y tales virtudes aprenden á apreciar los soberanos. Verdad es que sus pretensiones han llegado á hacerse asaz exageradas, por causa sin duda de una continúa y larga meditacion sobre un proyecto favorito y grandioso, pero quizás palabras de afecto y sanos racionios consigan reducir las á términos moderados. Propóngansele, pues, condiciones emanadas directamente de nos, y sin duda sus necesidades, y cuando no un sentimiento de justicia, le conducirán á aceptarlas. Lo del vireinato, en verdad, escede á la usual politica de los príncipes, y, como bien decis, santo prelado, el diezmo es una regalia de la iglesia; pero respecto al rango de almirante, paréceme esa una justísima pretension. Citadle de nuevo; hacelle estas rebajadas proposiciones; sea en buen hora vi-

rey en su propia persona y durante el beneplácito de Don Fernando y de nos; pero exigid que abandone esa solicitud respecto á su posteridad.

Aun estas concesiones parecieron harto elevadas á Fernando de Talavera, quien, á par que desempeñaba su sagrado oficio con encumbrada autoridad, conocia demasiado á fondo el caracter de Isabela, para que presumiese disputar una orden de ella emanada, aun cuando se pronunciase en la manera blanda y femenil que tanto la caracterizaba. Despues de recibir algunas otras instrucciones, y conseguido el dictamen del rey, quien estaba trabajando en un gabinete contiguo, partió el prelado á egecutar su nueva comision.

Transcuriéronse dos ó tres dias antes que llegase á término el negocio, y otra vez hallábase Doña Isabel sentada en su doméstico círculo, cuando su confesor pidió acceso á su real presencia. Entró el arzobispo con enrojecido semblante, mientras tan desazonado parecia en todo su continente, que á la persona mas imparcial le hubiera sido facil advertirlo.

—¿Qué ocurre ahora, santo arzobispo? preguntó Isabel; ¿os veja el espíritu vuestro rebaño, ó tan duro es amansar á esos infieles?

—No es nada de eso, señora; nada referente á mi nueva grey; pues que hallo hasta á los secuaces del falso profeta mas razonables que algunos de los que se jactan de ensalzar el nombre de Cristo y de preconizar sus favores. El tal Colon es un loco, y mas adecuado para convertirse en santo á los ojos de los Musulmanes, que para ser ni aun el último piloto en el servicio de vuestra Alteza!

A este acceso de indignacion, la reina, la marquesa de Moya y doña Mercedes de Valverde, dejaron caer simultáneas la costura, y fijaron los ojos en el prelado con uniforme interés. Lisonjeado habiales la idea de que esaban próximas á desvanecerse cuantas dificultades se opusieran al favorable término de la negociacion, y que se acercaba el tiempo en que aquel mortal, quien, en despecho de la osadía y carácter extraordinario de sus proyectos, habia conseguido obtener su admiracion é interesar sus sensaciones, fuese á

partir, y exhibiera al mundo una solucion práctica de los problemas que á tal grado trajeran perplejas sus mentes, al paso que escitada su curiosidad. Pero aqui se ofrecia cierta ocurrencia, que parecia poner un término súbito é imprevisto á todas sus esperanzas, y mientras Mercedes sentia que alguna cosa parecida al desespero le helaba el corazon, asi la reina como Doña Beatriz se quedaron confusas y disgustadas.

—¿Esplicasteis debidamente al señor Colon la naturaleza de nuestras proposiciones? preguntó Isabela, con mayor severidad en el tono de su voz de lo que acostumbraba. ¿Todavía insiste en su pretension de la facultad vice-regia, y en aquella cláusula tan ofensiva para nos á favor de su posteridad?

—Así es, señora; aunque fuese la misma Isabel de Castilla pactando con Enrique de Inglaterra, ó con Luis de Francia, el enhambrido Genovés no podria exigir términos mas altos, ni condiciones mas inflexibles. Nada quiere rebajar. El dichoso hombre se considera selecto por Dios mismo para traer á cabo ciertos fines; y así su lenguaje co-

mo sus exigencias son tales que ni el hombre que sintiese un santo impulso para ayudarle en su carrera podría considerarse en pretendellas garantizado.

—No deja de tener su mérito esa constancia, observó la reina; pero también las concesiones tienen sus límites. Ya no instaré á favor del piloto; mas le dejaré que corra la fortuna que sigue naturalmente en pos de los que son presumidos y extravagantes en sus pretensiones.

En toda apariencia estas palabras sellaban la suerte de Colon en Castilla. Aplacóse el arzobispo, quien, después de haber tenido una corta conferencia con su régia hija de confesion, salióse del cuarto. Pocas horas más tarde, Cristóval Colon, como le llamaban los Españoles, ó Columbus, como le plugo denominarse á sí mismo en futuros años, recibió por respuesta definitiva la comunicacion oficial de que se habían desechado sus condiciones, y roto completamente el negociado de su propuesto viage á las Indias.

CAPITULO VIII.

Vi así desde la infancia con dolor,
Mis mas dulces anhelos decaer,
Jamás he amado fruta ó tierna flor,
Que primera no fuese en perecer."

LALA ROOKH. 57

HABIASE adelantado ya la estacion hasta los primeros dias de Febrero, y en aquella baja latitud tornábase el temporal benigno y las brisas vernaes. A la mañana que siguiera á la antedicha entrevista, seis ú ocho personas, atraidas por la suavidad del dia, y llevadas mo-

ralmente por un motivo mas elevado, se hallaban reunidas delante de la puerta de uno de los edificios que se erigieran para acomodo del ejército conquistador. Formaban el grupo varios Españoles de edad madura, entre los cuales se hallaba el joven Luis de Bobadilla, y erguíase la alta y respetable forma de Colon. Estaba este en traje de camino, y una robusta y bien dispuesta mula andaluzá á su lado, pronta para recibir á su ginete. Cabe ella relinchaba un generoso corcel, indicando por sus jaeces que su dueño iba á acompañar al caminante. Veíase entre los reunidos allí á Alonso de Quintanilla, contador general de los dominios castellanos, leal amigo del navegante, y á Luis de San Angel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, quien era uno de los mas celosos prosélitos de cuantos habia hecho Colon á la justeza filosófica de sus opiniones y á la verdad de sus vastos conceptos.

Los dos últimos habian estado en íntimo coloquio con el navegador, pero hallábase terminado el diálogo, y el señor San Angel, varon de sentimientos generosos, y de imagi-

nacion ardiente, se espresaba en los términos que siguen:

—Por el lustre de ambas coronas, no debería de haber acontecido esto! Pero id con Dios, señor Colon; el Cielo os conserve en su santa guarda, y envíe en lo venidero delante de jueces mas sabios é imparciales. Lo pasado solo podrá causarnos pesar y vergüenza, mientras lo futuro está encerrado en el seno del tiempo.

Despidiéronse del navegante cuantos habia en la reunion, escepto Luis de Bobadilla. Luego que se quedaron solos montó este en su noble corcel. Ni una sílaba salió de los labios de los ginetes, hasta no hallarse buenamente en el llano, aunque á Colon se le escapaban frecuentes suspiros, cual arrancaria del pecho un hombre abrumado de pesares. Sin embargo la serenidad estaba en su rostro, y la dignidad en su talante, mientras ardía en sus ojos aquel fuego inestinguible que se alimenta en el alma por dentro.

Luego que hubieron dejado atras las puertas de Granada, volvióse Colon urbanamente á su juvenil compañero, y dióle gracias por

su escolta; mas en virtud de cierta consideracion por él, que hacia honor á su propio corazon, le dijo:

—Mientras tanto me ensoberbece esta honra, pues que me la otorga un sugeto tan noble y tan lleno de esperanzas, no es justo que me olvide de vuestro propio decoro; ¿no advertisteis, amigo Luis, mientras atravesábamos las calles, que varios Españoles me señalaban como objeto de mofa?

—Bien lo noté, señor, contestóle Luis, con las megillas encendidas de indignacion, y á no ser porque recelaba daros disgusto, hubieran pisado á esos belitres las herraduras de mi rocin por falta de tener yo una lanza donde ensartarlos.

—Bien habeis obrado, y sábiamente por cierto, manifestando de ese modo vuestra tolerancia. Pero esos son hombres, y su comun juicio forma la pública opinion; no advierto que la cuna ni las diversas circunstancias que les diferencian, cause distinciones materiales entre ellos, por mucho que varien la moda de la espresion. Hay plebeyos entre los nobles, y nobles entre los plebeyos. Hasta este bon-

dadoso acto de urbanidad hallará sus mofadores y bufones en la corte de los dos soberanos.

—Considere lo que hace, quien presume hablar de vos con ligereza á Luis de Bobadilla! El linage á que pertenezco no es asaz sufrido, y la sangre castellana suele estar muy dispuesta á repentinos hervores.

—Mucho sentiria ver á hombre ninguno desnudar la espada en querella que me perteneciera; y cuyo desagravio consistiese en mis propios brios. Pero si hemos de reñir con todos los que piensan ú obran con necedad, bien podemos jamas desceñirnos el arnés. Dejad que los jóvenes nobles, si tal les place, den suelta á su humor festivo á mi costa... pero no me pongais en la precision de arrepentirme de la amistad que os profeso.

Prometióselo Luis de buena fé, y luego, cual si sus pensamientos vagamundos quisieran volver al mismo tema, sin que á ello se les invitase, tornó presuroso al asunto:

—Hablais de los nobles, cual si pertenecieseis á una clase diversa de la suya; supongo, señor Colón, que tambien sois noble?

—¿Y haria alguna mudanza en vuestras opiniones y sentimientos respecto á mí, si os respondiera que no?

Encendiósele un instante la mequilla á Don Luis, porque se arrepintió de la observacion que acababa de hacer; pero retrocediendo á su propia naturaleza tan generosa como franca, contestó sin detenerse, y fuera de toda reserva y duplicidad:

—Por San Pedro el nuevo santo de mi devocion! que desearia fuerais noble siquiera por la honra de la clase! Hay tantos entre nosotros que dan tan escaso lustre á sus espuelas, que mucho nos alegrariamos de recibir vuestra digna adquisicion.

—El mundo está formado de mudanzas, jóven caballero, repuso Colon sonriéndose. Las estaciones padecen sus cambios: sigue la noche al día; los cometas van y vienen; los monarcas se tornan súbditos, y los súbditos monarcas; los nobles pierdon el recuerdo de su genealogia, y elévanse los plebeyos al rango de los nobles. Hay en nuestra familia una tradicion de que en cierto tiempo pertenecimos á la clase privilegiada; mas el tiempo

y nuestra malhadada fortuna nos ha reducido á humildes ocupaciones. ¿Y habré de echar de ménos la compañía honorífica de Don Luis de Bobadilla en el gran viage, toda vez que mis pretensiones sean mas afortunadas en Francia que han sido en Castilla, porque acontece que su comandante haya perdido sus testimonios de nobleza?

—Ese seria un motivo bien indigno, señor, y me apresuro á corregir vuestro yerro. Supuesto que ahora vamos á separarnos por algun tiempo, os pido permiso para desnudar ante vuestros ojos toda mi ánima. Confieso que al oír hablar por primera vez de vuestro meditado viage, parecióme el designio de un loco...

—Ay! amigo Don Luis, interrumpióle Colon meneando tristemente la cabeza, por desgracia esa es la opinion de muchos! Temo que asi el mismo Don Fernando de Aragon, como ese adusto prelado, que fué el reciente juez del litigio, opinan de igual manera.

—Perdonadme, señor, Colon, si algo he proferido que lastimaros pudiera; pero si alguna vez os he hecho injusticia vedme aqui

dispuesto á subsanar el agravio, como pronto vereis. Asi preocupado, trabé coloquio con vos, á fin de divertirme con vuestras locuras, pues tal las consideraba; pero, aun cuando no se operase en mí un cambio inmediato de opinion respecto á la verdad de la teoria, advertí muy en breve que traia el asunto entre manos un gran filósofo y un profundo raciocinador. Aquí se hubiera posado mi juicio, y quedado satisfecha mi opinion, á no haber ocurrido una circunstancia de grave peso para mí mismo. Habeis de saber, señor, que aunque proveniente de la sangre mas vieja de España, y no sin mucha y buena hacienda, quizás no siempre he correspondido á las esperanzas de los que se encargaron de mi juventud...

—Todo esto es innecesario, noble señor.

—No es tal, por San Lucas! y decirlo hé. Ahora, hierven en mi pecho dos poderosas y henchidas pasiones, que á veces chocan entre sí. La una es el amor de correr tierras... un ardiente deseo de visitar países extraños, y esto tambien de un modo libre y vagamundo... con cierta disposicion para la mar

y anhelo de las tareas de los puertos: la otra es el amor de Mercedes de Valverde, la doncella castellana mas bella, mas gentil, mas afectuosa, mas sincera, mas veridica...

—Y mas noble sobre todo, añadió Colon sonriéndose. Señor, repuso Luis con gravedad, no hablo de broma cuando enumero los méritos del ángel de mi guarda. No solamente es nobilísima, y adecuada en todos conceptos para honrar mi nombre, sino que por sus venas fluye la sangre misma de los Guzmanes. Pero he perdido la gracia de otros, y tal vez parte de la de mi amable señora, por causa de mi parcialidad hacia esta inclinacion aventurera; y hasta mi propia tia, que es tutora de la jóven no ha mirado mis pretensiones con ojos favorables. Tambien Doña Isabela, cuya palabra es una ley para todas las nobles virgenes de la corte, tiene sus preocupaciones, y se ha hecho preciso para mí volver á ganar sus buenas gracias á fin de tornar á adquirir las de Doña Mercedes. Ocurrióseme—Luis tenia demasiado de hombre para revelar los secretos de su dama, confesando que el pensamiento fuese de esta—ocurrióseme, que si mis va-

gamundos caprichos se encaminaban en el rumbo de alguna heroica empresa, tal como la que ahora urgís, lo que fuera desmérito convertirse habria en mérito á los ojos régios, los que por consiguiente habrian de atraer en pos de sí los ojos de los demas. Con esta esperanza pues, entré primero en relaciones con vos, hasta que la fuerza de vuestros argumentos ha completado mi conversion, y ahora no hay eclesiástico que tenga mas fé en los dogmas de su religion que la que yo tengo en la teoria de que el camino mas corto á Catay yace á traves del anchuroso Atlántico; ni existe Lombardo ninguno mas convencido de que su Lombardia es plana como la palma de mi mano, que lo estoy yo de que esta buena tierra en que todos vivimos es una esfera.

—Hablad con reverencia, jóven hidalgo, de los ministros del altar; dijo santiguándose Colon; pues ninguna idea liviana deberá mezclarse con lo que tiene referencia á sus sagradas funciones. Segun parece, pues, añadió sonriéndose el navegante, debo mi discípulo á los dos agentes poderosos, amor

y razon; aquel como mas potente fué quien venciera los primeros obstáculos, y esta quien lograra la superioridad á la conclusion del asunto, como suele por lo comun suceder— pues el amor es generalmente quien triunfa á la salida, y la razon al terminarse la jornada.

—No negaré el poderio de esos agentes, y los siento demasiado arraigados aqui para intentar contrarestarlos. Ya sabeis mi secreto, y luego que os revele mis intenciones de todo quedareis enterado. Juro solemnemente, alzóse el birrete Don Luis, y levantó los ojos al cielo, mientras así se espresaba,—unirme á vos en este viage, siempre que reciba de vos el debido aviso, salgais de cualquier puerto, navegueis en cualquiera nave, y os deis á la mar en cualquiera estacion. Al hacer esto, confio en primer lugar, servir á Dios y á su iglesia; en segundo, visitar á Catay, y esas comarcas distantes y maravillosas, y en tercero y último ganar la posesion de Doña Mercedes de Valverde.

—Acepto la garantia, jóven hidalgo, replicó el navegante, admirado de su entusias-

mo y complacido de su sinceridad— aunque la representacion de vuestros pensamientos hubiera sido mas leal, si hubieseis traspuesto vuestros motivos al enumerarlos.

Dentro de pocos meses seré dueño de mi propia sustancia, prosiguió el mancebo, demasiado absorto en sus propios propósitos para hacer caso de lo que Colon le decia— y entonces, solo el esplicito y solemne mandato de Doña Isabela misma podrá impedir que contemos á lo ménos con una caravela; y preciso ha de ser que los cofres fuertes de Bobadilla hayan sido tratados con asaz desarreglo, durante la niñez de su dueño, para que no puedan costearnos hasta dos. Yo no soy vasallo de Don Fernando, sino un súbdito de la rama primogénita de la casa de Trastámara, y ni aun la fria discrecion del rey habrá de impedirme.

— Eso tiene el halagüeño sonido de la generosidad, y vuestros sentimientos son cuales corresponden á un noble, juvenil y emprendedor; pero me es imposible aceptar vuestra oferta. No estaria bien en Colon servirse de oro que proviniese de un espíritu tan con-

fiado ni de una cabeza tan inesperta; amen de que existen obstáculos aun mas serios. Mi empresa debe apoyarse en el sosten de algun respetable principe, y ni aun el mismo Guzman se ha considerado con autoridad bastante para patrocinar tan lata empresa. Si llegásemos á hacer descubrimientos, sin la sancion adecuada, trabajaríamos para otros, sin seguridad en pró de nosotros mismos; pues que los Portugueses, ó un monarca cualquiera, nos defraudarian de nuestro galardón. Una voz interior me dice que estoy destinado para llevar á efecto tan vasta obra, y que esta deberá conducirse de un modo adaptado á la magestad del pensamiento y á la grandeza del designio. Y ahora Don Luis, fuerza es que nos separemos. Si mi solicitud tuviere buen éxito en la corte de Francia, recibíreis mi aviso, pues mi mejor deseo es que me sostengan corazones y brazos como los vuestros. Apesar de todo, guardaos por imprevision de perjudicar vuestras propias fortunas; tened presente que hoy en Castilla soy un hombre arruinado. Tal vez no os adelantaria en la opinion de la corte, si se supiese

que aun cultivábais mi amistad... sí; lo repito... fuerza es que nos separemos en este parage.

Aseguró Luis de Bobadilla á su amigo cuan indiferente le era lo que otros juzgasen de él; pero Colon, hombre de mayor esperiencia, quien tan superior se alzaba sobre las hablillas del vulgo en materias que tuviesen referencia á su propia persona, sentia una generosa repugnancia de permitir que el desprendido mancebo sacrificase sus esperanzas en obsequio de amistosas despreocupaciones á favor suyo. La despedida fué cordial, y el navegante sintió enardecerse el corazon al atestiguar las sinceras y honradas emociones que el noble mancebo no pudo reprimir al separarse. Sin embargo diéronse el último adios á una media legua de la ciudad, y cada uno dirigió su ruta en la direccion que le era propia, henchida de empacho el alma de Don Luis de Bobadilla, al considerar el perverso trato que era justo creer recibiera de la corte su amigo.

Prosiguió su camino Colon, absorto en pensamientos muy diferentes. Siete cansados años

habia espendido en solicitar á los monarcas y á los nobles de España á fin de que le auxiliasen en su empresa. Durante ese largo periodo, tanta penuria y bafa, cuanto desprecio y aun odio habia tolerado con paciencia, mas bien que abandonar la precaria acogida que habia alcanzado de unos pocos sujetos liberales y cultos en esta nacion. Trabajado habia para proporcionarse el pan cotidiano, mientras suplicaba á los grandes á fin de que consintiesen en lo que aun mas poderosos les haria, y cada vislumbre de esperanza, por muy débil que fuese su destello, habia sido saludada con alborozo, y cada desconcierto sufrido con una constancia que tan solo el espíritu mas puramente exaltado tolerar pudiera. Ahora empero exigíase de él sobrellevase con serenidad el mas oneroso de todos sus pesares. El celo de Isabela habia hecho despertar en el interior del heróico varon una confianza que por tantos años desconociera, y aguardaba la conclusion del asedio con la plácida dignidad que tan conforme estaba con su designio no ménos que con su filosofia escelsa. Llegado habia la ho-

ra anhelada del triunfo, pero esa trajo consigo la fatal destruccion de sus boyantes esperanzas. Creyera que sus motivos se habian comprendido, que su caracter estaba debidamente avaluado, que sus altos objetos se hallaban sentidos; pero velase ahora mirado todavia como un proyectista visionario, sospechadas sus intenciones, y menospreciados los servicios que á ofrecer se adelantára. En resumen, las brillantes anticipaciones, que por tantos años habian alentado sus tareas, se hallaban desvanecidas en un soplo, mientras el desconcierto era aun mas grave á causa de la efimera aunque ilusoria esperanza, pronunciada por el reciente patrocinio que le habia dispensado la reina.

Nada extraño es por consiguiente, que luego que se vió solo en el camino, hasta el espíritu de un varon tan animoso desfalleciese en su interior, y se hallára obligado á implorar el auxilio del poder mas escelso. Cayósele sobre el pecho la cabeza, y agitó sus miembros uno de aquellos amargos instantes, en que lo pasado y lo futuro se agolpan en el alma y producen la sensacion agonizadora

de no hallar sino angustias en los recuerdos, ni mas que desaliento en las esperanzas. El tiempo malgastado en España parecia un borron en su existencia, y luego acudia á su imaginacion la probabilidad de otra probatura dilatada y desfallecedora, que cual esta pudiese conducir á la nada. Ya habia llegado al lustro que iba á sellar el año sexagésimo de su vida, y su ser parecia deslizarse á prisa, mientras aun quedaba sin verificarse su grandioso objeto. Todavia empero le sostenia la enérgica resolucion del hombre. Ni una vez se le ocurrió prestarse á hacer rebaja de lo que estaba intimamente persuadido le pertenecia de derecho; ni una vez ofrecióse á su idea la mas leve duda acerca de lo practicable de llevar á cabo la augusta empresa de que se mofaban otros. Llenaba su alma el valor, aun mientras el pesar rebozaba en su pecho. «Hav un Dios, misericordioso y omnipotente!» esciamaba Colón alzando al Cielo la vista. «El sabe lo que conviene á su propia gloria, y en él deposito mi confianza.»—Siguióse una pausa, y el entusiasmo iluminó sus ojos, mientras una son-

risa, perceptible apenas, animaba el grave rostro del navegante, quien luego dijo estas palabras en voz sumisa.—«Si; señalar el tiempo pertenece á su inescrutable sabiduria! pero los infieles serán alumbrados, y el santo sepulcro redimido!»

Despues de esta efusion de sentimientos, aquel respetable varon, cuyos cabellos eran ya blancos como la nieve, por causa de trabajos, ansiedades y esposiciones, prosiguió en su ruta con la serena dignidad de quien creia que no era creado para nada, y confiaba en Dios para el cumplimiento de su destino. Si algun mal reprimido sollozo se le escapaba del pecho por intervalos, no por eso anublaba la placidez de su venerable rostro; y si la pesadumbre y la frustracion aun gravitaban en su alma, posábanse en una base que era bastante consistente para sufrirlas. Dejando que siga Colon el camino ordinario de herradura á través de la vega, volveremos ahora á Santa Fé, donde Fernando é Isabela habian establecido su corte, despues de los primeros dias que sucedieron á la toma de posesion de su nueva conquista.

Luis de San Angel era un hombre de sensaciones ardientes y de impulsos generosos. Era uno de aquellos pocos espíritus privilegiados que viven con anticipacion á su época, y que permiten que á su razon ilumine y alegre la fantasia. sin dejar emperó que se deslumbre con ella. Como él y su amigo Alonso de Quintanilla, despues de separarse de Colon, cual va se ha manifestado, se encaminasen hácia el pabellon régio, hablaban francamente juntos respecto á aquel hombre, sus conceptos vastos, el tratamiento que habia recibido y la vergüenza que de resultas caeria sobre la España, si asi se le permitiese ausentarse para no volver. El receptor de las rentas eclesiásticas, muy brusco de lenguaje, no puso coto á sus espresiones; la menor silaba de las cuales encontraba eco en el corazon del contador general, quien era un antiguo amigo del navegante. En fin, para cuando hubieron llegado al pabellon, estaban conformes en hacer un enérgico esfuerzo, á fin de inducir á la reina á acceder á las proposiciones de Colon, y traerle de vuelta á su régia presencia.

El acceso á Isabela era siempre fácil para aquellos de sus servidores, que ella conocia por honrados y leales. El siglo en cuestion era el de las formalidades, y en muchos puntos el de las exageraciones, al paso que aquella corte se hacia célebre por su adhesion al etiquetero ceremonial; pero el espíritu de pureza, que alentaba á la reina, difundia en torno de ella cierta aureola de verdad y de gracias naturales, que comprendia á todos sus dependientes, haciendo que las meras formas, escepto en cuanto tenian connexion con la delicadeza y el decoro, fuesen completamente inútiles y á la verdad impracticables. Ambos pretendientes á la entrevista gozaban su favor, y concedióse la solicitud de audiencia con la sencilla y directa vénia que aquella muger amabilísima se complacia en facilitar, siempre que juzgaba pudiera servir de complacencia á las personas que su aprecio distinguia.

Hallábase rodeada la reina del corto número de damas, entre las cuales vivia en el retiro de su gabinete, cuando entraron en él Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla.

Entre aquellas por consiguiente veíase á la marquesa de Moya y á Doña Mercedes de Valverde. El rey, en esta ocasion, estaba en un despacho contíguo, trabajando como de costumbre en redactar órdenes y cerner cálculos. El trabajo oficial servia de relajacion á Don Fernando, y jamas se le veia mas contento que cuando despachaba un cúmulo de negociados, que la mayor parte de los hombres habria tenido por tarea gravosa. Era el monarca un héroe en el arzon, un guerrero al frente de sus egércitos, un sabio en el consejo, y respetable, si no grande, en todas las cosas, escepto en sus motivos.

—¿Qué solicitud ha traido al Señor San Angel y al señor Quintanilla tan de mañana á mi presencia? preguntó Isabel sonriéndose, como para asegurarles de que su pretension seria dirigida á quien la acogeria con parcialidad.—Rara vez os he visto mendigar favores, y tampoco esta hora es la mas adecuada.

—Todas las horas son adecuadas, escelsa Señora, cuando se viene á *conferir*⁵⁸ gracias, no á *solicitarlas*; repuso con adustez Luis de

58. Las dos palabras en cursiva también en el original.

San Angel. No venimos aquí á pretender para nosotros, sino á mostrar á Vuestra Alteza de que modo la corona de Castilla puede guarnecerse con joyas mas preciosas de las que posee en la actualidad.

Sorprendióse Isabel, tanto con las palabras del locutor y su precipitada vehemencia, cuanto con la libertad de sus espresiones... Acostumbrada, sin embargo, en cierto modo á esta última, no padeció sobresalto su serenidad, y ni aun dió muestras de hallarse ofendida.

—¿Tiene el moro acaso otro reino de que se le despoje? preguntó ella, ¿ó pretende quizas el receptor de la iglesia que guerreemos contra la santa sede?

—Pretendo, señora, hacer que Vuestra Alteza acepte las dádivas que vienen de Dios, con gozo y gratitud, y no las deseche con desagrado, replicó San Angel, besando la mano que le tendia la reina, con un respeto y afecto que neutralizaban la aspereza de sus dichos.—¿Sabeis, áugusta amia, que Cristóval Colon, aquel de cuyos elevados proyectos tanto nos prometiamos

los Españoles, ha montado en su mula, y ausentándose de Santa Fé?

—Eso lo esperaba yo, aunque desconocía que se hubiese verificado ya. El rey y yo confiamos el asunto al arzobispo de Granada, á fin de que lo examinase en union de otros graves consejeros, y estos hallaron exorbitantes las proposiciones del Genovés; ó por decir mejor tan llenas de escesiva y arrogante estravagancia, que mal convenia á nuestra dignidad, y mal á nuestro deber para con nosotros mismos, el concedérselas. El que idea un proyecto de tan dudosa ventura, deberia manifestar alguna moderacion en sus preliminares. Aun no faltan quienes crean que ese hombre es un visionario.

—No es probable, señora, que un pretendiente indigno abandonase sus esperanzas antes que hacer rebaja de su dignidad: ese navegante conoce que está tratando de imperios, y negocia como quien está convencido de la importancia del asunto en cuestion.

—Quien no se avalua á si mismo altamente en materias graves es muy justo que espere hallarse en liviana estimacion para con

los demas; se atrevió á interponer Alonso de Quintanilla.

—Y á mayor abundamiento, escelsa y amadisima Señora, añadió San Angel, sin permitir que la reina hablase,—el carácter de ese hombre y el alto importe de sus intenciones pueden justipreciarse por la valia en que tasa sus propios servicios. Si el buen éxito los coronase, ¿no eclipsarian sus descubrimientos cuantos se han verificado desde la creacion del mundo? ¿No es nada navegar al rededor del globo, hacer patente la sabiduria de Dios, en virtud de experimentos materiales, seguir al sol en su carrera diurna, é imitar los movimientos de esa luz que tan gloriosa se mueve? ¿Y luego los beneficios que afluirán sobre Castilla y Aragon pueden acaso calcularse? Maravíllome que una princesa, que en todas las demas ocasiones ha manifestado un espíritu tan escelso y peculiar, se retraiga ahora de cooperar á una empresa tan grandiosa!

—Sois muy exaltado, buen San Angel, contestó Isabela con una sonrisa que alejaba toda idea de enfado; y cuando existe tal exal-

tacion suele haber mucha falta de cálculo. ¿Si del éxito favorable dependen el honor y el provecho, qué no dependerá de un resultado impropicio? Si el rey y yo enviásemos á Cölon nuestros despachos como virey perpetuo de los países que descubriera, y no llegase á descubrir país alguno, pudiera muy bien esponerse á justa crítica la sabiduria de nuestros consejos, y quedar inútil aunque profundamente comprometida la dignidad de entrambas coronas.

—Traslúcese en esto, señora, la mano del arzobispo. Jamás ese prelado ha creído en la justicia de las teorías del navegante, y fácil es suscitar objeciones cuando los sentimientos estan dirigidos á que aborte un proyecto. La gloria no se consiguió nunca sin correr algun riesgo. Vuelva la vista Vuestra Alteza á nuestros vecinos los Portugueses! ¿cuánto no han ensalzado ese reino los descubrimientos, y cuanto mas no nos ensalzarian á nosotros? Bien sabemos, escelsa amia, que la tierra es redonda.—

—¿Y está averiguado ese hecho importante? preguntó el rey, quien atraído por los ani-

mados é inusuales tonos del locutor, habia salido de su gabinete, y aproximádose sin ser visto. ¿Se ha admitido esa teoria? Nuestros doctores de Salamanca estuvieron divididos sobre esa gran cuestion, y por San Diego que yo tampoco la veo muy clara!

—¿Si no es redonda, Señor Rey, contestó San Angel volviendo caras velozmente para recibir á su nuevo adversario, cual bien disciplinado tercio cambiando su frente de batalla—¿de que otra forma puede ser? ¿Podrá ningún doctor, aunque venga de Salamanca, ó de cualquier otro punto, sostener que la tierra tiene bordes, y que puede un hombre asomarse á ellos y dar un salto hasta el Sol, cuando este astro glorioso pasa por debajo durante la noche? ¿es esto razonable, ó comitente con las santas escrituras?

—¿Y podrá un doctor de Salamanca ó de otra parte—repuso el rey con gravedad, aunque era evidente que sus sentimientos se interesaban muy poco en la discusion—alegar que existen naciones que andan con la cabeza para abajo, y donde llueva hácia arriba, y permanezca la mar tranquila en su lecho,

aunque tenga este encima, y deba su único sosten al ambiente?

—No es á fin de dar solucion á esos grandes problemas, señor Don Fernando, que me intereso en el viage de Colon. Podemos ver, muy venerando amo mio, y mas diré, tenemos demostraciones de que la tierra es una esfera, y sin embargo, no advertimos que las aguas se desprendan y caigan de ninguno de sus puntos. El casco de un bajel es mayor que la estremidad de sus mástiles, y á pesar de eso, los últimos se ven primero en el océano; lo que prueba que el cuerpo de la nao queda oculto en virtud de la forma de las aguas. Siendo esto así, ¿cual saben que lo es cuantos han viajado por los mares, ¿por qué motivo no forman las aguas un nivel aqui mismo en nuestras propias costas? Si el mundo es redondo, medios habrá de rodearlo por mar así como por tierra, y de completar una jornada entera así como una parcial. Propónese Colon abrir el camino para esta empresa, y el monarca que facilite los medios vivirá en la memoria de nuestros descendientes, como mas digno de renombre que el con-

quistador mas afamado. Acordaos, pues, excelso señor, que todo el oriente está poblado de infieles, y que el supremo gefe de la iglesia concede libremente sus dominios á cualquier príncipe cristiano que consiga sacarlos de su estado de obcecacion, para encaminarlos á la luz del favor divino. Creedme, Doña Isabela, si algun otro soberano llegára á otorgar las condiciones que Colon solicita, y alcanzase los beneficios que es probable emanen de tantos descubrimientos, los enemigos de la España harian resonar el mundo con sus cánticos de triunfo, mientras la península entera lloraria para siempre esta infortunada decision.

—¿Y á donde ha marchado Colon? preguntó el rey con celeridad, pues todos sus celos políticos se habian escitado momentáneamente con las observaciones del receptor general. ¿No habrá vuelto á la corte de Dom Joao de Portugal?

—No señor y amo mio; sino á la del rey Luis de Francia, cuyo amor al Aragón es casi proverbial.

Murmuró el rey algunas palabras, mien-

tras con pasos descompuestos media la habitacion, porque mientras ningun hombre en este mundo estaba menos dispuesto que él á aventurar sus medios, sin la perspectiva de un segurísimo reembolso, la idea de que otro alcanzase una ventaja, que él mismo despreciado hubiese, le sugetaba desde luego al alvedrio de las únicas sensaciones que ejercieran influjo sobre su fria y calculadora política. Respecto á Isabela el caso era distinto. Sus piadosos deseos habianse inclinado constantemente hácia la verificacion de los proyectos del navegante, y su generosa naturaleza habia simpatizado hasta lo íntimo con sus nobles ideas, vastas resultas morales, y estensa gloria de la empresa. Tan solo por haber ocupado sus mientes de tal manera, así como sus aspiraciones religiosas, la guerra de Granada, habiase visto impedida la princesa de interesarse mas precozmente en el pleno exámen de las miras de Colon, y habia cedido á los consejos de su confesor para que negase los términos que el Genovés solicitaba, con una repugnancia que no le fuera fácil restringir. Luego ejercian en ella su in-

flujo las sensaciones mas blandas de su sexo, pues mientras reflexionaba en el asunto que á su decision acababa de someterse, su vista discurria en torno del cuarto, y posábase en el rostro hechicero de Mercedes, quien permanecia callada por pura cortedad; pero cuyas pálidas y elocuentes facciones dejaban traslucirse todas las ansias deprecadoras del amor entusiástico de una muger.

—Hija Marquesa, preguntó la reina, volviéndose como de costumbre en sus dudas, hacia su bien probada confidente: ¿cual es tu opinion sobre esta ponderosa materia? ¿Debemos humillarnos hasta el punto de solicitar que vuelva ese altanero Genovés?

—No digais altanero, señora: pues paréceme superior á semejante debilidad; antes bien le considero como á quien tiene un justo aprecio de lo que trae entre manos. Convengo en un todo con el receptor general en creer que mucho descrédito caerá sobre Castilla, toda vez que se llegare á descubrir un nuevo mundo, y que los favorecedores de esta empresa señalarian con el dedo á esta corte, recordándole que tuvo en sus manos la glo-

ria del suceso, y que la desechó con desacierto imperdonable.

—Y solo por una quisquilla de vanos honores, Señora, interpuso Luis de S. Angel; por una cuestion de pergaminos y de bambolla.

—No tanto, no, replicó la reina; no faltan quienes crean que los honores pretendidos por Colon escederian en mucho al servicio que prestase, aun cuando este último fuese igual á sus esperanzas mas halagüeñas.

—Entonces, escelsa ama mia, ignoran esos las miras de Colon. Reflexionad, señora, que no será una hazaña adocenada para probar que la tierra es una esfera, en virtud de medida material, aunque ya asaz nos consiente por teorías. Luego vienen la opulencia y beneficios de aquellas posesiones orientales, punto del orbe de donde emanan todas las riquezas... de allí, las perlas, de allí las especias, de allí los metales mas preciosos. Despues de estos, ó mas bien antes que nada, viene la grande gloria de Dios que todo lo corona y sobrepuja!

Santiguóse Isabela, encendiéronseles las

megillas, ilumináronsele los ojos, mientras su forma amatronada, aunque siempre hermosa, parecía erguirse con la magestad de las sensaciones que semejante cuadro creara.

—Mucho recelo, Don Fernando, dijo la princesa, que nuestros consejeros hayan obrado con precipitación, y que la magnitud de este proyecto pueda justificar unas condiciones mas que comunes.

El rey empero participó muy poco de las emociones generosas de su consorte régia; pues sentia mas á lo vivo el aguijon de los celos políticos que ningun estímulo de celo liberal por la iglesia ni por las ciencias. Tentábasele generalmente en el concepto de un príncipe sabio; de cuyo título no podría inferirse por cierto que fuese generoso ni justo. Sonrióse al notar cual cogía fuego el entusiasmo de su esposa, y prosiguió leyendo un papel que acababa de entregarle un secretario.

—Vuestra Alteza siente cual sentir debe Doña Isabela de Castilla, cuando se trata de la gloria de Dios y del honor de su corona, añadió Beatriz de Cabrera, usando aquella

libertad de discurso que tanto alentaba su régia señora en sus relaciones mas privadas.—Preferiria veros pronunciar las palabras que ordenasen la vuelta de Colon á Santa Fé, á escuchar de nuevo los vitorres de nuestro último triunfo sobre el Alarbe.⁵⁹

—Sé que mucho me amas, Beatriz, exclamó la reina, y si en ese pecho tuyo no late un corazón leal, no le es permitido á la especie humana, en su estado de decadencia, hacer alarde de poseer joya tan rica.

—Todos amamos y reverenciamos á Vuestra Alteza, prosiguió San Angel, y solo apetecemos su gloria. Imaginaos, señora, que ante vos yace abierto el gran libro de la historia, y esta vasta proeza de la reducción del Moro, seguida de la hazaña aun mayor del descubrimiento de una fácil y pronta comunicación con las Indias, de la propagación del culto divino, y de la afluencia de inagotables tesoros para España. Ese Colon desdeña verse sostenido por los frios é interesados cálculos del hombre; pero su empresa misma busca el sosten mas generoso de aquella á quien mucho place arriesgarse en pró de la gloria de

59. *Over the Moor* (TO, I-128). Alarbe = árabe en el diccionario de la Real Academia (1837).

Dios y del bien de su iglesia.

—Vamos, San Angel, con un mismo aliento me lisongeis y zaheris.

—Estas espresiones provienen de un carácter honrado que dá suelta á sí mismo por culpa de su desconcierto, amadísima señora, y de una lengua que se ha vuelto atrevida á causa de su mucho celo por la fama de Vuestra Alteza. Ay! y mil veces ay! si llegase el rey Luis á conceder los términos que hemos rehusado, no volverá la pobre España á levantar la cabeza de pura vergüenza.

—¿Estais cierto, San Angel, de que se haya encaminado á Francia el Genovés? preguntó el rey súbitamente, con su voz imperante y aguda.

—Lo sé de sus propios labios, señor; sí, sí; en este instante está procurando olvidar nuestro idioma castellano y amoldar su lengua al dialecto del Francés. Fanáticos son y casquivanos discípulos de rancias preocupaciones cuantos niegan las teorías de Colón. Los antiguos filósofos han raciocinado de igual manera, y aunque á los tímidos parecer pudiere audaz y hasta temeraria aven-

tura soltar las velas por el anchuroso Atlántico, si el osado Portugues no lo hubiese hecho, jamas habria hallado las islas que le ensoberbecen tanto. Vive Dios! que siéntome hervir la sangre, al considerar lo que esos Lusitanos hayan acometido, mientras nosotros los de Aragon y Castilla hemos estado lidiando con el Moro por unos cuantos valles y alcóceres, y en cruda lucha por la toma de posesion de una capital!

—Señor, os olvidais de la honra de los soberanos, asi como tambien del servicio de Dios! interrumpió la marquesa de Moya, cuyo era el delicado tacto de conocer que el receptor general iba perdiendo de vista su discrecion, arrebatado de la magnitud de su celo. Esta conquista es una de las victorias de la iglesia, y añadirá lustre á las dos coronas en todos los años futuros. La cabeza de la iglesia misma lo ha reconocido asi, y todo buen cristiano deberá atribuirle semejante carácter.

—No es que yo pretenda rebajar el mérito de esta hazaña, Doña Beatriz; solo he hablado con referencia á la conquista de tantos

millones de almas que es probable llegue á verificar Colon.

La marquesa, cuyo espíritu era tan agudo como sincero su amor hácia la reina, le dió una réplica cortante, y por algunos momentos ella, Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla sostuvieron la discusion entre sí, mientras Isabela conversaba con su esposo, sin que los que se encontraban presentes osaran mezclarse en su conferencia privada. La reina parecia hablar con teson y ballarse en extremo escitada, pero Fernando mantenía su acostumbrada frialdad y cautela, aunque sus maneras estuviesen señaladas con aquel respeto profundo que desde muy temprano inspirádole habia el carácter de Isabela, y que esta consiguió conservar durante todo el discurso de su vida. Este era un cuadro bien familiar para los cortesanos; pues uno de aquellos personajes regios era tan notable por su ladina prudencia, como el otro por su generoso y sincero ardor, siempre que un digno motivo le impeliese. Este aislado coloquio duró media hora; de cuando en cuando hacia una pausa la reina á fin de es-

cuchar lo que en el otro grupo se decia, y retornaba luego á sus propios argumentos para con su marido.

Al fin dejó Isabela á Fernando, quien con la mayor indiferencia volvió á dedicarse á la lectura del papel; y la reina se dirigió con pasos lentos hacia el escitado círculo, que se hallaba ahora unánime, y algo vocinglero en la espresion de lo que lamentaba—vocinglero diremos, aun mas de lo que permitia la indulgencia de una señora tan tolerante. La intencion de la princesa, sin embargo, de reprimir este ardor con su presencia, fué por un instante distraida de su objeto por una mirada al rostro de Mercedes, quien, separada de los demás, y con su labor abandonada en la falda, escuchaba anhelosa las opiniones que habian atraído á sus compañeras á formar parte en el corro general.

—Tu no tomas cartas en esta acalorada discusion, hija mia; observó la reina, deteniéndose delante de la silla de nuestra heroína, y fijando la vista por un momento en su rostro, donde la espresion mas elocuente se pintaba. ¿Has perdido todo tu interés hacia Colon?

—No hablo, señora; porque bien está á la juventud é ignorancia ser modesta; pero, aunque callo, no por eso de *sentir*⁶⁰ tanto como los demás.

—¿Y que es lo que sientes hija mia? ¿crees que los servicios de ese Genovés no pueden comprarse á un precio demasiado alto?

—Ya que Vuestra Alteza me dispensa esta honra, contestó la amable doncella, mientras el rubor carminaba gradualmente su pálido rostro, al encenderse su alma con tan escelso asunto—no vacilaré en hablar. Creo verazmente que esta gloriosa empresa ha sido ofrecida á los soberanos como recompensa de cuanto han hecho y sufrido por la iglesia y por su divino culto. Creo que una mano omnipotente ha guiado á esta corte á Colon, y que la misma le ha mantenido en ella y hecho que sucumba á siete años de servidumbre prolongada, mas bien que abandonar su proyecto; y creo por fin que esta última apelacion en favor suyo viene de un espíritu oculto que triunfar debiera.

—Eres una entusiasta, hija mia, y especialmente en esta causa, repuso la reina,

sonriéndose con bondad al notar el rubor que cubria la cara de Mercedes. Tus deseos me impulsan sobremanera á interesarme en este designio.

Así habló Isabela, en un momento en que no tenia lugar, ni se le ocurria, la idea de analizar sus propias sensaciones. Sin embargo hasta esta pasajera emocion de los afectos femeniles contribuyó á dar á su alma una nueva prevencion, y juntóse al grupo, que se abrió con el mayor respeto para acogerla, dispuesta sobremanera á ceder á las súplicas de S. Angel, bien intencionadas á par que algo bruscas. Aun vacilaba á pesar de todo la princesa; porque su cauto marido le había recordado lo muy exhausto que ambas tesoreras se hallaban á la sazón, y el estado de penuria en que había dejado á las dos coronas la reciente guerra.

—Hija Marquesa, dijo Isabel, correspondiendo de paso á las reverencias que le hicieron los del círculo, ¿crees con todas veras que ese Colon sea designado por Dios mismo, para el cumplimiento de los altos propósitos de que hace alarde?

—Señora, no diré tanto exactamente; aunque sospecho que el Genovés tenga de sí mismo semejante opinion. Pero lo creo hasta el punto de asegurar que el cielo se acuerda de sus fieles servidores, y cuando necesita acciones importantes, elige para la obra adecuados agentes. Ahora, bien sabemos que la iglesia, en algun dia, habrá de enseñorearse del mundo entero; ¿y por qué no ha de ser el actual, así como otro el señalado? Dios ordena las cosas misteriosamente, y hasta la aventura que á tantos sabios sirve hoy de befa, puede estar destinada á apresurar la victoria de nuestra santa religion. Debemos acordarnos, señora, de la humildad con que empezó esta iglesia; cuan pocos hombres sabios en apariencia le prestaron ayuda, y del alto punto de gloria á que ha llegado. Esta conquista del Moro tiene indicios de haberse cumplido alguna época milagrosa, y tal vez el término de su reinado de siete siglos pueda ser la aurora de un dia de gloria mas magnifico y lato.

Sonrióse Isabel al oír los propósitos de su amiga, pues que correspondian con los que sus

propios y secretos pensamientos le indicaban; pero sus luces superiores la hacian mas juiciosa en su entusiasmo que lo era la sincera y ardiente Marquesa.

—No parece cuerdo fijar el sello de la Providencia á este ó esotro designio, hija, contestó la princesa; y solo á la iglesia corresponde señalar las cosas que se reservan para los milagros, y las que se dejan para el humano esfuerzo. ¿Qué cantidad de dinero, señor San Angel, necesita Colon para llevar á cabo la aventura, de modo que queden satisfechas sus urgencias?

—Solo pide dos ligeras caravelas, señora, y tres mil pesos...⁶¹ cantidad que muchos de nuestros jóvenes pródigos malgastarian en sus placeres en unas pocas semanas.

—No es eso mucho en verdad, observó Isabela, que hacia rato iba animándose con la idea de lo noble de semejante proyecto; mas, mezquino como lo es, duda el rey mi señor que nuestras conjuntas cajas en este momento puedan abastecer el pedido.

—Oh! lástima fuera que semejante ocasion de servir al Altísimo, semejante oportu-

tunidad de ensanchar el poderío cristiano, y de añadir á las glorias de España, se perdiese por cantidad tan frívola de oro! exclamó Doña Beatriz.

—Y lo sería en efecto, repuso la reina, cuyas mejillas resplandecían ahora con un entusiasmo poco menos óbvio que el que tan brillante carminaba el rostro de la fogosa Mercedes—Sr. de San Angel, no es posible conseguir que el rey entre en este negocio, á favor de Aragon; pero yo lo emprendo bajo mi propio riesgo, como Reina de Castilla, y en cuanto pueda servir de adelantamiento para los intereses cristianos, en beneficio de mi muy amado pueblo. Si el tesoro real se encuentra exhausto, mis joyas privadas bastarán para cubrir la corta suma que se pide; y yo las empeñaré francamente como seguridad del oro, mas bien que permitir se ausente Colon sin llevar hasta la prueba la veracidad de sus teorías. Y por cierto que las resultas son de tamaña magnitud que el asunto no necesita de ulterior debate.

Una exclamacion de sorpresa y delcrite se escapó de los labios de todos los que pre-

sentés se hallaban, pues era cosa nada común ver á una princesa despojarse de sus adornos personales para adelantar los intereses de la iglesia ó los de sus súbditos. El receptor general, sin embargo, allanó la dificultad respecto al suministro de fondos, diciendo que sus cajas anticiparian la cantidad necesaria, bajo la garantía de la corona de Castilla, y que las joyas ofrecidas con tanto desprendimiento podrian permanecer en la custodia de su regia dueña.

—¿Y ahora como conseguiremos que vuelva Colon? observó la reina luego que estos preliminares se hubieron discutido. Ha rato que está en marcha, y no hay tiempo que perder para avisarle de estas nuevas determinaciones.

—Aqui tiene Vuestra Alteza un correo bien voluntario, y ya en trage de camino, en la persona de Don Luis de Bobadilla, dijo el contador general, cuyos ojos habia atraído hácia una de las ventanas el ruido de las herraduras de un caballo—no se hallará hombre en Santa Fé que mas gozoso se preste á llevar esta nueva al navegante.

—Tal servicio no es del todo adecuado para que lo desempeñe un hombre de rango tan distinguido—contestó Isabela vacilante: y á pesar de eso debemos considerar que cada momento de tardanza es un nuevo perjuicio para Colon.

—Nada señora, no tengais miramiento por mi sobrino, interpuso Doña Beatriz con ansiedad: demasiado dichoso habrá de considerarse en que le emplee vuestra Alteza para el cumplimiento de su voluntad.

—Que le llamen pues á mi presencia, sin demora ninguna. ¿De qué sirve mi decision mientras el principal personage de esta noble aventura se halla cada minuto mas distante de la corte?

Despachóse inmediatamente á un page en busca del jóven noble, y pocos minutos despues oyéronse en el aposento las pisadas de D. Luis. Entró el hidalgo, encendidas las megillas y visiblemente escitado, mientras sus sensaciones agitaba sobremanera la idea de la perentoria partida de su amigo. No dejó de achacar la culpa de esta ocurrencia á los que tenian poder para estorbarla, y cuando sus

ojos negros y espresivos se fijaron en el rostro de su soberana, si hubiera estado al alcance de esta leer en ellos, habria comprendido que el jóven la consideraba como á una persona que en mas de una ocasion habia deshecho sus esperanzas mas halagüeñas. Sin embargo, la influencia del carácter puro de Doña Isabel, y sus suaves maneras eran rara vez olvidada por aquellos á quienes se permitia acercarse á su persona. Así es que el saludo del jóven noble fué respetuoso, cuando no espresivo.

—¿Es el placer de Vuestra Magestad dispensarme algun mandato? dijo el jóven tan luego como hubo hecho á la reina el acatamiento de uso.

—Os agradezco vuestra pronta obediencia, D. Luis; pues en efecto necesito empleados en una comision: ¿podeis decirnos que se ha hecho del Sr. Cristobal Colon, aquel navegante genovés, con quien, segun me han informado, teneis relaciones muy íntimas?

—Perdonadme, Señora, si algo no del todo conveniente se me escapare de los labios; pero cuando el corazon está lleno preciso es

desocuparlo para que no estalle. El Genovés se halla próximo á sacudir de sus sandalias el polvo de España, y en este momento endereza su viage hacia otra corte, á fin de ofrecer á un monarca estrangero unos servicios que los nuestros jamás deberian haber dèsechado.

—Bien se echa de ver, D. Luis, que no habeis pasado mucha parte de vuestros ocios en la corte, replicó sonriéndose la reina; pero ahora tengo empleo para vuestra disposicion vagamunda. Montad á caballo, y dad alcance á Colon, á fin de participarle la nueva de que estan admitidas sus condiciones, y añadidle mi súplica de que vuelva al instante.

—Señora!... Doña Isabel!... reina bondadosa y escelsa! ¿he oido á derechas lo que Vuestra Alteza me dice?...

—Para señal de que vuestros sentidos no os engañan, D. Luis, aqui teneis mi mano en prenda.

Dijose esto con el mas dulce cariño, y la benigna manera con que la regia mano fué ofrecida transmitió un destello de esperanza al alma del amador, que no habia experimenta-

do desde que le insinuaran que era preciso asegurarse del aprecio de la reina para conseguir su felicidad. Doblando la rodilla con respeto, besó la mano de la reina; despues de lo cual, sin variar de actitud suplicó saber si debería partir al momento para cumplir la comision que su Alteza habia mencionado.

—Alzaos, D. Luis, y no perdais un instante á fin de aliviar el abrumado corazon del Genovés—casi podria añadir para solazar tambien el nuestro; pues que, hija marquesa, desde que este santo designio se desarrolló en mi ánima con una luz repentina y casi milagrosa, pareceme que ha de oprimir mi pecho una montaña hasta que averigüe la verdad el señor Colon.

Luis de Bobadilla no aguardó un segundo mandato; mas retiróse de la regia presencia, con la precipitacion que la etiqueta lo permitia, y al siguiente minuto estaba ya en el arzon.

Al presentarse en el aposento su amante habiase escurrido Mercedes al hueco de una ventana, desde donde ahora, por buena fe-

tuna, tenía la joven una completa vista del estenso patio. En el acto de ganar la silla, atisvóla D. Luis, y aun cuando ya las espuelas estaban en los hijares de su caballo, acortó la brida, y el resoplante animal quedó derribado sobre su cuarto trasero. Tan elásticos son los sentimientos de la juventud, tan alhagüañas y magnéticas las esperanzas de los que aman, que las miradas que trocaron aquellos dos jóvenes fueron las de una mútua delicia; á ninguno de los dos se le ocurrió en aquel instante el desesperado acaso del resuelto viage, la probabilidad de su aciago éxito, ni los muchos motivos que pudieran inducir á la reina á prolongar la época de su consentimiento para el anhelado enlace. Mercedes fué quien primero sacudió su éxtasis momentáneo; pues alarmándose con la indiscreta demora de Luis, hizole presurosa una seña con la mano á fin de que alojase la brida. Otra vez los acicates se enterraron en los hijares del noble bruto, cuyos herrados cascós hicieron saltar del pavimento mil chispas de fuego, y al próximo instante ginete y corcel habian desaparecido del todo.

Entretanto habia proseguido Colon su melancólico viage á través de la vega. Caminaba con lentitud, y muchas veces, despues que su compañero le dejara, habia refrenado su mula, y sumido en tristes pensamientos con la cabeza sobre el seno caida, representaba el mismísimo emblema del pesar. La noble resignacion que habia manifestado en público, le amilanó enteramente en la soledad, y sentia su alma cuan duro le era sufrir sus desconciertos con entereza. Viajando en tan congojosa guisa habia ya llegado al célebre punto del puente de Piños, escena de muchos y sangrientos combates, cuando hirió por primera vez sus oídos el estruendo de las herraduras de un caballo. Volviendo la cabeza, reconoció á Don Luis de Bobadilla que venia á escape en su seguimiento, con los hijares de su caballo bañados en sangre y el pecho del animal blanco de espuma.

—Sea enhorabuena! mil veces enhorabuena, señor Colon! vociferó el agitado mancebo, aún antes que estuviese bastanté cerca para que le oyera con claridad el navegante. Loada sea la virgen santísima! enhorabuena!

Señor, enhorabuena! y regocijo!

—No esperaba yo esto, Don Luis! exclamó el navegante: á que venis?

Procuró ahora el hidalgo explicar su misión; pero su ansia y falta de aliento le trastornaron las ideas, é hicieron su habla quebrada y confusa:

—¿Y á que he de volver yo á una corte vacilante, suspicaz y fria? preguntó Colon, ¿No he malgastado años enteros en procurar encaminarla á su propio beneficio? Reparad en estos cabellos, jóven noble, y acordaos que he perdido un tiempo casi igual al que contais de vida, en esforzarme para hacer patente á los que rigen los privilegiados destinos de esta península, que mi proyecto tiene por base la verdad.

—Al fin habeis ganado el pleito. Isabela, la verídica y sincera reina de los dominios castellanos, ha llegado á convencerse de la importancia de vuestros designios, y empeña su real palabra para patrocinarlos.

—Será posible! ¡y es cuál lo manifestais, señor Don Luis?

—Me envian á vos espresamente, á fin de

que apresure vuestro inmediato retorno.

—¿Y quien os manda, jóven hidalgo?

—Doña Isabela misma, mi muy escelsa señora, y vengo en virtud de sus propios y personales mandatos.

—Sábeis que no puedo rebajar un ápice de mis condiciones?

—Tampoco se espera que lo hagais. Nuestra excelente y generosa reina os concede cuanto pedis, y segun he sabido, se ha prestado noblemente á empeñar las alhajas de su privada pertenencia, antes de permitir que la empresa se frustrase.

Profundamente conmovido Colon al oír esta última nueva, se ocultó con el birretelos ojos por un instante, cual si se avergonzara de manifestar la ternura que le derretía. Al descubrir el rostro, iluminábalo la felicidad, y toda duda parecia haberse borrado de él. Largos años de padecimiento quedaron olvidados en aquel instante de gozo, y el navegante manifestó sin demora á su amigo que se hallaba dispuesto á acompañarle de regreso á la corte de Santa Fé.

CAPITULO IX.

¡Cual nos hechiza el Genio á que acompaña
La Santidad. Cuan dulces y divinas
Son ay! del arpa terrenal las notas,
Cuyas cuerdas recorre con dolida
De la dulce Piedad la mano blanda,
Que de la Religion en la ara amiga
La cuelga en pos, mientras que allí vibrando
En los oídos de Dios solemne trina. 62
JUAN WILSON.

RECIBIERON á Colon sus amigos Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla, con una satisfaccion que carecian de espresiones para manifestar. Hacianse lenguas de los favores que á Isabela adeudaban, y añadieron á las seguranzas de Don Luis tantas pruebas de la sinceridad de la régia palabra, que disiparon

285

todas las dudas del alma de Colon, quien sin demora fué introducido á presencia de la reina.

—Señor Colon,⁶³dijole la princesa, mientras este avanzando se arrodillaba á sus pies, seais muy bien venido, una vez mas. Todas nuestras desavenencias han terminado y en adelante confio que obraremos con unida voluntad, á fin de dirigirnos á un mismo y grandioso objeto. Alzaos, y recibid esta ofrenda de mi patrocinio y amistad.

Besó Colon la mano ofrecida, y púsose en pie. En aquel instante quizá, no habia nadie presente, cuyas sensaciones no estuviesen henchidas con la esperanza; porque fué una peculiaridad intimamente adherida al origen y egecucion de aquella grande empresa, que despues de haberse planteado el proyecto y seguido el pretension, entre befas, y dudas, y desaires, se acogiera repentinamente con un interés harto parecido al entusiasmo.

—Señora,⁶⁴contestó Colon, cuyo grave aspecto y noble semblante no contribuian en leve manera al adelanto de sus miras.— Señora, mi corazon os agradece esta

62. Fragmento del poema *Lines sacred to the Memory of the Rev. James Grahame, author of "The Sabbath"* (1811) del poeta escocés John Wilson.

63. En español en el original.

64. En español en el original.

bondad,—tan grata, porque muy poco la esperaba esta mañana misma.... de Dios recibireis la recompensa. Grandes cosas en reserva tenemos, y sinceramente deseo que todos nos hallemos dispuestos al cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones. Espero que el rey mi señor no negará á mi empresa el apoyo de su escelso patrocinio.

—Sois un servidor de Castilla, aunque poco ó nada hacemos nunca por este reino, sin la aprobacion y consentimiento del Monarca de Aragon. Don Fernando está ya de nuestra parte, aunque su cautela superior y mas profunda sabiduría, no abrazaron el proyecto con tanta presteza como lo hicieron desde luego la fé de una muger y sus esperanzas.

—No pido sabiduria mas escelsa ni fé mas intrínseca, que las de Doña Isabel; repuso el navegante con dignidad tan grave, que tornó tanto mas agradable el cumplimiento, al darle todos los visos de la sinceridad.— La bien conocida prudencia de Vuestra Alteza me escudará de la mofa de los ociosos y casquivanos, mientras coloco todas mis esperanzas en su palabra régia. En adelante, y

espero que para siempre, soy vasallo y siervo de la reina de Castilla.

Conmovió profundamente á la princesa el aire de altiva verdad que elevaba los pensamientos y maneras del locutor. Hasta entonces, rara vez habia visto al navegador, y nunca anteriormente en circunstancias que la facultasen á sentir tan de veras la influencia de su porte y talante. Carecia Colon de aquel pulimento de modales que se pretende solo pueden dar las cortes, y que seria mas justo suponer fuese propiedad de los que consagran sus vidas al arte de complacer; pero el carácter de aquel hombre se traslucia en su exterior, y respecto á su persona, todo cuanto pudiera hacerla recomendable el artificial doctrinamiento no habria igualado al noble aspecto de la naturaleza, animado con altas aspiraciones. A una imperante estatura, y á una gravedad realzada por lo sublime de sus propósitos, añadía Colon el plácido ahinco de un entusiasmo profundamente arraigado y que prestaba su colorido á todos los pensamientos del navegante, y difundía la gracia de la verdad y de la hon-

radez á cuanto hacia ó hablaba. Ninguna de las altas cualidades de su espíritu sobresalía tanto en él como el sentido de lo recto, en conformidad á como lo recto se consideraba entonces relativamente á las opiniones del siglo; y es una circunstancia singularísima que la mayor empresa de los tiempos modernos fuese confiada por la Providencia, para el cumplimiento de vias tan especiales, al cuidado de una soberana, y á las manos egecutivas de un caudillo, personajes entrambos distinguidos por la posesion de carácter tan raro y de cualidad tan poco comun.

—Os agradezco esta prueba de confianza, replicó la reina, sorprendida á par que lisonjeada, y mientras Dios me dé facultades para dirigir así como el conocimiento adecuado para resolver acerca de vuestros intereses y los de este proyecto, tan halagüeño tiempo ha para mi corazon, unos y otros contarán con mi patrocinio. Mas no hemos de escluir de nuestra confederacion al rey, pues que al fin le hemos convertido á nuestras doctrinas, y no dudo que desde ahora anticipe el éxito de nues-

tra aventura con tanto anhelo como nosotros.

Manifestó Colon su auuencia con una profunda cortesía, y el afecto conyugal de Isabela quedó lisongeadó en virtud de esta concesion tácita que acataba el carácter y los motivos de su esposo; pues que, mientras era imposible que un alma tan pura y ardiente en la causa de la virtud, y tan desinteresada como la de la reina, no descubriese alguna pizca de egoismo en la cautelosa política de Fernando, los sentimientos de la esposa prevalecian en su pecho á tal punto, y superaban la sagacidad de la soberana, que la volvian ciega atento á los defectos que los enemigos del Aragonés se complacian en exagerar. Reconocian todos la veracidad de Isabela, pero Fernando estaba muy léjos de gozar de semejante reputacion en el sentir de sus contemporáneos, ni con respecto á buena fé, ni á pureza de motivos. Y sin embargo, podia clasificársele entre los príncipes mas rectos que ocupaban entonces los tronos de Europa; haciéndose sus defectos mas notables, quizás, á causa de verse necesariamente puesto en parangon y formando tan vivo

contraste con las virtudes mas sinceras de la reina. En una palabra, estos dos soberanos unidos tan intimamente en virtud de intereses personales y políticos, exhibian sobre el trono ni mas ni menos el cuadro que puede verse en todas las gradaciones de la escala social, en las que las miras mundanas y motivos meretricios del hombre sirven de contrapeso al carácter mas sincero y generoso y á la conducta mas delicada de la muger.

Presentóse ahora D. Fernando, y se mezcló en el coloquio de tal suerte que parecia mostrarse comprometido plenamente á redimir las prendas que su esposa habia dado. Nos han dicho los historiadores que su conversion á las ideas del navegante fué obra de las intercesiones de un favorito, aunque seria mas fundado suponer que su deferencia hácia Isabela, cuyo puro anhelo en la causa de la virtud le desviaba á veces de su política interesada, fué la causa principal de su condescendencia. Cualquiera que fuese el motivo, sin embargo, cierto es que el rey jamás abrazó aquella empresa con los esfuerzos sinceros y celosos para asegurar sus resultas

que desde aquel instante distinguieron la conducta de su esposa.

—Hemos traído otra vez aqui á nuestro desertor, dijo Isabela al acercarse su marido, mientras encendia sus megillas y ojos un piadoso entusiasmo, cual acontecia á Mercedes, testigo estasiada de la escena en cuestion. Hemos atado corto á nuestro novillero⁶⁵ y no debemos permitirnos un instante de inncesaria demora, hasta que no se le envie al gran viage. Si efectivamente consigue llegar á Catty y á las Indias, será un triunfo para la Iglesia, superior aun al de esta conquista de los territorios del Moro.

—Pláceme ver al señor Colon en Santa Fé, de nuevo; repuso el rey con toda cortesia; y solo con que consiga la mitad de lo que se propone, tendremos motivos para alegrarnos de no haberle rehusado nuestra proteccion. Tal vez no haga mas poderosa la corona de Castilla, pero fácil le será enriquecerse á sí mismo; como súbdito, hasta el punto de no hallar en que invertir su acumulado oro.

—Jamás faltará en qué invertir el oro

65. Ejemplo de naturalización de carácter idiomático poco frecuente en la traducción. TO: *We have recovered our truant* (I-140).

de un cristiano, señor; respondió el navegante, mientras los infieles sean dueños del Santo Sepulcro.

—Como! exclamó Fernando en su tono de voz ligero y agudo. ¿Pues qué? ¿estais ideando una cruzada, además del descubrimiento de regiones desconocidas?

—Tal, escelso rey, ha sido por largo tiempo mi esperanza, y ese seria el destino de las riquezas, que fuera de toda duda han de emanar del descubrimiento de una nueva y mas corta ruta á las Indias. ¿No es un borron para la cristiandad el que se tolere al Mahometano elevar sus altares inmundos sobre el lugar santo que visitó Cristo en la tierra, en donde nació verídicamente, y yacieron sus restos sagrados hasta su gloriosa resurreccion? Dispuestos á horrar esta vergonzosa mancha, no faltan corazones ni espadas en el mundo; pero falta el oro. Si el primer anhelo de mi alma es hallar un camino al oriente á favor de un pasage por la direccion contraria, constituye el segundo ver que las riquezas que con toda certeza afluirán de descubrimiento semejante, se consagren al servicio de Dios,

reedificando sus altares, y haciendo que reviva su culto en la tierra donde padeció su agonía y le plugo espirar por los pecados de los hombres.

El entusiasmo del navegante hizo sonreír á Isabela; aunque, para decir la verdad, ese sentimiento halló cierto eco en su propio y piadoso corazón; no obstante que el siglo de las cruzadas le parecia haber ya transcurrido. No le sucedió lo mismo á Fernando. Sonrióse tambien, mas no se despertó en su interior sensacion alguna que tuviese la mas leve analogia con la idea del Genovés. Al contrario, ocurriósele una fuerte desconfianza acerca de la prudencia de confiar el cuidado, aun de dos insignificantes caravelas, y el destino de la mezquina cantidad de tres mil pesos, á un fanático visionario, quien antes de dar el primer paso en una empresa estremadamente equivocada, daba suelta á su imaginacion en pos de otra, que habia frustrado los unidos esfuerzos y piadosa constancia de la Europa entera. Para el monarca, ese descubrimiento de una ruta occidental á las Indias, y la readquisicion del Santo Sepul-

cro, eran cuestiones igualmente problemáticas, y para incurrir en su desconfianza, bastaba creer que fuese practicable una ú otra resulta. Sin embargo, tenia delante á un hombre próximo á embarcarse para acometer la primera empresa, dejando de reserva la última, como consecuencia del buen éxito de la aventura en que ya se veía empeñado.

Por algunos minutos, sintióse tentado el rey con todas veras á deshacer los planes de Colon, y si el coloquio hubiese terminado aqui, seria difícil acertar hasta que punto su fria y calculadora política hubiera prevalecido sobre la buena fé, la sincera integridad, y el recién despertado entusiasmo de su régia consorte. Felizmente la conversacion habia proseguido mientras el desconfiado monarca meditaba sobre el asunto, y cuando se reunió al corro halló que la reina y el navegante continuaban discutiendo la cuestion con tanto interés que no habian echado de ménos su ausencia momentánea.

—Manifestaré á Vuestra Alteza cuanto saber desea, contestaba Colon á una pregunta de Isabela. Espero llegar á los dominios del gran

Khan, descendiente del monarca á quien visitaron los Polos, ahora un siglo, en cuya época muchos magnates de aquella opulenta corte, incluso el monarca mismo, se mostraron inclinados á abrazar nuestra santa religion. Se nos asegura, en los divinos libros de los profetas, que el dia ha de llegar en que toda la tierra adore al Dios verdadero y vivo, y ese dia, segun debe creerse en virtud de las numerosas señales visibles á los que las buscan, está á mano y se ostenta repleto de esperanzas para aquellas que honran al Altísimo, y anhelan su gloria. Para sujetar á la iglesia todas esas vastas regiones, solo se necesita una fé constante, sostenida, por las agencias delegadas del sacerdocio, y las manos protectoras de los príncipes.

—Eso encierra una probabilidad aparente, observó la reina y así nos guía la sabiduria divina en esta estupenda empresa, á fin de que el éxito sea favorable. ¿Y esos Polos, señor Colon, eran algunos piadosos misioneros?

—Eran unos meros viajantes, señora, hombres que buscaban su propio lucro, á par que

no del todo negligentes en los deberes de la religion. Será bien, plantar primero la cruz en aquellas islas, y luego difundiremos la verdad por el contiguo continente. Cipango, en particular, es punto adecuadisimo para el comienzo de obra tan gloriosa, que *sin* duda acrecerá con la celeridad de un milagro.

—¿Y se sabe que la tal Cipango produzca especias, ó otras producciones que sirvan para nutrir á una tesoreria casi consunta, y resarcirnos de los costos y riesgos de la empresa? preguntó el rey algo intempestivamente para el celo de sus interlocutores.

Pintóse una leve sombra de desazon en el rostro de Isabela; pues que el rasgo prevaletiente en el carácter de Fernando la hacia sentir algunas veces lo que siente toda afecta muger, cuando á su marido se le olvida pensar, conducirse, ó hablar de acuerdo con sus propias inclinaciones virtuosas y sinceras: sin embargo no permitió la princesa que se le escapase otra señal de su transitoria emocion.

—Segun el relato de Marco Polo, contestó Colon, ha de saber Vuestra Alteza que

no hay en el mundo una isla mas rica. Abunda especialmente en oro: ni escasean alli tampoco las perlas ni las piedras preciosas. Pero aquella region, á par que es una mina de inagotable riqueza, está cubierta de la mas tenebrosa idolatria. La sábia Providencia parece haber unido la primera con la última, por via de galardou al monarca cristiano que se esfuerce en estender alli el dominio de la iglesia. Los mares contiguos estan sembrados de islas mas pequeñas; asegura Marco Polo que se han contado hasta siete mil cuatrocientas cuarenta, ninguna de las cuales deja de producir algun árbol odorifero ó algun arbusto que no exhale el perfume mas aromático. Hacia allá, pues, escelsos soberanos, es mi intencion dirigir de una vez el rumbo sin hacer caso de objetos ménos importantes, á fin de engrandecer vuestros dos reinos y servir á la iglesia del verdadero Dios. Si llegásemos á Cipango con felicidad. lo cual con la bendicion del Altisimo y pues que nos impelen un celo y una fé no fáciles de desalentar, espero conseguiremos al cabo de dos meses de diligente navegacion, será mi próxi-

mo conato pasar al continente, y buscar al Khan mismo en su reino de Catay. El día que mis pies huellen la tierra del Asia, será un día de gloria para España, y para cuantos hayan contribuido á llevar á madurez tan grande empresa.

Los penetrantes ojos de Fernando estaban fijos en el navegante, mientras así daba suelta á sus esperanzas con la plácida aunque veraz manera de un entusiasmo profundo, y en aquel momento el monarca habria hallado quizás harto difícil analizar sus propias sensaciones. La pintura de los tesoros que Colon habia evocado ante su fantasia era tan halagüena, como problemática la hacian sus propios frios y calculadores hábitos de desconfianza y de cautela. Isabela entretanto solo oia ó pensaba aisladamente en los piadosos anhelos de su puro espíritu en pró de la conversion y salud mística de los infieles; y así el uno como el otro soberano sentian un impulso favorito hácia la verificación de aquel viage.

Despues de esto se hizo el coloquio mas material acerca de varios pormenores; reca-

pitularónse los términos que Colon exigia, y obtuvieron la aprobacion de quienes tan interesados se hallaban en concederlos. Borróse por el instante toda idea del arzobispo y de sus objeciones, y si el Genovés hubiese sido un monarca pactando con sus iguales en dignidad, no hubiera quedado mas satisfecho del modo respetuoso con que sus condiciones se escucharon. Hasta su proposicion de recibir una octava parte de los provechos que resultasen tanto de aquella expedicion como de las venideras, que hubiesen de dirigirse á los puertos descubiertos por él toda vez que suministrase en proporcion igual parte de los gastos de armamento, fué admitida del modo mas agradable. Esta concesion le hacia de una vez participe de la corona en todos los riesgos y beneficios de las muchas empresas que se esperaba habian de seguir al buen éxito de la actual.

Retiráronse de la real presencia Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla en compañía de Colon. Habiéndole dejado en su alojamiento, se despidieron de él con maneras á tal punto respetuosas y cordiales que prestaron

solaz á un corazón tan maltratado y herido recientemente. Al volver de allá, el receptor, quien no obstante la liberalidad de sus miras y el fuerte apoyo que prestaba el navegante, no tenía costumbre de disimular sus pensamientos, dió principio al coloquio con las palabras siguientes:

—Por todos los santos! amigo Alonso, exclamó él, este Colon se enrespa demasiado entre nosotros, y en tal guisa, que á veces me vienen ganas de dudar de la prudencia de nuestra intervencion. Ha pactado con ambos soberanos á fuer de monarca, y cual si fuese una testa coronada ha conseguido su fin.

—¿Y quién le ha ayudado mas que tú mismo, San Angel? respondió Alonso de Quintanilla; pues sin el osado asalto que diste á la tolerancia de Doña Isabel, es muy probable que este viage jamás se hubiera decidido, y que el Genovés se hallase á estas horas prosiguiendo su ruta á la corte del rey Luis.

—No me pesa: todo lo que contribuya á cercenar el poderío de Francia vale bien

los conatos mas enérgicos. Su Alteza—Dios y todos sus santos se reúnan para bendecirla por sus rectas intenciones y generosos pensamientos—jamás tomará en mala parte los mezquinos costos que haya causado tan grandiosa tentativa, aun cuando fuese su éxito estéril del todo. Pero, ahora que el negocio está concluido, cáusame asombro el ver que una reina de Castilla y un rey de Aragon hayan admitido semejantes condiciones que les propusiera un marinero oscuro y sin nombradía; uno que carece de servicios, de alcurnia y de oro para recomendarle.

—¿Pero no cuenta en su apoyo con Luis de San Angel?

—Eso sí, dignísimo amigo, contestó el receptor general, y con todas veras tambien; prescindiendo del motivo que es asaz bueno y suficiente. No me maravillo sino del feliz éxito de nuestra interferencia en el asunto, y del modo con que se ha conducido Colon en este negociado. Mucho temí que el alto precio en que tasaba sus servicios arruinase nuestras esperanzas.

—Y sin embargo, discutiste el punto con

la reina, cual si creyeses insignificante el pedido, en comparacion de las ventajas que resultarian del viage.

—¿Y que tiene eso de extraño, amigo mio? Agotamos nuestros medios á fin de conseguir nuestros fines, y luego que nos sentimos desalentados con el esfuerzo que acabamos de hacer, empezamos á discurrir sobre el lado opuesto de la cuestion. Yo mismo me sorprendo del resultado que hemos obtenido! Respecto al Genovés, no hay duda que puede considerársele como á un hombre extraordinario, y aqui, dentro de mi corazan, creo que le asiste la justicia en exigir unas condiciones tan elevadas. Si sale con la suya, ¿quién podrá igualarle en grandezza? y si se frustran sus planes, las condiciones de nada pueden servirle, y acarrear á Castilla poquísimos daño.

—He observado, Señor de San Angel, que cuando los hombres de mérito se valuan altamente á si mismos, se encuentra dispuesto el mundo á creerlos bajo su palabra; al mismo tiempo que se halla muy propenso á mofarse de las pretensiones de los ineptos. En re-

súmen, las altas exigencias de Colon le habrán conceptuado sobremanera, pues que sus Altezas no pudieron menos de sentir que se hallaban negociando con quien tenia implícita fé en sus propios proyectos.

—No vas descaminado en tu opinion, Alonso; porque los hombres suelen apreciarlos en conformidad á lo que nos apreciamos á nosotros mismos, toda vez que nuestra conducta no desdiga de nuestras pretensiones. Pero en este Colon hay un mérito intrínseco, que le sostiene en cuanto dice y hace; en él se halla sabiduria de discurso, dignidad y gravedad de talento, con nobleza de sentimientos y de ideas: Muchas veces cuando le he oido hablar figurado me hé que estaba inspirado.

—Bien, ahora tiene ocasion de mostrar si esas inspiraciones vienen de una fuente buena ó mala, repuso el otro. Y en verdad, no siempre confio en la sabiduria de nuestras propias conclusiones.

De esta suerte, hasta estos celosos amigos del navegante discutian su carácter, cerniendo las probabilidades del buen éxito de su

empresa; pues al paso que se contaban entre sus sostenedores mas decididos, y habian manifestado el mayor interés por prestarle apoyo cuando su causa parecia desesperada, ahora que era dable se le proporcionasen los medios de demostrar la justeza de sus temas, sendas dudas y desconfianzas asaltaban sus mentes. Tal es la naturaleza humana. La oposicion espolea nuestro celo, aguza nuestra aprehension, estimula nuestra fantasia, y presta atrevimiento á nuestras opiniones; al paso que abandonados á nosotros mismos en busca de pruebas para vigorizar lo que por largo tiempo hemos sostenido bajo las contrariedades de la resistencia, empezamos á desconfiar de la justicia de nuestras propias lucubraciones, y á temer que se nos demuestre su falacia. Hasta los primeros discipulos del Hijo de Dios vacilaron mas en su fé, cuando mas proxima se hallaba la realizacion de sus predicciones; y á la mayor parte de los reformistas se les vé siempre mas dogmáticos y obstinados cuando luchan en pró de los principios que establecer pretenden; al paso que mas tímidos y titubeantes cuando ponen por

obra los proyectos que por tan largo tiempo fueran el objeto predilecto de sus afanes. En todo esto, nos seria fácil trazar la sábia prevision del Ser Inescrutable,⁶⁵ que nos inspira el celo adecuado para vencer las dificultades, asi como nos dispensa la prudencia cuando la cautela y la moderacion se convierten en virtudes mas bien que en defectos.

Aunque Luis de San Angel y su amigo conversaban de este modo con sinceridad, no por eso habian apostatado de sus originales convicciones. Sus dudas eran pasajeras y de poca validez: siendo muy notable, que cuando estos mismos se hallaban en la presencia de Colon, el sereno, firme y profundamente basado entusiasmo de aquel hombre maravilloso, jamás dejaba de arrastrar á favor suyo, no solamente las opiniones de estos sus sostenedores decididos, sino las de cualesquiera otros que sus palabras escuchasen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA,

O

EL VIAGE A CATAY.

**DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.**

O

EL VIAGE A CATAY.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR EL CELEBRE

INGENIO AMERICANO

J. FENIMORE COOPER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Pedro A. O'Crowley.

TOMO II.

Brindo esta copa á una muger, modelo
Del sexo amable, cuya forma pura
Siendo de astros benéficos hechura,
Mas que á la tierra pertenece al cielo.

PINKNEY.

Cádiz: 1842.

Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza
de la Constitucion, número 11.

Esta obra es propiedad de su editor,
quien perseguirá ante la ley al que la
reimprima.



DOÑA MERCEDES

DE CASTILLA.



TOMO II.

CAPITULO I.

La voz del canto mora en tus oteros,
Oh madre España! y los recuerdos gratos
De tus dulces y tristes melodias,
Que mis sueños pueriles arrullaron,
Sacuden hoy con pena estremeciente
El corazon del pobre desterrado!

66
EL SANTUARIO DE LA SELVA.

DESDE el momento que Isabela empenó su Real palabra á fin de patronizar á Colon en su grandioso proyecto, cesaron todas las dudas razonables acerca de la salida de la espedicion, aunque contadas eran las personas que anticipasen de

ella resultados de importancia. La conquista del reino de Granada parecia á la verdad en aquel momento, de tan superior ventaja á todas las consecuencias probables de esta empresa novel, que á la última absorbía completamente el interés relacionado con la primera.

Existia, sin embargo, un corazon juvenil y generoso, cuyas esperanzas todas se hallaban concentradas en el próspero éxito de aquel viage. Apenas es necesario añadir que aludimos al de Mercedes de Valverde. Esta doncella castellana habia vigilado el desarrollo sucesivo de los acontecimientos, con aquella intensidad de esperanza que solo tal vez á las almas juveniles, fervorosas, inespertas, é incorruptas les es dado sentir; y ahora que todos sus anhelos estaban en víspera de realizarse, un gozo noble y tierno se difundió sobre su completo sistema moral, á tal punto que hacia su dicha actualmente de todas veras deleitosa. Aunque amaba con tanta sinceridad y con todo el celo femeníl, la naturaleza habia dotado su corazon ardoroso de un talento sagaz y penetrante, que cuando le avi-

vaban los sentimientos que tan dispuestos se hallan á concentrar todas las energias del sexo hermoso, manifestábasele la justeza de la desconfianza que así la reina como su tutora habian acogido, y justificaban plenamente la indecision de estas á sus ojos, los que podria decirse estaban mas bien hechizados que ciegos con el ascendiente de la pasion que la dominaba. Conocia Mercedes asaz bien lo que se debia á su fama virginal, á sus grandes esperanzas, á su elevada posicion junto á la persona de Isabela, y á su inmediata confianza, para admitir por un instante la idea de disponer indignamente de su mano; y mientras diferia, con la altivez y discrecion propias de su alta cuna y del decoro mugeril, á cuanto la reputacion y la prudencia tenian derecho de exigir de una noble doncella, confiaba implícitamente en que su amante conseguiria justificar su eleccion, con toda la ilimitada seguridad de una muger. Habiala enseñado su tia á creer que el viage de Colon iba á conducir á sucesos vastisimos, y su entusiasmo religioso así como el de la reina la impelian á esperar tuviese éxito la mayor parte de lo que tan ferviente esperaba.

En tanto que sabian los que se hallaban cerca de la persona de Isabel que las condiciones pactadas entre los soberanos y el navegante estaban estendiéndose por escrito y recibiendo las necesarias formalidades, D. Luis de Bobadilla ni pretendia una entrevista con su amada, ni se veia favorecido accidentalmente con gracia semejante; no apenas, empero, se divulgó, que, poseedor de todos los documentos necesarios, habia dejado Colon la corte para dirigirse al punto destinado para su embarque, cuando el jóven, sin reparo ninguno, acudió á la generosidad de su tia, suplicándola patrocinase sus pretensiones, ahora que se hallaba en visperas de ausentarse de España para acometer una aventura, que la mayor parte de los hombres consideraban como un acto de desespero. Todo lo que pedia era la aseguranza de que asi su dama como sus parientes y amigos le recibirian con aprecio, toda vez que regresara triunfante.

—Veo que has tomado una leccion de ese nuevo amigo tuyo, contestóle la animosa y benigna Doña Beatriz sonriéndose, y que á la fuerza exiges tambien tus condiciones.

Pero sábeta, Luis, que Mercedes de Valverde no es la hija de un humilde labriego para que se la aprecie con liviandad; sino que descende de la sangre mas noble de España; pues su madre era Guzman, y cuéntanse entre sus relacionados un sin número de Mendozas. Además, es una de las herederas mas ricas de Castilla, y bajo tales circunstancias mal visto seria que su tutora olvidase su vigilancia hasta el punto de prestar oido á las pretensiones de uno de los caballeros andantes de la cristiandad, solo porque este fuera hijo de su propio y bien amado hermano.

—Y aun concediendo señora, á Doña Mercedes todas esas preeminencias—y eso que nada habeis dicho de las prendas mas altas que tan superior la hacen... de su corazon, de su hermosura, de su veracidad y de sus mil virtudes... y aun cuando sea todo lo que decis ¿será acaso un Bobadilla indigno de ella?

—Como! aun cuando ella sea cuanto tu mismo dices tambien Luis... objeto codiciable á causa de su corazon, de su veracidad, de sus mil virtudes, pareceme que un catálogo mas cercenado de dotes pudiera con-

tentar á un vagamundo, por recelo de que algunas de ellas no se le perdiesen en sus muchas romerías.

Rióse Luis, en despecho de sí mismo, al advertir la afectada seriedad con que le hablaba su tía; y reprimiendo con feliz esfuerzo el leve disgusto que despertaba en su interior tal lenguaje, contestóle en términos que no desacreditasen el buen concepto que la jovialidad de su carácter le había adquirido.

—No puedo llamaros Hija—Marquesa, á imitación de Doña Isabel, respondió el manco con una sonrisa tan halagadora, cual había acostumbrado á usar el difunto hermano de Doña Beatriz siempre que procurara alcanzar de ella algun favor, derritiéndola con sus zalamerías, lo que hizo se estremeciera buenamente la cariñosa dama—pero con mayor verdad puedo deciros tía—marquesa... y una tía á quien amo entrañablemente por cierto... quisiera ahora preguntaros porqué razon visitais tan severa mis indiscreciones juveniles? Yo esperaba que decidido el viage de Colón se hubiese olvidado todo en el noble proyecto que á la vista tenemos tan de consuno.

—Luis, contestó la tía, mirando á su sobrino con la severa resolucion que tan frecuente se exhibia en todos sus actos, así como tambien en sus palabras y aspecto, ¿erees que el alarde de un poco de valor, será suficiente para gauar á Mercedes, para adormecer la vigilancia de sus amigos, para adquirir la aprobacion de su tutora? Has de saber, rapaz harto confiado, que Mercedes de Guzman fué la compañera de mis dias infantiles; y despues de su Alteza, mi amiga mas afectada y cara; que depositó en mi lealtad toda su confianza á fin de que hiciese plena justicia al bien estar de la huérfana que en este mundo dejaba. Padeció una muerte lenta, y tuvimos lugar de discutir entre nosotras acerca de la futura suerte de su hija querida. Jamás cupo en nuestra idea que la niña llegase á ser esposa sino de un noble cristiano; pero hay caracteres tan diversos, solapados bajo tan digna profesion, que las meras esterioresidades no nos engañaban. Creo en mi ánima que la pobre muger tenia mas presente las fortunas mundanas de la huérfana desvalida, que aun sus propios pecados, y que con

mayor frecuencia oraba para alcanzar de Dios el afianzamiento de las primeras que el perdón de los últimos. Poco sabes, Luis, la fuerza que manda el amor de una madre, ni puedes comprender todas las agonias que laceran el corazón, cuando se vé precisada una madre á dejar una tierna flor como Mercedes, abandonada al frío nutrimento de un mundo insensible y egoísta.

—Fácil me es imaginar que el alma de mi propia madre se amoldára para el cielo, sin las acostumbradas recomendaciones de preeces y de misas, Doña Beatriz; ¿mas será posible que las tías no profesen á sus sobrinos alguna parte de aquel afecto, que encarece tanto el amor de las madres hácia sus hijos?

—También ese lazo es estrecho y fuerte, noble doncel, y sin embargo desigual al otro; además que no estás tú en el caso de una tierna niña, de corazón sensible, sincero, y fervoroso, lleno de la confianza de su propia pureza y rebozado con aquellos afectos que en su madurez hacen á las madres lo que son.

—Por Santiago⁵⁹ y no soy yo cabalmente el jóven que puede hacer feliz á una criatura

semejante? También yo soy sensible, y pudiese harto sensible para el provecho de mi propia paz, y también soy sincero como puede verse por mi constancia á este mi primer amor, cuando fácil me era haber tenido mas de cincuenta; y si no rebozo exactamente con la confianza de pureza, poseo la de juventud, fuerza, salud y valor, que son igualmente útiles para un caballero; al paso que me sobra abundancia de aquel afecto que constituye á los buenos padres de familia. Estas, Doña Beatriz, son todas las cualidades que razonablemente pueden exigirse de un hombre.

—Segun eso, rodavalles, te consideras por todos títulos un digno esposo para Mercedes de Valverde?

—Poco á poco, señora tía, que tenéis un modo muy brusco de determinar las cuestiones. ¿Quién hay, ó puede haber que sea exactamente digno de tal conjunto de perfecciones? Tal vez no sea yo del todo *merecedor*⁷⁰ de ella, pero tampoco me contemplo en todas luces su *desmerecedor*. Soy casi tan noble como mi dama, poseo una hacienda tan pingüe como la suya, estoy en edad adecuada; tengo

las demas dotes que honran á un caballero y mas apegado amor á ella que á mi propia alma. Creo que esta última cualidad no es un grano de anís, pues el que ama con tanto fervor no dejará de esmerarse en hacer dichoso al objeto de sus afanes,

—Eres un muchacho inexperto y necio, dotado de un corazón excelente, de un carácter feliz y desinteresado, y de una cabeza formada para contener ideas mas cuerdas que las que por lo comun en ella se abrigan, exclamó la tin, cediendo á un impulso de afecto natural, aun mientras fruncia las cejas al escuchar las locuras de su sobrino.

—Oyeme, empero, y por una vez piensa con gravedad, y reflexiona sobre lo que te digo. Ya te he hablado acerca de la madre de Mercedes, te he referido las dudas que asediaron su lecho de muerte, contado te he sus ansiedades y su confianza en mí. Su Alteza y yo estábamos á solas con ella, la mañana de aquel día que su espíritu tomó vuelo para la bienaventuranza; y entónces la moribunda hizo efusion de sus sentimientos en tal guisa que nos dejó á entrambas una impresion que ja-

mas podrá borrársenos; mientras algo quede que hacer en obsequio de la felicidad de su hija. Has creído que la reina te trataba con despego. Quizás, en tus discursos poco meditados, te habrás atrevido á motejar á su Alteza de haber llevado su celo en pró del bien estar de una súbdita mas allá del límite impuesto á los derechos de una soberana...

—Despacio, Doña Beatriz, interrumpiéndole presuroso el inancebo, en esto me haceis gran injusticia. Podré haber sentido... sin duda he sentido agudamente las consecuencias de la desconfianza de Doña Isabel respecto á mi constancia; pero nunca un pensamiento mio se le ha rebelado hasta el punto de haber presumido dudar de su derecho en cuanto á disponer de nuestros servicios, y de nuestras vidas tambien. Este es un privilegio anexo á su alta autoridad, y que todos acatar debemos; pero nosotros, que tan á fondo calamamos el corazón de la reina y los motivos que la guían, tambien sabemos que nada hace por capricho ni por deseo de mandar, al paso que mucho efectúa impulsada del afecto de madre que profesa á su pueblo.

Al decir esto Don Luis con veraz mirada y facciones á las cuales prestaba animacion la sinceridad, era imposible no traslucir que sus dichos fuesen el eco de sus intenciones. Si considerasen los hombres las consecuencias que á veces resultan de sus palabras mas insignificantes, usarian en sus discursos menor ligereza, y el oficio de chismoso, tal vez el mas indecente en todo el catálogo de los destinos sociales, llegaria á abolirse por falta de ocupacion. Pocos se cuidaban menos, ó eran mas irreflexivos acerca de las resultas que podieran acarrear lo que hablasen, que Luis de Bobadilla; y sin embargo esta improvisada aunque sincera réplica le hizo lado en el concepto de mas de una persona de las que ejercian una influencia material sobre sus fortunas. Aquel honrado encomio de la reina penetró directamente en el corazon de la marquesa de Moya, quien mas bien idolatraba que queria á su régia ama, pues la antigua y estrecha intimidad que entre ellas habia existido le diera un profundo conocimiento del carácter puro y casi santo de Isabela, y luego que repitió á esta las expresiones de

su sobrino, la bien establecida reputacion de veracidad que disfrutaba la marquesa hizo que fuesen creidas sin repugnancia. Por muy correctas que sean nuestras miras en general, uno de los medios mas seguros de interesar los sentimientos ajenos es la asecuranza de que se nos respeta y estima; al paso que de todos los mandatos divinos el mas difícil de obedecer es aquel que nos impera «amar á los que nos odian» Isabela, apesar de su alto destino y escelsas cualidades, era muger en toda la acepcion de la palabra; y cuando descubrió que á despecho de su propia frialdad para con Don Luis conservaba este una deferencia tan profunda hácia su carácter, y tal aprecio hácia sus sensaciones y motivos, cual su propia conciencia la susurraba que merecia tan justamente, sintióse mejor dispuesta á mirar con tolerancia los defectos peculiares del mancebo, y á achacarlos á un exceso de espíritus animales; lo que, bajo unos auspicios ménos favorables, hubiera podido atribuir á propensiones poco nobles.

Pero esto es anticipar en cierto modo los sucesos. La consecuencia inmediata del dis-

curso de Luis fué una espresion ménos severa en el rostro de su tia, y tornar á esta mas indulgente hácia su solicitud de que se le concediera una entrevista privada con Mercedes.

—Puede que en esto te haya yo hecho injusticia, Luis, repuso la de Moya, pues te supongo bien instruido en tus deberes para con su Alteza, y conocedor de aquel casi divino apego á la justicia que reina en su corazon, y se difunde desde alli por toda la Castilla. Nada has perdido en mi aprecio con exhibir de ese modo tu respeto y amor hácia la reina, porque es imposible acatar las virtudes que ensalzan al sexo femenino y no admirarlo en su mas escelsa representante.

—¿No lo demuestro, tia, en mi adhesion á vuestra pupila? ¿No es mi eleccion, hasta cierto punto una prenda de la verdad y justicia de mis sentimientos sobre esas materias?

—Ah! Luis de Bobadilla, no es difícil enseñar al corazon á inclinarse hácia la doncella mas noble y rica de España, cuando acontece que esta sea tambien la mas hermosa.

—¿Conque soy un hipócrita, marquesa? ¿Acusais al hijo de vuestro hermano de fingir lo

que no siente? ¿Le juzgais influido por una pasion tan baja como la del oro y de las haciendas?

—De las haciendas que esten en paises estranos tal vez, muchacho irreflexivo;—no, empero, codicias tu las que existen en tu patria; contestóle riéndose Doña Beatriz. No, Luis, nadie que te conozca acusarte ha de hipocresía. Creemos en la verdad y ardor de tu afecto, y por esa causa misma desconfiamos de tu pasion.

—Como! ¿tienen mas cabida para con la reina los sentimientos ficticios que los reales? ¿placerla ha mas un amor mentido y espúreo que esta pasion en todos conceptos varonil, recta y honrada?

—Es cabalmente ese sentimiento honrado, recto y varonil, como tu le llamas, el que es mas á propósito para despertar las simpatias en el tierno pecho de una doncella. No hay iman que mas fiel pruebe la lealtad de las sensaciones morales, que el corazon cuando la cabeza no se balla esclava de la vanidad; y mientras mas verídica es una pasion, menos tarda en descubrirla el objeto de ella. Dos gotas de agua no se deslizan juntas mas naturalmente que dos corazones, sobrino mio, cuando existe entre

ellos una fuerte afinidad. Si tu no amaras de veras á Mercedes, te oiria yo reir y cantar en compañía de ella, siempre que lo permitiesen las circunstancias, y en cuanto fuera decoroso en tí, como mi próximo pariente y carísimo relacionado, y en ella compatible con la dignidad de virgen noble, y vuestra festiva satisfaccion ni por un instante me desazonaria.

—Y mucho que soy vuestro próximo pariente y carísimo relacionado, amada tia; y á pesar de eso, mayor trabajo me cuesta conseguir una vislumbre de vuestra pupila...

—La que está bajo la tutela especial de la reina.

—Bien, sea así: ¿y por qué razon á un Bobadilla se lo ha de prohibir aunque sea la princesa mas estirada de estos reinos?

Recurrió entonces Luis á todos los arbitrios de la persuasion, y aprovechándose de la pequeña ventaja que habia conseguido, á fuerza de adular y zalamear á Doña Beatriz, obtuvo su promesa de solicitar de la complaciente Isabel la concesion de una entrevista privada con Mercedes. Y á la reina pertene-

cia otorgar la vonia, pues que Isabela, desconfiando del influjo que la sangre pudiera ejercer, habia precavido á la marquesa sobre este punto; y ambas habian quedado acordadas en reconocer que seria prudente dejar que los dos jóvenes se viesen lo menos posible. Al solicitar el permiso fué cuando la tia refirió en sustancia la conversacion que acabamos de dar, é hizo mencion á su regia señora de los sentimientos de su sobrino respecto á ella. El efecto de semejante informe fué necesariamente favorable á las miras del doncel, y unos de sus primeros frutos la licencia deseada para que tuviese lugar la entrevista.

—Ellos no son soberanos: observó la reina con una sonrisa que bien conoció la favorita tenia mucho de melancólica, al paso que no alcanzaba á penetrar, si procedia de una sensacion de verdadera tristura, ó era resultado de aquel retrospecto del alma sobre ciertas emociones que bien sabe es imposible despertar otra vez—ellos no son soberanos, hija marquesa, para que se les obligue á amartelarse por poderes, ni á casarse como

personas desconocidas. Tal vez será prudencia impedir que su trato se haga demasiado frecuente, pero mas que cruel seria negar al jóven, ahora que está próximo á ausentarse para tomar parte en una empresa de éxito tan dudoso, una oportunidad de declarar su pasion y hacer protestaciones de constancia. Si en verdad tiene tu pupila algun afecto hacia él, la memoria de esta entrevista solazará muchas penosas horas mientras esté ausente Don Luis.

—Y añadirá cebo á la llama, contestó la marquesa con sequedad.

—No podemos saber eso, Beatriz; pues el corazon amoldado por la mano del Altísimo para que reciba la blanda impresion de sus deberes religiosos, puede, merced al mismo agente divino, templarse hasta el término de resistirse á la indulgencia de sensaciones mas mundanas. Jamás olvidará Mercedes sus incumbencias, al paso que la fantasia alimentándose de sí misma, no seria cuerdo quizás dejar tan completamente á sus propias ilusiones una imaginacion tan entusiasta como la de nuestra jóven pupila. Las realidades son

á veces menos azarosas que las creaciones de la fantasia. Tampoco tu sobrino podrá perder mucho con esta concesion, pues conservando siempre en su recuerdo el objeto que ahora parece perseguir con tanto afan, se esmerará con mayor ahinco para merecerlo.

—Mucho temo, señora, que las conclusiones mejor deducidas sean poco válidas en un asunto que respeta á la irrefrenable fogsidad de los afectos.

—Tal vez no, Beatriz y sin embargo no veo una razon porqué rehusar debemos esta entrevista ahora que Don Luis se halla tan próximo á ausentarse. Dile que le otorgo lo que desea, é insinuale al mismo tiempo tenga presente que no es licito á un Grande dejar á Castilla sin haberse presentado á su soberana.

—Recelo, Señora, contestó riéndose la Marquesa, que Don Luis considerará este último mandato, por muy bondadoso y honorífico que sea de hecho, como una fuerte reprehension, pues que mas de una vez lo ha verificado sin presentarse ni aun á su propia tia.

—En esas ocasiones sus viages no tuvie-

ron otro objeto que el de un irreflexivo capricho; pero ahora se le vé empeñado en una empresa noble y honrosa, y le haremos conocer que todos están á cabo de la diferencia.

En seguida tomó la conversacion otro giro, pues quedó resuelto que habria de accederse á la solicitud del jóven. En la ocasion presente se había separado Isabela de una ley, que estableciera para su propio gobierno, bajo el influjo de sus sentimientos mugeriles, los cuales con frecuencia la hacian olvidarse de que era soberana, cuando no existian unos deberes demasiado graves para obligarle á mantener el recuerdo de la alta dignidad que la condecoraba; porque difícil hubiera sido decidir bajo que aspecto aquella parisima y escelente muger merecia con preferencia la estimacion del género humano, si por su escelso caracter como reina justiciera y concienzuda, ó como hembra incomparable en virtudes cuando obraba directamente segun los impulsos mas blandos de su sexo. Respecto á su amiga, era esta mas tenaz que la reina tal vez en el cumplimiento de las que consideraba sus obligaciones para con

su pupila; pues que siendo mayor su responsabilidad, se veía espuesta á la sospecha de que obraba con la mira de acrecentar la opulencia y fortalecer las conexiones de su propia familia. Sin embargo, los deseos de Isabela eran leyes para la marquesa de Moya, quien buscó la primera oportunidad para avisar á su pupila de que había determinado permitir á D. Luis ofreciese personalmente sus respetos á su dama, antes de partir de la corte para acometer una empresa tan llena de misterios como de peligros.

Recibió nuestra heroína esta nueva con las mezcladas sensaciones de zozobra, deleite, desconfianza y júbilo, que tan propensas estan á sacudir el corazon de la muger, en la flor de sus afectos, cuando se le sugeta una vez á la pasion dominante. Nunca había creído posible la tierna doncella que D. Luis se ausentara en expedicion semejante, sin procurar verse con ella á solas; pero ahora que se hallaba segura de haber otorgado su admision tanto la reina como su tutora, casi casi penábala semejante condescendencia. Estas emociones contradictorias, sin

embargo, pronto se arrullaron en la tierna melancolía que gradualmente fué posándose en torno de sus maneras, al acercarse la hora de la despedida. Ni eran mas consistentes sus sensaciones respecto al anheloso alistamiento de Luis en la expedición. A veces gloriábase la noble virgen en la resolución de su amante, y en el desinteresado sacrificio que hacia para la gloria y engrandecimiento de la iglesia, acordándose orgullosa que de toda la alta nobleza de Castilla, tan solo él aventuraba con el piloto extranjero su vida y reputación; mas luego, otra vez, asaltábala dudas agonizadoras al recelar que la pasión de las aventuras y el deseo de visitar tierras lejanas se rebullía en su corazón á par que su amor hacia ella. Pero esto nada tenia de extraño. Mientras mas puros é ingenuos son los sentimientos de aquellos que se someten verdaderamente á la influencia de esta pasión, mas sensibles se les vé á las desconfianzas, y mas espuestos á los celos atormentadores de sí mismos.

Decidida ya, condujose Doña Beatriz con toda franqueza respecto á los jóvenes aman-

tes. Luego que D. Luis fué admitido á su propia presencia, la mañana señalada, le dijo ella que le esperaba Mercedes á quien veria en la sala donde acostumbraba recibir las visitas. Tomando entonces el mancebo suficiente tiempo apenas para besar la mano de su tia, y hacer las otras demostraciones de respeto, que las costumbres de aquella época exigian de la gente moza para con las personas de mayor edad, mas especialmente cuando existian entre ellas vinculos de sangre tan cercanos como los que unian á la Marquesa de Moya y al conde de Llera, desapareció presuroso el jóven, y no tardó en hallarse en la presencia de su dama. Como Mercedes estaba preparada para la entrevista, solo manifestó la sensación que en aquel instante la agitaba, en virtud de carminársele el rostro con un rubor mas subido, y de resplandecerle con mas intenso lustre los ojos, que siempre eran brillantes, aunque algunas veces tan suaves y melancólicos.

—Luis! escapósele de los labios, y en seguida cual si la hubiese avergonzado la emoción que el tono de su voz manifestára,

retiró la doncella el pié que habia avanzado involuntariamente para recibirle, mientras empero continuaba tendida su mano hacia él en amistosa confianza.

—Mercedes! y retiróse la mano para poner término á los besos con que se la cubrían—Mas difícil de ver te has vuelto estos últimos dias que será descubrir el dicho-so Catay del piloto genovés; pues entre Doña Isabel y Doña Beatriz nunca fué paraíso mas estrictamente guardado por los ángeles tutelares, que vigilada es tu persona por tus protectoras.

—¿Y puede ser necesaria tan rígida custodia, Luis, cuando tu eres el único peligro que se recela?

—¿Juzgan acaso que habré de robarte, á fuer de damisela moruna puesta á las ancas de un caballero cristiano, y esconderte en la caravela de Colon, para que en amor y compañía naveguemos en busca del Gran Khan ó del Preste Juan de las Indias?

—Tal vez te crean á *tí* capaz de tal acto de locura, querido Luis; pero dudo que á *mí* puedan sospecharme.

—No: tu eres un verdadero modelo de prudencia en todas las materias que necesitan fueses sentimental para con tu amante.

—Luis! exclamó de nuevo la jóven, y esta vez se agolparon á sus ojos lágrimas involuntarias.

—Perdóname, Mercedes; querida, queridísima Mercedes; pero estas demoras y estas frias y crueles precauciones hacen que me olvide á mi mismo. ¿Soy por acaso algun menesteroso y desconocido aventurero, que de tal suerte me tratan, ó un noble hidalgo de Castilla?

—Te olvidas, Luis, de que las nobles doncellas castellanas no tienen costumbre de recibir á solas ni aun á los nobles caballeros castellanos, y á no haber sido por esta condescendencia de su Alteza, y por la bondad de mi tutora, quien acontece que sea tu propia tia, esta entrevista no hubiera tenido lugar.

—A solas! y llamas á esto recibirme á solas, y lo decantas como un favor excesivo de parte de su Alteza, cuando ves que nos vigilan con los ojos, ya que no con los oídos?

Temo dar un poco mas de aliento á mi voz no sea que mis palabras interrompan las meditaciones de aquella venerable señora.

Al espresarse de ese modo Luis de Bobadilla miró al soslayo hacia la dueña de su dama, cuya persona estaba visible por la puerta entrecabierta que caia á un aposento contiguo, donde la buena de la anciana estaba sentada leyendo con toda atencion unas devotas homilias.

—Aludes á mi pobre Pepita, contestó riéndose Mercedes; pues la presencia de la sirviente, á que se habia acostumbrado desde la infancia, no era mayor restriccion á sus propios inocentes pensamientos, ¡y sencillas palabras, que lo hubiera sido una reduccion de si misma, si cupiese en lo posible semejante cosa.

—Muchas han sido las protestas de la honrada anciana contra esta entrevista, la cual insiste ella en que es contraria á todos los usos de las damas nobles, y que, en su sentir, jamas hubiera otorgado mi bendita madre si aun viviese.

—Ay! la tal dueña tiene una cara que

haria enristrar la lanza contra ella á cuantos están dotados de mientes generosas. Cualquiera puede leer la envidia de tu juventud y belleza escrita en cada arruga de su rostro inamable.

—Entonces poco conoces tu á mi escelente Pepita para quien es ageno todo sentimiento envidioso, y que solo tiene una debilidad conocida; esa es, la de profesarme demasiado afecto, y una indulgencia que carece de limites.

—Ay! pues yo detesto á una dueña casi tanto como á un infiel.

—Señor, interpuso Pepita, cuyos vigilantes oidos, á pesar de su libro y de sus homilias, habian escuchado cuanto pasaba, temo que sea esa una opinion general entre los caballeros juveniles; pero tambien me aseguran que esa misma dueña, que es tan desagradable para el amador, suele con el tiempo tornarse en objeto asaz gracioso para el marido. Pero ya que mis facciones y arrugas son tan repugnantes, que sin duda mucho os penan, cerrando esta puerta quedarán sin testigos intrusos tan desagradables es-

pectáculos, así como encerradas mi fastidiosos, y vuestras propias protestaciones amorosas, señor caballero.

Dijose esto en mejor lenguaje que el usado comunmente por las mugeres de la clase á que pertenecía la dueña, y con una afabilidad tan inalterable, que ni agriarla pudieron las observaciones petulantes de Don Luis.

—No cerrarás la puerta, Pepita, gritó Mercedes, sonrojándose hasta los cabellos, y lanzándose de su silla para interponer su propia mano contra la verificación del acto. ¿Qué puede tener que decirme el conde de Elera que no te sea licito escuchar?

—No, querida niña, el noble hidalgo vá á hablarte de amor.

—¿Y es á ti, cuyos labios vierten con tanta frecuencia el lenguaje del amor, á quien eso puede asustar? ¿Me has hablado tu misma de otra cosa, desde que me conoces y cuidas?

—Mal agujero es para vuestra pretension, señor, dijo Pepita sonriéndose, mientras suspendia el movimiento de la mano que iba á cerrar la puerta, si Doña Mercedes equipa-

ra vuestro afecto con el mio. Seguramente, hija, no supones que yo sea un jóven noble, campechano y galan, que viene á verter toda su alma á tus pies, y equivocas las sencillas frases de mi cariño con las que es probable fluyan de la melosa lengua de un Bobadilla, empeñado en conseguir la correspondencia de la doncella mas hermosa de España.

Sobrecogióse Mercedes, pues su corazon, aunque tan inocente como la pureza misma, le habia enseñado la diferencia entre el lenguaje de la nodriza y el del amante, aun cuando uno y otro espresaran el afecto mas vehemente. Su mano soltó el asido marco de la puerta, y fué á colocarse con su lindisima compañera sobre el ruborizado rostro. Aprovechóse Pepita de esta ventaja, y dejó encerrados á los dos amantes. Una sonrisa de triunfo brilló en las hermosas facciones de Luis, quien, despues de haber obligado á su dama con blanda instancia á volver al asiento del cual se habia levantado para recibirle, dejóse caer sobre un escaño que estaba á sus pies, y colocando sus bien torneados miem-

bros en una graciosa actitud, y la mas apropiado para clavar los ojos en aquella preciosa cara, que á fuer de ídolo habia elevado á un puesto mas escelso, renovó de este modo su coloquio.

—Esa es el *non plus ultra*⁷³ de las dueñas, exclamó el jóven; aunque bien pudiera yo haber adivinado que ninguna que perteneciese á la secta carrasqueña y cohibidora de entes semejantes, tendria cabida á tu lado. La tal Pepita es una alhaja, y puede considerarse como poseedora vitalicia de su actual destino, toda vez que, por la artimaña del Genovés, mi propia resolucion, y tu favor gentil, me esté reservada la dicha de ser tu esposo.

—Olvidas, Luis, contestó Mercedes temblando aun mientras se reia de su propio concepto, que si el marido aprecia á la dueña á quien no podia tolerar el amante, acontecer puede que el amante aprecie á la dueña que parezca insufrible al marido.

—*Peste!*⁷⁴ estos son argumentos muy retorcidos, y mal adaptados á la filosofia monda y lironda de Luis de Bobadilla. Solo hay

una cosa que pueda, ó que en verdad pretendo saber, en materias de controversia, y la que estoy pronto á sostener delante de todos los doctores de Salamanca y á la faz de toda la caballeria de la cristiandad, inclusa la de los infieles; y esa es, que eres la mas hermosa, la mas dulce, la mejor, la mas virtuosa, y por todos títulos la mas hechicera virgen de España; y que ningun otro caballero viviente ha amado ni ama, honrado ni honra á su dama como yo á ti.

El lenguaje de la lisonja es siempre halagüeño á los oidos femeniles, y Mercedes, dando á las palabras del mancebo la impresion de sinceridad que sus maneras tan plenamente garantizaban, se olvidó de la dueña y de su corto episodio, en el deleite de escuchar una declaracion que tan grata era para sus afectos. Sin embargo, la esquivéz propia de su sexo, y la fecha tan reciente de su mútua confianza, hizo que su respuesta fuese menos abierta de lo que pudiera haberlo sido.

—Dicho me han, contestó ella, que vosotros los jóvenes hidalgos, que anhelaís oca-

73. *This is a paragon of dueñas* (TO, I-158).

74. *Peste!* en el original (TO, I-158).

siones de manifestar vuestra destreza y bizzarria con lanza y adarga, en lid y torneo, estais siempre haciendo protestaciones de este jacz en prò de esta ó de aqueza damisela noble, á fin de provocar á otros á sostener la asercion contraria para hacer alarde de sus proezas como caballeros, y ganar alta nombradia como galanes.

—Eso proviene de lo mucho que estás encerrada en los gabinetes impenetrables de Doña Beatriz, no sea que algunos osados ojos españoles miren profanamente á tu hermosura. No estamos ahora, Mercedes, en el siglo de los caballeros andantes, ni en el de los trovadores, cuando hacian los hombres mil locuras á fin de parecer aun mas débiles de lo que la naturaleza los criara. En aquellos tiempos, vuestros caballeros *hablaban*⁷⁵ florida-mente acerca del amor, pero en los actuales *sienten* mucho mas de lo que espresar les es dado. En fin, tus palabras tienen cierto gustillo á la profunda moralidad de Pepita la dueña.

—Nada digas contra Pepita, Luis, quien mucho te ha favorecido hoy, pues de lo con-

trario tu lengua, y tus ojos tambien, se hallarian asaz cohibidos en su presencia. Ahora esa que tu llamas moralidad de la buena dueña es por cierto la moralidad de la escelentísima y nobilísima Doña Beatriz de Cabrera, Marquesa de Moya, quien, segun creo, es por su sangre una de las señoras de la casa de Bobadilla.

—Bien, bien, me atrevo á decir que no hay gran diferencia entre las lecciones de una duquesa y las de una dueña en la reclusion del gabinete, cuando se trata de guardar á una jóven como tú, bella, rica y virtuosa. Dícese que á vosotras vírgenes nobles os enseñan á mirarnos á nosotros galanes de la última volada, como á otros tantos endriagos, y que os predicán que el único medio para alcanzar un asiento en el paraíso es el de pensar perversamente de nosotros; y luego, cuando se ha tratado un casamiento conveniente, os alarman, pobrecillas, con la órden terminante de salir de vuestro escondrijo y desposaros con uno de esos mismos monstruos.

—¿Y así te han tratado por ventura? Parece que mucho se trabaja á fin de conse-

guir que los jóvenes de uno y otro sexo se miren con mútua desconfianza. Pero Luis, estas palabras son la ociosidad misma, y perdemos en ellas los momentos mas preciosos: momentos que no tornen quizas! ¿En que altura se halla el señor Colon de sus pretensiones y cuando piensa despedirse de la corte?

—Ya se ha ausentado de ella; pues habiendo conseguido de la reina cuanto solicitaba, ha dejado á Santa Fé, guardado con la autoridad régia para su apoyo mas firme. Ahora bien, si alguna vez llegare á tus oídos el nombre de un tal Pedro de Muñoz, ó Pedro Gutierrez, desde la corte de Catay, sabrás á quien atribuir todas sus locuras.

Preferiria, Luis, que emprendieses este viage bajo tu propio nombre, á que lo hicieras con una apellidación fingida. Raras veces son prudentes los incógnitos de esta clase, y cierto es que no acometes esta empresa—aquí la sangre parlera de Mercedes traslucióse en sus mejillas mientras así se espresaba—impelido de motivos que puedan acarrearle vergüenza.

—Es el deseo de mi tia; por mi parte colocariame tus divisas en mi yelmo, tu em-

blema sobre mi tarja, y haria que se divulgase cerca y lejos que Luis de Bobadilla, conde de Llera, iba en busca de la corte de Catay con intencion de desafiar á toda su caballeria á que presente una damisela tan bella y virtuosa como tú.

—No estamos en el siglo de los caballeros andantes, scór hidalgo, sino en el de la razon y verdad, contestó Mercedes riéndose, aunque cada sílaba que le probaba el sincero y pleno afecto del jóven noble iba directamente hasta su corazon, robusteciendo el dominio que tenia ya en él, y acrecentando la llama que interior ardia con añadirle el cebo mas adecuado al propósito—no estamos en el siglo de los caballeros andantes, Luis de Bobadilla, como tu mismo de afirmar acabas, sino en uno tan positivo que hasta el amator se torna escudriñante, y se halla tan dispuesto á descubrir las faltas de su dama como á notar sus perfecciones. Algo mejor espero de ti, que el saber que hayas cabalgado por las carreteras de Catay, provocando desafios, y buscando gigantes, á fin de ensalzar mi fermosura, mientras instigabas á otros á

retarla, aunque solo fuera en contraresto de tus jactancias ociosas. Ah! Luis, ahora estás comprometido en una empresa verdaderamente nobilísima, en una que juntará tu nombre con el de los mas aplaudidos, y que formará el orgullo y el triunfo de tus dias venideros, cuando los ojos de entrambos se enturbien con la vejez y repasemos con anhelo nuestra vida pretérita en busca de algo que enorgullecernos pueda.

Grato fué sobremanera al jóven escuchar á su dama, en la inocencia de su corazon y en la plenitud de sus sentimientos, enlazando así su destino con el suyo; y luego que ella dejó de hablar, sin conocer cuanto podria deducirse indirectamente de sus palabras, prosiguió el mancebo prestando un atento oido, cual si se empeñase en recoger aun tan halagüeños sonos, mucho despues que hubiesen espirado en su tímpano.

—¿Qué empresa puede ser mas noble, ni mas digna de despertar toda mi resolucion, que la de ganar tu mano? exclamó él despues de esta pausa; ese es mi solo objeto al seguir á Colon: si me apresto á participar de sus

vicisitudes es para desvanecer las objeciones de Doña Isabela, y antes le acompañaré hasta el cabo del mundo, que ver deshonrada tu eleccion. *Tu* eres *ní* *grau* Khan, adorada Mercedes, y tus sonrisas y tu afecto el único Catay que yo busco.

—No digas tal, querido Luis, pues que ignoras la nobleza de tu propia ánima, y la generosidad de tus propias intenciones. Ese de Colon es un proyecto estupendo, y á par que me regocijo de que haya tenido imaginacion para concebirlo y corazon para emprenderlo en persona propia, á causa de los beneficios que debe producir al Pagano, y del modo con que necesariamente debe redundar en gloria de Dios, temo sin embargo que no va poco en mi júbilo la idea de que tu nombre será para siempre asociado con esta hazaña grandiosa, y de que tus detractores quedarán avergonzados al ver con cuanta resolucion y cuanto espíritu habrá alcanzádose un fin tan maravilloso.

—No es eso mas que la verdad, Mercedes, toda vez que lleguemos á las Indias: pero si los santos nos abandonasen, y sufrie-

ra desconcierto nuestro designio; mucho recelo que hasta tu misma te avergonzarias de confesar el interés que ahora te tomas, al ver que volvía sin éxito un aventurero desgraciado, haciéndose por lo mismo un objeto de escarnio y de mofa, en vez del digno portador de ese distintivo que con tanta confianza aguardar pretendes.

—Entonces, Luis de Bobadilla, no me conoces, no—repuso Mercedes con presteza, y acentos espresados con un tierno ahinco que le hizo subir á las mejillas la sangre; mientras se aumentaba el brillo de sus ojos hasta que emitieron un lustre que parecía casi sobrenatural—entonces, Luis de Bobadilla no me conoces; deseo que participes de la gloria de esa empresa, porque la calumnia y la censura no del todo han estado ociosas con tu juventud, y porque presiento que el favor de su Alteza ha de conseguirse mas fácilmente por ese medio; mas si piensas que yo creo necesario que poseyera el sobrino de mi tutora el espíritu adecuado para entrar en el proyecto de Colon, á fin de inclinar hácia él mis afectos, entonces ni entiendes los sen-

timientos que contigo me enlazan, ni tienes una justa idea de las horas de pesadumbre que por causa tuya he transcurrido.

—Queridísima, generosísima, nobilísima doncella! Soy indigno de tu veracidad, de tu sincera pureza, y de todos los sentimientos que me consagras! Arrójame de ti, una vez por todas á fin de que no vuelva yo á causarte un momento de pesar.

—No Luis; ese remedio sería mas penoso que la maladia, que te empeñas en curar. Si, mucho lo recelo; contestó la hermosa virgen,⁷⁶ sonriéndose y ruborizándose al hablar, mientras clavaba en el joven sus ojos elocuentes, de modo que dejaba traslucir un volumen entero de ternezas.—Contigo habré de ser infelice ó dichosa, segun á la Providencia le plazca, pero sin ti... miserable de veras!

Tomó ahora el coloquio aquel giro inconexo á par que comprensivo, que suele caracterizar la conversacion de aquellos que sienten tanto como raciocinan, é incluyó mayor número de intereses, de sentimientos y de sucesos que los límites de nuestra obra nos

permite recordar. Como de costumbre, vióse á Luis inconsistente, celoso, arrepentido, lleno de fervor y de protestaciones, ora presintiendo un millar de males, ora figurándose en su fantasía un paraíso terrenal: al paso que Mercedes, se mostraba entusiasta, generosa, apasionada, y sin embargo razonable sobremanera, templada y femenil, correspondiendo á los votos de su fogoso pretendiente con una ternura que parecía perder en su amor todas las demás consideraciones, y repeler con esquividad virginal, y con la dignidad propia de su sexo, las rapsodias, siempre que estas se deslizaban hácia lo exagerado ó indiscreto.

Duró la entrevista una hora, y apenas es necesario añadir, que sendos juramentos de constancia, y votos de no casarse con otra persona fueron tomados y repetidos una y otra vez. Al tiempo de separarse, abrió Mercedes una cajita que contenía sus joyas, y sacando una de ellas la ofreció á su amante como prenda de la veracidad de sus promesas.

—No te daré un guante para que lo lleves

en el yelmo, cuando te presentes en los torneos, Luis; mas te endono este símbolo santo, á fin de que al mismo tiempo conserves en tu memoria el grandioso proyecto que á la vista tienes, y el recuerdo de una que aguardará el resultado con dudas y temores poco menos activos que los del mismo Colon. No necesitas de otro crucifijo para decir tus padre-nuestros, y estas piedras son záfiro, que bien sabes constituyen los emblemas de la fidelidad—virtud que fomentar debes en tu pecho respecto á tu eterna salud, y que no habrá de pesarme saber que conservas siempre viva en tu alma cuando picuses en la indigna dadora de semejante bagatela.

Dijose esto con acentos en parte melancólicos, y en parte livianos, porque Mercedes experimentaba, al despedirse de su amante, tan onerosa pesadumbre sobre su corazón, á la par que cierta esperanza promovida por el sentimiento á que sus palabras acababan de aludir, que la estimulaban á sourceirse jubilosa; mientras salían de sus labios aquellas expresiones seductoras con que las almas juveniles y puras suelen confesar sus emocio-

nes, cuando oprimen al corazón los pensamientos de ausencia y de peligros. Fué la dádiva una crucecita, engastada en las piedras preciosas ya mencionadas, y de alto valor intrínseco, á par que preciosa á causa de los motivos y del carácter de quien la regalaba.

—Has tenido muy presente en esto el cuidado de mi alma, Mercedes, dijo sonriéndose Don Luis, luego que hubo besado la rica cruz una y otra vez; y pareces resuelta á que, si el soberano de Catay se negase á convertirse á nuestra fé, nosotros no nos convertamos á la suya. Mucho recelo que mi oferta aparezca á tus ojos frívola y valadi, comparada con tan magnífica dádiva.

—Un rizo de tus cabellos, Luis, es todo cuanto deseo. Bien sabes que no tengo necesidad de joyas.

—Si yo creyera que la vista de mi guedejada cabeza habria de darte el mas ligero placer, cabello por cabello se separaria de ella al instante, y yo me alejaria de las costas de España con una cholla tan pelada como la de un monge, ó sea como la de un

Agareno; pero tambien los Bobadillas tenemos nuestras alhajuelas, y adornarse con ellas habrá la esposa de un Bobadilla: este collar perteneci6 á mi madre, Mercedes; dicen que en otros tiempos fué propiedad de una reina, aunque nadie lo ha usado que tanto lo hourará como tú.

—Lo acepto, Luis, por ser tuya la dádiva, y rechusarla no estaria bien; sin embargo lo recibo con temblor, pues advierto en estos presentes señales inequívocas de nuestras diferentes naturalezas. Tu has elegido lo brillante y ostentoso, que con el tiempo llega á fatigar, y rara vez conduce á la dicha; mientras mi corazón mugeril me ha encaminado á la constancia. Recelo que alguna brillante beldad del Oriente sea mas adecuada para conseguir tu admiracion duradera, que una pobre doncella castellana, quien tiene por única recomendacion su fé y su cariño.

Siguiéronse fervorosas protestaciones de parte del mancebo, á quien Mercedes permiti6 un cariñoso y prolongado abrazo antes de separarse. Llor6 ella sobre el seno de Don Luis, y en el instante preciso de la partida,

como siempre sucede á las mugeres, la naturaleza venció á los usos del mundo, y su alma toda manifestó su debilidad. Al fin arrancóse de sus brazos el jóven noble, y aquella misma noche tomó el camino de la costa, bajo un nombre fingido, y en humilde trage. Colon le habia precedido ya.



CAPITULO II.



Mas do está Haroldo! y olvidar podemos
Que hácia las ondas vago se encamina
Sin que su pecho abrumen las zozobras
Que a los demas mortales agonizan?
Pues no por él lamentase su amada
Con sollozo falaz; ni mauo amiga
Tiéndese para darle a lios postrero
Quando el frio extraño pasa a agenos climas!

LORD BYRON. 76

N ha de suponer el lector que los ojos de la Europa estuviesen fijos en nuestros aventureros. La verdad y la mentira, compañeras inseparables en todos tiempos, segun parece, no se hallaban difundidas entónces por toda la faz del mundo merced á los periódicos, con diligencia mercenaria; y solo unos pocos predilectos lograban noticia precoz de las empresas

semejantes á aquella en que Colon se hallaba interesado. Asi es que Luis de Bobadilla se ausentó de la corte sin que se le notase, y los pocos que desde luego echaron de menos su presencia, ora le supusieron de visita en algunos de sus castillos, ora empleado en alguna nueva correria, de las que acostumbraba, y que se tenian por mengua de su nobleza y se juzgaban como indignas de su cuna. Respecto al Genovés mismo, apenas se hizo el mas leve caso de su desaparicion, aunque se susurraba entre los cortesanos, que Isabela habia entrado en ciertos compromisos con él; circunstancia que concedia al aventurero un rango mas alto y ventajas mayores de las que sus futuros servicios podrian jamás justificar, segun las conjeturas mas probables. Los demas empleados en la expedicion eran demasiado insignificantes para merecer noticia, y habian partido individualmente hácia la costa sin que el conocimiento de sus acciones se extendiese mucho mas allá del angosto círculo de sus propios amigos y relacionados. Tampoco esta expedicion, tan osada en su designio como interesante en sus consecuencias, estaba desti-

nada á darse á la vela desde uno de los puertos principales de España; sino que se habian espedido órdenes para que se suministrasen los medios adecuados en una enseada de clase inferior, y la cual parecia poseer por única recomendacion para este servicio extraordinario un surtido de robustos marinos, y una posicion en las afueras del estrecho de Gibraltar, que infestaban á veces multitud de piratas procedentes de las costas de Africa. Sin embargo, dice se que la orden señalaba el lugar en cuestion, á causa de haber este incurrido en cierta pena legal, por cuyo motivo se le habia condenado á servir á la corona por espacio de un año con dos caravelas armadas en guerra. Parece que semejantes castigos formaban la política de una época en que las armadas estaban constituidas generalmente de buques embarcados en los puertos de mar, y en que por lo comun se tripulaban las escuadras con soldados de los tercios de tierra.

Palos de Moguer, lugar sentenciado á satisfacer este tributo por causa de alguna omision, era una villa de corta importancia

aun á fines del siglo décimo quinto; desde entónces acá ha ido cada vez á menos, hasta quedar reducido á una aldea insignificante de pescadores. Parecido á la mayor parte de los lugares que deben poco á la naturaleza, su poblacion era robusta, y emprendedora hasta el punto que á la empresa ponía límites la ignorancia en aquella época. No poseía carracas suntuosas, pues que su tragin peculiar y su falta de opulencia confinaba todos sus esfuerzos á la navegacion de la ligera caravela y de la aun mas diminutiva saluca. Y en verdad, todos los arbitrios que Colon habia logrado conseguir de las dos coronas, en virtud de sus prolongadas solicitudes, fueron una órden para el armamento de las dos caravelas antemencionadas, con la dotacion de oficiales y marineros que siempre componian las reales expediciones. Sin embargo, no deberá el lector inferir de este hecho que hubiese mezquindad de espíritu, ni falta de buena fé por parte de Isabela. Esto era debido en cierto punto á la exhausta condicion de su tesoro; consecuencia de sus recientes guerras con el Infiel, y tal vez en

mayor grado á la esperiencia y discrecion del gran navegante mismo, quien comprendia perfectamente que para los objetos de descubrimiento los buques de aquel porte serian mas útiles y seguros que otros de mayor cala.

Sobre un promontorio peñascoso, y distante una legua corta de la aldea de Palos, estaba sito el convento de la Rabida, tan célebre desde entonces por su hospitalidad á Colon. En la porteria de este edificio siete años antes, el piloto genovés, llevando de la mano á su tierno hijo, se presentára en solicitud de un poco de vianda para su niño hambriento y desinayado. (á) El hecho es

(á) En efecto, á la caída de una tarde cierto extranjero, humildemente vestido y acompañado de un párvulo, se paró á descansar delante de la puerta del espresado convento y solicitó del portero un pedacito de pan y un trago de agua para alentar á su fatigado hijo. Acertó á pasar por allí Fray Juan Perez, religioso de la misma casa, y reparando en la noble figura de Colon, pues era este el necesitado caminante, le hizo subir á su celda, é informado del objeto de su viaje, acogió con entusiasmo sus teorías; se hizo cargo de su tierno niño, y proporcionó al navegante in-

harto conocido para necesitar repeticion, y nos contentaremos con añadir, que la larga residencia del navegante en el convento, y los buenos amigos que habia hallado entre los reverendos franciscanos que lo ocupaban, así como entre otros sujetos de las inmediaciones, fueron quizás poderosos motivos para influirle en dirigir la eleccion que hizo la corona de este punto particular. No solo habia circulado Colon sus opiniones entre los religiosos, sino entre las personas mas inteligentes de la vecindad, y los primeros prosélitos que obtuvo en España pertenecieron á esta aldea.

dios para trasladarse á Córdoba, donde estaba la corte á la sazón.

Apesar que Cooper se detiene poco sobre este hecho por demasiado sabido, no me parece ocioso especificarlo en este lugar, á causa del maravilloso antitesis que se deduce de esta ocurrencia. Colon, que venia á España para regalar á la corona nada menos que un mundo, se vió precisado á mendigar á los primeros pasos que dió en ella, un mendrugo de pan y una alcarraza de agua del portero de un pobre convento de frailes mendicantes!!!

¡Qué tema tan vasto de reflexiones para el filósofo!

N. del T.

Sin embargo de todas las circunstancias mencionadas, la orden de la corona para alistar las caravelas esparció la consternacion entre los marineros de Palos. En aquel siglo, creiase una maravillosa proeza hacer viages costanceros al Africa, y arrimarse al equador. Las noticias mas vagas, respecto á aquellas regiones desconocidas, existian entre el pueblo, y muchos llegaban hasta á creer que en virtud de seguir rumbo al sud seria posible abordar una parte de la tierra, donde la vida animal y vegetal hubiese de tener término por causa del calor intenso del sol. La revolucion de los planetas, el movimiento diurno del globo terráqueo y la causa de las mudanzas de las estaciones, eran á la sazón misterios profundos, hasta para los hombres sabios; ó si bien existian destellos de la verdad, eran cual los primeros albores de la mañana, que vacilantes y turbios anuncian la proximidad del dia. No es pues extraño que los sencillos é incultos marineros de Palos considerasen la orden de la corona como una sentencia de esterminio para cuantos estuviesen destinados á obedecerla. Creia-

se que el océano, tan luego como se traspasaran ciertos límites, sería como el firmamento, una especie de vacío en estado de caos; mientras la imaginación de los ignorantes evocara sendas corrientes y remolinos que se suponía condujeran á climas tórridos y á escenas horrorosas de destrucción. Muchos también juzgaban posible alcanzar los límites más remotos de la tierra, y deslizarse desde allí al vacío por medio de corrientes rápidas á par que imperceptibles.

Tal era el estado de las cosas á mediados del mes de julio. Todavía se hallaba Colón en el convento de la Rabida, siendo huésped de su constante y adherente amigo, fray Juan Pérez, cuando un hermano lego entró en la celda donde estaban ambos con el objeto de anunciarles que un forastero se había apeado en la portería y preguntaba con ahínco por el Sr. Cristóbal Colón.

—¿Tiene aspecto de ser algún mensajero de la Corte? preguntó el navegante; pues desde el mal éxito que tuvo la misión de Juan de Peñalosa, aguardamos nuevas órdenes de su Alteza á fin de llevar á cabo sus magnánimas intenciones.

—No creo tal, señor, dijo el lego; los ginetes de la reina vienen por lo común en grave aprieto, con sus caballos hechos una espuma, y con aire afanoso y voces gritadoras, mientras este joven cabalgador tiene un aire sumamente modesto, y monta una robusta mula andaluza.

—¿Te dijo su nombre, buen Sancho?

—Dijome dos, señor, nombrándose Pedro de Muñoz, ó Pero Gutierrez sin Don ninguno.

—Está muy bien, exclamó Colón, dirigiéndose á la puerta con alguna premura, aunque cobibiéndose al instante. Estoy esperando á ese mozo, y bien venido sea. Hazle entrar sin dilación, amigo Sancho, y prescinde de toda ceremonia inútil.

—¿Algún conocido de la corte? observó el prior, haciendo indirectamente la pregunta.

—Un joven, padre mío, dotado de tal espíritu, que va á arriesgar su vida y reputación en pró de la gloria del Altísimo; y del adelanto de su santa iglesia, embarcándose en nuestra expedición. Desciende de un linaje respetable, y no carece de los dones de

la fortuna. A no haber sido por el cuidado de sus tutores, y la inhabilidad de sus pocos años, no nos hubiera hecho falta el oro para subvenir á nuestros apuros. Por lo demas, viene á aventurar su propia persona, si podemos denominar aventura á una expedicion que parece burlarse hasta de las órdenes mismas de sus Altezas.

Al concluir el navegante esta observacion, abrióse la puerta, y entró en el aposento Don Luis de Bobadilla. El jóven Grande se habia despojado de los testimonios exteriores de su escelso rango, y presentábase ahora en la modesta guisa de un caminante, perteneciente á una clase mas á propósito para suministrar un recluta ordinario, que un sócio de la privilegiada alcurnia que al caballero decoraba. Saludando á Colon con respeto cordial y sincero, y al franciscano con humilde deferencia, advirtió aquel desde luego que este espíritu gallardo y desasosegado se habia inscrito en la empresa de todas veras, y con la firme resolucion de poner en práctica todos los medios que le pusiesen á cabo de desempeñar sus miras.

—Bien venido seas, honrado Pedro, díjole Colon, luego que Don Luis le hubo saludado; llegas á estas playas en el preciso momento en que tu presencia y apoyo pueden sernos en extremo útiles. La primera orden de sus Altezas, en cuya virtud debia yo haber conseguido los servicios de las dos caravelas, que son regalia del estado, ha sido desairada completamente; y un segundo mandato, facultándome á hacer presa de cualquiera nao, adecuada á nuestro objeto, ha tenido resultas casi iguales, no obstante que el señor de Peñalosa fué enviado directamente de la corte para hacer válida la resolucion, bajo pena de cámara al puerto de Palos de pagar la dieta diaria de doscientos maravedies, hasta tener efecto la real orden. Estos imbéciles han evocado toda clase de errores con que asombrarse á sí mismos y á sus convecinos, y ahora me encuentro tan distante de la consecucion de mis esperanzas, como lo estaba antes que este santo padre me hubiera dispensado su amistad, y la reina Doña Isabel su patrocinio. Fatigoso es, buen Pedro, consumir la vida en esperanzas frustradas, con tal ob-

jeto á la vista para estender el conocimiento de la verdad y ensanchar los límites de la iglesia.

—Soy portador de buenas noticias, señor almirante, respondió el jóven noble. Viajando para acá desde la villa de Moguer, júnteme en el camino con un tal Martin Alonso Pinzon, hombre de mar con quien he navegado anteriormente, y largo ha sido nuestro coloquio acerca de vuestra comision y dificultades. Dijome que era conocido vuestro, señor Colon, y á juzgar de sus dichos, opina favorablemente de la empresa.

—Verdad, verdad, amigo Pedro, y con frecuencia ha prestado oido á mis razones, á fuer de piloto discreto y hábil, cual sin duda le considero. ¿Pero has dicho que *tu* le conocias?

—Si, señor, si; hemos viajado juntos, hasta Chipre en una ocasion, y otra vez á la isla de los ingleses. En viages tan largos, suelen adquirir los hombres un justo conocimiento de su temple mútuo y reciproca disposicion; en verdad que juzgo favorablemente de una cosa y otra en este navegante Pinzon.

—Eres demasiado jóven para aventurar un juicio respecto á un piloto, de los años y de la esperiencia de Martin Alonso, interpuso el fraile, pues es un hombre muy acreditado en esta vecindad, y no poco opulento. Sin embargo, pláceme en el alma saber que se mantiene en la misma opinion que antes, respecto á este viage; pues, recientemente, sospeché que hasta él mismo habia comenzado á vacilar.

Don Luis habia hablado del hombre grande de la vecindad en términos que mas correspondian á un Bobadilla, que adecuaban á su fingido nombre de Pero Muñoz; pero una mirada de Colon le advirtió al instante olvidase su rango y tuviese presente el disfraz que adoptado habia.

—Eso es halagüeño, advirtió el navegante, y nos presta una perspectiva mas risueña de Catay. Creo que dijiste, que te hallabas caminando entre Moguer y Palos, cuando tuviste ese coloquio con nuestro conocido, el buen Martin Alonso Pinzon?

—Asi me hallaba en efecto, y él es quien me envia aqui en busca del almirante. Os

dió el tratamiento que debeis á la gracia de la reina, y no considero esta como una señal muy frívola de afecto, cuando la mayor parte de los otros vecinos de estos lugares con quienes conversado he, se encuentran dispuestos á apellidaros de un modo bien distinto.

—Nadie debe tomar parte en esta empresa, repuso el navegante con gravedad, cual si quisiese insinuar al mancebo que ahora tenia proporcion de retirarse de la aventura si lo juzgaba á bien—que dispuesto se sienta á obrar de diversa manera, ó desconfie de mis conocimientos.

—Por San Pedro,⁷⁹ mi patrono! refieren otro cuento en Palos y Moguer, señor almirante, contestó riéndose Luis; en cuyos lugares he sabido que ningun hombre, cuya piel esté algo tostada por las brisas del océano, se atreve á asomar por los caminos, no sea que le envíen á Catay por una vía, que nadie ha trillado aun sino en imaginacion. Existe sin embargo, un voluntario libre y gustoso, que se halla dispuesto á seguiros hasta los bordes de la tierra, dado caso que esta sea

plana, ó acompañaros en torno de ella, toda vez que sea una bota, y ese es un tal Pedro de Muñoz, quien se compromete en la aventura, no por el sucio amor del oro, ni por amor de otra cosa ninguna de cuantas los hombres por lo comun aprecian, sino por el neto amor de las aventuras, algo aguzado y subido de punto á impulsos del amor de la mas pura y hermosa doncella de Castilla.

Fray Juan Perez fijó unos ojos tamaños en el locutor, cuyas libres maneras y franqueza de espresiones le sorprendian en sumo grado; porque Colon habia conseguido adquirir tal respeto, que pocos presumian usar de liviandad en su presencia, aun antes de que se le viese condecorado con el alto rango, conferidole recientemente por el nombramiento de Isabela. Poco se sospechaba el buen religioso que un sugeto de clase personal aun mas elevada, aunque completamente desnudo de todo carácter oficial, estaba delante de él, bajo el supuesto nombre de Pedro de Muñoz; y no pudo ménos de insinuar otra vez el ningun gusto que le daba semejante libertad de lengua y de comportacion para con aquellos

á quienes él mismo acostumbraba considerar con respeto tan profundo.

—Parece, señor Pedro de Muñoz, le dijo, ya que este es vuestro nombre, aunque el título de Duque, Marques ó Conde seria mas adecuado á vuestras maneras, que tratais á su escelencia el almirante con tanta liviandad de pensamientos como á nuestro digno vecino Martin Alonso; un subordinado deberia ser mas humilde, y no permitirse tales cuchufletas sobre las opiniones de su caudillo, ni expresarse en estilo tan falto de comedimiento.

—Ruego me perdoneis, santo padre, y pido igual venia al almirante, quien supongo me entiende mejor, por los justos motivos de ofensa que hayais tenido. Quanto quise expresar era, que conozco á ese Martin Alonso, amigo vuestro, pues hemos navegado juntos; que tambien hemos traído en amor y compañía hoy una misma jornada de algunas leguas, y que despues de conversacion íntima, me ha hecho saber su amistoso deseo de poner el hombro á la rueda, con el fin de desatollar esta espedicion, si no de un lodazal, á lo ménos de las arenas del rio; y que

tambien me prometió venir á este santo convento de la Rabida para ese mismo propósito, y solo para ese. Respecto á mi, lo que puedo añadir es que aqui estoy, pronto á seguir á donde quiera que el ilustre señor Colon juzgue conveniente guiarme.

—Está muy bien, honrado Pedro, interpuso el almirante; y hago el honor debido á tu espíritu y sinceridad, lo que habrá de satisfacerte hasta que se ofrezca ocasion de convencer á los demás. Plácenme estas nuevas respecto á Martin Alonso, buen padre, pues que inmenso servicio prestarnos pudiera, y su celo hace dias que ha empezado á flaquear.

—Cierto que nos será de incalculable ayuda, toda vez que acometa la empresa con anhelo. Martin es el piloto mas célebre de estas costas; pues, aunque yo no sabia que hubiese estado en Chipre, cual parece por el informe de este mancebo, constábame que habia hecho frecuentes viajes hasta el norte de Francia, y al sur hasta las islas Canarias. ¿Y creéis, señor almirante, que se encuentre Caltay á mayor distancia que Chipre?

Sonrióse Colon al oír la pregunta, y meneó la cabeza del modo que lo haría uno que intentára preparar á un amigo para una noticia que no esperase.

Aunque Chipre esté poco distante de la Tierra Santa, y sea la sede del poder Mahometano, contestó el sabio piloto, mucho mas lejana se encuentra la region de Catay. No me lisonjeo á mí mismo, ni pretendo lisonjear á los que se hallen dispuestos á seguirme, con la esperanza de llegar á las Indias en virtud de un viage que se estienda á ménos de ochocientas ó mil leguas bien medidas.

—Esa es una distancia fatigosa é imponente! exclamó el franciscano, miéntras Don Luis se sonreía con indiferencia, pues le era igualmente material tener que medir mil leguas ó diez mil en el océano, con tal que el viage le condujese á Mercedes y fuese fecundo en aventuras.—Esa es una distancia fatigosa é imponente, y sin embargo, no dudo, señor almirant⁸¹, que seais el hombre destinado por la Providencia á superar sus límites, y á abrir el camino para los que os sucedan, enarbolando la cruz de Cristo y las promesas de su redencion.

—Tal esperamos, contestó Colon haciendo con toda reverencia el signo usual del sagrado emblema á que aludia su amigo—y en prueba de que tenemos algun fundamento mundano para esa esperanza, aqui viene el señor Pinzon mismo, y con aparente premura para vernos.

Martin Alonso Pinzon, cuyo nombre es tan familiar á los lectores del descubrimiento de América, por haber prestado tan útil servicio á Colon en su vasta empresa, entró ahora en la celda, aparentemente absorto en algun determinado designio, como los ojos observadores del Genovés descubrieron al instante. No fué corta la sorpresa de Fray Juan Perez al advertir que el primer saludo de Martin Alonso, el hombre grande de la vecindad, fuese dirigido á Pedro, el segundo al almirante y el último á él mismo. No hubo tiempo, sin embargo, para que el honrado religioso, quien siempre estaba dispuesto á reprochar en el acto cualquiera falta de decoro, espresase lo que en aquella ocasion sentia, pues Martin Alonso dió principio á esplicar el objeto de su venida, con tal ansia,

que dejó conocer no era aquella una mera visita de amistad ni de ceremonia.

—Mucho me pena, señor Almirante, comenzó Pinzon, saber la pertinacia y desobediencia á las órdenes de la reina, cual se ha manifestado entre nuestros marinos de Palos. Aunque vecino de este mismo puerto, y apesar de ser uno de los que han mirado vuestras opiniones del viage occidental con mayor respeto, cuando no con fé absoluta, ignoraba el pleno desborde de la insubordinacion á que aludo; hasta que encontré por un acaso en el camino á un antiguo camarada, en la persona del señor Don Pedro..... quiero decir de este Señor Pero Muñoz, el que, procedente de comarcas lejanas, ha observado mayor parte de nuestros deslices, que yo habia tenido ocasion de conocer. Pero, señor almirante, supongo que no es esta la vez primera que llega á vuestra noticia la materia strafalaria de que estan hechos los hombres. Se nos dice que son seres racionantes; mas sin embargo de esa innegable verdad, como acontece que apenas uno entre ciento se toma la molestia de dejarse dirigir por su pro-

pia razon, fácil es encontrar medios de hacer mudar de parecer á un número suficiente para todas vuestras necesidades, sin que lleguen á sospecharlo ni aun ellos mismos.

—Esa es mucha verdad, vecino Martin Alonso, interpuso el fraile; y tan grande es, que pudiera introducirse en una homilia sin descrédito de la religion. El hombre es un animal racional, y tambien un animal indefinible; pero no es licito que sea un animal *pensador*⁸². En asuntos de iglesia, verbi gracia, como que sus intereses se hallan bajo la salvaguardia de un ministerio, ¿qué tienen que ver con ellos los indoctos ni los ignorantes? Ahora, en materias de navegacion, parece que un timonel bien puede valer mas que ciento. Aunque el hombre sea un animal racionante, hay muchos casos en que está obligado á obedecer sin racionar, y muy pocos en que deba permitirsele que racione sin obedecer.

—Mucha verdad, santo religioso y muy excelente vecino; y tan obvia es, que no se hallará en todo Palos un hombre que la niegue. Y ahora que estamos en el asunto, se

82. En cursiva en el original.

me tolerará que añada haber sido precisamente la iglesia, quien ha interpuesto mayor número de obstáculos para que no se realizasen las miras del señor Colon. Todas las viejas de este puerto aseguran que la idea de ser redonda la tierra es una completa heregía, y contraria á los escritos santos, y si hemos de decir la verdad, no faltan en este convento muchos de escaleras abajo que apoyen esta opinion. Por cierto que parece absurdo decirle á una persona que jamas haya puesto los pies fuera de la tierra firme, y que acostumbra verse con mayor frecuencia en un valle que en una elevacion, que el globo es redondo; y aun yo mismo, que tantas veces he sureado el océano, seria igualmente incrédulo, á no ser porque se me ha ofrecido ver salir del horizonte las velas superiores y mas pequeñas de un buque, antes que lo demás, así como los campanarios y cruces de las poblaciones, aunque sean los objetos mas pequeños de las naves y de las iglesias. Nosotros, hombres de mar, tenemos nuestro modo de imbuir ánimo á nuestros seguidores, y vosotros hombres de iglesia os valeis para

el mismo efecto de arbitrios distintos: yo traigo ahora de atestar de pensamientos mas sabios las cabezas de los marinos de mi pueblo, y espero, reverendo vecino, que pongais en accion los resortes de la iglesia, á fin de acallar á las mugeres, y deshacer las dudas de los mas celosos entre vuestra misma fraternidad.

—¿Y he de lisongearme con la esperanza, señor Pinzon, de que es vuestro objeto interesaros mas directamente y con mas sincero ahinco que antes en el buen éxito de mi empresa? preguntó Colon.

—No os quepa duda de que tal es mi idea; toda vez que podamos entendernos favorablemente acerca de las condiciones, cual vos mismo, segun parece, habeis convenido con nuestra escelsa señora Doña Isabela de Trastamara. He tenido un corto coloquio con el señor Don... quiero decir con el señor Pedro de Muñoz... válgame Dios! en estos últimos tiempos se me ha pegado la maña de ser estrechado en cortesia... pero como este es un manco muy cuerdo, y demuestra afan por embarcarse con vos, me he entusiasmado hasta

el punto de antojárseme tomar parte en la expedición. El señor de Muñoz y yo hemos viajado juntos tanto tiempo, que de buena gana quisiera ver de nuevo su digno rostro sobre el anchuroso océano.

—Estas son prósperas nuevas, Martín Alouso, interpuso con ansia el buen fraile, y tu alma, y las almas de cuantos te pertenecen, recogerán los beneficios de tan varonil y piadosa resolución. Señor almirante, una cosa es tener á sus Altezas de vuestra parte en un lugar como este de Palos, y otra alcanzar la concurrencia de mi digno vecino el honrado Pinzon; pues si aquellos son soberanos por la ley, este es un emperador por la nombradía. Ahora no dudo que las caravelas tarden muy poco en alistarse.

—En el supuesto de que os prestais, según parece, á interesaros con todas veras en nuestra expedición, señor Martín Alouso, añadió el almirante con su respetuosa gravedad, habreis sin duda masticado las condiciones, y venis dispuesto á hacérnoslas saber. ¿Consisten estas en algunos de los términos que ya anteriormente hemos discutido entre los dos?

—Señor almirante, acertádolo habeis: aunque nuestros bolsillos no se hallan hoy tan bien provistos de oro, como cuando hablamos la última vez sobre esta materia. Acerca del punto que acabo de insinuar, pueden existir algunos obstáculos; ahora por lo demás creo que una breve esplicacion entre nosotros dejará el asunto libre de toda duda.

—Respecto á la octava parte, para cuyo interes me han facultado Sus Altezas, habrá ahora ménos causa para discutir este capítulo, que cuando consultamos en la postrera ocasion; porque pueden ofrecerse otros arbitrios para redimir esa prenda.—Colon al espresarse así, volvió los ojos involuntariamente hácia el finjido Pero, y su ojeada siguieron los de Martín Alouso en prueba de que habia comprendido á su colocutor—pero habrá que vencer muchas dificultades respecto á estos asustados y necios marinos, y las cuales, sin embargo, podran ceder á vuestra influencia. Si os place venir conmigo á la celda inmediata, discutiremos desde luego los diversos capítulos de mi contrato, y entretanto dejaremos á este doncel á la hospitalidad de nuestro reverendo amigo. 10

No habiendo manifestado el religioso repugnancia alguna á esta propuesta, púsose en egecucion de contino. Pinzon y el navegante se retiraron á una estancia mas privada, dejando á Fray Juan Perez á solas con nuestro héroe.

—¿Conque, piensas seriamente alistarte en esta grandiosa expedicion que va á comandar el almirante? dijo el franciscano, luego que cerraron la puerta los dos pilotos, y miró á Luis, por primera vez, con un escrutinio mas severo que hasta entónces habia tenido lugar de poner en práctica. Tu te comportas mucho cual acostumbran los nobles jóvenes de la córte, y tiempo tendrás de adquirir un talante ménos altivo en los estrechos límites de nuestras caravelas de Palos.

—No me son desconocidas las naos, carracas, fustas, pinazas, ni el carabelon ni la feluca, santo padre, y comportarme he con el almirante en la misma guisa que lo haria ante Don Fernando de Aragon, si fuese mi compañero de viage, ó en la presencia de Boabdél de Granada, toda vez que ese desgraciado monarca se hallase entronizado de nuevo en

el solio de donde ha tan poco tiempo se le precipitára, y le viéramos impeliendo á sus caballeros para cerrar contra los hidalgos de la España cristiana.

—Esas son palabras harto retumbantes, hijo mio; vaya! y proferidas en tono de torneo; pero de nada te servirán con este Genovés, que tiene dentro de sí lo que no le haria cortarse ni aun en la presencia de nuestra augusta señora Doña Isabela de Castilla.

—¿Y vos conocéis por acaso á la reina, santo varon? preguntó Luis, olvidando su simulado carácter en la libertad de sus expresiones.

—Dado me es conocer lo mas recóndito de su alma, hijo mio; pues con frecuencia he escuchado los secretos de su espíritu puro y manso, en el sacramento de la confesion. Por mucho que la amemos nosotros los castellanos, nadie puede saber la elevacion veridica y espiritual de aquella piadosa princesa y muger escelentísima, á no ser que haya tenido la felicidad de confesarla.

—Tosió Don Luis, y jugueteando con la empuñadura de su daga, dió suelta, como de

costumbre, á la primera idea que se le ocurrió.

—¿Y decidme, padre, en virtud de algun acaso que os proporcionaran vuestros sagrados deberes, os fué preciso alguna vez confesar lá una damisela de la corte á quien profesa a reina señalado cariño, preguntò el jóven— v cuyo espíritu, yo salgo garante, es cuando menos tan puro como el de la misma Doña Isabel?

—Tu pregunta, hijo mio, demuestra mayor necesidad de que acudas á Salamanca, á fin de que te instruyan en la historia, prácticas, y fé de la iglesia, con preferencia á alistarte en una expedicion, aunque sea tan recomendable como esta que el Genovés ha tomado á su cargo. ¿Ignoras que á nosotros los sacerdotes no se permite revelar los secretos del confesonario, ni formar comparaciones entre los penitentes? y además, que no tomamos ni aun á la misma Doña Isabel... la virgen santísima la conserve en su santa guarda... por tipo de la santidad á que todos los cristianos estan obligados á dirigirse? La doncella de quien hablas puede ser virtuosa,

en conformidad á las nociones mundanas, y ser no obstante una grave pecadora á los ojos de la santa madre iglesia.

—Yo quisiera, antes de salir de España, oir á un Mendoza ó á un Guzman, que no gozase el privilegio de tener un cerquillo una cholla rapada, atreverse á decir otro tanto, venerable guardian.

—Eres alborotado, fogoso, y hablas necesidades, hijo: ¿qué pudiera uno como tu decir á un Mendoza, á un Guzman, ó á un Bobadilla, aun cuando se espresase en los términos que mejor te agradaran? Pero, ¿quién es la doncella, por la cual parecen interesarse tus sentimientos á tal grado, aunque mucho dudo que obtengan correspondencia?

—No hablé mas que de chanza. Nuestras situaciones han abierto entre nosotros tal sima, que es muy probable no llegemos jamas á hacer trueque de palábras; ni es tanto mi mérito que le hiciera olvidar las escelsas ventajas que tan alta sobre mí la encumbran.

—Ya! ¿pero tendrá algun nombre?

—Lo tiene, reverendo señor, y noble en

sumo grado además; tuve en mis pensamientos á Doña Mercedes de Valverde, cuando mis labios dieron salida al liviano conceto. Es probable que conozcais á esa heredera ilustre!

Fray Juan Perez, que era un sacerdote verdaderamente intachable, hizo un movimiento de sorpresa al oír este nombre; luego clavó los ojos en el jóven con espresion de lástima, y en seguida inclinó la cabeza hácia los ladrillos que servian de solera á la habitacion; y sonriéndose meneó la cabeza cual si rebuliesen en ella los pensamientos mas activos.

—Verdad es que conozco á esa dama, dijo el guardian; y aun la última vez que tuvo en la corte para este asunto de Colon, aconteciendo que su confesor se pusiese enfermo, tuve que confesarla así como también á su régia señora. Cierto es que bien merece la estimacion de Doña Isabel; pero tus encomios de esa noble doncella, y que deben parecerse en algo á los que tributamos con distancia al sol que rueda sobre nuestras cabezas, dificulto que esten fundados en ninguna esperanza racional.

—Eso no lo podeis saber, padre mio. Si la expedicion tuviese el éxito que esperamos, cuantos han tomado parte en ella serán honrados y enaltecidos; ¿y por qué no yo como los demas?

—En eso tal vez no vayas equivocado; mas respecto á Doña... contúvose aquí el franciscano pues se hallaba á punto de revelar los secretos de la confesion. Y en verdad habian escuchado sus oídos las palabras de penitencia que emitieran los labios de Mercedes; y de las cuales su amor hácia Don Luis era el tema principal; y habia sido el fraile mismo quien con una especie de fraude piadoso, que involuntariamente se le ocurriera, insinuára el recurso de tornar en provecho de los amores del jóven su propension á las correrías. En aquel instante casi rebozaba en las mientes del buen religioso el recuerdo de la pureza de alma y sentimientos esquisitos de su hechicera penitente, mas la costumbre y el deber intervinieron á tiempo para impedir pronunciase el nombre que ya temblaba sobre sus labios. Apesar de eso, siguieron sus ideas en la serie misma, y su lengua dió pa-

labras á aquellas que creyó nada tendrían de imprudentes.—Mucho mundo has corrido segun nos dió á entender el saludo de Pinzon, continuó el fraile, despues de una corta pausa: ¿has topado alguna vez en tus muchos viajes con cierto caballero castellano, nombrado Don Luis de Bobadilla... un Grande á quien decora tambien el titulo de conde de Llera.

—Poco sé de sus esperanzas, y menos me importan sus dictados, contestó con serenidad el jóven noble, creyendo le estaria bien manifestar una indiferencia heroica hacia las opiniones del franciscano; pero he visto á ese caballero: por cierto que es un jóven tan vagamundo, descabellado y escéntrico que poco bueno habrá de esperarse de él nunca.

—Temo que eso sea demasiado cierto, repuso Fray Juan Perez, meneando la cabeza con aire melancólico; y sin embargo aseguran que es un gallardo caballero, y la mejor lanza de cuantas hay en la España toda.

—Ay! hasta ahí puede ser, respondió el de Llera, tosiendo un poco mas de recio que el decoro permitia, porque su garganta empezaba á

sentir cierta garraspera: hasta ahí puede ser; mas ¿de qué sirve una buena lanza sin una buena reputacion? he oido hablar muy poco que sea lisongero para ese jóven noble de Castilla.

—Creo que no es el sugeto por quien comunmente se le tiene, replicó el sencillo fraile, sin sospechar en lo mas mínimo el incognito de su colocutor; y me consta que hay quienes juzguen bien de él... aun mas, personas cuya existencia, y aun pudiera decir, cuya alma misma está concentrada, en ese mancebo.

—Franciscano bendito!—¿por qué no mencionais los nombres de una ó dos de esas personas? preguntó Luis con una impetuosidad que hizo sobresaltarse al prior.

—¿Y por qué habré de revelártelos á tí, hijo mio, mas que á otro cualquiera?

—¿Por qué, padre?... por muchas razones buenisimas y muy convincentes. En primer lugar, yo mismo soy un jóven, como estais viendo, y el ejemplo, dicen, vale mas que el precepto. Luego, tambien, yo soy algo dado á las correrias, y puede aprovecharme el saber que tal lo han escapado otros que tuvieran propensiones iguales. Ademas que me regocijaria has-

ta en lo maa recóndito de mi alma si aprendiese que... pero dos argumentos concluyentes son mas validos que tres, y ya vos habeis proferido uno.

Fray Juan Perez, cristiano timorato, eclesiástico instruido, y hombre de letras profundo y liberal, era al mismo tiempo mas simple que un niño respecto á las materias que tenian referencia con el mundo y sus pasiones. Sin embargo, no fué tan lerdo que pudiera escapársele la estraña comportacion, ni el lenguaje aun mas estraño de su huésped. Sus pensamientos habian tomado cierta direccion luego que se mencionó el nombre de nuestra heroína; y como él mismo habia sido quien trazara el rumbo que tan afanoso siguiera el noble mancebo, no tardó la verdad en ilustrar su imaginacion.

—Jóven caballero, exclamó el religioso, vos sois Don Luis de Bobadilla!

Jamas disputaré los conocimientos proféticos de un eclesiástico, dignísimo prior, despues de vuestro descubrimiento. Yo soy el «mismo» que decis, alistado en esta empresa á fin de ganar el amor de Doña Mercedes de Valverde.

—No me equivoqué...: pero, señor, bien podiais haber tomado nuestro pobre convento menos de sorpresa. Permitidme ordene que los legos os ofrezcan algun refrigerio.

—Perdonadme, escelentísimo prior; Pedro de Muñoz, ó sea Pero Gutierrez no tiene en este momento necesidad de alimentarse; pero ahora que me conoceis, ¿habrá menos razon para que hablemos acerca de Doña Mercedes?

—Ahora que os conozco, señor conde, hay mas razon para que guardemos silencio sobre ese punto, contestó Fray Juan Perez sonriéndose: Vuestra tia, la muy apreciable y virtuosa Marquesa de Moya, podrá proporcionaros todos los medios para traer á buena cuenta vuestras pretensiones con esa digna damisela; y mal estaria á un eclesiástico poner trabas á su prudencia en virtud de una indiscreta mediacion.

Estas esplicaciones sirvieron de preludio á un diálogo dilatado y de la mayor confianza, durante el cual, ahora que se hallaba en guardia el prior, consiguió salvar su principal secreto, aunque alentaba al jóven respecto á las

84

esperanzas vitales que su existencia constituían, así como también en su propósito de adherirse á las fortunas del navegante. Entretanto Colon seguía encerrado con su nuevo consejero, y cuando ambos volvieron á presentarse en la celda de Fray Juan Perez, divulgóse entre los que se hallaban de puertas afuera, que Martin Alonso Pinzon se habia comprometido en el proyecto con tanto celo, que tenia intencion de embarcarse efectivamente abordo de una de las caravelas:



CAPITULO III.



Mas aquel que en delicia tenebrosa
Cada peligro torna, y su mirada
En cada yermo posa,
Sigue audaz su camino, y la pisada
Sin espanto imprimiera
Donde sobrecogida
El que ama la vida
Su planta con terror retrocediera.

EL ABENCERRAGE. ⁸⁴

L A noticia de que Martin Alonso Pinzon iba á contarse entre los seguidores del piloto genovés se esparció por la aldea de Palos con la rapidez de un incendio. Ya dejaron de faltar voluntarios; pues el ejemplo de un sugeto tan conocido y respetado en aquellas cercanias obró mas eficazmente en el espíritu de los hombres de mar, que las ór-

denes de la Reina ó la filosofía de Colon. Todos conocian á Martin Alonso, estaban acostumbra- dos á someterse á su influencia y tenian confian- za en su juicio; cuando por lo contrario los desnudos mandatos de unos soberanos ausentes, aunque bien queridos, tenian mejor el ca- rácter de una severa pena que de una empre- sa generosa; y respecto á Colon, aunque á la mayor parte de los que le trataban infun- dia respeto su venerando talante, así como sus graves maneras, luego que volvía las es- paldas se le consideraba como á un simple aventurero en Palos, cual se le habia tenido en Santa Fé.

Aprestáronse los Pinzones á hechar mano de la tarea que en la espedicion les cabia, á manera de hombres que estaban mas acos- tumbrados á obrar, que á cerner proyectos. Varios individuos de su familia acometieron la empresa con cordialidad, y un hermano de Martin Alonso, cuyo nombre era Vicente Yañez, marino tambien por ejercicio, se unió á los aventureros en calidad de coman- dante de uno de los buques, mientras otro se embarcó de piloto. En fin, ocupóse activa-

mente el mes que sucedió á los incidentes mencionados, y se hizo mas en ese corto es- pacio de tiempo hacia traer á cabo la solu- cion del gran problema del Genovés, que cuan- to, en modo práctico, se habia conseguido, du- rante los diez y siete largos años que el pro- yecto habia llenado su tiempo y sido el tema constante de sus ideas.

A pesar de la influencia local de los Pin- zones existia una vigorosa oposicion al pro- yecto en los ánimos de la pequeña poblacion ele- gida para punto de alistamiento de los di- versos bageles requeridos. Aquella familia te- nia sus contrarios y sus rivales así como sus amigos y sus deudos, y cual sucede por lo comun en casi todas las empresas humanas, levantáronse dos partidos, de los cuales el uno estaba tan obstinado en contrarrestar los de- signios del navegador como el otro resuelto á patrocinarlos. Habíase embargado una nave para el servicio, en conformidad á las órdenes de la córte, y los dueños de ella se pronun- ciaron por cabecillas de la faccion desafecta. Tambien se habia matriculado á muchos ma- rineros para este misterioso y extraordinario

viage; y como era de esperar, tanto ellos como sus amigos no tardaron en unirse á las filas de los descontentos. Hallóse imperfectamente concluida gran parte de la obra necesaria, y cuando se cito á los artífices para reparar estas omisiones, todos ellos se quitaron de enmedio. A medida que se allegaba el tiempo de la salida, mas y mas violenta se veia arder la contienda, y hasta los Pinzones mismos tuvieron la mortificacion de descubrir que muchos de los que se habian ofrecido voluntariamente á seguir sus fortunas, comenzaban á titubear, mientras algunos se desertaban inequívocamente.

Tal era el estado de las cosas á fines del mes de Julio, cuando Martin Alonso Pinzon acudió otra vez al convento de Santa Maria de Rábida, donde Colon seguia pasando la mayor parte del tiempo que no invertia en vigilar personalmente los preparativos; y donde Don Luis de Bobadilla mataba las fastidiosas horas, anheloso de un servicio activo, y pensando en la amabilidad, pureza y otras virtudes de Doña Mercedes de Valverde. Fray Juan Perez se esforzaba con toda buena fé

para facilitar la egecucion de las miras de sus amigos; y habia conseguido, si no suprimir absolutamente la espresion de todas las opiniones ofensivas por parte de los menos ilustrados de la comunidad, á lo menos hacer la promulgacion de ellas mas cautelosa y privada.

Cuando se avisó á Colon y al guardian que el Sr. Martin Alonso solicitaba una entrevista, ninguno de los dos demoró un instante su beneplácito. A medida que se acercaba la hora de la partida, haciase mas y mas aparente la importancia de los servicios de aquel hombre, y bien conocian ambos que hasta la régia proteccion de Doña Isabela misma, en aquel crítico momento y preciso lugar, era de menor suposicion que la del activo mareante. Asi es que el señor Pinzon no tuvo que aguardar mucho, previo á ser introducido en el aposento, que servia de sala de recibo al celoso franciscano, lo que aconteció casi tan luego como se profiriera el aviso.

—Bien venido seais, Martin Alonso; exclamó el guardian, al instante que cogieron sus ojos los primeros perfiles de las facciones

de su antiguo conocido—¿qué tal van los asuntos en Palos, y cuando veremos esa santa empresa en buen rumbo hácia su próspero éxito?

—Por San Francisco, reverendo guardian, que eso es mas de lo que pudiera responder con certidumbre hombre nacido. He juzgado ya veinte veces que estábamos en camino recto para hacernos á la vela, y otras tantas se ha atravesado alguna dificultad para impedirlo. La Santa Maria, á cuyo bordo se embarcarán el almirante y el Sr. Gutierrez... ó sea Muñoz si le place mas, está ya lista. Esta nave puede considerarse como de alto porte, pues que pasa de cien toneladas; de modo que espero que su Escelencia y todos los gallardos caballeros que acontezca le acompañen, iran tan cómodos como se hallan aqui los santos religiosos de la Rábida... especialmente pues que la caravela tiene su cubierta.

—Estas son nuevas plausibles en verdad, contestó el fraile, frotándose las manos en su júbilo—¿con qué la buena nave tiene su cubierta? Señor almirante, quizas no os veais en un bajel que sea del todo adecuado á vuestros altos merecimientos, pero, en la totali-

dad, ireis seguro á par que cómodo, si teneis presente que la cubierta, en particular, es un abrigo conveniente y apetecible.

—No hay para que poner en la balanza mi seguridad ni consuelo, amigo Juan Perez, cuando hay en el peso materias de mayor gravedad. Pláceme que hayais venido al convento esta mañana, porque iba á remitir unas cartas á la corte, por medio de un propio, y quisiera enterarme de la condicion actual de los asuntos. ¿Creeis que la Santa Maria quedará lista para la mar á fines del presente mes?

—Tal juzgo, santo padre. La nave ha sido preparada con la diligencia debida, y cabrán en ella algunos sesenta hombres, toda vez que el pánico, que se ha apoderado de tantos obcecados idiotas aqui en Palos, nos deje ese número, dispuesto á embarcarse con nosotros. Confio en que los santos protegerán tantos esfuerzos como hacemos de nuestra parte y tendran en las mientes nuestro celo, cuando llegue la hora de repartir en mancomun los beneficios de esta empresa, que no ha tenido par en la historia de la navegacion.

—Esos beneficios, honrado Martin Afon-

so, se hallarán en el ensanche del dominio de la iglesia, y en el aumento de la gloria de Dios, interpuso el prior significativamente.

—Fuera de toda duda, fray Juan Perez, esa es nuestra mira comun; aunque supongo que será lícito á un mareante atareado acordarse hasta cierto punto de su muger y de sus hijos; siempre, se entiende, en discreta subordinacion á esos fines mas interesantes. Mucho me equivoco respecto al señor Colon, si tambien él no espera sacar alguna pequeña ventaja, en el ramo del oro, de esta su visita á Catay.

No os habeis engañado, buen Martin Alonso, contestó el Genovés con gravedad. Por cierto que espero aflayan las riquezas de las Indias en las cajas de Castilla, á consecuencia de este viage. Y sin duda, santo guardian, que á mi modo de ver, la recuperacion del santo sepulcro depende en alto grado del buen éxito de nuestra empresa; esto es en cuanto á su éxito sustancial y mundano.

—Eso es muy plausible, señor almirante, interpuso Martin Alonso, con alguna premura, y deberá alcanzarnos gran favor en el con-

cepto de todo buen cristiano... mas especialmente en el de los santos religiosos de la Rábida. Pero harto difícil es persuadir á los marineros de Palos á que cumplan sus empeños con nosotros, sin predicar una cruzada como el medio de derretir los pocos maravadies que les hubiere cahido ganar á fuerza de trabajos y de valor. Los dignos pilotos, Francisco Martin Pinzon, mi propio hermano; Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, se encuentran ahora firmemente ligados con nosotros por los vínculos de la ley; mas si columbrasen una cruzada al extremo de la cadena, todos los santos del calendario apenas tendrian suficiente influencia para hacer que vacilaran en desatarse de la obligacion.

—A nadie sino á mi mismo considero ligado para este objeto, contestó Colon con serenidad. Cada cual, amigo Martin Alonso, juzgado será por sus propios hechos, ó citado á cumplir sus propios votos. De los que á nada se empeñan, nada será exigido; y á los mismos nada se dará en el gran y final ajuste de cuentas del humano linage. ¿Pero qué

noticias tenemos de la Pinta, vuestra propia embarcacion? ¿Se encuentra ya en estado de surcar el Atlantico?

—Como sucede siempre con los bajeles embargados para el real servicio, Señor, el trabajo ha andado asaz flojo, las cosas han carecido generalmente de aquella jubilosa actividad que acompaña el trabajo de los que laboran con libre alvedrio, y para su propio provecho.

Los necios marinos han trabajado en su propia ventaja sin conocerlo, observó Colon; es el deber de los ignorantes someterse á ser conducidos por hombres mas ilustrados, y agradecer las ventajas que les redundan de un conocimiento prestado, aunque lo obtengan en contrariedad á sus propios deseos.

—Así es en verdad, añadió el prior; pues de lo contrario las obligaciones de nosotros, hombres de iglesia, quedarían reducidas á límites muy mezquinos. Fé—fé en la iglesia, es el deber primero y último del cristiano!

—Esto parece razonable, muy sabios señores, replicó Alonso, aunque los ignorantes ballan harto difícil comprender las materias que

no entienden. Cuando un hombre se imagina que van á condenarle á una muerte inaudita, se halla poco dispuesto á ver las ventajas que yacen al otro lado de la sepultura. Apesar de todo, la Pinta está mas próximamente lista para el viage que las demas embarcaciones, y tiene el completo de su tripulacion, pues hasta el último hombre se halla ligado por escrituras que serian poco disputables á los ojos de un notario.

—¿Solo queda la Niña, entónces? añadió Colon; preparado este bajel, y cumplidos nuestros deberes religiosos, podemos esperar finalmente que daremos principio á la empresa.

—Bien se puede, señor: mi hermano Vicente Yañez se ha convenido en hacerse cargo de esa pequeña caravela, y lo que un Pinzon promete un Pinzon lo cumple. Esta nave se halla ya lista para darse á la vela con la Santa Maria y la Pinta; muy léjos ha de estar Catay si no llegamos á él con uno ú otro de los predichos vasos.

—Todo eso es muy alentador, vecino Martin Alonso, repuso el fraile, estregándose las manos con deleite, y yo no dudo que al fin to-

do venga á pedir de boca. ¿Qué dicen hoy día los charlatanes y noticieros de Moguer, y de los otros puertos, acerca de la hechura de la tierra, y de las probabilidades que asisten al señor Colon para llegar á las Indias?

Aunque no haya un solo marino en esta rada que no admita la verdad de que el velamen superior de un buque, aunque mas pequeño, es el primero que se divisa en el Occéano, niegan sin embargo que provenga esto de la hechura de la tierra, pues afirman que es resulta de los movimientos de las aguas.

—¿Y ninguno de ellos ha observado las sombras que proyecta la tierra en los eclipses de la luna? preguntó Colon, en su modo sereno, aunque se sonreía, mientras hacia la pregunta, cual lo verifica el que, habiendo profundizado por si mismo un problema natural, somete en globo unas de sus pruebas mas populares á la consideracion de los que juzga ménos dispuestos á penetrar mas allá de la superficie. ¿No veñ que estas sombras son redondas, y que las sombras de esta figura solo pueden proceder de un cuerpo que sea redondo?

Eso es concluyente, buen Martin Alonso, interpuso el guardian, y debe desvanecer las dudas del charlatan mas idiota de todas estas riberas. Decidles que den vuelta á sus posadas, comenzando por la derecha, y que vean si, en virtud de seguir las paredes, no vuelven al mismo punto desde donde salieron, por la izquierda.

—Reverendo prior, si pudiesemos reducir nuestro lejano viage á estos familiares egemplos, no hay novelero en Moguer, ni artesano en Sevilla, á quien no seria facil comprender el misterio. Pero distinto es manifestar buenamente un problema, y hallar quien pueda entenderlo. Ahora bien, un raciocinio parecido á ese ofrecí yo al alguacil de nuestro Palos, y preguntóme el digno señor si yo esperaba volver de mi viage por la via de la recién abatida ciudad de Granada. Imagino-me que el modo mas facil de persuadir á estas buenas gentes, para que crean nos será dable llegar á Catay por un viage accidental, es ir allá y volver en seguida.

—Lo que haremos muy en breve, Señor Martin Alonso, observó Colon alegremente.

Pero el tiempo de nuestra partida se acerca, y no es justo que ninguno de nosotros olvide los deberes de la Religion. Os encomiendo á vuestro confesor, Pinzon amigo, y espero que cuantos en mi compañía se den á la vela para traer á cabo este vasto designio, recibirán la santa comunión con nosotros, antes que salgamos del puerto. Este santo guardian oirá mis pecados y los de Pedro de Muñoz; los demas aventureros pueden buscar los consejos y amonestaciones espirituales de los ministros de la iglesia de que tengan costumbre aprovecharse.

Con esta insinuacion de que intentaba prestar el acatamiento debido á los ritos de la iglesia, antes de darse á la mar—ritos que rara vez se descuidaban en aquellos dias—recayó por entónces el coloquio sobre los diversos pormenores de los preparativos. Despues de esto se separaron los colocutores, trascurriéndose algunos dias mas en tareas activas.

El juéves por la mañana del dia dos de Agosto de 1492, entró Colon en la celda del guardian ó prior fray Juan Perez, vesti-

do de penitente, y con un aspecto tan devoto y plácido que era óbvio se hallaban sus pensamientos dirigidos enteramente hácia sus propios deslices y la bondad de Dios. Aguardábale el celoso sacerdote, y arrodillóse el gran navegante á los pies de aquel, ante el cual Isabela se habia puesto de hinojos muchas veces para cumplir igual solemnidad. La religion de este hombre extraordinario estaba adulterada con las costumbres y opiniones del siglo, como en verdad, mucho ó poco, ha de acontecer con la religion de cada hombre; su acto confesional, por lo tanto, tenia aquella mezcla de piedad profunda y de error inconsistente que con tanta frecuencia halla el moralista en sus investigaciones sobre el espíritu humano. La verdad de esta estrañeza habrá de verse luego que se ciernan una ó dos de las admisiones del gran navegante, al deponer este á la animadversion de su consejero espiritual el catálogo de sus pecados.

—Acúsome tambien, santo padre, prosiguió Colon despues de haber enumerado los deslices mas familiares á la humana especie, y mucho temo que mi ánima se haya exalta-

do en demasía sobre este punto del viage, y que me haya creído á mi mismo mas directamente electo por Dios para algun buen fin, de lo que plazca conceder á su infinito conocimiento y sabiduria.

—Ese seria un peligroso error, hijo mio, y te amonesto cuidadosamente acerca de los males de la justificacion propia. Que Dios elige sus agentes está fuera de toda disputa; pero es un temible yerro equivocar los impulsos del amor propio con los movimientos del espíritu divino. Aquellos, á quienes no han condecorado las sagradas órdenes de la iglesia, no pueden con bien fundada seguridad juzgarse á si mismos como vasos electos.

—Asi me esfuerzo en considerarlo, santo baron, respondió el navegante con mausedumbre; y sin embargo, hay en mi interior cierta cosa que me estimula sin cesar á esa creencia, ora sea ilusion, ora proceda directamente del cielo. Yo brego, padre mio, por domñar esas sensaciones, y mas que todo procuro conseguir que tomen una direccion que glorifique el nombre del Altísimo, y propague los intereses de su iglesia visible.

—Todo eso está muy bien; yo empero lo juzgo mi obligacion amonestarte contra una creencia demasiado implicita en esos impulsos interiores. Mientras tiendan tan solo á acrecentar tu amor hácia el Padre Supremo de todo lo creado, á magnificar su santidad y á dar gloria á su naturaleza, puedes estar cierto de que es un manantial de verdad incontrovertible; mas si la exaltacion propia apareciera como objeto de sus afanes, guardarte has de semejante impulso, cual esquivarias lo que te dictára el perverso padre de la mentira.

—Asi lo considero; y ahora que he descargado mi conciencia, reverendo ministro, de buena fé y con toda sinceridad, hasta cuanto está en mí, ¿puedo esperar los consuelos de la iglesia, y su salvadora absolucion?

—¿No se ocurre á tus mientes, hijo mio, alguna otra cosa que deba revelarse al guardador de todas las conciencias?

—Muchos son mis pecados, santo guardian, y no pueden reprocharse demasiado á menudo, ni asaz acerbamente: pero creo que habran de incluirse á buenas en las transgresiones principales que he procurado recapitular.

—¿Nada tienes de que acusarte que tenga conexión con aquel séxo de que se vale con tanta frecuencia el demonio como tentador nuestro, así como los ángeles quisieran echar mano de él para ministro de la gracia?

—Errado he como hombre, padre mio; pero ya mi confesion ha aludido á esa clase de pecados.

—Has tenido presente á Doña Beatriz Enriquez? (á) y á tu hijo Fernando que se hospeda ahora mismo en nuestro convento de la Rábida.

Inclinó la cabeza Colon profundamente humillado, y el hondo suspiro, casi semejante á un sollozo, que lanzó su pecho, dió muestras del grave peso que provocaba su momentánea contrición.

—Decis bien, padre; esa es una ofensa que jamas deberá olvidarse, aunque muchas veces se me haya absuelto desde que la cometí. Abramadme con las penitencias que conozco son justas, y vereis como un cristiano pue-

(á) Doña Beatriz Enriquez, noble dama de Castilla, tuvo relaciones amorosas con Cristóbal Colon.

de humillarse y besar el azote que reconoce haber merecido.

—El espíritu dispuesto á hacerlo es cuanto la iglesia exige; y ahora estás comprometido en una hazaña demasiado importante á favor de sus intereses, para que se te distraiga de tus grandiosos intentos, en pró de consideraciones de menor cuantía. Rezaras un padre nuestro diario, por el término de veinte dias, cuya prece redundará en beneficio de tu ánima; despues de cuyo plazo la Iglesia te condona este deber especial, pues que entónces te hallarás próximo á la region de Catay, y pudiéras necesitar todos tus pensamientos y esfuerzos para verificar el alto designio.

Prosiguió entónces el bondadoso guardian á prescribir varias penitencias muy ligeras, la mayor parte de las cuales se reducía á un aumento moderado de los deberes cotidianos de la religion. Hecho esto absolvió al navegante. Vino en seguida la vez de Don Luis, y á menudo sonrióse involuntariamente el prior, escuchando á aquel jóven impetuoso y ardiente, cuyo lenguaje arrebatava irresistible

sus ideas hácia las blandas, naturales, y mas dulces admisiones de la intachable Mercedes. La penitencia señalada al de Bobadilla no careció enteramente de severidad, aunque bien considerado todo, el jóven noble, que no tenia demasiado apego á los deberes del confesonario, se juzgó bien parado en el asunto, *al considerar lo abultado de la cuenta que le fuera preciso dar, y el crecido saldo que en contra le resultaba.*

Mientras los dos aventureros principales cumplian de este modo con sus obligaciones religiosas, Martin Alonso Pinzon, y los marineros subalternos de la empresa, acudieron á sus diversos confesores para presentarles la acostumbrada libreta de sus pecados. Despues de esto vino una escena que era por todos conceptos característica de aquel siglo, y que seria imponente y adecuada en todos tiempos y lugares para unos hombres próximos á embarcarse en una aventura de éxito tan cuestionable.

Celebróse misa mayor en la iglesia del convento, donde Colon recibió el pan consagrado de manos de Fray Juan Perez, con-

fiando humildemente en la providencia omnividente de Dios, y con devota dependencia en su almo patrocinio. Cuantos iban á darse á la vela con el almirante imitaron su ejemplo, comulgando en su compañía; pues aquella era una época en que las estiradas y adelgazantes conclusiones del hombre, no habian comenzado aun á suplantar la fé y las prácticas de la iglesia primitiva, hasta el punto de considerar sus ritos como el fin de la religion, sino que se contentaba con acatarlos como sus medios. Mas de un tosco marino, cuya vida ordinaria no deberia haber sido tan santa, que no se hiciese acreedora á muy severa censura, se arrodilló aquel dia al pie del altar, en devota dependencia de su Dios, con sentimientos, por el instante, que cuando menos le conducian al camino real de la salvacion; y presuntuoso fuera suponer que el Ser Omniscio, á quien sus ofrendas tributaba, no mirase su ignorancia con indulgencia y no considerase con lástima hasta su misma supersticion. Nos mosamos de las preces de los que se encuentran en peligro, sin reflexionar que aquellas son un homenaje al po-

der de Dios, y nos sentimos dispuestos á imaginarnos que estos arranques de devocion no pasan de ser una mera burla, á causa de que el alma diaria, y la vida comun no siempre se encuentran elevadas á la misma medida de religiosidad y de pureza. Mas humilde seria acordarnos de las debilidades generales de la humana especie; tener presente que como nadie hay perfecto, la cuestion queda reducida á una de simples grados; y traer á la memoria que el Ser, cuya obra es el corazon del hombre, puede aceptar cualquiera peticion devota, aun cuando proceda de aquellos que no se hallan dispuestos, por hábito, á pasear en las vias de sus leyes. Estas pasajeras á par que frias emociones, son influencias del espíritu; pues que el bien solo puede provenir de esa fuente; y estan fuera de razon como irreverente imaginarnos que la Deidad oirá con menosprecio, y desechará del todo, los efectos de su propia gracia por muy humildes que sean.

• Cualquiera que fuese en aquella circunstancia la disposicion de la mayor parte de los conulgadores, no puede dudarse que ese dia

se postrára ante el altar de la Rabida, uno en la persona del gran navegante mismo, quien hasta donde alcanzaban á calar los ojos, vivia habitualmente en profunda deferencia á los dogmas de la religion, y tributaba á todos sus ritos el respeto mas serio. Colon no era estrictamente un fanático; pero el entusiasmo, sereno y profundamente arraigado, que dirigiera entónces al cristianismo en todos sus actos, prevalecia en el sistema moral de aquel heróico marino, instigándole en todos tiempos á alzar los ojos hácia la mano protectora de la Deidad en espectacion de su auxilio. Las escelsas miras que hácia el porvenir le iluminaban no son ya desconocidas del lector, y poca duda hay de que no se persuadiese hallarse designado por la divina providencia como su instrumento selecto para llevar á cabo el grandioso designio, que tanto ocupaba sus micutes, amen de realizar otros objetos ulteriores. Si es, que en verdad, un Ser Omnipotente rige los destinos del mundo, ¿quién presuamirá tachar de errónea esta conviccion del célebre navegante ahora que la han justificado las resultas? Que con toda certeza es-

perimentára este sentimiento, sostenedor de sus ánimos, y verdadero acicate de sus impulsos, es un testimonio adicional á favor de sus impresiones, pues que, en semejante circunstancia, nada es mas probable sino que la firme creencia en su destino seria uno de los medios mas posiblemente empleados por un poder sobrenatural, á fin de que un agente humano realizase la obra, para cuya consumacion se le eligiera.

Sea como fuere esto, no hay duda que Colon prestó cumplimiento debido á los ritos de la Iglesia, en la ocasion predicha, con devotísima confianza en la verdad de su mision, á par que con las esperanzas mas brillantes respecto á la prosperidad de sus resultas. No podemos decir otro tanto atento á la mayor parte de sus seguidores. Los animos de estos habian vacilado de cuando en cuando mientras se aprestaban los preparativos, y habialos visto el último mes ya anhelosos de partir, ya atormentados de recelos y temores! Aunque hubo para ellos algunos dias de esperanza y de resolana, fueron mas numerosos los de amilanamiento y de

tristura, por causa de que las aprehensivas zozobras de las madres, esposas, y demas personas que sentian hácia aquellos marinos un tierno interes, mientras se cohibian por no manifestarlo abiertamente, apilábanse en la balanza, á fuer de sobrepeso de su propia desconfianza. El oro, fuera de toda duda, era el gran polo de su atraccion y momentos hubo, en que halagüeñas visiones de minas inexhaustibles y de tesoros orientales alucinasen sus fantasias; y en aquellos instantes no podia darse hombres mas ansiosos de abarcar la misteriosa empresa, ni mas listos para arriesgar sus vidas y esperanzas sobre los acasos de su éxito. Estas impresiones, empero, se deslizaban súbitas, y cual acabamos de manifestar, ora el abatimiento la sensacion que prevalecia entre los que se hallaban próximos á embarcarse. Esta deyeccion, sin embargo, acrecentaba la religiosidad de cuantos asistian al comulgatorio, y cubria con cierta sombra imponente la casta sobriedad del altar, haciendo que gravitase sobre los corazones de la mayor parte de los concurrentes.

—Nuestros guapos⁸⁶, Seor almirante, no pa-

86. Guapo en la acepción de "animoso, bizarro y resuelto" (Dicc. de la RAE, 1837). People en el original (TO, I-190).

recen hallarse demasiado alegres, dijo Don Luis al salir con los demas por las puertas de la iglesia—y si ha de decirse la verdad, uno desearia embarcarse en una expedicion de la magnitud de la presente, algo mejor sostenido por caras risueñas y corazones campechanos.

—¿Imagináis por ventura, jóven conde, que quien hace muestra del rostro mas placido, cuenta con el ánimo mas firme, ó que es débil el corazon porque el continente aparezca desalentado? Estos sencillos marinos se acuerdan de sus transgresiones, y se esmeran sin duda porque una empresa tan santa no se vea contaminada á culpa de la corrupcion de sus propios corazones, sino antes bien purificada y hecha digna, en virtud de sus anhelos por obedecer la voluntad del Altísimo. Espero, Luis—el íntimo trato habia dado á Colon una especie de interes paternal hácia cuanto concernia al jóven noble que estrechaba la distancia puesta entre ellos por la categoria.—Espero Luis, que no os balleis vos mismo completamente despojado de estos piadosos anhelos en vuestra propia persona.

—Por San Pedro, el nuevo santo de mi

devocion, Señor Almirante, que pienso mas en Mercedes de Valverde, que de otra cosa ninguna, en este grave negocio. Ella es mi estrella polar, mi religion, mi Catay. Proseguid en nombre del Cielo, y haced cuantos descubrimientos os plazca, llegad á Cipango, ó á la parte mas remota de las Indias; retad al Gran Khan en su trono y yo seguiré en pos vuestro, con una pobre lanza, y una espada mezquina jurando á voces que la doncella de Castilla no tiene igual, y recorriendo el oriente para hacer bueno á la faz del universo todo, que ella carece de simil, aunque vengan sus competidoras en fermosura desde los cuatro ángulos de la tierra!

Mientras permitió Colon que la gravedad de su semblante se relajara algun tanto al oír esta rap-sódia no por eso lo juzgó intempestivo cohibir con una ligera reprimenda la liviandad de semejantes espresiones.

Duéleme hallar, jóven amigo, que no tenéis los sentimientos adecuados, cual convenia, al que se halla comprometido en una obra de mandato espreso del Cielo. ¿No prevees, la larga serie de sucesos que en toda probabi-

lidad resultarán de este viage? el ensanche de la religion, por medio de la santa iglesia, las conquistas de imperios lejanos, con su sometimiento al cetro de Castilla; el ajuste de los puntos disputados en la filosofia, en las ciencias, la adquisicion de tesoro inagotable, con la última y mas honrosa consecuencia de todas, la recuperacion del Santo Sepulcro del Hijo de Dios, arrancándolo de manos de los Infieles?

—No hay duda, Señor Colon, no hay duda, todas esas ventajas columbro, pero veo á Doña Mercedes al cabo de todas ellas. ¿Qué me importa el oro, si ya poseo... ó poseeré pronto mas de lo que necesito? ¿Qué tengo yo que ver con el engrandecimiento del cetro castellano, si jamás puedo llegar á ser rey? y respecto al Santo Sepulcro, dadme tan solo á Mercedes y á imitacion de mis antepasados ya finidos, vedme aquí dispuesto á hacer astillas una lanza con el infiel mas forzado que nunca llevó turbante, bien en esta ó en cualquiera otra disputa. En fin Señor Almirante, guiad á donde os plazca y aunque nos aventuramos con distintos ob-

getos á la mira, y con esperanzas diversas no dudeis que nos encaminen al mismo término. Conozco que es preciso prestaros sosten para la consecucion de este grande y noble designio, y poco interesan las causas que me hayan hecho agregarme á vuestro séquito.

—Sois un jóven, Luis, ligero de cascos, y preciso es seguiros la corriente, aunque solo sea por amor de la tierna y piadosa damisela, que, segun parece, es la señora absoluta de todos vuestros pensamientos.

—Bien la habeis visto, señor, y decir podeis si no es la mas digna de ocupar las mientes de todos los jóvenes que hay en España.

—Hermosa es, y llena de virtudes, de nobleza, y de celo tambien por la prosperidad de este viage. Todos estos son méritos bien raros, y debe disimularos vuestro entusiasmo á favor de ella. No olvideis, empero, que á fin de ganarla, importa primero ganar las costas de la gran Catay.

—Materialmente, querreis decir, señor almirante; pues con los ojos de la imaginacion, las veo claras y bien distintas, y apenas otra ninguna cosa, con Mercedes puesta de pun-

tillas en sus playas, sonriéndose para darnos la bien venida, y, por San Pablo! á veces llamándonos ansiosa con la mano, y con aquella sonrisa que enciende el alma con su hechiceria, aun mientras apacigua el fervor con su modestia. La bendita Virgen Maria nos dispense pronto un viento favorable, para que podamos dejar este fastidioso rio, y este cansadísimo convento!

Nada contestó Colon; pues, mientras tributaba las consideraciones debidas á la impaciencia de un amante, volvianse sus pensamientos á asuntos de mayor gravedad, y de tendencia demasiado seria, para que pudiesen distraerlos largo tiempo ni aun las locuras mismas de un amador.



CAPITULO IV.

No le llora solo Zayda
Mas cuantos suelen vivir
Entre el muro de la Alhambra
Y fuertes del Albaicin.

BRYANT.⁸⁷

LLEGO por fin el momento de la partida. Estaba á mano el instante que tanto anhelara el Genovés, y luengos años de pobreza, de menosprecio, y de procrastinacion quedaban todos olvidados en aquella hora bendita; ó bien si recurria á su constante recuerdo no era ya con la amargura de la existencia diferida. Veíase por fin el navegante en posesion de los medios para conseguir el primero y grandioso objeto para el cual habia vivido los últimos

87. Fragmento del poema *The Death of Aliatar* (1836) traducido del español por William C. Bryant.

quince años, con la esperanza en perspectiva de tornar el éxito de su aventura actual en piedra de ascenso hácia la consecucion de la conquista del Santo Sepúlcro. Mientras los que le rodeaban veian con asombro los ténues recursos, en cuya virtud unos fines tan vastos habian de alcanzarse, ó quedábanse heridos de estupor al contemplar la temeridad aparente de una empresa que parecia poner á coto las leyes de Natura, y dar por nulas las reglas de la Providencia, aquel hombre singular iba tranquilizándose á medida que mas se aproximaba la hora de hacerse á la vela, y oprimia su alma únicamente la sensacion de un júbilo intenso á par que sóbrio. Dijo en voz baja fray Juan Perez al noble Don Luis, que el gozo del almirante solo podia compararse justamente á los arrebatos apacibles de un alma cristiana, próxima á despedirse de este valle de zozobras, para entrar en la fruicion desconocida aunque cierta de la inmortalidad bendita.

Tal, sin embargo, no era por título ninguno la disposicion moral de cuantos existian en Palos. Verificóse el embarque durante la

tarde del 2 de Agosto; siendo la intencion de los pilotos navegar los bajeles aquel dia hasta una punta á la altura de la ciudad de Huelva⁸⁸ donde la posicion seria mas favorable para darse á la mar, que permaneciendo anclados en frente de Palos. La distancia aunque en sí muy frívola, era el principio de un viage, y para muchos equivalia á cortar de una vez las cuerdas de la vida, el hacer aun este corto movimiento. Colon mismo se embarcó de los últimos, pues tenia que despachar pliegos á la corte, y desempeñar otros deberes importantes. Al fin, salió del convento, y acompañado de Luis y del guardian tomó tambien su camino hácia las playas. Este pequeño tránsito se hizo en mudo silencio, pues cada uno de los tres se hallaba sumergido en pensamientos profundos. Nunca, antes de aquella hora, habia parecido la empresa tan peligrosa é incierta al excelente franciscano. Caminaba Colon revistando en sus mientes los diversos detalles de la espedicion, mientras Don Luis pensaba en la doncella de Castilla, nombre que habia puesto el mancebo á su Mercedes, y en los muchos y abur-

ridos días que era preciso transcurriesen antes que pudiera esperar verla otra vez.

Paráronse en la playa, para aguardar que llegase el bote, y en un sitio apartado de las casas del pueblo. Allí fray Juan Perez se despidió de sus dos amigos. El largo silencio que todos habían conservado, era más solemne que lo hubiera sido cualquier discurso ordinario; pero ahora fué indispensable interrumpirlo. Conmovero profundamente el prior no le fué posible durante un largo rato confiar sus palabras á la lengua.

—Señor Colón, prorrumpió el sacerdote al fin, hace ahora muchos años que os presentásteis en la portería de nuestra Madre y Señora de la Rábida... para mí han sido estos unos años muy breves de amistad y de gozo.

—Ya han pasado siete, fray Juan Perez, contestó el navegante, siete cansados años han sido para mí, en calidad de pretendiente—otros tantos de satisfacción, padre mío, en cuanto á vos respeta. No penseis que podrá jamás olvidárseme la hora, en que, conduciendo á mi hijo Diego, empobrecido, er-

rante; sin hogar ni recursos, caminando á pie, me detuve á vuestras santas puertas, á fin de implorar un poco de pan y agua, poniendo á tributo la caridad de vuestro convento! El porvenir está en las manos de Dios; lo pasado, empero, queda gravado aquí—poniendo la mano en el corazón—y jamás puede olvidarse. Habeis sido mi constante amigo, venerando guardian; y eso también en una época en que á nadie hacía favor el declararse patrono de un Genovés sin renombre. Si algún día los hombres llegaren á variar de opinión respecto á mí...

—Ah, señor almirante, ya han variado á estas horas, interrumpió el prior con gravedad. ¿No teneis los despachos de la reina? ¿No contais con el patrocinio de Don Fernando? ¿No llevais por compañero á este joven noble, aunque de incógnito todavía. ¿No os siguen los buenos deseos de todos los hombres ilustrados? ¿No os lanzais, por último, á este grandioso viaje, llevando con vos mayor parte de nuestras esperanzas que de nuestros recelos?

—En cuanto á vos se refiere, apreciable

fray Juan Perez, eso puede ser verdad. Cónstame que llevo todos vuestros mejores deseos á favor de mi aventura; y tambien conozco que tendré parte de vuestras preces. Pocos sin embargo, quedarán en España, que piensen en Colon, con esperanza ó respeto, mientras andamos errantes por el gran desierto del Occéano, á no ser unos cuantos, cuyo número es asaz reducido. Mucho me temo que hasta en este mismo instante, cuando los medios de averiguar la certidumbre de nuestras teorías se hallan puestos por obra, cuando nos hallamos, como quien dice, en los umbrales mismos del arco triunfal que va á introducirnos en las Indias, poquísimos son los que creen en las probabilidades del éxito.

—Teneis de vuestra parte á Doña Isabela, señor.

—Y á Doña Mercedes tambien, interpuso Don Luis; prescindiendo de mi tia, que tan sincera como decididamente os apoya.

—Señores: solo pido unos cuantos meses, dijo Colon, con la cara levantada hácia el Cielo, y la cabeza descubierta, mientras sus canosos cabellos flotaban en la brisa, é iluminaba

sus ojos la luz del entusiasmo... unos pocos y cortos meses que tan rápidos pasan delante del hombre feliz... que hasta para el desgraciado soportables parecer pueden; mas que para nosotros tendrán la similitud de siglos, van ahora á decidir la cuestion. Padre guardian, mas de una vez he dejado las riberas de la mar, convencido de que llevaba mi vida en un hilo, conociendo todos los peligros del Occéano, y con esperanza igual de encontrar la muerte como un próspero regreso; pero, en este glorioso instante no me asedian dudas; y respecto á mi vida, cónstame que se halla en la santa guarda de Dios, mientras mis esperanzas de buen éxito reposan en la sabiduria del Altísimo.

—Esos sentimientos consoladores son en una hora tan solemne, ilustre almirante, y espero devotamente que las resultas los justifiquen. Pero, ahí viene el bote, y preciso es que nos despedamos. Bien sabeis, señor, ó mas bien hijo mio, que mi espíritu irá con vos en esta momentosa empresa.

—Santo guardian, acordaos de mí en vuestras oraciones. Débil soy, y mucho necesito

de vuestro sosten; mucho confío en la eficacia de vuestra intercesion, robustecida con las preces de vuestros piadosos hermanos. ¿Nos concedereis algunas misas?

—No dudeis de nosotros, amigo: cuanto la Rabida pueda influir con la Virgen bendita ó con sus santos, se pondrá por obra incesantemente á favor vuestro. No es dado al hombre prever los sucesos que la providencia dirige; y aun cuando juzgamos tan cierto este designio que ideado habeis, puede no obstante salir fallo.

—No fallará, señor; hasta aqui lo ha dirigido el Supremo, y permitir no ha que se frustre.

—No lo sabemos, Colon; nuestra sabiduria no pasa de ser un grano de mostaza, entre las arenas de la ribera, cuando se compara con sus inescrutables designios. Vivid seguro, empero, que como es posible aconteciese que volviérais chasqueado y abatido, siempre hallareis para vos abiertas de par en par las puertas de Santa Maria; pues que á nuestros ojos igual mérito tiene el que emprende con nobleza, como en el concepto de los de-

mas hombres el que concluye con prosperidad.

—Ya os entiendo, santo prior; y el vaso y el plato que dispensasteis á mi Dieguito, no fueron para mi menos gratos que esta prueba de vuestra amistad. No quisiera partir sin vuestra bendicion.

—Arrodillaos pues, señor almirante; porque en este acto no va á hablaros Juan Perez de Marchena, ni á pronunciar las sagradas palabras, sino un ministro de Dios y de su santa Iglesia. Estas arenas mismas no serán un lugar indigno para recibir semejante ventaja.

Tanto los ojos de Colon como los del guardian se arrasaron en lágrimas, pues en aquel instante sus corazones se hallaban conmovidos por los sentimientos naturales á ocasion tan solemne. El primero amaba al último porque habia probado que era amigo suyo, cuando los amigos eran tan escasos y estaban tan recelosos; y el digno fraile profesaba al gran navegante aquella especie de cariño que tienen los hombres por aquellos á quienes han nutrido y educado. Cada cual respetaba y te-

nia en aprecio los motivos del otro, existiendo un vínculo de union en su reverencia mancomunada hácia la religion de Cristo. Arrodillóse Colon en las arenas, y recibió la bendicion de su amigo, con el humilde acatamiento de la fé, y con sensaciones de reverencia harto parecidas á aquellas, con que un hijo piadoso escucha las bendiciones que le prodiga su padre natural.

—Y á vos, jóven noble, prosiguió fray Juan Perez con voz tomada, no os servirán de perjuicio las preces de un anciano sacerdote.

Semejante á la mayor parte de los hombres en aquella época, Don Luis, en medio de sus sentimientos impetuosos, y de sus propensiones juveniles, tenia atesorada en su corazon la imágen del hijo de Dios, y conservaba un respeto habitual hácia las cosas sagradas. Púsose de hinojos sin demora, y prestó oido á las trémulas palabras del eclesiástico con accion de gracias y ademán respetuoso.

—Quedad con Dios, santo guardian, dijo el navegante, apretándole la mano á su amigo. Me habeis amparado cuando otros abandonado me hubieron; mas confio en el Al-



úsimo, que no está muy lejano el día, en que los que en mis predicciones confiáran, dejen de sentir zozobra á la mencion de mi nombre. Olvidaos de nosotros en todo, escepto en vuestras preees, durante unos cuantos meses de rápido deslizar, y aguardad luego unas nuevas, que, fuera de toda duda, enaltecer á Castilla habrán hasta un pináculo de renombre, que hará de esta conquista de Granada un mero incidente de interés efímero entre las glorias del reinado de Fernando é Isabela.

No dijo esto Colon en tono jactancioso, sino con el plácido ahinco de un hombre que descubria una verdad, oculta á la vista de los otros; y veíala con intensidad tan clara, que el efecto de su vision moral dió márgen á una confianza semejante en un todo á la que produce una evidencia en los sentidos de los hombres ordinarios. Comprehendióle el prior, y la asegurauza asi transmitida, alentó el ánimo del digno franciscano, aun mucho despues de haberse apartado de su amigo. Con un largo abrazo se despidieron.

A este tiempo, había llegado á la playa el

bote de Colon. Al dirigirse hacia él con pasos lentos el ilustre navegante, pasó corriendo junto á él una jóven desatentada, y sin hacer caso de su presencia, ni de la de Don Luis, abrazó con desespero á un marino que acababa de saltar de la lancha para salirle al encuentro. Despues de haber permanecido sobre su seno algunos instantes, en agonía indescribible y llorando cual acostumbra las mugeres en los primeros transpartes de sus emociones,

—Vente pues, Pepe mio, dijo por fin la jóven esposa, con acentos apresurados y sumiso afán, cual se espresaria quien intentase persuadirse que era imposible negarse á tal súplica.—Vente Pepe mio; tu niño ha llorado mucho por ti, y ya has llevado el asunto mas allá de todo aguante.

—No, Mónica, no; contestó el marido, mirando desoslayo á Colon, quien ahora se hallaba bastante cerca para oír estas palabras—bien sabes que no es por mi deseo que me hallo alistado en este viage desconocido. Con mil amores lo abandonaria; pero las órdenes de la reina son demasiado fuertes para un pobre

marinero como yo, y obedecerlas es preciso.

—Esas son tonteras, Pepe, repuso la muger tirando de su marido por la almilla, á fin de apartarle de las márgenes del agua.—Bastante mal rato me has dado ya; vente, pues, á mirar de nuevo á tu hijo.

—No ves que el almirante está cerca, Mónica; y estamos faltándole al respeto debido.

La deferencia habitual que tributaban los humildes á los poderosos en aquella época, hizo que la muger interrumpiese sus instancias. Miró ella á Colon con aire suplicante, y tornáronse elocuentísimos sus bellos ojos negros, animados con los sentimientos de esposa y madre, mientras dirigia la palabra al navegante mismo.

—Señor, dijo con ansiedad la cuitada ¿es verdad que ya no necesitáis á mi Pepe? El pobre ha ayudado á llevar á Huelva vuestras naves, y ahora su muger y su hijo le llaman de vuelta á casa.

Conmovió á Colon el desconsuelo de aquella muger, cuyos sentidos manifestaban en cierto grado el desequilibrio que suele padecer la razón en casos de pena excesiva, y contestó—

le en términos menos ásperos, que en momentos tan críticos se hubiera hallado quizás dispuesto á hacer, respecto á cualquiera que mostrase síntomas de desobediencia.

—A tu marido se le honra en habersele escogido por compañero nuestro en este gran viage, díjole él; en vez de llorar su destino, te conducirias mejor como esposa de un marinero valiente, si te regocijases de su buena fortuna.

—No le creas, Pepe mio; pues habla inspirado por el Maligno á fin de conducirte á tu perdicion. Ha proferido blasfemia, y desmentido la palabra de Dios, al asegurar que la tierra es redonda, y que se puede navegar hácia Levante, dirigiendo el rumbo á Poniente, á fin de arruinarte á ti y á otros, alucinándoos para que le sigais.

—¿Y por qué habria yo de hacer eso, buena muger? preguntóle el almirante. ¿Qué iba yo á ganar con la perdicion de vuestro marido, ó con la ruina de alguno de sus camaradas?

—No lo sé... ni tampoco me importa... Pepe es el todo para mí, y él no irá con vos,

á este loco y malvado viage. Ningun bien puede resultar de una espedicion que se empieza por desmentir las verdades del Altísimo.

—¿Y qué desgracia particular recelas en este viage mas que en otro ninguno, que asi te ases de tu esposo, y te permites semejantes discursos para quien tiene para lo que hace la autorizacion de sus Altezas? Bien sabias que era marinero cuando te casaste con él, y sin embargo, quisieras impedir que tu marido sirviese á la reina, cual le obligan su egercicio y deber.

—Vaya en buen hora contra el Moro, el Portugués ó la gente de *Inglatierra*, pero no viage en el servicio de Satanás. ¿A qué decirnos que la tierra es redonda, señor, cuando nuestros ojos nos aseguran que es plana? ¿y si es redonda, como habrá de volver jamas una nave que por su declive vaya descendiendo dia tras de dia? La mar no corre hácia arriba, ni tampoco una caravela puede trepar por una catarata. Y luego que durante meses enteros hayais corrido un largo en el interminable oceáno, ¿de qué modo podreis vos, y los que os acompañan, descubrir nun-

89. *Inghlaterra*, posiblemente un error (TO, I-198).

90. *Prince of Darkness* (TO, I-198).

ca el rumbo que tomar habreis, á fin de tornar al punto de vuestra salida? Oh, señor, Palos es una villa muy pequeña, y tan luego como se pierda de vista en tal confusion de cosas, ¿quién da con ella otra vez?

—Aunque todo esto aparezca necio y frívolo, observó Colon, volviéndose con tranquilidad hácia Luis, es cabalmente lo que he estado sugeto á oír de boca de los hombres instruidos, durante los últimos diez y seis años. Cuando las tinieblas de la ignorancia ofuscan el ánimo, evocan los pensamientos mil razones mas huera y valadies que los fenómenos de la naturaleza que parecen tan vanos al espíritu obcecado de tal suerte. Probaré el efecto de la religion sobre esta muger, y convertiremos sus sentimientos actuales acerca de ese punto, de enemigos que eran, en fieles aliados.

—Mónica,—prosiguió el almirante llamándola familiarmente y con cariño por su nombre—¿eres cristiana?

—Virgen purísima! señor almirante; ¿y qué otra cosa pudiera yo ser? ¿Crecis que Pepe se hubiera casado con una muchacha moruna?

—Escúchame, pues, y sábetes que te portas de un modo en nada parecido al de los fieles. No es el Moro el único infiel que existe sobre esta tierra, la cual gime bajo el peso de las infidelidades y de los pecados. No son mas numerosas las arenas tendidas por estas playas que el número de incrédulos en el solo reino de Catay; pues hasta ahora ha señalado Dios una parte muy reducida del orbe á los que ancoran su fè en la mediacion de su hijo. Hasta el sepúlcro del Salvador se encuentra todavia bajo el poder de los infieles.

—Ya he oido hablar de eso, señor; y mil lástimas dá que tan endeble sea la fè entre aquellos que votado han obediencia á la ley de Dios, para que un mal tan grave no haya nunca encontrado remedio.

—¿No te han dicho tambien que tal por algun tiempo ha de ser el destino del mundo? esa luz, empero, resplandecer habrá luego que la Palabra se pronuncie, y retumbe cual sonido de trompeta en los oidos de los infieles, y cuando la tierra misma constituya un vasto templo, repleto de las alabanzas de Dios, del amor de su nombre, y de la obediencia á sus voluntades?

—Señor, los santos padres de la Rabida y los curas de nuestra parroquia, nos consuelan á menudo con tales esperanzas.

—¿Y nada has visto recientemente para alentar esas esperanzas, para hacerte creer que Dios se acuerda de su pueblo, y que la luz comienza ahora á alborcar entre las tinieblas que á la España ofuscan?

—Pepe mio, imposible que su excelencia no aluda al último milagro que se operó en el convento, donde dicen que lágrimas verdaderas cayeron de los ojos de la Virgen Maria, mientras estaba mirando al niño recostado en sus brazos.

—No quiero decir eso, interrumpió Colon algo secamente, al mismo tiempo que se santiguaba, aun mientras hacia muestra de disgusto á la alusion de un milagro que era demasiado vulgar para su ilustrado entendimiento.—No me refiero á esa disputable maravilla, que permitirse puede se le dé crédito ó no; pues que carece del apoyo de la autoridad eclesiástica. ¿No puede tu fé ni tu celo sugerirte que mis palabras tuvieron por objeto el triunfo de nuestros dos soberanos, y

con el cual se ha hecho tan señaladamente visible á los incrédulos el poder de Dios, egercido para el adelanto de la religion santa?

—Habla de la espulsion del Moro, Pepe mio, exclamó la muger mirando á su marido con deleitados ojos; de ese suceso que ha tenido lugar poco hace, segun cuentan, quedando vencida la ciudad de Granada; en cuyos muros he oido decir, ha entrado triunfante Doña Isabel.

—En esa conquista estas viendo el principio de las grandes hazañas de nuestros dias. Granada tiene ya sus Iglesias, y la distante tierra de Catay no tardará en seguir el ejemplo de aquella ciudad. Estas son hechuras de Señor, muger sencilla, y al retraer á tu marido de esta gran empresa, le impides que gane del cielo un premio señalado, y sin sabiendas puedes ser el instrumento que atraiga una anatema en vez de una bendicion sobre ese mismo niño, cuya imagen ahora ocupa tus pensamientos mucho mas que la de su Hacedor sacrosanto, y Redentor divino.

Quedó estupefacta la muger, mirando primero al navegante, y luego á su esposo, des-

pues de lo cual, dejando caer la cabeza sobre el seno, se santiguó con devoción. Recobrándose en breve de su amilanamiento, tornó á volverse hácia Colon, y le preguntó con ahinco:

—¿Y vos, señor, os dais á la vela con el desco y la esperanza de servir al Altísimo?

—Tal es mi objeto principal, buena muger. Llamo al cielo mismo por testigo de la verdad que profiero; así prospere mi viage, en proporcion de la veracidad de mis dichos.

—¿Y vos tambien, señor, prosiguió ella dirigiendo la palabra á Don Luis con presteza igual, es para servir á Dios que emprendeis este inusitado viage?

—Si no precisamente en obediencia á los mandatos de Dios mismo, honrada jóven, es á lo ménos porque me lo ordena un ángel.

—¿Y crees que es así, Pepe mio? ¿Porqué pues nos han engañado, y se ha dicho tanto y con tanta injusticia del almirante y de sus razones?

—¿Y qué se ha dicho? preguntó con calma el Genovés. Habla con franqueza, no temas que me disguste.

—Señor, tenéis vuestros enemigos, como otro hombre cualquiera; y las esposas, y las madres y las novias de Palos, no han andado remisas en dar suelta á sus sentimientos. En primer lugar dicen que sois pobre.

—Eso es tan cierto y palpable, buena muger, que seria ocioso empeñarse en negarlo ¿mas es la pobreza un delito en Palos?

—Poco se respeta á los pobres, señor, en toda esta comarca. Ignoro el motivo, pues á mis ojos son lo mismo que los demás; pero lo cierto es que pocos nos miran con aprecio. Luego dicen, señor, que no sois Castellano, sino Genovés.

—Tambien es verdad; ¿y es eso un crimen igualmente entre los marinos de Moguer, quienes deben estimar á un pueblo tan célebre por sus hazañas en la mar como el de la soberbia república?

—Nada sé de eso, señor; pero muchos juzgan que es un baldon no pertenecer á España y mas particularmente á Castilla, que es patria de la misma Doña Isabel, ¿y en verdad, como puede juzgarse tan honorífico ser Genovés como Español? Yo preferiria que mi Pe-

pe se diese á la vela á las órdenes de un Español; y mejor cien veces, de un piloto de Palos ó de Moguer de Andalucía.

—Tu argumento es ingenioso cuando no concluyente, repuso Colon sonriéndose, única manifestacion exterior que descubria sus sentimientos interiores: mas ¿no puede servir á Dios un hombre porque sea pobre y Genovés?

—¿Quién lo duda, señor? y yo tengo mejor concepto de este viage desde que sé vuestros motivos, y desde que visto os he, y conversado con vos. Mas siempre, es un duro sacrificio para una jóven esposa permitir que vaya su marido á una espedicion tan desacreditada... y ese, padre de su único hijo.

—Aquí teneis á un jóven noble, hijo único tambien, amante fino y de temple impetuoso, rico, condecorado, y dueño de sus acciones y voluntades, quien no solo se embarca en mi compañía sino que lo verifica con el beneplácito... mejor dijera, por la orden espresa de su amartelada.

—¿Y es verdad eso, señor? preguntó la muger con anhelo.

—Es tan cierto, buena muger, que mis mayores esperanzas dependen del viage presente! ¿no os dije que me embarcaba por mandato de un ángel?

—Estos señoritos tienen la lengua tan melosa! Pero, señor almirante, pues tal es vuestro titulo, añaden ademas, que para vos este viage solo puede acarrear honores y fortuna, mientras producir habrá miseria y muerte á vuestros seguidores. De pobre y desconocido os torna un elevado oficial de la reina, y no falta quien piense que las galeras venecianas llegarían á puerto algo aligeradas de sus cargamentos valiables si aconteciera que topaseis con ellas por el camino.

—¿Y todo eso que perjuicio puede traer á tu esposo? Yo voy adonde él va, participo de sus riesgos, y en su compañía espongo mi vida al lado de la suya. Si se ganase oro de resultas de esta aventura, no quedará olvidado en el repartimiento; y dado caso que nos alleguemos al cielo en virtud de nuestros peligros y trabajos, tu Pepe no saldrá desganancioso. Cuando se nos emplaze á dar la última y estrecha cuenta, buena muger, á na-

die se le preguntará si fué en este mundo un Genovés ó un descamisado.

—Verdad es, señor, y sin embargo, cosa dura es arrancar á una jóven esposa de los brazos de su marido. ¿De veras, Pepe, quieres embarcarte con el señor almirante Colon?

—Un bledo me importa, Mónica mia; se me ordena que obedezca^a la reina, y nosotros hombres de mar, no tenemos derecho de poner á discusion la justicia de sus mandatos. Ahora que he oido hablar á su esclencia sobre este asunto me pesa en las mientes mucho ménos que antes.

—Si á Dios ha de servirse con todas veras en este viage, prosiguió la muger, no debes hacerte mas reacio, esposo mio, que otro cualquiera. Señor ¿dais licencia para que mi Pepe pase la noche con su familia, so convenio de que por la mañana se presente á bordo de la Santa Maria?

—¿Y qué fianza tengo yo para asegurarme de que se cumplirá esta condicion?

—Señor almirante, somos cristianos mi Pepe y yo, y servimos á un mismo Ser Supremo—un mismo Salvador redimido nos ha.

—Razon teneis, y en ella confio. Pepe, quedarte puedes en tierra hasta el alba de mañana, cuando espero encontrarte en tu puesto. No faltará gente para remar sin tí.

Dióle la muger una ojeada que espresaba su gratitud, y creyó Colon que leia en ella una aseguanza de buena fé en su noble ademan español y mirar altivo. Como ocurriesen algunos frivolos quehaceres en la lancha previó á desatracar esta de la arena, paséronse un rato por la playa el almirante y Don Luis en familiar coloquio.

—Esta es una muestra de las preocupaciones que he tenido que superar y sufrir, á fin de obtener hasta allá arriba unos ténues recursos para llevar á cabo los designios bendadosos de la Providencia, dijo Colon tristemente, aunque hablando sin acrimonia. ¿Es un crimen ser pobre? ¿haber nacido Genovés? ¿ser todo menos que aquello que se consideran los jueces y señores de uno? Vendrá el dia, coudecito de Llera, cuando Génova no habrá de creerse deshonorada de modo alguno, por haber sido cuna de Christóforo Colombo, y cuando vuestra misma orgullosa Castilla participa-

ria con mil amores de tal deshonra! Poco sabeis, joven noble, hasta que punto os halla adelantado en la senda del renombre, y hácia las grandes proezas, por haber nacido de cuna ilustre y hallaros poseedor de haciendas cuantiosas. Aquí me veis, un hombre avanzado en años, con la cabeza emblanquecida por culpa del tiempo y de los padeceres, y sin embargo solo me encuentro pisando los umbrales de una empresa que va á dar á mi nombre un lugar entre el de los varones que á Dios han servido, y hecho progresar el bien de sus semejantes.

—¿No es ese el curso comun de las cosas por toda la tierra? ¿Los que se hallan colocados mas abajo del nivel de sus merecimientos no bregan por alzarse hasta la condicion á la que intentára la naturaleza hacerles pertenecer, mientras aquellos á quienes la suerte ha favorecido, por conducto de sus antepasados, se contentan frecuentemente con vivir ceñidos de los honores que por su propia mano no consiguieran? Solo veo en esto la naturaleza del hombre, y el uso del mundo.

—Teneis razon, Luis, pero la filosofia y

los hechos son cosas muy distintas. Dado nos es raciocinar tranquilamente sobre los principios, cuando su aplicacion en la práctica nos causa mucha pena. Posceis una naturaleza franca y varonil, noble doncel; ni temeis el escarnio del cristiano, ni la lanza del Agareno⁹²; y os veo pronto á retar á cualquiera sin temor y con verdad. Siendo Castellano vos mismo, ¿creceis tambien de todas veras que un paisano vuestro sea mejor que uno que naciera en la república veneciana?

—No si fuese el tal Genovés, Don Cristóval Colon mi almirante, y el Castellano únicamente Luis de Bobadilla, contestó riéndose el mancebo.

—No hay que andarse en negativas; ¿teneis alguna nocion semejante á la que acaba de manifestar con tanta franqueza la muger de Pepe?

—¿Qué pretendeis, Don Cristóval? El hombre es uno mismo en España, que lo es entre los Italianos y los Ingleses. ¿No es su vicio mas ridiculo juzgar bien de sí mismo y mal de su prógimo?

—Una pregunta lisa y llana, que llana y lisamente se hace, Luis, no ha de responderse con una verdad de Pero Grullo.

—Ni tampoco ha de confundirse una réplica cortés, y franca, con un esugio. Nosotros los de Castilla somos humildes y rancios cristianos, y por la misma razón nos creemos intachables, y á los demás hombres unos peccadores de marca mayor. Por Santiago de bendita memoria! basta, para hacer orgulloso á un pueblo, el haber dado nacimiento á una reina como Doña Isabela y á una noble vírgen⁹³ cual Mercedes de Valverde.

—Esa es doble lealtad, pues con un mismo aliento sois fiel á vuestra reina y á vuestra señora. Con eso he de satisfacerme por fuerza si bien nada tiene de contestación á mi pregunta. Mas, aunque no soy Castellano, ni los Guzmanes mismos se han atrevido á emprender el viage á Catay, y todavía la casa de Trastámara puede alegrarse de reconocer que uno de Génova les ha prestado tan relevante servicio. Dios no hace caso de las condiciones mundanas, ni de los humanos límites al elegir sus agentes; porque la mayor parte de sus santos fueron viles Hebreos, y Jesus mismo tuvo su cuna en Nazaret. Veremos, jóven noble, veremos lo que el espa-

cio de tres meses haya de revelar á la admiración de los hombres.

—Señor almirante, espero y ruego á Dios sea la isla de Cipango y las regiones del Gran Khan: en caso contrario hombres somos no solo para sobrellevar nuestros trabajos, sino para sufrir con paciencia nuestros sinsabores.

—Respecto á sinsabores en esta materia, no espero ninguno, ahora que tengo la régia fé de Isabela y estas buenas naos para mi sosten: la charanga que navega desde Madeira á Lisboa no está mas segura de ganar el puerto que lo estoy yo de llegar á Catay.

—No hay duda, señor Colon, que cuanto navegante alguno hacer puede, vos podeis hacerlo, y conseguirse habrá. La frustración, sin embargo, parece ser destino inevitable del hombre, y bueno fuera que todos estuviésemos preparados para sufrirla.

—El sol que está hundiéndose ahora tras ese alcocer, amigo Luis, no brilla mas claro á mis ojos que el derrotero de las Indias; lo he visto durante diez y siete años, tan distinto como ahora vemos esos buques anclados en el rio; mas brillante que la estrella

polar, y no dudo que tan fiel como ella. Bien está el hablar de frustraciones pues que son hijuela de la especie humana; ¿y quién conocerá esto mejor que uno á quien siempre ha servido de lazarillo la falsa esperanza durante los años menos fragosos de su ciega carrera, ora alentado por los príncipes, por los eclesiásticos, por los hombres de gobierno; ora mofado y escarnecido como un proyectista soñador sin razones ni hechos para sostener sus teorías?

—Por san Pedro mi nuevo santo, señor almirante, que vuestra vida en el espacio de este siglo, ó por ahí, habrá de haber sido harto penosa. Los tres meses venideros seguramente debereis contarlos como la época mas momentosa de vuestra vida.

—Poco conocéis la tranquilidad de la convicción, y confianza, replicó el navegante, si imagináis que las dudas mas ligeras me asedian, al allegarse la hora decisiva. Este día es el mas dichoso para mí de cuantos alborear y fenecer he visto durante muchos fatigosos años; pues, aunque nada tienen de grandes los preparativos, y nuestras barcas son de

porte insignificante y ligero, constituyen los medios á través de los cuales una luz por luen-gos siglos oculta, está próxima á destellar sobre el mundo, y á enaltecer á Castilla á una altura que descuella superior con mucho á cuantas ensoberbecen á las demás naciones cristianas.

—Debeis sentir, señor Colon, que no haya sido Génova vuestro pais natal, el que se halle próximo ahora á recibir tan grandiosa dádiva, mereciéndola por sacrificios generosos y libres en pró de este célebre viage.

—No ha sido ese el mas ligero de mis pesares, hijo Luis. Duro es tener que abandonar la patria de uno en busca de relaciones nuevas, cuando la vida toca ya á su término; aunque nosotros los hombres de mar sufrimos esto mucho menos tal vez que los que nunca dejan la tierra firme. Pero Génova nada quiso conmigo: y si el hijo está obligado á profesar cariño y respeto hácia su padre, así á estos incumbe el deber de dispensar protección y recursos á su hijo. Cuando el tronco olvida su obligacion, no ha de vituperarse al vástago si busca nutrimento y sosten

donde quiera que lo halle. Todós los debéres humanos tiene sus límites; solo aquellos que adeudamos á Dios, cesan jamás de requerir el cumplimiento debido, y la atención incesante. Génova ha sido para mí una madre dura y cruel; y aunque nada me induciría á alzar mi mano contra ella, ya no tiene derecho ninguno á mis servicios. Además, cuando el objeto de nuestras miras es la gloria de Dios, importa muy poco con cual de sus criaturas para verificarlo nos coliguemos, á fin de buscar instrumentos adecuados. No es fácil que un hombre llegue á odiar el país de su cuna; pero las injusticias pueden hacer que deje de amarle. Mútuo es el vínculo, y luego que la patria cesa de proteger la persona, el carácter, la reputación ó los derechos, el ciudadano se emancipa de todas sus obligaciones. Si la adhesión está ligada con el patrocinio, también el patrocinio está ligado con la adhesión. Doña Isabela es ahora mi ama, y después de Dios á ella serviré, y tan solo á ella. En adelante no reconoceré por mi patria sino á Castilla.

En este momento se avisó que el esquife

estaba listo, y los dos aventureros se embarcaron inmediatamente.

Preciso es que necesitase Colon todas las convicciones fijas y profundas de un temperamento exaltado para inducirle á regocijarse de que por fin hubiese conseguido los medios de satisfacer sus anhelos, si se considera con despreocupación el importe de semejantes arbitrios. Ya se han mencionado los nombres de sus naves la Santa Maria, la Pinta, y la Niña, y aludido á su tamaño y construcción. No estará demás, sin embargo, que ilustremos al lector, á fin de que forme sus opiniones acerca del carácter de este gran designio, dando un ligero bosquejo de las naves, en especial de aquella donde ahora se embarcó Cristóval Colon acompañado de Luis de Bobadilla. Era esta, como ya hemos insinuado, la Santa Maria, buque casi de doble porte que los que en tamaño le siguieran. Este bajel se habia preparado con mayor esmero que los demás, pues se habia tenido presente la dignidad y las comodidades del jefe que á su bordo iba. No solo tenia cubierta sino que se alzaba sobre su popa un alcázar den-

tro del cual estaba la cámara del almirante. Respecto á la figura de la Santa Maria no se han conservado nociones exactas ni tampoco pueden aducirse de la de los buques del presente tiempo, que son tan chatos, simétricos, y artísticamente envergados; pues aunque la Santa Maria tuviese su alcázar y castillo de proa, cual hoy se usan, no estaban contruidos con el recogimiento y desembarazo que los modernos. A la popa ó alcázar se le daba el nombre de castillo, por tener con esta alguna caprichosa semejanza, mientras á proa se alzaba un tinglado que servia de guarida á la chusma, y de tan vastas dimensiones que estribaba sobre los bordes del buque cual si fuese una estructura separada, ocupando una tercera parte de la cubierta desde el palo mayor. Para los que no han visto las embarcaciones usadas en Europa hace un siglo, no será fácil comprender de que modo unos buques tan pequeños podian descollar tanto sobre el agua, sin riesgo; pero esta dificultad puede esplicarse, porque en la memoria de algunos vivientes han existido naves muy viejas que conservaban muchas de las peculia-

ridades de esta construccion, algunas de las cuales hemos examinado por nosotros mismos. La comba de estos barcos comenzaba en las fajas ó poco mas arriba, y pandeaba hácia los extremos, de tal suerte que reducía su anchura hácia la popa hasta casi una cuarta parte, cuando no algo mas. En virtud de estas precauciones su elevacion fuera del agua era menos peligrosa de lo que pudiera haber sido; y como siempre eran barcos cortos, con la ventaja de hacerles levantar fácilmente la cabeza, y hajos de cintura ademas, podrian considerarse seguros en las mares mas bien que lo inverso. Por ser muy cortos tenian tambien mucha anchura en la bodega; lo que si no era un elemento de ligereza, lo seria indudablemente de seguridad. Aunque solian llamarse navios á aquellos bajeles, sus aparejos no eran cual hoy se usan; pues sus arboladuras fijas descollaban mucho mas que las de hoy, esto es relativamente; al paso que los mástiles movibles eran menos numerosos y de menor importancia que los que en nuestros tiempos vemos erguirse hasta las nubes en forma de agujas delgadas. Tampoco tenia un navio

el mismo número de palos en el siglo décimo quinto que le pertenecen en el décimo nono. El término mismo, cual se usaba en todos los países meridionales de Europa, derivándose directamente del vocablo latino, *navis*, se aplicaba mas bien como voz genérica, que distintiva, y por título ninguno daba á entender una construccion particular, ó una determinada arboladura. La caravela era un navio en este sentido de la espresion, aunque talvez no lo fuese, estrictamente si examinamos la clasificacion mas minuciosa de los marinos que la tripulaban.

Mucho ha sorprendido á los inteligentes, y con sobrada justicia, el hecho de que dos de los buques destinados á aquella extraordinaria expedicion careciesen de cubiertas. En aquellos tiempos, cuando la mayor parte de los viages de mar se hacian en direccion paralela á las costas principales, y cuando aun los que se estendian hasta las islas, eran de corta duracion, rara vez se aventuraban los bajeles á separarse mucho de la tierra; siendo costumbre entre la gente de mar, y práctica que ha llegado hasta nuestros dias en las ma-

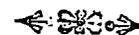
res meridionales de Europa, meterse en puerto al ver amagos de temporal. En circunstancias semejantes, no eran muy esenciales las cubiertas, ni para la seguridad de la embarcacion, ni para el resguardo del cargamento, ó abrigo de la marineria, como sucede cuando ha de arrostrarse la plena furia de los elementos. Sin embargo, no debe suponer el lector que aquellas naves estuviesen completamente sin techumbre á causa de que no se las clasificase entre las que tenian cubiertas: esas caravelas mismas, cuando servian en alta mar, se hallaban provistas de alcázares y castillos de proa con sus crugidas de comunicacion, á que guarecian lonas embreadas ú otros arbitrios de resguardo, á fin de proteger de las rociadas, los cargamentos.

Apesar de todas estas esplicaciones deberá concederse que los preparativos para la grandiosa empresa de Colon, al paso que la fantasia de las gentes de tierra exagere su insuficiencia, se ocurren al esperto navegante como igualmente incompletos, tanto respecto á su magnitud como á sus riesgos. No es probable que tan defectuosas las juzgaran los ma-

rineros de aquella época, pues que unos hombres tan acostumbrados al océano, como lo estaban los Pinzones, no hubieran aventurado voluntariamente sus buques, su dinero y sus personas, en una expedición que no poseyese los ordinarios medios de seguridad.



CAPITULO V.



Del mar azul sobre las gayas olas
Cual ellas libre el pensamiento vaga
Y lejos hasta do la brisa corre
Y se encrespa la espuma, estensa el alma
Cual la escena que en torno se engrandece
Alli mira su imperio, alli su casa⁹⁴

LORD BYRON.

COMO se retirase Colon á su cámara pronto despues de haber subido á la cubierta de la Santa Maria, no tuvo proporcion Luis de hablar con él durante aquella noche. Verdad es que se alojaba en la misma estancia, como le daba derecho su fingido destino de secretario del almirante; pero el gran navegador estaba demasiado absorto en los deberes que tenia que desempeñar antes de darse á la vela; para que

94. La cita traducida corresponde a los cuatro primeros versos del canto I de *The Corsair* de Lord Byron.

debía interrumpírsele; así pues, pasóse nuestro joven aventurero en el estrecho recinto de la cubierta, hasta cerca de la media noche, pensando, como de costumbre, en Mercedes, y en su regreso; entónces cuando buscó el catre para descansar halló á Colon durmiendo profundamente.

El día despues fué Viérnes; y es digno de notarse que el viage mas grandioso y feliz de cuantos se han emprendido sobre este globo, se empezó en un día de la semana que desde tiempos muy remotos ha tenido la gente de mar por tan aciago en las empresas náuticas, que con frecuencia han diferido hacerse á la vela en él, para evitar sus desconocidas aunque receladas consecuencias. (á) Luis fué uno de los primeros que se presentó sobre cubierta, y mirando hácia arriba, notó que el almirante estaba ya en pie, y en posesion del en-

(á) Aquí el autor se ha equivocado respecto al día tenido por aciago entre la gente supersticiosa de España. Dice nuestro adagio «En *Mártes* ni te cases ni te embarques.» Si el día de la salida hubiera sido *Mártes* en lugar de *Viérnes*, difícil habria sido en aquel tiempo y bajo tales circunstancias conseguir que se diesen á la vela los maríneros de Palos. N. del T95

cumbrado castillo de popa, cuyos estrechos límites se tenían por lugar de privilegio consagrado á los usos de la categoria de distincion, y era correspondiente al mas estenso entarimado del alcázar moderno.

Todo el espacio que ocupaba este sitio de preferencia abordo de la Santa Maria, pudiera medir algunos quince pies en una direccion, y algo ménos en la contraria, constituyendo una adecuada vistilla; mas bien por su retiro y esclusion, que por sus dimensiones.

Luego que el almirante ó Don Cristóval cual ahora le titulaban los españoles, desde su nombramiento para aquel rango, que le dispensaba los derechos y consideraciones de un noble—luego que Don Cristóval advirtió la llegada de Luis, hizo seña al joven para que subiese, y se colocase á su lado. Aunque la expedicion era tan insignificante en número y en fuerza, pues no igualaba en este último punto al poder de un moderno bergantin de guerra, la autoridad de la Soberana, la gravedad y el aspecto del mismo Colon, y sobre todo, su propio objeto tan misterioso como desconocido, le habia rodeado de cierta digni-

dad muy desproporcionada á sus recursos. Acostumbrado á cohibir las pasiones de hombres turbulentos, y conociendo la gran importancia de impresionar á sus seguidores con la idea de su alto destino y su influencia respecto á la corte, habíase retirado Colon de toda familiaridad con sus subordinados, entendiéndose con ellos por el conducto de los Pinzones y de los demas comandantes, á fin de no perder parte alguna de aquel respeto que preveía pudiera ser favorable á sus designios. No era necesaria su larga esperiencia para darle á conocer que á unos hombres apiñados en tan estrecho espacio, solo podia contenerseles en sus posiciones sociales ó profesionarias en virtud de la observancia mas rígida de la disciplina, de las formas y del decoro; y al efecto habia observado una atencion debida á estos grandes requisitos, al prescribir el modo con que hubiese de prestarse el servicio á su persona, y sostenerse su dignidad personal. Este tambien es uno de los grandes secretos de la disciplina naval, pues á los que son incapaces de raciocinio, puede traerseles á que sientan, y ningun hombre se ha-

lla dispuesto á menospreciar á aquel, que ha sabido atrincherarse con los usos de la deferencia y de la reserva. Todos los dias estamos viendo lo que puede el influjo de un título ó de un nombramiento, para con los turbulentos que estan sometidos á su autoridad, cuando pudieran resistirse á ese mismo mando legal, si proviniera de una fuente menos elevada en la apariencia.

—Habreis de manteneros contiguo á mi persona, seor Gutierre, dijo el almirante, valiéndose del nombre fingido que Don Luis aparentaba ocultar bajo el de Pedro de Muñoz, pues sabia que en un bajel no falta nunca quien escuche, y queria que el jóven noble pasase por un caballero de la servidumbre del rey.—Este es nuestro puesto, y aqui hemos de pasar muchas de nuestras horas, hasta que Dios en su muy sapiente Providencia, nos haya abierto el camino de Catay y llevádonos cerca del trono del Gran Khan. Aqui está nuestro rumbo, y á través de esta estension de Occéano inmensurable es mi intento navegar.

Hablando de esta suerte Colon, señalaba

á un mapa, estendido sobre una caja de municiones, y pasaba tranquilamente su dedo por el pergamino á fin de trazar la línea que seguir ideaba. Hallábanse definidas en el mapa, con sus contornos generales, las costas de Europa, con tanta exactitud como lo permitian los conocimientos geográficos de la época, y una estension de tierras que se prolongaba hácia el Sur hasta las playas de Guinea; todo lo que existia mas allá de cuya region era *terra incógnita*⁹⁶ para el mundo científico en aquellos tiempos. Las islas Canarias y las Azores descubiertas hacia algunos siglos, ocupaban sus sitios exactos, mientras ceñia la estremidad occidental del Atlántico una delineacion caprichosa de la costa oriental de la India ó de Catay, á la que servia de orla la isla de Cipango ó Japon, y un archipiélago, representado principalmente en conformidad á los relatos de Marco Polo y de su digno pariente. Por una feliz equivocacion, hallábase colocada Cipango en una longitud que correspondia próximamente con la de Washington, ó algunas dos mil millas al este de la posicion que ocupa en realidad. Este error de Colon

96. En cursiva en el original.

respecto á la estension de la circunferencia del globo, debió haber impedido muy probablemente que su osada empresa llegase á tener un fin desastroso.

Luis, por la primera vez desde su alistamiento en la expedicion, examinó con los ojos el mapa, movido con alguna curiosidad, y sintiendo nacer en su pecho el noble deseo de resolver aquel problema grandioso, al contemplar con una sola mirada todas sus vastas resultas, tan bien como todos los interesantes fenómenos naturales que dependian de su buen éxito.

—Por San Gennaro di Nápoli!⁹⁷ exclamó el noble.—La única afectacion que tenia Don Luis era una costumbre de invocar á los santos de los diversos países que habia recorrido, sirviéndose de los pequeños votos y exclamaciones de tierras lejanas; modo sumario de dar á entender á los que le oian, hasta donde se estendieran sus viages, al mismo tiempo que una parte de los adelantos que su educacion habia recibido de ellos.—Por San Gennaro, señor Don Cristóval, que esta travesia será en extremo meritoria, si conseguimos trazar

97. En italiano en el original.

nuestro rumbo al través de esta vastísima zona de agua, y mucho mas aun toda vez que logremos retornar.

—Esta última dificultad es la que en este momento se presenta con mayor fuerza á la imaginacion de cuantos montan este navio. ¿No reparais, Luis, los tristes y abatidos semblantes de los marineros, y no ois los lamentos que resucnan en la playa?

Esta observacion hizo que el jóven alzase los ojos de la carta y reconociese la escena que tenia alrededor. La Niña, que era en efecto una ligerísima faluca, habia zarpado ya, y se deslizaba junto á ellos á impulso de su vela latina, que se hinchaba en su trinquete; hormigueaba en sus costados multitud de botes llenos por la mayor parte de mugeres y niños, quienes juntando las manos en la agonía de la desesperacion, lanzaban los ayes mas lastimeros. La Pinta estaba levando el ancla, y aunque la autoridad de Martin Alonso Pinzon tuviese el efecto de hacer su pesar menos clamoroso, una turba semejante rodeaba sus bordas, mientras en torno de la Santa Maria misma otra infinidad de botes surcaba las

aguas; aunque sin osar acercarse á la nave por respeto al rango y autoridad del almirante. Era claro que el mayor número de cuantos se quedaban en tierra tenia creido que ahora por última vez veia alejarse á sus amigos y parientes de aquellas playas, mientras no pocos de los navegantes mismos juzgaban hallarse próximos á dejar para siempre las costas de España.

—¿Habeis buscado á Pepe esta mañana entre la tripulacion? preguntó el almirante, pues por la primera vez en aquella mañana se le ocurría el incidente del jóven marinero. Si hiciese falsía á su palabra, pudiéramos considerarlo como un mal agüero y vigilar de cerca á todos sus camaradas, mientras haya probabilidad de escapatoria.

—Si su ausencia, señor, fuera un agüero aciago, su presencia deberá recibirse como próspero signo. El noble mozo está allá arriba sobre nuestras cabezas, alfojando las velas.

Alzó la vista Colon, y allá en verdad estaba el jóven marino, abrazado á la delgada estremidad de la enñona latina, que aun entónces

llevaban las naves en su mástil de popa, columpiándose en el viento mientras desataba los tomadores que retenían la lona en sus dobleces. De cuando en cuando miraba hacia abajo, anheloso de descubrir si había sido notado su regreso, y una ó dos veces, sus manos, tan ágiles por lo comun, se habían demorado en su ocupación, mientras el marinero dirigía la vista hacia el timón de la nave, cual si algo también llamase su interés por aquel lado. Hizo el almirante una señal de reconocimiento al complacido grumete, quien al instante dejó caer la vela, mientras su gefe acompañado de Don Luis se dirigió al coronamiento para averiguar si había alguna lancha arrimada al bajel. Allí, en verdad, y apegado á la popa se veía un esquife, remado solamente por Mónica, y á quien habían permitido acercarse tanto, en consideración á su sexo. Al instante que la esposa de Pepe advirtió la presencia del almirante, levantóse del banco, y juntó las manos, mirándole con anhelo, cual si deseara hablarle, pero tuviera miedo de hacerlo. Notando que á la pobre muger causaban cortedad el bullicio, la turba de

personas, y la presencia de la embarcación, que casi podía tocar con las manos, dirigióle la palabra Colon. Hablóle con blandura, mientras sus miradas, por lo comun tan graves y aun severas á veces, suavizaba una expresión de bondad que nunca antes había atestiguado Don Luis.

—Veo que tu marido ha sido fiel á su promesa, buena muger, díjole, y no dudo le hayas dicho que es mas prudente y varonil servir á la reina, que echarse encima el borron de prófugo.

—Si, señor, hécholo he. Endono mi esposo á Doña Isabela, sin murmurar, ya que no con alegría, ahora que me consta vais á partir en el servicio de Dios. Conozco la perversidad de mi repugnancia, y rezaré para que él sea primero en todas ocasiones, hasta que los oídos del Infiel queden abiertos á las palabras de la fé verdadera.

—Habeis hablado cual esposa española y muger cristiana. Nuestras vidas estan en las manos de la Providencia, y no dudeis de que en salud y salvedad tornareis á reuniros con Pepe, despues que haya visitado á Catay y

tenido su parte en el descubrimiento.

—Ah! señor... y cuando? exclamó la jóven, incapaz en despecho de su forzado espíritu, de suprimir los impulsos propios de su séxo.

—En la buena hora de Dios, honrada muger. ¿Y cual es vuestro nombre?

—Mónica me llamo, Señor almirante, y mi marido es Pepe; y al pobrecito niño huérfano que deja en estas playas se le puso Juan en la pila. No corre por nuestras venas sangre de Moros, sino que somos españoles rancios, y ruego á vuestra escelencia se acuerde de esto en las ocasiones que requerir pudieren una obligacion mas peligrosa que de ordinario.

—Confia en que miraré por el padre de Juan, contestó el almirante sonriéndose, aunque una lágrima resplandeció en sus ojos. Yo tambien dejo en tierra á los que me son mas caros que mis propias entrañas, y entre otros á un hijo, huérfano de madre. Si algun grave accidente sucediese á nuestro bajel, mi Diego quedaria desvalido, mientras que tu Juan disfrutará á lo ménos del cuidado y afecto de aquella que le trajo al mundo.

—Mil perdones, señor! dijo la muger, conmovida sobremanera con la sensacion que en la voz del almirante se traslucía. Somos egoistas, y nos olvidamos que los demas tienen sus penas, cuando las nuestras propias nos punzán tan á lo vivo. Id en buen hora, y á nombre de Dios, para cumplir su santa voluntad— llevaos á mi esposo en vuestra guarda: solo siento que mi Juanito no sea ya un hombre para acompañaros tambien.

No pudo Mónica hablar mas; pero sacudiendo de sus ojos las lágrimas, volvió á empuñar los remos, y apartó lentamente su esquife, cual si aquella máquina inanimada sintiese la repugnancia de las manos que hácia la playa la impelían. El corto diálogo que acabamos de mencionar se habia proferido en voz tan recia, que se enteraron de él cuantos se hallaban inmediatos á los colocutores, y cuando Colon volvió al bote las espaldas, notó que muchos de los marineros estaban pendientes de las jarcias, ó caballeros sobre las vergas, escuchando ansiosos cuanto hablado se habia. En aquel preciso instante retiróse del fondo tenaz el áncora de la Santa Maria, y la

proa de la nao comenzó á sesgar de la direccion de la brisa. Al momento próximo oyóse el zapateo de la grande vela mayor, que llevaban los buques de aquel porte, y cinco minutos despues las tres embarcaciones dejábanse caer con lentitud, mas con serenidad, por la corriente del Odiel, en uno de los brazos de cuyo rio habian permanecido ancladas, haciendo rumbo hácia una barra sita en la proximidad de su embocadura.—Aun no se habia levantado el sol, ó mas bien, no daba luz por hallarse en la forma de un disco de fuego alzándose sobre los montes de España y reflejando un destello sombrío y una gloria macilenta, en el instante de hallarse hinchadas las velas de los buques espedicionarios, sobre una costa que no pocos de los que iban en la espedicion recelaban que veian por la última vez. Muchos botes seguian cosidos á los costados de los buques mas pequeños, hasta llegar á la bahia de Saltes una ó dos horas despues, y aun algunos continuaron su compañía hasta comenzar á mecerse en el prolongado oleage del respirante Occéano, cuando al advertir que el viento soplaba frescal á Occi-

dente; reparáronse con repugnancia, uno por uno entre audibles gemidos y sollozos. En franquia ya las embarcaciones comenzaron á surcar serenas las azuladas aguas del deslindado Atlántico. semejante á otros tantos seres humanos impelidos silenciosamente por el hado hácia destinos que ni está en sus alcances preveer, restringir, ni evitar.

El dia estaba hermoso, y la ventolina á un tiempo fresca y favorable. Hasta ahí los agüeros eran propicios; mas el desconocido porvenir ofuscaba con sus tinieblas los sentimientos de gran parte de los que así dejaban, en hosca incertidumbre, cuanto mas caro habia para ellos sobre la tierra. Sabiase que era la intencion del almirante dirigir su rumbo en derechura á las islas Canarias, para desde allí deslindar las veredas ignotas y hasta entónces inesploradas del desierto Occéano que mas allá se estendia. Los que dudaban tenian aquellas islas como á puntos desde los cuales hubieran de comenzar sus peligros verdaderos, y ya buscaban anhelosos su aparicion en el horizonte, con sensaciones harto parecidas á aquellas, con que el hombre culpable mira el dia

de su juicio, el sentenciado á muerte la mañana de su ejecucion, y el pecaminoso mortal la hora de su muerte. Muchos, sin embargo, se sobreponian á esta debilidad, pues que acercáran sus nervios y fortalecieran sus ánimos para cualesquiera ventura, aunque casi todos sentian fluctuar sus sentimientos; habia horas en que la esperanza y la anticipacion del buen éxito parecian alentar á toda la tripulacion: y en pos de ellas acorrian instantes en que se inclinaban al vacilamiento, ó era casi general la desconfianza.

Un viage á las islas Canarias ó á las Azores, en aquel siglo, deberia clasificarse entre las proezas mas atrevidas de la gente de mar. No era por cierto la distancia tan grande como la de muchas de sus ordinarias escursiones; pues con frecuencia navegaban los buques, en la misma direccion, hasta las islas de Cabo Verde; pero todas las demas expediciones marítimas de los Europeos consistian en viages costaneros; y en el mar mediterráneo solazaba al marino la seguridad de que navegaba por limites conocidos, imaginándose engolfado dentro de los lindes del hu-

mano conocimiento. Al contrario, mientras dividia con osada quilla el anchuroso Atlántico, creíase en cierto modo colocado en una posicion semejante á la del aeronauta, quien, mientras se cierne en las corrientes escelsas de la atmósfera, mira á sus pies la tierra, único lugar de reposo que reservado tiene, solo apeadero que puede llamar suyo, mientras en torno y en todas direcciones vé ensancharse mas y mas el vacío azulado del espacio inmedible.

Las islas Canarias eran conocidas de los antiguos. Juba, rey de Mauritania, y contemporáneo de César, se dice haberlas descrito con mediana exactitud, bajo el nombre general de islas Afortunadas. La obra misma se ha perdido, pero el hecho se sabe en virtud de la evidencia de otros escritores; y por igual conducto se nos dice que poseian aquellas, hasta en aquel siglo remoto, una poblacion que habia hecho progresos muy respetables hácia la civilizacion y la cultura. Pero corriendo el tiempo, y mientras el periodo tenebroso que empañó la brillantez del dominio romano, hasta la situacion de estas is-

las fué perdida para los Europeos; ni tornó á averiguarse hasta la primera mitad del siglo décimo cuarto, cuando volvieron á descubrirlas algunos Españoles, que fugitivos se sustraian de la persecucion encarnizada de los Moros. Despues de esto, los Portugueses, que eran á la sazón los navegantes mas emprendedores del mundo conocido, tomaron posesion de una ó dos de ellas, é hicieron allí su punto de salida para sus viages de descubrimiento á lo largo de la costa de Guinea. Luego que los Españoles, cercenando el poderio de los Musulmanes, volvieron á conquistar en la Península su antiguo dominio, dirigieron otra vez sus miras hácia aquella direccion domeñando á los naturales de varias de las otras islas; y el grupo total de ellas pertenecia igualmente á esas dos naciones cristianas al tiempo de nuestra narracion.

Luis de Bobadilla, que habia hecho dilatados viages en los mares mas al norte, y atravesado y vuelto á atravesar el Mediterraneo en direcciones diversas, solo conocia estas islas por oidas; y mientras los dos amigos se hallaban sobre el alcázar, indicó Colon

al noble conde de Llera la posicion de las Insulas espresadas, y esplicóle sus varias peculiaridades, refiriendo las intenciones que tenia respecto á ellas, enumerando los recursos que proporcionaban, é insinuando sus ventajas como puertos de procedencia.

—Mucho ha proporcionado á los Portugueses el uso de estas islas, dijo el gran navegante, como puntos de abasto para víveres, leña y agua; y no veo por que razon la Castilla no ha de imitar ahora su egemplo, y disputar su parte de semejantes beneficios. Bien veis cuan léjos al sur han penetrado nuestros vecinos, y que comercio y cuantas riquezas afluyen á Lisboa, en virtud de esas nobles empresas, las cuales, sin embargo, son cual un cubo de agua en el océano, si se comparan con las riquezas de Catay y con todas las inmensas consecuencias que habrán de seguirse de este viage á occidente, que emprendemos.

—¿Y esperais llegar á los territorios del Gran Khan, señor Don Cristóval, preguntó Luis, atravesando una distancia tan pequeña como aquella que los Portugueses han franqueado hácia el medio dia?

Miró cauteloso en torno de si el navegante, para cerciorarse de si habia quien sus palabras escuchára; pero hallando que nadie estaba al alcance de su voz mientras tomaba las medidas necesarias para asegurar el sigilo, bajó el tono de sus acentos, y contestó de un modo que lisonjeaba grandemente á su juvenil colocutor, pues que sus palabras probaban que era su objeto dispensarle toda la franqueza y confianza de un amigo.

—Bien os consta, Don Luis,—prosiguió el navegante, la naturaleza de los espíritus con quienes tenemos que habernosla. Ni aun podré estar seguro de sus servicios, mientras estemos próximos á la costa de Europa; pues que nada hay mas fácil que el que una de esas embarcaciones nos abandone durante la noche, y busque puerto en cualquiera costa bien sabida, procurando su justificación en alguna supuesta necesidad.

—No creo que Martin Alonso sea un hombre capaz de hacer esa accion tan ignoble é indigna, interpuso Don Luis.

—No lo es, jóven amigo, por una causa tan deshonrosa como el miedo, contestó Co-

lon, con cierta pensativa sonrisa, la que manifestaba cuan precoz y verdaderamente habia penetrado los caracteres de sus consocios en el designio.—Martin Alonso es un navegador atrevido é inteligente, y podemos esperar de sus manos relevantes servicios en cuanto respecta á hechos de resolucion y perseverancia. Pero los ojos de los Pinzones no siempre han de estar abiertos, ni los conocimientos de todos los filósofos del mundo pudieran resistirse contra la desenfrenada impetuosidad de una turba de hombres á quienes el miedo hiciera amotinarse. No me atrevo á responder de nuestra propia gente, mientras les queda esperanza de regreso; y mucha menos confianza me inspira la chusma que no se halla directamente bajo mis propios ojos é inmediato mando. La pregunta que acabais de hacerme, Luis, no puede contestarse en público, por lo tanto; pues que la distancia que atravesar tenemos, pudiera amedrentar á nuestros alarmados marinos. Sois un hidalgo, un caballero de valor conocido, y en quien puede uno confiar; y deciros me es lícito, sin temor de dar nacimiento á ninguna sensacion indíg-

na, que el viage emprendido por nosotros ahora no tiene precedente en la tierra, tanto á causa de la largura del camino cuanto por lo solitario de sus veredas.

—Y sin embargo, señor, echais el pecho al agua, con la confianza de un hombre que seguro estuviese de alcanzar el puerto deseado.

—Luis, bien habeis juzgado de mis sentimientos. Respecto á esos temores ordinarios de bajadas y subidas, de las dificultades del regreso y del ridículo miedo de que llegemos hasta el margen del mundo, desde donde caigamos de cabeza en el espacio, ni vos ni yo creo que estamos sujetos á ellos, de manera ninguna.

—Por Santiago! Señor D. Cristóval, mis nociones acerca de esos asuntos no están desenmarañadas del todo. No he visto ni oído hasta ahora que nadie se haya resbalado desde la tierra á los aires de Dios; verdad es que no supongo ser probable que semejante desliz acontezca á nosotros ni á nuestras buenas naos; mas por otra parte, hasta ahora, solo tenemos doctrinas para probarnos que la tierra sea redonda, ni que pueda ser posible encaminarse

á levante, con dirigir la proa hácia occidente. Sobre estas materias, declárome desde luego neutral; al mismo tiempo que os digo, que si se os viniera á las mientes hacer rumbo para la Luna, siempre hallaríais á vuestro lado á Luis de Bobadilla.

—Os haceis menos esperto en las ciencias, de lo que es verdad ó necesario, noble calavera; pero nada mas hablaremos de esto por ahora. Suficiente lugar habrá para familiarizaros con todos mis difíciles raciocinios y profundas convicciones. ¿Y no es este, Don Luis, un espectáculo verdaderamente celestial? Aquí me teneis en el anchuroso océano, llevando conmigo la alta decoracion de virey y almirante que sus altezas dispensado me han; comandando una escuadra, á la que nuestros soberanos autorizan para transportar el conocimiento de su poderio y doméño hasta las regiones mas lejanas del mundo, y especialmente á fin de levantar la cruz de nuestro Redentor bendito á los ojos de los infieles, quienes nunca antes han oído su nombre, ó si oído le han, reveréncianlo á la manera que un prosélito de Cristo diera acatamiento á los ídolos paganos.

Profirióse esto con el sereno aunque íntimo entusiasmo, que prestaba su colorido al carácter entero del gran navegador, haciéndole á veces objeto de desconfianza, ó de respeto profundo. El efecto, sin embargo, que en Luis produjeron sus palabras, como en verdad acontecia respecto á la mayor parte de aquellos que vivian en la suficiente familiaridad con el hombre para ponerles á cabo de apreciar sus motivos, siempre era favorable para Colon, y, probablemente lo hubiera sido en todo caso, aun cuando no existiera Doña Mercedes. No dejaba de tener el mancebo por su parte cierta tintura de exaltacion, y como ha sucedido siempre respecto á los hombres generosos y sencillos, sabia bien en qué luz habrian de contemplarse los impulsos de aquellos, á quienes semejantes influencias calificaban. Esta respuesta estaba por consiguiente en concordancia con los sentimientos del almirante, y los dos amigos permanecieron sobre el alcázar durante algunas horas, y hablando del porvenir con el ardor de quienes lo esperaban todo, aunque fué su diálogo demasiado difuso y general para que pudiera hacer su redaccion necesaria ni fácil.

Serian las ocho de la mañana cuando los bajeles pasaron la barra de Saltes; y muy entrado se halló el dia antes que los navegadores perdiesen de vista las eminencias familiares, que en torno de Palos descollaban, asi como tambien las demas bien conocidas atalayas de la costa. El rumbo se dirigia exactamente al Sur, y como las embarcaciones de aquel tiempo eran escasas de mástiles, y por tanto daban al viento poquisima lona, comparativamente hablando si se considera con referencia á la navegacion mas boyante de hoy dia, la proporcion de camino que lograbán hacer era mas corta, y estaba léjos de prometer un pronto término á un viage que conocian todos habria de ser dilatado sin ejemplo, y que muchos recelaban seria indefinido. Dos leguas marítimas, ó tres millas inglesas por ahora, era buen caminar para un bajel en aquellos dias, aun cuando soplase en su favor un viento fresco; siendo notable que hay pocos dias, anotados por Colon mismo en su célebre diario de aquella navegacion, que se acerquen á ciento y sesenta millas en las veinte y cuatro horas, y cuyo progreso se

inculca en él como una maravillosa prueba de ligera andadura, y digna de ensoberbecer al marino mas estirado. En estos nuestros dias de locomocion y tragin, apenas seria necesario insinuar al inteligente lector, que ese camino es poco menos de la mitad de la distancia que navega un buque velero, bajo circunstancias iguales, en nuestros popios dias.

Asi púsose el sol por primera vez á los ojos de los aventureros en este célebre viage, despues de haber navegado á favor de una recia ventolina, para servirnos de las mismas palabras que usa Colon ea su memoria, durante once horas desde su salida de la barra. Hasta entónces su camino habia sido algo menos de cincuenta millas, con rumbo clavado al sur desde el punto de su partida. La tierra en las cercanias de Palos se habia hundido ya tras el márgen acuoso del océano en aquella direccion; y la costa, estendiéndose hácia oriente, solo dejaba ver aca y allá, á los espertos ojos de los marinos mas veteranos, las nebulosas cumbres de algunas montañas del reino de Sevilla al sumergirse el rojo disco del sol en el acuoso lecho del horizonte occidental y

desaparecer de la vista. En aquel preciso instante, hallábanse otra vez sobre el alcázar Colon y Luis, contemplando con melancólico interés las últimas sombras que se desprendian de las tierras de España, mientras estaban cerca de ellos dos marineros ocupados en empalmar un cabo que habia saltado con efroce de un boton. Hallábanse estos sentados en la cubierta; mas como se habian apartado algun tanto por respeto al almirante, ni este ni su colocutor advirtieron su presencia al principio.

—Ahi se hunde el sol bajo las ondas del anchuroso Atlántico, seor Gutierrez, observò el caudillo, quien siempre se valia cauteloso de uno de los nombres supuestos de Don Luis, cuando recelaba estuviese cerca alguna otra persona. Ya nos abandona el sol; pero amigo; mas en su diurna carrera veo una prueba inequivoca de la forma globular de nuestra tierra y de lo infalible de una teoria, que nos dá á entender que la region de Catay puede alcanzarse en virtud de un viage á occidente.

—Siempre estoy dispuesto á admitir la sabiduria de todos vuestros planes, esperanzas

y pensamientos, señor Don Cristóval, contestó el jóven, puntilloso observador de las reglas del respeto, tanto en sus modales como en su habla; sin embargo, confieso que no puedo comprender lo que el curso diario del sol tenga de comun con la situacion de Catay, ni con el camino que allá conduce. Bien sabemos que este astro grandioso viaja á través de los cielos, sin descanso; que sale de la mar por las mañanas, y se retira á su cama de olas por la noche; pero esto lo verifica tanto en las costas de Castilla como en las de Catay, y por consiguiente no me hiere el entendimiento que pueda aducirse de esa circunstancia una inferencia particular, en pró ni en contra de nuestra tentativa.

Mientras se decia esto, dejaron de trabajar los dos marineros, y fijaron los ojos con miradas de curiosidad en el semblante de Colon. En virtud del movimiento, reparó Luis que uno de ellos era Pepe, y haciéndole un signo de reconocimiento, pasó la vista á su compañero quien le era totalmente desconocido. Este último tenia por todos títulos el aspecto de un curtidísimo hombre de mar, de los

de aquellos dias, y á quien, tanto en Inglaterra como en los demas países al setentrion de Europa, se le habria denominado *perro marino*; cuyo término espresa la idea de un hombre tan completamente identificado con los mares por la fuerza de la costumbre, que semejante asociacion habia dado un colorido particular á su exterior, á sus pensamientos, á su lenguaje y hasta á su moralidad. Este marinerero rayaba en los cincuenta años; su estatura era corta y rechoncha, atlética y todavía muy activa; pero traslucíase aquella mezcla de la criatura animal é intelectual en sus toscas y groseras facciones, que con tanta frecuencia se halla esculpida en los rostros de los hombres dotados de socarroneria natural, y de entendimiento claro y vigoroso, cuando sus hábitos han sido burdos y sensuales. Que era un marinerero de la clase sobresaliente lo conoció Colon á la primera mirada, no solo en virtud de su general aspecto, sino por la ocupacion á que se adonaba, y la cual pertenecía á aquel ramo de faenas que solo se confian á las manos de los hombres mas diestros en cualquiera tripulacion.

—Este es mi modo de raciocinar, respondió el almirante, luego que apartó la vista de aquellos dos hombres, á quienes tambien habia dispensado una rápida ojeada:—el sol no se ha hecho para dar vuelta á la tierra sin suficiente causa; pues que la Providencia de Dios está regida por su sabiduria infinita. No es probable que un luminar tan generoso y útil fuese destinado á derramar sus beneficios en parte ninguna donde hubiese de despediciarlos, y estamos ciertos ya de que el dia y la noche verifican sus viages sobre la tierra, caminando á occidente hasta la distancia que conocida nos es; de donde infero que el sistema es armonioso, y que los beneficios del almo astro se dispensan al hombre incesantemente, repartiéndose en sucesion por todos los varios puntos de la tierra en que habitamos. El sol, que acaba de desaparecer respecto á nosotros, está visible todavia en las Azores y se hará visible otra vez para Esmirna y las islas griegas, una hora ó dos antes que torne á deslumbrar nuestros ojos. Nada ha destinado la naturaleza para la inutilidad ó el desperdicio; y creo que á Ca-

tay iluminará el disco, que acaba de ponerse para nosotros mientras nos hallamos en la hora mas profunda de la noche, á fin de volver por la carrera oriental á través del extenso continente de Asia, con el objeto de sonreirse á nuestra vista luego que venga la mañana. En resúmen, amigo Pero, lo que Febo hace ahora en los cielos con ligerísima premura, lo imitamos nosotros mas humildemente con nuestras caravelas; concédansenos el tiempo suficiente, y tambien nos deslizaremos en torno del mundo, regresando de nuestro viaje por la region de los Tártaros y de los Persas.

—De todo lo cual inferís que el mundo es redondo, y en eso hemos de estribar la certidumbre de nuestro buen suceso.

—Eso es tan cierto, señor de Muñoz, que sentiria mucho pensar que semejante teoria fuese desechada por el último hombre de cuantos con nosotros navegan. Aqui tenemos á dos marinos, que han entreoido nuestro colloquio, y les interrogaremos, á fin de enterarnos de las opiniones de unos hombres bien curtidos con las brisas del océano.—¿Eres tu

el esposo de aquella jóven con quien tuve conversacion ayer tarde en la playa, y tu nombre es Pepe?

—Señor Almirante, la memoria de vuestra escelencia me dispensa demasiada honra con no olvidar una cara que es completamente indigna de que se la note y recuerde.

—Esa es una cara honrada, amigo mio, y manifiesta sin duda un corazon sincero. ¿Podré contar contigo como con un seguro sosten, vengan como vinieren las cosas?

—Su escelencia no solo tiene el derecho de comandarme, en calidad de almirante de sus Altezas, sino que lleva tambien consigo la buena voluntad de mi Mónica, lo que equivale á haber ganado un firme sostenedor en su marido.

—Te doy gracias, honrado Pepe, y contar puedo con tu fidelidad en lo futuro, respondió Colon, volviéndose hácia el otro marinero.—Y tú, camarada, tienes aspecto de uno á quien no asusta la vista del agua brava.—Supongo que te llamarás con algun nombre?

—Con algun nombre me llamo, noble almirante, contestó el perro viejo, alzando los

ojos con la franqueza de un hombre acostumbrado á que se le permitiera dar suelta á sus dicharros;—aunque ese nombre ni tiene Don ni Señor que lo lleve á remolque. Mis compinches suelen llamarme Sancho, cuando aprieta la prisa, y luego que las buenas maneras pueden mas que la premura, me añaden el vocablo Mundo; lo que forma el compuesto Sancho Mundo para espresar los títulos y apellidos de un hombre tan insignificante como yo lo soy.

—Muy grande es el nombre de Mundo para un personage tan pequeño, dijo el almirante, quien preveía la conveniencia de conseguir amigos entre la tripulacion, y habia estudiado á los hombres suficientemente para conocer que mientras la familiaridad indebida socava el respeto, el apeamiento hasta cierto grado tiende á llevarse en pos de si los corazones.—Mucho me admira que te atrevas á llevar tan altanero apellido?

—Digo á mis camaradas, señor muy escelente, que Mundo es mi título; y que soy mucho mayor que todos los reyes, el mas estirado de los cuales se contenta con tomar

sus títulos de una de las partes de aquello, cuyo todo me corresponde á mi.

—¿Y también tus padres se denominaron Mundos, ó es un nombre ese afectado propósito á fin de proporcionarte ocasiones de manifestar la agudeza de tu ingenio cuando te pregunten tus superiores?

—Respecto á quella buenagente, que primero habeis mencionado, señor Don Almirante, dejaremos que contesten por sí mismos, y eso por la buena razon de que ignoro como se llamaban, ó si en realidad tenían nombre alguno. Dícenme que fui hallado, pocas horas despues de nacer, metido debajo de una canasta vieja, junto á la compuerta del dique en la famosa ciudad de...

—No hagas caso del lugar preciso, amigo Sancho; halláronte con un cesto por cuna, y eso desde luego forma un abultado tomo en tu historia.

—Perdonad, señor Escelentísimo; pues no quisiera que esa circunstancia ofreciera márgen en siglos venideros á que se diesen de calabazadas los hombres por averiguar el punto preciso donde hube mi nacimiento. Dícen que nin-

guno de cuantos aquí vamos, sale exactamente hácia adonde nos dirigimos, y será por tanto muy del caso que una ignorancia igual oculte los parages de donde procedemos. Pero como yo tuviese el mundo delante de mí, diéronme de él en la pila cuanto podia adquirirse en virtud de un nombre.

—¿Has sido marino largo tiempo, Sancho Mundo—ya que te empeñas en que Mundo te se llame?

—Tan largo tiempo, señor, que me maréo y pierdo las ganas de comer siempre que ando por tierra firme. Como me hallaron en la compuerta, no fué difícil meterme dentro del dique, y un dia me botaron al agua en una caravela, y vime en esas mares, Dios sabe como. Desde aquel tiempo me he sometido á la suerte, y al llegar á puerto, procuro siempre reembarcarme lo mas pronto posible.

—¿Y por qué feliz acaso he obtenido yo tus servicios en esta gran espedicion, buen Sancho?

—Las autoridades de Moguer me matricularon en ella por órden de la Soberana, señor Escelentísimo; porque creyeron que este

viage seria mas de mi gusto que ningun otro. cemo era probable que jamas tuviese fin.

—¿Con que os obligaron por fuerza á prestar vuestro servicio á bordo de esta nao?

—A mi no, señor Don Almirante, aunque los que aqui me enviaron tal creyeron. Es muy natural que, una vez en su vida, desee un hombre visitar todas sus posesiones, y como me han dicho que hacemos rumbo hácia el otro lado del Mundo, no permita Dios se me hubiese escapado tan buena proporcion de visitar aquella parte de mis heredades.

—Tu eres Cristiano, Sancho, y deberá alistarte el deseo de ayudarnos á llevar la cruz para levantar su enseña en aquellas regiones paganas.

—Señor, Escelentísimo, Don Almirante, poco le importa á Sancho cual sea el cargamento que la nave lleve sobordo, con tal que no haya necesidad de dar mucho á la bomba, y que el gazpacho esté bien hecho. Si no soy un Cristiano muy devoto, la culpa es de los que me hallaron cerca de la compuerta del dique, pues que tanto la iglesia, como la pila de bautismo, están á un tiro de piedra de

aquel parage. Me consta que este mi amigo Pepe, es Cristiano, señor; porque le vi pocos dias hace debajo del manteo del padre cura, ocurrencia que dudo hayan visto en cuanto á mi respeta los hombres mas viejos que existen en Moguer. Pero, noble Almirante, á todo riesgo tomaré á mi propio cargo deciros que ni soy judio ni Musulman.

—Sancho, tienes en ti cierta cosa que manifiesta eres un marinero diestro y atrevido.

—Atento á entrambas esas cualidades, señor Don Colon, dejemos que hablen otros. Cuando arree el chubasco juzgareis de la primera por vuestros propios ojos; y luego que la caravela llegue al borde mismo de la tierra, hácia donde piensan algunos que navegamos; entonces habrá una ocasion excelente de ver, quien puede y quien no contemplar el abismo con emblante sereno.

—Basta; cuento con Pepe y contigo entre el número de mis mas fieles seguidores— Al espresarse de este modo, separóse de ellos Colon, y volvió á tomar su rostro aquella venerable gravedad que por lo común se veia entronizada alli, y que prestaba tanto realce á

su autoridad, en virtud de la impresion de respeto que hacia en cuántos le miraban. Pocos minutos despues, el almirante y su fingido secretario se retiraron á la cámara principal.

—Mucho me maravilla, Sancho, dijole Pepe, luego que se quedaron solos sobre la cubierta, que te arriesgues á menear la lengua con tanta franqueza, aun en presencia de un gefe que lleva consigo la autoridad de la reina. ¿No temiste ofender al almirante?

—Válgame Dios! ¿cuanto puede con un hombre tener muger é hijo! ¿No conoces la diferencia que existe entre los que se jactan de abolengo y alcurnia ilustre, y los que nada poseen en el mundo sino un nombre asaz cuestionable? El señor Don Almirante, ó es un hombre en extremo grande y elegido por la Providencia para abrir el camino de los desconocidos mares que menciona, ó no pasa de ser un Genovés hambruno, que nos lleva, ni él mismo sabe adonde, á fin de que pueda comer, beber y dormir con honra y provecho, mientras nosotros seguimos jadeando trassus pisadas, cual asnos pacientes arrastrando la carga que el caballo me-

nosprecia. En el un caso es demasiado grande y enaltecido para cuidarse de palabras ociosas; en el otro ¿qué espresiones puede haber demasiado malas que un Castellano no le diga?

—Ya! tienes mucha aficion á llamarte á ti mismo Castellano, apesar de lo de la compuerta y canasta, y de hallarse Moguer en territorio sevillano.

—Escucha, Pepe ¿no es señora nuestra la reina de Castilla? Y los vasallos... los vasallos legítimos y verdaderos, como tu y yo, por ejemplo, ¿no serán dignos de ser paisanos de su soberana? Jamas te echés por tierra, Pepe amigo, pues siempre hallarás al mundo demasiado dispuesto á hacerlo respecto á ti, sin que tu le ayudes para tu propio descrédito. En cuanto á este Genovés, será enemigo ó amigo de Sancho, segun váyamos viendo: en el primer caso espero mucho solaz de sus intenciones; en el último, bien puede, te aseguro, andar á caza de su Catay hasta el dia del juicio, que no se hallará mas cerca de ella, mientras pueda yo estorbárselo.

—En verdad, Sancho, que si las palabras pueden servir de obstáculo á un viage, ó pro-

porcionar su próspero éxito, eres el marino mas indispensable para cuantas expediciones se confien á la mar salada; no hay quien te gane en bachillerias.

Un instante despues se levantaron los dos hombres, pues habian acabado su tarea; y dejando la cubierta, se confundieron con lo restante de la tripulacion. Pero Colon no habia marrado⁹⁹ su objeto; porque su condescencia, como tambien sus palabras, produjeran un efecto muy favorable en las mientes de Sancho Mundo, nombre que efectivamente tenia el marinero; y al adquirirse la amistad de un hombre, tan agudo, y dotado de lengua tan suelta, consiguió el Almirante el apoyo de un aliado que por pretesto ninguno habia de menospreciarse. Semejantes combinaciones, y con el favor de instrumentos tales como este, suelen con frecuencia dar resultados felices; porque posible es, hasta para el descubrimiento de un mundo, que dependa todo de las buenas palabras de cualquiera que sea mucho mas insignificante para tener influencia sobre las opiniones que lo era Sancho Mundo.

99. equivocado, errado.

CAPITULO VI.



Mientras que aqui roncando
Las horas vais pasando,
La vil traicion se estriba,
Si el morir es amargo,
Sacudid el letargo
Guardaos! arriba! arriba!

ARIELLO

COMO el tiempo continuase propicio, hicieron los tres bajeles buen camino en la direccion de las Canarias: el Domingo con especialidad fué un dia tan próspero, que la expedicion anduvo mas de ciento y veinte millas en el discurso de veinte y cuatro horas. Favoreciales sin mudanza el viento, y el Lunes por la mañana dia 6 de Agosto, hallábase Colon hablando alegremente con Luis y otros dos compañeros

25

100. Cita de Shakespeare, *The Tempest*, 2.1.334-39.

de viage, que estaban cerca de él á popa, cuando notó que la Pinta recogia súbitamente las velas, y poníase en facha á toda prisa por no decir con evidente trastorno. Esta maniobra denotaba haber ocurrido algun desavio, y como por buen acaso tuviese la Santa Maria la ventaja del viento, orzó inmediatamente para averiguarlo.

—¿Qué hay ahora, señor Martin Alonso, gritóle el Almirante, luego que se acercaron una á otra las dos caraveías.—¿Por qué razon habeis hecho esa parada?

—Así lo ha querido la fortuna, señor Don Cristóval; pues se ha hecho pedazos el timon de esta lancha, y nos precisa componerlo antes de confiarme de nuevo á la ventolina.¹⁰¹

Un severo ceño ofuscó el grave semblante del gran navegador, quien, despues de ordenar á Martin Alonso tomase las medidas mas adecuadas para reparar la averia, se paseó algunos minutos por la cubierta, notablemente amostazado. Advirtiéndole que el Almirante tomaba tan á pecho este accidente, los demas testigos se bajaron del alcázar, dejando á Co-

lon á solas con el fingido ayuda de cámara del rey Don Fernando.

—Espero, señor, que no es esa una averia de mucha consecuencia, ni que sirva de obstáculo para que prosigamos nuestro viage, dijo Luis, despues de manifestar, en virtud de una pausa, el respeto que sentian para con el almirante cuantos estaban bajo sus órdenes.—Me consta que Martin Alonso es un diestro marino, y creeré que los recursos de que habrá de valerse no dejen de ser mas que bastantes para que á favor de ellos podamos llegar hasta las Canarias, donde aun daños mas gruesos hallarian al momento reparacion.

—Decis bien, Don Luis, y justo es que esperemos lo mas balagüeno. Pésame que el mar esté tan bravo, que no podamos ofrecer auxilio á la Pinta; pero Martin Alonso es por cierto, un esperto marino, y debemos tener confianza en su ingeniosidad. Sin embargo, mi desazon tiene un motivo mas hondo que el de haberse desarmado el tal timon, por muy temible que sea semejante averia para un bajel navegando en alta mar. Bien sa-

101. "Así lo ha querido la fortuna, señor Don Cristóval; pues se ha hecho pedazos el timón de esta (...) y nos precisa componerlo antes de confiarme de nuevo á la ventolina".

beis que la Pinta fué embargada para el servicio de la reina, de resultas de la orden que imponia cierta penalidad al pueblo de Palos, y alistándose ha el bajel muy en contra de la voluntad de sus dueños legítimos. Ahora estos navieros, que se llaman Gomez Rascon y Cristóval Quintero, estan en la actualidad á su bordo, y mucho sospecho que el accidente haya sido dispuesto por su conjunta alevosia. Sus artificios fueron muy perjudiciales para el pronto alistamiento de las caravelas, antes que dejásemos las playas, y ahora, segun sospecho, prosiguen aqui tambien en perjuicio nuestro cuando nos hallamos surcando el océano anchuroso.

—Por el vasallage con que me corresponde acatar á Doña Isabela! Señor Don Cristóval, fácil me seria hallar un eficaz y pronto remedio para semejante traicion, si me viese investido con las facultades de castigar. Permitidme salte en el esquife, y me llegue á la Pinta, á fin de hacerles saber á esos señores Rascon y Quintero, que si se les vuelve á desarmar el timon, ó á suceder cualquier accidente desfavorable, el primero quedará

aborcado de uno de los penoles de su propia caravela, y el segundo irá de cabeza á la mar, á fin de que reconozca el estado en que se encuentra el casco, amen del timon y de la quilla.

—No podemos egercer tan alta autoridad sin una ocasion muy grave; y cuando el crimen esté completamente manifiesto. Juzgo que es mas del caso buscar otra caravela en las islas Canarias, pues, segun lo insinúa este incidente, no nos veremos libres de las artimañas de los dos navieros, mientras tengamos con nosotros su bajel. Espuesto seria bajar el esquife al agua, ó de lo contrario yo mismo acudiera á la Pinta; mas siendo asi, solo nos queda el consuelo de que podamos tener confianza en Martin Alonso, y en su bien conocida habilidad.

Alentando Colon á la gente de la Pinta, á fin de que se esforzaran, al cabo de un par de horas surcaban los bajeles otra vez la ruta de las Canarias. No obstante la demora, en el discurso de aquel dia, inclusa la noche, hicieron noventa largas millas de camino. Pero, á la mañana siguiente, volvió á desarmar-

se el desgraciado timon, y como este suceso acarrease una averia mas seria, su reparo se hizo aun mas difficil. Estos repetidos accidentes dieron gran desazon al almirante, pues los consideró como otras tantas indicaciones del desafecto de sus secuaces. De resultas, determinó con todas veras deshacerse de la Pinta, toda vez que fuese posible encontrar en las islas otro bajel adecuado.

A la mañana siguiente pusiéronse las tres embarcaciones á la voz unas de otras, á fin de que tuviese lugar una comparacion entre la ciencia náutica que poseian los diversos navegadores ó pilotos, como era entónces costumbre denominarlos, y cada uno de ellos manifestó su dictámen acerca de la posicion de los bajeles.

No fué el menor de los méritos de Colon, el de haber llevado á cabo su grandiosa empresa, con el imperfecto auxilio de los instrumentos que se usaban entónces. Verdad es que la aguja de marear habia estado de servicio en los buques durante un siglo entero, á corto tirar, aunque sus variaciones, cuyo conocimiento no va en zaga respecto á importancia

al instrumento mismo, eran entónces desconocidas completamente de los hombres de mar, quienes rara vez se atrevian á alejarse de tierra lo bastante para advertir estos misterios de la naturaleza, y los cuales, en su clase, seguian confiando todavia tanto en la posicion ordinaria de los cuerpos celestes para averiguar su ruta, como en los resultados mas minuciosos del cálculo. Colon, sin embargo, era una escopcion á la regla que prevalecia entre aquella clase poco ilustrada; pues se hiciera dueño de cuantos conocimientos podian aplicarse á su profesion en aquella época, ó que fuesen precisos para ayudarle á llevar á feliz éxito el noble propósito, el cual parecia ahora absorber su existencia entera.

Cual pudiera esperarse, resultó la comparacion de los diversos calculos á favor del almirante, pues convenciéronse pronto los pilotos que era él quien solo conocia la verdadera posicion de los bajeles. Este hecho fué determinado indisputablemente por la aparicion de las cumbres de las islas Canarias, que poco despues comenzaron á erguirse fuera del seno del océano, en direccion al sud-este, y

parecidas á cejas de nubes, bien delineadas, piñándose en el horizonte. Como los objetos de esta clase se ven á mayor distancia en la mar, especialmente cuando la atmósfera está diáfana, y el viento comenzase á hacerse ligero y variable, las embarcaciones, sin embargo, no pudieron llegar á la Gran-Canaria hasta el Juéves, 8 de Agosto, ó casi una semana despues de haberse dado á la vela desde Palos. Allí tomaron puerto, anclando en el surtidero de costumbre. Inmediatamente procedió Colon á hacer diligencias en busca de otra caravela; pero no habiendo tenido buen resultado, se dirigió á Gomera, donde creyó que le fuera mas fácil conseguir el bajel que tanta falta le hacia. Mientras en esto se ocupaba el Almirante con la Santa Maria y la Niña, quedóse en puerto Martin Alonso, por serle imposible seguir sus aguas en atencion al estado de estropeo en que se hallaba la Pinta. Pero no habiendo hallado bajel ninguno que á su objeto conviniese, volvióse Colon á la Gran-Canaria, y despues de reparar la Pinta, cuya caravela habia sido calafateada con evidente negligencia, entre los demas subterfu-

gios á que ocurrieran sus dueños á fin de hacerla inútil para el servicio, dióse á la mar con rumbo á Gomera, punto destinado para su partida finiquita.

Durante estas travesias, un profundo descontento comenzó á dejarse ver cada dia con acreciente aumento, entre la mayor parte de la chusma,¹⁰² al paso que no todos los hombres de mar, que pertenecian á una clase mas distinguida abordo de las caravelas, se hallaban enteramente libres de las aprehensiones mas melancólicas respecto al porvenir. Mientras pasaba desde la Gran-Canaria á Gomera con todos sus hajeles, estaba cierta noche el almirante sobre el alcázar, en compañía de Luis y demás compañeros, cuando llamó su atencion un coloquio que tenia lugar entre un grupo de hombres que se habian reunido cerca del palo mayor; como corriese poco viento, las voces de los colocutores se oian á mayor distancia de lo que sospechaban ellos mismos.

—Te digo, Pepe, argüía el mas vocinglero y exaltado de los disputantes, que las tinieblas de la noche no son mas oscuras que lo es la suerte venidera de estas trix ulaciones. Mi-

ra hácia occidente y dime lo que ves allí! ¿Quién ha oído nunca hablar de tierra después que ha dejado las Azores? ¿quién es tan ignorante que no sepa que la providencia ha ceñido de agua todos los continentes, diseminando el océano con algunas islas como lugares de reposo para el estropeado marinero, estendiendo más allá los anchurosos mares con intención de reprimir una curiosidad demasiado ansiosa de investigar materias, que más bien se asemejan á milagros que á cosas ordinarias de este mundo.

—Todo eso está muy bien, amigo Pero; contestóle Pepe; mas yo sé que mi Mónica piensa que el almirante está enviado por Dios, y que podemos esperar grandísimos descubrimientos, por su conducto; mas especialmente en cuanto respeta á la propagación del culto divino entre los pueblos paganos.

—Si: tu Mónica debería ocupar el solio de Doña Isabela, pues es tan instruida y positiva en todos los asuntos, ora sean referentes á sus propias obligaciones femeniles, ora sean contingencia de las tuyas propias. Ella es la que viste las calzas más atacadas

en tu casa, Pepe, como es público y notorio en Moguer; y no falta quien diga que ella desearía gobernar á todo el pueblo como te gobierna á ti.

—No tomes en boca á la madre de mi niño, interrumpióle Pepe con enfado; sufrir puedo tus vanas espresiones, dirigidas contra mí, pero el que hablare mal de mi Mónica sepa que le escucha un peligroso enemigo.

—Eres muy suelto de lengua, Pero, luego que te ves á cien leguas de la costilla que también vale cuatro quintos más que tu, interpuso una voz, que al momento Colon y Luis reconocieron era la de Sancho Mundo; y tienes valor de zaherir á Pepe tocante á la pobre Mónica, cuando sabemos todos quien es la que manda en cierta cabaña, donde tu estas más manso que un delfín con el anzuelo en el bache, por muy revoltoso que aquí parecer pretendas. Mas basta de necedades respecto á mugeres; raciocinemos acerca de nuestra ciencia como mareantes, si lo tienes á bien; y en lugar de proponer cuestiones á uno como Pepe, quien es demasiado joven para tener mucha experiencia, me ofrezco desde luego por contriuncante tuyo.

—Corriente: *¿y tú*¹⁰³ que tienes que decir acerca de esa tierra desconocida que se halla al otro lado del gran océano, donde nunca ha estado hombre ninguno, ni es probable que vaya jamás, con unos seguidores como los presentes?

—Lo que tengo que decir es, tontísimo y deslenguado Pero, que tiempo hubo cuando las Canarias eran también tierras desconocidas; cuando los marinos no se atrevían á desembocar por el Estrecho, y cuando los Portugueses nada sabían de las minas ni de las regiones de Guinea, puntos que yo mismo he visitado, y donde también se ha visto el noble señor Don Cristóval, como me consta por el testimonio de mis propios ojos.

—¿Y qué tiene que hacer Guinea, que conexión tienen las minas de los Portugueses con este viage occidental? Todo el mundo sabe que existe un país llamado Africa; ¿y que extraño es que los navegantes lleguen á un territorio, de cuya existencia nadie duda? ¿pero quien es capaz de asegurar que tiene el océano otros continentes, así como tampoco de que posean los cielos otras tierras?

—Todo eso está muy bien, Pero amigo; observó un circunstante, que había estado sumamente atento á la conversacion, y Sancho tendrá que apurarse los sesos para contestar.

—Difícil sería que lo hiciesen los que menean la lengua como las mugeres, sin saber de lo que hablan, replicó Sancho con la mayor frescura, pero eso tendrá poquísima gravedad á los ojos de Don Fernando ó de Doña Isabela. Escúchame Pero; se me figura que has andado tantas veces el camino entre Moguer y Palos, que te olvidas de que exista una carretera desde Granada á Sevilla. Todas las cosas han de tener su principio, y este viage es, sin la menor duda, el cimiento de los viages á Catay. Hemos de caminar á occidente en vez de á oriente, porque es la vía mas corta; y además porque es la única vía para una caravela. Contestadme ahora, camaradas; ¿es posible que una embarcacion, sea cual fuere su tamaño y porte, pase por encima de los montes y valles de un continente?—quiero decir con velas desplegadas y en virtud de hacer rumbo buenamente?

Aguardó Sancho á que se le contestase,

y recibió una admision completa y general de la imposibilidad de su proposicion.

—Dirigid pues la vista al mapa del almirante, cuando por las mañanas lo estiende ante sus ojos sobre el alcázar, alla arriba, y vereis que la tierra coge de polo á polo, á uno y otro lado del Atlántico, haciendo por lo tanto imposible toda navegacion que no siga el rumbo que llevamos ahora. La teoria de Pero, por consiguiente, choca faz á faz con la naturaleza misma.

—Tan cierto es eso, Pero,—esclamó otro, mientras los demas asentian en silencio,—que no te queda mas que callar.

Pero, sin embargo, tenia boca, y no tan fácil de cerrarse; y probable es que su respuesta hubiera sido tan aguda é irrepudiable como la de Sancho, si una comun exclamacion de espanto y alarma no hubiese salido en aquel instante de los labios de cuantos le rodeaban. La noche estaba bastante clara para permitir que las líneas de contorno del Pico de Tenerife se diseñasen visiblemente á alguna distancia; y en aquel preciso momento porcion de llamaradas ascendieron desde su pun-

tiaguda cumbre, iluminando por intervalos aquella inmensa mole, y dejándola luego en tenebrosa oscuridad y objeto de misterio y de asombro. Muchos de los marineros se arrodillaron; y pusieron á repasar las cuentas de sus rosarios, mientras todos, por comun instinto, hicieron sobre los pechos la señal de la cruz. Alzóse en seguida un murmullo general; y á los pocos momentos, despertándose los hombres que dormian en suscoys, se mezclaron con sus compañeros, formando otro grupo de espectadores atónitos y asombrados de tan espantoso fenómeno. Convínose al punto que deberia llamarse la atencion del almirante hácia aquel extraño suceso, y de consuno eligieron por su orador al célebre Pero.

Hallábanse á la sazón sobre el alcázar, como ya hemos dicho, así el almirante como su amigo Don Luis, y la inesperada mudanza en el aspecto del Pico, no habia dejado de llamarles la atencion. Demasiado cultos para alarmarse con tal fenómeno, hallábanse vigilando la erupcion de la montaña, cuando Pero, á la cabeza de casi toda la chusma, se presentó en el alcázar. Conseguido el silencio,

comenzó Pero á manifestar el objeto de su mision con una energia, no poco aguzada por el miedo.

—Señor Almirante, dijo el orador, hemos venido para suplicar á vuestra escelencia mire hácia las cumbres de la isla de Tenerife, en donde creemos todos que divisamos un solemne aviso contra nuestra pertinacia en surcar el desconocido Atlántico. Tiempo es ya, por cierto, de que los hombres se acuerden de su debilidad, y de todo lo que deben á la indulgencia de Dios; pues que hasta las montañas vomitan llamas y humo!

—¿Hay aqui alguno que haya navegado en el Mediterráneo, ó visto la isla cuyo dueño es el Sr. Don Fernando, augusto esposo de la reina nuestra señora? preguntó con serenidad Cristóval Colon.

—Señor Don Almirante, contestó Sancho con presteza. Yo he tenido esa honra, aunque tan indigno de disfrutarla. Tambien he visitado á Chipre, á Alejandria y hasta á Estambul, residencia del Gran-Turco.

—Entónces, tambien habrás visto el Etna, otra montaña que siempre continua ar-

rojando esas mismas llamas en medio de una naturaleza y de un paisaje, que al parecer debe contemplar la Providencia con extraordinaria bondad, en vez de mirarlos ceñuda cual aparentais imaginaros.

En seguida dió Colon á su gente esplicaciones sobre la causa de los volcanes, refiriéndose á los caballeros que le rodeaban para corroborar la exactitud de sus asertos. Dijo á los atemorizados marinos que consideraba aquella pequeña erupcion como una simple y natural ocurrencia; ó si pudiera deducirse algun agüero del evento, seria mas bien uno propicio que desfavorable; pues que la Providencia daba á entender que se disponia á disipar las tinieblas de su rumbo, con el auxilio de aquellos metéoros. Mezcláronse entre los grupos Luis y los demas oficiales, y ejercieron toda su elocuencia á fin de calmar la alarma que al principio amenazaba resultados muy serios. Por el instante, lograron buen éxito, ó por mejor decir triunfaron del todo, en cuanto á los fenómenos del volcan referencia tenia: consiguiéndolo menos con los argumentos aducidos por los mas inteligentes

de los oficiales, que en virtud del testimonio de Sancho Mundo, apoyado por el de uno ó dos de su ínfima clase, que habian presenciado iguales escenas en otras partes del orbe. Con dificultades de este jaez tuvo que lidiar el gran navegador, aun despues de haber consumido años luengos en solicitudes para alcanzar los mezquinos recursos que por fin se le hubieron otorgado, para llevar á efecto una de las proezas mas grandiosas que hasta entónces coronado habian los designios de los mortales.

Llegaron á Gomera los bajeles el dos de Setiembre, y permanecieron algunos dias en aquella isla, con el objeto de completar sus reparos, antes de despedirse finalmente de las últimas moradas del hombre culto, y de lo que pudiera denominarse el límite de la tierra conocida. La llegada de una expedicion semejante, en un siglo que proporcionaba con tanta mezquindad los medios de comunicacion, y en el cual los acontecimientos eran por lo comun mensajeros de sí propios, causó una fuerte sensacion entre los habitantes de las diversas islas, visitadas por los aven-

tureros. Recibió Colón grandes honras de ellos, no solo por causa del rango á que le elevaran los monarcas, sino en razon á la magnitud y carácter romántico de su empresa.

Existia una comun creencia en todas las contiguas islas, incluso las Azores, las Canarias y la de Madeira, que hácia el occidente se encontraba tierra, y los moradores de aquellos países abrigaban una ilusion muy estraña sobre esto particular, y de cuya falsia tuvo la buena dicha de convencerse Colón en su segundo viage á la isla de la Gomera. Entre las personas mas distinguidas que habitaban en aquellas remotas insulas á la sazón, contábase á Doña Ines Peraza, madre del Conde de la Gomera. Acompañábala un gran séquito de personas no solo del país, sino de las islas adyacentes, que habian ido á pasar una temporada en su casa con el objeto de recibir honra de la Condesa. Esta noble dama obsequió al almirante de un modo adecuado á la alta comision que desempeñaba, y admitió en su sociedad á aquellos aventureros que Colón le señalára como dignos de semejante privilegio. Cual es consiguiente, el supuesto Pedro de

Muñoz, ó Pero Gutierrez, como indistintamente se le nombraba, fué contado entre el número y así como también lo fueron cuantos por sus circunstancias se juzgaron adecuados para concurrir á tan alta y selecta reunion.

—Mucho me alegro, Don Cristóval, dijo Doña Ines Peraza, cierto día, de que sus Altezas hayan cedido por fin á vuestro deseo, con la mira de resolver este gran problema, no solo para el engrandecimiento de nuestra Santa Iglesia, la cual, cual asegurais, se encuentra tan de veras interesada en vuestro feliz éxito, así como también para honra de los dos soberanos, el lustre de las Españas, y las demas consideraciones que ya con tanta franqueza hemos enumerado en nuestros anteriores discursos, sino en pró de los dignos habitantes de las islas Afortunadas, quienes no solamente tienen muchas tradiciones respecto á la existencia de tierras hácia el occaso, sino que creen por la mayor parte que hácia aquel lado las han visto con frecuencia en el discurso de sus vidas.

—Ya he oido hablar de eso, noble dama, y agradecería mucho saber una relacion cir-



cunstanciada del suceso, oyéndola de los labios de algunos testigos oculares, ahora que estamos aquí, aconsejando francamente acerca de una materia que á tal grado nos interesa á todos.

—Entónces suplicaré á este digno caballero, quien por todos títulos es tan capaz de hacer justicia al asunto, sea nuestro orador y os dé á conocer lo que todos creemos en estas islas, y lo que á tantos de nosotros, se figura haber visto repetidas veces. Tened la bondad, Sr. de Dama, os ruego encarecidamente, de informar al almirante acerca de la perspectiva anual que se nos presenta de esas tierras desconocidas, que yacen tan lejanas en el lecho del Atlántico.

—Con la mayor prontitud, Doña Ines, y con mas justo motivo pues que tan bondadosa me lo ordenais, contestó el sugeto á quien la señora Condesa se dirigia, y el cual se dispuso á referir el cuento, con el ahinco que estan dispuestos á manifestar, siempre que se les proporciona una ocasion adecuada, cuantos anhela dar ensanche á una propension favorita.

El ilustre almirante habrá oido decir, por

fuerza, de la isla de San Brandan, sita á unas ochenta ó cien leguas al oeste de la del Hierro,¹⁰⁴ y que tantas veces se ha visto, apesar de que no ha habido navegante, en nuestros dias á lo menos, que haya podido alcanzalla.

—Si señor, con frecuencia he oido hablar de ese fabuloso punto, contestó con gravedad el almirante; pero me perdonareis si os digo que nunca ha existido tierra alguna que, vista por el mareante, haya estado fuera del alcance de su bajel.

—Eso no, ilustre señor, clamaron interrumpiéndole de consuno una docena de voces anhelosas, entre las cuales sobresalia la de la señora condesa de la Gomera—que se ha visto esa isla podemos atestiguarlo quizás todos los presentes; y que nunca ha sido dable llegar á sus costas es un hecho que puede testimoniar mas de un chasqueado piloto.

—Lo que hemos visto, lo conocemos; y lo que con nuestro conocimiento abrazamos, fácil nos es descubrirlo, repuso Colon sin ceder.—¿Díganme en que meridiano, ó en que paralelo se encuentra la insula de San Bran-

dan, ó san Barandon, y dentro de una semana les traigo pruebas inequívocas de su existencia.

—Bien poco sé acerca de paralelos ni de meridianos, señor Don Cristóval, contestó el caballero Dama, pero tengo alguna idea de las cosas visibles. Muchas veces han visto mis ojos la isla en cuestion; y cuidado que el cielo estaba serenísimo, y en ocasiones cuando imposible era equivocarse, respecto á su forma ni á sus dimensiones. Acuérdomme que una vez vi ponerse el sol detras de una de sus montañas.

—Esta es una evidencia muy clara, y cual debería respetar un navegador; y apesar de eso conceptúo, señor, que cuanto os imagináis haber visto, sea alguna ilusion atmosférica.

—Eso es imposible... imposible, dijose y repitióse en todos los ángulos de la sala.—Centenares de personas han atestiguado anualmente la aparicion de San Brandan, asi como tambien su repentina y misteriosa desaparicion.

—En eso mismo, noble Señora, y generoso hidalgo, consiste el error dentro del cual

104. Ferro aquí y en todas las ocasiones en que se menciona la isla del Hierro (TO, I-233).

habeis caido. Estais viendo el Pico todo el año en redondo, y aquel que navegue cien millas al norte ó al sur, continuará viéndolo tambien todo el año, escepto aquellos dias en que se lo estorbe la arrumazon de la atmósfera. Las tierras, que Dios ha creado estacionarias, permanecerán en igual guisa, hasta que sacudidas por alguna grande convulsion, tengan que obedecer tanto á su providencia como á sus leyes sabias.

—Todo esto puede ser cierto, señor; y no hay duda que lo es; pero no existe regla sin escepcion. No negareis que Dios gobierna el mundo misteriosamente, y que sus fines no son siempre visibles para los ojos mortales. Y si no, ¿por qué ha permitido que el infiel domine tan largo tiempo en España? ¿Por qué razon en este mismo instante sigue el incrédulo en la posesion del santo sepulcro? ¿Por qué nuestros soberanos han estado sordos tantos años á vuestros propios y bien fundados motivos y súplicas, para que se os permitiese llevar sus enseñas, sobrepujadas de la cruz bendita, á las regiones de Catay, á donde en este momento van á dirigirse vuestras preces?

¿Quién sabe si hasta esas mismas apariciones de San Brandan se hayan dado á fuer de señales para alentar á los que, á imitacion vuestra, tengan á la mira objetos aun mayores que los que en busca de sus costas les dirigieran?

Era Colon un entusiasta; pero el suyo era un entusiasmo basado en la reverencia que profesaba á los misterios reconocidos de la religion, y que no buscaba otro sosten de las cosas incomprendibles, que el que racionalmente pudiera pensarse que perteneciera al ejercicio de la infalible sabiduria, á par que manifestaba una reverencia correspondiente á un Poder Divino. Semejante á la mayor parte de los hombres de su época, creia el piloto en los milagros modernos; y su dependencia en la directa y mundana eficacia de las ofertas votivas, preces y penitencias, era cual denotábala el carácter general de aquel siglo, y mas particularmente las preocupaciones apegadas á su propia carrera. Apesar de eso, su varonil espíritu desechaba la creencia de prodigios vulgares; y mientras se creia implicitamente destinado y selecto para llevar

á cabo la grandiosa obra que ante sus ojos se desarrollaba, no se sentia dispuesto á conceder que la exhibicion aérea de una isla estuviese de manifiesto en el ocaso con el objeto de alucinar al atrevido marino para que siguiese sus tenebrosos contornos en busca de las regiones mas lejanas de las Indias.

—Que conozco la seguridad de que la Providencia de Dios me haya elegido á fuer de humilde instrumento de juntar la Europa con el Asia, en virtud de un viage directo á través de los mares, es muy positivo—contestó gravemente Colon, aunque en sus ojos se traslucía un oculto entusiasmo—pero estoy muy distante de dar suelta á las debilidades de la imaginacion, á fin de convencerme de que hayan de ponerse en resorte las milagrosas agencias para guiarnos en nuestro camino. Es mas conforme á la práctica de la sabiduria divina, y por cierto mucho mas halagüeño para mi amor propio, el que los medios empleados para la consecucion de nuestro designio sean aquellos que el piloto mas discreto y el filósofo mas experimentado, se considerasen usanos al verse elegidos para poner en juego. En pri-

mer lugar absorbió mis pensamientos la contemplacion de este asunto; luego ha ilustrado mi razon el competente curso de estudios y de reflexiones, ayudando la ciencia para producir la conviccion necesaria que me impeliese á proceder, y habilitase para inducir á otros á fin de que tomasen parte en el designio.

—¿Y todos vuestros seguidores, señor almirante, estan guiados por iguales motivos?—preguntó Doña Ines, mirando de soslayo á Don Luis, cuyas gracias varoniles y marcial aspecto habian hallado favor en los ojos de todas las damas de aquella isla.—¿El señor Gutierrez se encuentra tambien movido por el mismo resorte? ¿tambien él ha consagrado sus noches al estudio para que la cruz se enarbolase en las regiones del Paganismo, y se establezcan vínculos de union entre Castilla y Catay?

—El señor Gutierrez es un aventurero voluntario; pero justo es que le dejemos ser intérprete de sus propios motivos.

—Entonces apelaremos al caballero mismo para que nos dispense una respuesta. Estas damas tienen un violento deseo de saber las causas que puedan haber impelido á un suge-

to que tan seguro estaria de lucir en la corte de Doña Isabela y en las guerras morunas, para juntarse á semejante expedicion.

—Las guerras con el Moro estan concluidas, señora, dijo Luis sonriéndose; y Doña Isabel asi como todas las damas de su corte, favorecen mas al doncel que con mayor ahinco se presta á servir sus intereses, y adelantar la honra de Castilla. Poco sé de materias filosóficas, y pretendo todavia nuevos á la ciencia de los eclesiásticos; mas, se me figura que veo delante de mis ojos á Catay, resplandeciendo como un brillante lucero en el empuje, y en busca de esa desconocida region, aventuraria voluntariamente la salud de mi cuerpo y la de mi alma.

Muchas lindas exclamaciones salieron del circulo de sus hermosas oyentes; pues era muy fácil que la gallardia mereciese aplauso, cuando iba realzada por las recomendaciones que le prestan las ventajas del buen parecer, y la ostentan la juventud y el favor. Que el piloto genovés, veterano curtido con los aires de la mar, tuviese la osadia de poner á riesgo una vida, próxima ya á su término, en una teme-

raria tentativa de registrar los misterios del Atlántico, no parecia un acto tan recomendable ni osado; pero muchos descubrian elevadas cualidades en el carácter de un jóven, que iba á comenzar su carrera, y que con auspicios tan halagüenos en la apariencia, confiaba todas sus esperanzas á los inciertos acasos de tan extraordinario designio. Luis era hombre, y hallábase en el pleno goce de la admision que su empresa habia despertado entre tantas beldades sensibles, cuando Doña Ines, muy intempestivamente por cierto, interpuso su voz para interrumpir la felicidad del mancebo, y herir su amor propio.

—Esas espresiones, dijo la condesa, demuestran unas miras mas honorificas, que las que mis cartas de Sevilla atribuyen á cierto mancebo, perteneciente á una de las casas mas orgullosas de Castilla, y cuyos títulos bastarian para instigarle á añadir nuevo lustre á un nombre que por tantos siglos ha sido orgullo de la España. Los rumores hablan de su disposicion vagamunda; pero tambien de su prurito de correr tierras en una guisa indigna de su rango, y eso tambien con objetos

á la vista que nada prestan para el servicio de los soberanos, de su patria ni de sí mismo.

—¿Y quién podrá ser ese jóven tan imprudente? preguntó con ansia Don Luis, demasiado engreído con la admiración que acababa de escitar para que pudiese precaver la respuesta.—A un caballero, de quien así se habla, debería avisarsele de lo mal parada que anda su reputación, á fin de estimulársele al proseguimiento de cosas mejores.

—No es su nombre un secreto, por cierto, desde que la corte habla abiertamente de su singular y estraviada carrera; y se dice que de resultas hasta su amor ha padecido descalabro. El sugeto á quien me refiero es un hidalgo de alcurnia no menos distinguida y de nombre no menos altisonante que Don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

Dice el adagio, que «quien escucha, su mal oye,» y fué ahora la suerte de Don Luis, hacer buena la verdad de este axioma. Sintió súbirsele la sangre á las mejillas, y fué menester todo el esfuerzo de la prudencia para impedir que estallase en exclamaciones, las cuales precisamente habrían contenido sus votos

correspondientes á la mitad de los santos del calendario, si por buena fortuna no hubiese conseguido refrenar el mancebo su repentino impulso. Tragándose á toda prisa las palabras que se le agolpaban á la lengua, miró alrededor con aire de reto, cual si buscase el rostro de algun hombre que siquiera osase sonreirse de lo que de espresar acababa. Felizmente, en aquel instante, rodeaban á Colon todos los tertulianos del género masculino, y tomaban parte en una vivísima discusión sobre la probable existencia de la isla de San Brandan; de modo que Luis no encontró en toda la sala una sonrisa, con la que pudiera reñir justamente, que tuviese para hacerla hostil un pelo de barba. Por buena fortuna tambien, aquellos blandos impulsos, que suelen estimular á las jóvenes, indugeron á tomar la palabra á una de las hermosas compañeras de Doña Ines, é hizolo de manera que solazó al punto los agitados sentimientos de nuestro fogoso hidalgo.

—Es verdad, señora; interpuso la graciosa abogadita, mientras los primeros acentos de su voz fueron tan dulces que calmaron

la tempestad que fermentaba en el corazón del jóven;—es verdad señora; dícese que Don Luis es un espíritu andalón, y un sugeto cuyos gustos y hábitos son muy saltos de estabilidad; pero también se añade que tiene un excelente corazón, que es tan generoso como los rocíos mismos del cielo, y que se le cuenta por la mejor lanza en toda Castilla, así como también aseguran que es más que probable llegue á rendirse á él la doncella más hermosa de España.

—En vano, señor de Muñoz, nos predicarán los eclesiásticos, en vano nuestros padres nos pondrán cara seria, dijo sonriéndose Doña Inés, mientras la gente jóven y de buen parecer anteponga el valor, los hechos de armas, y la liberalidad, á las virtudes menos brilladoras que nuestra santa religión nos recomienda, y tan celosamente nos inculcan los ministros de su culto. El desensillar en el torneo á un caballero ó dos, y el rehacer un escuadrón desordenado para dar una segunda carga á una tropa de infieles, alcanzan más favor en los ojos del mundo que años enteros consumidos en la sobriedad, y semanas transcurridas sin

descanso en penitencia y oración.

—¿Y qué sabemos, señora, si el caballero á quien mentais, no tiene también sus semanas de mortificación y sus horas de prece? contestó Luis, quien por fin había vuelto á encontrar su voz.—Pero bien considerado, páreceme que ese jóven se aprecia poco á sí mismo, y así no extraño que sea mezquino su concepto en los ojos de su dama. ¿Y también os confían en la carta, señora, el nombre de la belleza á quien rinde homenaje el tal caballero?

—Si señor. Llámase Doña María de las Mercedes de Valverde; es parienta muy cercana de los Guzmanes y de otros distinguidos nobles, y al mismo tiempo una de las doncellas más hermosas que hay en España.

—Verdad! exclamó Luis, y una de las más virtuosas y discretas.

—Que, señor! ¿será posible que tengais suficiente conocimiento de una dama tan elevada en posición, que podeis hablar con esa seguridad de sus cualidades morales también como de sus dotes físicas?

—Su belleza haña visto mis ojos, y de

sus demas perfecciones hablo lo que he oido decir. ¿Pero, vuestra correspondal, señora, insinua algo respecto al paradero actual de ese irreflexivo amador?

—Susúrrase que ha vuelto á ausentarse de España, y segun se supone con visible disgusto de los soberanos: pues que se nota que la reina ni aun menciona su nombre. Ignórase la ruta que haya tomado, aunque es probable que ande recorriendo esas mares de Dios, como tiene de costumbre, en busca de aventuras poco dignas entre los puertos del oriente.

A poco rato la conversacion tomó un nuevo giro, y pronto despues el almirante y compañeros acudieron á bordo de sus respectivas embarcaciones.

—En verdad, señor Don Cristóval, dijo Luis al caminar á solas con el gran navegante hácia la playa, que un hombre nunca sabe cuando está adquiriendo nombradía, y cuando no. Aunque soy un marino de cortísimo mérito, y nada tengo de piloto, encuentro que mis hazañas en el océano estan ya suficientemente esparcidas por el mundo; solo con que vuestra excelencia adquiriera la mitad de la fa-

ma que disfruto yo á estas horas, tendreis todo motivo de creer que no haya la posteridad de entregar al olvido vuestro nombre.

—Es un tributo, hijo Luis, que los hombres grandes tienen que pagar por su ensalzamiento, respondió Colon, el que todos sus actos se censuran, y el que pueden hacer pocas cosas que consigan ocultar de la observacion, ó eximir de los comentarios.

—No estaria demás, señor almirante, arrojar de una vez dentro de las pesas, mil calumnias, mentiras, y detracciones; pues que todas estas lindezas han de formar precisamente artículos muy considerables en la lista de la censura. No es extraño pues que á un mozalvete no pueda ocurrirle visitar tierras extrañas, con el objeto de acrecentar sus conocimientos y mejorar sus ideas, sin que todas las noveleras de Castilla llenen las cartas que dirigen á sus comadres en las Canarias, de párrafos referentes á sus movimientos y deslices! Por los santos mártires del oriente! Si yo fuera reina de Castilla habia de establecer una ley prohibiendo el que se criticasen por escrito los movimientos ajenos, y aun no sé si se me an-

tojára formar otra aun mas severa contra toda muger que escribiese una simple carta!

—En conformidad á cuya ley, señor de Muñoz, jamas tendriais el placer de recibir una epistola escrita por la mano mas linda que en Castilla hay.

—Quiero decir cartas que una muger dirigiese á otra, señor almirante. Ahora, respecto á esas epistolas, como las denominais, que fuesen obra de nuestras nobles damiselas para alentar los corazones y estimular los hechos de los caballeros que las adoran, júzgalas en extremo útiles, y hasta los santos mirarian con ceño al idiota que intentase prohibillas ó intercetallas. No, señor, creo que mis romerías me han hecho mas liberal que todo eso, elevándome sobre las mezquinas preocupaciones que obcecan al comun de los hombres en las provincias y ciudades, y léjos me encuentro de desear poner en veda la correspondencia epistolar entre los amantes, entre los padres y los hijos, y ni aun entre los esposos; pero respecto á todo cartapacio enviado de comadre á comadre, con vuestro permiso, señor Don Cristóval, lo aborrezco tan-

to como el padre de los Pecados detesta la expedicion que ahora emprendemos.

—Y por cierto que no tiene motivos para mirar con buenos ojos esta expedicion, respondió sonriéndose el almirante; pues que será seguida de la lumbre de la revelacion, y del triunfo de la cruz...¹⁰⁵ pero ¿qué quieres de mí, buen amigo, que pareces aguardar á que te hable, con el objeto de deshacerte de alguna grave noticia que pensativo te trae? ¿Tu nombre es Sancho Mundo, si bien me ayuda la memoria?

—Señor Don Almirante, vuestra memoria bien os ha servido en esta ocasion, contestó el sugeto á quien Colón se dirigia.—Yo soy Sancho Mundo, cual ha dicho vuestra escelerencia, aunque á veces me llaman Sancho el de la Compuerta del Dique. Quisiera deciros dos palabras, respecto al destino de nuestro viage, cuando os dignéis oírlas, nobilísimo señor, donde no haya presente oído ninguno que desmerezca nuestra confianza.

—Puedes hablar con toda franqueza ahora, pues este caballero es mi confidente y secretario.

105...pero ¿qué quieres de mí, buen amigo, que pareces aguardar á que te hable, con el objeto de deshacerte de alguna grave noticia que pensativo te trae? ¿Tu nombre es Sancho Mundo, si bien me ayuda la memoria?

—Señor Don Almirante, vuestra memoria bien os ha servido en esta ocasion, contestó el sugeto á quien Colón se dirigia.—Yo soy Sancho Mundo, cual ha dicho vuestra escelerencia, aunque á veces me llaman Sancho el de la Compuerta del Dique. Quisiera deciros dos palabras, respecto al destino de nuestro viage, cuando os dignéis oírlas, nobilísimo señor, donde no haya presente oído ninguno que desmerezca nuestra confianza

—Puedes hablar con toda franqueza ahora pues este caballero es mi confidente y secretario.

—No hace falta que yo le diga á un gran piloto, como vuestra escelencia, quien sea el rey de Portugal, ó lo que hayan andado buscando los marinos de Lisboa estos años atrás, porque lo sabeis mucho mejor que yo. Por lo tanto, me contentaré con añadir que estan descubriendo para sí mismos todas las tierras desconocidas que posible les es, y estorbando que otros, en cuanto está en su poder, hagan lo mismo.

—Don Juan de Portugal es un príncipe muy ilustrado, buen hombre, y harías bien en respetar su rango y carácter. Es su alteza un soberano muy liberal, y de sus puertos ha enviado muchas expediciones para grandiosos fines.

—Verdad que lo ha hecho, señor, y eso último no es lo que menos rebulle en sus ideas, contestó Sancho, mirando con socarronería al almirante; lo que dió á conocer que el pobre gaviero reservaba algo mas de lo que pretendia descubrir sin que se le lisonjease algun tanto. Nadie duda de lo dispuesto que se encuentra Dom Joao á enviar á las mares toda clase de expediciones.

—Tu tienes alguna noticia, Sancho, que es muy justo sepa yo. Habla con franqueza, y confia en que retribuiré ese servicio, hasta donde sus merecimientos alcanzaren.

—Si vuestra escelencia tiene la paciencia de oirme, referirle he toda la historia, con minuciosidad, y hecho por hecho, de manera que nada dejaré sin decirle, esplicándome con cuanta claridad un corazon desear pudiera, ó un preste en el confesonario anhelára.

—Habla que nadie te interrumpirá. Proporcionado á tu franqueza ha de ser tu galardón.

—Bien pues, señor Don Almirante, habeis de saber que hará unos once años hice yo un viage desde Palos á Sicilia en una caravela perteneciente á los Pinzones; no á Martín Alonso, que mauda ahora la Pinta, bajo las órdenes de Usencia, sino á un pariente de su difunto padre, quien hizo se construyera un bajel como son los bajeles, y no como estos barcos que se hacen en estos nuestros dias de prisa, y de jarcias podridas, y de malísimo calafateo, para no hablar del estado en que se encuentra el velámen...

—Por Dios! buen Sancho, interrumpiéndole impaciente Don Luis, á quien escocian aun las observaciones de la corresponsal de Doña Ines.—Parece que te olvidas de que la noche se halla á mano, y que la lancha está aguardando al señor almirante.

—¿Y como me he de olvidar de eso, señor, si estoy viendo al sol tocando con su disco la superficie de las aguas, y cuando pertenezco á la lancha yo mismo, de la que me he separado para venir á contar al señor almirante lo que tengo que decirle.

—Dejad que el hombre refiera su historia como mejor le plazca, señor Pedro, interpuso Colon. Nada se adelanta con poner á un marino fuera de su rumbo.

—Ni tampoco, señor almirante, con disputar á coces con una mula. Y así, como yo iba diciendo, hice el viage á Sicilia, y tuve de camarada á un tal José Gordo, portugués de nacimiento, mas quien preferia los vinos de España á todos los miserables calduchos de su propia tierra, y por esa razon navegaba mucho en los barcos españoles. Sin embargo de eso, nunca pude averiguar si en el fondo de

su corazon, seria José español ó portugués; mas á fe mia, aunque por lo que toca á Cristiano, puedo decir sin equivocarme que era de los muy sospechosos.

—Es de esperar que su carácter se haya mejorado á la hora desta; dijo con calma Don Cristóval. Y como preveo que va á seguirse alguna cosa, corroborada por el testimonio del tal José, me permitirás te diga, que un Cristiano sospechoso es un testigo algo sospechoso tambien. Dime pues de golpe lo que él comunicado te hubiere, á fin de que yo pueda juzgar por mi mismo del valor de sus expresiones.

—¿Que vaya cualquiera á dudar ahora que usencia no ha de descubrir á Catay? diré que es un herege, al ver que habeis adivinado mi secreto sin haberlo oido. Acaba de llegar José dentro de esa faluca que está surta cabe la Santa Maria, y sabiendo que nuestra expedicion tenia alistada en ella á un tal Sancho Mundo, vino á bordo sin demora para ver á su camarada de marras.

—Todo eso está tan claro, Sancho amigo, que extraño mucho juzgues que valga la

pena de contarle; pero ya que le tenemos salvo á bordo de la buena caravela, podremos venir, supongo, sin otra demora al asunto de tu comunicacion.

—Y tanto como podremos! asi, señor, diré ya sin prefacio que el asunto es concerniente á Don Juan de Portugal, á Don Fernando de Aragon, á Doña Isabel de Castilla, á vuestra escelencia, señor Don Almirante, á este señor de Muñoz y á mi mismo.

—Estraña mezclanza de personas es esa, Sancho, dijo riéndose Don Luis, mientras le puso en la mano al marinero un doblon de á ocho: quizas eso te ayude á hacer mas breve tu historia de conjuncion tan singular.

—Otro cualquiera con la insinuacion de vuestra merced, terminaria desde luego su relato. Para decir la verdad, se halla ahora José escondido detras de aquella tapia, y como me dijo que su noticia valia bien un par de doblas, buen chasco va á llevarse cuando sepa que yo he recibido la mitad que me corresponde, mientras la otra que á él debe tocarle no ha salido aun de la tesorería.

—Esto pues tranquilizará su carcomilla,¹⁰⁷

dijo Colon poniéndole otra moneda de oro en la mano al ladino gaviero, pues observó el almirante por las espresiones de Sancho, que efectivamente tenia que comunicarle alguna cosa de mucha importancia. Bien puedes ahora llamar en tu auxilio á José, y aliviarte en derecha de la pesada carga que te oprime tanto.

Hizolo asi Sancho Mundo, y un instante despues se habia ya presentado José, recibido su dobla, pesádola con detencion en la palma de la mano, y dádole principio á su cuento. En nada parecido al artificioso gaviero, dijo su historia sin pararse, empezándola por donde debia, y dejando de hablar luego que se hubo acabado. La sustancia de su comunicacion se reducía á lo siguiente: José acababa de llegar de la isla del Hierro y visto tres caravelas armadas en guerra, y llevando el pendon de Portugal en los topes; las cuales cruzaban entre las islas, con ciertas señales que no dejaban la duda mas ligera de que fuese su objeto interceptar la espedicion castellana. Como el hombre se referia en corroboracion de su aserto, á uno ó dos pasajeros que con él habian venido, Colon y Luis se di-

107. *This, then, will set his mind at rest* (TO, I-242).

rigieron al momento en busca de los indicados testigos, á fin de oír su relación atento á la materia. Comprobóse por el resultado que nada había referido el marínero que no fuese la pura verdad.

—De todos nuestros obstáculos y embarazos, Luis, dijo el almirante al joven noble, mientras ambos se encaminaban á las playas otra vez, este es el mas serio. Esos alevos portugueses podrán detenernos absolutamente, ó seguir nuestra derrota; y en el último caso veremos á otros apoderarse de nuestros nobles laureles, y de todos los beneficios que se debieran con tanta justicia á nuestros riesgos y trabajos, ó cuando ménos disputárnoslos unos hombres que carecieron de conocimientos y de resolución para aceptar la dádiva cuando les fué generosamente ofrecida.

—Para llevar á cabo su intento el rey Don Juan de Portugal, preciso es que haya enviado á unos caballeros mucho mas bizarros que los Moros de Granada, contestó Luis, quien tenía toda la mala voluntad de un verdadero Español hácia sus vecinos peninsulares... El es un monarca bravo é instruido, di-

ce la gente; pero la comisión y enseña de la soberana de Castilla no ha de ser desairada, mucho menos aquí, en medio de unas islas que la pertenecen.

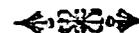
—Carecemos de fuerza para contender con los que en seguimiento nuestro han sido enviados. Conocido es el número así como el porte de nuestros bajeles, y no cabe duda que los Portugueses hayan ocurrido á los medios necesarios para verificar sus propósitos, sea cual fuere su objeto é intención. Ah! Don Luis, duro en demasía se ha mostrado mi destino, aunque tengo confianza en que al fin alcanzaré el galardón. Por años enteros solicité del Portugués emprendiera de buena fé este designio, y se esforzara en conseguir por medios honrosos lo que nuestra augusta ama Doña Isabela ha comenzado ahora con tanto aplauso. Oyó aquel mis razones y súplicas con frialdad... aun mas, desechólas con mofa y desden; sin embargo de eso, apenas me encuentro buenamente embarcado, para hacer la aventurada probatura del proyecto que tantas veces han puesto en ridiculo, empeñanse en frustrar mis intentos por medio de la violencia y de la alevosia!

—Noble Don Cristóval, moriremos hasta el último Castellano antes que acontezca semejante cosa.

—Nuestra única esperanza consiste en una pronta partida. Gracias á la actividad y al celo de Martín Alonso, la Pinta se encuentra ya reparada, y podemos dejar á Gomera mañana al amanecer. Dudo que tengan el arrojo de seguirnos por el indescrito Atlántico sin otras guías que aquellos que les presten sus propios y mezquinos conocimientos; así con el favor del Altísimo dejaremos estas riveras al salir el próximo sol. Todo depende ahora en que nos hallemos zafos de las islas Canarias sin que se llegue á descubrirnos.

Así hablando, alcanzaron el bote, y á poco rato se vieron á bordo de la Santa María. A aquella hora encumbrábanse ya los picachos de las islas como hoscas sombras en la atmósfera, y momentos despues las caravelas parecían otros tantos puntos oscuros é informes, sobre el inquieto elemento que bañaba sus quillas.

CAPITULO VII.



Nadie pensó cuan pura luz brillara
Con los años, en torno de aquel día,
Ni a su memoria cuanto amor realizara
Ni que imperio a sus hijos dejaria,

BRYANT. 108



A noche que siguió, fué para los aventureros fértil en sentimientos discordes. Luego que Sancho hubo asegurado la recompensa, puso cortapisa á sus escrúpulos respecto á comunicar cuanto sabia, á cualquiera que dispuesto se hallase á escucharle; y mucho ántes que Colón volviera al bagel, habia ya circulado la nueva de boca en boca, hasta que toda la escuadrilla quedó enterada de las intenciones de los portugueses.

Muchos ansiaban que fuese cierta y que triunfasen sus perseguidores; pues á su modo de ver cualquier destino era preferible al que le ofrecia aquel viage; pero tal es el efecto de la oposicion, que la mayor parte de la chusma¹⁰⁹ estaba ansiosa de levar el ancla, solo con el fin de salir vencedora en la disputa. Colon mismo, experimentaba la pesadumbre mas opresora, pues le parecia que la fortuna iba á derribarle de los labios la copa, en el momento de allegarla á ellos, en zaga de todos sus crueles padecimientos y dilaciones. Asi es que pasó una noche de zozobra y de pena, y fué el primero que se levantó luego que vino el dia.

Pocos instantes despues no habia quien durmiese abordo; y como los preparativos hubiesen quedado dispuestos la noche anterior, al salir el sol zarparon los tres bajeles, sirviéndoles de guia la Pinta, como de costumbre. El viento estaba flojo, y la escuadra apenas podia ponerse en rumbo; pero como los instantes eran tan preciosos, dirigiéronse á occidente las proas de los buques. A las pocas horas de navegacion, pasó junto á ellos una caravela, que largo rato habian tenido á la vista, y habló con ella el

almirante. Venia de la isla del Hierro, la mas meridional al ceste del grupo, y casi traia la misma vuelta del derrotero que trataba de hacer la espedicion, hasta salir de las mares conocidas.

—¿Hay algua novedad en el camino de la isla del Hierro? preguntó Colon, al deslizarse lentamente el buque extraño por el costado de la Santa Maria; cuyo andar no llegaba entónces á una hora por milla. ¿Hay algo que merezca la pena por aquel lado?

—¿Podreis decirme si estoy hablando ó no con el señor Don Cristóval Colon, el piloto genovés á quien sus Altezas han honrado con una comision importantísima? En ese caso me juzgaria garantizado de un modo mas positivo para contestar á lo que oigo y veo. fue la respuesta que recibió el almirante.

—Yo soy Don Cristóval mismo, almirante y virey, bajo las órdenes de sus Altezas, en todos los mares y territorios que podamos descubrir, y cual habeis dicho, Genovés por mi cuna, aunque Castellano por mi deber y por mi amor á la reina.

—Entónces, nobilísimo almirante, tengo

109. Much the larger portion of the crew (TO, I-244).

que deciros, que los Portugueses andan alerta; pues tres de sus caravelas se hallan á la altura de Hierro en este instante, con esperanzas de interceptar vuestra expedicion.

—¿Y como lo sabeis? ¿y que razones tengo yo para suponer que los Portugueses se atrevan á enviar sus caravelas con órden de molestar á los que naveguen en calidad de oficiales de Fernando é Isabel, los reyes Católicos? Deberán saber que el Padre Santo ha conferido últimamente este titulo á los dos soberanos en reconocimiento del gran servicio que prestado han, espulsando al moro de las tierras cristianas.

—Señor, algo se ha susurrado acerca de eso en nuestras islas; mas poco cuidado les dá á los Portugueses de cuanto decís, toda vez que se les figura que peligra su oro. Al salir de Hierro topé con las caravelas, y tengo motivos para creer que el rumor público no les haya hecho injusticia.

—¿Y era hostil su aspecto? ¿dieron muestras de hacer alarde de sus pretensiones á interrumpir nuestro viage?

—A nosotros nada nos insinuaron respec-

to á eso; solo se contentaron con preguntar, en tono de burla, si el ilustre Don Cristóval Colon, gran virey del oriente, navegaba á nuestro bordo. Respecto á pertrechos de guerra, señor, tienen muchas bombardas, y gran copia de hombres con corazas y cascos. Sospecho que no abundan ahora tanto los soldados en las Azores como antes que esos buques se hiciesen á la vela.

—¿Y se mantiene al abrigo de las costas, ó se dejan ir muy léjos á la mar?

—Por lo comun, señor, hacen mas bien lo último todas las mañanas, alargándose muy léjos á occidente, y vuelven á buscar la tierra luego que el dia va llegando á su conclusion. Cuidado, Señor Don Cristóval, tome su merced el consejo de un anciano piloto; esa canalla no está por alli para nada bueno.

Estas últimas palabras fueron apenas audibles; pues ya se hallaban algo distantes las dos caravelas, y á poco rato estuvieron fuera del alcance de la voz.

—¿Y creéis que el nombre castellano se encuentre tan deprimido, señor Don Cristóval, preguntó Luis de Bobadilla, que estos

perros de Portugueses se atrevan á hacer desacato á la enseña de la reina nuestra señora?

—Nada temo de la fuerza, sino la detencion y el fraude; pero estos obstáculos en tal momento serian para mi menos penosos que la muerte misma. Lo que mas sospecho es, que esas caravelas, so pretexto de proteger los derechos del rey *Don Juan*, tengan órden de seguirnos hasta Catay, en cuyo caso tendremos un descubrimiento disputado y unos honores divididos. Debemos, á toda costa, evitar á los Portugueses, si es posible; para cuyo intento, trato de pasar á occidente, sin arrimarme á la isla del Hierro, sino lo que sea absolutamente indispensable.

Apesar de eso, una impaciencia corrodora traia desasosegado al almirante, y á la mayor parte de los que le acompañaban; pues que hasta los elementos parecian oponerse á su pasage de entre las Canarias al océano abierto. Cayó el viento por grados, hasta que reinó tal calma, que fué preciso calar las velas, y quedaron los tres bajeles, recostándose ahora sobre la salada superficie de las aguas

y erguiéndose luego sobre el lomo de la marejada, cual si fuesen unos animales informes, reposando perezosamente bajo los calores del estio, en soñolienta holganza.

Muchos fueron los *padre nuestros* y *ave marías*¹¹⁰ que en secreto se rezaron, y no pocos los votos de futuras penitencias, en la esperanza de conseguir una brisa favorable. Parecia de cuando en cuando que la divina Providencia prestaba benigno oído á sus plegarias; pues solia la ventolina abanicar el rostro del ansioso marinero, y caian las velas al instante con la expectativa de que arrancasen los buques; pero el desaliento seguia un instante despues, y la tripulacion quedaba convencida de que era su suerte seguir detenida con la visita de una prolija calma. Precisamente al anochecer, levantóse sin embargo un aire ligero, y durante algunas horas, los gorgoritos de las partidas aguas pudieron oirse bajo las combas de los buques, aunque el camino que hacían, era apenas suficiente para que el timon les sirviese de gobierno alguno. A eso de la media noche, no obstante, aun este movimiento, ápenas perceptible, cesó, y

otra vez los inobedientes cascos comenzaron á necerse en el mar de leva, que habian traído las brisas desde los desiertos inmensos del océano occidental.

Luego que reapareció la luz del día, hallóse el almirante entre Gomera y Tenerife, cuyo escelso pico arrojaba á lo léjos su puntiaguda sombra sobre las aguas, cual cometa caudoso, hasta que su afilado ápice se renovaba en borroso remedo, á lo largo de la superficie cristalina del océano. Temió ahora Colon que los Portugueses se valieran de sus lanchas, y diesen impulso á alguna liviana caravela por medio de sus remos largos á fin de encontrar el parage donde se halla, ha la escuadrilla; en consecuencia, determinó sábiamente se recogiesen las velas, con el objeto de ocultar los buques, en lo posible, de la vista de toda atalaya escudriñadora. La estacion se habia adelantado ya hasta el día siete de Setiembre; y tal era la situacion de esta renombrada escuadrilla á las cinco semanas exactas despues de su salida de las costas españolas; ocurriendo tambien en Viérnes esta calma de pésimo agüero, cuyo día de la sema-

na fué el mismo en que primeramente se hiciera á la vela.

La experiencia nos enseña que el único remedio para una calma en la mar es la inalterable paciencia. Colon era un navegante demasiado práctico para no sentir la fuerza de este axioma, y despues de haber ocurrido á la precaucion mencionada, tanto él, como los pilotos que estaban á sus órdenes, consagraron toda su atencion al arreglo de aquellos espedientes requisitos para hacer su futuro viage salvo y certero. Subiéronse al alcázar los pocos instrumentos náuticos que en aquella época se conocian; se corrigieron y comprobaron, con el doble objeto de asegurarse del estado en que se hallaban, y de ostentarlos á presencia de la marineria, para que esa científica exhibicion realzase el respeto de la chusma hácia sus gefes, en virtud de añadir á la subordinacion, la confianza bien fundada en su ciencia.

El almirante mismo habia adquirido ya una alta reputacion como navegador entre sus seguidores, á consecuencia de que sus cálculos fueran mucho mas exactos que los de los

otros pilotos, cuando se habian acercado á las Canarias; y mientras ahora maneja la balles-tilla que hacia las veces de cuadrante en aquel tiempo, y reconociese la aguja de marear, cada movimiento que hacia era espiado por los marineros, ya con secreta admiracion, ó con celosa vigilancia; pues algunos de ellos expresaban abiertamente la confianza que tenian en que su ciencia habria de llevarlos á donde él los guiase, mientras otros daban á entender á tapadillas precisamente aquel grado de conocimiento motejador, que por lo comun acompaña á los preocupados, á los ignorantes, y á los maliciosos.

Nunca habia sido capaz Don Luis de comprender los misterios de la navegacion; pues su noble cabeza daba muestra de repudiar toda instruccion científica, como una clase de adorno poco acorde con sus gustos ó sus necesidades. No por eso dejaba de tener bastantes luces; y en el círculo de aquellos conocimientos que era costumbre adquirieran los seglares de su rango en aquel siglo, pocos gozaban de mejor reputacion que él en la corte de Castilla. Por buena fortuna, tenia el man-

cebo la mas implícita confianza en los recursos del almirante; ni contaba Colon entre sus seguidores un adicto mas ciego ni sumiso que el jóven conde de Llera.

El hombre, con toda la filosofia de que se jacta, con toda su inteligencia y razon, existe siendo engañado siempre por su propia fantasia y ceguera, tanto como por los artificios y ardidés de los demás. Aun mientras se imagina á sí mismo mas vigilante y cauteloso, se le ve con tanta frecuencia descarriarse en pos de apariencias falaces, como regirse por el juicio y por los hechos: tal vez la mitad de los que presenciaban los cuidadosos cálculos de Colon, creian presentir las seguranzas de la ciencia y de las deducciones lógicas, cuando á la verdad hallábanse impresionados sus sentidos sin que en el mas leve grado quedasen esclarecidos sus entendimientos.

Asi transecurrió el dia 7 de Setiembre, y al llegar la noche halló todavia á la pequeña flota, ó escuadra, como hoy la llamaríamos, sirviéndonos del altivo lenguaje que ahora se usa, meciéndose desvalida entre Te-

nerife y Gomera. Ni tampoco la siguiente mañana trajo consigo mudanza alguna; pues que un sol abrasador, sin un aliento de aire, caía á plomo sobre la mar que relucía como una masa inmensa de derretida plata. Luego que el almirante se cercioró, en virtud de haber enviado gente á los topes para examinar el horizonte, de que los Portugueses no estaban á la vista, sintióse muy alentado, suponiendo que sus perseguidores yacían tan inertes como él mismo hácia la parte occidental de la isla del Hierro.

¡Por la virgen de la mar!¹¹¹ señor Don Cristóval, dijole Don Luis, al subir á la popa, donde horas hacia que el gran navegante se hallaba haciendo una guardia aburrida, mientras el jóven noble acababa de levantarse de siesta, parece que todos los demonios contra nosotros se han coligado. Aquí nos hallamos al tercer día de nuestra calma, con el Pico de Tenerife tan estacionario como un guarda canton, ó poste de legua, erigido ahí para decirles á los atunes ó delfines el camino que van haciendo por hora. Si uno creyera en agüeros, podría imaginarse que los

santos se oponían á nuestra partida, aun cuando vamos á hacer un mandado que los tiene mucha cuenta á ellos mismos.

—No debemos creer en agüeros, cuando solo son efecto de las leyes naturales, contestó con gravedad el almirante; pronto concluirá esta calma, porque empieza á haber cerrazon en el horizonte, la cual promete viento fresco por el Este, en virtud del movimiento de la nave fácil nos es conocer que las brisas no han estado muy quietas allá hácia el ocaso. Maese Piloto, añadió Colon dirigiéndose al oficial de ese título que se hallaba entónces sobre la cubierta; hareis bien en echar las velas abajo, y prepararos para una brisa favorable, pues no tardará en alcanzarnos la ventolina del nord-este.

Quedó verificada la prediccion una hora despues, cuando los tres buques comenzaron á surcar las olas con firme quilla. Pero la brisa fué en lo posible mas *tantalizadora* para los impacientes marineros, que lo habia sido la calma misma; porque les entraba por la proa un fuerte mar de leva, y como el aire era suave, los buques siguieron bregando con dificultad hácia el occidente.

111. By the seaman's hopes! (TO, I-248).

Todo este tiempo, se tenia mucha vigilancia para descubrir si asomaban las caravelas portuguesas, cuya aparicion, sin embargo, era ménos temida de lo que lo hubiera sido, pues se las suponía á una distancia inmensa hácia barlovento; Colon y sus hábiles asociados, Martin Alonso y Vicente Yañez, ó los hermanos Pinzones quienes comandaban la Pinta y la Niña, pusieron en práctica todos los medios que la esperiencia sugerirles podia, con el fin de adelantar en la jornada, su progreso, no obstante, fué lento y penoso, pues cada nuevo impulso que la brisa les daba servía para hundir en la mar las proas de los buques con tal violencia, que amenazaba sérias averias á los mástiles y jarcias. Tan frivolo era en verdad su camino, que se necesitaba de todo el cálculo de Colon para advertir la manera casi imperceptible con que el elevado y hermoso ápice del Pico de Tenerife se agachaba como si fuera pulgada á pulgada. Los sentimientos supersticiosos de los marineros estando ahora mas activos que nunca, algunos de ellos comenzaron á murmurar; que los elementos les amonestaban no prosiguiesen, y

aunque ya algo tarde, el almirante debería hacer caso de los agüeros y signos que la naturaleza dá raras veces sin suficiente razon. Estas opiniones, sin embargo, se proferian con toda cautela, pues la grave y firme conducta de Colon habia producido tal respeto para sí, que se acallaban en su presencia; y la chusma de los otros bajeles seguia siempre los movimientos de su almirante, con aquella especie de ciega dependencia, que señala la subordinacion del inferior á su gefe, en semejantes circunstancias.

Luego que Colon se retiró á su cámara para pasar en ella la noche, advirtió Luis que su semblante manifestaba mayor severidad que de costumbre, al concluir los cálculos náuticos de aquel dia.

—Espero que todo va conforme á vuestros deseos, señor almirante, dijo el jóven con aparente festividad. Ya estamos buenamente en vuestra ruta, y á mi modo de ver ya nos hallamos á vista de Catay.

—Teneis dentro de vos, Don Luis, contestó el almirante, lo que hace llano y liso cuanto deseais alcanzar, y por tanto os figu-

rais verlo todo con colores muy gayas. Respecto á mi, es mi deber mirar las cosas como realmente en sí son, y aun cuando Catay yazga con toda claridad al cabo de nuestra ruta, aun cuando palpable esté ante la vision de mis mientes... y tu, ó Señor, que implantado has, para tus propios grandes designios, el deseo de alcanzar la distante tierra, lo sabes con toda verdad... aunque Catay tan clara resplandece ante mi vista moral, estoy obligado á esquivarme de los obstáculos físicos que puedan existir antes que la alcancemos.

—¿Y estos obstáculos, señor, van haciéndose por ventura mas serios de lo que al principio sospechábamos?

—Mi confianza está siempre puesta en Dios; ved aquí, jóven caballero—dijo Colon poniendo su dedo en el mapa; en este punto nos hallábamos esta mañana; y hasta estotro hemos avanzado per medio de los trabajos de este día, con la porcion de la noche que transcurrido habemos... Bien veis que una sola línea de papel señala el total de nuestro progreso; y aqui otra vez estais notando que tenemos de atravesar este vasto desierto de

aguas oceánicas, antes que ni aun esperar nos sea dado aproximarnos al extremo de nuestro camino. Segun mis cálculos, con todos nuestros esfuerzos, y á este momento crítico, no solo en cuanto á los Portugueses respeta, sino en cuanto tiene referencia con nuestra gente propia—solo hemos andado siete leguas, que son una parte pequeñísima de las mil que tenemos delante. A este paso podemos temer que nos falte hasta el pan y el agua.

—Tengo toda confianza en vuestros recursos, señor Don Cristóval, así como tambien en vuestra esperiencia, y en vuestros conocimientos científicos.

—Y yo la tengo toda en la proteccion de Dios; y espero que no abandonará á su siervo en el instante en que tanto de su auxilio necesita.

Luego se preparó Colon para descansar algunas horas; pero se echó sobre su lecho, sin quitarse los vestidos, porque la desazon que el estado de las naves le causaba, impedía que se desnudase para disfrutar un mas sosegado reposo. Aquel célebre navegante vivió en un siglo, cuando una filosofía espú-

rea, y un ufano aunque insuficiente ejercicio de la razón, colocaba á muy pocos, ni aun en apariencia, sobre la franca admisión de su constante confianza en un poder divino. Decimos en apariencia, pues que ningun hombre, cualquiera que sea la estension de sus ilusiones sobre este punto, cree de todas veras que se basta por si mismo á su propia proteccion. Esta confianza absoluta en nosotros mismos está vedada por las leyes de la naturaleza, pues cada uno lleva en su propio pecho un amonestador que le enseña su verdadera insignificancia, demostrando cada dia, cada hora, y aun cada instante, que solo es el hombre un agente diminutivo puesto en juego por un poder superior, á fin de llevar adelante sus propios fines misteriosos y grandes para los propósitos benéficos y sublimes en cuya virtud ha sido creado el mundo y cuanto contiene. De conformidad con los usos de aquel tiempo arrodillóse Colon, y oró con ferviente celo, antes de irse á dormir; ni tampoco se resistió Luis de Bobadilla á imitar un ejemplo que muy pocos en aquellos dias, juzgaban indigno de su inteligencia y refle-

xion. Si el culto tributado al Ser Eterno tenia cierta tintura de supersticion en el siglo décimo quinto, y los hombres confiaban demasiado en la eficacia de los impulsos momentáneos y pasajeros, tambien es cierto que poseia una esterilidad de mansedumbre y sumision á Dios, que no sabemos, si con discontinuarla, ha ganado mucho el mundo.

El primer albor de la aurora llevó sobre cubierta al almirante y á Don Luis. Volvieron ambos á ponerse de hinojos en la popa, y repitieron sus preces; entónces, cediendo á los sentimientos naturales á su situacion, alzaronse anhelosos de observar lo que podia revelárseles al descorrerse las cortinas del dia. El nacimiento del alba, y la salida del sol en la mar, se han descrito tantas veces, que su repeticion aqui seria supérflua; pero manifestaremos que Luis contempló aquel juego de tintas que el cielo matutino coloraban, con el refinamiento de sensaciones propio de un amante, é imaginándose que trazaba en él una semejanza con el tránsito de las emociones á través del rostro parlero de Mercedes, en los colores efimeros y blandos que preceden á las

hermosas mañanas del mes de Setiembre, mas especialmente en las latitudes bajas. Respecto al almirante sus miradas mas materiales se dirigieron hácia donde caia la isla de Hierro, aguardando el acrecentamiento de la luz, á fin de averiguar las mudanzas que hubiesen acontecido durante las horas de su sueño. Pasáronse varios minutos en atencion profunda, y despues el navegante hizo á Luis una seña para que se allegara á él.

—¿Veis aquella oscura y mal diseñada masa, que va saliendo de entre las tinieblas, allí al sur de nuestro bajel? dijole el navegante—reparad como á cada momento vanse pronunciando sus formas y diseñando sus contornos con mayor claridad, aunque dista de nosotros algunas ocho ó diez leguas; esa es la isla de Hierro, y allí estan los Portugueses, sin duda alguna, esperando ansiosos que á ella nos aproximemos. En esta calma, es imposible allegarnos los unos á los otros, y hasta aqui podemos considerarnos seguros. Necesario es ahora averiguar si las caravelas, que nos persiguen, se hallan ó no entre nosotros y la tierra; despues de lo cual, si lo contrario acon-

teciera, podemos juzgarnos en completa salvacion, toda vez que no nos acerquemos mas á la isla, y si, como hicimos ayer, conservamos la ventaja del viento; ¿descubris alguna vela, Luis, hácia aquel lado del océano?

—Ninguna, señor: y eso que la luz tiene ya suficiente fuerza para esponer á nuestra vista el blanco velamen de una nao, si alguna fuese visible por allí.

Lanzó el gran navegante una exclamacion de gratitud, é inmediatamente dispuso subiese gente á los topes para registrar el horizonte en todo su círculo. Fué favorable el resultado; pues que por ninguna parte aparecian las temidas caravelas portuguesas. Con la salida del Sol, sin embargo, nació una ventolina del sud-oeste, trayendo en consecuencia la isla de Hierro y cualquiera buque, que por allí estuviese cruzando, á sotavento directo de la escuadrilla. Soltóse trapo tras de trapo sin pérdida de un momento; y el almirante dirigió su rumbo al noroeste, confiado en que sus perseguidores le estarian esperando en la banda meridional de la isla, donde era mas probable hubieson de aguar-

darle aquellos que no del todo comprendieran sus designios. A este tiempo hablase calmado hasta cierto punto la marejada procedente del ocaso, y aun cuando el progreso de los buques nada de rápido tuviese, era consecutivo, y daba esperanza de ser duradero. Transeurriáanse las horas con lentitud, y á medida que el día se adelantaba, hacíanse los objetos menos y menos distinguibles en las inmediaciones de Hierro. En seguida tomó la completa superficie de la isla la turbia apariencia de una nube hosca y mal contorneada, y comenzó luego á hundirse en las olas. Aun estaba visible su cumbre, cuando en torno del almirante se agruparon los mas privilegiados de sus compañeros á fin de reconocer desde la alcázar, el estenso océano, y hacer observaciones sobre el tiempo. El espectador mas indiferente pudiera ahora haber advertido la notable diferencia en el estado de las sensaciones existentes, entre los diversos aventureros, que abordo de la Santa Maria iban embarcados: sobre el alcázar todo era júbilo y esperanza, puez que el reciente salvamento habia inducido, por el instante, hasta á los mas

desconfiados á olvidar la incertidumbre del porvenir; los pilotos, segun su costumbre, estaban ocupados y sostenidos por una especie de estoicismo náutico, mientras una densa melancolia se apoderaba de la chusma, y se advertia en sus rostros, tan señaladamente cuando si estuvieran aquellos ignorantes marinos reunidos en torno de algun agonizante compañero. Casi todos los hombres, que en la nave iban, formaban parte de los grupos sobre la cubierta, y todos los ojos estaban fijos, cual si fuese por encanto, en las cumbres desfallecientes de la isla de Hierro.

Mientras las cosas se hallaban en este estado, acercóse Colon á Luis, y haciéndolo despertar de una especie de arrobó en que le veia sumido, con ponerle ligeramente un dedo sobre el hombro,

—No puede ser que el señor de Muñoz se encuentra afectado con las mismas emociones que la marineria, observo el almirante con una ligera mezcla de sorpresa y reproche— y esto tambien en un instante en que cuantos poseen suficiente inteligencia para preveer las consecuencias gloriosas que de nuestra aven-

tura han de emanar, se regocijan al ver que una ventolina, enviada por el Cielo, nos está apartando á distancia segura de las perseguidoras y envidiosas caravelas. ¿Por qué estais contemplando á esos hombres que se hallan reunidos allá abajo, con ojos tan fijos y mirar tan clavado? ¿Será que os halleis arrepentido de vuestro embarque, ó estais puramente pensando en los encantos de vuestra señora?

—Por Santiago! Don Critóval, en esta ocasion dió marra vuestra inteligencia. Ni arrepentido me encuentro, ni pensativo, cual quisiérais insinuar; pero estoy contemplando á esos pobres marineros, y me dá lastima de sus aprehensiones.

—La ignorancia es una cruel señora, mae-se Pedro, y esa es la que ahora egerce su poderio sobre las imaginaciones de los marineros, con todo el despotismo del mas desapiadado tirano. Ellos temen lo peor; solo porque carecen de suficientes conocimientos para precaver lo mejor. El miedo es una pasion mas fuerte que la esperanza, y siempre el aliado mas fiel que la ignorancia tiene. A los

ojos del vulgo lo que aun no ha llegado á suceder... aun mas, lo que hasta cierto punto no ha llegado á familiarizarse con el uso, se tiene por imposible; porque los hombres racionan dentro de un círculo que está limitado á la instruccion que posee cada cual. Esos pobretes¹¹³ tienen la vista clavada en la isla, mientras ella va desapareciendo, semejante á unos hombres que miran por última vez las cosas de la vida. Y por cierto que su afan escede en mucho á lo que yo habia presupuesto.

—El recelo, señor, de esos hombres, aunque profundamente arraigado, se sube á asomárseles en los ojos; pues advierto lágrimas en algunas megillas, que me parecia que jamas hubieran podido estar húmedas de otra cosa que de los rociones del agua salada.

—Alli estan nuestros dos amigos, Sancho y Pepe, ninguno de los cuales aparenta hallarse en demasiado grave apuro, aunque en el rostro del segundo se advierte una ligera niebla de melancolia. Respecto al primero, el socarron manifiesta la indiferencia de un verdadero marino; la de un hombre que jamás se considera mas feliz que cuando se halla

mas apartado del peligro de peñas y pláceles. Solo nota en torno de si el horizonte visible, y considera lo restante del mundo por algun tiempo como un cero para él. Espero leales servicios de ese Sancho, apesar de su socarneria, y le cuento entre los mas fieles de mis seguidores.

Aqui el almirante fue interrumpido por un grito lanzado en la cubierta, y mirando alrededor, no fué lenta su vista esperta y penetrante en descubrir que el horizonte hácia el sur ofrecia ya la acostumbrada y monótona línea de agua y cielo que forma siempre el abierto océano. En efecto, la isla de Hierro habia dejado de aparecer, aunque algunos mas esperanzosos de entre la chusma figurábanse que la veian aun, despues que finalmente se hundiera en las aguas. A medida que la circunstancia se hacia cada vez mas y mas cierta, los lamentos de la chusma llegaron á ser menos equívocos y mas recios; las lágrimas comenzaron á correr sin vergüenza ni disimulo, juntábanse las manos con cierta especie de insensata desesperacion, y siguióse tal escena de clamorío que amenazaba algun

serio peligro á los espedicionarios por esta parte tambien. En tal apuro hizo Colon que toda la gente se reuniera, y puesto sobre el alcázar desde donde podia examinar todos los semblantes, hablóles sobre las causas de su pesar. En aquella ocasion las maneras del gran navegante fueron enérgicas y sinceras; dando á conocer, fuera de toda duda, que creia firmemente en la verdad de sus propios argumentos, y que nada proferia con esperanzas de alucinar ni de comprometer.

—Cuando Don Fernando y Doña Isabela, nuestros respetables y bien amados soberanos, me honraron con su nombramiento de almirante y virey en esos secretos mares hácia los cuales navegamos ahora, dijo Colon— lo consideré como el suceso mas glorioso y alegre de mi vida, asi como contemplo este instante que tan penible para algunos de entre vosotros se presenta, cual segundo de aquel en esperanzas y en motivos de felicitacion. Al desaparecer la isla de Hierro, veo alejarse con ella al Portugués; porque, ahora que nos hallamos en alta mar, y fuera de los límites de toda tierra conocida, confio que la Providen-

cia nos ha puesto tambien fuera del alcance y de las maquinaciones de todos nuestros enemigos. Mientras seamos fieles unos á otros, y á los grandes objetos que estan á nuestra vista, no hay ya causa para tener miedo. Si alguna persona entre vosotros quiere desahogar su pecho sobre esta materia, dejadle que hable con libertad; pues que son demasiado fuertes mis raciocinios para pretender el acallamiento de las dudas en virtud de prevalerme de mi autoridad.

—Siendo asi, señor Don almirante, interpuso Sancho, cuya lengua se hallaba siempre dispuesta á menearse cuando se presentaba la ocasion, lo mismo precisamente que hace á Vuestra Escelencia tan animoso pone á estos buenos hombres tan desalentados. Si ellos pudieran siempre tener delante de sus ojos la isla de Hierro, ó cualquiera otra tierra conocida, os seguirian hasta Catay, y los llevariais con tan ligero remolque como una caravela tira de su esquife; pero el dejar atras cuanto aman en el mundo, es decir la tierra, sus hijos y mugeres, eso es lo que les entristece los corazones, y dá suelta á sus lágrimas.

—Y tú, Sancho, un viejo marinero nacido en esas mares de Dios...

—Ay, señor escelentísimo, y muy ilustre señor Don almirante, interrumpióle Sancho, alzando la vista con fingida sencillez: no nací precisamente en la mar, aunque muy cerca de su olorcillo; pues, que habiéndome hallado cabe la compuerta del dique, no es probable hubiesen hecho una dársena para desembarcar y poner en enderezo una barquilla tan mezuquina como la mía.

—Está muy bien; nacido cerca¹¹⁴ de la mar toda vez que te plazca mejor: y de ti espero mas dignas cosas que lamentos mugeriles; porque una isla haya desaparecido detrás del horizonte.

—Escelentísimo señor, un bledo le importa á Sancho, que la mitad de las insulas que en el mundo hay estuviesen algo mas bajas de lo que estan. Allí se ven las islas de Cabo Verde, y cuidado que malditas las ganas que tengo de volverlas á ver, y Lampidosa se encuentra tambien por allí, *ademas de Estromboli* y otras en aquel lado, que harian muy bien en quitarse de enmedio, y no permanecer donde ahora están, pues maldito el

beneficio que de ellas recibimos los marineros. Pero si Vuesa Escelencia se digna decir á estas buenas gentes hácia adonde se dirige el rumbo nuestro, y que es lo que esperais encontrar al llegar á bahia, y mas que todo cuando hemos de regresar, les consolaria hasta un grado indecible.

—Pues que juzgo que es el oficio adecuado á los hombres distinguidos por su autoridad hacer públicas las razones de su conducta, cuando ningun daño resulta del descubrimiento, lo haré de buena gana, exigiendo presten atencion á mi voz cuantos me rodean, y especialmente aquellos que mas desazonados se hallan respecto á nuestra actual posicion, y movimiento futuro. El fin de nuestro viage es Catay, pais que se sabe ocupa la estremidad orientalisima del Asia, que mas de una vez ha sido visitada por viageros cristianos; y su diferencia de todas las expediciones que por mar y tierra emprendieran, habrá consistido en la sola circunstancia de que nosotros busquemos por el oeste lo que buscaran por el este los viageros primitivos. Esta osadia nuestra sin embargo no es mas que propia

de marineros valientes; pues que solo aquellos que con el oceáno tienen familiaridad, á fuer de pilotos hábiles y de obedientes y activos marinos, pueden atrevesar las aguas, sin mejores guias que las que presta el conocimiento de los astros, corrientes, vientos y demas fenómenos del Atlántico, al paso que semejantes auxilios pueden recogerse de la misma ciencia. La razon que nos impele á obrar, está basada en el convencimiento de que el Atlántico, el cual nos consta posee un linderó oriental de riberas, tambien tiene otro occidental y en ciertos cálculos, que casi establecen la certidumbre de que aquel continente, el cual segun mi opinion ha de ser el de la India, solo puede distar de nosotros, una travesia de veinte ó treinta soles, pues en mi dictámen esa es su posicion, sobre poco mas ó menos, desde las costas europeas.

Habiendo dicho ya el donde y el cuando espero encontrar el pais que busco, insinuaré alguna cosa sobre las ventajas que todos podemos esperar que nos refluyan de su descubrimiento. Segun los informes de un cierto Marco Polo y de sus relacionados, sugetos de

categoria y naturales de Venecia; á par que hombres de crédito y de buenas reputaciones, el reino de Catay es no solo uno de los de mayor estension conocida, sino el que mas abunda en oro y plata, juntamente con los demas metales de valor, y piedras de precio. De las ventajas, del descubrimiento que semejante pais puede proporcionarnos, juzgad vosotros mismos, si á bien lo teneis, por las que á mi habrá de acarrearne. Sus Altezas me han honrado con el rango de su almirante y virey, anticipando ya nuestro triunfo, y perseverando hasta el término feliz de nuestros esfuerzos; el hombre mas insignificante entre nosotros puede optar con fiado á alguna señal extraordinaria de sus favores; al paso que el que mucho merezca recibirá mas que el que á ménos se haya hecho acreedor; pues las recompensas habrán de igualar á los servicios que se prestaren. Siempre, sin embargo, habrá de sobra para todos. Marco Polo y sus parientes vivieron por espacio de diez y siete años en la corte del Gran Khan, y por todos títulos se hallaron aptos para dar una relacion verdadera de las riquezas y de los recursos de

aquellas regiones, y buena fué la recompensa que recibieron por sus trabajos y valor aquellos caballeros Venecianos, cuyos medios y recursos apenas eran los suficientes para suministrar cómoda carga á una acémila. Solo las joyas, con que volvieron, han sido suficientes para enriquecer á su linage por años luegos, y para renovar á una familia decente aunque decaida, al paso que su empresa y veracidad hízoles honra á los ojos del mundo.

Como que el océano se sabe que á estensa distancia, hácia esta parte del continente asiático y del reino de Catay, abunda en islas, podemos esperar descubrirlas primero; donde haríamos injusticia á la naturaleza, si no encontrásemos fragantes cargamentos de especias balsámicas, y de otros costosos productos, que no hay duda enriquecen aquella parte tan favorecida de la tierra. En verdad, apenas es posible que la imaginacion conciba la grandeza de los resultados que aguardan nuestro buen éxito, al paso que solamente la befa y el desaire acompañarian á un presuroso é irreflexivo regreso. Pues que no vamos en calidad de invasores, sino á fuer de cristia-

nos y de amigos, no tenemos razon de esperar otro recibimiento que el que sea muy amistoso; y por cierto, que los regalos y las dádivas solamente que de cajon serán ofrecidas á unos estrangeros, que de tan luengas tierras han venido y por una ruta hasta ahora no trillada, os repagarán con céntuplo interes por todas vuestras fatigas y privaciones.

Para nada hago mencion de la honra de hallarme entre aquellos que son los primeros en llevar la cruz al mundo pagano,—prosiguió el almirante, destocándose y mirando en torno con solemne gravedad,—aunque nuestros antepasados creian que no era floja distincion el haber pertenecido á los egércitos que combatieran por la posesion del santo sepulcro. Pero, ni la iglesia, ni su gran maestro, olvidan al servidor que ¹¹⁵ sus intereses hace prosperar, y con fazaña tan noble podemos todos pretender bendiciones sin cuento tanto ahora como en el tiempo porvenir.

Al acabar su arenga, santiguóse devotamente Colon, y se apartó de la chusma, retirándose entre sus amigos, que ocupaban el alcázar. Por el instante, fué saludable el efec-

to de su discurso, y los hombres vieron desaparecer las nubes, que la tierra ofuscaban, con menor sentimiento que habian manifestado previamente.

No obstante, quedáronse desconfiados y tristes; los unos soñando aquella noche con las pinturas que Colon les habia diseñado de las glorias del Oriente, y los otros imaginándose en sus ensueños que los espíritus malignos les alucinaban para llevarlos á mares desconocidos, donde se les condenára á discurrir para siempre jamás en castigo de sus pecados; pues que la conciencia hace bueno su poderio en todas las situaciones del hombre, y con mayor viveza en aquellas donde le acometen la desconfianza y la incertidumbre.

Poco antes del sol puesto, hizo Colon que se le arrimáran los otros dos bajeles, y acudiesen á bordo de la Capitana los dos Pinzones. Descubrió á estos el almirante sus órdenes y designios para que les sirviesen de gobierno, en caso de forzosa separacion.

—Asi me comprehendereis, señores, concluyó el gefe, despues de haberles explicado detenidamente sus miras. Vuestra

primera obligacion, y mas grave, ha de ser la de seguir de cerca las aguas de vuestro almirante, en cualquier temporal, y en circunstancias cualesquiera, mientras sea posible; pero toda vez que esa probabilidad fallase, hareis rumbo clavado á Occidente, siguiendo este paralelo de latitud, hasta hallaros á setecientas leguas de las Islas Canarias; despues de lo cual, debereis poner os en facha durante la noche, pues, á aquella distancia, es muy probable os halleis entre las islas del Asia, y será prudente á par que necesario para nuestro objeto, estar mucho mas alerta entonces para dar principio á los descubrimientos. Siempre, sin embargo, proseguireis vuestro camino á occidente, confiando en que me hallareis en la corte del Gran Khan, toda vez que la providencia nos negase una reunion mas anticipada.

—Está muy bien, señor Almirante, repuso Martin Alonso, levantando los ojos que por largo tiempo habia tenido clavados en el mapa; pero será preferible que todos nos conservemos en convoy, resultando ventaja, principalmente para nosotros, que poco acostumbrados estamos á los hábitos de los principes,

y nos hace falta por lo tanto la proteccion de Usencia¹¹⁶ antes de precipitarnos temerariamente en el palacio de un monarca tan poderoso como el Gran Khan de las Indias.

En esto manifestais vuestra prudencia acostumbrada, señor Martin Alonso, y mucho os encomio en su virtud. Mejor fuera en verdad que aguardaseis mi llegada; porque aquel potentado oriental puede considerarse mas obsequiado recibiendo la primera visita del virey de los reyes augustos, portador de cartas directamente de sus regios señores, que si le hiciese acatamiento tal un sugeto de rango inferior. Por vuestra parte, reconoced esmeradamente las islas y sus productos, dado caso que llegueis primero á aquellas mares, y aguardad mi venida, antes que tomeis determinaciones ulteriores. ¿Cual es el sentir de vuestra gente al despedirse de las tierras co-

—Harto desfavorable se nos presenta, señor Don Cristóval, y á tal punto, que nos hace recelar una próxima rebelion. No faltan en la Pinta quienes necesitan se les arredre saludablemente con las iras de sus altezas, á

fin de impedir que mediten una arribada violenta y súbita al puerto de Palos.

—Bien haceis en vigilar con cuidado sobre esa disposicion de los ánimos, á fin de que rebullirse no puedan. Tratad con dulzura y mansedumbre á esos genios desafectos, mientras sea dable, alentándolos con toda clase de promesas fieles y razonables; guardaos empero que el contagio llegue á hacerse superior á vuestra autoridad; y ahora, señores, que la noche se acerca, tomad vuestras lanchas y volved á vuestros bajeles, á fin de que podamos aprovecharnos de la brisa.

Luego que Colon se quedó solo otra vez con Don Luis, sentóse en la cámara, con la mano puesta en la megilla, y con el ademán de un hombre absorto en reflexiones.

—¿Hace mucho tiempo, caballero de Bobadilla que conoceis á este Martin Alonso? preguntó por fin el navegante, dejando transcurrir la corriente de sus pensamientos, en virtud de la naturaleza de la pregunta.

—Mucho, señor, en conformidad á como los jóvenes calculan el tiempo que pasa; aunque tal vez pareciera como un breve

día según el cómputo de los hombres viejos.

—Mucho depende de él; espero que sea hombre probo, aunque ya se ha manifestado liberal, emprendedor y varonil.

—El es hombre, Don Cristóval, y por lo tanto sugeto á errar. Sin embargo, tales como son los hombres, no juzgo que Martin Alonso sea el peor de ellos. No ha tomado parte en esta empresa, impelido por votos caballerescos, ni espoleado por el celo de un hombre dedicado á la iglesia de Dios; pero tenga él esperanza de que sus riesgos hayan de producirle la debida retribucion, y le hallareis tan leal como el interes garantiza á un hombre, cuando hay ocasion de poner á prueba su egoismo.

—Entónces sereis el único depositario de mi secreto. Mirad estos papeles, Don Luis. Aquí veis que he calculado nuestro progreso desde la mañana, y encuentro que hemos andado algunas diez y nueve buenas leguas, aunque no directamente en rumbo occidental. Si yo hiciese saber á nuestra gente la verdadera distancia que hemos discurrido, cuando ya no hay tierra ninguna á la vista; el mie-

do llegaria á dominarlos, y las consecuencias ¿quien pudiera llegar á calcularlas? Por lo tanto, para la inteligencia comun solo apuntaré quince leguas, reservando el derrotero verdadero como sagrado para nuestros ojos. Dios me perdonará este engaño, en consideracion á practicarse en pró de su propia iglesia. En virtud de hacer estas deducciones diariamente, podremos llegar á distancia de mil leguas sin que la alarma se dispierte hasta mayor grado del que pudiera á las setecientas ú ochocientas leguas de buen camino.

—Eso equivale á sujetar el valor á una regla que poco suponía yo existiese hasta ahora, contestó riéndose Don Luis; vive mi santo patrono, que en mal concepto tendríamos al hidalgo que hallase necesario dar brios á su corazon segun la medida de leguas que tuviese de transcurrir.

—Todos los males que se desconocen no son males muy temidos. La distancia tiene sus temores para los ignorantes, y tambien puede encerrar sus asombros para los instruidos, jóven noble, cuando se mide sobre el oceano ilimitado; pues de ahí nace otra cuestion, refe-

rente á esos dos grandes artículos de la vida: el pan y el agua.

—Con este ligero reproche dirigido á castigar la liviandad de su jóven amigo, preparóse el almirante á recogerse en su coy, hincándose de rodillas y repitiendo las preces de la noche.¹¹⁷



CAPITULO VIII.



A donde vas por el teñido espacio;
Hacia do en medio del relente piensas
Tu solitaria ruta, mientras al Cielo
Colora la postrer huella del día;

BRYANT.
118

LOS sueños de Colon fueron poco duraderos. Tranquilo fué su dormir mientras duró, semejante al de un hombre que tanto imperio egerce sobre su voluntad, que ha sujetado á su alvedrio las funciones naturales; pues que despertaba de cuando en cuando á fin de reconocer con vigilante vista el estado del tiempo y la condicion de las embarcaciones. En aquella ocasion, subió el almirante á la cubierta otra vez;

281

poco despues de la una, donde halló todas las cosas al parecer en aquella serena y alentadora tranquilidad, que en tiempo bonancible acostumbra indicar á bordo las horas de la segunda guardia. La mayor parte de los marineros sobre cubierta se hallaba dormitando; el adormilado piloto, el timonel, y uno ó dos de los vigilantes, eran los únicos que se veian en pió, aunque despiertos de malísima gana. Habia refrescado el viento, é iba la caravela surcando delantera su camino, con perseverancia incansable, y dejando á Ferro y sus peligros á cada momento mas y mas distante por la popa. El solo ruido que se percibia era el suave suspirar de la brisa entre las tjarcias, el gorgorito de las aguas, y el crugido ocasional de alguna verga, cuando la ventolina la forzaba, con presion mas firme, á esirar sus cabos y violentar sus amarras.

La noche estaba muy oscura, y necesitaban los ojos fijarse en los objetos un buen rato antes de acostumbrarse á verlos, con el auxilio de tan débil luz: hecho esto, sin embargo, descubrió el almirante que el bajel no ceñia el viento como lo habia mandado. Lle-

36

gándose al timon, advirtió que estaba tan á la banda, que hacia derribar la nave hácia el nord-este, lo que equivalía casi á poner la proa á España.

—¿Eres marino, y te descuidas en tu rumbo de un modo tan desaliñado? preguntóle con adustez el almirante; ¿ó no eres sino un arriero, y te se figura que vas traginando á la buena de Dios por los vericuetos de las montañas? Te has dejado en España el corazón, y juzgas que un vano deseo de volver á ella pueda encontrar algun solaz ligero en virtud de este ridiculo artificio!

—Ay! señor almirante, bien ha juzgado Vuescencia¹¹⁹ al creer que mi corazón se quedará en España, donde con precision habrá de hallarse, pues que dejé en Moguer á siete hijos huérfanos de madre.

—¿Y no sabes que tambien soy padre yo, y que los objetos mas caros para las esperanzas de un padre se me han quedado por allá igualmente? ¿en que puedo aventajarte á ti, si tambien mi hijo carece de los esmeros de una madre?

—Escelentísimo señor,¹²⁰ vuestro hijo tiene

por padre á un almirante, mientras que los míos solo tienen á un timonel.

—¿Y eso qué podrá importarse á mi Don Diego?—Colon tenia la debilidad de boquear demasiado los honores que de los soberanos recibiera—¿qué podrá importársele á mi hijo Don Diego, si su padre pereciese siendo almirante;? ¿y en qué podrá aprovecharle á él mas que á vuestros hijos, el hallarse desprovisto de padre?

—Señor, le aprovechará de mucho el que le protejan los reyes, honrándole como á reliquia vuestra, y el que se le obsequie y nutra como á vástago de un virey, en vez de hallarse menospreciado como á prole vil de un oscuro marinero.

—Amigo, en esto alguna razon llevas, y hasta ese punto respeto tus sentimientos—contestó Colon, quien semejante á nuestro Washington¹²¹ se sometia siempre al mas altivo y puro sentido de la justicia; pero harias harto bien en acordarte de la influencia que tu perseverancia varonil y próspera en este viage puede producir en el bien estar de tus hijos, en vez de parar tus mientes sobre dé-

119. *Your Excellency* (TO, p. II-4).

120. *Excellency* (TO, p. II-4).

121. O'Crowley no repara en el sin sentido de esta frase en castellano.

biles vaticinios de males, que es mas que probable jamas hayan de acontecer. Ni tu ni yo tendremos mucho que esperar en caso de que nuestros descubrimientos á fallar llegasen, al paso que uno y otro podemos esperararlo todo en caso de buen éxito.

¿Puedo fiarme de ti ahora para que conserves en rumbo la nao, ó he de enviar por otro marinero para que te releve en el timon?

—Mejor será, noble almirante, que hagais eso último. Acordarme he de vuestro consejo y lucharé por domeñar las ansias que hácia el hogar me impelen... sin embargo, mas salvo seria buscar á otro para llenar esta obligacion, mientras tan próximos á España nos hallamos.

—¿Conoces á un tal Sancho Mundo, un viejo gaviero de esta tripulacion?

—Si, señor, todos le conocemos; pasa por el hombre mas hábil en su oficio, de cuantos Mogueños sabemos á lo que huele el olorcillo de la mar.

—¿Pertenece á esta guardia, ó está de descanso con sus camaradas en el entrepuente?

—Señor, es de este cuarto; y no duerme abajo con los compañeros por la sencilla razon de hallarse ahora roncando sobre cubierta. Ni cuidado ni peligro alguno puede descomponer la tranquilidad de Sancho! Para él, la vista de tierra es un disgusto á extremo tal, que dudo le tendríamos contento aun cuando llegásemos á ver esas distantes regiones, que Usenciai confia hemos de visitar.

—Anda, búscame al tal Sancho, y haz que se me presente. Yo haré tus veces entre tanto.

Tomó ahora el gran navegante la caña del timon, con sus propias manos, y un ligero manejo de ella hizo que obedeciese la nave, ciñendo el viento lo mas que fué posible. Sintióse el resultado por sus cabezadas mas vivas y repentinas, por su cala mas honda á barlovento y por un nuevo crugir en las partes altas que denotaba un estiro renovado y un aumento de accion en toda la arboladura y las jarcias. Al cabo de algunos instantes se presentó Sancho Mundo restregándose los ojos y bostezando.

—Encárgate de esta obligacion, le dijo el almirante, luego que le vió cerca, y desempeñala con fidelidad. Muchos de los que van aqui se han mostrado ya alevosos, dejando que el bajel se apartase de su rumbo, á fin de que sesgara la proa poco á poco en direccion á España. De ti espero proceder mas digno. Creo, Sancho amigo, que puedo contar-te como á un fiel y leal seguidor, hasta en los últimos apuros.

—Señor Don Almirante, dijo Sancho, tomando el gobernalle, al mismo tiempo que le daba un poco de juego para manifestar su destreza en manejarlo, cual hábil cochero trae á sujecion su tiro de caballos, desde luego que empuña las riendas.—Soy un sirviente de la corona, é inferior y subordinado vuestro; vedme aqui pronto á desempeñar cualquiera deber que sea de mi incumbencia.

—A ti no te asombra este viage... no te atormentan pronósticos pueriles acerca de que nos veamos convertidos en vagadores sempiternos por desconocidas mares, sin esperanza de volver á ver á esposa ni á hijo.

—Señor, parece cual si conocierais nues-

tros corazones, lo mismo que si Vueselencia los hubiera amasado con sus propias manos, y en seguida metíolos en nuestros pechos.

—Luego no tienes ninguna de esas aprehensiones tan repugnantes al hombre de juicio como vergonzosas para el hombre de mar.

—Ni aun las suficientes, señor don, para que un cura rezase un padre nuestro, ni una vieja dijese, «Jesus me ampare!»¹²² Habré tenido mis ratos de encogimiento, pues todo hombre cuenta con sus resbalones; pero ninguno de aquellos ha sido causado por el temor de navegar en el océano, pues que esa es mi suprema dicha; ni tampoco me quitan el sueño la muger ni los chiquillos, por que carezco de la primera, y deseo devotamente convencerme de que tengo poquísima parte en la hechura de los segundos.

—Si tienes encogimientos cual los llamas, confiame los que son. Quisiera hacer amigo mio, sincero y eterno, á un hombre de tu fibra.

—No dudo, señor, que hemos de llegar á Catay ó á cualquier otro pais que á Vuesencia plazca buscar: no tengo recelos aten-

to á vuestra habilidad y valor, suficientes para asir de las barbas al Gran Khan, y si es menester, arrancarle del turbante á puñados as costosas joyas que adornarle deben; y no hay duda que habrá de gastar su turbante, pues que es un infiel; no tengo yo tampoco malas corazonadas acerca de la magnitud y riqueza de nuestros descubrimientos y fletes, pues que os creo bastante diestro, Señor Don Almirante, para llevar las caravelas de un lado del mundo al otro, y hasta de cargarlas hasta los topes de perlas finas, dado caso que anduviesen poco abundosos los diamantes.

—Si esa confianza te inspira tu caudillo ¿qué otro recelo puede darte cuidado?

—Desconfío del valor de la parte de honores ó de riquezas, que pueda tocarle á un tal Sancho Mundo, un pobre marinero sin nombre, y casi sin camisa, y á quien le hacen mas falta ambas cosas que podra imaginarse nunca nuestra hermosa reina Doña Isabel, ni su regio consorte Don Fernando.

—Sancho, tu eres un ejemplo vivo de que no hay hombre que carezca de faltas; y mucho recelo que mercenario seas. Dicen que

todos los hombres tienen su precio; y claramente se me figura que tu tienes el tuyo como los demas.

—Usencia tampoco ha navegado por el mundo en valde, y no tan fácilmente podríais acertar las otras inclinaciones de cada hombre. Ya hace tiempo he sospechado que yo era mercenario, y por lo mismo he aceptado toda clase de propinas, á fin de desterrar esa propension. Nada aplaca mas pronto la rasquiña de un mercenario como el que le colmen de dádivas y de galardones; y respecto á mi precio, procuro que el mio sea de los mas altos, para que no se me tenga, con des crédito, por un espíritu rastrero y bajo. Tásadme en mucho, y tenga yo regalos de sobra, y me vereis mas desinteresado que fraile alforjon.

—Bien te entiendo, Sancho; eres fácil de comprar, pero de asustar difícil. En tu opinion una sola dobla es una dádiva demasiado mezquina para que pueda partirse prudentemente entre ti y tu amigo el marinero portugués. Haré contigo una liga bajo tus propios términos; áhi va otra moneda de oro. Cui-

dado con serme fiel en lo que queda del viage.

—Contad conmigo, sin escrúpulo, señor Don Almirante, ó con escrúpulos tambien, si os sobreviniesen por mala ventura. No tiene Vueselencia en toda la escuadra un amigo mas desinteresado que yo. Lo que espero únicamente es, que cuando se escriba la lista de partícipes en el despojo de las Indias, tenga en ella Sancho Mundo un lugar honroso y cual convenga á su fidelidad. Y ahora, Escelentísimo Señor, puede Vuesencia retirarse á dormir en paz; porque la Santa Maria ha de ir tan derecha hácia Catay, como permital esta ventolina que nos sopla del sud-oeste.

Hízolo así Colon, aunque se levantó de lecho una ó dos veces mas, durante la noche, á fin de cerciorarse del estado del tiempo, y del cumplimiento de la tripulacion. Mientras Sancho permaneció al timon, fué leal á su promesa, pero al retirarse con los de su cuarto, á la hora de costumbre, releváronle otros, sucesores fieles de la alevosia criminal del otro timonel. Cuando Luis salió de su hamaca, ya estaba trabajando Colon, para averiguar la distancia que se habia recorrido en

el transcurso de la noche. Correspondiendo á la mirada escudriñadora del jóven, observó gravemente el almirante, aunque no del todo sin alguna melancolia en sus maneras.

—Hemos corrido bonitamente, aunque se ha llamado mas al norte de lo que yo hubiera querido. Encuentro que los bajeles se eucuentran treinta leguas mas distantes de Ferro que cuando se puso el último, y veis ahora que he apuntado veinte y cuatro en el diario, que destino para los ojos de la gente. Pero mucha ha sido la debilidad de los timoneles en el trabajo de esta noche, por no decir que ha sido alevosia; han derribado la nave de manera que parte del tiempo hemos navegado en direccion casi paralela á las costas de Europa, de suerte que han procurado engañarme sobre cubierta, mientras yo lo he juzgado necesario engañarlos á ellos dentro de la cámara. Penoso es, Don Luis, tener que valerme de semejantes ardidés, cuando nos hallamos empeñados en una empresa, que escede á cuantas nunca el hombre acometiera hasta ahora, y eso tambien con mira hácia la gloria de Dios, la ventaja de la

humana especie, y los intereses especiales de España.

—Los santos eclesiásticos mismos, señor Don Cristóval, estan obligados á someterse á este mal, contestó el irreflexivo Don Luis, y á nosotros los seglares no nos incumbe entre lo que ellos padecen. Dícenme que la mitad de los milagros que hacen son en verdad milagros de cualidad bastante dudosa, y que la falta de fé que tenemos nosotros los pecadores envejecidos, es lo que hace necesarias esas pequeñas invenciones para el provecho de nuestras almas.

—Que hay hombres de iglesia falsos y alevosos, asi como tambien seglares ladrones y traicioneros no lo dudo, Luis, contestó el almirante, mas esto proviene de la caída del hombre y de su depravada naturaleza. Tambien hay milagros verdaderos y limpios, que emanan del poder de Dios, y que tienen por objeto sostener la fé, y alentar á los que aman y honran su santo nombre. No juzgo que ninguna cosa de cuantas acaecido nos han, pertenezca á esta clase todavia, á lo ménos muy claramente; ni tampoco me aventuro á

esperar que debamos vernos favorecidos de esta manera por ninguna intervencion especial en obsequio nuestro; pero escede á todas las maquinaciones del diablo el persuadirme que háyamos de vernos abandonados en la prosecucion de tan glorioso designio, ó que no estamos, indirecta y secretamente, conducidos en nuestro viage por un espíritu y conocimiento, que provienen ambos de la Divina gracia é infinita sabiduria.

—Eso puede ser asi, Don Cristóval, en cuanto respecta á vuesamerced; respecto á mí no reclamo por guia á un ser mas elevado que un ángel. La pureza de un ángel, y espero que se me permitirá añadir la pureza de un ángel, me conducen, en mi ciega vereda, á través del océano.

—Asi os parece, Don Luis; pero tampoco podeis conocer si una causamas alta, no se sirve de una Doña Mercedes para instrumento en este asunto. Aunque ningun milagro lo haaa aparente á los ojos del vulgo, rebúllese un espíritu en mi pecho, al conducir esta empresa á su cabo, que juzgaria blasfemia resistillo. Loado sea Dios, mancebo mio, por-

que al fin nos vemos zafos de los Portugueses, y encaminados buenamente á nuestro destino. Ahora nuestros obstáculos han de depender de los elementos, ó de nuestros propios temores. Alégame el corazon hallar que los dos Pinzones se mantienen leales, y conservan sus caravelas apegadas á la Santa Maria, cual hombres determinados á sostener sus creencias y ver el fin de la aventura.

Como Luis se hallaba listo ahora, el almirante y él dejaron juntos la cámara. El sol se habia levantado, y la ancha superficie de la mar brillaba con sus luces. Habia refrescado el viento, y llamábase mas y mas al sur, de modo que los bajeles corrian de bolina, y como hubiese poca marejada, el progreso de la escuadrilla fué proporcionalmente considerable. Todas las cosas parecian propicias, y como ya se hubiesen acallado los primeros arrebatos de pesar, al perder de vista la tierra conocida, veíase á la gente mas serena aunque el temor del porvenir se hallaba sofocado, cual los fuegos regresos de un volcan, mas bien que estinguido.

El **Mártes**, 1.º de Setiembre, trajo un

cambio de viento aun mas favorable. En este dia, por la vez primera, desde que salieron de las Canarias, pusiéronse las proas de las naves en direccion clavada al oeste; y con el antiguo mundo directamente por la espalda y el desconocido océano de frente, prosiguieron su camino los aventureros á favor de una brisa que del sud-este soplabá. Podia calcularse el progreso de los bajeles en algunas cinco millas por hora, compensando la falta de premura con la serenidad de su carrera, y la derechura de su rumbo.

Concluido habíanse las observaciones que usualmente se verifican en la mar, cuando el sol toca á su zénit, y Colon acababa de anunciar á sus alarmados, compañeros que las naves derribaban gradualmente hácia el sur, debido al derrame de alguna invisible corriente, cuando un grito desde el tope dió aviso de acercarse una ballena. Como la aparicion de uno de estos monstruos del profundo, interrumpe la monotonia de la vida marinera, todos se pusieron á la mira, cuales trepando por las jarcias, cuales asomándose á la obra muerta, á fin de divertirse con los revuelcos del inmenso animal.

—¿Lo ves, Sancho? preguntó el almirante á Mundo, quien se hallaba junto á él á la sazón. Para mí las aguas no tienen apariencia de que semejantes animales se hallen cerca de nosotros.

—La vista de Vueselencia, señor Don Almirante, es mucho mas verídica que la lengua de los parleros en el tope. Tan cierto como este es el Atlántico, y aquellas las crestas espumosas de las olas, esa no es ballena.

—La cola! la cola! gritaron en coro una docena de voces, señalando hácia un punto, donde un objeto oscuro hacia loma sobre la mar, y que manifestaba un remate puntiagudo, con brazos cortos á uno y otro lado.— Está retozando con la cabeza debajo del agua y la cola para arriba.

—Bah!.. bah! exclamó el esperto Sancho, con la indiferencia de un verdadero marino, o que estos inhábiles y apresurados alborotadores llaman la cola de la ballena, no es sino el mástil de alguna malaventurada nao, que ha dejado los huesos con su cargamento y tripulación allá en los abismos de la mar.

—Tienes razon, Sancho, contestó el almi-

rante. Ya veo lo que quieres decir; es verdaderamente un mástil, resulta de algun naufragio.

Circuló esto con rapidez de boca en boca, y la tristura, que siempre acompaña las evidencias de semejante desastre, quedó sellada en los semblantes de todos. Solamente los pilotos manifestaron indiferencia, y se pusieron en consulta sobre la ventaja de traer á bordo el flotante mástil, como árbol de reserva en caso de apuro; mas abandonaron la tentativa en razon á la marejada y á lo favorable del viento, siendo esta última ventaja de tal consecuencia que rara vez quiere perderla un verdadero marino.

—Ese es un aviso para nosotros, exclamó uno de los descontentos, al deslizarse la Santa Maria junto á la ondeante cabeza del mástil—Dios nos ha enviado esta señal, á fin de advertirnos que no osemos con proa pertinaz lo que ningun marino hasta ahora á emprender se ha aventurado.

—Dí mas bien, interpuso Sancho, quien desde que percibiera la propina se habia manifestado un elocuente defensor— ese es un pro-

nóstico alentante enviádonos del cielo. ¿No estas viendo que la parte notable del palo se asemeja á una cruz, cuyo santo signo tiene por objeto el guiarnos en nuestro rumbo, repletos con las esperanzas de un éxito próspero.

—No dices mas que la verdad, Sancho, habló Colon; una cruz se ha construido para la edificacion nuestra, por decirlo asi, en medio de las mares, y mirarla debemos como una prueba de que la Providencia con nosotros está, en nuestra tentativa de llevar sus bendiciones á la ayuda y al consuelo de los paganos del Asia.

Como la semejanza con el sagrado simbolo estaba muy distante de ser fantástica, la feliz ocurrencia de Sancho no dejó de producir su efecto. El lector entenderá mas bien la similitud, al considerar que la parte alta de un mástil se parece mucho á una cruz, en virtud de las crucetas, y, como sucede amenudo, aquel solitario palo flotaba casi perpendicularmente, debido al contrapeso de algun objeto que de pic le servia, dejando erguido el tope á unos quince ó diez y seis pies de la

superficie de las aguas. Al cabo de un cuarto de hora esta última reliquia de Europa y de la civilizacion desapareció léjos á popa de los buques, disminuyendo gradualmente en tamaño, y rebajándose hácia la superficie de las olas, hasta que sus confusos contornos se desvanecieron hilo á hilo, pero siempre cousevando la bien conocida forma del simbolo adorado de la cristiandad.

Despues de este pequeño incidente, no interrumpió la marcha de los vasos suceso alguno que mereciese la atencion, en un par de dias con sus respectivas noches. Todo este tiempo sopló favorable la brisa, y los aventureros prosiguieron hácia el oeste, sujetos á la brújula, lo que equivalia en verdad á derribar un poco hácia el norte del punto verdadero—certeza que aun no se habia averiguado por la ciencia de aquella época. Entre la mañana del 10 de Setiembre, y la noche del 13 habia hecho la escuadra casi noventa leguas de oceáno, surcando una línea que poquísimo discrepaba de la direccion recta á través del vasto desierto de aguas, habiendo alcanzado en consecuencia un punto tan lejano, sino mas á oc-

cidente que la posición de las Azores, tierra hácia el este mas conocida entónces de los navegadores europeos. El dia 13 resultaron contrarias las corrientes, y siendo su direccion al sud-este, conociaseles una tendencia á derribar los buques hácia el sur, llevándolos cada hora mas contiguos al márgen setentrional de los alisios.

Hallábanse el almirante y Don Luis en su puesto acostumbrado, la noche del 13, dia ante-dicho, en el momento en que Sancho dejaba el timon, por haberse acabado de cumplir el tiempo de su tarea. En vez de mezclarse avante entre la chusma como de costumbre, el viejo timonel miró hácia la popa con ojos de deseo, y hallando que solo la ocupaban el almirante y su inseparable compañero, subió la escala como si anhelase hacer alguna revelacion.

—¿Quieres algo conmigo, Sancho? preguntóle el almirante, aguardando á que se le allegase para satisfacerle de qué no habia escuchas sobre la cubierta.—Habla con franqueza; sabes que tienes mi confianza.

—Señor Don Almirante, bien conoce Vues-

selencia que yo no soy pez de agua dulce, para que me asuste porque una embarcacion cabecee hácia el ocaso en vez de hocicar á leste, ni que me asombre la vista de un tiburón ó de una ballena; y sin embargo vengo á decir que este viage no carece completamente de ciertas señales y maravillas, que no estan demás respeto un marinero, como desacostumbradas, por no decir ominosas.

—Como bien dices, Sancho, conozco que no eres un mandria á quien pueda sobrecojer el vuelo de un ave, ni el presagio de un naufragante mástil, y por eso despertas mi curiosidad para que haga caso de tus insinuaciones. Este señor de Muñoz es mi secretario confidencial, y nada tienes que ocultar á sus oídos. Dí pues con franqueza y sin otra demora; si oro apeteces, está seguro de que tenerlo habrás.

—No, señor; mi nueva no vale un maravedí, ó mas bien es superior al poder del oro; tal como ella es, Vuesencia puede tomarla, y no pensar mas en mi galardón. Bien os consta, señor, que nosotros los viejos marinos queremos dar suelta á nuestros pensamientos,

mientras cabe el timon nos hallamos, imaginándonos á veces que estamos viendo la sonrisa y miradas gachonas de alguna fregonzuela que en tierra se quedára, acordándonos en otras ocasiones del gustillo de las ricas frutas y del carnerillo de la sierria; y de trecho en trecho, por via de milagro, pensando en los pecadajos que cada Cristiano suele tener sobre sus costillas¹²³.

—Hombre! todo eso lo sé bien; pero no es asunto digno de los oidos de un almirante.

—Tal no concedo, señor; almirantes he conocido á quienes despues de un largo cruce-ro mucho agradaba un pedacito de carne fresca; toma! y quienes tambien se han acordado de una carita de rosa, y de unos ojuelos de azabache, y qulenes sinó de vez en cuando hacian remuriscencia de sus pecadillos, hicieran lo que es mncho peor: tuvieron mucha cuidado de añadir al crecido escote que contra si resultaba ya. Ahora bien, habia una vez...

—Don Cristóval, dejadme que, para concluir, arroje este bribon á la mar, interpuso el fogoso Bobadilla, ficiendo un movimien-

to hácia adelante cual si quisiese verificar la amenaza, cuya accion fué detenida por la mano de su gefe.—¿Es posible que jamas hayamos de oir empezar un cuento por el cabo derecho, mientras exista en la nave este hombre?

—Mil gracias, señor condecito de Llera, contestó Sancho cen sonrisa irónica. Si estais tan ducho en ahogar á un marino como en desarzonar á caballeros cristianos en el torneo, y á infieles en la batida, de buena gana escogeria yo á algun otro para que fuese mi bañero.

—Bien conoces mi genio, socarron. ¿Conque me has conocido en algun otro viage?

—Un gato tiene facultad de mirar á un rey de hito en hito, señor conde, ¿y por qué razon á un marino le estará vedado clavar los ojos en la cara de un pasagero? Pero paz con las amenazas; porque el secreto de Vuescencia ha caido en orejas de difunto. Si llegamos á Catay, ninguno avergonzarse ha de haber emprendido este viage; y si marramos nuestro designio, es muy probable que nadie vuelva para especificar el pcciso modo con que se ahogó Vuestra Escelencia, ó se murió de

123. and then, again, for a wonder, bethinking us of our sins (TO, p. II-12).

hambre, ó en virtud de que otro medio fuéramos convertidos en santo dentro del seno de nuestro padre Abrahan.

—Basta de esto, dijo Colon adustamente; refiérenos lo que tengas que decirnos, y cuidado con tu discrecion respecto á este jóven noble.

—Señor, vuestra palabra es para mi una ley. Don Cristóval, es uno de los pasatiempos del marino, durante la noche, andá velando á una amiga vieja y local, es decir á la estrella del norte; y mientras en esta guisa me hallaba ocupado, hace una hora, adverti que ésta fiel guia y la aguja de marear, por cuyos preceptos estaba yo navegando, empezaron á contar unos cuentos muy distintos.

—¿Estas seguro de eso? preguntó el almirante con una prontitud y un énfasis que descubrieron el interés que en la comunicacion sentia.

—Tan seguro, señor, como cincuenta año de estar mirando á la estrella, y cuarenta de vigilar la brújula pueden hacer á un hombre. Muy escasa necesidad tiene Usencia de



fiarse en mi ignorancia, pues que ahí teneis junto al codo vuestra brújula particular; la una puede compararse con la otra.

Ya se le habia ocurrido al gran navegante el hacer la comparacion; y luego que Sancho dejó de hablar, púsose Colon con Don Luis á examinar el instrumento minuciosamente. La primera impresion y la mas natural fué una creencia de que la aguja de la bitácora estaba defectuosa, ó á lo menos influida por una causa estraña; pero una observacion mas atenta convenció pronto al gran navegante que era verdadera la advertencia de Sancho Mundo. Admiróse al mismo tiempo que sintió hallar que el cuidado habitual y la vista experimentada del tosco timonel habian estado alerta y en pronta disposicion para notar una mudanza tan desacostumbrada como la presente. Era en verdad tan comun que los marinos comparasen su brújula con la estrella del norte, lumbrera que se suponía no variaba nunca de posicion en los cielos, en cuanto esa posicion era referente al hombre, que á ningun esperto timonel, que al caer la noche se hiciese cargo del gobernalle,

podria irsele por alto semejante fenómeno.

Despues de repetidas observaciones, hechas sobre sus propias brújulas, de las cuales habia dos, una en la popa, y otra en la cámara, y de haber recurrido á los otros dos instrumentos en la bitácora, vióse Colon precisado á admitir que todos cuatro indices variaban igualmente de su direccion acostumbrada, cerca de seis grados. En vez de apuntar las agujas al norte clavado, ó á lo ménos en línea directa de polo á polo, señalaban cinco ó seis grados hácia occidente. Esta era una desercion tan novel como espantosa de las leyes de la naturaleza, como entónces se comprendian, y amagaban hacer las resultas anheladas del viage muy mas problemáticas, pues que de una vez privaba á los aventureros de una confianza segura en la guía principal del marino, y hacia dificultoso el navegar, sin sensacion alguna de certidumbre respecto á rumbo determinado en tiempo de cerrazon ó en las noches de oscuridad. El primer pensamiento del almirante, sin embargo, en esta ocasion, fué impedir el efecto que descubrimiento semejante seria probable produjese en

unos hombres dispuestos de antemano á anticipar lo peor.

—No hablarás una palabra sobre esto, Sancho, dijo el almirante al timonel; ahí tienes otra dobla para acrecentar tu caudal.

—Esceletisimo señor, perdonad la desobediencia de un humilde marinero, si rehusa mi mano acetar vuestra dádiva. Este asunto tiene visos de sobrenatural, y como el diablo puede haber metido la pata en el negocio, á fin de impedir que convirtamos al pagano, de quien hablais con tanta frecuencia, prefiero conservar mi ánima tan pura como dable me sea en el enredo actual, pues que nadie sabe de que armas habremos de valernos, dado caso que lleguemos á las manos con el Padre del Pecado.

—A lo ménos, puedo contar con tu discrecion.

—Respecto á esa, no hay cuidado, seor almirante; ni una silaba saldrá de mis labios sobre esta materia, mientras no me dé Usencia permiso para hablar.

Despidió Colon al marinero, y volvióse luego hácia Luis, quien habia permanecido ca-

llado todo el tiempo del coloquio anterior:

—Pareceis apurado, señor Don Cristóval, por esta variación de las leyes ordinarias de la brújula, observó con sangre fría el jóven; á mí paréceme mas acertado confiar completamente en la Providencia, la cual no nos hubiera llevado hasta aquí, á fin de hacer su mensaje á través del Atlántico anchuroso, para abandonarnos en la hora de mayor necesidad.

—Dios enjerta en el pecho de sus siervos el deseo de adelantar sus miras; pero los agentes humanos precisados se ven á valerse de medios naturales, y á fin de servirnos ventajosamente de esos mismos medios, necesario es que los entendamos. Considero este fenómeno como una prueba de que nuestro viage ha de dar margen á descubrimientos de magnitud desconocida, entre los cuales, quizás, hayan de numerarse los que sirvan de ovillo á desenredar los misterios de la aguja. Las riquezas minerales de España se diferencian de las de Francia en ciertos puntos; pues aunque algunas cosas son comunes á todas las tierras, hay otras peculiares á determinados países. Podremos encontrar regiones

donde abunde el iman, ó podemos ahora mismo hallarnos contiguos á alguna isla, que ejerza sobre nuestra brújula una influencia inexplicable.

—¿Se ha averiguado si las islas tienen sobre la aguja este efecto?

—Hasta ahora no; ni tampoco juzgo bastante probable semejante ocurrencia; aunque todas las cosas son posibles. Aguardaremos con paciencia á que el tiempo nos proporcione ulteriores pruebas de que este fenómeno es real y permanente, antes de seguir ratiocinando sobre una materia tan difícil de ser entendida.

No tardó en cortarse el asunto, aunque incidente tan extraordinario dice al gran navegador una noche pensativa é inquieta. Durmió poco Cristóval Colon, y mas de una y mil veces claváronse sus ojos en la brújula, suspendida en su cámara, á fuer de *soplon*²⁴ pues que así llaman los marineros al instrumento por cuyo medio se informa el gefe del rumbo en que navega el timonel, cuando menos se sospecha este de la supervision. Levantóse Colon asaz temprano para columbrar aun la estrella del norte, antes que esta desapa-

reciese entre los fulgores del día, é hizo otra prolija comparacion entre el puesto que ocupaba aquel luminar tan conocido, y la direccion que la aguja tomaba. Resultó del examen un ligero acrecentamiento en la variacion, y tendió á corroborar las observaciones de la noche precedente. El resultado del cálculo dió á entender que los bajeles habian corrido unas cien millas durante las últimas veinticuatro horas, y Colon se creyó á una distancia sestuple de esa medida misma al oeste de Hierro, mientras los pilotos no juzgaban hallarse tan adelantados en su camino.

Como Sancho guardase su secreto, y no hubo otros ojos tan escudriñadores entre los demas timoneles, hasta ahora esta circunstancia se eximió de la atencion general. Verdad que solo de noche podia advertirse esta variacion por medio de la estrella polar, y nada tiene de extraño que solo pudiese advertir el fenómeno la experimentada y vigilante vista de Sancho Mundo. Por consiguiente todo el día 14 y su noche respectiva se pasaron sin que la chusma cogiese alarma, y esto tanto mas cuanto que el viento habia caido,

Y que los buques se hallaban solamente á unas sesenta millas mas allá de donde por la mañana salieran. Apesar de eso notó la diferencia Colon, aunque fuera muy leve, y averiguó con la exactitud de un marino esperto y hábil, que la aguja iba inclinándose gradualmente mas y mas al ocaso, aunque por oscilaciones casi imperceptibles.



CAPITULO IX.



Náufrago á medias,
La brujula perdida, el nauta osado
Su vista clava firme y anhelosa
En tu brillo dorado,
Buscando sin dudar, playa amistosa.
Y los que surcan en la noche umbria
Los desiertos del agua peligrosos
Al ver tus claras luces animosos
Salvos se cuentan so tu sacra guia.

HIMNO A LA ESTRELLA DEL NORTE¹²⁵

El dia siguiente fué Sábado, 15, cuando la flotilla solo distaba diez soles de Gomera; ó bien la sesta manana desde que los aventureros perdieran la tierra de vista. La última semana habia estado repleta de presagios melancólicos, aunque la costumbre empezaba ya á ejercer su influencia, y la chusma daba indicios manifiestos de hallarse menos desasosegada que lo

313

habia estado durante los tres ó cuatro dias anteriores. Sus recelos comenzaban á dormirse por falta de estímulos aparentes, aunque siempre existian á fuer de ocultos impulsos, dispuestos á estallar al menor asomo de una ocurrencia impróspera. El viento continuaba favorable, aunque flojo, y todo el camino en las veinticuatro horas podia calcularse en mucho menos de cien millas, con direccion clavada al ocaso. Todo este tiempo permanecia la atencion de Colon fija en las brújulas, y advirtió el sabio navegante que á medida que los buques iban prosiguiendo mas rectos al oeste, las agujas de marcar señalaban mas y mas, aunque por inclinaciones apenas perceptibles, hácia la misma direccion.

Ya á este tiempo, el almirante y Don Luis se habian hecho tan íntimos á fuerza del trato cotidiano, que por lo comun se levantaban y acostaban á la misma hora. Aunque demasiado ignorante con mucho de los peligros á que estaba espuesto para sentir desazon, y física y moralmente superior á toda ridicula alarma, se habia acostumbrado el manco á sentir, respecto á las resultas, la esci-

40

tacion que acompaña al audaz montero; de modo que si Mercedes no hubiera existido, se hallaba á la sazón Don Luis tan poco inclinado á regresar como el mismo Colon. Incesantemente platicaban ambos acerca de su viage y de sus esperanzas, y Luis tomaba tan á pecho su situacion, que le complacia investigar las circunstancias que pudieran suponerse tener algun influjo en su duracion y propósitos.

La noche del Sábado que acabamos de mencionar, se hallaban solos Colon y su fingido secretario sobre el alcázar, conversando como de costumbre acerca de las señales del temporal, y de los sucesos del dia.

—La Niña os dijo algo ayer tarde, Don Cristóval; observó el jóven. Yo me hallaba en la cámara, enredado con mis apuntes diarios, y no me fué posible enterarme de lo que pasó.

—Su gente habia visto un ave ó dos, de aquellas que se supone jamas se apartan mucho de la tierra. Es probable que tengamos algunas islas cerca de nosotros, porque el hombre nunca ha surcado una estension de mar

muy considerable sin topar con algunas de ellas. Sin embargo, no podemos perder nuestro tiempo en una ociosa rebusca de puntos tan insignificantes; pues que la gloria y el provecho de averiguar la situacion de un grupo de islotes seria un resarcimiento muy pobre de la pérdida de un continente.

—¿Seguis observando en la aguja esos cambios cuya causa se ignora?

—Los que van ocurriendo solo sirven para corroborar el fenómeno. Mi principal recelo es el resultado que tendrán en los ánimos de la gente, tan luego como se sepa la circunstancia.

—¿Y no hay medio de persuadirles que la aguja señala hácia el occidente, como signo de que la Providencia nos anima á proseguir ese rumbo, á fin de que el buen éxito corone nuestro viage?

—Buena salida seria esa, Luis, contestó sonriéndose el almirante, toda vez que el miedo no hubiera aguzado sus aprehensiones á tal punto, que seria su primera investigacion calcular porqué la Providencia habia de privarnos de los *medios*¹²⁶ de saber hácia donde di-

rigiamos el rumbo, cuando estaba tan anhelosa de que no marrasemos la dirección precisa que á nuestro fin nos condujera.

Un grito que salió del grupo de marineros, que se hallaban de guardia sobre la cubierta, interrumpió este coloquio, al paso que una claridad repentina disipó momentáneamente las tinieblas, iluminando las naves y el océano, cual si un millar de antorchas vertieran sus luces sobre la porción de esfera que formaba horizonte alrededor. Un globo de fuego se lanzaba á través del firmamento, y parecía correr á hundirse en la mar, á distancia de pocas leguas en los límites del horizonte visible. Luego que desapareció, siguióse una tiniebla tan profunda como brillante había sido la luz extraordinaria y efímera. Aquel era tan solamente el paso de un meteoro; pero fué el meteoro uno de aquellos que el hombre ve una vez tan solo durante su vida, si llega á verlo alguna vez; y los supersticiosos marinos no dejaron de anotar el incidente, uniéndolo á los demás agüeros extraordinarios que acompañaron aquel viage; los unos presagiando bien, los otros mal del fenómeno.

—Por Santiago! exclamó Luis, luego que la luz se desvaneció, este viage nuestro, señor Don Cristóval, no parece destinado á pasarse sin que de él hagan caso los elementos y otras agencias especiales. Sea que estas maravillas hablen en nuestro favor, ó sea que en contra nuestra se declaren, denotan cosas extrañas por cierto á las vistas diarias que al hombre se ofrecen por lo comun.

—Así acontece al espíritu humano, contestó Colon. Solo con que el hombre traspase los límites de sus ordinarios hábitos y deberes, descubre maravillas en las mudanzas mas comunes de la atmósfera, en el resplandor de un relámpago, en el rugir de una ráfaga, en el paso de un meteoro; sin hacerse cargo de que todos estos fenomenos existen en su propia conciencia; y que ninguna conexión tienen con las leyes cotidianas de natura. Estos espectáculos nada poseen de raros, especialmente en las latitudes bajas; y no pronostican en pró ni en contra de nuestra empresa.

—Esepto, señor almirante, en cuanto puedan afectar los espíritus y fascinar las ima-

ginaciones de nuestra gente. Me dice Sancho que cunde en la tripulacion un sordo contagio de descontento; y que mientras los marineros aparentan estar tranquilos, su disgusto del viage va haciéndose mas patente de hora en hora.

No obstante la opinion del gran caudillo, y del trabajo que se tomó á fin de explicar el fenómeno á la gente sobre cubierta, el paso del meteoro no solamente habia hecho una profunda impresion en los ánimos, sino que de guardia en guardia comunicóse la ocurrencia, que fué durante la noche asunto de conversacion muy seria y animada. Pero el incidente no produjo una manifestacion abierta de descontento; algunos pocos lo juzgaron un agüero propicio, aunque los mas lo tuvieron por una amonestacion de arriba contra cualquiera tentativa impia que se hiciera con el objeto de escudriñar aquellos misterios de la naturaleza, que segun sus nociones, no habia tenido á bien Dios revelar al hombre.

Entretanto los bajeles seguian su rumbo con toda serenidad hácia el occidente. Con mucha frecuencia habia variado el viento, tan-

to respecto á fuerza como á direccion, pero nunca de modo que obligase á los buques á acortar vela, ó á sesgar del punto que el almirante creia ser el rumbo verdadero. Suponian que caminaban al poniente clavado; pero debido á la variacion, seguian un curso mas al sudoeste, y se aproximaban insensiblemente á los alisios; cuyo derribo lo debian tambien á la fuerza irresistible de las corrientes. Para el 15 ó 16 del mes, la escuadrilla se hallaba unas doscientas millas mas retirada de las costas europeas; aunque Colon tomaba siempre las precauciones acostumbradas para aminorar la distancia á los ojos de la gente, El último de los dias mencionados fué Domingo, y los oficios religiosos, que entónces rara vez se descuidaban en un buque cristiano, produjeron un efecto sublime y profundo en el espíritu de los aventureros. Hasta la sazón el temporal habia participado del carácter general de aquella época del año; y unas pocas nubes con una ligera llovizna habian mitigado hasta cierto punto los calores; estas empero no tardaron en disiparse, y sucediólas una blanda brisa del sud-este que parecia venir embal-

samada con la fragancia de la tierra. Los hombres se juntaron para cantar el himno vespertino, alentados con tan halagüeña bonanza, y los bajeles se acercaron unos á otros, cual si fuese para formar un solo templo, en honra de Dios, entre las vastas soledades de un océano, que rara vez, ó por mejor decir nunca, se habia visto emblanquecer con la henchida lona. La alegría y la esperanza vinieron en pos de este acto devoto, y ambos sentimientos se acrecentaron de resultas de un grito que lanzara el marinero del tope quien señalaba á proa y á estribor cual si descubriese por aquellas partes algun objeto de intereses particular. Varióse levemente el rumbo, y pocos instantes despues se hallaron los bajeles en un campo sembrado de yerba marina que cubria el océano muchas millas alrededor. Esta señal de no hallarse muy distante la tierra fué acogida por los marineros con gritos de gozo; y hasta los mismos que una hora antes se habian mecido en el borde de la desesperacion, sintiéronse ahora henchidos de alegría.

Aquellas verduras eran en verdad de una

clase la mas apropiado para despertar la esperanza en el pecho del marino mas desconfiado. Aunque algunos habian perdido su frescura, mucha parte de ellos se conservaba todavía lozana, y parecia acabada de arrancar de las madres peñas, ó de la tierra que alimentádas habia. Ni aun los pilotos tenian ahora duda de que estuviese á la mano alguna desconocida costa. Viéronse tambien atunes en abundancia, y la gente de la Niña tuvo la buena fortuna de coger uno. Abrazábanse unos con otros los marineros, llenos los ojos de lágrimas, y muchas manos se apretaron cordialmente, que el dia anterior se hubieran retraido con misantrópica adustez.

—¿Y participais de toda esta esperanza, Señor Don Cristóval? preguntó Luis; ¿hemos verdaderamente de aguardar las Indias en consecuencia de estos yerbajos; ó carece la suposicion de fundamento?

—La gente se engaña á sí misma suponiendo tan próximo el término de nuestro viage. Todavía debe distar Catay muy mucho de nosotros. Solo hemos andado trescientas sesenta leguas desde que perdimos á Hierro

de vista; lo que segun mi cómputo, equivaldrá á una tercera parte de nuestras jornadas. Menciona Aristóteles que ciertas naves de Cádiz fueron impelidas á occidente por recias ventolinás, hasta que llegaron á una mar cubierta de yerbas y en puntos donde abundaban los atunes. Bien debeis saber, Luis, que este pez, suponian los antiguos, veia mucho mejor con el ojo derecho que con el izquierdo, á causa de que notaban, que al pasar el Bósforo, siempre se iban por la costa derecha para buscar el Euxino y por la izquierda para volver.

—Por San Francisco! nada tiene de particular que unos animalejos tan tuerfos de vista se hayan extraviado tan lejos de sus casas, interrumpió el liviano Don Luis, riéndose á carcajadas. ¿Y dice tambien Aristóteles como ponian los ojos para mirar á las bellezas, ó si sus nociones de la justicia eran parecidas á las de aquel magistrado que tomaba propina de ambos litigantes?

—Aristóteles habla tan solo de la presencia de esta clase de peces en el herboso océano, que delante de nosotros se estiende.

Imagináronse aquellos marinos gaditanos que se hallaban contiguos á algunas islas sumergidas, y, como el viento se lo permitiese, volviéronse cuanto antes á sus propias costas. Nosotros á mi entender, hemos llegado al tal parage; mas no espero divisemos tierra tan pronto, á menos en verdad, que descubramos alguna isla que haya por aqui en el océano, á fuer de atalaya entre las costas de Europa y las del continente Asiático. Sin duda, no dista mucho la tierra de donde se han arrancado estas plantas; pero me importa muy poco divisarlas ni descubrirlas. Catay es mi norte, señor Don Luis, y voy en busca de continentes no de insulas.

Ahora sabemos que mientras Colon juzgaba á derechas en que no ballaria tan próxima la tierra firme, se engañaba respecto á que hubiese islas en aquellas inmediaciones. Sea que aquellos yerbajos fuesen reunidos por la fuerza de las corrientes, sea que provinieran del fondo de la mar arrancados de su lecho por la accion del agua, no se ha podido averiguar aun, aunque la última es la opinion mas corriente. porque en aquellas partes del

océano existen bajos de mucha estension. Bajo la hipótesis postrimera, los navegantes de Cádiz estuvieron mas cercanos á la verdad de lo que aparece á primera vista, pues que una isla sumergida tiene toda la apariencia de un banco, á escepcion de aquellos rasgos característicos de su primitiva formacion.

No se descubrió tierra ninguna. Prosiguieron los bajeles su rumbo, con una velocidad que discrepaba poco de cinco millas por hora, abriéndose camino por medio de los yerbajos que á veces se acumulaban en crecidas masas en torno de las proas, pero no podian poner un serio obstáculo á su progreso. Respecto al mirante tan supremas eran sus miras, tan firmes sus opiniones acerca del gran problema geográfico que iba á resolver, que mas bien anhelaba marrar, que descubrir las islas, las cuales en su opinion no podrian estar á demasiada distancia. Aquel dia con su noche llevó los bajeles algo mas de cien millas á occidente, poniendo la escuadra no lejos de medio camino entre los meridianos que limitaban los extremos bordes occidentales y orientales de los dos continentes, aunque siem-

pre mas próximos al Africa que á la América, siguiendo el paralelo de latitud que en su navegacion surcaban. Como el viento continuase firme, y el mar estuviese tan lisa como un rio, los tres buques iban muy inmediatos, y la Pinta, que era la nave mas velera, acertaba trapo á fin de no adelantarse mucho. Por la tarde del dia despues de haber hallado los yerbajos, que fué Lunes 17 de Setiembre, ó el octavo dia de haber perdido de vista las costas de Hierro, habló Martin Alonso Pinzon á la Santa Maria, é informó al piloto de guardia que era su intencion tomar la amplitud del sol, tan luego como éste luminar bajase lo suficiente, á fin de cerciorarse de si sus brújulas conservaban su virtud.* Esta observacion, que no deja de ser muy comun entre la gente de mar, juzgóse al caso hacerla simultaneamente en todas las caravelas, á fin de que el yerro de la una pudiera corregirse por la mayor exactitud de las demas.

Hallábanse á la sazón el almirante y su amigo Don Luis, disfrutando de un profundo sueño en sus cois, pues era tiempo de sies-

ta, cuando despertó al primero una de aquellas sacudidas del hombro que los marinos acostumbran dar y no se enfadan cuando reciben. Nunca se necesitaba mas de un momento para volver en sí al gran navegante, aun cuando el letargo mas narcótico le hubiese embargado los sentidos; y así fué que al instante se halló completamente despierto.

—Señor Don Almirante, díjole Sancho, quien era el huésped intruso, ya es tiempo de levantarse; todos los pilotos estan sobre la cubierta listos para medir la amplitud de sol, luego que los cuerpos celestes se encuentren en su lugar adécuado. Ya el occidente ha tomado el aspecto de un delfín moribundo, y antes de poco dorarse ha cual yelmo del Sultan alarbe.

—Van á medir la amplitud exclamó Colón, saltando al momento de su coy; noticion es ese por cierto!2Ahora vamos á tener entre la chusma12una asonada12cual no hemos visto desde que dejamos el golfo de Cádiz!

—Tambien pienso yo eso, Escelentísimo Señor, porque el marino tiene en la aguja una fé igual á la que deposita el clérigo en

la bondad del hijo de Dios. Los muchachos estan en bendito humor ahora mismo; pero los santos saben lo que podrá suceder.

Despertó el almirante á Luis, y á los cinco minutos se hallaron ambos en su puesto usual en la popa. Habíase adquirido Colón tal fama de navegante inteligente, pues que su dictámen era por lo comun el mas arreglado á razon, aun cuando fuese contrario al de todos los demas pilotos de la escuadrilla, que no disgustó á estos advertir que léjos de tomar en su mano un instrumento, era su objeto dejar el resultado á su propia habilidad y práctica. Bajóse el sol lentamente, atisvóse el tiempo adécuado, y luego aquellos rudos marinos se dedicaron á su faena, segun la moda entónces practicada. Martín Alonso Pinzón el mas diestro é instruido de todos ellos fué quien primero concluyó la observacion. Desde su elevado puesto le era facil al almirante inspeccionar la cubierta de la Pinta, cuyo buque navegaba á distancia de algunas cien varas de la Santa Maria, y no tardó en ver á aquel comandante correr de una brújula á otra, en guisa de hombre vivamente alarmado. Pasa-

127. *This is news indeed!* (TO, p. II-23).

128. *people* (TO, p. II-23)

129. *stir* (TO, p. II-23).

do otro minuto ó dos, botóse al agua el esquife de la caravela, é hizose al almirante señal para que recogiera trapo, mientras se vió al piloto de Moguer surcando en su barquilla la herbosa mar para llegarse á bordo de la Santa Maria. Al trepar por uno de sus costados Martin Alonso, su pariente Yañez, capitan de la Niña, hacia lo mismo por la borda contraria. En un instante se hallaron ambos al lado de Colon sobre el alcázar, adonde tambien les habian seguido Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan los dos pilotos del almirante.

—¿Que significa esta premura, buen Martin Alonso? preguntóle con calma Colon; vos y vuestro hermano Vicente, así como estos honrados pilotos acorreis á mi cual si hubieseis recibido prósperas nuevas de Catay.

—Solo Dios sabe, señor almirante, si será dado á alguno de nosotros el ver esa remota tierra, ú otra playa ninguna, que pueda alcanzar el marinero con la guia del iman, contestó Pinzon, con una prisa que casi le privaba del habla. Todos hemos estado comparando los instrumentos; y sin escepcion, halla-

mos que varian del verdadero norte un completo punto cuando menos.

—Maravilloso seria eso, en verdad! Habéis sin duda tenido algun descuido en vuestras observaciones, ó puede tacharseos de negligentes en vuestros cálculos.

—No tal, nobilísimo almirante, interpuso Vicente Yañez, á fin de corroborar el aserto de su pariente. Hasta las agujas se nos tornan desleales, y al mencionar yo esta circunstancia al timonel mas viejo de la flota, me ha dicho que toda la noche pasada advirtió que se hallaban discordes la estrella polar y la brújula.

—Otros dicen lo mismo aqui, añadió Ruiz el piloto; vaya! y aun no falta quien esté dispuesto á jurar que se ha notado esta maravilla desde el punto y hora que entramos en el mar de las yerbas.

—Tal puede ser, caballeros, contestó Colon, sin manifestar la mas leve mudanza en su semblante, y sin embargo no por eso resultarnos ha mal ninguno. Todos sabemos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones, algunas de las cuales son irregulares sin duda,

al paso que otras se hallan mas conformes con ciertas establecidas reglas. Asi sucede con el mismo Sol, que dá una vuelta á la tierra en el corto espacio de veinticuatro horas, mientras no hay duda que tiene otros movimientos mas sùtiles, desconocidos para nosotros, por causa de la distancia inmensa en que en los cielos se halla colocado. Muchos astrónomos se han creido capaces de descubrir estas variaciones, pues se han visto á veces grandes manchas en el disco de ese luminar, las cuales han desaparecido cual si se ocultasen detrás de él. Creo se descubrirá tambien que la estrella del norte ha hecho un pequeño desvío en su posicion, y que proseguirá moviéndose asi durante un corto periodo, despues del cual, no hay duda que la veremos volver á su puesto ordinario, de donde deducirse ha que su escentricidad efimera haya disturbado su acostumbrada armonía con las agujas de marear. Observad bien la estrella toda la noche; y por la mañana tómesese de nuevo la amplitud, y entónces espero se hará patente la verdad de mi conjetura, comprobándose por la regularidad del movimiento del cuerpo ce-

leste. Léjos de desalentarnos semejante signo, debemos mas bien regocijarnos por haber hecho un descubrimiento, que, de si mismo, facultará á esta espedicion para que obtenga el crédito de haber añadido materialmente á los acopios de las ciencias axactas.

Viéronse precisados los pilotos á contentarse con esta solucion de sus dudas, por falta de otros medios para satisfacerse. Largo tiempo permanecieron sobre el alcázar, platicando acerca de tan estraña ocurrencia, y como los hombres en sus cálculos mas ciegos, á fuerza de raciocinar consigo mismos, se tranquilizan ó alarman, en esta ocasion los comandantes de los buques consiguieron afortunadamente acoger la primera de estas sensaciones. Respecto á los marinos bajo su mando, la eleccion fué mas difícil, pues luego que se cundió entre las tripulaciones de los tres barcos que las agujas habian comenzado á desviarse de su ordinaria direccion, apoderóse de ellas con pocas escepciones un sentimiento muy parecido al de un desespero mortal. Sancho prestó entónces un eminente servicio. Cuando el pánico estaba en su altura, y la gente

dispuesta á acudir al almirante, solicitando que las proas de las caravelas se pusiesen inmediatamente al nordeste, interpuso el viejo gabiero su conocimiento ó influencia á fin de aplacar el tumulto. El primer arbitrio á que recurrió, con el objeto de devolver el juicio á sus camaradas, fué el de jurar sin titubeo que habia conocido en mil ocasiones discrepar la aguja y la estrella del norte, sin que por eso hubiese acontecido ningun daño, aunque sus ojos hubiesen atestiguado el hecho en mil ocasiones. Invitó á los marineros mas viejos y experimentados á hacer una exacta observacion de la diferencia que ya existia, correspondiente á un punto entero de la rosa náutica, y luego, que viesen por la mañana si la diferencia no se habia acrecentado en la misma direccion.

—Este, prosiguió el honrado timonel, será un signo cierto, amigos míos, de que tiene movimiento la estrella, pues que todos vemos que las brújulas continúan en el mismo estado que cuando salimos de Palos de Moguer. Cuando una de dos cosas se pone en movimiento, y se sabe cual de las dos se mantiene

en inercia, poca dificultad hay en descubrir la que ha echado á andar. Ahora bien, mira tu, Martin Martinez,—este era uno de los mas alborotados—las palabras valen muy poco cuando los hombres pueden probar sus dichos por medio de experimentos tan seguros como este. Estás viendo esas dos pelotas de lana torcida encima de esa hilandera; pues bien resta saber cual va á quedarse ahí y cual vamos á quitar. Me llevo la mas chica, lo estas viendo, y queda la mayor; de donde se sigue que como solo puede quedar una, y esa es la mas grande, preciso es llevarse la mas pequeña. No juzgo que haya hombre ninguno digno de navegar una caravela, á favor de estrella ó de brújula, que niegue una cosa probada con tanta claridad y sencillez como esta.

Martin Martinez, aunque era un marinero de los mas desafectos, no tenía nada de lógico, y como Sancho corroborase con abundantes tamos y ternos sus demostraciones, acrecentóse el número de sus partidarios. Como que nada hay que mas anime al tosco y descontentadizo rebelde, que el notar que su partido es el mas fuerte, así nada le dasalienta tanto

como el advertir que se encuentra en la minoría, y Sancho pudo conseguir atraer la mayor parte de sus compañeros á la creencia de que era conveniente aguardar el resultado de las cosas, hasta la mañana próxima, antes de entregarse á cometer acto alguno de temeridad.

—Bien has hecho, Sancho, díjole Colon una hora despues, cuando se le acercó el marinero á fin de darle secretamente parte de lo ocurrido, y del estado de escitacion en que la chusma se encontraba. En todo has obrado bien escepto en tus juramentos para probar que antes atestiguáras el fenómeno. En cuanto he navegado de los mares, y cuidado que he sido nimio en mis observaciones y no me ha faltado estudio para hacerlas, nunca antes he visto la aguja variar de su direccion hácia la estrella del norte; y creo que lo que de mi noticia se ha escapado no seria tan fácil atrajese la tuya.

—Me haceis injusticia, seor almirante, y me habeis hecho una herida respecto á mi honradez que solo puede curarse con una dobla.

—Bien te consta, Sancho, que nadie sin-

tió mas alarma que tú, cuando notamos por primera vez la variacion de la aguja. Tan grande, en verdad, fue tu recelo, que hasta rehusaste recibir la moneda de oro; debilidad de que por lo comun estás en extremo inocente.

— Señor, cuando primero se advirtió la novedad, cierto es que tal sucedió; pues, con el objeto de no engañar á un hombre que tiene mayor penetracion de la que ordinariamente cabe en dote al hombre, imaginéme que eran tan ténues nuestras esperanzas de volver á visitar jamas las costas españolas ó á visitar á Santa Clara de Moguer, que importaba muy poco quien fuese el almirante, y quien el timonel pelado y simple.

—Y sin embargo pretendes ahora echarla de buche y negar el miedo que te dió. ¿No juraste á tus camaradas que habias atestiguado antes este fenómeno mas de mil veces?

—Si, señor escelentísimo, esa es una prueba de que un caballero puede servir para vizrey y almirante, y saber todo acerca de Catay, sin tener unas nociones muy claras respecto á la historia. Dije á mis camaradas, señor Don Cristóval, que yo habia advertido estos

signos antes de esta noche, y que si se me ataba á un palo para ser quemado como mártir; suerte, que pienso algunas veces ha de acontecernos á todos los que somos hombres de bien por superfluidad, apelaria á Usencia mismo, seor almirante, para atestiguar la verdad de mis asertos.

—Entónces; Sancho, echarias mano de un testigo poco propósito, pues que ni me sirvo de juramentos falsos yo mismo, ni me gusta alentar á otros para que se sirvan de ellos.

—Don Luis de Bobadilla, y Pedro de Muñoz, que presentes estan, serian mis fiadores, dijo el imperterrito Sancho; pues que cuando á un hombre se le acusa falsamente, defensa ha de darsele, y esa defensa exijo yo ahora. Usencia tendrá la bondad de acordarse que fué en la noche del 15, cuando primero notifiqué á su Magnitud la novedad, y que ahora nos ballamos en la noche del 17. Juré que veinte veces habia yo antes advertido este fenómeno, ó como se llama, en esas cuarenta y ocho horas, pudiendo haber dicho con mayor verdad doscientas veces. Por Santa Maria! no hice otra cosa que cavilar en él

durante las pocas horas primeras.

—Anda, Sancho, tu conciencia tiene su latitud asi como su longitud, pero bien sabes donde te aprieta el zapato. Ahora que entiendes el motivo de esta variacion, deberás alentar á tus camaradas, asi como tambien alentar á ti mismo.

—No bay duda de que todo será como Usencia dice respecto á que la estrella viage; repuso Sancho, y seme ha venido á las mientes que es posible estemos mas próximos á Catay de lo que nos figuramos; ¿quien sabe si esta variacion será hechura de algunos espíritus mal dispuestos contra nosotros para descarriarnos en nuestro rumbo?

—Marcha á recogerte, socarron, y acuérdate de tus pecados; dejando la solucion de esos misterios á los que tienen mas enseñanza que tu. Ahi está tu dobla, y cuidado con ser discreto.

Por la mañana las tres caravelas aguardaban impacientes el resultado de las nuevas observaciones. Como el viento continuase favorable, aunque poco recio, y se descubriese una corriente en la direccion del ocaso, los

buques habian hecho, durante las veinte y cuatro horas precedentes, algo mas de ciento y cincuenta millas, lo que hacia muy perceptible el aumento de la variacion, corroborando por este medio la profecia que Colon se habia aventurado á hacer de resultas de previas observaciones. Con tanta facilidad son los ignorantes engañados por los discretos, que esta solucion satisfizo temporariamente todas las dudas, y creyóse en general que la estrella se habia movido mientras la aguja permanecia fiel.

Hasta que punto descarriase á Colon su propia lógica, es hasta el dia un asunto disputable. Que se valió de engaños, que pudieran considerarse inocentes, á fin de sostener el ánimo de sus compañeros de viage, consta del hecho de sus dos cómputos, el público y el privado; pero no hay prueba para creer que en esta ocasion tuviese que recurrir á medio semejante. Ninguna persona de instruccion creia, aun cuando se desconociesen las variaciones de la aguja, que señalase esta precisamente á la estrella polar; suponiéndose un nuevo accidente la coincidencia en la direccion del

acero magnetizado y la posicion del astro celeste; y nada hay de estravagante en subputar que el gran navegador, quien era dueño del instrumento, y estaba al alcance de averiguar que no habia perdido visiblemente parte ninguna de su virtud, al paso que solo le era dado racionar por una supuesta analogia respecto á las evoluciones de la estrella, pudiera imaginarse que una amiga, á quien siempre encontrára tan leal, le hubiese abandonado ahora, dejándole dispuesto á achacar todo el misterio del fenómeno á los moradores mas distantes del espacio. Se han aventurado dos opiniones acerca de la creencia del célebre navegante, en la teoria que adelantó esta vez; la una afirmando, la otra negando su buena fé en apoyar la doctrina que estableciera. Los que sostienen la última, sin embargo, parecerán discurrir con poca exactitud, pues que su argumento principal se apoya en la improbabilidad de que un hombre como Columbus no un absurdo científico tan craso, en un tiempo cuando la ciencia misma sabia tan poco sobre la existencia del fenómeno, como hoy se sabe de su causa. Siempre posible

es, sin embargo, que no tuviese el almirante nociones fijas sobre la materia, aun cuando estuviese medio inducido á esperar que fuese correcta su esplicacion; porque cierto es que en medio de la ignorancia geográfica y astronómica de aquel siglo, ese hombre extraordinario tenia algunas vislumbres sublimes y exactas de las verdades que aun se hallaban en embrion, respecto á su desarrollo, y á las demostraciones de ellas que iban á ser el resultado del raciocinio preciso é inductivo.

Por buena fortuna, si bien la luz del alba trajo en pos de si los medios de averiguar con certidumbre la variacion de la aguja, tambien acarreó los arbitrios correspondientes para cerciorarse de que la mar seguia aun cubierta de yerbajos, y otras señales que se creyeron alentantes respecto á la proximidad de tierra. Estando ahora la corriente en la misma direccion que el viento, la superficie del océano se veia al pie de la letra tan lisa y llana como la de un estanque, y pudieron los bajeles navegar sin peligro, á pocas brazas unos de otros.

—Estas verduras, señor almirante, gritó-

le Martin Alonso Pinzon, se parecen á las que se crian en las márgenes de los rios, y creo que nos hallamos en la embocadura de alguno de anchura inmensa.

—Puede ser, contestóle Colon, y no puede haber mejor prueba para eso que la del sabor del agua. Venga un cubo, á fin de que nos cercioremos.

Mientras se ocupaba Pepe en obedecer esta orden, aguardando con ese objeto á que pasase el buque por una grande aglomeracion de yerbajos, los ojos linceos del almirante descubrieron una centolla, bregando en la superficie de las verdosas plantas, y gritó Colon al timonel á buen tiempo para que pudiera sesgar y se recogiera el animalejo.

—Esta es una presa de mucho valor, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, levantando la centolla entre el pulgar y el indice á fin de que el otro la viese. Estos crustáceos rara vez se separan de tierra, arriba de ochenta leguas; y mirad tambien, ahí va una de esas aves de los trópicos que nunca duermen fuera de las playas. No hay duda que Dios nos favorece, y lo que debe hacernos

mas agradecidos por estos signos, es la circunstancia de que provienen todos del occidente; si, del occidente desconocido y misterioso.

Un viva general prorrumpió de todas las tripulaciones al notar estas señales, y otra vez aquellos hombres que tan recientemente se habian visto en el borde de la desesperacion, hincharonse de esperanza, y dispusieronse á recoger agüeros propicios hasta de las ocurrencias mas ordinarias del océano. Todos los buques habian subido sus cubos de agua, y cincuenta bocas al momento humedeció el líquido salitre; al paso que la infatuacion se hizo tan general, que no hubo hombre que no declarase hallar aquella agua menos salobre que de costumbre. Tan completa, en verdad, fué la ilusion creada por aquellas expectativas tan halagüeñas, y tan radicalmente habiase desterrado toda zozobra respecto al movimiento de la estrella polar, que hasta el mismo Colon, tan circunspecto por costumbre, tan sereno, tan juicioso en medio de sus sublimes miras, cedió á su nativo entusiasmo, é imaginóse en vísperas de descubrir alguna

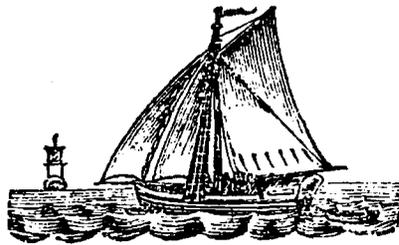
vasta isla colocada á medio camino entre Asia y Europa; honor que no habia de menospreciarse, aunque no satisfaciese esperanzas mas elevadas.

—En verdad, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, que esta agua parece estar menos salada de lo que por lo comun se la encuentra á gran distancia de la embocadura de los rios.

—Lo mismo me dice el paladar, señor almirante; y para mejor signo, la Niña acaba de clavar otro atun y en este instante lo está metiendo adentro.

Los vivas se multiplicaban, y cada nueva prueba aparecia mas alentadora que la precedente: mientras el almirante, cediendo al ardor de las tripulaciones, mandó que se soltase todo trapo, á fin de que cada bajel se esforzara en adelantar á los otros, con la esperanza de ser el primero que descubriese la isla anhelada. Esta pugna no tardó en separar las caravelas, y la Pinta ganó la palmeta muy fácilmente á las demas, mientras la Santa Maria y la Niña siguieron menos presurosas sus aguas. Todo fué algazara y júbilo, duran-

te el día, abordo de aquellos aislados vasos,¹³⁰ que sin sabienda de los que iban en ellos, navegaban por medio del Atlántico, con un horizonte estendiéndose mas allá de otro horizonte, y sin mudanza en el acuoso limite, cual un círculo se formaria fuera de otro círculo, sobre el mismo elemento, toda vez que de repente se dejara caer en la mar alguna vasta mole de materia sólida.

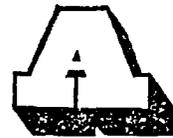


CAPITULO X.



Hincháronse las velas; bonancible
Soplaba el viento, cual si optase gayo
De su tierra nativa desprendelle.
Y á prisa se borrahan de los ojos
Las blancas peñas, y en la hirviente espuma
Que en torno las ciñera, se perdian.
Tal vez entonces de su afan osado
El jóven vagador se arrepintiera,
Mas en su pecho exagitado y mudo
Reprimióse el deseo, ni de sus labios
Un acento salió de ingrata queja,
Mientras otros lloraban y reunian
Con la insensible brisa sus lamentos.

PEREGRINACION DE CHILDE HAROLD.



allegarse la noche, acortó velas la Pinta, y dejó que las naves compañeras la alcanzáran. Todos los ojos se volvieron ahora con ansia hácia el occidente, donde se esperaba que la tierra no tardaria en aparecer. La última vislumbre, sin embargo, se desvaneció del horizonte, y las

tinieblas arroparon el océano sin que acarreasen ninguna mudanza material. Continuaba la ventolina soplando halagüena del sud-este, y la superficie del océano ofrecía una lisura, cual comunmente se encuentra en los lechos de los ríos grandes. Apuntaban las brújulas una variación ligerísima de su antigua coincidencia con la estrella polar; y nadie dudaba ya que el defecto consistiese en la estrella del norte. Entretanto sesgaban los bajels hácia el Sur aunque navegaban á su entender hácia occidente; circunstancia que impidió que Colon descubriese primero la costa de Georgia ó la de las Carolinas; pues que si hubiera marrado las Bermudas, la corriente del Golfo, acometiéndole por estribor le hubiera derribado al norte, al aproximarse á la tierra firme.

Pasóse la noche como de costumbre, y al medio día del 17, ó al finar el día náutico, habia la escuadra dejado atras un buen trecho de océano entre ella y el antiguo mundo. Iban desapareciendo los yerbajos, y con ellos los atunes, que se alimentaban de los productos de los bajios, los cuales ascendian muchos mi-

llares de pies mas cerca de la superficie del océano, que lo comun del fondo del mar Atlántico. De ordinario iban los buques muy cerca unos de otros, con el objeto de comparar sus observaciones; pero la Pinta, que á semejanza de un ligero corcel se contenía con dificultad, se disparó delantera, hasta la caída de la tarde, cuando se puso en facha para aguardar á sus consortes. Al llegar la Santa Maria, dispúsose á hablar con ella Martin Alonso, con su gorra en la mano, y solo aguardó á que estuviera el buque al alcance de su voz.

—Dios aumenta las señales de tierra, y las causas de alentamiento, señor Don Cristóval, gritó con alegría el piloto mientras la Pinta volvía á henchir sus velas á fin de hacer compañía al almirante. Hemos visto una bandada de aves por la proa, y las nubes hácia el norte aparecen pesadas y densas cual si cobijasen alguna isla ó continente hácia ese punto.

—Sois un mensagero muy grato, dignísimo Martin Pinzon; aunque quisiera advertiros que cuando mas, solo espero tropezar en estas latitudes con algun grupo de islotes; pues el Asia dista aun de nosotros algunos dias de

camino. Al acercarse la noche advertireis que esas nubes afectan todavía más la apariencia de tierra, y no dudo que haya islas á uno y otro lado de nosotros; pero Catay es mi fin, y los hombres que tienen delante un objeto tan grandioso, no es justo se extravíen en busca de otros de menor consecuencia.

—¿Me dais permiso, ilustre almirante, para que me anticipe con la Pinta, á fin de que nuestros ojos sean los primeros, á los cuales refocile la vista preciosísima del Asia? No dudo que hemos de descubrirla antes que raye la próxima alba.

—Id, con la ayuda de Dios, honrado piloto, si á bien lo teneis; aunque os aviso que ningun continente saludará todavía vuestros ojos. Sin embargo, en el supuesto de que cualquiera tierra, que exista en estas lejanas y desconocidas mares, ha de ser un descubrimiento, y siendo honra para Castilla también como para todos nosotros, el que primero la columbre no se quedará sin su galardón. Vos, ó cualquier otro, teneis mi permiso para descubrir islas ó sea ¹³²continentes á millares.

Rióse la chusma de este concoto pues que

fácil es provocar á risa á los que tienen el corazón poco abrumado, y un momento después arrancó la Pinta con el objeto de ponerse delantera. Cuando se hundió el Sol, vióse la otra vez en sacha para aguardar á sus compañeras, y semejante á un oscuro punto entre los matizados colores del glorioso cielo de ocaso. Presentaba al norte el horizonte acopios de nubes; en las cuales no era difícil dibujarse la fantasía las cumbres de montañas escabrosas, el seno de huecos valles, con promontorios y precipicios ofuscados por la distancia.

Al día siguiente varió el viento por primera vez desde que entraran los navegantes en la región de los alisios, y les rociaron con aguaceros de poca duración. Hallábanse entonces apiñados los buques, y circulaba la conversación de uno á otro; mientras los esquifes iban y volvían incesantemente.

—He venido señor almirante,—dijo Pinzón el mayor, al subir á la cubierta de la Santa María,—impelido por la unánime solicitud de la gente, para que os suplique pongamos la proa al norte, en busca de tierra, de islas y de con-

tinentes, que sin duda hay por allí, y por este medio coronaremos esta grande empresa con la gloria que se debe á nuestros ilustres soberanos y á vuestra propia y exaltada prevision.

—El deseo es justo, buen Martin Alonso, y muy honradamente espresado; mas no es posible acceder á él. Probable es que navegando en ese rumbo llegaríamos á hacer descubrimientos muy famosos, pero al hacerlos marriamos el objeto de nuestro viage. Catay y el Gran Khan yacen siempre á occidente; y nuestro deber no es el añadir otro grupo de islas como el de las Canarias y Azores al conocimiento del hombre, sino el de completar la circumnavigacion de la tierra, y abrir un camino para ensalzar la cruz en aquellas regiones que por tan luengos siglos han gemido só el domeño de los infieles.

—¿Nada se os ocurre que decir en apoyo de nuestra súplica, señor de Muñoz? Disfrutais la confianza de su Escelencia, y bien pudierais alcanzar el otorgamiento de gracia tan mezquina.

—Para deciros la verdad, buen Martin Alon-

so, contestó Don Luis con mayor indiferencia de maneras que podia esperarse en un Grande hablando con un piloto, y con algo menos de respeto que el que correspondia usar á un secretario para con el segundo gefe de la expedicion;—para deciros la verdad, buen Martin Alonso, encuéntrase mi corazon tan preocupado con la idea de convertir al Gran Khan, que no me siento dispuesto á torcer á derecha ni á izquierda, mientras esa gloriosa fazaña no se lleve á cabo. He notado que Satanás puede muy poco contra aquellos que guardan la recta via, mientras tiene tanto poder sobre los que se tuercen, que sus dominios estan repletos de estraviados.

—¿No hay pues esperanza, noble almirante, y hemos de abandonar estos signos alentadores sin procurar trazarlos hasta alguna conclusion ventajosa?

—No veo mejor camino, honrado amigo; esta lluvia es un indice de tierra; y tambien esta calma: luego ahí tenemos un visitante que va en busca de la Pinta, con intencion supongo de descansar sobre ella las alas.

Volviéronse Pinzon y cuantos estaban cer-

ca de él, y á su comun deleite y asombro vieron un pelicano, con alas estendidas las cuales medirian algunos diez pies, volando á pocas brazas de la superficie de la mar, y en toda apariencia dirigiéndose hácia el bajel mencionado. La ave aventurera, sin embargo, cual si desdeñase visitar á un subalterno dió vuelta á la Pinta, y surcando grandiosamente el aire en direccion de la Santa Maria se perdió ligeramente sobre una verga.

—Si esa no es una señal de que esté próxima la tierra, dijo con mesura el almirante, es aun mucho mejor; la de hallarse á favor nuestro el Ser Supremo, quien nos envia estos agüeros alentadores á fin de confirmarnos en nuestra intencion de servirle, y de perseverar hasta el remate. Nunca antes, Martin Alonso, he visto yo una ave de esta especie á mayor distancia de las riberas que la que pudiera atravesar con el vuelo de un dia.

—Tal lo he experimentado tambien, noble almirante, y á par vuestra considero esta visita como prognóstico muy favorable. Pero, ¿no podrá ser una insinuacion para que varíemos rumbo y busquemos tierra por ese lado?

—No lo interpreto asi, antes mas bien lo juzgo un motivo para seguir adelante. A nuestra vuelta de las Indias podemos examinar con mayor escrutinio esta parte del océano; aunque nada juzgaré conseguido, mientras á las Indias no lleguemos, y las Indias distan todavía de nosotros centenares de leguas. Sin embargo, como el temporal nos favorece, haremos junta de pilotos, á fin de ver en que parte del mapa ha colocado cada cual su respectivo buque.

A esta insinuacion se reunieron todos los marcantes á bordo de la Santa Maria, y cada uno hizo sus cálculos, clavando un alfiler en el tosco mapa; tosco respecto á exactitud, aunque muy pulido en cuanto á egecucion; pues era el que el almirante, con los conocimientos que entónces poseia, habia delineado del océano Atlántico. Vicente Yañez y sus compañeros de la Niña, pusieron su alfiler mas delantero, despues de haber medido cuatrocientas cuarenta leguas marinas distante de Gómera. Algo se diferenció de ellos Martin Alonso quien clavó su alfiler veinte leguas mas hácia el este. Luego que le tocó á Colon fijó

el suyo á veinte leguas mas atrás que Martin Alonso; pues sus compañeros, á fuer de calculistas ménos hábiles, habian en toda apariencia adelantádose mucho de la verdadera distancia. Determinóse en seguida lo que habia de decirse á las tripulaciones, y volviéronse los pilotos á sus bajeles respectivos.

Parecerá que Colon creia de todas veras que se hallaba pasando por entre islas, y un historiador, Las Casas, afirma que en efecto no iban erradas sus conjeturas; pero si han existido islas en aquella parte del océano, mucho tiempo ha que han desaparecido; fenómeno, que al paso que no es imposible, apenas puede juzgarse probable. Se dice haberse visto bajios por aquellos sitios, hasta en el siglo actual, y no es difícil que existan estensos placeles, aunque Colon no halló fondo á doscientas brazas. La gran coleccion de yerbajos es un hecho que autentizan los recuerdos mas antiguos de las investigaciones humanas, y este fenómeno es debido probablemente á algun efecto de las corrientes, que tienden á producirlo; mientras las aves habran de considerarse como seres extraviados y atra-

dos á tan larga distancia de sus acostumbradas guaridas por el alimento que precisamente habrian de buscar en aquella reunion de plantas marinas y de peces. Las aves acuáticas tienen la facultad de reposar sobre el agua, y el animal que puede surcar los aires á razon de treinta ó hasta cincuenta millas por hora, solo necesita tener las fuerzas suficientes para atravesar el Atlántico entero en cuatro dias con sus noches correspondientes.

Apesar de todos estos halagüeños signos, las diversas tripulaciones comenzaron á sentir muy en breve el peso de un desaliento renovado. Sancho, quien estaba en constante, aunque secreta comunicacion con el gran piloto, le tenia al corriente del estado de los ánimos, y vino á decirle que empezaba á prevalecer un descontento mas que comun; pues que la gente, á causa de lo súbito de la reaccion, habia pasado desde la esperanza mas elástica, casi hasta el borde del desespero. Refirióse este hecho á Colon al ponerse el Sol por la tarde del 20, ú once dias despues de haber la escuadra perdido la tierra de vista, y mientras el viejo timonel aparentaba estar trabajando en el alcázar, donde

hacia la mayor parte de sus comunicaciones.

—Se quejan, Señor, continuó Sancho, de la lisura de las aguas, y dicen que cuando alguna vez sopla el viento en estas mares, viene siempre del este, pues que no puede soplar de ningún otro punto. También creen que las calmas prueban que vamos á entrar en una parte del océano donde no se conocen vientos; y se imaginan que estas brisas de levante son enviadas por la Providencia á fin de alejar de tierra á aquellos que han ofendido al Cielo con una curiosidad que jamás poseyera hombre ninguno de cuantos gastan barbas.

—Animales tú, Sancho, recordando á los pobrecillos que estas calmas reinan á veces en todas las mares; y respecto á los vientos del este, es bien sabido que, soplando de las playas africanas, só las latitudes bajas, en todas las estaciones del año, siguen al Sol en su carrera diurna alrededor de la tierra. ¿Supongo que tu no tendrás esos entripados tan necios?

—Procuró mantener el corazón bien robusto, señor Don Almirante, pues á nadie tengo presente á quien deshonrar, ni dejo atrás á ninguno que lamente mi pérdida. Siempre,

sin embargo, complacerme oír algo acerca de las riquezas de esos países remotos; porque hallo que los pensamientos del oro y de las piedras preciosas ejercen sobre mi cobardía una especie de encanto, cuando comienzo á cavilar sobre Moguer y la carne fresca que se vende en su mercado.

—Anda, anda, socarrón;¹³³ tu sed de dinero es insaciable; toma esta otra dobla, y al contemplarla puedes pensar lo que quieras acerca de la corte del Gran Khan; asegurándote de que un monarca tan potente no carece de oro, y que tampoco es probable le falte disposición para desprenderse de él cuando lo exijan las circunstancias.

Recibió Sancho la propina, y dejó el alcázar á Colon y á su secretario.

—Estas subidas y bajadas de la chusma,¹³⁴ dijo Don Luis con impaciencia, es preciso reprimirlas, señor; y el mejor modo de conseguirlo es, aplicar á los descontentos el plano de la espada, ó, si fuere menester, el filo.

—Tal no puede hacerse, joven noble, sin que nos den mayor ocasión de la que ahora existe para semejante severidad. No creais

133. *Knave* (TO, p. II-36).

134. *Knaves* (TO, p. II-36).

que haya yo pasado años tantos de mi vida en solicitar los medios de conseguir tan grave designio, ni que me vea tan avanzado en mi camino, sobre desconocidas mares, para que fácilmente se me hiciera sesgar de mi propósito. Pero Dios no á todos los hombres ha creado iguales, ni tampoco ha ofrecido medios iguales de instruccion al noble y al plebeyo. Tantas veces he apurado mi espíritu á fuerza de argumentos sobre este mismo asunto con los grandes y con los sabios, que he aprendido á tolerar algun tanto á los pequeños y á los rudos. Imaginaos cuanto miedo hubiera aguzado las mientes de los sabios de Salamanca, si nuestras discusiones se hubiesen tenido en medio del Atlántico, donde nunca ha estado hombre ninguno, y desde donde solamente los ojos de la lógica y de la ciencia pueden descubrir una segura vía.

—Eso es muy cierto, señor almirante, y sin embargo paréceme que, si fuesen caballeros vuestros antagonistas no cederian tan completamente al miedo. ¿Que peligro recelamos aqui? Nos vemos en el anchuroso océano, verdad es, y á distancia de algunos centenares de leguas de las islas conocidas; mas no

por eso dejamos de estar en completa seguridad. Por San Pedro! he visto perderse mas vidas en una sola carga contra el Moro, que las que cabrian apiladas dentro de estas caravelas, y derramarse suficiente sangre para que nuestras naos pudiesen flotar en ella.

—Los peligros que la gente recela pueden ser menos turbulentos que los que trae consigo una carga contra el Moro, señor Don Luis; mas no por eso son menos terribles. ¿Donde está el manantial que ha de suministrar agua al seco labio, luego que nos faltan nuestros acopios, y donde los campos que hayan de proporcionarnos pan y los demas alimentos? Espantoso es el hallarse reducido á las heces de la vida, por falta de agua y de vianda, sobre la superficie del anchuroso océano, muriéndose un hombre por pulgadas; y tal vez sin los consuelos de la iglesia, y aun sin la esperanza de que se le entierre en sagrado. Estas son las fantasias de los marineros, y solo se apartan de su pensar cuando la obligacion exige con violencia remedios estremos para acalmar sus desvarios.

—Paréceme, Don Cristóval, que será tiem-

po de pensar en eso, luego que nuestras botas se hallen agotadas, y solo queden las migajas de la última galleta. Hasta entónces, suplico á Vuesencia aplique la lógica necesaria á la parte *esterior*¹³⁵ de las chollas de esos belitres, en vez de dedicarse á su parte interior, que mucho dudo tenga la capacidad suficiente para contener cosa que lo valga.

Entendia Colon demasiado bien el génio del jóven noble para darle una respuesta formal; y ambos permanecieron reclinados por algun tiempo contra el palo de mesana, contemplando la escena que delante tenian, y cavilando sobre lo precario de su situacion. Era de noche, y las caras de los que estaban de guardia solo eran visibles al reflejo de una luz, que no prestaba suficiente claridad para distinguir los semblantes. Los marineros estaban en grupos; y era evidente por los acentos bajos aunque enérgicos, con que hablaban, que discutian asuntos referentes á la calma, y á los riesgos que corrian. Diseñábanse tambien los contornos de la Niña y de la Pinta, bajo un firmamento tachonado de brillantes, miéntras sus inertes velas pendian en fes-

tones, como el ondeado de unas cortinas, y sus negros cascos tan estacionarios yacian como si ambos bajeles estuvieran surtos en alguno de los rios de España. Era una noche blanda y suave; pero la inmensidad del yermo, la profunda calma del adormecido océano, y hasta el rechino ocasional de alguna entena, recordando al alma la presencia de unos bajeles asi situados, hacian la escena solemne, casi hasta lo sublime.

—¿Descubris alguna cosa revoleteando en las jarcias, Luis? preguntóle con cautela el almirante. Mi oido me engaña ú oigo el aleteo de una avecilla. Tambien los sonidos son vivos y ligeros, cual los producen los pajarillos de insignificante tamaño.

—Teneis razon, Don Cristóval; hay un número de animalejos perchados en las vergas superiores, cuyo volúmen es igual al de los cantores mas pequeños de la tierra.

—Escuchad, repuso el almirante; ese gorgo es un signo propicio, y de melodia igual á la que pudiera oirse en los naranjales sevillanos! Loado sea Dios por esta señal de la estension y unidad de su imperio; pues que

la tierra no puede estar muy distante, cuando unas criaturillas endebles y frágiles como estas han salido de las riberas tan recientemente!

La presencia de los pájaros pronto llegó á saberse de la tripulación, y los cantos de aquellos habitantes del aire trajo mas consuelo á la chusma, que el que hubiera producido la demostración matemática mas babil, aunque estuviese fundada en el saber moderno, sobre los sentimientos mas susceptibles de hombres ordinarios.

—Bien te dije que no estábamos léjos de tierra, gritó Sancho, volviéndose con aire de triunfo á Martin Martinez su perpetuo contrincante.—Aquí tienes una prueba de ello, y que nadie sino un mandria puede negar. Ya oyes los gorgeos de lasavecillas de los jardines—cantares que jamas saldrian de las gargantas de pájaros cansados, y que resuenan tan gayos como si los picaruelos estuviesen picoteando un higo ó un racimo de uvas en una viña de España.

—Tiene razon Sancho, exclamaron á una los marineros. Tambien el aire huele á tierra, y hasta la mar va tomando el color de agua

costanera. Dios está con nosotros; bendito sea su santo nombre! y viva el rey nuestro señor, y su consorte real la Señora Doña Isabel!

Desde aquel instante desapareció del barco toda pesadumbre. Hasta el mismo almirante juzgó que la presencia de unas aves tan chicas, y las cuales se creia tuviesen tan mezquina fuerza en las alas, era una evidencia inequívoca de que la tierra estuviese inmediata; y tambien tierra de productos generosos, y de un clima benigno y suave, porque estos cañorcillos, cual el sexo mas blando de la familia humana, aman con preferencia las escenas que mas favorecen sus propensiones gentiles y hábitos delicados.

Desde entónces ha probado la investigación que, en este respecto, por muy plausibles que sean las bases del error, estaba Colón equivocado. Los hombres muchas veces desvalúan los poderes de los animales inferiores de la creación, y otras veces exageran el alcance de su instinto. En punto de hecho, una ave de ligero peso estaria menos espuesta á perecer sobre el océano, y en aquella latitud tan baja, que otra de mayor volúmen, no

siendo acuática una ni otra. La yerba marina por sí misma suministraría infinitos lugares de descanso para los animales mas pequeños, y en algunas ocasiones abundancia de pasto. Que las aves púramente terrestres puedan hacer largas escursiones sobre la mar, es ciertamente improbable; pero, dejando á parte la consecuencia de las recias ventolinás, que á veces obligan hasta á la pesada lechuzá con sus torpes alas; á salir á la mar centenares de leguas, el instinto no es infalible; pues no es raro encontrar á la ballena encallada en aguas de poco fondo, y al ave revoloteando fuera de los justos límites de su costumbre. Sea cual fuese la causa de la tempestiva aparición de aquellos pequeños habitantes del vergel sobre las vergas de la Santa Maria, su efecto fué de una clase muy fausta para los espíritus de los marineros. Miétras cantaban, jamas aficionados ningunos prestaron oído á los pasages mas brillantes de una orquesta con mayor delicia que aquellas toscas chusmas escucháron sus gorgéos, y miétras durmieron fué con una seguridad que tenia su existencia en la veneracion y en la gratitud.

Renováronse los cantos con el alba, despues de lo cual toda la bandada tomó vuelo á una, dirigiéndose al sud-oeste. El dia inmediato llevó consigo una calma, y luego un aire tan liviano que los buques consiguieron con dificultad abrirse camino por la espesa masa de yerbajos que daba á todo el océano la apariencia de una vasta pradera inundada. Hallóse ahora que la corriente venia del ocaso, y pronto despues de amanecer comunicó Sancho al almirante un nuevo motivo de tribulacion.

—Se le ha metido en la cabeza á la gente, señor, dispuesta siempre á esperar maravillas, cierta nocion que encuentra grande acogida con los que aman los milagros mucho mas que á Dios. Martin Martinez, que es un filósofo en materias de miedo, juzga que este mar en que nos vamos profundizando cada vez mas, yace sobre multitud de islas hundidas, y que los yerbajos; que seria ocioso negar que se van espesando á medida que proseguimos, se aglomeraran en breve tan copiosos sobre la superficie de las aguas, que á las caravelas no les será posible ir para adelante ni para atrás.

—¿Y encuentra Martin quien crea una nocion tan ridicula?

—Señor Don Almirante, muchos son sus prosélitos; y por la sencilla razon de que es mas fácil hallar quien crea despropósitos que verdades. Pero á los dichos del hombre corroboran ciertas desgraciadas casualidades que deberán provenir del principe de las tinieblas, mas particularmente como este señor no puede tener gran desco de ver á Usencia llegar á Catay, con la intencion de hacer un buen cristiano al Gran Khan, y de erigir la cruz en sus dominios. La calma aqueja gravemente á muchos, ademas de esto, y á las avecillas se las comienza á mirar como á criaturas enviadas por Satanás mismo para guiarnos á sitio desde donde volver no podamos. Hasta no falta quien cree que hemos de tropezar con algun bajo y quedarnos encallados en medio del ilimitado océano.

—Haz que los hombres se preparen á son-
dar: ahora les mostraré la necesidad de esta idea á lo menos, y cuida de que todos se reunan para presenciar el experimento.

Repitió en seguida Colon esta orden á los

pilotos, y echóse la sondalesa del modo usual. Braza tras de braza hundióse en el agua el cordel hasta que sobró tan poco que fué preciso parar su descenso.

—Bien veis, amigos mios, que aun distamos del bajo doscientas brazas; si, de ese bajo que tanto temiais; y mucho mas pues que el fondo está fuera del alcance de nuestra medida. Ved ahí! una ballena está á poca distancia de nosotros, resoplando sus caños de agua; animal que solo se encuentra en las costas de las grandes islas ó de los continentes.

Esta llamada de Colon, que estaba conforme con las nociones de su siglo, tuvo el deseado efecto; porque á la tripulacion de subajel dominaban precisamente las ideas mas populares. Se sabe ahora, sin embargo, que las ballenas frecuentan aquellas partes del accéano donde mas abunda su alimento; y uno de los mejorrs parages donde se las coge es el llamado *Banco Falso Brasileño*, que está cerca del centro del océano. En una palabra, todas aquellas señales que tenian conexion con los movimientos de los peces y de las aves, y que parece surtieron tan feliz efecto, no solo en los

marineros de la grande empresa sino en su almirante mismo, fueron de mucha menor importancia de lo que se creia entónces; pues que los navegantes estaban tan desacostumbrados á dejarse ir mar afuera, que no tenían los debidos conocimientos de los misterios del abierto océano.

Apesar de los instantes de regocijo y de esperanza que intervenian, la desconfianza y la aprehension tornaban con toda prisa á ser las sensaciones prevalecientes entre los marineros. Los que mas desafectos se habian mostrado desde el principio, se aprovechaban de cualquier incidente para aumentar la comun zozobra; y cuando el Sol salió, el Sábado 22 de Setiembre, vertiendo sus luces sobre una mar en calma, no hubo pocos á bordo de los buques que se hallasen dispuestos á juntarse para hacer otra solicitud al almirante á fin de que las caravelas virasen por redondo y retrocediesen al este.

—Hemos andado centenares de leguas con viento favorable, decian, por una mar enteramente desconocida de los hombres, hasta que nos vemos en una parte del océano donde los vientos parecen habernos abandonado del todo,

y donde hay peligro de que nos veamos enredados entre yerbajos inmóviles, ó bien embarcados en islas hundidas, sin medio de procurarnos viveres ni agua.

Argumentos semejantes eran propios de un siglo, en el cual hasta los hombres mas instruidos se veian obligados á buscar á tientas su camino hácia los conocimientos exactos, á traves de las nieblas de la supersticion y de la ignorancia, y en el cual era una febleza prevalente ancorar por una parte una fé implícita en las pruebas visibles del milagroso poder de Dios, y por la otra, apoyarse en la evidencia sustancial del influjo de los espíritus malignos; pues que se les suponía autorizados para intervenir en los negocios temporales de aquellos á quienes perseguían.

Fué pues afortunadísimo para el feliz éxito de la espedicion, el que una ligera brisa comenzase á soplar del sud-oeste, en las primeras horas del dia antemencionado, facilitando á los bajeles el que pudieran caminar y salir del vasto lecho de yerbas, que, al paso que obstruían el progreso de las caravelas, despertaban los temores de la tripulacion. Como era

su objeto verse zafos de los obstáculos flotantes de que estaban rodeados los bajeles, surcóse la primera clara que se encontró, y luego hízose ceñir el viento á toda la escuadra, guardando en lo posible el deseado rumbo. Ahora creyó Colon que navegaba al oeste nor-oeste cuando en efecto iba caminando en una direccion mas próxima á su verdadero curso, que cuando sus naves tendian hácia occidente, segun la aguja de marear; debiéndose á la variacion de esta su derribo de la línea de navegar que seguir deseára. Tal circunstancia por sí sola pareceria establecer el hecho de que Colon daba crédito á su propia teoria acerca del movimiento de la estrella polar; pues que apenas es creible que navegase al oeste-sud-oeste cuarta al sud, durante muchos dias consecutivos, como se sabe que lo verificó cuando era su deseo mas vehemente proseguir al ocaso en derechura. Caminaba ahora á medio punto de su último rumbo; aunque él y cuantos le acompañaban se creian navegando casi dos puntos á sotavento de la ansiada direccion.

Estas leves variaciones, sin embargo, eran bagatelas, si se comparan con las ventajas que

alcanzó el almirante sobre los recelos de sus seguidores, en virtud de la mudanza del viento y de la desaparicion de los yerbajos. Por la primera de estas circunstancias, se convencieron los hombres de que la ventolina no siempre soplabá en la misma direccion, y por la última averiguaron que no habian llegado de manera ninguna á un parage donde se hiciese intransitable el océano. Aunque el viento era ahora favorable para volver á las Canarias, ya nadie solicitó que se adoptára semejante medida; pues que tan dispuestos estamos todos á desear lo que parece negársenos, y tan prontos á menospreciar lo que está perfectamente á nuestra disposicion.

Aquel, á la verdad, fué un instante en que los sentimientos de la chusma parecian tan variables como las ligeras y frustradoras brisas. Pasóse el Sábado del modo ya espresado, y los buques volvieron á entrar en grandes campos de yerbas marinas, justamente cuando se ponía el Sol. Luego que volvió la luz del dia, echólos la ventolina hácia el noroeste y noroeste cuarta al oeste. Volviéron á abundar los pájaros, entre los cuales se vió una

tórtola, y muchas centollas vivas se columbraron marineando por los yerbajos. Todos estos signos hubieran alentado á los marineros, si tantas veces no se hubiesen llevado chasco.

—Señor, dijo Martin Martinez al almirante, luego que este se presentó entre la chusma con el objeto de realentar sus espíritus decaídos—no sabemos que pensar. Durante pocos días sopló el viento en una misma dirección, impeliéndonos, como si dijéramos, á nuestra ruina, y luego nos ha abandonado en una mar semejante, y cual nunca vieron los marinos que vienen á bordo de la Santa Maria. Una mar que se asemeja á las marismas cabe las orillas de los rios, y á las que solo les faltan ganados y rabadanes para equivocarnos por campos algo inundados con las crecientes mareas, es una vista muy poco agradable.

—Tus marismas las constituyen los yerbajos del océano, y manifiestan la juventud de la naturaleza que las ha criado; mientras tu ventolina, que sopla del este, es lo que cuantos han hecho viages á Guinea saben que existe en estas latitudes tan bajas. En ninguna de

tales circunstancias veo cosas que alarman pueda á un marino valiente; y respecto al fondo, bien os consta á todos que no hemos podido hallarlo con muchas y pesadas brazas de cordel. Pepe, á ti no te asaltan estas alarmas; pues que considero que tienes fijo tu ánimo en Catay, y en lograr un vistazo del Gran Khan.

—Señor almirante, cual juré á mi Mónica, juro ahora á Vueselencia, y esto fue que siempre seria obediente y leal. Si ha de enarbolar-se la cruz entre los infieles, no he de volver la mano atras para hacer menos de lo que me toque de parte en ese sagrado acto. Y sin embargo, señor, á ninguno de nosotros agrada esta calma dilatada y fuera de uso. Aquí tenemos un océano sin olas, á par que su superficie está tan lisa que mucho desconfiamos que las aguas obedezcan la misma ley á que se las ve sujetas en las costas de España; pues nunca antes he visto una mar que tenga tal aspecto de inercia y de muerte. ¿No puede ser probable, señor, que Dios haya puesto una zona de esta serena y estancada agua alrededor del límite extremo de la tierra, á fin de estor-

bar que los curiosos se entrometan en la investigación de algunos de sus secretos mas sagrados?

—Tu raciocinio tiene al menos cierto viso de religion; y aunque falso, no merece despreciarse por cierto. Dios puso al hombre sobre la tierra, buen Pepe, para que fuese dueño de ella, y para que le sirviese, estendiendo los dominios de la iglesia, tambien como tornando á la mejor cuenta las felicidades sin número que tan grande dádiva acompañan. Respecto á los límites de que hablas, estos solo existen en tu fantasia, pues que la tierra es esférica, ó por mejor decir una bola que no tiene otros bordes que los que ves en todos los puntos de su superficie.

—Y respecto á lo que dice Martin, interpuso Sancho, á quien nunca faltaba un hecho ó una razon,—respecto á los vientos, á los yerbajos, y á las calmas, no puedo menos de estrañar donde haya estado navegando un marino de sus años de servicio, sin haber notado cosas como estas, y que las considere cual novedades. Para mí todo esto es tan ordinario como el agua mansa en las costas de Moguer, y

una cosa tan de cajon, que ni siquiera hubiera reparado en ella, á no ser por los soponcios de Martin y de sus camaradas. Cuando la Santa Catalina hizo su viage á aquella lejana region, llamada Irlanda, topamos con una mar de yerba, á distancia de media legua ó asi de la costa; y respecto al viento, sopló este sin mudanza desde el mismo punto durante cuatro semanas seguidas, y otro tanto tiempo en la direccion contraria, y asi solia arreciar por un mismo número de dias, ya de acá ya de acullá; despues de lo cual dijeron las gentes del pais que soplaría de uno y otro lado en travesia; pero no permanecemos bastantetiempo sobre aquellas mares para que pueda aseverar bajo juramento los dos hechos últimos.

—¿Y no has oido que existen bajos tan vastos que una caravela jamas puede salir de ellos luego que haya entrado?—preguntó Martinez con altanería; pues adicto él mismo á exageraciones groseras, poco le gustaba que le echasen la zancadilla;— ¿y estos yerbajos no anuncian que estamos próximos á un peligro semejante, cuando estas brozas se ven á veces tan conglomeradas que casi, casi estor-

ban el paso de los navios?

—Basta de esto, dijo el almirante; á veces tenemos yerbajos, y luego nos vemos libres de ellos en un todo; estos cambios los debemos á las corrientes; no hay duda que tan pronto como pasemos los meridianos nos hallaremos otra vez en agua limpia.

—¿Pero, y la calma, señor almirante?, gritaron de consuno una docena de voces.—Esta lisura desnatural del océano, es muy asombrosa para nosotros. Nunca hemos visto unas aguas mas inmóviles ni muertas!

—¿Y á que llamais aguas muertas é inmóviles? exclamó el almirante. La naturaleza misma habla con el objeto de reprochar vuestros necios temores, y de contradecir vuestro equivocado raciocinio por medio de sus propios signos y portentos.

Mientras así se espesaba Colon, la quilla de la Santa Maria se empinó sobre una marejada larga y de poco henchir, al paso que todos sus árboles crugieron con el movimiento, y todo el casco se alzó y repuso al pasar por debajo el oleage, bañando los costados de la nao desde el combés hasta las fajas. En aquel mo-

mento no se movia una pizca de aire, y los marineros miraron enrededor con un espanto que se aumentaba y hacia extremo en virtud del asombro que entre ellos prevalecia. Apenas se hubo el bajel aplomado sobre el estenso surco, cuando un segundo oleage lo alzó de nuevo, y sucediéndose una onda á otra, mientras la postrera siempre se henchia mas que su precursora, llegó á ofrecer el océano el aspecto de una undulacion general, aunque ligeramente marcada por intervalos con cordilleras de espuma, resultas de las aguas que chocaban unas con otras. Tardó media hora este fenómeno en llegar á su colmo; despues de lo cual todos tres bajeles se quedaron en la mar *dormidos* para servirnos de un término náutico, mientras sus cascos se desplomaban sin gobiernos dentro de los surcos del oleage, é inundábanseles las cubiertas, al alzarse cada uno de ellos de una marejada mas profunda de lo regular. Imaginándose que esta ocurrencia seria una nueva fuente de alarma, ó un arbitrio para acalmar las antiguas zozobras, cuidóse Colon de procurar al instante traerla á buena cuenta en el sentido último.

Haciendo que la tripulacion se reuniera al pié del alcázar, le dirigió las razones siguientes:

—Bien veis, camaradas, que vuestros recientes temores acerca de la estancacion de las aguas se ven reprochados de un modo repentino, como puede decirse, por el mismo Dios; lo que prueba, sin disputa, que de aqui no hay que recelar ningun riesgo. Fácil me seria abusar de vuestra ignorancia, y haceros creer que esta repentina marejada era un milagro operado para sostenerme contra vuestras facciosas murmuraciones é irreflexivas alarmas; pero la causa que hoy acometo no necesita de sostenes semejantes, ni de ningun auxilio que no emane del Cielo. Las calmas y la lisura del agua, y hasta los yerbajos, que tanto asombro os dan, provienen de la inmediacion de algun vasto trozo de tierra; no creo que forme este un continente, pues que lo calcúlo mucho mas distante, sino multitud de islas, tan grandes ó numerosas que constituyen un inmenso ribazo, miéntras estas marejadas atestiguan que hay viento á larga distancia, el cual ha puesto el océano en conmocion, arándolo en gruesos surcos, cual con tanta frecuencia hemos

presenciado allende, y que estienden sus esfuerzos moribundos aun fuera del alcance de la brisa impelidora. No digo que esta intervencion, acontecida para espeler vuestro espanto, venga inmediatamente de Dios, en cuyas manos reposa mi confianza; pero esto sí que creo plenamente, y á tal favor tributo la mayor gratitud; que todo viene por las agencias de natura, y no puede juzgarse providencial en sentido ninguno, escepto en cuanto demuestra la continuacion del patrocinio divino, asi como la de su bondad sobrepujante. Retiraos, pues, y estad tranquilos. Acordaos que si la España ha quedado á lo léjos detras de vosotros, teneis á Catay ahora á poquísima distancia delante: que á cada hora se acorta ese trocho, asi como el tiempo necesario para llegar á la optada meta. Aquel que permanezca leal y adicto, no tendrá motivo de arrepentirse de su confianza, miéntras aquel que ociosamente se inquiete á sí mismo ó á los demás, con necias cavilaciones, espere que hay quien sostenga los derechos de sus altezas para imponer el debido respeto á todos los que se encuentran alistados en su servicio.

Recordamos este discurso del gran navegante con mucho mayor gusto, pues que tiende plenamente á establecer como hecho la verdad de que él no creía que aquella repentina marejada de la mar fuese debida á un milagro directo, como algunos historiadores y biógrafos estan inclinados á creer; pero mas bien á una interferencia providencial del Divino Poder, en virtud de medios naturales, á fin de protegerle contra las consecuencias de las ciegas aprehensiones de sus secuaces. No es fácil, á la verdad, suponer, que un marino tan esperto como Cristóval Colon, pudiera ignorar las causas de una circunstancia tan comun en el océano, que los que viven en sus costas tienen tantas ocasiones de atestiguar.

CAPITULO XI.



“Ora pro nobis Mater!” oh! que encanto
 En tales notas hubo, mientras dulces
 Con las últimas glorias espiraban
 De la tarde, en las aguas adormidas.
 Decid, ¿no vienen del lejano polvo
 Do mis padres dormitan sepultados
 Con noble cruz y espada sobre el pecho?
 Cuan claros, ay! resuenan en mi oido
 Sus tiernos vituperios!... Ora!.. ora!
 Y á par que lo repite ola purpúrea,
 De mi niñez las ilusiones vagas
 De nuevo resucitan en mis mientes!
 Necio de mí que imagineme duro
 Sufir por ello el potro y la cadena.

EL SANTUARIO DE LA SELVA¹³⁸

No estará demas recapitular ahora, y hacer que el lector sepa claramente hasta que punto de las desconocidas aguas del Atlántico habian progresado ya los aventureros: cual era su posición real y cual su posición supuesta. Como se ha visto, desde que salió de Gomera, habia hecho dos cálculos el almirante; el uno reservado pa-

ra su propio gobierno, y el cual se aproximaba tanto á la verdad como los medios imperfectos de la ciencia de navegar, que entónces se usaban, podian permitir; y otro que con toda libertad se enseñaba á la tripulacion, y el cual estaba descomputado con el fin de evitar la alarma por causa de la distancia transcurrida. Como se creia Colon empleado en el servicio de Dios, este pequeño engaño pasaria por un fraude piadoso en aquel devoto siglo; y no puede ser probable que mucho le punzase la conciencia al gran piloto, pues que hasta los eclesiásticos no siempre titubeaban en apuntalar los muros de la fé, valiéndose de medios mucho menos plausibles.

Las dilatadas calmas y ligeras brisas por la proa, habian impedido que los buques hiciesen mucho camino durante los dias próximo pasados; y computando la distancia que mas adelante corrieron en un rumbo al occidente un poco llamado al sur, aparece, no obstante todos los signos alentadores de aves, peces, calmas, y aguas lisas, que por la mañana del Lunes 24 de Setiembre, ó el dia decimo quinto despues de perder de vista á Hierro,

la expedicion se hallaba cerca de medio camino á traves del Atlántico, contando de continente á continente sobre el paralelo de 31 á 32 grados latitud norte. La circunstancia de que los bajeles se hallasen tan al norte de las Canarias, cuando se sabe que la mayor parte del tiempo habian estado navegando á ocaso un poco hácia el sur, deberá achacarse al rumbo seguido con vientos cortos, ó mas bien á la direccion general de las corrientes. Con esta breve esplicacion, volvemos al progreso diario de las caravelas.

Tornóse á sentir la influencia de los vientos alisios, aunque en grado muy leve durante las veinte y cuatro horas que sucedieron al dia de los *mares milagrosos*³⁹ y los buques siguieron otra vez al oeste segun la brújula. Viéronse varias aves como de costumbre, y un pelicano entre ellas. Toda la marcha de las naves no llegó á cincuenta millas, distancia que en conformidad á lo ya espresado se enumeró para el cómputo público.

Por la mañana del 25 amaneció la mar en calma; mas á poco se levantó viento, y comenzó á soplar una ventolina constante, del sud-

139. "miraculous seas" entrecomillado y sin cursivas (TO, II-48).

este; luego que entró bien el día, siguieron lentamente las caravelas, inmediatas unas á otras; apenas en su perezosa indolencia moviendo las aguas con sus quillas, y haciendo un camino tan lento que casi no llegaba á una milla por hora.

La Pinta iba de pareja con la Santa Maria, y los oficiales y subordinados de ambas embarcaciones hablaban libremente unos con otros respecto á su situacion y á sus esperanzas. Escuchaba Colon estos diálogos, que duraron algun tiempo, procurando descubrir la sensacion predominante, en virtud de las expresiones mas solapadas que en público se decian, y vigilando con celoso atisbo cada giro de las frases. Ocurriósele al fin que la ocasion era favorable para producir un buen efecto en el ánimo de sus seguidores.

—¿Que tal os ha parecido el mapa que os envié hace tres dias, Martin Alonso? gritóle el almirante. ¿Habeis descubierto en él algo que os satisfaga de que vamos atrinándonos á las Indias y que va acercándose á su término el tiempo de nuestra prueba?

Al primer eco de la voz del almirante;

acalláronse á una todas las conversaciones en ambos hajeles; porque apesar del descontento y de la disposicion que tenia la gente hasta de rebelarse contra él, en último apuro, habia conseguido Colon crearse un profundo respeto á causa de sus talentos y de sus dotes personales entre sus secuaces.

—Es un mapa muy apreciable y bien delineado, señor Don Cristóval, contestó el capitán de la Pinta; y hace honor al que lo ha copiado y engrandecido, asi como al que primero lo proyectó. Supongo que es obra de algun sapientísimo escolar, el cual ha refundido en él todas las opiniones de cuantos grandes navegadores ha habido en el mundo.

—El dibujo original vino de un nombrado Pablo Toscanelli, sabio Toscano, que vivia en Florencia, ciudad de aquel pais; hombre de escesoivo conocimiento, y de una industria que á la pereza le saca los colores á la cara. En compañía de su mapa remitió un escrito, que contiene mucha materia profunda y científica respecto al asunto de las Indias, y tocante á las islas que veis marcadas en el pergamino con tanta exactitud. En su carta menciona varios lugares,

que son otros tantos ejemplos maravillosos del poder del hombre; mas especialmente del puerto de Zaiton, que despacha anualmente nada menos que cien naves, cargadas con el producto del árbol de la pimienta. También dice que vino un embajador al Padre Santo, en tiempo de Eugenio IV, de bendita memoria, para espresar el deseo del Gran Khan, lo que significa rey de los reyes, en el dialecto de aquellas regiones, á fin de estar en términos amistosos con los cristianos del occidente, como nos designaban entónces; aunque ahora seremos cristianos de oriente, y por tales se nos reconocerá en aquella parte del mundo.

—Esto es muy sorprendente, señor! exclamó Martín Alonso; ¿como se sabe eso, y si se sabe, que certeza tenemos de ello?

—No cabe la menor duda; pues que Pablo espresa en su carta, que conoció de cerca al tal embajador, y le trató mucho; cuidado que Eugenio murió en una época tan cercana á la nuestra como el año de 1477. De este embajador, quien sin duda era un personaje grave é instruido, pues que á no ser tal, la cabeza de la Iglesia semejante comision no

le hubiera confiado... de esta discreta persona, pues, recogió Toscanelli muchos conocimientos curiosos acerca de la *populosidad* y vasta estension de aquellas distantes regiones, de sus pomposos palacios, y de la gloriosa hermosura de sus ciudades. Particularmente se refirió á una poblacion, qua sobrepuja á todas las demas del mundo conocido; y menciona un solo rio en cuyas riberas se ensorbecen doscientas nobles ciudades, con puentes de mármol que abarcan la corriente. El mapa que teneis á la vista, amigo Martín Alonso, demuestra que la exacta distancia desde Lisboa hasta la ciudad de Quisay es precisamente de tres mil novecientas millas italianas, ó de unas mil leguas comunes, navegando siempre en direccion al oeste clavado.

—¿Y dice algo el sabio Toscano acerca de la riqueza de aquellos paises? preguntó Maese Alonso, mientras todos cuantos le oyeron, aguzaron de nuevo los oidos á fin de alcanzar la contestacion.

—Vaya si dice! y espresase en estas palabras tan precisas como notables. Este es un hermoso pais, observó en su carta el sapiente Pa-

blo, y deberemos registrarlo, á causa de sus grandes riquezas, de su mucho oro y plata, y de las piedras preciosas que en él abundan; todo lo cual puede adquirirse de allí. También asegura que la ciudad de Quisay tiene de circunferencia treinta y cinco leguas, y añade que su nombre en Castellano equivale al de Ciudad del Cielo.

—En cuyo caso, refunfuñó Sancho, aunque en tono tan bajo que nadie sino Pepe le oyó, hay poca necesidad de que llevemos por allá la cruz, que fué ideada para beneficio del hombre; no para enderezarla en medio del paraíso.

—Aquí veo dos islas grandes, señor almirante, prosiguió diciendo Pinzon, conservando fija la vista sobre el mapa; una de las cuales se llama Antilla, y la otra es la de Cipango, de la cual habla Vuesencia tan amenudo.

—Verdad es, Martín Alonso, y también advertis que están marcadas con tal exactitud, que es imposible marre el rumbo cualquier navegante, que vaya en busca de ellas. Estas islas están separadas una de otra precisamente doscientas veinte y cinco leguas marítimas.

—Segun nuestro cálculo, hecho acá en la Pinta, señor almirante, no podemos distar mucho de Cipango en este momento.

—Así parecerá en virtud de los cálculos aunque dudo algún tanto de su exactitud. Es un error común entre los pilotos el de adelantarse mucho á sus cálculos; pero en el presente caso, la aprensión os ha hecho atrasarlos visiblemente. Cipango está á distancia de muchos días de navegación del continente de Asia, y por lo tanto no puede hallarse muy lejos de este punto; (1) sin embargo las corrientes nos han sido contrarias, y me recelo que no nos hallemos tan próximos á la tal isla, como vos, buen Martín Alonso, y vuestros compañeros, imagináis. Haced que me devuelvan el mapa, y yo trazaré en él nuestra posición actual, á fin de que todos vean el motivo que tengan de regocijarse ó de entristecerse.

(1) Merece atención el que la ciudad de Filadelfia, se encuentra, en lo posible, donde el bonazo de Pablo Toscanelli supuso hallarse situada «la famosa ciudad de Quisay.»

Tomó Pinzon el mapa, y enrollándolo cuidadosamente, le puso un ligero peso y atándolo con una cuerda muy largo, lo arrojó abordo de la Santa Maria, así como un pescador tira al agua su anzuelo. Tan próximos se hallaban los buques en aquel instante, que no hubo dificultad en llevar á cabo esta comunicacion; despues de la cual, desplegando la Pinta un par de velas, en añadidura á las que ya flameaban en sus mástiles, ganó lentamente la delantera, pues que su superioridad de navegar, especialmente con vientos ligeros, era en todos tiempos aparente.

Hizo entónces Colon que se estendiese el mapa sobre una mesa en el alcázar, é invitó á cuantos quisieron para que se le acercasen, á fin de que con sus propios ojos viesen el preciso punto del océano donde suponía el almirante que se hallaban los bajeles. Como que la marcha de cada día estaba exactamente apuntada y medida sobre el mapa, por un conocedor tan esperto como lo era el gran navegante mismo, no hay duda que conseguiría manifestar á la gente, con la mayor proximidad posible, y prescindiendo de la deduc-

cion de distancia que intencionalmente hacia, la longitud y latitud adonde la espedicion habia alcanzado; y como esta operacion los tragese muy cerca de aquellas islas que se creía yacer al este del continente asiático, esta prueba palpable de su progreso tuvo un efecto mas positivo que ninguna demostracion que dependiese de un raciocinio abstracto, aun cuando estuviese fundada sobre premisas que se juzgasen como verdaderas; pues que la mayor parte de los hombres mas bien se sujeta á la autoridad de los sentidos que á la influencia del puro razonamiento. Los marineros no se metieron en averiguar de que manera se habia establecido como cierto el hecho de que Cipango estuviese precisamente sito en el punto que aquel famoso mapa demarcaba; pero como lo viesen allí marcado en líneas negras sobre el blanco pergamino, se hallaron dispuestos á creer que en toda verdad ocupaba el sitio en donde dibujado aparecia; y como la reputacion de Colon respecto al cálculo del camino que hacian las naves sobrepusase á la de los demas pilotos de la escuadrilla, se dieron los hechos por autentizados completamen-

te. Grande fué el júbilo en consecuencia; y los espíritus de los hombres pasaron otra vez desde el borde de la desesperacion á un exceso de ilusiones, producidas por la esperanza, las cuales, sin embargo, solo nacian para espirar al punto.

No hay duda que Colon hablaba con sinceridad en cuanto referencia tenia con el nuevo engaño, si esceptuamos tan solo la reduccion del cómputo. En mancomun con todos los cosmógrafos de aquel siglo, suponía el gran navegante que la circunferencia de la tierra era menor que su verdadera medida; pues que de hecho deducian del cálculo nada menos que la anchurosa estension del océano Pacífico. Que esta conclusion era muy natural, puede verse con solo ojear los hechos geográficos que poseian entónces los hombres instruidos, y sobre los cuales sus teorías estaban basadas.

Sabiase que un vasto océano limitaba por el este al continente de Asia, y que una aglomeracion de aguas, igualmente estensiva ceñía á la Europa por el occidente, dejando la plausible inferencia, en la suposicion de que la tierra fuese esférica, de que solamente al-



gunas islas existieran entre estos dos grandes linderos de tierra. Ménos de la mitad de la verdadera circunferencia del globo ha de hallarse entre los límites occidental y oriental del viejo continente, cual entónces se conocian; pero era un atrevido esfuerzo del ánimo *el de concebir aquel espantoso hecho, segun la condicion en que se hallaban los conocimientos humanos á fines del siglo decimo quinto.* Contentábanse pues las teorías con trazar las orlas del este y del oeste en un círculo mas reducido, pues que no hallaban datos para especulaciones mas latas; y creían que era un acto suficiente adelantado el de sostener que la forma de la tierra era esférica, Verdad es, que esta teoría era tan añeja como los tiempos de Tolomeo, ó tal vez algo mas antigua; pero hasta la añosidad de un sistema comienza á tornarse en argumento contra él, en la opinion del vulgo, luego que se transcurren siglos enteros y que no recibe confirmacion en virtud del sello de esperimentos actuales. Supuso Colon que su isla de Cipango ó del Japon, yacia á unos ciento y cuarenta grados de longitud occidental de la posición que en

efecto ocupa; y en el supuesto de que un grado de esa clase en la latitud del Japon, ó 35 grados norte, suponiendo que la superficie de la tierra sea una esfera perfecta, equivale á unas cincuenta y seis millas de estatuto, sigue-se que Colon habia adelantado aquella isla en su mapa mas de siete mil millas inglesas hácia oriente, ó á una distancia que en la materialidad pasaba de dos mil leguas marinas.

Todo esto, sin embargo, estaba no solo envuelto en profundo misterio, respecto á la gente ordinaria que á la expedicion pertenecia, sino que se hallaba fuera del alcance de los cálculos mas atrevidos del mismo gran navegador. Los hechos de esta naturaleza, estan muy lejos «no obstante» de rebajar en lo mas minimo la gloria de los vastos descubrimientos que tuvieron lugar en seguida; pues que prueban só que desventajas morales se concibiera la expedicion, y bajo que grado tan mezquino de conocimientos llegó por fin á triunfar.

Mientras asi se hallaba ocupado Colon con su mapa, era curioso ver el modo con que los marineros vigilaban sus movimientos mas

leves, estudiaban la espresion de su semblante grave y sereno, y se desvivian por leer en la contraccion ó despliegue de sus ojos, el destino que á caberles iba. Los caballeros oficiales de la Santa Maria estaban apegados á él, y aquí y acullí algun viejo timonel se atrevia á arrimarse por todos lados, para atisvar el lento progreso de la pluma; ó bien para ponerse bastante á la vista á fin de notar la esplicacion de un problema. Entre estos se veia al insigne Sancho, quien tenia fama de ser uno de los marineros mas espertos de la escuadra, en todas aquellas cosas, cuando menos, en que no hacia falta el estudio de las aulas. Colon se volvió hácia estos hombres, y hablóles con blandura, procurando hacerles comprender una parte de su obligacion, que veian practicar diariamente, sin llegar á conseguir un conocimiento teórico de ella, señalándoles especialmente la distancia que transcurrido habian, y la que aun les quedaba que atravesar. Otros tambien menos experimentados, pero no por eso menos ansiosos, de entre la tripulacion, si subieran á las jarcias; desde donde les era fácil registrar la escena, é ima-

ginábanse que presenciaban unas demostraciones, procedentes de teorías. la comprensión de las cuales eran tan superiores á los poderes de su entendimiento, como á los de su visión física el ver las Indias anheladas. A medida que los hombres se hacen intelectuales, acogen las abstracciones, dejando que el dominio de los sentidos se refugie en el dominio del pensamiento. Sin embargo, hasta que esta mudanza nos acontece, nos alucina á todos extraordinariamente la exhibición de las cosas positivas. Las palabras que se hablan, rara vez producen el efecto de las palabras que se escriben, y hasta la alabanza ó la censura, que entraría en nuestros oídos ligeramente, y con liviano efecto, pudiera hacer un serio cambio en nuestras opiniones, si se nos presentase por el órgano de la vista. Así es, que hasta los marineros mismos que no podían comprender los raciocinios de Colón, se figuraban que les era dado comprender su mapa, y de la mejor gana del mundo creyeron que era preciso existiesen continentes é islas en los mismos puntos donde las veían tan claramente delineadas.

Después de esta mogigangá¹⁴¹, volvió la ale-

gría á reinar en la tripulación de la carabela capitana; y á Sancho, quien era considerado generalmente como adicto al partido del almirante, apelaron sus compañeros á fin de que les explicase muchas de las circunstancias ilustrativas del mapa salvador.

—¿Crees tú, Sancho, que sea Cipango tan grande como el almirante la tiene delineada en su carta? preguntóle uno quien desde el último extremo de la desesperación había pasado al opuesto punto. Que ahí está, nadie puede dudar, pues que parece tan perfectamente marcada en el mapa; cual pueden verla los ojos de cualquiera, como las islas de Madeira ó de Hierro.

—Así es, contestó Sancho, con toda seguridad, como lo puede ver cualquiera por su hechura. ¿No has reparado en los cabos, bahías y promontorios, qué bien señalados están? y cuidado que todo está dispuesto con tanta exactitud como si fueras el dibujo de una costa bien trillada. Ah! estos Genoveses son unos mareantes muy hábiles; y el señor Colón, nuestro jefe, no habrá venido hasta esta altura, sin saber la ensenada en que han de anclar sus caravelas.

En argumentos tan concluyentes hallaron consuelo los hombres mas toscos de la tripulacion; al paso que entre toda la chusma de la nave no habia un alma que no sintiese mayor confianza en el feliz término de la expedicion, desde que habia tenido una prueba ocular aparente de la existencia de tierra en aquella parte del océano, en que se hallaban.

Luego que cesó el coloquio entre el almirante y Pinzon, este último soltó velas á la Pinta, cuyo bajel habia lentamente adelantándose á la Santa Maria, é iba ahora algo mas de cien varas por su proa mientras ambas embarcaciones no hacian mayor camino que el de una milla por hora. En el momento que acabamos de mencionar, ó mientras los hombres estaban hablando acerca de sus esperanzas nuevamente despiertas, un viva hizo que todos dirigiesen la vista al buque compañero donde se vió á Pinzon, puesto en pie sobre el alcázar, ondeando la gorra con éxtasis, y dando las pruebas acostumbradas de un estravagante deleite.

—Tierra! tierra! señor, gritaba el piloto:

reclamo la recompensa! Tierra! tierra!

—¿Hacia adonde, buen Martín Alonso,? preguntóle Colon con tal ansia que le temblaba la voz notablemente. ¿Hacia que punto habeis descubierto á tan apreciable vecina?

—Aqui, hacia el sud-oeste,—señalando en esa direccion—una cordillera de montañas, turbias pero nobles, y cuales pudieran satifacer los deseos del Padre Santo mismo.

Todos los ojos se fijaron en el sud-oeste, y alli en verdad figuráronse que descubrian las pruebas anheladas de su oróspero éxito. Una masa tiznada y nebulosa, se veia en el horizonte, mas distintamente diseñada que lo son por lo comun las nubes, y apesar de eso tan confusa que se necesitaba una vista muy esperta para sacarla de la oscuridad del vacío. De este modo suele aparecerse la tierra á los navegantes, en ciertas y peculares condiciones de la atmósfera; mientras los hombres que no son de la mar rara vez consiguen descubrirla. Tenia Colon tanta práctica en los fenómenos del océano; que todas las caras abordo de la Santa Maria se volvieron hácia él, en muda espectacion de la resulta, tan luego co-

mo hubieron dirigido sus miradas hácia el punto que señalaba la aguja. Era imposible equivocarse la espresion que se traslucia en el semblante del caudillo; que inmediatamente se puso encendido de deleite, y de piadoso entusiasmo. Descubriendo su venerable cabeza, echó una mirada hácia arriba, en señal de gratitud ilimitada, y luego doblóse de hinojos, para tributar á Dios públicas gracias. Fué esta la señal del triunfo, y apesar de todo, en su situacion desolada, no era el regocijo la sensacion que prevalecia en aquel momento. Asi como Colon, sintieron sus subordinados una absoluta confianza en Dios; y una idea de humilde y reprehendida gratitud se ocurrió á los espíritus de todos, como si fuera simultáneamente. Puestas de rodillas las tripulaciones de los tres bajeles, comenzaron á cantar de consuno «Gloria in excelsis Deo,» alzando la voz de la alabanza, por primera vez desde la fundacion de la tierra, en aquella profunda soledad del océano. Verdad es que entónces se cantaban maitines y visperas á bordo de la mayor parte de los buques cristianos; pero ahora el cantar sublime oyéronlo de boca del hombre

por vez primera, las ondas que en su poderio y en su calma habian estado alabando á solas á su Hacedor por tantos miles de años.

Gloria á Dios en las alturas! entonaron aquellos rudos marineros, cuyos ásperos corazones se hallaban ablandados á fuerza de escapatorias, peligros y venturas, hablando cual si fuesen un solo hombre, aunque modulando sus tonos á la armonia solemne del religioso rito... *y sobre la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu grande gloria! Oh Señor Dios! Rey celestial! Dios Padre Omnipotente!*¹⁴²

En este noble cántico, que pareceria allegarnos á los laudes de los ángeles, tan de cerca como los poderes humanos aproximarnos pueden, oíase distinta la voz del almirante; clara sí pero hueca y trémula de emocion.

Luego que tuvo este término el acto, subiéronse por las jarcias los marineros con el fin de asegurarse mas de su triunfo. Convinieron todos en que aquella sombra, débilmente delineada en el horizonte, era tierra, y al primero y súbito transporte de inesperado júbilo, succe-

dieron las sensaciones más arregladas de confirmada seguridad. Púsose el Sol un poco al norte de las turbias montañas, y la noche echó su velo en torno de la escena, cubriendo el océano de tinieblas tan densas como pueden hallarse bajo un Cielo tropical y sin nubes. Luego que se estableció la primera guardia, Colon, que siempre había perseverado en seguir un rumbo preciso á occidente, según se creía siempre que el viento soplaba próspero, mandó, á fin de satisfacer los deseos de la gente, que los buques soslayasen al sud-oeste, por guía de brújula, lo que equivalía en efecto á navegar al oeste sud-oeste cuarta al sud. Arreció la ventolina, y como supusiese el almirante que la tierra estaba unas veinte y cinco leguas, cuando se la viera por última vez, todos cuantos iban en la pequeña escuadra confiaban á ojos cerrados en que obtendrían por la mañana una vista plena y completa de la tierra. El mismo Colon alimentaba esta esperanza, aunque varió de mala gana su rumbo, pues que se consentía en que el continente habría de hallarse tan solo con navegar al oeste clavado, ó lo que él creía que era

esta dirección, aunque no podía estar seguro respecto á encontrarse con alguna isla.

Pocos fueron los que aquella noche se entregaron al sueño sin cuidado. Visiones de orientales riquezas, y de maravillas levantinas se agolpaban á las mentes de los menos cavilosos, convirtiendo sus ensueños en pesadillas que tenían por pesadumbre cargas enteras de oro, y anticipaciones de portentos nunca vistos. Salían los marineros de sus hamacas á cada instante, á fin de trepar por las cuerdas, atisvando alguna nueva señal de su cercanía á las deseadas costas, y en vano ponían en tortura sus ojos, con la esperanza de penetrar á través de las tinieblas, en busca de objetos á los cuales la fantasía había ya comenzado á señalar formas demarcadas. En el discurso de la noche, corrieron los barcos en línea recta hácia el sud-oeste, diez y siete de las veinte y dos leguas que Colon suponía constituir la distancia que le separaba de su nuevo descubrimiento; y poco antes que rompiese el alba, estaba en pié todo viviente abordo de los tres buques, con la esperanza de ver abrirse el panorama del día en torno de un espectáculo tan codiciable, que

ya suponían importaba muy poco el haber andado hasta tan lejos, ni el haberse arriesgado tanto á trueque de gozar de su vista.

—Por allá se asoma en el oriente un destello de luz, señor almirante, gritó Don Luis con jubilosa voz, y ahora podemos reunirnos para nombraros el hombre mas célebre del mundo.

—Todo consiste en Dios, jóven amigo, contestó Colon, sea que la tierra esté ó no cerca de nosotros, ella constituye el límite del océano occidental, y en busca de ese límite navegar debemos. Teneis razon, en verdad, querido Guierrez; la luz comienza á verse por el margen oriental de la mar, hasta formar un arco en la bóveda sobre ella.

—Ojalá que por hoy tan solo se le antojase al Sol salir en el occidente, para que pudiésemos coger la primera vislumbre de nuestras nuevas posesiones en aquella radiosa parte del Cielo, que sus vinientes luces están iluminando tan gloriosamente sobre el trozo de océano por donde acabamos de transeurrir.

—Eso no puede acontecer, Maese Pedro, pues que Febo ha viajado diariamente en torno de nuestro planeta, de este á oeste, des-

de que el tiempo comenzó, y proseguirá caminando así hasta la consumacion de los siglos. Este es un hecho sobre el cual podemos prestar confianza á nuestros sentidos, aun cuando nos descarrien en otras muchas cosas. Así raciocinaba Colon, un hombre cuya alma se habia adelantado al siglo, en su favorito estudio, y quien por lo comun se ostentaba tan sereno y filosófico; simplemente porque raciocinaba cohibido con los grillos de la costumbre y de la preocupacion. El célebre sistema de Tolomeo, ese estraño compuesto de verdad y de error, era la ley astronómica favorita de aquellos dias. Copérnico que era á la sazón muy jóven, no redujo los justos cálculos de Tolomeo—justos en cuanto á su bosquejo, al paso que fantásticos en sus conexiones tanto de causa como de efecto—á la exactitud científica hasta muchos años despues del descubrimiento de las Américas; y es una prueba muy fuerte de los peligros que acompañaban el progreso del entendimiento, que obtuvo en galardón de sus vastos esfuerzos en pró de la razon humana, una escomunión por parte de la Iglesia, cuyas maldiciones efectivamente afec-

taron su alma, cuando no á su cuerpo, hasta muy pocos años de la fecha en que escribimos. Esta sola circunstancia demostrará al lector lo mucho que tenia que superar nuestro navegante para llevar á cabo el grandioso proyecto que ideado hubiera.

Pero mientras tanto, va rayando el dia, y comienza á difundirse la luz sobre el completo panorama de cielo y mar. Luego que hubo proporcion, cada mirada abrazó ansiosa todo el horde del horizonte occidental, y quedóse helado al momento cada corazon, al punto que se confirmaron las sospechas de que no descubriera tierra á la vista. Habia pasado el bajel durante la noche, aquellos límites del horizonte visible, sobre los cuales se establecieran las masas de nubarrones, y nadie podia dudar ya que sus sentidos se hubiesen engañado por medio de alguna peculiaridad accidental de la atmósfera. Todos los ojos se fijaron de nuevo en el almirante, quien, al paso que sentia el chasco con todas veras, conservaba aquella su arrogante serenidad que no era tan fácil descomponer.

—No son raros en la mar estos fenómenos,

señores, dijo á los que le rodeaban, alzando la voz bastante para que todos le oyesen, aunque rara vez se presentan con tanta alevosia como el que acabamos de presenciar. Cuantos están acostumbrados á la vida marinera, los han visto á menudo, y como hechos físicos, han de contarse cual apariciones que ni nos favorecen ni nos perjudican. Como agüeros, cada cual juzgará de ellos segun la confianza que tenga en Dios, cuya gracia y misericordia para todos nosotros, supera un millon de veces á nuestros merecimientos, y asi sería, aun cuando le entonásemos *Gloria in excelsis*, desde la mañana hasta la noche, mientras conservásemos aliento para tan sagrada ocupacion.

—Y sin embargo era tan fuerte nuestra esperanza, Don Cristóval, observó uno de los circunstantes, que hallamos difícil el resignarnos á chasco tan cruel. Hablais de agüeros, señor, ¿pero hay alguna señal física de que nos hallemos próximos á Catay?

—Los agüeros vienen de Dios, si de alguna parte. Constituyen una especie de milagros que preceden á los sucesos naturales, asi como

los verdaderos milagros los sobrepujan. Creo que esta expedición emana del Altísimo, y no veo que haya irreverencia en suponer que esta aparición de la tierra se haya amontonado á lo largo del horizonte, á fin de alentarnos cual signo consolador á la perseverancia, y cual prueba de que nuestros trabajos serán recompensados á lo último. No puedo decir, sin embargo, que pasen de medios naturales, pues que estas ilusiones son muy familiares á nosotros los marineros.

—Procuraré considerarlo en ese sentido, Don Cristóval; repuso el otro con gravedad y terminó así la conversación.

La desaparición de las tierras, que con tanta confianza se había creído, produjo en las naves una profunda tristeza, y tornó en melancolía otra vez el gozo de las tripulaciones. Prosiguió el almirante navegando al oeste directo, con arreglo á la aguja, ó al oeste sudoeste, en realidad, hasta el medio día, á cuya hora, cediendo á los ardientes deseos de los que le rodeaban, volvió á sesgar el rumbo mas hácia el sud-oeste. Siguióse esta dirección hasta que los bajeles hubieron andado lo

bastante en aquella línea, para que no cupiese duda de que la gente había sido engañada por un grupo de nubes, en la tarde precedente. Por la noche, cuando ya no quedaba la esperanza mas ligera, torciéronse al oeste los buques otra vez, corriendo en el discurso de las veinte y cuatro horas, treinta y una leguas buenas; pero que se hizo saber á la marinería no habían ascendido á veinte y cinco.

Durante varios días consecutivos, no ocurrió ningun cambio material. Siguió favorable el viento, aunque con frecuencia tan ligero, que hacia andar los barcos muy suavemente, reduciendo el progreso del entero día muchas veces á poco mas de cincuenta millas de medida inglesa. La mar estaba en calma, y de nuevo se encontraron yerbajos, aunque en cantidades mucho mas pequeñas que anteriormente. El día 29 de Setiembre, ó el cuarto sol despues que Pinzon había gritado «tierra,» volvió á verse una paviota, y como era opinion recibida entre los navegantes, que esta ave nunca se alejaba mucho de las costas, reviviéronse algunas débiles esperanzas momentáneamente al verla pasar. Otros

dos pelicanos aparecieron poco despues, y el aire estaba tan blando y balsámico, que Colon declaró que solo faltaba el ruiseñor para hacer las noches tan deliciosas como las de Andalucia.

De este modo fueron y vinieron aves, excitando esperanzas que siempre tenian por éxito la frustracion; volando á veces en tales números, que hacia absurda la idea de que vagasen sobre el desierto acuoso, sin estar seguras de su destino. Otra vez llamó la atencion del gefe y de sus súbditos la inconsecuencia de la aguja de marear, uniéndose todos en la opinion de que aquel fenómeno solo podia explicarse en virtud de los movimientos de la estrella. Llegó por fin el primer dia de Octubre, y los pilotos de la capitana se pusieron de todas veras á formar sus cálculos, con el objeto de averiguar la distancia que transcurrieran. Habíanles engañado, asi como á los demás, los artificios de Colon, y ahora se acercaron á este, que estaba en su puesto ordinario sobre el alcázar, á fin de presentarle las resultas de sus cómputos, con unos semblantes que eran indices fieles de la alarma que sentian.

—Nos hallamos nada ménos que á quinientas sesenta y ocho leguas al oeste de Ferro, señor almirante, dijeronlo ambos pilotos á una; distancia tremenda para haberse atrevido á lanzarse los hombres sobre el seno de un desconocido océano!

—Tienes razon, honrado Bartolomé, repuso con calma el gran navegante, aunque mientras mas alla nos aventuremos, mucha mayor habrá de ser nuestra gloria. Tu cálculo no llega aun al verdadero, pues que este mio, que no es un secreto para nuestra gente, dá hasta quinientas ochenta y cuatro leguas; lo que adelanta á tu cálculo mas de seis. Pero, despues de todo, apenas aventaja este á un viage desde Lisboa á Guinea, y no somos hombres á quienes puedan echar la pierna los marinos del rey Don Juan.

—Ah! señor almirante, los Portugueses tienen sus islas de trecho en trecho, y el viejo mundo pegado á sus codos; mientras nosotros, en caso de que esta tierra no saliese sor verdaderamente una esfera, estamos allegándonos mas y mas cada hora á su borde, y vamos acorriendo hácia peligros inauditos!

—Anda, Bartolomé! estas hablando como un marinero de agua dulce, quien nunca se ha visto impelido hácia la parte exterior de su barra por una brisa terral de alguna fuerza, y que juzga hallarse espuesto á riesgos mayores de los que nunca sufriera hombre nacido, porque encuentra algo salada el agua con que humedece su lengua. Mostrad sin miedo ese cálculo á la gente, y procurad sacar fuerzas de flaqueza; ya hablaremos de estos recelos vuestros á la sombra de los bosquecillos de Catay.

—Este hombre tiene un miedo cerval, observó con frescura Don Luis, mientras el piloto se alejaba del alcázar con tardio paso y pesado corazon. Hasta vuestras seis cortasleguas añadieron peso á su espíritu. El número quinientos setenta y ocho era terrible; pero el de quinientos ochenta y cuatro le dejó caer sobre el alma una carga de plomo.

—¿Y qué hubiera pensado, si yo le hubiese hecho conocer la verdad que hasta vos mismo ignorais, jóven conde?

—¿Creo que no teneis desconfianza de mis nervios, Señor Don Cristóval, para reservar de mi tambien ese secreto?

—No debia portarme asi, señor Don Luis, segun creo; pero un hombre llega á desconfiar hasta de si mismo, cuando asuntos de inmensa gravedad estan pendientes de un hilo. ¿Teneis alguna idea verdadera del camino que hemos andado hasta aqui?

—Yo no, por Santiago señor! Bástame el que nos hallemos lejos de Doña Mercedes, y poco importa una legua mas ó ménos de distancia. Si vuestra teoria es verdadera, y resultase que la tierra sea redonda, á lo ménos me queda el consuelo de que podamos regresar á España, solo con seguir al Sol en su curso.

—Siempre habeis de tener alguna nocion general de nuestra verdadera distancia de la isla del Hierro, pues ya sabeis que para la gente resulta cercenada todos los dias.

—Para deciros la verdad, señor Don Cristóval, la aritmética y yo nos profesamos muy leve cariño. Por mi vida, que jamas me fué posible ajustar la exacta suma de mis propios haberes, ni apuntarlos en guarismos, aunque no me seria tan difícil sacar la cuenta, segun mi cálculo particular! Si la verdad ha de de-

cirse, sin embargo, creeria que vuestras quinientas ochenta leguas pudieran buenamente hacerse subir á algunas seiscientas diez ó seiscientas veinte.

—Añadid otras ciento y no estareis muy distante de la verdad. Nos hallamos en este instante á setecientas siete leguas de Hierro, y acercándonos á toda prisa al meridiano de Cipango. Despues de otra próspera tirada de unos diez dias, ya empezaré de todas veras á esperar que descubramos el continente de Asia.

—Esto es viajar mas aprisa de lo que yo creia, señor Don Cristóval, contestó con incurria el conde; pero vamos adelante, á lo ménos habrá uno de vuestros seguidores que no se quejará aunque demos vuelta al completo mundo.

CAPITULO XII.



¿Que mar, que playa es esa, me advina?
El golfo y el peñon de Salamina.

BYRON. 143

II **ACIA** ya veinte y tres dias que los aventureros perdieran la tierra de vista, todo cuyo tiempo, esceptuando unas pocas variaciones de viento muy inmateriales, y uno ó dos dias de calma, habian ido adelantando hácia el occidente, con toda firmeza, y con un pequeño sesgo al sur que divagaba entre una cuarta parte de un punto y punto y cuarto, aun cuando este último hecho les fuese totalmente des-

conocido. Habíanse hinchado tantas veces sus esperanzas para verse desventadas en pos, que una especie de tristura arraigada, comenzaba á reinar entre los marineros, á la que hacian desaparecer de cuando en cuando los gritos irregulares ó inciertos de: «tierra! tierra!» al producir las nubes en el horizonte sus acostumbrados engaños. Siempre no obstante continuaban sus espíritus en aquel estado febril que admite de cualquier repentino cambio; y como la mar seguia tan lisa como las aguas de un rio, y el temperamento blandísimo, no habia causa para un abierto desespero. Argüia Sancho, como de costumbre con sus camaradas, oponiéndose á la ignorancia y locura, con el dogmatismo y la impudencia, mientras Luis, sin sabiendas producía mucho efecto en los ánimos de sus asociados, en virtud de su confianza y de su jovialidad. Colon permanecía sereno, respetable y reservado, con su esperanza anclada especialmente en la justeza de sus teorías, mientras continuaba resuelto á conseguir el finiquito de sus planes. Siguió soplando bonancible el viento, como antes, y en el discurso de la noche y del día 2 de Octubre, navegaron los

buques unas cien millas mas adentro de aquella mar misteriosa y desconocida. Los yerbajos flotaban ahora en direccion occidental, lo que denotaba un cambio de mucha consideracion, pues que en los dias anteriores las corrientes iban, por la mayor parte, siguiendo un opuesto rumbo. El dia tres fue aun mas próspero, pues que el camino que se hizo rebasó de cuarenta y siete leguas. Comenzaba ya el almirante á suponer que habia pasado las islas, señaladas en su mapa, y con la alta resolucion de un hombre acostumbrado á conceptos grandiosos, decidióse á poner la proa en derechura al oeste, con la intencion de llegar sin tropiezo á las playas de Indias. El día 4 fué aun mejor que los dos ante mencionados, pues que la escuadrilla siguió avante á todo trapo, sin sesgar de su rumbo, hasta que no hizo ciento ochenta y nueve buenas millas de camino, la distancia mayor que en un día hasta entonces habia conseguido trasponer. Esta tirada, tan formidable para unos hombres que empezaban á contar cada hora y cada legua con visible desazon, se calculó para cuantos iban á bordo, como ascendiendo solamente á ciento treinta y ocho millas.

El Viérnes, día 5 de octubre, empezó aun mas favorablemente, hallando Colon que su bajel se deslizaba por las aguas,—pues que no habia mar para que cabecease ó se meciese— á razon de unas ocho millas por hora, lo que era ir mas velozmente de lo que nunca le habia acontecido, y el camino de aquel dia hubiera sobrepujado en mucho al del anterior, á no haber caido el viento por la noche. Asi como asi, no obstante, separó los de Hierro una nueva distancia de cincuenta y siete leguas que para el entender de la tripulacion quedaron reducidas á cuarenta y cinco. El dia siguiente no produjo mudanza ninguna material, y la Providencia parecia impelirlos con una premura que no pudiera tardar en resolver el gran problema, cuya solucion por tan largo tiempo discutiera el almirante con los hombres científicos. Ya era de noche, cuando la Pinta se dejó caer hácia el costado de la Santa Maria, hasta que se puso tan cerca que le fué fácil hablarla sin el auxilio de la bocina.

—¿Está en su puesto el señor almirante, como se le encuentra á todas horas? preguntó Pinzon, hablando presurosamente cual uno

que se siente abrumar con algun negocio de importancia. Veo que hay gente sobre el alcázar; pero ignoro si el señor Don Cristóval se encuentra entre ella.

—¿Qué se os ofrece, buen Martin Alonso?, contestó el almirante; aqui estoy, atisvando las costas de Cipango ó de Catay; sea cual fuere la primera de estas tierras, que Dios en su bondad se digne enseñarnos.

—Encuentro tantas razones para que variemos nuestro rumbo mas al sur, noble almirante, que no he podido resistir al deseo de aproximarme y deciroslo. La mayor parte de los descubrimientos recientes han tenido lugar en las latitudes meridionales, y haríamos bien con sesgar un poco mas hácia el sur.

—¿Hemos ganado algo hasta ahora con variar nuestro rumbo en esa direccion? Parece que anhelaís ir en busca de climas meridionales, digno amigo, mientras á mi entender, nos hallamos ahora dentro del paraiso de dulzuras que buscamos, con la excepcion de que solo nos falta descubrir la tierra. Podran existir islas al sur y aun al norte de nosotros; pero el continente lo tenemos al oeste clavado.

¿A qué abandonar lo cierto por lo dudoso?
 ¿A qué desviarnos de Cipango ó de Catay, para ir en busca de otros parages, gratos sin dudas y fragantes con sus especias no hay duda; pero sin nombre, y que jamás puedan rivalizar con las glorias del Asia, ni respecto á descubrimiento ni respecto á conquista?

—Ojalá, señor, que pudiese convenceros á llamaros un poquito mas hácia el sur.

—Vamos, Martín Alonso, haya paz con tus peticiones. Mi corazón está en el oeste, y hácia allá me dicta el raciocinio que lo siga. Primero escuchad mis órdenes, y en seguida llevadlas á vuestro hermano Vicente Yañez, comandante de la Niña, á fin de que él tambien las obedezca. En caso que alguna ocurrencia nos separase durante la oscuridad, será la obligacion de todos nosotros mantener la proa firme hácia occidente, y procurar reunirse de nuevo con sus compañeros, pues que seria tan triste como inútil andarnos vagando aisladamente por este desconocido océano.

Pinzon aunque visiblemente muy disgustado, se vió en la necesidad de obedecer, y despues de un corto aunque vivo altercado con su

almirante, hizo el capitán de la Pinta que orzase su nave en direccion de la otra faluca á fin de comunicarle las órdenes que de recibir acababa.

—Martín Alonso comienza á vacilar; observó Colon á Luis. Es un hombre audaz y en extremo hábil, pero la firmeza de propósito no es su cualidad predominante. Debemos impedir que siga los impulsos de su propia debilidad, en virtud de nuestra autoridad superior. Catay! Catay es mi única mira!

Pasada le media noche arreció el viento; y por espacio de dos horas deslizáronse blandamente las caravelas por la superficie del alisado océano, con su ligereza máxima, la que equivalia á andar en la hora nueve millas inglesas. Pocos se desnudaron, á no ser para mudarse de ropas, mientras Colon mismo permaneció sobre el alcázar toda la noche dormitando sobre un trozo de lona vieja. Acompañábale Luis, y ambos estuvieron en pié con los primeros albos del día. Un comun sentimiento era el prevaleciente entre todos; que la tierra se hallaba á mano, y que iba á hacerse un descubrimiento grandioso. Los soberanos habian prometido una

renta vitalicia de diez mil maravedies anuales al que primero columbrase tierra, y no habia ojo que alerta no estuviera, ni boca que no fuera preparada, para ganar el premio tan luego como la ocasion lo proporcionase.

A medida que la luz se esparramaba, difundiendo sobre el borde del océano, en el horizonte occidental, creyeron todos que divisaban apariencias de tierra, y con la mayor ansia se aglomeró vela sobre vela en los diversos barcos, á fin de hacer el mayor camino posible, para que las respectivas tripulaciones disfrutasen ahora de las mejores y mas precoces probabilidades de obtener la primera vista. Sobre este punto, las circunstancias equiparaban singularmente las ventajas y desventajas entre las naves competidoras. La Niña se tenia por la mas velera en aguas lisas y ventolinas suaves, pero tambien era la embarcacion de menor porte. Seguiala la Pinta con respecto á andadura general, y siendo de tamaño intermedio del de sus dos consortes, ganaba á entrambas la delantera siempre que refrescaba la brisa, al paso que la Santa Maria, última de todas las tres caravelas en punto á

marcha, tenia los mástiles mas altos, y por lo tanto dominaba mayor bojeo de horizonte.

—Hoy los sentimientos de lealtad son los que llevan la guia, Señor Don Cristóval, dijo Luis, que estaba al lado del almirante, atisvando la expansion de la luz, y en cuanto tienen facultad ojos humanos, pueden esperar los nuestros descubrir tierra de aqui á poco. La tirada última ha escedido toda esperanza, y tierra hemos de tener, aunque nos costase el trabajo de sacarla del fondo del océano.

—Alli está Pepe, el honrado marido de Mónica, encaramado sobre la gavia mas elevada, y sacando sus ojos de quicio para mirar hácia occidente, dijo sonriéndose Colon. Todo su afan tiene por objeto ganar el galardón. Diez mil maravedies de renta anual constituirian en verdad algun resarcimiento por las penas que estará sufriendo la viuda esposa y huérfano hijo.

—Tambien se rebulle de veras Martin Alonso, señor. Ved cual suelta todo trapo á la Pinta; pero Vicente Yañez va pisándole los talones, y parece estar resuelto á ser el primero que cumplimente al Gran Khan, sin hacer ca-

so del derecho de primogenitura de su hermano mayor.

—Señor!... Señores! berreó á la sazón el ilustre Sancho, desde la gabia en que estaba sentado con tanta soltura como lo estaria una dama de nuestros tiempos en su cómoda otomana; la faluca nos está haciendo señales.

—Verdad es... gritó Colón, Vicente Yañez acaba de izar el pabellón de la reina, y ahí suena el traquido de una bombardita para anunciarnos algún grande acontecimiento.

Como eran estas las señales convenidas en caso de que alguno de los buques descubriese tierra antes que sus compañeros, poca duda se tuvo de que la carabela que navegaba delantera hubiese anunciado por fin, con toda certidumbre, el éxito final de la expedición. Sin embargo, tenían todos muy presente el último chasco tan grave, y aunque todos devotamente vertieron su gratitud en votos mentales, quedáronse sellados sus labios mientras que las resultas no revelasen la verdad. Apesar de todo, dióse al viento hasta la última tira de trapo, y parecia que los bajeles, por sí mismos, apresuraban hácia el oeste su car-

ra, cual pajarillos lasos de un vuelo inusitado hacen los últimos esfuerzos con sus gastadas alas, al barruntar repentinamente que está próximo un punto de descanso, que columbran dudosamente en la lontananza, á merced de su aguda vision y de un activo instinto.

—Sin embargo, transcurrióse una hora tras otra, sin que se confirmase tan bendita nueva. El horizonte occidental se presentó cubierto de cerrazón y de nubes toda la mañana, engañando hasta los ojos mas prácticos; pero luego que se adelantó el día, y que los buques procedieron mas de cincuenta millas hácia el oeste, se hizo imposible el no atribuir las esperanzas de aquella mañana á una nueva ilusión óptica. Tan completo abatimiento en los ánimos sucediérase á este chasco, que fue mucho mayor que cuantos golpes de esta especie se habian recibido hasta entónces, y el descontento que de resultas estalló no se reprime ya con el mas leve disimulo. Argumentábase que alguna influencia maligna urgia adelante á los aventureros, con la mira de abandonarlos finalmente á la desesperacion y á la ruina en un desierto de aguas. En este ins-

tante fué cuando Colon, segun se dice, vió-se obligado á hacer condiciones con sus secua-ces, estipulando que abandonaria totalmente la empresa, si esta dejaba de producir el éxi-to deseado en cierto número de dias. Pero esta debilidad se ha atribuido falsamente al gran navegante, quien jamas perdió el ple-no ejercicio de su autoridad, aun en los mo-mentos mas tenebrosos de duda; sosteniendo su propósito y envalidando su poder, con la misma firmeza y calma, en aquellos parages, que eran, segun algunos, los remotos bordes de la tierra, cual lo habia hecho en los pacíficos rios de la España.

—Conforme á mi cálculo privado, amigo Don Luis, nos hallamos ahora á mil leguas com-pletas de la isla del Hierro, dijo Colon á su jóven camarada, en una de sus conferencias secretas que tuvo lugar despues de oscurecido, y ya es tiempo de que esperemos divisar el continente de Asia. Hasta aqui solo he busca-do islas; y eso que no tenia muchas esperan-zas de topar ni aun con ellas, no obstante que Martin Alonso y los pilotos han sido algo ade-lantados en sus expectativas. Sin embargo, las

grandes bandadas de aves, que se han presentado hoy, parecerian invitarnos á seguir sus vuelos, pues que no hay duda que su objeto es lle-gar cuanto antes á tierra firme. Por lo de-más, variaré el rumbo algo hácia el sud, aun-que no tanto como lo desea Pinzon; porque Catay es siempre el punto de mis afanes.

Dió Colon las órdenes necesarias, y las otras dos caravelas se pusieron al habla con la Santa Maria, y luego se mandó á sus comandantes que siguiesen rumbo al oeste-sud-oeste. La razon para disponer esta mudanza fué la de haber-se visto volar tantas aves en aquella direc-cion. Era la idea del almirante proseguir este curso durante dos dias. Apesar de esta varia-cion, no se descubrió tierra en toda la maña-na; pero como el viento soplase blando, y los bajefes hubiesen andado tan solo cinco leguas desde que se mudára el rumbo, produjo el chas-co menor disgusto que ordinariamente. A des-pecho de su incertidumbre, todos cuantos iban en los buques se refocilaban ahora con la balsá-mica suavidad de la atmósfera, la cual halla-ron tan fragante, que respirarla era una deli-cia. Tambien los yerbajos se hacian mas abun-

dosos, y muchos de ellos estaban tan frescos, que parecían haberse desprendido de sus rocas nativas solamente un día ó dos antes. Varias aves, que sin disputa pertenecían á la tierra, se vieron también en bandadas considerables; cogióse una de ellas. Abundaban igualmente los patos por allí, y otro pelicano revoloteó en torno de las naves. Así se pasó el día 8 de Octubre, mientras los aventureros estaban henchidos de esperanza, aunque los buques solo aumentaron su distancia de las playas de Europa algunas cuarenta millas en el discurso de las veinte y cuatro horas. El día consiguiente no aportó mas novedad material que la de un cambio de viento, que obligó al almirante á variar su rumbo al noroeste, por espacio de algunas horas. Esto le desazonó algun tanto, pues que era su deseo navegar en direccion exacta al oeste, ó un poco sesgada hácia el sur, aunque dió considerable aliento á muchos de la marinería, quienes andaban asustados al ver que el viento soplaba siempre en una misma direccion. Si aun hubiera existido la diferencia, demarcaría su rumbo precisamente el que seguir deseára; pero ya á la sazón se hallaban en una latitud y

longitud, donde la aguja volvía á adquirir su poder, y tornábase fiel á su simpatía. En el discurso de la noche, volvieron los alisios á tomar su influencia, y por la mañana temprano el día 10 navegaban los buques de nuevo hácia el oeste-sud-oeste, según la brújula; rumbo verdadero, ó tan próximo al exacto como era posible.

Tal se presentaban las cosas cuando salió el sol por la mañana del 10 de Octubre de 1492. Había refrescado el viento, y todas las tres caravelas corrieron un largo el día entero, y á razón de cinco millas hasta diez cada hora. Las señales de hallarse próxima la tierra habían sido tan numerosas recientemente, que, á cada legua de océano que dejaban atrás, concebían los aventureros las esperanzas mas vivas de descubrirla, y casi todos los ojos abordo de los tres buques estaban clavados en el horizonte occidental, con el ansia de ser cada uno el primero en publicar el gozoso anuncio de su aparición. Sin embargo, hablábase dado ya con tanta frecuencia el grito de «tierra,» que Colón hizo saber á sus subordinados que el que lo profiriera otra vez sin motivo perdería to-

da opción á la recompensa prometida por los soberanos, aun cuando en lo futuro tuviese justas causas para preconizar tan grata nueva. Esta circular produjo mayor cautela, y no hubo lengua que se atreviese á descubrir sus ansias acerca de este punto, que absorbió la atención de todos, durante los esperanzosos y excitantes días 8, 9, y 10 de Octubre. Pero como su progreso en el último de los mencionados escediese al que se hiciera en los anteriores, atisvóse el cielo vespertino con una vigilancia que sobrepujaba á la que habia acompañado á la puesta del Sol en ninguna de las tardes antecedentes. Este era el momento mas favorable para examinar el horizonte occidental, pues que al retirarse la luz iluminaba toda la expansion acuosa por aquella parte, de modo que esclareciera á la vista todos sus arcanos.

—¿Es aquel un promontorio? preguntó Pepe á Sancho, en voz sumisa, al hallarse ambos sobre una misma verga, vigilando el limbo superior del Sol, mientras este glorioso luminar se hundía como una pestañeante estrella so el refulgente márgen del océano—¿ó es alguno

de esos engañosos vapores que tantas veces nos han chasqueado ya?

—No es una cosa ni otra, Pepe, contestó Sancho, como hombre de mayor calma y esperiencia: solo es una hinchazon de la mar, la cual siempre se ve rebullir hácia los bordes del océano. ¿Has presenciado nunca una calma tan chicha que describiese el agua en el horizonte una linea de circulo en perfecto nivel? No, no hay que esperar tierra por la parte del oeste esta noche, pues que el océano hácia ese lado está tan limpio como si navegásemos por las costas occidentales de la isla de Hierro, y nos pusiésemos á mirar á lo largo sobre los inmensos baldíos del Atlántico. Nuestro noble almirante podrá tener razon en lo que dice, Pepe, pero hasta ahora no lleva en su favor otra evidencia que la que pueden prestarle sus propios raciocinios,

—¿Y tambien tú, Sancho, tomas partido contra él? ¿tambien tú le tienes por un loco, deseoso de precipitar á otros á la destruccion, tanto como á sí mismo, con tal de morir siendo un almirante de hecho y un virey de fantasia?

—Yo no tomo partido contra hombre ninguno cuyas doblas toman partido con mi bolsa, porque eso equivaldria á reñir con el mejor amigo que pueden hacerse tanto los ricos como los pobres, y el cual es el oro. Don Cristóval es en verdad muy sabio, y una cosa ha dispuesto á satisfaccion mia, aun cuando ni él ni hombre ninguno de nosotros háyamos de ver en nuestra vida una sola joya de Catay, ni tener el gusto de arrancar un solo pelo de las barbas del Gran Khan; y esa es, que el mundo sea redondo; pues si hubiera sido plano, toda esta agua se escurriria por un lado muy bonitamente; á no ser que las tierras la sirviesen de espantajo. ¿Entiendes lo que te digo, Pepe?

—Toma, que sí; eso es muy razonable y está al alcance de la esperiencia de cualquiera. Mi Mónica juzga que este Genovés ha nacido para santo.

—Escúcha, Pepe. Tu Mónica es una mujer de juicio y de meollo, pues de lo contrario nunca te hubiera aceptado á ti por esposo, pudiendo haber escogido otro á sus anchas entre una docena de tus compañeros. En cierta

ocasion tambien yo le puse los puntos á esa moza, y le hubiera declarado mi sentir, toda vez que ella me hubiese llamado santo tambien; mas por desgracia se le antojó á la chica distinguirme con un apodo enteramente diverso. Ahora bien, dando de barato que sea un bienaventurado este señor Colon, no por eso le admiraria mucho mas, en cuanto á que nunca he topado con un santo, ni con una virgen tampoco que pudiese entender una jota de los cálculos y distancias de un paseillo tan corto como el que hay por mar desde Barcelona á Cádiz.

—Tu hablas con irreverencia de los santos y de las vírgenes, aunque sabes que nada puede ocultárseles.

—Yo? todo ménos eso. Ahí está nuestra madre y Señora de Rabida, que no sabe distinguir entre el sud-sud-este cuarta al sud, del nor-noroeste cuarta al norte. Para probarla me valí de cierto medio, y te digo que está tan ignorante de estas materias como tu Mónica lo está del modo con que la señora duquesa de Medina Sidonia saluda á su marido el noble duque, cuando su Escelencia vuelve de cazar con su alcon.

—Tambien apostaria yo cualquiera cosa á que la duquesa, si ocupase el lugar de Mónica, no sabria lo que decir cuando le avisasen que á recibirme saliese, como lo hará Mónica luego que volvamos de esta gran expedicion. Si nunca he ido á cazar conalcones; tampoco el duque ha navegado en su vida durante treinta y dos dias consecutivos con rumbo al oeste desde Hierro, y esto tambien sin ver la tierra, ni por el forro.

—Tienes razon, Pepe; ni tu tampoco has hecho este viage nunca y regresado á Palos despues. ¿Pero qué significa ese movimiento sobre la cubierta? Parece que agita á la gente alguna sensacion extraordinaria, al paso que me atrevo á jurar que no la produce el haber descubierto á Catay, ni el habervisto al Gran Khan reluciente como un carbunclo, y sentado en su trono de diamantes.

—Creo que es por no columbrarle asi ataviado, que la mayor parte se alborota. ¿No oyes cual prorrumpen en palabras amenazantes y airadas las bocas de esos hombres turbulentos?

—Por San Diego! si yo fuera Don Cristó-

val, habia de desquitarlo una dobla del salario á cada uno de esos bellacones, y abonar esa multa á hombres tan pacíficos como tu y yo, Pepe, que no tendríamos inconveniente en morirnos de hambre, mas bien que volvernos sin dar una ejeada á las regiones del Asia.

—Alguna verdad hay en lo que dices, Sancho. Bajemos á fin de que vea su Escelencia que tiene algunos amigos entre la tripulacion.

Accediendo Sancho á tal consejo, él y Pepe estaban ya sobre cubierta al próximo minuto. Ahora, en verdad, hallóse aquella chusma en un estado de mayor insubordinacion que nunca desde que la escuadra dejó las costas españolas. Esa continuacion tan larga de vientos favorable, y de sereno cielo, habia dado á aquellos hombres la esperanza de ver terminado en breve su viage, de tal suerte, que casi todos opinaban ahora que era su deber insistir en que la expedicion se abandonase, pues que parecia destinada á conducirlos únicamente á una inevitable destruccion. La disputa era bulliciosa y áspera; al paso que uno ó dos de los pilotos se inclinaban á creer con sus inferiores que toda perseverancia seria ciertamente inútil, y pudie-

ra ser funesta. Luego que Sancho y Pepe se reunieron á la turba, acababa esta de resolver se dirigiesen á Colon todos en masa, y exigieran, en términos positivos, el regreso inmediato de los bajeles á España. A fin de que esto se verificase con debido orden, Pedro Alonso Niño, uno de los pilotos, y un anciano gaviero, llamado Juan Martin, fueron elegidos como oradores. A este momento critico bajaban del alcazar el almirante y Luis, con el objeto de retirarse á su cámara, cuando se agolparon á ellos cuantos sobre la cubierta apiñados estaban, y veinte voces se oyeron gritar simultáneamente.

—Señor—Don Cristóval.—Esclentísimo señor almirante!

Paróse Colon y dió cara á los amotinados con tal calma y dignidad que hizo que á Niño se le viniese el corazon á la boca, y reprimió el arrojó de la mayor parte de sus secuaces.

—¿Qué queréis? preguntó con adustez el gran caudillo. Hablad, que un amigo os escucha.

—Venimos á pedir nuestras preciosas vidas, respondió Juan Martin, quien creia que su propia insignificancia podria servirle de égida—y auu mas, los medios de que no carezcan

para siempre de pan las hambrientas bocas de nuestras mugeres é hijos. Cuantos venimos aqui estamos hartos de esta inútil espedicion, y la mayor parte juzga que si dura por mas tiempo que el necesario para regresar, será la causa de que perezcamos por falta de viveres.

—¿Sabeis la distancia que hay entre nosotros y la isla de Hierro, pues que venis á verme con estas peticiones tan ciegas como mentecatas? Habla, Niño, porque advierto que eres del número, no obstante que pareces esquivarte.

—Señor, contestó el piloto, somos todos de un mismo modo de pensar. Comprometernos mas interiormente en este océano desconocido y sin termino, es tentar á Dios para que nos destruya por nuestra pertinacia criminosa. Es ocioso suponer que la ancha zona de agua, no hayasido colocada por la Providencia en torno de la tierra habitable, con el solo fin de que sirva de reproche á los que audazmente se empeñen en profundizar misterios, que estan fuera del alcance del entendimiento del hombre. ¿No nos dicen, señor, todos los eclesiásticos—incluso el pobre guardian de Santa Maria de Rábida,

vuestro propio y particular amigo—¿no nos predicán constantemente acerca de la necesidad de someternos á una miente divina, á la que jamás podremos igualar en sapiencia, y creamos sin empeñarnos en descorrer el velo que cubre las cosas incomprensibles?

—Fácil me sería, honrado Niño, contrargüirte con tus propias palabras, contestó Colón, y mandarte que confiases en aquellos, cuyos conocimientos jamás te será dado igualar, y que siguieras sumiso cuando no te hallas capaz de servir de conductor. Anda, anda; retírate con tus secuaces, y que no vuelva yo á oír mas de esto.

—Pero, señor, gritaron á una dos ó tres de los sublevados, no es justo que perezcamos sin hacer que se oigan nuestras quejas. Ya hemos seguido demasiado léjos, y aun ahora tal vez háyamos traspasado los límites de los océanos que pudiesen asegurarnos una fácil vuelta. Pongamos pues hácia España las proas de las caravelas, y hagámoslo esta noche misma, no sea que sucumbamos antes de regresar á nuestra patria bendita.

—Esto tiene visos de revuelta! ¿Cual de vo-

sotrose atreve en presencia de vuestro almirante á servirse de un lenguaje tan insubordinado y soez?

—Todos nosotros, señor! respondieron veinte voces á la par. Los hombres necesitan ser osados, cuando tiene pena de la vida su silencio.

—Sancho, ¿y tu también perteneces al partido de los revoltosos? ¿Confías que tu corazón está antojadizo de regresar á España, y que tu miedo mugeril es mas fuerte que tus esperanzas de gloria imperecedera y tus anhelos tras las riquezas y placeres de Catay?

—Si tal juzgais de mí, señor Don Almirante, ponedme á dar sebo al palo, y quitadme del timón, para siempre, cual si no fuese apto para vigilar los volteos de la estrella del norte. Meteos con vuestras caravelas viento en popa y suelto todo trapo dentro de los salones mismos del Gran Khan, y hollad hasta el su trono si tal os place; que siempre encontrareis á Sancho en su puesto sea en la bitácora ó cabe la son-dalesa. El nació en un dique, y por lo tanto tiene un deseo natural de ver hasta donde llega la pujanza de una nao.

—¿Y tu, Pepe, también has olvidado tu

obligacion hasta el punto de venir ante tu gefe apoyando semejante lenguaje? ¿Es este el respeto que se adeuda al almirante y virey de tu soberana, doña Isabela de Castilla?

—¿Virey de qué? exclamó una voz desde el centro de la turba, sin permitir que Pepe contestase. ¡Un virey con mando sobre las yerbas marinas, y que tiene por súbditos á los atunes, pelicanos y ballenas! Os decimos, señor Colon, que los Castellanos no estamos acostumbrados á trato semejante, pues que nos hacen falta descubrimientos mas sustanciales que unos campos de broza y unas islas de nubes!

—A casa! á casa! á España! á Palos! á Palos! berrearon á la vez casi todos, mientras Sancho y Pepe, saliéndose del grupo, corrieron á ponerse al lado de Colon.—No iremos una legua mas en direccion á oeste, porque esto seria tentar á Dios; pedimos al contrario, que se nos lleve á donde hemos venido, si, en verdad, ya no es demasiado tarde para conseguir tan milagrosa escapatoria.

—¿Y á quien hablais en ese tono tan ingrato, desvergonzados belitres, exclamó Luis, llevándose maquinalmente la mano á donde te-

nia costumbre de ballar siempre la empuñadura de su tizona. Ea! alejaos, ó.....

—No os altereis, amigo Pero, y dejad que yo maneje este asunto, interrumpió el almirante, cuyo reposo apenas habia sido inquietado por la violenta conducta de sus súbditos.— Escuchad lo que á deciros voy, hombres toscos y rebeldes, y recibase esta como contestacion definitiva mia, á esa y á todas cuantas exigencias del mismo jacz hayais pretendido, ó en lo futuro á pretender os atrevierais. Esta expedicion se ha hecho á la vela por mandato y voluntad de nuestros soberanos conjuntos, vuestros regios amos, con espreso intento de atravesar la completa anchura del océano, hasta que pueda llegar á las playas de la India. Ahora venga lo que viniere, no serán chasqueadas estas grandes espectaciones; sino que á oeste hemos de caminar hasta que la tierra nos detenga. En pró de esta determinacion responder hé con mi vida misma. Tened cuidado que la de algun otro no corra peligro por haberse resistido á los regios mandatos, ó por falta de respeto y obediencia al autorizado sustituto de sus Altezas, y desde luego de-

signo al hombre, que leyes tan sagradas quebrante, para imponerle un egemplar castigo. Con esto ya sabeis mi plena determinacion, y guardaos de despertar las iras de aquellos, cuyo desagrado puede seros mas fatal todavia que estos soñados riesgos del oceano.

Mirad á lo que teneis delante, por el lado del miedo, y pensad en lo que teneis delante por el lado de la esperanza. En el primer caso, todo lo habeis de recelar de la cólera de los soberanos, toda vez que procedais á resistir su autoridad por medios violentos, ó lo que es mas que probable, una certidumbre de que os sea ya imposible alcanzar las costas de España por falta de agua y viveres, si rebelandoos contra vuestro legitimo gefe, os empeñaseis en regresar. Para esto, ya es demasiado tarde. El viage al este debe, respecto á tiempo, ser doble del que acabamos de verificar, y ya las caravelas comienzan á tornarse ligeras porque tienen vacías la mayor parte de las barricas y botas. Tierra, y tierra en esta region se nos hace ahora indispensable. Mirad ahora el reverso de la medalla. Ante nosotros está Catay con todas sus riquezas, sus nove-

dades y sus glorias! Una region mas maravillosa que cuantas al hombre habitára nunca, y ocupada por una casta de seres tan mansuetos como hospitalarios y justos. A esto debe añadirse la aprobacion de los soberanos y el renombre que pertenecerá hasta al mas humilde marinero de esta flota, que varonilmente haya ayudado á su almirante en la egecucion de tan vasto designio.

—¿Y si os obedecemos, señor, durante los tres dias venideros, pondreis, al terminar estos la proa hácia España, dado caso que la tierra no llegue á descubrirse? gritó una voz de entre la turba.

—No... nunca, repuso Colon con entereza. Mi rumbo es en busca de la India, y en pos de la India navegar hé, aun cuando se necesite otro mes para dar fin al viage. Retiraos pues á vuestros puestos ó á vuestras hamacas, y que yo no vuelva á oiros hablar de semejante materia.

Habia tanta dignidad natural en las maneras de Colon, y cuando hablaba airado llevaba consigo su voz un acento tan cortante de reproche, que escedia al atrevimiento de unos

hombres ordinarios el contestar cuando una vez les impusiera silencio. Dispersáronse adustos los amotinados, aunque no por eso se habia aplacado el disgusto. Si entónces la expedicion hubiese constado de un solo bajel, es muy probable que los revoltosos hubieran procedido á algun acto de violencia; pero inciertos del modo de pensar de sus compañeros abordo de la Pinta y de la Niña, al paso que profesaban á Martin Alonso Pinzon tanto respeto, por fuerza de costumbre, como á Colon por autoridad, á los mas osados les fué preciso por entónces dar suelta á su desafecto en murmuraciones, al paso que en secreto meditaban poner en planta medidas decisivas, tan luego como se presentase una oportunidad, de consulta y acuerdo con las tripulaciones de las otras naves.

—Esto va poniéndose serio, señor, dijo el de Llera, tan pronto como se quedó á solas con el almirante en su pequeña cámara,—y por San Luis! podria contribuir á enfriar el ardor de esos socarrones¹⁴⁴ el que Vuesencia me diese permiso para arrojar de cabeza á la mar uno ó dos de esos mas intrépidos é insolentes vagamundos.

—Favor, contestó el almirante, que algunos de entre ellos han estado muy dispuestos á conferirnos tanto á vos como á mi. Sancho me tiene bien al corriente de la sensacion que entre ellos predomina, y hace dias que me ha hecho sabedor de tan piadosas intenciones. Procederemos por la via amigable, si es posible, señor de Gutierrez ó de Muñoz, cualquiera que sea el nombre que mas os guste, todo el tiempo que podamos; pero dado caso que ocurriese una precision de apelar á la fuerza, hallaréis que Cristóval Colon sabe manejar una espada con tanta destreza como servirse de los instrumentos de la ciencia náutica.

—¿Qué distancia juzgais en verdad nos separa de la tierra, señor almirante? Lo pregunto movido de curiosidad, no de miedo; pues aunque la nave se estuviese meciendo en los bordes mismos de la tierra, en visperas de zamparnos de cabeza en el vacio, seguro está que oyescis salir un murmullo de mis labios.

—Estoy bien seguro de eso, jóven noble, repuso Colon, apretándole afectuosamente la mano; pues de lo contrario no os hallárais aquí á estas horas. Segun mi cálculo, nuestra distan-

cia de la isla de Hierro pasará de mil leguas marítimas; la misma que supongo separa de la Europa á Cipango, y es la suficiente, sin duda, para que empecemos á encontrar alguna de las muchas islas que forman la orla oriental del continente asiático, y que se sabe abundan en sus costas. El cómputo público calcula esta distancia en poco mas de ochocientas leguas; pero de resultas de las favorables corrientes que tanto nos han servido en estos últimos dias, no hallamos sin duda, á mil y cien buenas leguas de las islas Canarias, por no decir algo mas. Estamos, bien lo creo, una bagatela menos apartados de las Azores, las cuales se hallan situadas con ventaja hácia el oeste, aunque en una latitud mas allá.

—¿Segun eso, suponeis, señor, que hemos de descubrir tierra antes que pasen muchos dias?

—Tan seguro estoy de ello, Luis, que poco recelo me causaria el acceder á la última exigencia de esos hombres audaces; y tal lo hiciera, si no lo considerára una humillacion. Tolomeo dividió la tierra en veinte y cuatro horas, de á quince grados cada una, y yo colo-

co en el Atlántico tan solo cinco ó seis de estas horas. Mil y trescientas leguas, estoy persuadido, nos llevarán á las costas de Asia, y ya segun mi cálculo hemos andado mil y ciento.

—Entónces el dia de mañana puede sernos en extremo portentoso, señor almirante; pero ahora, recojámonos en nuestros coys, donde voy á soñar con las playas mas encantadoras que nunca vieron ojos cristianos, y en ellas la doncella mas hermosa de España—no, por San Pedro!... de toda Europa, haciéndonos señas con su linda mano para que nos alleguemos sin pavora.¹⁴⁵

Acostáronse los dos amigos. Por la mañana, era evidente, segun los adustos semblantes de la marineria, que ciertas sensaciones, muy parecidas á los supresos fuegos de un volcan, estaban ardiendo en sus corazones, é indicaban que cualquier accidente aciago pudiera producir una erupcion. Por feliz soztuna, sin embargo, unas señas de naturaleza tan nueva se presentaron, que muy pronto distrajeron la atencion de los mas desafectos, apartándola de sus melancólicos presagios. Soplaba fresco el viento, el cielo sin nubes se veia como

145. -nay, by San Pedro! of Europe-beckoning me (TO, p. II-75).

de ordinario, y lo que era por cierto una novedad desde su salida de Hierro, fué que se levantó marejada, y los buques comenzaron á surcar las olas; circunstancia que les quitó la aprehension de que una calma perpetua reinase en aquellos mares, cuyo desnatural fenómeno alarmára hasta entónces á la gente, á causa de su larga duracion. No habia estado Colon sobre la cubierta cinco minutos, cuando un grito de gozo, que lanzó Pepe, atrajo los ojos de todos á la verga donde estaba trabajando. Señalaba ansioso el marinero hácia un objeto que veia en el agua, y acoriendo todos á las bordas, advirtieron el halagüeño signo que él descubriera desde lo alto. Al cabecear el buque sobre la marejada, y dar un arranque violento, pasó junto á su costado una caña verde, lo que hizo que los hombres diesen un recio viva, pues bien les constaba que esta planta provenia de alguna rivera, y por su frescura era indispensable que no tuviese mucho tiempo de arrancada del terreno donde se nutria.

—Bendita señal es esa, dijo Colon; las cañas no pueden crecer sin la luz del Cielo, aun-

que suceda lo contrario respecto á las plantas de otra naturaleza que en el fondo de la mar se desarrollan.

Esta pequeña ocurrencia cambió, aun cuando del todo no reprimiese, los rebeldes sentimientos de aquellos marinos. La esperanza volvió á ejercer su imperio una vez mas, y cuantos pudieron treparon á las jarcias, á fin de prever lo que presentarse pudiera en el horizonte occidental. El rápido movimiento de los bajeles añadía á esta sensacion de júbilo; pues que la Pinta y la Niña pasaban y repasaban á la capitana cual si fuese por puro juego. Pocas horas despues, volviéronse á hallar yerbajos frescos, y á eso de medio dia avisó Sancho confidencialmente que acababa de ver un pez de aquellos que solo viven en la inmediacion de las playas. Una hora mas tarde, sesgó la Niña hácia el buque de Colon, y vióse á su comandante subido en los aparejos, con evidentes deseos de comunicar algun noticia de importancia.

—¿Qué hay ahora de bueno, Vicente Yañez? gritóle Colon; pareceis mensajero de alguna grata noticia!

—Tal me supongo, señor Don Cristóval, contestó el otro. Acaba de pasar junto á nosotros un arbusto, cubierto de bayas tan frescas cual si ahora mismo se le hubiese arrancado del terruño. Esta es una señal que no puede engañarnos.

—Decís bien, leal amigo. A occidente! á occidente! Dichosos serán los ojos que primero descubran las maravillas de las riberas indianas!

No sería fácil describir el grado de esperanza y de regocijo que comenzaba ahora á manifestarse entre la gente. Resonaban sobre la cubierta mil chistes joviales, y con facilidad se hacia estallar la risotada, donde hacia tan poco tiempo solo se advertian el desmayo y el zúño. Pasábanse los minutos con rapidez, y no habia ya un hombre que se acordase de España; pues que los pensamientos de todos estaban clavados en el occidente, no descubierto aun.

Un poco mas tarde, levantóse un grito de gozo en la Pinta, que se hallaba á corta distancia del barco caudillo. Al ver á esta nave acortar vela y ponerse en facha, abajando un

bote, la Santa Maria no tardó en dirigirse hácia ella cortando la espuma con ligera proa, á fin de ponerse al alcance de la voz.

—¿Qué hay ahora, Martín Alonso? preguntó Colon, suprimiendo su ansiedad con las apariencias de dignidad y de calma.—¡Vos y los vuestros os hallais locos de alegría!

—Y razon tenemos para ello, señor! No hace una hora, que pasó flotando junto á nosotros un trozo de caña, de aquella especie que produce azúcar en el oriente, como aseguran los viajeros, y cual la vemos con frecuencia en nuestros propios puertos. Cual si la Providencia no hubiese aun tratádonos con suficiente bondad, no nos ha enviado juntas todas estas señales; al paso que las hemos considerado de suficiente valor para echar un bote al agua y recogellas.

—Achicad velas, buen Martín Alonso, y enviadme á bordo esas prescas, á fin de que me sea dable juzgar de su valia.

Obedeció Pinzon; y restringido el arranque de la Santa Maria, al mismo tiempo, no tardó la lancha en hallarse á su costado. En un solo brinco púsose á bordo de la nave Mar-

tin Alonso, desde el borde de la lancha, y pronto subió al alcázar donde le aguardaba el almirante. Allí enseñóle con vivas ansias los diversos artículos que su gente arrojaban tras de él, todos los cuales, no hacia una hora que se habian sacado de la mar.

—Ved aqui, noble señor, dijo Martin Alonso, casi perdido el aliento, en su prisa por exhibir tan interesantes tesoros, esta es una especie de tabla, hecha de madera desconocida, y cincelada con el mayor esmero; tambien hay aqui un pedazo de caña; esta es una planta que sin duda viene de tierra, y especialmente mirad este baston, trabajado por la mano del hombre, y eso tambien con escesaiva curiosidad.

—Cierto! esclamo Colon, examinando las diversas prendas una por una; Dios en su poderio y omnipotencia sea loado por estos testimonios consoladores de que vamos aproximándonos á un nuevo mundo! Tan solo un maligno infiel puede dudar ahora de nuestra victoria.

—No cabe duda de que estas cosas provengan de algun bote que haya zozobrado, y esta es la razon porque se las ha visto flotar tan próximas unas á otras, dijo Martin Alon-

so, deseoso de sostener las pruebas físicas de su plausible teoria. No estrañara que hallásemos por aqui cerca algunos hombres abogados.

—Esperemos que no haya tal, Martin Alonso, respondió el almirante; no dé cabida nuestra imaginacion á ideas tan tristes. Mil incidentes pueden haber contribuido á conglomerar estos objetos sobre la anchurosa faz del océano, y juntos una vez, flotarian en buena compañía aunque fuese durante un año entero, á ménos que los esparramase la violencia del oleage ó de la ventolina. Pero vengan de donde vinieren, son pruebas infalibles de que no solo está inmediata la tierra, sino que esta sirve de morada al hombre.

Difícil seria pintar el entusiasmo que ahora reinaba en todos los bajeles. Hasta entonces, solo habian topado con aves, peces y yerbajos, señales muchas veces barto precarias; pero aqui presentábanse tales pruebas de que se hallaban contiguos á las guaridas de sus semejantes, que era imposible resistirse al convencimiento. Verdad era, que objetos de naturaleza igual pudieran deslizarse, con el tiempo, aun sobre la vasta distancia que transcur-

rído habian; pero no era probable que tan lejos lo verificáran en reunion. Luego las bayas estaban fresquitas, la tabla era de un palo desconocido, y particularmente el baston, si tal en efecto fuese su uso, se hallaba trabajado de una manera diferente de la que en Europa se practicaba. Los varios artículos pasaron de mano en mano, hasta que los hubo examinado toda alma viviente á bordo; y hasta la última sombra de duda desvaneciése ante esta inesperada confirmacion de las predicciones del almirante. Volvióse Pinzon á su buque, soltáronse de nuevo las velas, y prosiguió la escuadra su rumbo al oeste-sud-oeste hasta ponerse el Sol.

Sin embargo un cierto desmayo despeluzador undióse entónces de nuevo entre los mas cobardes de la marineria, al ver por la trigésima cuarta vez desde su salida de Gomera, hundirse el Sol detras del acuoso horizonte. Mas de cien ojos vigilantes atisvaban la margen centelleadora del océano, en aquel momento de tan vital interés, y aun cuando los cielos estuviesen sin nube, nada se veia sino la bóveda gloriosamente tinta de colores mati-

zados, y el contorno de las aguas, rompiéndose en las acostumbradas y broncas formas del inquieto elemento.

Refrescó la brisa al cerrar la noche, y Colón, habiendo reunido los tres vasos, cual lo tenia de uso en aquella hora, dió nuevas órdenes acerca del rumbo. Hacia dos ó tres dias que se hallaban navegando materialmente algo al sur del punto occidental, y el almirante, quien estaba persuadido que la travesia mas corta y cierta de tierra á tierra, era la de pasar el océano, si fuese posible, sobre un solo paralelo de latitud, deseaba volver á tomar su curso favorito, el que era á oeste clavado, segun él se imaginaba que enderezarlo pudiera. Al correr la noche sus cortinas en torno de aquellos aislados mareantes, soslayáronse las naves para seguir el rumbo requerido, corriendolo á razon de nueve millas por hora, y dando caza al luminar del dia, cual si estuviesen empeñadas en profundizar los misterios de su retiro nocturno, hasta que algun descubrimiento grandioso recompensase el esfuerzo.

Inmediatamente despues de este cambio de rumbo, entonaron las tripulaciones el himno

vespertino, como de costumbre, y el cual, en aquel blando océano, diferian á veces hasta la hora en que la primera guardia se retiraba abajo en busca de sus coys. Aquella noche, sin embargo, nadie se halló con ganas de dormir, y ya era tarde cuando comenzó el cántico de los marineros, con las palabras, »*Salve Regina.*» Era cosa muy solemne oír los cantares de laude religiosa, mezclándose con los sollozos de la brisa, y con los gorgoritos de las aguas, en aquel yermo oceánico; acrecentando la solemnidad aquella expectativa que agitaba á los aventureros, y los arcanos que yacian atras de la cortina, cuyo descorrimiento se juzgaban destinados á verificar de continuo. Nunca antes habia resonado aquel himno tan dulcemente en los oídos de Colon, y sintió Luis que los ojos se le arrasaban en lágrimas, al membrarse de las naves y vibradoras melodias de la voz de Mercedes, cuando sus suspiros virginales elevaban al cielo en aquella hora los puros acentos de la alabanza. Luego que terminó la prece hizo Colon que subiesen todos al alcázar, y les harengó desde su encumbrado puesto sobre la popa.

—Compláceme, amigos míos, les dijo, el haberos oído entonar con tanto entusiasmo el himno de la tarde, dándolo al cielo con tan devoto espíritu, en un instante cuando hay tal razon para ser agradecidos al Ser Supremo por las infinitas bondades que dispensado nos ha en el discurso de nuestra navegacion. Volved la vista á lo pasado, y ved si alguno de vosotros, el marinero mas anciano de vuestro número, puede traer á las mientes un viage por mar, no diré de igual largura, pues que ninguno de los presentes lo ha emprendido antes, sino de igual número de dias, en que los vientos hayan sido tan prósperos, los cielos tan propicios, ó el océano tan sereno como en esta ocasion. Luego, qué signos tan alentadores nos han animado á la perseverancia! Dios está en medio del océano, amigos míos, asi como en sus santuarios sobre la tierra. Paso á paso, como si fuese, nos ha guiado adelante, ora llevando de aves los aires, ora haciendo que la mar abundase en descomunales peces, y luego estendiendo á nuestros pies campos de verduras, cual solo se encuentran en las inmediaciones de las playas donde crecen. Las últimas y

mejores señales nos las ha dispensado hoy. Mis propios cálculos vienen conformes con estos signos, y creo muy probable el que veamos tierra esta misma noche. Dentro de pocas horas, ó tan luego como háyamos corrido la distancia, que mandaba nuestra vista, cuando la luz nos abandone, juzgaré prudente que acortemos velas, y suplico á todos vosotros que esteis vigilantes, no sea que sin pensarlo embistamos en alguna estraña costa. Bien sabeis que los soberanos han hecho gracia de una pension anual y vitalicia de diez mil maravedies al que primero descubra tierra; á este rico galardón añado yo ahora el de una almilla de terciopelo, tan soberbia que ni un Grande tendria á menos revestirsela. No dormais pues; mas al mediar la noche, vigilad con ahinco y afán. Ahora os hablo de todas veras, porque podeis estar casi seguros de que descubriremos tierra esta misma noche.

Tan alentadoras palabras produjeron su pleno efecto; los hombres se esparramaron por la nave, tomando cada uno la mejor posicion que dable le fué, á fin de obtener la prometida recompensa. La profunda espectacion es

siempre un sentimiento tranquilo, pues que los celosos sentidos parecen exigir el silencio y una intensidad de concentracion, á fin de ponerse en su lleno egercicio. Permanció el almirante sobre el alcázar, mientras Luis, menos interesado en las resultas, se echó sobre una vela, y pasaba el tiempo pensando en Mercedes, y bosquejándose en idea el gozoso momento, cuando la volviera á ver, en clase de aventurero triunfante y feliz.

El silencio, parecido al de la muerte, que prevalecia en la nave, realizaba el interés absorbedor de aquella importantísima noche. A distancia de una milla iba la pequeña Niña, deslizándose en rumbo á todo trapo, mientras á legua y media aun mas delantero podia diseñarse el contorno sombrío de la Pinta, la cual precedia á sus consortes, como mas velera siempre que arreciaba la ventolina. Sancho habia pasado revista á todas las velas y á todos los cabos, atirantándolos con sus propias manos, y nunca la Capitana hiciera tan buena compañía á las demas naves como en aquella noche; pues parecia que á todas tres se les habia infundido el anheloso espíritu de los que lleva-

ban á su bordo, y que se hallaban tan ansiosas como estarlo pudiesen los hombres mismos. De cuando en cuando, respingaban los marineros, miéntras el viento murmuraba en las jarcias, cual si hubiesen oído voces desconocidas y estrañas, procedentes de un mundo misterioso; y cincuenta veces, cuando la ola se encarachaba por los costados del bajel, volvieron las cabezas, aguardando ver una turba de seres estraordinarios y recién venidos del mundo oriental, hormigueando sobre la cubierta.

Respecto á Colon, este célebre caudillo suspiraba con frecuencia; por minutos enteros solia estarse mirando sin pestañear hácia el oeste, cual si quisiese desentrañar las tinieblas de la noche, con unos órganos que escedieran á las facultades humanas. Al fin y de repente, inclinó el cuerpo adelante, y miró con ahinco por encima de las bordas del barco, y luego, quitándose el birrete, púsose en ademan de ofrecer su espíritu al Cielo en prece y en accion de gracias. Todo esto lo presenciaba Luis, desde su improvisado lecho de lona; cuando un instante despues oyó que el almirante le llamaba con azorados acentos,

—Pedro Gutierrez!... Pedro de Muñoz!... Luis!... ó como os llamis! dijo Colon, miéntras su voz sonora y varonil temblaba de ansiedad..... venid acá, hijo, decidme si estan vuestros ojos en concordancia con los míos. Mirad en aquella direccion... allá... un poco mas hácia la cabeza de la nave... ¿descubris por ahí algo de estraordinario?

—Veo una luz, señor; una luz que se parece á la de una candela, pues que ni es mayor ni mas brillante tampoco: y figúraseme que anda, como si alguien la llevára en la mano, ó cabalgase ella sobre el lomo de las olas.

—No os han engañado los ojos; bien veis que no procede de una ni otra de las naos compañeras, ambas de las cuales estan á barlovento.

—¿Y qué juzgais significa esa luz, Don Cristóval?

—Tierra! discurre por la playa misma, y parece tan pequeña en virtud de la distancia, ó proviene de algun bajel que nos es estraño, y pertenece á las Indias. Abajo está Rodrigo Sanchez de Segovia, el contralor de la escuadra; hacedme el favor de bajar y decirle que suba.

Obedeció Don Luis, y no tardó el hombre de pluma en estar al lado del almirante. Transcurrióse media hora sin que volviera á verse la luz; en seguida tornó á relumbrar, arrojando para arriba sus reflejos, y luego desapareció finalmente. Divulgóse al punto este suceso por toda la caravela, aunque pocos de los que iban á su bordo le daban la importancia que el mismo Colón.

—Esa es tierra! observó con calma el almirante á los que estaban alrededor de su persona; — antes de pocas horas podeis esperar divisarla. Ahora verted vuestras almas en confianza y gratitud, pues que en tal signo es imposible haya engaño. No existe fenómeno en el océano que se asemeje á esa luz; y mi cómputo nos coloca en una parte del mundo, donde ha de haber tierra, pues de lo contrario el mundo mismo no puede ser esférico.

Apesar de esta implícita confianza por parte del almirante, el mayor número de sus súbditos no tenia aun certidumbre ninguna del resultado, aunque todos alimentaban la esperanza de descubrir tierra al día siguiente. Como el almirante nada dijese sobre este pun-

to, no tardó mucho tiempo en renovarse el silencio anterior, y al cabo de pocos minutos, todos los ojos estaban vueltos hácia occidente otra vez, en anhelosa vigilancia. De este modo transcurrióse el tiempo, mientras los buques ganaban terreno con una premura que escedia en mucho á la proporción ordinaria de su carrera, hasta que pasó la media noche, cuando de repente iluminó su oscuridad una ráfaga de luz, y el tronido de un cañon, disparado á bordo de la Pinta, vino bregando contra la fresca ventolina que señalára la influencia de los alisios.

—Abi habla Martin Alonso! exclamó el almirante; y podemos estar seguros de que no ha dado la señal ociosamente. ¿Quién está en el tope, ola!! para atisvar las maravillas que puedan descubrirse por la proa?

—Señor don almirante, yo lo estoy, contestó Sancho, y aqui he estado desde que cantaron la salve los compañeros.

—¿Ves hácia occidente alguna cosa extraordinaria? Mira con agudeza, pues que tenemos encima objetos muy portentosos!

—Nada descubro, señor; á no ser la Pinta

que está arriando velas, y la Niña que se encuentra casi al alcance de su veloz consorte... poco á poco, tambien esta última está recogiendo trapo!

—Por tan alegres nuevas, toda honra y alabanza sean tributadas á Dios! Esas son pruebas de que esta vez ningun grito engañoso ha estraviado sus mientes. Nos reuniremos con nuestros amigos, buen Bartolomé, antes que amainemos una sola tira de lona.

Todo era movimiento ahora á bordo de la Santa Maria, la cual prosiguió durante otra media hora surcando el agua, hasta alcanzar á las otras dos caravelas, ambas de las cuales habian ceñido el viento, á merced de un escaso velámen, y se deslizaban lentamente por el elemento líquido, semejantes á dos corceles refrescándose con andar despues de haber terminado una bien disputada carrera, y bregado por traspasar la meta definitiva.

—Venid aca, Don Luis, dijo Colon; y hartad los ojos con una vista que no está destinada siempre para el solaz de los cristianos mas meritorios.

La noche nada tenia de oscura, un cielo tró-



pico brillaba con su millar de estrellas y hasta en el océano mismo destellaba al parecer una luz sombría y melancólica. A favor de auxilios semejantes, era posible divisar hasta la distancia de algunas millas y mas especialmente descubrir objetos sobre la faz del océano. Cuando el jóven dirigió la vista á sotavento, como Colon le instruyera, advirtió con toda claridad un punto, donde cesaba lo azul del Cielo, y se alzaba del agua un oscuro alcor, que se estendia algunas leguas hácia el sur, y luego terminaba cual comenzado habia en virtud de una union entre la márgen acuosa del océano, y el vacío de la bóveda celeste. Tenia el espacio intermedio todos los contornos definidos, la densidad y el tinte oscuro de una costa, cual á media noche se la descubre,

—Ved ahí las Indias! dijo Colon; resuelto está el grandioso problema! Esa es sin duda una isla, pero el continente no puede distar mucho trecho. Lado sea Dios!

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA,

ó

EL VIAGE A CATAY.

**DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.**

6

EL VIAGE A CATAY.

NOVELA ESCRITA EN INGLES

FOR EL CELEBRE INGENIO AMERICANO

J. FENIMORE COOPER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

POR

D. Pedro A. O' Crovley.

TOMO III.

Brindo esta copa á una muger, modelo
Del sexo amable, cuya forma pura
Siendo de astres benéficos hechura.
Mas que á la tierra, pertenece al Cielo.
PINKNEY.

CADIZ: 1841.

Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza
de la Constitucion, número 11.

Esta obra es propiedad de su editor,
quien perseguirá ante la ley al que
la reimprima.



DOÑA MERCEDES

DE CASTILLA.



CAPITULO I.

Hay un poder de paternal cuidado,
Que por la costa inexplorada guía,
Y por el yermo, y aire ilimitado
Al hombre audaz, y enséñale la vía
Dó vague solo y no descarrado.

BRYANT.¹⁴⁸

LAS dos ó tres horas que en pos
vinieron, fueron horas de interés
intenso y extraordinario. Los tres
bajeles se mantuvieron bordeando cabe la fos-
ca costa, apenas á distancia segura, despojados
de casi toda su lona, y parecidos á vasos que

cruzasen sobre un puesto definido, y á los cuales fuese indiferente la premura ó la cachaza. Al pasarse unos á otros de cuando en cuando con lentitud, trocaban palabras de cordial felicitación; pero en toda aquella importantísima noche no se oyó una sílaba de júbilo destemplado. La escitacion, que causára en los aventureros su buena fortuna, era demasiado honda y solemne para tales exhibiciones vulgares de júbilo, y quizás no habria un hombre en toda la escuadra, que, en aquel momento, no confesase en su interior una absoluta dependencia y profunda sumision al Poder Soberano.

Colon nada decia. Unas emociones como las suyas rara vez tienen desahogo en palabras; pero su corazon rebozaba de gratitud y amor. Creyó que se hallaba en los límites del este, y que habia llegado á aquella parte del mundo, en virtud de haber navegado á occidente; y muy natural es que supongamos esperase que, al correrse la cortina del dia, se dejarian ver algunas de esas escenas de magnificencia oriental, que tan elocuentemente describieran los Polos y otros viajeros en aquellas remotas y mal-conocidas regiones. Que esta y otras islas

estuviesen habitadas, estaba probado suficientemente por lo poco que él habia visto; pero, hasta entonces, todo lo demás era una mera conjetura del carácter mas incierto y destornillado. Sin embargo, la fragancia, que despedia la tierra, era muy susceptible para los que iban en los barcos; ofreciendo de este modo una oportunidad á dos de los sentidos para unirse en hacer seguro su buen éxito.

Al fin se acercó el dia deseado, y el cielo oriental pintóse con las tintas que preceden por lo comun al nacimiento del Sol. A medida que la luz se difundia sobre el océano azul oscuro, y alcanzaba hasta la isla, los contornos de esta se hacian mas y mas distintos y claros; hicieronse visibles diversos objetos sobre su superficie; sus árboles, sus praderas, sus peñas, y sus matojos, salian de entre las tinieblas, hasta que toda la pintura relució bajo los colores cenizos y solemnes que despedia el alba. A poco rato iluminaron el panorama los rayos del Sol, y encendieron sus puntos prominentes; al paso que espesaban las sombras en los mas hundidos. Descubrióse entonces que habian llegado á una isla de corta estension, bien cu-

bierta de árboles, y de un aspecto verde y gracioso. La tierra era baja, pero su contorno bastante lindo para que pareciese un paraíso á los ojos de todos los hombres que seriamente habían dudado de que hubiesen de volver á ver tierra firme en toda su vida. Siempre el espectáculo de la tierra es grato para el marino que por mucho tiempo solo ha visto cielo y agua; pero tres veces mas hermosa pareció ahora á unos hombres que no solo veían en ella el término de su desespero, sino el resuscitar de sus esperanzas mas brillantes. En virtud de la posición que ocupaba la tierra; tan próxima á su vista, no dudó Colon que habia pasado otra isla, en la cual se viera la luz, y, en virtud de trazar su rumbo, sabemos hoy que su conjetura se ha hecho casi indudable.

Apenas salió el Sol, cuando se vió multitud de seres vivientes salir corriendo de los bosques, con el objeto de contemplar asombrados la repentina aparición de aquellas máquinas, las cuales equivocaron los rudos isleños por otros tantos mensajeros del empero. Poco despues, ancló el almirante su flotilla, y desembarcó á fin de tomar posesion en nombre de los dos soberanos.

Desplegóse tanta pompa en esta ocasion, como lo permitian los escasos recursos de los aventureros. Cada buque envió un lanchon con su comandante. El gran piloto genovés, vestido de grana, y llevando el estandarte régio, iba delantero, mientras Martin Alonso y Vicente Yañez Pinzon le seguian, con sus pendones, en los cuales relucia bordada la cruz, enseña santa de la espedicion, con las letras que representaban las iniciales de los dos soberanos, ó bien una F. y una I, por Fernando é Isabela.

Observáronse en aquella ocasion las fórmulas de costumbre al llegar á la playa. Tomó posesion el almirante, tributó gracias á Dios por el buen éxito de la empresa, y en seguida se puso á mirar en torno de sí para hacer cálculos sobre la valia de su descubrimiento. (*)

Apenas se cumplieron las ceremonias, cuando la marineria se agolpó en torno del almi-

(*) Es un hecho singular el que la posición y el nombre de la isla precisa, con que se topó primero en aquella célebre espedicion, haya quedado hasta hoy, sino un asunto de duda, á lo ménos una materia de discusion. Creen las mas de las personas, incluso algunas de las mejores autoridades, que los

rante, y empezó á abrumarle de felicitaciones por su buena fortuna, manifestándole la mas sincera contricion por su propia desconfianza y muestra de desafecto. Muchas veces se ha citado esta escena en prueba de la caprichosidad é inconstancia de los humanos juicios; pues que el hombre, que tan recientemente habia sido

—
—
aventureros anclaron en *la isla del Gato*, como se la denomina ahora, aunque el almirante le dió el nombre de San Salvador; mientras otros se empeñan en sostener que fué la que hoy se designa con la apellidacion de *Isla del Turco*. El motivo dado, en apoyo de este último dictámen, es la posicion de esta isla y el rumbo que desde ella se hizo en seguida, con el objeto de dirigirse á Cuba en derechura. Muñoz supuso que fue la isla de Watling, la cual está al este clavado de la del Gato, á la distancia de un grado de longitud, ó á la corrida de unas cuantas horas. El curso seguido, despues de dejar aquella isla, no fué á occidente, sino al sud-oeste; y hallamos que Colon estaba anheloso de navegar al sud para llegar á la isla de Cuba, que le habian indicado los naturales, y la cual creia era su anhelada Cipango. No dá Muñoz razon alguna en apoyo de este dictámen; pero la isla de Watling, no corresponde á la descripcion del gran navegante, al paso que está sita de modo que preciso es estuviese próxima á su rumbo, y no cabe duda de que la pasaria muy de cerca durante la oscuridad. Créese que la luz observada por Colon con tanta frecuencia provenia de esta isla. 149

mirado con ceño como á un aventurero temerario y egoista, se le contemplaba ahora con poca menos veneracion que si hubiera sido una deidad. Estas lisonjas hicieron tan poca mella en el almirante, como le causára el reciente desafecto de sus subordinados; asi es que mantuvo Colon su compostura esterna y gravedad de talante, para con aquellos que se apresuraban á agolparse en su reuedor, al paso que el que le hubiera examinado con estricto escrutinio no habria podido ménos de columbrar en sus ojos un destello de triunfo, y en sus mejillas un reflejo del júbilo que su corazon calentaba.

—Estas buenas gentes son tan inconstantes en sus aprehensiones, como estremadas en sus alegrías, dijo Colon á Luis, luego que se vió un poco zafó de la turba; ayer me hubieran arrojado á la mar, y hoy se encuentran dispuestos á olvidar á Dios mismo, en esta su indignísima criatura. ¿Veis como aquellos hombres, que mas recelo nos daban á causa de su desafecto, son ahora los mas pródigos en sus aplausos?

—¿Esa es la naturaleza humana ni mas ni menos, señor; pues que el miedo se traslada

súbito del pánico á la exultacion. Imagínanse los belitres que os tributan laude, cuando en verdad solo se regocijan por su propia escapatoria de algun mal desconocido para ellos, á la par que en extremo recelado. Nuestros amigos, Sancho y Pepe, no dan muestra de hallarse tan afectados; pues mientras el último se entretenia en coger florecillas por las riberas de la India, el primero parece estar mirando al redor con plausible cachaza, cual si estuviese calculando la longitud y latitud de las doblas del Gran Khan.

Sonrióse Colon, y acompañado de Luis, acercóse á los dos hombres mencionados, quienes estaban un poco distantes del resto del grupo. Sancho se hallaba en pié, con las manos metidas en el seno de la chaqueta, contemplando aquella escena con la frialdad de un filósofo, y hacia él dirigió sus pasos el almirante.

—¿Como es esto, Sancho, el de la compuerta del dique?, díjole el gran navegante; ¿estás mirando este espectáculo glorioso con tanta frescura cual si considerases una de las calles de Moguer, ó un campo de los de Andalucía?

—Señor don almirante, una y otra cosa es

hechura de la mano misma. No es esta la primera insula en que he desembarcado, ni aquellos desnudos salvages son los primeros hombres que he visto, sin que llevasen almillas de color de grana.

—¿Pero, no tienes sensaciones jubilosas por nuestra feliz ventura? ¿mi gratitud hácia Dios por este vasto descubrimiento? Reflexiona, amigo mio, que nos vemos en los confines del Asia, y que sin embargo hemos llegado á ellos, en virtud de haber seguido un rumbo occidental.

—Que eso último es muy cierto, señor, yo mismo lo juraré; pues que he tenido en la mano la caña del timon, durante una parte no pequeña del camino. ¿Cree vueselencia, seor almirante, que hemos andado lo suficiente en esta direccion para haber llegado á la parte trasera de la tierra, ó que nos hallamos, como si fuese, pies contra pies con los habitantes de nuestra España?

—De ningun modo. Las regiones del Gran Khan es probable que no ocupen esa posicion precisamente.

—Entonces, señor, ¿cual será el estorbo que

impida se caigan por el aire abajo las doblas de esos países, quedándonos por nuestro trabajo tan solo la estéril gloria de nuestro viage?

—El mismo poder que impida se salgan fuera de la mar nuestras caravelas, y que el agua misma tras ellas se derrame. Esas cosas, amigo mio, dependen de leyes naturales, y la naturaleza es como un legislador que quiere se obedezcan sus mandatos.

—Todo eso es árabe ¹⁵⁰para mí, contestó Sancho, restregándose las cejas. Aquí estamos, en toda verdad, si no precisamente debajo de los pies de la España, cual si estuviésemos, como quien dice, puestos muy tiesos sobre el lado de la casa; y sin embargo tengo tan serena mi propia quilla como cuando me hallaba en Moguer. Por Santa Clara! algo mas puedo decir respecto á eso en algunas peculiaridades, v. g. pues que el buen vino añejo de Jerez abunda algo menos por acá que por allá.

—Segun eso, buen Sancho, se conoce que nada tienes de Moro, aunque sea un secreto el nombre de tu padre. ¿Y tu, Pepe, que es lo que encuentras en esas flores que tan pronto te distraen de todas estas maravillas?

—Señor, estoy haciendo de ellas un ramillete para mi Mónica. Las mugeres tienen sentimientos mas delicados que los hombres, y la mia se alegrará de saber con que clase de adornos ha engalanado Dios las Indias.

—¿Y piensas, Pepe, que podrá tu amor mantener frescas esas flores, hasta que la buena caravela recruce el Atlántico? preguntó sonriéndose Don Luis.

—¿Y quien lo sabe, señor Gutierrez? Un corazon ardiente constituye un terreno muy fomentador. Y vos tambien si preferis alguna dama de Castilla á todas las otras, no hariais mal en recoger algunas de estas plantas estrañas para que se atavie con ellas los cabellos algun dia!

Volvióles la espalda Colon, pues que los naturales parecian dispuestos á acercarse á sus huéspedes; mientras Luis se quedó junto al jóven marinero, quien continuaba ocupado en recoger las curiosas flores de los trópicos. No tardó nuestro héroe muchos minutos en adonarse á igual tarea, y aun antes que el gefe y sus maravillados isleños comenzáran su primer parlamento, habia reunido un pintarraca-

do manojo, con el cual ya veía su imaginación adornados los negrísimos cabellos de Mercedes.

Los acontecimientos de naturaleza pública, que tuvieron lugar despues, son demasiado familiares á todo lector inteligente, para que se necesite los reptamos en este lugar. Despues de pasar algunos dias en San Salvador, visitó Colon otras islas, conducido por la curiosidad, y guiado por los verdaderos ó fingidos informes de los naturales, hasta el dia 28, en que llegó á las costas de Cuba. Allí se imaginó, durante algun tiempo, que habia hallado el continente, y prosiguió costeando, primero en direccion nord-oeste, y luego sud-este, por espacio de un corto mes. La familiaridad con las escenas novelescas que se ofrecian, pronto aminoró su influencia, y los sentimientos innatos de ambicion y avaricia comenzaron á vindicar su imperio en los corazones de muchos de los que habian sido los mas adelantados en manifestar al almirante su sumision, cuando el descubrimiento de tierra probará con tan milagroso triunfo la justeza de sus teorías y la debilidad de sus propias des-

confianzas. Entre los demás, á quienes domeñáran estas pasiones, hallóse Martin Alonso Pinzon, quien viéndose casi oscluido de la sociedad del jóven conde de Llera, en cuyos ojos advertia que ocupaba un concepto muy subordinado, se atrincheró detras de su propia importancia local, y comenzó á envidiar á Colon una gloria, que sentia ahora le hubiera sido fácil asegurarse á si mismo. Habíanse trocado palabras agrias ontro el almirante y él, en varias ocasiones antes que descubrieran tierra, y cada dia daba márgen á alguna nueva ocurrencia que acrecentase la frialdad entre ellos.

No forma parte ninguna de esta obra la minuciosa descripcion de los sucesos consecutivos, al proseguir los aventureros de isla en isla, de puerto en puerto, de rio en rio. Pronto se hizo aparente que unos descubrimientos muy importantes habian tenido lugar, y los navegadores eran impelidos un dia tras otro, en la prosecucion de sus investigaduras, y en el rumbo de direcciones mal comprendidas, poro las cuales, se imaginaban, tendian á encaminarlos hácia minas inagotables de oro. Por todas partes se presentaba á su vista una na-

turalza pomposa y alma; un panorama que fascinaba los ojos, y un clima que halagaba los sentidos; pero hasta entónces se hallaba al hombre viviendo en la condicion mas ruda del estado salvaje. General era la idea ilusionaria de que se encontraban en las Indias, y cada intimacion, que provenia de aquellos seres bárbaros, sea por medio de signos ó de palabras, suponíase tener *referencia á las riquezas del oriente*. Todos creian, que si no se encontraban con exactitud dentro de los territorios del Gran Khan, á lo ménos veíanse ahora en sus confines. Bajo estas circunstancias, y cuando cada dia daba nacimiento á nuevas escenas, prometiendo novedades todavia mayores, pocos se acordaban ya de la España, como no fuese en cuanto tuviera conexion con la idea de volver á ella henchidos de gloria y de triunfos. Don Luis abrigaba algo menos en sus pensamientos la memoria de Mercedes, permitiendo que su imágen, aunque hechicera á lo sumo, quedase suplantada momentáneamente por el espectáculo inusitado que se alzaba delante de su vista física, en sucesion tan incansable y constante. Poco de sustancia, mas allá del clima fértil y nutridor, se

ofrecia, es verdad, hácia el realizamiento de todas las brillantes expectativas de los aventureros, referentes á ventajas pecuniarias; pero cada instante venia preñado de esperanza, y todos ignoraban lo que el siguiente sol pudiera traer consigo.

Por fin, enviáronse al interior del pais dos agentes con la mira de hacer descubrimientos; y Colon se aprovechó de esta circunstancia para carenar sus bajeles. Cerca del tiempo en que se esperaba la vuelta de la mision, salió Don Luis con una partida de hombres armados con el objeto de encontrarse con ella, y Sancho fué uno de los de la escolta. Diéronse de cara con los embajadores en su regreso á un dia de marcha de los buques, y viéronlos acompañados de algunos de los naturales del pais, quienes proseguian con intensa curiosidad, esperando á cada paso ver á sus inesperados huéspedes remontar el vuelo hácia las regiones celestiales. Se hizo un corto alto á fin de que descansasen las partidas, luego que una y otra se juntaron, y Sancho, tan indiferente á todo peligro en la tierra como en la mar, se entró con pasos erguidos por un pueblecillo que es-

taba contiguo al lugar de reposo. Allí procuró hacerse amable en los ojos de los moradores, á fuerza de muecas y de otros signos, cual era preciso que lo procurase y consiguiese un hombre de su estraña apariencia. Figuró Sancho en aquella aldeilla, con iguales ventajas á las que logran haga papel en una reunion de campesinos un hombre grande recién llegado de la metrópoli; pues que los circunstantes no se hallan aun suficientemente ilustrados para distinguir entre el corte de un chaleco, y el modo de llevarlo, como entre un patán y un cortesano repulido. No habia estado muchos minutos dándose tono de aristócrata entre aquellos sencillos seres, cuando á estos les entró el deseo de tributarle alguna muestra de señalada distincion. Al instante, se presentó un hombre, que tenia en la mano un puñado de hojas secas y parduzcas, las cuales alargó al héroe improvisado, de un modo obsequioso y humilde; ni mas ni menos como un Turco le ofrecería sus confituras secas, ó un Americano un trozo de ojalдре. Iba Sancho á aceptar el presente, aun cuando hubiera con mucho preferido una dobla, de las cuales no habia vis-

to ninguna desde la última que el almirante le diera, cuando, adelantándose hácia él la mayor parte de los Cubanos con la mayor sumision y con grande énfasis, les oyó pronunciar la palabra «tabaco, tabaco.» A esta insinuacion, hizose atrás la persona que habia proferido el presente, repitió el mismo vocablo con voz de apologia, y púsose á labrar lo que, ahora era claro se denominaba «un tabaco», en la lengua de aquel pais. Esta operacion quedó hecha en un santiamén, con el solo esfuerzo de enrollar las ojas, dándoles la hechura de un tosco cigarro, y el tabaco, así manufacturado, fuéle ofrecido al marinero. Tomó el regalo Sancho, cabeceó condescendientemente, repitió la palabra con su propia boca del mejor modo que pudo, y metióse en la faltriquera el «tabaco.» Esta accion escitó sin duda alguna sorpresa entre los espectadores; mas despues de una ligera consulta, uno de ellos encendió por uno de sus cabos un pequeño rollo de hojas, aplicó á sus labios la otra estremidad, y comenzó á bufar grandes volúmenes de humo; ligero y oloroso, no solamente á su propio é infinito deleite, sino al parecer, al de cuantos le rodeaban.

Aprestóse á imitarle el buen Sancho; resultando de su prueba lo que acontece á todo visionero en este ejercicio, que tuvo que volverse tambaleando á su partida, con el lánguido aspecto de un mascarador de opio, y con unas náuseas que no habia experimentado jamás desde el día en que primero se aventuró á salir mas allá de la barra de Saltes, con el objeto de esponerse sobre la turbulenta superficie del Atlántico.

Esta pequeña escena puede considerarse como la introduccion del bien conocido yerbajo americano en la sociedad civilizada; mientras por una falta de inteligencia en la verdadera acepcion del vocablo, transfirieron los Españoles el nombre del rolluelo á la planta misma. Asi Sancho; de la compuerta del dique, fué el primer fumador de tabaco en el orbe cristiano, en cuya adquisicion le rivalizaron algunos de los hombres mas grandes de su tiempo, y cuya costumbre la hallamos tan extendida en nuestra propia época.

Luego que regresaron sus agentes, volvió á darse á la vela Colon, empujando su camino á lo largo de las playas septentrionales de Cuba. Mientras bregaba en contra de los ali-

sios, con el objeto de llegar al este, halló el viento demasiado recio, y resolvióse á entrar de arribada en una habia; favorita suya y en un punto de la costa, al que diera el nombre de «el Puerto del Príncipe.» Con este objeto hizo señales para que derribase la Pinta, cuyo bajel se hallaba muy léjos á harlovento; y como cerrase la noche, sacáronse luces á fin de que Martin Alonso pudiera seguir las aguas de su almirante. Por la mañana siguiente, al romper el dia, cuando subió Colon sobre cubierta, miró en torno de sí, y vió que la Niña venia por la popa con rizados recogidos; pero no habia la señal mas leve de la otra caravela.

—¿Nadie ha visto la Pinta? preguntó con premura el almirante á Sancho, que estaba en el timon.

—Si señor, viéndola estuve todo el tiempo que ojos de hombre pudieran divisar un buque, haciendo fuerza de velas para quitarse de la vista. El Maese Martin Alonso ha desaparecido por la banda del este, mientras estábamos en facha con el objeto de aguardarle.

Conoció ahora Colon que se le habia desertado el hombre mismo que tanto celo mani-

festára alguna vez en su pró; y que acababa de dar una nueva prueba del modo con que la amistad se desvanece á la faz del interés y de la codicia. Habíanse cundido entre los aventureros muchos rumores acerca de la existencia de minas de oro, deducidos de las descripciones de los naturales; y no dudaba el almirante que su insubordinado seguidor se hubiese aprovechado de la superioridad de marcha facilitádole por su buque, á fin de ganar el viento, para ser el primero que llegase á El Dorado de sus ilusiones. Sin embargo, como el temporal continuase impróspero todavía, tuvieron que meterse en puerto; la Santa Maria y la Niña, para aguardar en él una próspera mudanza. Tuvo lugar esta separacion, el día 21 de Noviembre, en cuya época no se habia adelantado la espedicion mas allá de las costas septentrionales de la isla de Cuba.

Desde esa fecha hasta el seis del mes próximo, continuó Colon su exámen de aquella noble isla; atravesando lo que hoy se llama «el pasage á solavento,» y tocó por primera vez en las costas de Huiti. Todo este tiempo habia habido con los aborígenes toda la posi-

ble comunicacion; pues que los Españoles se grangeaban amigos donde quiera que iban, á consecuencia de las prudentes y humanas medidas que el almirante tomára. Verdad es que desde luego hubo actos de violencia, en algunos casos; pues que se apoderaron de las personas de media docena de individuos, con la mira de llevarlos á España como ofrenda á la reina Isabel; pero esta tropelia se conciliaba fácilmente con los usos de aquel siglo, así como por causa de la deferencia que se tributaba á la autoridad régia, y tambien por la idea de que aquellas capturas resultarían en beneficio de las almas de los capturados.

Deleitó mucho mas á los aventureros el silvestre aunque precioso aspecto de Haiti, que *el paisaje mas risueño de la vecina isla de Cuba*. Hallaron á los habitantes bien parecidos y mas civilizados que cuantos habian visto hasta entónces, al paso que tenían la misma docilidad y mansedumbre que tanto complacieran al almirante. Tambien se descubrió entre ellos oro en cantidades abundosas; y los Españoles emprendieron un tráfico de alguna consideracion, en el cual el acostumbrado objeto del hombre

culto constituia la grande mira por una parte, y los cascabeles, segun parece, todo el anhelo por la otra.

De este modo, y en hacer viages azarosos por la costa, ocupóse el almirante hasta el dia 20 del mes, cuando llegó á una punta que segun se decia, estaba contiguo, á la residencia del gran Cacique de aquella parte de la isla. Este príncipe, cuyo nombre, segun la ortografía española era Guacanagari, tenia muchos caciques tributarios, y se coligió de la medio inteligible descripción que de él daban sus súbditos, que era un monarca muy amado. El dia 22, cuando aun estaban surtos los bajeles en la bahia de Acul, donde habian echado anclas cuarenta y ocho horas antes, se vió entrar en el puerto una grande canoa. Pronto despues se anunció al almirante que venia en ella un embajador del Gran Cacique, quien traia presentes de su señor, con la súplica de que los barcos anduviesen una ó dos leguas mas al este y anclasen enfrente de la ciudad donde el príncipe mismo residia. Como impidiese el viento que se obedeciera inmediatamente el deseo, despachóse un mensajero con una respuesta

correspondiente, y con él se volvió el embajador. Fatigado de ocio, y deseoso de explorar algo mas de las partes internas de la comarca, al paso que impelido por su amor constitucional á las aventuras, Luis, quien habia hilvanado una presurosa amistad con un jóven isleño nombrado Mattinao, de la comitiva del embajador, pidió permiso para acompañarle, y tomó pasage en la canoa. Dió Colon la venia á su solicitud con mucha repugnancia, pues que el rango y carácter de nuestro héroe le inducia á ponerle á cubierto de cualquiera traicion y desgraciado accidente. Pudo mas sin embargo por fin el genio impetuoso de don Luis, quien partió con muchos encargos de que fuese discreto, amonestándosele repetidas veces acerca de la censura que caeria sobre el almirante, dado caso que alguna cosa sería le aconteciese. Por via de precaucion se mandó tambien que le acompañase Sancho Mundo en esta aventura caballeresca, y en la capacidad de su leal escudero.

Como que hasta entónces no se hubiese visto en manos de los salvages arma ninguna mas dañina que una flecha de punta roma, desdeñó el condecito de Llera vestir su cota de malla,

y fué armado únicamente de su fiel tizona, cuyo temple se había probado ya en mas de un corselete y yelmo moruno, en sus lides de á pié, y protegido por una sencillísima rodela. Pusiéronle en la mano un arcabuz, pero rehusólo el noble jóven, como arma poco digna de manos hidalgas, y que manifestaba recelos á que no era acreedora la conducta prévia de los naturales. Sancho, sin embargo, fué menos escrupuloso, y aceptó el arma. A fin empero de distraer la atencion de sus secuaces de una licencia que conocia el almirante era una infraccion de sus propias y rigurosas leyes, Luis y su compañero se desembarcaron, y luego fueron á bordo de la canoa en un punto fuera de la vista de los bajeles, á fin de que su ausencia no fuese conocida. Debido es á esta circunstancia tambien como al misterio general que cobijaba las relaciones del jóven Grande con esta célebre expedicion, que el episodio que vamos á referir no se encuentre mencionado en el diario del almirante, y que por tanto se haya escapado de los ojos atisvadores de los varios analistas que subsiguientemente han recogido materiales tan interesantes de aquel documento, repleto de sustanciosa instruccion.

CAPITULO II.



Eres pimpollo animado
En aire puro nacido,
Por la fantasia creado;
Y tu perfume has vertido
En dulce cielo dorado.

151

SUTERMEISTER.



PESAR de su valentia característica, y de una indiferencia al peligro, que casi podia traducirse insensibilidad, no se halló don Luis á solas con los Haitianos, sin experimentar, cuando ménos, una viva consciencia de la novedad de

su situación. Todavía, sin embargo, nada ocurriera que pudiese escitar la desazon, y él prosiguió sus imperfectas comunicaciones con sus nuevos amigos, insinuando á Sancho alguna vez que otra alguna indirecta en Castellano, y el honrado timonel, que solo necesitaba le sonsacasen, daba contestaciones que le hacian hablar horas enteras. En vez de seguir las aguas del lanchon perteneciente á la Santa Maria, á cuyo bordo iba el embajador, derribó la canoa algunas leguas mas al este, pues que se habia convenido en que Don Luis no se presentaria en la villa de Guacanagari, hasta que no llegasen á ella los buques; entónces debería juntarse con sus camaradas, de escurridilla, ó de manera que no llamase la atencion.

No hubiera sido nuestro héroe un verdadero amante; si hubiese quedado insensible á las glorias del escenario natural, que delante de sus ojos se desarrollaba al costear las playas de Española. Lo atrevido del paisage, igual al que presenta el Mediterráneo, se veia suavizado por la blandura de una latitud tan baja, que ciñe las rocas y los promontorios con un bechizo análogo al que presta á la belleza femenil la sonrisa de la

benevolencia. Mas de una vez prorrumpió en exclamaciones de delicia, y otras tantas correspondióle Sancho en el mismo temple, sinó exactamente en el mismo lenguaje, pues que el burdo marino creia que era parte de su deber náutico hacer eco á cuanto el jóven noble decia en su poético entusiasmo.

—Supongo, señor conde, observó el chusco gaviero,¹⁵² luego que llegaron á un punto muchas leguas distante de aquel, á donde habia atracado el lanchon del navio.—Supongo, señor conde, que usencia sabrá perfectamente hácia donde van chapaletando estos descamisados caballeros. Parece que tienen mucha prisa, y husman en las mientes algun puerto, aunque no esté precisamente á su vista.

—¿Estás receloso de algo, buen Sancho, que haces esa pregunta con tal desasosiego?

—Si lo estoy, Don Luis, es enteramente por causa de la noble familia de los Bobadillas, que perderia su dignísima cabeza, siempre que algun percance aconteciese á useñoria. ¿Qué le importa al mundo que un tal Sancho, el de la compuerta del dique, se case en Cipango con alguna princesa, y logre que el Gran

Khan le declare por hijo adoptivo, ó que se quede siendo un marinero liso y pelado de la matrícula de Moguer? Es tan indiferente eso como si cualquiera le diese á escoger entre llevar una almilla de ante y comer ajos puerros, ó andar por el mundo como su madre le parió, llenando la panza con frutas maduras. Estoy seguro, señor, de que no trocariais el castillo de Llera, por el palacio de este poderoso Cacique!

—No vas errado, Sancho; hasta el rango que uno ocupa debe depender del estado de sociedad en que uno vive. Un hidalgo de Castilla no tiene motivo de envidiar á un monarca de Haiti.

—Y mas especialmente, desde que mi amo el señor don almirante ha proclamado al público que nuestra augusta soberana Doña Isabela, de aquí en adelante y para siempre, ha de ser reina y señora, de estos andurriales devolvió Sancho, con una guiñada chusquisima. Poco entienden estas dignas gentes de la honra que reservada les está, y ménos que los otros, su alteza el rey Guacanagari.

* —Sancho, chiton! conserva guardadas en tu propio pecho unas intimaciones tan desagrada-

bles. Nuestros amigos hacen sesgar la proa de su cachivache hácia la embocadura de ese rio, y parece que tratan de que desembarquemos.

Mientras así hablaba Sancho, habian costeado los Indios hasta la distancia que intentaban, y se dirigian hácia la entrada de un riachuelo, el cual, brotando entre las nobles montañas que se agrupaban tierra adentro, se deslizaba en busca del océano á través de un risueño valle. La rivera nada tenia de ancha ni de profunda; pero su agua era mas que suficiente para que en ella flotasen las canoas de que los naturales se servian. Orlaban sus márgenes hileras de arbustos; y al subir por su cauce, presentóse á Luis un medio centenar de vistas hechiceras, donde pensó el mancebo se contentaria vivir todo el tiempo que de existencia le quedase, toda vez, siempre, que las adornára aun mas la presencia de su Mercedes. Apenas necesitamos añadir que, en todas aquellas escenas, se figuraba que veia al idolo de su adoracion ataviada con los terciopelos y blondas, gala entónces de las damas de escelsa alcurnia, y que columbraba las nativas gracias de la virgen castellana, embellecidas con

la soltura, que dan las cortes, y con las pulidas cualidades accesorias, dote precisa de una noble doncella, que vivia el dia entero, por no decir todos los momentos de él, en la presencia de su régia señora.

Cuando la canoa dejó á espaldas la costa, en virtud de navegar entre las dos puntas que formaban la embocadura del riachuelo, señaló Sancho al conde una flotilla de canoas, que bajaba del este con viento en popa, en rumbo, y segun todas apariencias como otras muchas que el dia anterior encontráran, hácia la bahia de Acul, con el objeto de hacer una visita á aquellos maravillosos estrangeros. Tambien los Indios, que iban en la canoa, divisaron la escuadrilla que navegaba á favor de sus velas de algodón, y por sus sonrisas y señas dieron á entender que la suponian dirigirse al mismo destino. A la sazón, tambien, ó precisamente al entrar en la embocadura de la rivera, sacó Mattinao de debajo de un manto de algodón, con que de cuando en cuando se cubria, un delgado aro de purísimo oro, que se puso en la cabeza, á manera de corona. Por este signo conoció Don Luis que era un cacique, uno

de los tributarios de Guacanagarí, y se levantó para hacerle acatamiento, al advertir esta evidencia de su rango; accion que fué tambien imitada por todos los Haitianos que iban en la canoa. En virtud de esta asuncion de gerarquia, imaginóse juiciosamente Don Luis que habia entrado ahora Mattinao dentro de los límites de un territorio que reconociera su poderio. Desde el momento que deshechó su incógnito el jóven cacique, dejó de remar, y afectando un aire de autoridad y de altiveza, se puso á hablar con su huésped en el mejor modo que se lo permitian sus imperfectos medios de comunicacion. Pronunciaba con frecuencia la palabra Ozema, é infirió Luis, por la manera con que la proferia, que era aquel el nombre de alguna esposa favorita; pues que los Españoles ya habian averiguado, ó á lo menos creído que lo habian, que los caciques se adonaban á la poligamia, al paso que con el mayor rigor obligaban á sus súbditos á contentarse con una sola muger cada uno.

Subió la canoa rio arriba, hasta que llegó á uno de aquellos valles trópicos, en los cuales la naturaleza parece haber agotado todos

sus medios de hacer de la tierra un paraíso. Al paso que el panorama participaba mucho de los rasgos silvestres del yermo, la presencia del hombre, durante algunos siglos, lo había desnudado de todos sus rasgos mas salvages y rudos. Semejante á los seres que la habitaban, poseía aquella comarca la perfeccion de la gracia nativa, sin que la aherrojase ni invadiese ingénio ninguno, de cuantos elabora en sus cálculos mas pulidos el humano espediente. Las habitaciones no carecian de hermosura, aunque eran tan sencillas como las necesidades de sus dueños; en medio del invierno engalanaban los campos flores mil, y las ramas generosas de los árboles gemian aun só el peso de sus frutas alimenticias y palatables.

Mattinao fue recibido por su pueblo con una ansiosa curiosidad, mezclada de un respeto profundo. Sus benignos súbitos rodearon en turbas á Don Luis y á Sancho, con aquella especie de maravilla con que los hombres civilizados mirarian á un par de profetas antiguos, si les fuese dable volver á la tierra, revestidos nuevamente de carne humana. Habian sabido la llegada de los bajeles; mas no por

eso dejaban de considerar menos á sus huéspedes como visitantes provenientes del Cielo. Tal vez esta no seria la opinion de los mas elevados en rango, pues, aun en el estado salvage, el alma del vulgo está muy distante de ser igual á la de los privilegiados pocos. Sea que se debiera á la mayor flexibilidad de su carácter y á los modales que mas fácilmente se adaptaban á las nociones incultas de los Indios, ó tal vez á su instinto de conveniencia, no tardó Sancho en hacerse el favorito de la muchedumbre, dejando al conde de Ilera mas especialmente al cuidado de Mattinao, y de los hombres principales de su tribu. Debido á estas circunstancias, pronto fueron separados los dos Españoles; habiendo *los muchos* llevádose á Sancho á una especie de plaza en medio de la poblacion, mientras Don Luis se quedó en la morada del Cacique. Apenas se halló Mattinao en compañía de nuestro héroe, y de los de sus gefes de mas confianza, comenzó á repetirse con ahinco entre los Indios el nombre de «Ozema.» Siguióse una conversacion muy rápida, se despachó un mensagero, sin que supiera Luis adonde ni para qué, y en seguida se despidie-

ron los caudillos dejando al noble castellano á solas con el cacique. Deponiendo su coronete de oro y arropándose con un manto de algodón, hizo Mattinao señas á su compañero para que le siguiera, y se salió del edificio. Echándose á la espalda la rodela, y arreglándose la correa de la espada de modo que esta no le estorbaba para caminar, obedeció Luis con tanta confianza como hubiera seguido á un amigo por las calles de Sevilla.

Guióle Mattinao á través de un yermo de perfumes, donde las plantas de los trópicos desarrollaban lujosas sus follages, debajo de los árboles cargados de nectáreas frutas; y siguieron una senda que se prolongaba á las márgenes de un torrente, el cual, precipitándose por un quebrajo, vertía sus aguas en el río que manaba inferior. La distancia que transcurrieron podría calcularse en media milla. Allí llegaron á un grupo de rústicas habitaciones que formaban un lindísimo terrado en el declive de un alcocer, desde donde se veía la población situada en las orillas del río, y se mandaba una vista del distante océano. Advirtió Luis á la primera mirada que aquel dulce retiro estaba

consagrado á los usos del sexo hermoso, y no dudó que formase una especie de serrallo, con destino á las mugeres del jóven cacique. Entráronle en uno de los edificios principales, donde volvieron á ofrecerle las viandas sencillas aunque agradables, que servían de refrigerio á los Indios.

Las relaciones de un mes no habían sido bastante para que las partes estuvieran ya al corriente de sus diversos idiomas. Los Españoles habían aprendido unas pocas palabras, se entiende de las mas comunes, de los Indios, y quizás Luis fuese uno de los que con mayor prontitud las retuvieran; sin embargo, es muy probable que con frecuencia equivocase su significado mas bien que acertara su acepción, aun cuando mayor confianza tuviese en su retentiva. Pero el lenguaje de la amistad no se equivoca tan fácilmente, y no había tenido motivo nuestro héroe para dar cabida al mas ligero sentimiento de desconfianza desde el instante en que se separó de los bajeles hasta la época actual.

Mattinao despachó un mensajero á un chozo contiguo, cuando entró en aquel donde ahora

descansaba Don Luis, y luego que hubo dado suficiente tiempo á su amigo para que se refrescase, levantóse el cacique, y por medio de un ademan muy cortés, y cual hubiera hecho honor á un maestro de ceremonias en la corte de Isabela, volvió á invitar al jóven conde á que siguiese sus pasos. Anduvieron por el terrado hasta llegar á un edificio de mayores dimensiones que los ordinarios, y que evidentemente contenia varias subdivisiones, y se introdugeron en una especie de antesala. Allí permanecieron algo menos de un minuto; el cacique, despues de haber hablado cuatro palabras con una muger, descorrió una cortina industriosamente labrada de yerba de la mar, y condujo á su amigo á un aposento interior. Una sola persona habia en él, cuyo carácter creyó Don Luis que se le anunció suficientemente por el uso de la simple palabra «Ozema» que pronunció el cacique al entrar en un tono sumiso y afectuoso. Acató Luis con una profunda reverencia aquella deidad indiana, y con tanta cortesía como si hubiese sido una damisela española de altísimo abolengo; luego, al enderezar el combado espinazo, fijó una larga y



Ozema.

firme mirada de admiracion en el rostro de la curiosa y medio asustada jóven que en su presencia estaba, y exclamó en aquellos tonos, que tan solamente indican sorpresa, asombro y arrebatado mezclados de consuno:—Mercedes!

El jóven cacique repitió esta palabra del mejor modo que pudo, equivocándolo evidentemente por algun término español, espresivo de admiracion y de deleite; mientras la trémula criatura hizose atras un paso, ruborizóse, celóse á reir, y balbució con voz melodiosa y baja; «Mercedes;» asi como los inocentes toman en la idea y repiten alguno de los causantes de sus irreflexivos placeres. Luego paróse á pié firme con los brazos cruzados mansamente sobre su seno, y asemejándose en todo á una lindísima estatua que representase el pasmo. Pero será necesario explicar la razon porqué, en un momento tan preciso, la lengua y las ideas de Don Luis se habian transferido de súbito á su enamorada la doncella de Valverde. A fin de verificarlo, intentaremos primero una corta descripcion de la persona y apariencia de Ozema, como en efecto se llamaba aquella belleza de las Indias.

Todas las relaciones convienen en describir á los aborígenes de las Indias occidentales, como singularmente bien formados, y con mucha gracia en sus movimientos; lo que causaba suma admiracion á los aventureros. Su color no era desagradable, y los habitantes de Haiti, en particular, se dice que eran poco mas morenos que los *Españoles mismos*. Los que se hallaban poco espuestos al tórrido sol de aquel clima, y que por costumbre tenian sus albergues bajo la sombra de los frondosos bosques, ó vegetaban en el retiro de sus hogares, asi como las personas que en la Europa siguen iguales costumbres, pudieran comparativamente llamarse blancos. Asi en efecto acontecia á Ozema, la cual, en vez de ser la esposa ó concubina del jóven Cacique, era su única hermana. Segun las leyes de Haiti, transmitiase por conducto de las hembras la autoridad incumbente á los caciques, y considerábase al hijo que, corriendo el tiempo pudiera proceder de Ozema, como heredero de su tío. Debido á este hecho, y á la circunstancia de que la línea régia, si término tan altivo puede aplicarse á un estado de sociedad tan rudo, se hallaba reducida á estos dos individuos.

Ozema habia oido, mas de lo que era costumbre, reverenciada por la tribu, que apartaba de ella toda faena, y la eximía de trabajos y padecimientos tanto como lo permitiera la ruda condicion de sus súbditos. Ella habia llegado á los diez y ocho años de su edad, sin experimentar ninguna de aquellas esposiciones ni zozobras que son mas ó menos las compañeras inevitables de la vida salvage, aunque ya habian notado los Españoles que cuantos Indios hasta entónces vieran, se hallaban exentos, al parecer, mas de lo que es costumbre, de los males de esta naturaleza. Esta exencion la debian á la generosa calidad del suelo, al almo calor del clima, y á la salubridad de los aires. En una palabra, poseia Ozema en su persona, precisamente, aquellas ventajas que la libertad sin restriccion, las gracias incongénitas, y el lujo de la silvestre naturaleza, pudieran suponerse prestar á la forma femenil, los privilegios de un blando clima, de alimentos saludables y sencillos, y de una exencion de la intemperie, de los cuidados y del trabajo. Difícil no seria imaginarnos que fuese Eva una criatura tal, cuando primero se le apareció á nuestro

primer padre, acabada de salir de las manos amoldadoras de su Creador divino, modesta, inocente, tímida y perfecta.

Usaban los Haitianos un traje poco abrumador, aunque el presentarse con el vestido que natura les regalara, no era inconsistente con sus ideas de pulcritud. Sin embargo, pocos sujetos de distinguido rango solían verse despojados de toda pretensión á la vestidura, la que mas bien usaban por vía de ornato, que como una necesidad adoptada por el uso ó por el abrigo. Ozema misma no formaba escepcion á la regla general. Un tonelete de paño indio, tejido de colores vistosos, ceñíale la delicada cintura, y le caía hasta las rodillas; un manto de algodón sin tacha, de burda manufactura aunque mas blanco que los copos de la nieve, y de un tejido tan fino que pudiera avergonzar á muchos fabricantes de nuestros propios días, le cruzaba por uno de los hombros, á manera de banda, y se enlazaba por el lado opuesto, con un suelto doblez, y cayendo en ondas casi hasta el suelo. Unas sandalias, de mucha ingeniosidad y hermosura protegían las plantas de unos pies, que una rei-

na de Europa pudiera haber envidiado; y una lámina de oro puro, trabajado toscamente, le colgaba del cuello, y pendía de una sarta de pequeñas conchas, de resplandecientes colores. Unos preciosos brazaletes, hechos de las mismas, ceñían sus torneadas muñecas, y unas delicadas abrazaderas de oro rodeaban las cañas de sus piernas, que eran de hechura tan perfectas como las de la Venus Napolitana. En aquella region, la belleza del cabello se consideraba como un testimonio de escelsa cuna, con mayor razon que muchos se imaginan que, en la vida civilizada, la demuestran los pies y las manos. Como que el rango y poderío habían pasado de hembra á hembra en su familia, durante siglos sin cuento, los cabellos de Ozema eran sedosos, suaves, undulantes, lujosos y negros como el azabache. Cubríale los hombros, cual manto glorioso, y le caían hasta la jareta de su sencillísimo tonelete. Tan liviano y suave era este velo natural, que los cabos de él flotaban en la dulce corriente de aire que respiraba mas bien que corría á través de la habitación.

Aunque esta extraordinaria criatura era la

muestra mas amable de la juventud femenil, que el noble castellano hubiese visto hasta entonces entre las silvestres beldades de aquellas islas, no fué tanto lo que le sorprendieron sus graciosas y bien torneadas formas, ni aun los encantos de su rostro y fisonomia, como una semejanza decidida y accidental con la divina jóven que en España dejara, y que habia sido por tanto tiempo el idolo de su corazon. Esta semejanza fué lo único que le hizo proferir el nombre de su amada, segun mas arriba dijimos. Si hubiera sido posible poner á la una junto á la otra, habria sido fácil descubrir muchos puntos de diferencia muy notable entre ambas, sin quedar reducido el espectador á comparar la espresion intelectual y pensativa de nuestra doncella castellana con el maravillado vacilante, y medio sobrecogido mirar de Ozema; sin embargo era tan fuerte la semejanza general, que nadie, que familiaridad tuviese con la cara de la una, pudiera dejar de hallarla impresa en la cara de la otra. Juntas las dos, se hubiera descubierto que el rostro de Mercedes llevaba ventaja respecto á delicadeza y finura, que eran mas no-

bles sus facciones y su frente; que á sus ojos iluminaba mas la inteligencia anidada en su interior; que era mas radiante su sonrisa en virtud de los pensamientos y sensaciones de la muger ilustrada; que su rubor era mas sensitivo, y daba á traslucirse á mayor grado la consciencia de los hábitos convencionales, y que su espresion estaba en lo general cultivada hasta un punto superior, que aquel adonde habian podido llegar los sencillos impulsos y limitadas ideas de la jóven Haitiana. Sin embargo, respecto á la mera juventud, tintes y contornos, apenas se hacia perceptible la disparidad, al paso que sorprendiera la similitud; y por lo que tañe á la animacion, á la franqueza nativa, á la ingenuidad y á todos aquellos hechizos que dan á la muger los sentimientos ardientes y sin disfraz, muchos hubieran preferido el confiante *abandono*¹⁵³ de la hermosa virgen de las Indias,¹⁵⁴ á la reserva mas adiestrada y altiva de la heredera castellana. Lo que en esta última pudiera atribuirse á un entusiasmo enérgico, sublime, natural, aunque religioso, era en la otra el simple reboce de unos impulsos sin restrictura, los cuales, aun-

153. En cursiva también en el original.

154. *the beautiful young Indian* (TO, p. II-114).

que femeniles en su origen, era muy poco arreglados en su indulgencia.

—Mercedes! exclamó nuestro héroe, luego que esta vision de amabilidad indiana se presentó súbita delante de sus ojos—«Mercedes!» repitió Mattinao; «Mercedes!» balbució Ozema, dando atras un paso, ruborizándose, riéndose, tornando en pos á rehacer su inocente confianza; al proferir repetidas veces la palabra misma, que ella equivocára tambien por un vocablo espresivo de admiracion, en voz melodiosa y sumisa.

Como que un coloquio estaba fuera del caso, solo quedó á los presentes el recurso de espresar sus sentimientos por medio de signos. No habia ido Luis á la expedicion sin proveerse de regalos. Anticipando una entrevista con la muger del Cacique, se habia traído de la nave varios objetos que supuso agradarian á su ruda imaginacion. Pero al momento de ver á la jóven hermosa que ante sus ojos se presentára, todas aquellas dádivas le parecieron indignas de un ser tan precioso. En una de sus correrias contra el Moro, habia despojado á un adalid alarbe de un turbante for-

mado de rico y ligerísimo paño, el que conservára como trofeo, y con el cual solia cobijarse, por puro capricho, cuando bajaba á tierra; pues lo consideraba como un ornamento que pudiese imponer respeto á aquellos sencillos naturales. Estas fruslerias no llamaban la atencion de nadie, porque los hombres de *mar suelen tener mil caprichos de este jaez*, cuando se hallan lejos de aquellos á quienes estan habitualmente subordinados. Llevaba nuestro jóven puesto en la cabeza el turbante, al momento de entrar en la habitacion de Ozema, y abrumado con el deleite de encontrar una semejanza tan inesperada, al paso que es citado posiblemente por una exhibicion tan imprecavida de femenil amabilidad, desarrollólo con galanteria, estendió los dobleces del rico paño, y púsosele en los hombros de la encantadora Ozema, cual si fuese un manto.

La espresion de gratitud y deleite que hizo ver aquella jóven inculta, fué ardorosa, sincera y sin disfraz. Dejó ella caer al suelo el lujoso ropón, repitió la palabra «Mercedes» una vez y otra, descubriendo su placer con toda la ardentia de una naturaleza ingénuo y generosa.

Si dijésemos que esta manifestacion de Ozema estuvo exenta completamente del arrebatado pueril, que quizas fuese cualidad inseparable de su ignorancia, equivaldria á atribuir á la tenebrosa condicion de sus mentes la esperiencia y sensaciones arregladas que son efecto de la civilizacion en sus mayores progresos; pero, no obstante la inartificiosa simplicidad con que diera á entender sus emociones, no careció su deleite de mucha parte de aquella dignidad y altivez que señalan por lo comun en el mundo la conducta de las clases superiores. Esta comportacion fué juzgada por Luis tan graciosa como sencilla¹⁵⁵ y hechicera. Procuró traer á su fantasia el modo con que la señorita de Valverde pudiera aceptar un regalo de piedras preciosas que le hiciera con sus propias y lindas manos la reina Doña Isabel, y hasta lo creyó muy posible que la gracia sin estudio de Ozema, no le iria en zaga á la que seria indicio del suave respeto, mezclado con el agradecido placer, que Mercedes no dejaria de exhibir.

Mientras atravesaban su fantasia ideas semejantes, despojóse la muchacha india de su

propio y hechicero manto, sin ademan ninguno de rubor; y en seguida envolvió sus impecables formas en el paño del turbante. Apenas fué hecho esto, cuando con una gracia y libertad peculiares á su ánima irrestricta, quitóse del cuello el collar de conchas, y adelantándose un paso hácia nuestro héroe, alargóle con su mano la dádiva, mientras su cara medio vuelta á un lado y sus ojos risueños y deseosos dijeron mas de lo que la lengua expresar pudiera. Aceptó Luis el obsequio con el correspondiente ahinco, y no se abstuvo de usar la galanteria castellana de imprimir un beso en la dulce mano que le ofrecia aquel juguete.

El cacique, quien habia sido un agrada-do espectador de cuanto pasaba, hizo señas al conde para que le siguiese, y le condujo á otro edificio. Allí fué presentado Don Luis á otras jóvenes, que estaban acompañadas de dos ó tres chiquillos; y no tardó en comprehender que eran las mugeres é hijos de Mattinao. A fuerza de gestos, de unas cuantas palabras, y de los demas arbitrios de explicacion á que acudian los Españoles y los Indios, consiguió el

de Llera enterarse de la afinidad que existía entre Ozema y el cacique. Esperimentó nuestro héroe cierta sensación muy parecida á la del gozo, cuando descubrió que la beldad india no estaba casada, y allá su conciencia tuvo que atribuir el sentimiento—tal vez con justicia—á una especie de *sensitividad*¹⁵⁶ celsa que nacía de su semejanza con Mercedes.

Lo restante de aquel día, así como los tres que le siguieron, pasólos Luis con su amigo el cacique en esta favorita y sagrada residencia del último mencionado. Por consiguiente, era nuestro héroe, si alguna cosa, un sujeto de mayor interés para todos sus patronos que ellos pudieran serlo para él. Tomábanse con su persona mil libertades inocentes: le examinaban los vestidos y adornos que le cubrían, sin dejar de hacer un cotejo entre la blancura de su cutis y la tez mas rojiza del de Mattinao. En estas ocasiones era Ozema la mas reservada y esquiva, aunque sus miradas seguían todos los movimientos del extranjero, y su complacido semblante denotaba el interés por cuanto le concerniera. Durante las horas seguidas, estaba reclinado Luis en olorosas y blandas

esteras, cabe aquella criatura amable y sin artificio, estudiando la caprichosa expresión de sus facciones, embobado con la esperanza de descubrir similitudes mas pronunciadas entre ella y Mercedes, mientras á veces se perdía en lo que solo á la jóven india perteneciera. En el discurso de tiempo, que pasó bajo aquellas hospitalarias techumbres, esforzóse el conde en obtener algunos informes útiles acerca de la isla; y fuese debido al rango superior de la bella hermana del cacique, á su natural elevación de alma, ó al encanto de sus maneras, imaginóse bien pronto que conseguía hacerle comprender sus ideas y esplicaciones mucho mejor que lo verificaban las mugeres de Mattinao ó el cacique mismo. Así es que á Ozema dirigía Don Luis casi todas sus preguntas; y antes que el día hubiese espirado, esta despejada y atenta doncella habia hecho mayores progresos en abrir una comunicacion inteligente entre el aventurero y sus propios paisanos, que hubo podido conseguirse durante los dos meses anteriores. Aprendía las voces españolas con una prontitud que parecia instintiva, y las pronunciaba con un acento tan gracioso que las

hacia mas bonitas y blandas para el oido.

Luis de Bobadilla era precisamente un católico tan bueno, como una rígida educacion, una vida vagamunda, y los usos del campamento pudieran hacer á un jóven de su temperatura y rango. Sin embargo, era aquel un siglo en que la mayor parte de los seglares tenían una profunda reverencia para con la religion, sin meternos ahora en si se sometian ó no de todas veras á su purificante influjo. Si existian hombres despreocupados, era preciso irlos á buscar entre los que pasaban la vida en el retiro de sus gabinetes, ó tal vez se encontrarían entre los eclesiásticos mismos; algunos de los cuales se calaban la capucha solo con el fin de ocultar su infidelidad. Tambien su íntimo trato con Colon habia contribuido á fortalecer la tendencia de nuestro héroe á creer en la constante supervision de la Providencia; y experimentaba ahora una fuerte inclinacion á imaginarse que la facilidad extraordinaria que advertia en Ozema de adquirir el conocimiento de un idioma extraño, era una de sus semi-milagrosas provisiones, hechas con el objeto de adelantar la introduccion del culto de

la cruz en aquellos paises. Con frecuencia se jactó el jóven entusiasta, mientras sentado miraba á los ojos brilladores aunque blandos de aquella inculta vírgen, y escuchaba sus vehementes esfuerzos para hacerle comprehender la intencion de sus palabras, que iba á ser el un instrumento que produgese un beneficio tan grande, por la mediacion de un agente tan florido y encantador. Tambien le habia aleccionado el almirante sobre la importancia de averiguar, si fuese posible, la posicion de las minas, y ya Don Luis consiguiera hacer que Ozema comprendiese sus preguntas sobre un asunto que era el *tu autem* de la mayor parte de los aventureros.¹⁵⁷ Sobre estas materias fueron menos inteligibles las respuestas de la India; pero Luis creyó que jamas podian ser suficientemente categóricas, lisonjeándose mientras que solo trabajaba por satisfacer los deseos de Colon.

El dia despues de su llegada, obsequiaron á nuestro héroe con el espectáculo de algunos juegos á estilo del pais. Estos se han descrito ya tantas veces que no es necesario repetirlos en este lugar; pero en todos sus movimien-

157. On a subject that was all-engrossing with most of the Spaniards, (TO, p. II-105).

tos y ejercicios, los cuales eran de la tendencia mas pacífica, la joven princesa se hizo notable por su gracia y habilidad. También obligaron á Don Luis á hacer muestra de su destreza, y siendo el mancebo tan atlético como activo, le fué fácil ganar la palma hasta de su amigo Mattinao. El joven cacique no manifestó celos ni disgusto á las resultas, mientras su hermana se reía y palmoteaba de puro gozo, al verle sucumbir, hasta en sus propios juegos, ante la mayor fuerza y mas robustos brios de su hermoso huésped. Mas de una vez pareció que las mugeres de Mattinao proferían blandos reproches á estos arrebatos de sentimiento; pero Ozema les contestaba con sonrisas y suaves réplicas, mientras Luis, en aquellos instantes la creía mas bella aun de lo que su imaginacion retratarla pudiera, y tal vez con toda justicia, porque tenia las mejillas cubiertas de resplandeciente rubor, y centelleábanle los ojos cual si fuesen sus niñas dos gruesas cuentas de abillantado azabache, y los dientes que se hacían visibles entre aquellos labios de cereza, parecían dos hileras de pulido marfil. Hemos dicho que los ojos de Ozema eran

negros, diferenciándose en este particular de los rasgados, melancólicos y cerúleos orbes que vertían su dulce luz en el rostro de la entusiástica Mercedes; pero sin embargo de esto eran parecidos los unos á los otros, pues que tan amenudo expresaban los mismos sentimientos, mas particularmente respecto á las materias en que Luis se hallaba concernido. Mas de una vez, durante la prueba de fuerzas, imaginára el joven noble castellano que la expresión de arrobo, que sin disimulo danzaba en los ojos de Ozema, era el remedo de aquella arraigada delicia que tantas veces le había iluminado con sus destellos, vertiéndose de los ojos de Mercedes, al presenciar sus triunfos en el torneo; y en semejantes ocasiones, se le ocurría que la similitud entre las dos era tan obvia, que casi las hacía idénticas, previa la correspondiente rebaja por la diferencia de traje y por otras particularidades de circunstancia precisa.

No ha de suponer por esto el lector que nuestro héroe fuese precisamente inconstante á sus antiguos amores. Léjos de tal cosa, Mercedes estaba demasiada atesorada dentro de su

corazon—y Luis con todos sus defectos era un hidalgo de corazon tan ardoroso y sincero como el mas estirado—para que fuese tan fácilmente destituida. Pero tenia pocos años, se hallaba á mucha distancia de la muger que por tan largo tiempo idolizára, y ademas, no era insensible, del todo, á una admiracion que con tanto hechizo como franqueza le daba á traslucir la virgen indiana.¹⁵⁸ Si hubiese advertido en ella la mas leve mirada ladina, cualquiera prueba de que el artificio ó la astucia yacia en el fondo de la conducta de Ozema, á una vez se hubiera alarmado, y echo trizas las cadenas de su momentánea ilusion; pero, todo, por lo contrario, era tan franco y natural en la sencilla doncella, quien luego que manifestaba la parte que en sus pensamientos tenia su jóven huésped, lo verificaba con una simplicidad¹⁵⁹ tan clara, con una sinceridad tan irrepresible, con una ingenuidad, por fin, tan obviamente fruto de su inocencia, que era imposible sospechar el mas leve artificio. En una palabra demostró tan solamente el conde de Llera que pertenecia al linage humano, al ceder hasta cierto punto á una fascinacion, que

bajo tales circunstancias hubiera hecho impresiones mas profundas en la fè hasta de otros hombres, cuya reputacion, en esto de estabilidad de propósito, estuviese mas sólidamente basada.

En las situaciones de tanta novedad, huye el tiempo con rapidez, y Luis mismo se asombró, cuando, al mirar atras, se acordó de que habia pasado muchos dias en casa de Matinao, ó mas bien en lo que no impropriamente pudiera denominarse el serrallo del cacique. Durante todo este tiempo tampoco se descuidáran los Judios respecto á obsequiar á Sancho, el de la compuerta del dique. Habia sido el ilustre timonel un héroe, en su propio círculo, tambien como el jóven noble, al paso que ni en un ápice habia omitido el cumplimiento de su obligacion sobre el punto de hacer pesquisas en busca de oro. Aunque no habia adquirido una sola palabra del idioma Haitienso, ni ouseñado una sílaba del Español á ninguna de las campechanas ninfas que le rodeáran, consiguió adornar las personas de muchas de ellas con cascabeles, y condújose de modo que les sonsacára, en pago, toda cla-

158. *The Indian girl* (TO, p. II-106).

159. *Näiveté*, en cursiva (TO, p. II-206).

se de joyuelas que se pareciesen en algo á ese metal precioso. Este trueque, sin duda, se haría con toda legalidad, pues que tuvo por base el favorito principio de los teoristas del comercio franco, quienes sostienen que el tráfico es un mero cambio de cosas equivalentes; y hacen la vista larga sobre todas las circunstancias adversas que pueden acontecer, en el preciso momento, para determinar la tarifa de los valores. Sancho tenía sus nociones de comercio, así como los filósofos de nuestra época; y como Don Luis y él se reuniesen de cuando en cuando durante su hospedage en la casa y aldea de Mattinao, confió el timonel á su noble amigo en una de estas entrevistas unas pocas de sus opiniones acerca de esta materia interesante.

—Advierto Sancho, que no te se ha olvidado la afición que tienes á las doblas, dijo riéndose Luis, mientras el marrajo gaviero le enseñaba el acopio de polvos de oro y de láminas del mismo metal que había colegido.—Tienes tesoro abastanza en tu morral para acuñar una buena veintena de ellas, sin que le falte á ninguna los nobles bustos del rey nuestro señor y de su régia consorte.

—Doblad vuestro cálculo, señor conde; doblad la veintena, os digo, y todo á trueque de unos diez y siete cascabeles, que tan solo me costáran un puñado de maravedies. Por vida de la misa mayor! Este es un tráfico muy justo y concienzudo, cual conviene y es decoroso que lo hagamos nosotros los Cristianos viejos. Ahí veis á esos salvages; maldito si hacen mas caso del oro, que Useñoria de un Moro muerto, y por pura venganza tengo yo en igual baratura un cascabel. Por mucho que desprecien ellos, y háganlo del modo que mejor les cuadre, sus galas amarillas y sus polvillos rubios, me hallarán siempre igualmente dispuesto á deshacerme de los veinte cascabeles que me quedan de caudal. Regateen cuanto gusten, que yo les aseguro que han de hallarme tan listo, como ellos pueden estarlo, para trocar una cosa que nada vale con otra que vale ménos.

—Y es una partida honrada, Sancho, la de robar á un Indio su oro en cambio de una bagatela, que tan fácilmente se compra con una moneda de cobre vil. Acuérdate que eres Castellano, y en lo sucesivo dáles dos cascabeles en vez de uno solo.

—Jamás he olvidado mi cuna, señor conde, pues por feliz ventura la compuerta del dique de Moguer está en la madre España. ¿No ha de establecerse el valor de una cosa, por lo que haya de producir su venta en el mercado? preguntádselo á cualquiera de nuestros traficantes, y os dirán lo mismo que yo; esto está mas claro que el sol en los cielos. Cuando los Venecianos echaron el ancla delante de Candia, hallaron que los higos, las uvas y el vino griego, solo valian en aquella isla la pena de pedirlos, al paso que los productos que ellos llevaban á su bordo, procedentes de los países occidentales, se vendian á cualquier precio. Oh! nada hay mas óbvio que el hecho de que cada cosa tiene su valia, y que es un legalísimo tráfico el de dar un artículo de comercio, que en sí nada supone, á trueque de otro, que tiene el mismo intrínseco valor.

—Toda vez que se considere como accion honrada aprovecharse de la ignorancia ajena, repuso Don Luis, quien miraba los asuntos comerciales con el verdadero desprecio de un noble, será justo engañar á los niños y á los idiotas.

—Dios me libre, y especialmente el glorioso San Andres, mi patrono bendito, de afirmar una cosa tan malvada! Los cascabeles, señor, son mas preciosos que el oro en Haiti, y habiendo tenido noticia de ello, no puedo hacer mas que *sacrificarme*, vendiéndolos por un puñado de basura. Bien veis que soy generoso en vez de avaro, pues que al fin este es un convenio entre los diversos estipulantes del negocio, quienes nos hallamos todos en la precitada insula, donde es preciso establecer la tarifa de los géneros de tráfico. Verdad es, que despues de esponerme á grandes riesgos por la mar, y de padecer mil privaciones, y sufrir inmensos trabajos y eventualidades, para llevar este oro á España, recogeré el fruto de mis riesgos, y sacaré asaz beneficio para ganarme un modo honrado de subsistir. Espero que Doña Isabela mirará con tanto interés por el bien estar de estos sus nuevos súbditos, que les prohiba mezclarse en todo negocio de navegacion—carrera por cierto de mucho trabajo y peligro, como Usia y yo sabemos demás.

—¿Y por qué motivo tienes tanto afan en anhelar esta gracia á favor de estos pobres is-

leños, y eso tambien, Sancho, á costa de tus propias costillas?

—Por una razon muy simple, señor, contestó el chusco con una ladina guiñada, solo con el objeto de que el tráfico no se desquibre, pues que el comercio debe de ser tan franco, y tan esento de trabas como posible sea. Ahora bien; si nosotros los Españoles venimos á Haiti, venderemos cada cascabel á onza de oro; por lo contrario, si obligamos á estos salvages á tomarse la molestia de pasar á España, una dobla de su oro les proporcionaria un par de almudes de cascabeles! No, señor, no; está muy bien arreglado esto como lo está; y ojalá que le caiga en suerte una doble racion de Purgatorio al hombre que desee ó intente plantar obstáculos en la vía de un tege manege mercantil, tan bueno, tan honrado, tan libre y tan civilizador como este; he dicho.

Hallábase Sancho ocupado de esta suerte en la esplicacion de sus nociones acerca de la franquicia del comercio, gran misificacion de los filántropos de nuestros dias, cuando se levantó tal barahunda de gritos en la aldea de Mattinao, cual solo se oye en los momentos

de estremado apuro y de súbito terror. Tenia lugar el coloquio de los dos Españoles en un bosquecillo, que se hallaba á medio camino entre la poblacion y la morada particular del cacique; tan implícita, empero, habia llegado á ser la confianza que Don Luis y Sancho reposáran en su patrono, que ninguno de los dos llevaba consigo á la sazón arma alguna. El de Llera habia dejado tizona y tarja, hacia media hora, á los pies de Ozema, quien se entretuviera en remedar los ademanes del guerrero, manejando sus armas para su mútua diversion; mientras el de la compuerta del dique habia creído que era un arcabuz carga demasiado pesada para que pudiera llevarse arriba y abajo por mero pasatiempo. Esta última arma se habia quedado en la aldea, donde el viejo timonel encontrara un alojamiento tan cómodo.

—¿Será esta alguna alevosia, señor? esclamó Sancho. ¿Habrán descubierto esos belitres el valor verdadero de mis cascabeles, al cabo y al fin, y se habrán empeñado en que yo les abone lo que alcanzan por el saldo de la cuenta

—Apuesto la vida, Sancho, á que nos son

leales así Mattinao como su gente—escucha! ¿no gritan ahora «Caonabo?»

—Así es, señor; ese es el nombre del cacique Caribe, terror y espanto de todas estas tribus imbeciles.

—Traete el arcabuz, Sancho, si posible te es, y luego corre á buscarme en esas casas de allá arriba. Precisa defender á toda costa á Ozema y á las mugeres de nuestro generoso amigo!

Apenas hubo dado Luis esta órden, cuando él y Sancho se separaron; el marinero acoriendo á la aldea, que ya á este tiempo era una escena del mas horrascoso tumulto, mientras nuestro héroe, con pasos lentos y faz adusta, se retiró hácia el hogar privado del cacique, volviendo la cara de cuando en cuando, como si anhelára arrojarse en lo mas espeso de la pelea. Mas de veinte veces echó de ménos su corcel favorito y su robusto lanzon, aunque en verdad, no hubiera sido una proeza extraordinaria para un caballero de su manejo y brios, el hacer que desalentados buyesen ante él un millar de adalides semejantes á los que ahora le amenazaban. Muchas veces con

su aislado brazo habia el fogoso jóven roto filas enteras de la infanteria moruna, y la experiencia subsiguiente probó, que mas de un individuo, bien montado, arrollára bajo las herraduras de su caballo, á centenaes enteros de aquellos desnudos aborígenes.

Antes que nuestro héroe, habia alcanzado la alarma las habitaciones de Mattinao. Don Luis llegado á casa de Ozema, halló á la jóven india rodeada de cincuenta mugeres, algunas de las cuales acababan de subir de la aldea, y una y todas pronunciaban á gritos el terrible nombre de «Caonabo!» Ozema misma era la que estaba mas tranquila que las otras, aunque fuese aparente, que por algun motivo, su persona servia de objeto de ansiosa solicitud á cuantas hembras en su rededor se hallaban. Luego que el noble castellano se introdujo en su habitacion, acudieron á ella tambien las mugeres del cacique; y pronto se echó de ver por sus palabras y ruegos, que instaban á Ozema que se fugase, para evitar que fuese presa del gefe Caribe. Aun se imaginó el conde de Lleras, y no le engañó por cierto su fantasia, que las demás mugeres daban de hecho que la cap-

tura de la hermosa hermana de Mattinao era el objeto de aquel ataque repentino. Esta conjetura no refrescó en lo mas mínimo el ardor de Don Luis por defenderla. Al momento que los ojos de Ozema le columbraron, acorrió á abrazarle la jóven, y luego juntando las manos en ademán de desespero, pronunció el nombre de «Caonabo» en tonos que hubieran derretido un corazón de piedra. El entónces aseguró á la princesa de su adhesión, en los términos mas inteligibles que pudo, con el ademán de poner su adarga delante del pecho palpitador de la doncella, y de blandir su acero, cual si fuese en reto de sus enemigos; apenas le dió esta prenda, cuando desaparecieron todas las otras mugeres, acorriendo las unas al rescate de sus hijuelos, y todas en busca de un lugar de seguro asilo. En virtud de esta desercion tan singular como inesperada, hallóse Luis, por la primera vez desde que á ella le hubieron presentado, á solas con la encantadora Ozema.

El quedarse en la casa, haría que los enemigos se acercasen sin ser vistos, y los gritos y alaridos anunciaban asaz que por momen-

tos se aproximaba el peligro. En consecuencia, hizo Luis señas á la jóven para que le siguiese, haciendo primero un lío del paño de su turbante, y colocándolo en el brazo de su compañera para que le sirviese de broquel contra las flechas del enemigo. Mientras en esto se ocupaba, dejó Ozema caer la cabeza sobre los pechos de su campeón, y la escitada virgen¹⁶⁰ se deshizo en lágrimas. Este indicio de debilidad, sin embargo, solo duró un momento; en seguida alentóse la amazona,¹⁶¹ sonriéndose á través de sus lágrimas, y convulsamente apretó el brazo á Luis, tornándose otra vez una heroína indiana. Luego salieron juntos del edificio Don Luis y ella.

Pronto notó el noble castellano que su retirada de la casa se hiciera con exacta premura. Ya habia desaparecido toda la familia de Mattinao, y hallábase á la vista una partida numerosa de invasores, precipitándose furiosos por el bosque arriba, en el mas profundo silencio, aunque en toda apariencia resueltos á apoderarse de su víctima. Sintió Don Luis á Ozema, quien se adheria á su brazo, temblar violentamente, y en seguida oyó que balbuciaba:

—Caonabo—no—no—no.

160. *The excited girl* (TO, p. II-110).

161. *when she aroused herself* (TO, p. II-111).

La joven princesa habia aprendido este vocablo monosilabo de disentiimiento, y esta exclamacion dió á conocer á Luis que ella tenia una viva repugnancia de casarse con el gefe caribe. Su resolucion de protegerla ó morir no se aminoró de manera alguna por esta involuntaria maifestacion de sus sentimientos, que, no pudo menos de recelarse el mancebo, tendria alguna conexion consigo mismo, porque al paso que nuestro héroe era á un tiempo hidalgo y generoso, poseia la cualidad de ser hombre, y por tanto se hallaba bien dispuesto á reparar favorablemente en sus propias facultades de agradar. Solo era humilde Luis de Bobadilla en todo cuanto tuviese referencia á su Mercedes.

Soldado, casi desde la niñez, miró el joven conde al instante en torno de sí con el objeto de apoderarse de una posicion que pudiese favorecer sus medios de defensa, y tornar á mejor recaudo sus armas. Por buena suerte halló una tan cerca, que solo tardó un minuto en ocuparla. Apoyábase el terrado en un precipicio de peñas, y á distancia de treinta pasos de la casa, habia un punto donde for-

maba ángulo la faz del despeñadero, destacándose un muro á cada lado, hasta un trecho de consideracion, mientras la roca que encima de él torrea, hacia suficiente proyeccion sobre su basamento para quitar todo recelo de que pudiese el enemigo arrojar piedras desde su cima. En el ángulo se veia multitud de pedruscos, que podia proporcionar guarida contra las flechas, y como hubiese por delante un espacio llano y cubierto de cesped, sobre el cual podia un caballero lucir su proeza, toda vez que se hallase en aquella posicion, sintióse fortalecido nuestro héroe, por no decir invencible, al conocer que solo cara á cara podian acometerle. Colocóse Ozema detras de uno de los fragmentos de los desprendidos peñascos, con su persona medio oculta, apesar de eso, pues que su interés por Luis y su curiosidad respecto á sus enemigos, la inducian igualmente á que dejase en descubierto la cabeza y parte de su hermoso busto.

Apenas se vió Luis dueño de aquella posicion, cuando una docena de Indios se formaron en ala á distancia de cincuenta varas á su frente. Estaban armados de arcos y flechas,

de mazas y lanzas. Careciendo de otra defensa que su rodela, hubiera juzgado el joven noble que era muy precaria su situacion, si no hubiese conocido que la arqueria de aquellos salvages era poco temible. Sus flechas, á la verdad, podrian matar, cuando se disparasen á corta distancia, y contra la desnuda piel, pero era dudoso el que perforasen el terciopelo doble que servia de vestimenta al bizarro español, y el trecho de cincuenta varas no deberia causarle indebido recelo. No quiso el joven retirarse á las peñas, pues que el espacio limpio era necesario al libre manejo de su fiel tizona, que era el arma en la cual podia confiar únicamente para adquirir un triunfo disputable.

Fué tal vez afortunado para nuestro valiente, el que Caonabo mismo no viniese en aquella partida, que tan de cerca le apuraba. Este formidable caudillo, que habia ido en seguimiento de las fugitivas hembras, creyendo que Ozema iba en su compañía, hubiera sin duda traído el negocio á un éxito inmediato, en virtud de una carga desesperada, donde el número podria prevalecer sobre el valor y la ac-

tividad. Los adalides presentes se sirvieron de una táctica distinta, y comenzaron á tender los arcos. Uno de los mas diestros de la partida, asestó una flecha con todo su brio, y dejóla volar. Saslayó la saeta en el escudo del caballero, y dió en el montecillo á su espalda, con tan poca fuerza como si la hubieran disparado en puro juego. Siguióla otra, y Luis la paró con la espada, desdeñando levantar la tarja para recibir semejante bagatela. El frio modo con que hizo frente al ataque, fué causa de que los Indios diesen un grito sin que Luis pudiera conocer si era efecto de admiracion ó de rabia.

La siguiente embestida fué mas juiciosa, porque se hizo sobre un principio algo parecido al que se dice adoptó Napoleon, para dirigir las descargas de su artilleria. Todos los que tenian arcos, que eran unos seis ú ocho, los tendieron á una, y vinieron las flechas á resonar sobre la rodela del asaltado en un solo vuelo. No fué fácil cubrirse enteramente de semejante granizada, y recibió nuestro héroe dos ó tres cardenales de las esquivadas saetas, aunque sin resultarle herida ninguna. Iban á ha-

cer otra descarga general cuando la alarmada doncella se precipitó de su escondrijo, y á modo de las Pocahontas de la historia americana, arrojóse delante de Luis, con los brazos cruzados sobre el pecho con la mas paciente mansedumbre. Luego que ella se presentó, resonaron gritos de—Ozema!—Ozema! entre los asaltadores, los cuales] no eran Caribes, como entenderán cuantos conozcan los anales de aquellas islas, sino Haitianos menos belicosos, al mando de un gefe caribe.

En vano procuró Luis persuadir á la adicta doncella á que se retirase. Creia la cuitada que estaba en riesgo la vida de su protector, y ningun language, aunque le hubiera sido posible al mancebo poner en juego toda su elocuencia á la sazón, hubiera inducido á la heroína á dejarle espuesto á peligro semejante. Como procurasen los Indios atisvar alguna parte descubierta del cuerpo de Luis sin traspasar con sus flechas á Ozema, conoció el joven que solo le quedaba el recurso de retirarse detras de un grueso pedruzco. Al lograr precisamente aquel amparo accidental, un guerrero de aspecto feroz se juntó con los enemi-

gos, los cuales desde luego comenzaron á darle una vocinglera esplicacion del estado en que se hallaba el ataque.

—Caonabo? preguntó Luis á la princesa señalando hácia el recién venido.

Meneó Ozema la cabeza, despues de examinar con abinco las facciones del gefe extraño, y asiéndose al mismo tiempo del brazo de nuestro héroe, con seductora independencia,

—No—no—no—dijo ella con ansiedad. No Caonabo—no—no—no.

Comprehendió Luis por la primera parte de esta respuesta que le daba á entender que el guerrero recién llegado no era el caudillo caribe; y por la segunda que le hacia manifesta su arraigada aversion respecto á llegar á ser esposa suya.

Pronto se terminó la consulta entre los adversarios; seis de ellos empuñaron sus mazas y lanzones, é hicieron un avance hacia la ciudadela de los sitiados. Al verlos ya á ocho varas de su guarida, arrojóse á la esplanadilla nuestro héroe con un ligero salto para salirles al encuentro. Parando con la tarja dos de sus lanzas, cuyos leños descabezó de un solo revés

con la espada afiladísima y de alto temple, al recuperarse de su esfuerzo, encontróse la silvante tizona con el levantado brazo del macero que venia mas á vanguardia. Con el hábil tajo vinieron á tierra la mano y el arma de aquel hombre. Dando en seguida un corte al frente, la punta de su acero rasgó los pechos á los dos salvages de las lanzas que se habian quedado atónitos, salvándoles la distancia, á que se hallaban, de una herida mas mortal aun.

Esta rápida é inesperada egecucion llenó á los asaltadores de temor y espanto. Nunca antes habian conocido la fuerza del acero, cual en la guerra se usa; y la súbita amputacion del brazo parecióles hasta cierto punto milagrosa. Hasta el feroz Caribe retrocedió asombrado, y reanímó á Luis la esperanza de la victoria. Esta era la primera ocasion en que los Españoles tenian hostilidades con los moradores de las islas que descubierto habian, aunque acostumbran los historiadores referir un suceso, ocurrido mas tarde, como principio de las reyertas; pues que el sigilo que cubriera siempre la asistencia de Don Luis en

aquella expedicion, ha frustrado hasta el dia sus ligeras y superficiales observaciones. Por consiguiente, la eficiencia de un arma, cual nuestro héroe la blandia, era tan nueva entre los Haitianos como egecutiva y terrífica.

En aquel momento un grito lanzado por los salvages, y la aparicion de una nueva partida de invasores, con un gefe de alta estatura y de imponente aspecto á su cabeza, anunció la llegada de Caonabo en persona. El belicoso cacique pronto se enteró del estado de los negocios, y fué evidente que las proezas de nuestro héroe le llenaron de admiracion y de asombro. Despues de algunos minutos, mandó que sus seguidores se retirasen á buena distancia, y poniendo su maza en el suelo, se adelantó impertérito hácia Luis, haciéndole señas de amistad.

Cuando se reunieron los dos adversarios, fué con mútuo respeto é igual confianza. Hizo el Caribe un breve aunque enérgico discurso, en el cual la única palabra que comprendió nuestro héroe, fué el nombre de la encantadora Ozema. Tambien á este tiempo se allegó á ellos la jóven India, y su amante se

volvió hácia ella dirigiéndole la palabra con acentos de pasión, cuando no de elocuencia. Muy amenudo se ponía la mano sobre el corazón, y tornábasele el habla suave y persuasiva. Replicóle con energía Ozema, y en voces apresuradas, cual las emite quien ya ha formado de antemano su propósito. Al terminar su réplica, ruborizáronsele las sienes á aquella ardorosa virgen,¹⁶² la cual, como si intentase á propósito dar á conocer su resolución á nuestro héroe, la concluyó diciendo en castellano.

—Caonabo—no—no—no!— Luis—Luis!

No es mas tenebroso el aspecto del huracan en los trópicos ni mas amenazador, que el eco con que el gefe Caribe oyó el inequivoco desechamiento de sus pretensiones, acompañado, como lo fué, de una confesion tan clara en pró del extranjero. Ondeando el brazo en signo de reto, retrocedió orgulloso y furibundo hácia los suyos, y dió orden de renovar el asalto.

Esta vez, una nube de flechas precedió al ataque, y vióse obligado Luis á buscar su anterior guarida entre las rocas. Y en verdad,

este era el solo medio de salvarle á Ozema la vida; pues que la infeliz jóven perseveraba resueltamente en ponerse delante de su cuerpo, esperando escudarle de las saetas enemigas. Habia dirigido Caonabo al gefe Caribe, que del primer embiste se retirára, algunas palabras de vituperio, y aun llenaban el aire las flechas, cuando el guerrero se adelanto á la carrera con el objeto de vindicar su reputacion. Salióle al encuentro Don Luis, tan firme como la roca que le servia de espaldar. El choque fué violento, y el golpe que descargó el salvaje sobre la tarja hubiera deshabilitado un brazo ménos hecho á encuentros tan rudos; pero resbalóse oblicuamente la maza del broquel, é hirió la tierra con el peso de un ovillo de lana. Conoció ahora nuestro héroe que todo dependia de una profunda impresion. Resplandeció su acero á los rayos brilladores del Sol, y la cabeza del Caribe cayó al suelo cabe su maza, mientras el cuerpo se mantuvo recto un instante; tan templados eran los filos de la tizona, y tan diestro el revés que descargára.

Aprestábanse á la carga veinte Indios, pe-

ro quedáronse inmóviles, como hombres helados; á tan inesperada vista. Caonabo, sin embargo, impertérrito aun cuando mas asombrado se sentia, bramó sus órdenes, cual toro furioso, y la vacilante turba iba á avanzar otra vez, cuando se oyó el estrepitoso traquido de un arcabuz, seguido del silvo de la mortífera plomada. Un segundo Haitiano cayó muerto sobre el césped. Escedia las facultades del salvaje estoicismo el resistirse á semejante ataque el cual, para sus incultas mentes, parecia provenir del cielo mismo. Dos minutos despues, asi Caonabo como todos los secuaces de aquel caudillo habian desaparecido de la vista. Al correr la turba por el otero abajo, salió de su emboscada el valiente Sancho, con su arcabuz, que ya habia tenido la precaucion de cargar de nuevo.

Las circunstancias no daban lugar á la mas leve demora. Ni un solo ser de la tribu de Mattinno se veia en direccion ninguna, y no dudó Luis que se hubiesen entregado todos á la fuga. Determinado á salvar á Ozema, esponiéndose á cualquier trance, encaminóse ahora al rio, con el objeto de escaparse en una



de las naos. Al atravesar la aldea, notaron los fugitivos que ni siquiera una casa habia sido saqueada; lo que hizo que Don Luis lo advirtiese á su compañera, despues de haber hablado con Sancho sobre circunstancia tan estraña.

—Caonabo—no—no—no!—Ozema—Ozema! fué la respuesta de la muchacha, quien bien conocia el verdadero objeto de la incursion del gefe Caribe.

Habia en el desembarcadero una docena de canoas; y bastaron cinco minutos para que los prófugos se entráran en una de ellas, y empezasen su retirada. La corriente tiraba hácia la mar, y al cabo de un par de horas se hallaron nuestros aventureros en el abierto océano. Como que el viento soplaba del este, no tardó Sancho en armar un esterajo como sustituto de vela, y, una hora antes de ponerse el sol, desembarcaron los tres en una punta que les ocultaba de la bahia; porque Luis tenia muy presente el encargo del almirante de que disimulase su escursion para no dar márgen á que otros pretendiesen igual gracia.

CAPITULO III'



Dieces seis y mas diez de luengos años
Membrame puedo bien, en cuyo tiempo
Horas he visto horribles, cosas raras;
Pero esta triste noche ha reducido
Cuanto vide anterior, á bagatela.

163

SHAKESPEARE.—MACBETH.

UN espectáculo, que hirió á nuestro héroe de asombro y terror, casi á grado igual que habían experimentado esas mismas sensaciones los incultos Haitianos al traquido y efecto del arcabuz, le aguardaba tan pronto como diese vista al sur-

gidero. La Santa Maria, caravela á cuyo bordo iba Colon, y la que Don Luis había dejado muy pocos dias antes en todo su orgullo y brillantes jaeces, yacia embarrancada y perdida en las arenas, con los mástiles por la banda, abollados los armazones, y manifestando todas las demás señales de náutica destruccion. La Niña estaba anclada con toda seguridad, á poca distancia; pero una sensacion de aislamiento y de abandono heló las mientes del manco, al considerar aquella *pequeñísima* barca, cuyas dimensiones eran poco mayores que las de una saluca, elevada al rango de un navio para los efectos del viage. La playa estaba cubierta de pertrechos, y era óbvio que los Españoles y la gente de Guacanagari trabajaban de consuno con el objeto de construir una especie de fuerte; lo que era indicio de que algun grave trastorno habia acontecido á la expedicion. Dejaron inmediatamente á Ozema en casa de un isleño, y apresuráronse Don Luis y Sancho á juntarse con sus amigos, á fin de pedirles una explicacion de lo que visto hubieron.

Recibió Colon á su jóven amigo con gran-

de afecto, pero con suma afliccion. Muchas veces se ha contado ya el suceso que causó la pérdida de la nave, y supo Luis que, siendo la Niña muy pequeña para llevarse á todos, iba á quedarse una colonia en la fortaleza, mientras los demás aventureros se daban prisa por volver á España. Guacanagari habia hecho alarde de simpatia, y mostrádose cariñoso en extremo, mientras todos estuvieran demasiado abertos en la idea de su naufragio, para echar de menos á nuestro héroe, ó prestar oídos á un acontecimiento tan comun como el de una incursion hecha por un gefe Caribe, á fin de cometer el rapto de una beldad Indiana. Quizás el reciente suceso sería demasiado nuevo para que su noticia hubiese llegado todavia á las costas.

La semana que se siguió al regreso de Luis fué un tiempo de activo esfuerzo. Naufragó la Santa Maria el dia de Pascua de Navidad por la mañana, en el año de 1492, y el 4 del siguiente Enero ya se hallaba la Niña pronta á dar la vuelta de España. Durante este intervalo, Luis solo habia visto á Ozema una vez, y entónces halládola habia penada, en

mudecida y semejante á una marchita flor, que conservaba su hermosura aun mientras su caliz se ajaba. Sin embargo, por la tarde del dia tercero y mientras paseaba alrededor de la concluida fortaleza, allegósele Sancho, y le citó para una nueva entrevista. Con gran sorpresa de nuestro héroe, halló al jóven cacique acompañando á su hermana.

Aunque todos carecian de palabras para darse á entender, suplieron los signos esta falta y comprendiéronse adecuadamente. Ya Ozema no estaba triste, ni abrumada de pesares; la sonrisa y la carcajada emanaban fácilmente de sus espíritus juveniles y bullidores, y juzgó Luis que nunca la habia visto mas amable ni hechicera. Ella habia arreglado su mezquino atavio con el coquetismo indiano, y el brillante y ardoroso color de sus mejillas añadia nuevo lustre á sus ojos centelleadores. Su forma ligera y ágil, modelo de gracias sin artificio, parecia tan etérea que apenas sobre la tierra aparentaba posarse. Los dos hermanos, despues de discutir todos sus peligros y escapadas, y de pesar con madurez el carácter y sabida determinacion de Caonabo, habian

convenido en que solo la fuga podía prestar á Ozema la adecuada seguridad. Lo que mas determinaba al hermano para que su hermana acompañase á los extranjeros á su lejana patria, sería inútil investigarlo; pero los motivos de la princesa misma no pueden ser un secreto para nuestros lectores. Sabíase que el almirante *ideaba llevarse á España cierto número de naturales de aquellas regiones, y tres mugeres, una de las cuales tenia igual rango que Ozema, habian ya consentido en ir. Esta era esposa de un gefe, no solo amiga de Ozema, sino parienta suya tambien. Todo parecia propicio para la empresa, y como un viaje á España fuese todavia un misterio para los naturales de las Indias, quienes lo consideraban de poco mayor largura que una travesía desde una de las islas á otra, no se presentaron dificultades formidables á la imaginacion del cacique ni de su hermana.*

Sorprendió la proposicion á nuestro héroe. Lisonjeóle, al mismo tiempo que le complugo, el generoso consagramiento de Ozema, aun cuando le daba infinita zozobra. Tal vez hubo instantes en que desconfiara de sí mis-

mo. Siempre, sin embargo, reinaba Mercedes en su pecho, y el mancebo desechaba la sensacion como una sospecha, que no podía albergar un leal caballero, sin ofrecer un insulto á su propio honor. Al cogitarlo segunda vez, hallaba que existian menos objeciones al proyecto de las que al principio imaginádose habia, y despues de una hora de discusion, *salióse del chozajo, donde se ocultaban los príncipes, con el objeto de ir á consultar la materia con el almirante.*

Aun se hallaba Colon en la fortaleza, y prestò oídos á lo que nuestro héroe le dijo, con gravedad y sumo interés. Una ò dos veces bajó los ojos Don Luis para esquivar la mirada escudriñadora de su superior; pero, en la totalidad, desempeñó adecuadamente la tarea que habia tomado á su cargo.

—¿Hermana de un cacique decis que es, Luis? contestó el almirante algo pensativo. ¿virgen hermana de un cacique?

—Así es, Don Cristóval, y de tales gracias, de tal nacimiento y de tal hermosura dotada, que dará á la Reina Nuestra Señora una escelsa idea de la valía de nuestros descubrimientos.

—Debeis de tener presente, señor conde, que nada que puro no sea, puede ofrecerse á la pureza misma. Doña Isabela sirve de modelo á todas las madres y á todas las esposas; y espero que nada que pueda ofender sus mientes angelicales haya de provenir de sus adictos vasallos. ¿Supongo que no se habrá puesto en juego seduccion alguna respecto á esa silvestre moza, para despeñarla en el abismo del pecado y de la miseria?

—Don Cristóval, creo que no podreis juzgar talmente de mí. Ni la misma Doña Mercedes es mas inocente que la jóven á quien aludo, y ni su propio hermano pudiera tomar tan á pechos su bien estar como yo por él me intereso. Luego que los reyes hayan satisfecho su curiosidad y despedido á la doncella, es mi intencion ponerla bajo la custodia de la dama de Valverde.

—Cuanto mas extraordinarias sean las muestras, tanto mejores, Don Luis. Esto embelesará á nuestros soberanos, y les hará juzgar favorablemente de nuestros descubrimientos, como decis con sobrado juicio. La Niña es muy pequeña, cierto es; pero mucho ganamos con

dejar en tierra esta numerosa partida de hombres. He cedido la cámara principal á las otras hembras, pues que vos y yo podemos pasarlo duramente por algunas semanas. Que venga esa moza, y cuidad de sus comodidades y conveniencias.

Quedó el asunto concluido. A la mañana siguiente, muy temprano, se embarcó Ozema, llevando consigo el sencillo ajuar de una princesa indiana, y entre sus galas iba cuidadosamente guardado el turbante de Don Luis. Su parienta tenia para su servicio una doméstica, la cual era suficiente para asistir á entrambas. Esmeróse Luis en proporcionar á Ozema tal aposentamiento, que pudieran respetarse todas las exigencias de la comodidad y del decoro. La despedida de Mattinao fué sensiblemente tierna; pues que el afecto de familia parece que era altamente respetado entre aquel pueblo manso y sencillo; pero suponíase que la ausencia seria corta, y Ozema una y otra vez habia asegurado á su hermano que la repugnancia que hacía Caonabosentia era inconquistable, por muy poderoso que fuese aquel tremendo cacique. Cada hora acre-

cia mas esta aversion, fortaleciendo su intento de no ser jamás esposa suya. No habia otra alternativa que la de ocultarse en la isla, ó emprender aquel viage á España; y en esta última habia gloria tambien como seguridad. Con este consuelo, separáronse resignados los dos hermanos.

Tenia intencion el almirante de proseguir en sus descubrimientos, llevándolos mucho mas allá, antes de volver á Europa; mas la pérdida de la Santa Maria, y la desercion de la Pinta le redujeron á la necesidad de traer la expedicion á su término, no fuera que, por algun accidente desgraciado, cuanto hasta entónces afazañado se habia, se le perdiese al mundo para siempre. En consecuencia, y á 4 de Enero de 1493, dióse á la vela hácia el este, costeando las playas de Haiti. Su grande objeto era entónces tocar á España antes que le faltase la única barca que quedádole habia, en cuyo caso iba á perecer su propio nombre, de consuno con el conocimiento de sus investigaciones. Por feliz suerte, sin embargo, durante el dia seis, descubrió el almirante á la Pinta, que se dirigia con henchidas ve-

las hácia su consorte. Martin Alonso Pinzon habia conseguido uno de los objetos, por cuyo estímulo se desertára, es decir, el de asegurarse una vasta cantidad de oro, aunque no llegó á descubrir ninguna mina, cuya averiguacion, segun se cree, constituia su motivo principal.

No es parte integrante de esta relacion el detallar la entrevista que en pos tuvo efecto. Recibió el astuto genovés al culpable Pinzon con prudente reserva, y despues de haber oido sus descartes, le ordenó preparase la Pinta para el viage de vuelta. Despues de hacer la leña y agua necesarias, en una bahia favorable á tales objetos, los dos bajeles, en convoy, pusieron las proas al este, costeando siempre las riberas setentrionales de Haiti, Española, ó bien España la chica, como la denominó Colon. (*)

(*) Las fortunas de esta hermosa isla suministra una prueba notable, del modo en que los abusos se hacen por la Providencia de Dios que produzcan su propio castigo. Esta isla que tiene unos dos tercios del tamaño del Estado de Nueva-York, fué la sede de la autoridad española en el nuevo mundo durante muchos años. Los mansos aborígenes, quienes eran muy numerosos, y felices al tiempo del descubrimien-

Hasta el 16 del mes, no se despidieron por último los aventureros de aquellas hechiceras regiones. Apenas perdieron de vista la tierra, navegando en rumbo al nord-este, cuando les abandonó el viento favorable, y otra vez les salieron al encuentro los alisios. Sin embargo, continuaba bonancible el tiempo, y los dos bajeles, á fuerza de proseguir en la mejor direccion posible, hablan conseguido para el 10 de Febrero, pues que el almirante hacia los sesgos que del recto curso exigian las bri-

to, fueron materialmente esterminados, por las crueldades de sus nuevos señores, y se halló necesario llevar negros del Africa para que trabajasen en los campos de las cañas. Hacia mediados del siglo décimo sexto, se dice, que doscientos de los aborígenes no se hallaban en toda la isla, aunque Ovando habia traído con engaños no menos que cuarenta mil naturales de las Bahamas, para suplir el lugar de los muertos en una época tan reciente como el año de 1543. En los dias posteriores, Española pasó al dominio de los Franceses, y todo el mundo sabe los terribles sucesos, en virtud de los cuales ha caído en las manos esclusivas de los descendientes de los hijos del Africa. Cuanto se ha dicho, acerca de la influencia de la poblacion blanca de aquel pais, en cuanto tiene conexión con nuestros propios Indios, se torna en insignificante, comparado con unos hechos tan espantosos.

N. del A.

sas desfavorables, atravesar ya aquella parte del océano donde reinaban estas constantes brisas, y alcanzar un paralelo de latitud tan alto como el de Palos, puerto de su destino. Al hacer tan largas bordadas la Niña, contrario á las anteriores esperiencias, tuvo que detenerse mucho á causa del tardo navegar de la Pinta, cuyo bajel habia rendido su palo trasero, y por lo tanto no podia resistir una sobrecarga de velámen. También los ligeros vientos favorecian á la primera, que siempre se habia considerado como muy espedita en las aguas mansas y en las ventolinás suaves.

Muchos de los fenómenos, que se les hubieron presentado en el viage de ida, se advirtieron también en el de vuelta; pero ya ni los atunes escitaban esperanzas ningunas, ni las brozas daban aliciente á los recelos. Estos objetos, que ya se les habian tornado familiares, se pasaron con feliz éxito, aunque con mucha lentitud, y otra vez se topó con los vientos variables, por buena fortuna, á los quince dias de navegacion. Hiciéronse entónces mas complicadas por fuerza las maniobras de travesía, y los pilotos, inusitados á una nave-

gacion tan dilatada y difícil, durante la cual ninguna ayuda les prestaban el agua ni la tierra, se embrollaron en sus cálculos, y disputaban acaloradamente unos con otros acerca de la verdadera posición de los buques.

—Ya habeis oído hoy, Luis, dijo sonriéndose el almirante, en una de sus renovadas conferencias con nuestro héroe, las disputas entre Vicente Yañez y su hermano Martín Alonso, y las de los otros pilotos, respecto á la distancia que nos separa de las costas españolas. Estas continuas variaciones del viento han apurado sobremanera á los honrados marineros, quienes se figuraban hallarse en cualquiera parte del Atlántico, escepto en aquella donde verdaderamente estan.

—Mucho depende de vuestra ciencia, señor: no solo nuestra propia seguridad, sino tambien el conocimiento de las resultas de la gloriosa hazaña que á feliz éxito hemos traído.

—Teneis razon, Don Luis. Vicente Yañez, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, prescindiendo de los profundos calculistas que la Pinta lleva á su bordo, colocan sus bajeles en las inmediaciones de Madeira; lo que nos

aproximaria á España ciento y cincuenta leguas mas de lo que la verdad pudiera demostrarnos. Estos buenos hombres se han dejado llevar de sus deseos, mas bien que de su ciencia respecto al Cielo y al océano.

—¿Y vos, Don Cristóval, en que parage colocais las caravelas, pues que ahora no hay motivos para disimular la verdad?

—Estamos, jóven conde, al medio dia de Flores, y á doce buenos grados occidente de las Canarias, en la latitud de Nafé comarca del Africa. Pero me conviene que permanezcan embrollados, hasta que el derecho de posesion de nuestros descubrimientos se haga asunto de certidumbre. Ninguno de estos hombres duda ahora de su habilidad en hacer lo que yo he hecho, y sin embargo no hay quien de ellos se atreva á regresar despues de haber atravesado este trozo de océano hasta las islas del Asia.

Comprendió Luis al almirante, y como lo reducido de la embarcacion hiciese azarosa la confianza de secretos, mudaron la conversacion los dos amigos.

Hasta este tiempo, aunque los vientos fue-

ran con mucha frecuencia variables, el temporal habia permanecido bonancible. Algunos chubascos ocurrieron, como sucede amenudo en la mar, pero no habian sido duraderos ni recios. Todo esto era muy grato para Colon, quien ahora que verificado habia el gran propósito para el cual podia decirse que respiraba el vital aliento, sentia cierta inquietud de que la importantísima solucion de su problema quedase perdida para los demás hombres, asi como lo experimenta el que lleva un objeto precioso á través de escenas de peligro, por la seguridad de su tesoro. Estaba á mano, sin embargo, una mudanza terrible, y en el instante mismo, cuando al gran navegador mayores esperanzas alentáran, decretado era que sufriese la mas ruda de sus pruebas todas.

Al encaminarse hácia el norte los bajeles, púsose mas templado el aire como es de precisa ocurrencia, y el viento mas fuerte. Durante la noche del 11 de Febrero, adelantaron mucho camino las caravelas, haciendo mas de cien millas entre ponerse el sol y su próximo levantar. Al dia siguiente se vió infinidad de ave-cillas, por cuya razon figuróse el almirante muy

próximo á las Azores, mientras los pilotos se creian cercanos á la isla de Madeira. El dia siguiente sopló menos favorable la ventolina, aunque sin allojar, y levantóse una gruesa marejada. Luciéronse ahora ventajosamente las buenas propiedades de la Niña; pues que antes de bajarse el Sol, tuvo que luchar con tales furias de los elementos, que pocos de los que iban á su bordo habian nunca presenciado. Por buena fortuna, cuantos arbitrios el arte de navegar mas consumado podia poner en juego á fin de hacer á aquella barca mas segura y cómoda, se habian adoptado, y se la veia tan dispuesta para resistir á una borrasca como las circunstancias pudieran permitirlo. Su único defecto esencial consistia en su falta de lastre; pues que hallándose casi agotadas la mayor parte de las provisiones de boca que habia llevado, y vacío gran número de sus pipas de agua, calaba mucha menos mar de lo que deberia haber hecho. Esta caravela era tan chica, que tal circunstancia, la cual importa muy poco para la seguridad de los buques grandes, llegó á suponer muchísimo respecto á un vaso cuyos medios de resisten-

cia no le hacian superior á los peligros de los chubascos. Bien comprenderán nuestros lectores la distincion cuando les digamos que los buques de alto porte solo pueden perder sus mástiles al ser acometidos por ráfagas súbitas, pues que rara vez se les vence de un lado, á no ser por la fuerza de las olas; al contrario, los barcos de poco tamaño corren riesgo de zozobrar, cuando el ensanche de sus lonas es desproporcionado á su aplomo y estabilidad. Aun cuando los marinos que navegaban la Niña conocian que su caravela tuviese este defecto, el cual, por la mayor parte procedia de haberse consumido casi toda el agua dulce, esperaban llegar á puerto tan pronto, que no habian tomado medidas para remediar este mal.

Tal era el estado de las cosas, cuando se puso el Sol por la tarde del 12 de Febrero de 1493. Como de costumbre, hallábase Colón sobre el alcázar, pues que entónces los buques de todos portes llevaban esas mal ideadas escrecencias, aunque la popa de la Niña apenas merecia el nombre de alcázar. Vela-se junto á Luis, y ambos estaban vigilan-

do el aspecto del Cielo y de la mar con silencio gravisimo. Nunca antes habia visto nuestro héroe los elementos en tan grande conmocion; y aun el almirante acababa de confesar que rara vez habia presenciado una noche tan amenazadora. Tiene cierta solemnidad la hora de ponerse el Sol en las mares, cuando amagan los nubarrones, y se coagulan los signos de la borrasca, y ceñan los elementos, cual nunca se advierte en la tierra firme. La soledad de una nave, bregando á través de un desierto de aguas con aspecto tenebroso, contribuye á influir en los sentimientos que despertado se han, pues que aparece un solo objeto sobre el cual se estrellen todos los furiosos esfuerzos de la procela. Cuanto rodea al desgraciado nauta en semejante ocasion parece obrar de consuno para ayudar en la barabunda comun; siendo el océano, los cielos y el aire, igualmente accesorios del horrendo cuadro. Cuando los invernosos ceños de Febrero se ennegrecen en torno de todas las cosas, los oscuros tintes de la pintura se entnieblan hasta ofrecer sus gradaciones mas foscas.

—Esta es una cerrazon de noche muy ame-

nazante, Don Luis, observó Colon, al momento en que los últimos rayos, que el Sol arrojaba hacia arriba en direccion de los nublados tempestuosos, se borraban de sus deshilachados contornos. Raras veces he visto una tarde mas amagadora.

—Tenemos doble confianza en el cuidado de Dios, cuando navegamos bajo vuestra guia, señor; primero en su bondad, y luego en el conocimiento que nos asiste de la destreza de su agente.

—El poder del Supremo Autor es bastante para imbuir al mortal mas débil la habilidad adecuada, cuando es su divina voluntad salvarnos; ó para obcecar en su ciencia al hombre mas esperto, cuando sus iras solo pueden aplacarse con la mundana destruccion de sus criaturas.

—¿Considerais como portentosa esta noche, seor Don Cristóval?

—He visto presagios tan malos como estos, aunque raras veces, á la verdad; si la caravela no tuviese una carga tan pesada, dable me seria contemplar con menor ansiedad nuestra situacion.

—Vuestras palabras me sorprenden, mi almirante! Nuestros pilotos se quejan del poco lastre que llevamos sobordo!

—Muy cierto es eso, en cuanto respeta á la sustancia material; pero traemos en la nao un cargamento de ciencia, que mucho me penaria ver derrochado en estos vagos oleages. ¿No advertis cuan aprisa y tenebrosa se corre en nestro alrededor el velo de la noche, y con cuanta rapidez se va reduciendo la Niña á nuestro mundo entero? Apenas podemos divisar á la Pinta, que ya se asemeja á una informe sombra sobre las espumosas aguas, sirviéndonos mas bien de fanal agoroso para avisarnos de nuestra propia desolacion, que como una compañera para alentarnos con su presencia y convoy!

—Nunca os he conocido tan desalentado, escelentísimo señor, por causa del aspecto del temporal!

—No es mi costumbre, jóven noble; pero abruma mi corazon su glorioso secreto. Ved ahí!—¿no notais ese signo ulterior de la contienda de los elementos?

Mientras asi hablaba el almirante, mante-

niase con la cara vuelta hácia España; mientras los ojos de su colocutor estaban clavados en el horizonte portentoso del occidente, en torno del cual aun se hacia reacia la luz suficiente para tornar sus ceños tan amedrentadores como visibles eran. Asi es que no habia notado la mudanza que llamára la atencion del gran navegante, y esprimiera de él aquella observacion, pero volviéndose súbito, pidió á su amigo esplicaciones. No obstante la estacion, habia iluminado el horizonte al nordeste un repentino relámpago, y aun mientras el almirante estaba refiriendo el hecho, y señalando hácia aquella parte del Cielo, donde el fenómeno habia aparecido, otras dos ráfagas de fuego eléctrico se siguieron en vivisima sucesion.

—Señor Vicente! gritó Colon, inclinando el cuerpo hácia delante de modo que pudiese ver desde lo alto un grupo de boscas figuras que estaba en la media cubierta á sus pies. ¿Está el señor Vicente entre vosotros?

—Aqui estoy, Don Cristóval, y ya he advertido el presagio. Es una señal de que va el viento á soplar aun mas furioso.

—Visitarnos habrá pronto una borrasca,

dignisimo Vicente, y esa vendrá desde aquel punto del Cielo ó de la banda contraria. ¿Está todo seguro en la caravela?

—Creo que nada hay ya por preparar, señor almirante. Todo el trapo se halla reducido al menor bulto posible, las amarras estan bien aseguradas, y por arriba llevamos poquísimo cabeceo. Sancho Ruiz, cuida de las guñadas no sea que metamos dentro mayor cantidad de agua de la que nos convenga!

—Tened tambien cuidado de las luces de popa, á fin de que nuestra compañera no nos pierda en la oscuridad. No es ahora tiempo de dormir, Vicente!—poned al timon los hombres de mayor confianza.

—Señor, ya los he elegido con el mayor esmero: Sancho Mundo, y Pepe el de Moguer estan encargados de esta obligacion por ahora; otros timoneles de igual habilidad tengo de reserva para su relevo, tan pronto como espire el tiempo de la guardia á que pertenecen.

—Está muy bien, amigo Pinzon; mas ni vos ni yo podemos pegar los ojos esta noche.

Las precauciones de Colon no carecian de fundamento. Una hora despues de haberse vis-

to aquellos relámpagos desnaturales, levantóse una manga de viento del sudoeste, favorable en cuanto á direccion, pero temible respecto á fuerza. No obstante lo mucho que anhelaba llegar á puerto, hallólo prudente el almirante aferrar la única vela que tenia en los palos; y durante la mayor parte de la noche ambos buques corrieron á palo seco, con las proas dirigidas hácia el nordeste. Decimos que ambos, porque Martin Alonso, apesar de su mucha práctica de los borrascosos mares, y de su disposicion de obrar siempre por sí solo, hacia que la Pinta se mantuviese tan próxima á la Niña, que pocos minutos pasaban sin que se la viese columpiar en el lomo de una mar espumosa, ó hundirse á plomo en sus surcos, al dispararse sin restriccion ante el soplo de la tempestad. Sin embargo, conservábase siempre al costado de su compañera, tal como un hombre se ase de otro hombre en los instantes de dependencia y de peligro.

Asi pasó la noche del 13, y la luz del dia trajo consigo un cuadro mas vivo de toda la escena, aunque se creyó que el viento habia alojado hasta cierto punto sus iras cuando aso-

mó el Sol. Esta mudanza tal vez existiria tan solo en las imaginaciones de aquellos marinos, pues que la luz aminora usualmente la apariencia del peligro, porque habilita al hombre para arrostrarlo mejor. Sin embargo, cada caravela desplegó un poco de trapo, y ambas siguieron levantando espuma, hácia adelante, y dirigiéndose presurosas en direccion á las costas de España con sus inesperadas nuevas. A medida que el dia se adelantó, aminoróse sensiblemente la furia del viento; pero al acercarse otra vez la noche, tornó á soplar con renovado brio, mas contraria y obligando á los aventureros á recoger hasta la última pulgada de lona que á dar á la ventolina atrevido se hubieran. Ni fué esto lo peor. Las caravelas á este tiempo, habian llegado á un trozo de mar, donde bramaba un oleage atravesado, efecto de alguna otra ventolina que habia soplado recientemente de un punto distinto. Ambas barcas lucharon osadas á fin de asegurar su rumbo, en circunstancias tan adversas; mas comenzaron á bregar de modo que escitaban la desazon de aquellos que comprendian cuanta era la resistencia de los leños,

y que estaban á cabo del origen de donde los peligros emanaban. Al aproximarse la noche, advirtió Colon que la Pinta perdía terreno, pues que la avería de su arboladura era de bastante monta, aun cuando no tuviese volando una pulgada de vela. Con mucha repugnancia dió órdenes á fin de que la Niña orzase para arrimarse mas á su compañera, pues que la separacion, en tal crisis, seria un mal, al que seguiria infaliblemente una ruina positiva.

En este estado cerró la noche del 14 en torno de nuestros aventureros solitarios y ceñidos de mar. Lo que en la antecedente solo habia sido presagio y amenaza tornóse ahora en realidad horrible. El mismo Colon declaró que nunca habia conocido bajel que tuviese que luchar con borrasca mas furiosa, ni procuró ocultar á Luis hasta donde alcanzaban sus aprehensiones. Delante de los pilotos y de la tripulacion, se le veia sereno y aun alegre; mas luego que se quedaba á solas con nuestro héroe, tornábase franco y abatido. No por eso habian abandonado al célebre navegador su tranquilidad y firmeza. No salió de sus labios quejumbre alguna invaro-

nil, aunque le anublaba el ánima la idea de que sus grandes descubrimientos corrian peligro de perderse para siempre.

Tal era el estado de las sensaciones prevalecientes en el pecho del almirante, mientras sentado en su estrecha cámara, durante las primeras horas de aquella noche tremenda, se hallaba en vigilancia de cualquier accidente consolador ó desastroso, que ocurrir pudiera. El abullar de los vientos, que materialmente raspaban de la superficie del resonante Atlántico sábanas enteras de salitre, apenas se oía entre el rugido y embate de las aguas. A veces, en verdad, cuando la caravela se hundía inerte entre dos gigantescas olas, el fragmento de trapo que aun tendiera al huracan, solia zamarrearse, y el viento parecia acallado y en calma; y luego otra vez, cuando la máquina boyadora bregaba por subir, á manera de un hombre que se está ahogando y gana la superficie en virtud de esfuerzos frenéticos, parecia cual si las columnas de aire fuesen á precipitarla delante de sí, con tanta liviandad como lo hacian con los rociones de agua. Hasta Don Luis, aunque poco sugeto á

padecer alarmas, conoció que su situación era muy crítica, y la acostumbrada hilaridad de sus espíritus habíase relevado en su frente por una tenebrosa gravedad, que nada tenía de común con él. Si una columna de un millar de Moros hostiles hubiera estado delante de nuestro héroe, antes pensaría en los medios de arrollarla, que en los de evadirla; pero esta guerra de los elementos no admitía de elección. En efecto parecía cual si fuese luchar brazo á brazo con el Hacedor Supremo. En semejantes escenas, á la verdad, los hombres mas bravos no hallan consuelo en guarecerse detras de su intrepidez y resolución; porque los esfuerzos de un mortal son insignificantes y vanos cuando se oponen al alvedrio y al poder de Dios.

—Esta es una noche, tremenda, señor Don Cristóval, observó con calma nuestro héroe, conservando en su exterior mas indiferencia de la que en su interior sentía.—Para mi, sobrepaja á cuantas he pasado hasta la fecha, mecido por el vaiven de las tempestades.

Sollozó pesadamente Colon, y luego apartando del rostro las manos, miró alrededor cual

si buscárá algunos enseres que le hiciesen falta.

—Señor conde, respondió con dignidad el gran piloto, nos queda que desempeñar un solemne deber. Ahí teneis una hoja de pergamino en el cajon á vuestro lado de la mesa, y aqui hay avios de escribir. Cumplamos con este encargo importante, mientras aun se nos concede tiempo misericordiosamente; pues que solo Dios sabe cuantas horas nos quedan ya de vida.

No mudó de color Don Luis al escuchar palabras tan portentosas, pero púsosele el rostro muy formal y grave. Abriendo el cajon, sacó el pergamino; y colocólo sobre la mesa. Entónces el almirante, tomando una pluma, hizo señas á su compañero para que de otra se apoderase, y ambos comenzaron á escribir del modo mejor que lo permitía el incesante bamboleo de la caravela. La tarea era árdua, pero se egecutó con toda limpieza. Al escribir Colon un párrafo, se lo dictaba á Luis, quien lo ponía fielmente en su pergamino palabra por palabra. La sustancia de esta memoria era el resúmen de los descubrimientos verificados, la latitud y longitud de Española,

con la posición relativa de las otras islas, y un breve relato de lo que se había visto. La carta estaba dirigida á Fernando é Isabela. Luego que ambos concluyeron su tarea, envolvió con cuidado el almirante su misiva en una cubierta de hule, mientras Luis en todo le imitaba. Cada cual tomó entonces un gran trozo de cera, en cuyo centro se aseguró esmeradamente el pliego de pergamino. Envió ahora Colon por el tonelero de la nave, á quien dió orden de meter cada amasijo en un barril separado. Como que esta clase de vasijas está de sobra en los bajeles, antes que espirasen muchos minutos, quedaron encerradas las dos cartas en sus vacíos toneles. Llevando estos consigo, ascendieron de nuevo al alcázar Don Luis y Colon. La noche era tan espantosa, que nadie dormía, y la mayor parte de la gente de la Niña, marineros y oficiales, se hallaba agrupada en el trozo de cubierta próximo al palo mayor, donde únicamente, salvo los lugares aun más privilegiados, se suponían seguros los hombres de no ser barridos á la mar por la conjunta fuerza del viento y de las olas. Aun aquí, á la verdad, empapábanles á menudo los

rociones, de cuya ruda visita no se hallaba esento el mismo alcázar.

Luego que tornó á presentarse Colon, agolpáronse en torno suyo sus secuaces, ansiosos de saber su dictámen, y solícitos de oír su propósito actual. El haberles revelado lo cierto hubiera sido introducir la desesperación donde la esperanza habíase ya extinguido del todo; y meramente insinuándoles que cumplía un voto religioso, Colon con sus propias manos arrojó el barril á las aguas fervidoras. El de Luis se colocó en el punto más elevado de la popa, con la esperanza de que flotando se quedase, después de sumergida la carabela.

Tres siglos y medio han pasado rodando por el mundo, desde que Colon adoptara tan sabia providencia, y nunca se ha vuelto á tener el indicio más leve de aquel barril. Era tal su ligereza que tal vez haya continuado flotando por enteros siglos. Protegido de robustos flejes, puede aun estar boyando en el desierto acuoso, preñado de sus revelaciones estupendas. Posible es también que muchas veces le hayan rodado las olas sobre algún playazo, y otras tantas llevádoselo la resaca de nuevo, y

quizás en mil ocasiones hayan pasado junto á él infinitos buques, confundiéndolo con sus vulgares compañeros que con tanta frecuencia se topa flotando en el océano. Si alguien lo hubiese hallado, pronto se hubiera abierto; y registrado su contenido por cualquier hombre civilizado, es casi imposible que una *ocurrencia de tanto interés se hubiese totalmente perdido.*

Cumplido este deber, tuvo ahora lugar el almirante para tender la vista alrededor. Era tan densa la oscuridad, que, á no ser por la pequeña luz que destellaban las aguas turbulentas, difícil habría sido distinguir los objetos á una distancia igual á la longitud de la caravela. Los que solo se han embarcado en navios de alto porte no pueden tener una idea justa de la situación en que ahora se hallaba la Niña. Este vaso, poco mas grande que una faluca de buenas dimensiones, habia salido de España con su aparejo latino, que tanto se usa en las ligeras barcas costaneras de la Europa meridional; pero la hechura de su velamen se habia cambiado en las islas Canarias. Al flotar esta nave en una bahía ó en un rio, su altu-

ra fuera del agua no podia haber pasado de cuatro ó cinco pies; y ahora que luchaba con la borrasca en un mar de travesía, y precisamente en aquella parte del Atlántico donde es mas furioso el barrido de los vientos, asemejábase la tal navecilla á algun animalejo acuático, que ocasionalmente sube á la superficie para respirar. Momentos hubo en que la caravela parecia irse hundiendo irremisiblemente en los abismos del océano; porque en torno de ella se henchian monstruosas cordilleras de negras olas; habiendo destruido la barahunda de las aguas toda la ordinaria simetria de las ondas rodadoras. Aunque se ha usado de mucho lenguaje figurativo para hablar de los amontañados oleages, no seria exceder de la verdad literal el añadir que los penoles de la Niña se hallaban á veces mas hundidos que los mares circunstantes, que eran arrojados hácia arriba de un modo tan torreante que su vista inducia á recelar que se desplomasen en cataratas sobre sus bordas y bo-dega, pues que literalmente hablando carecia la nave de cubierta central. Esto por cierto formaba una gravísima causa de peligro, pues

que al reventar una ola pudiera haber llenado de agua el bajel, llevándose, con cuantos en él estaban, irremisiblemente al fondo. Así como era, las crestas del oleaje le caían encima á cada momento, ó bien se disparaban de una banda á otra de su casco, formando inmensas sábanas de brillante salitre, aunque por feliz ventura nunca tenían suficiente poder para hundir aquella boyadora fábrica. En tales instantes toda la salud de la barca dependía de sus frágiles cobertizos de lona embreada; si estas ligeras protecciones hubiesen saltado, dos ó tres olas sucesivas habian colmado la bodega infaliblemente, hasta ahogar al leño; cuando la pérdida de todos hubiera seguido como una consecuencia inevitable.

Habia dispuesto el almirante que Vicente Yañez, con todos los rizos tomados, en esperanza de arrastrar la coravela á través de aquel caos de agua, hasta llegar á una parte del océano donde la corrida de las aguas era mas metódica. La direccion general de los mares tambien, en cuanto podía decirse que tal fuese su direccion habia sido respetada, y la Niña bregaba hácia adelante—ó mas propiamente

te pudiera decirse que raneaba en su rumbo, habiendo hecho cinco ó seis leguas, desde que el dia desapareció sin haber conseguido mudanza ninguna. Ya se acercaba la medianoche, y todavia presentaba la superficie del océano el mismo silvestre aspecto de confusion caótica. Llegóse al almirante Vicente Yañez, para advertirle que la barca no podía ya ni aun con el trapo de vela que desplegado llevaba.

—Al subirnos sobre la mar, dijo el piloto, el arranque de la lona, hace que estemos muy á pique de que se le despoje la popa á la nao, señor Don Cristóval; y luego que nos hundimos en el surco de las olas, el retroceso de la vela es igualmente amenazador. La Niña no puede considerarse segura mientras lleve una pulgada de velámen.

—¿Ha visto alguien á Martin Alonso en esta hora que ha transcurrido, preguntó Colón, mirando ansioso hácia el punto donde debiera verse á la Pinta. ¿Has descuidado los fanales, Vicente?

—Ya era imposible que su luz resistiera al temporal, señor almirante. De cuando en cuando hemos conseguido encendellos, y á ca-

da señal ha contestado debidamente mi hermano.

—Enciéndolos una vez mas. Este es un instante en que la presencia de un amigo solaza el alma, aun cuando se halle tan desvalido como nosotros mismos.

Izáronse las farolas, y despues de atisvar con sumo cuidado, una lejana luz, de débil resplandor, se vió destellar en el arranque de la ventolina. Repitióse el experimento, por intervalos cortos, y otras tantas veces se respondió á la señal, por distancias en aumento, hasta que la luz del buque consorte, se perdió finalmente del todo.

—La arboladura de la Pinta es demasiado endeble para aguantar apuro semejante, ni aun el peso de sus propios atavios, observó Vicente Yañez, y mi hermano ha hallado que es imposible ceñir tanto el viento como nosotros. Se desvia un poco mas á barlovento.

—Aseguremos la vela mayor, contestó el almirante, como dice muy bien. Nuestra débil barca no puede resistir por mas tiempo estas furiosas oleadas.

Reunió entónces Vicente Yañez unos cuan-

tos de sus hombres mas diestros, y accorrió á proa á fin de que la órden se egecutase. Al mismo instante púsose el timon en rumbo, y sesgó la caravela hasta que la ventolina le entró por la popa. La tarea de recoger la vela fué muy fácil, hablando comparativamente porque la verga distaba pocos pies de la cubierta y solo proyectaban de ella las puntas de los penoles. Sin embargo, se necesitaban hombres de fibra y de diestras manos para aventurarse á subir en semejante momento. Trepó Sancho por un lado del mastil, y Pepe por el otro, manifestando ambos aquellas cualidades que son tan solo propiedad del perfecto marino.

Mecíase ahora la caravela á merced de los vientos y de las olas, pues que el término «correrla» no podia ser aplicable á un bajel tan bajo de bordas como aquel, y al que guarecia tanto de la accion de los vientos la altura de las oleadas. Si estas hubiesen poseido su regularidad ordinaria, un bajel de tan corta alzada hubiera zozobrado á la fuerza, pero el eximirse ahora de semejante calamidad se debió hasta cierto punto, á una irregu-

laridad que por sí era fuente de peligros nuevos. Sin embargo, proseguía la Niña navegando hacia adelante, y eso con ligereza, aunque no con la celeridad necesaria para correr mas aprisa que las aguas perseguidoras, si las olas le hubiesen dado caza con su acostumbrado orden y rapidez. El atravesado mar destruyó todo esto: las olas se entrechocaban, produciendo en efecto aquellas crestas que de otro modo hubieran rodado por encima en espuma barriente, y disparándolas hacia arriba en asombrosas cascadas.

Esta fué la crisis del peligro. Durante una hora salió desbocada la caravela en medio de aquellas tinieblas del caos, con una especie de precipitada furia; no sin frecuencia haciendo camino con su costado á la mar, cual si la impaciente popa estuviese resuelta á anticiparse á la proa, esponiendo á todos al apuro estremo de recibir un diluvio de agua por la travesía. Este inminente riesgo solo se evitó merced á la actividad del timon, que trabajaba Sancho con toda su destreza y energia, hasta que el sudor le manaba á chorros de la frente, cual si otra vez se hallase espuesto al

Sol de los trópicos. Al fin hizo tan grande y general el pánico, que por solicitud comun obligóse al almirante á hacer las promesas usuales. Con este objeto se reunieron todos los hombres á escepcion de los que cuidaban del gobernalle para echar suertes á fin de ver quienes serian los penitenciados.

—Estan en las manos de Dios, amigos míos, dijo Colon, y es fuerza confeséis vuestra confianza en sus bondades, aminorando vuestra seguridad en su santa bendicion solamente, y en sus milagrosos favores. En ese virrete que tiene el señor de Muñoz en las manos, hay tantos garbanzos cuantas personas estamos aqui; uno de ellos lleva la señal de la sagrada cruz, y aquel que saque este divino emblema, quedará comprometido á ir en romeria al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, llevando por via de ofrenda un cirio de peso de cinco libras. Como el mas grande pecador de todos vosotros asi como por ser almirante vuestro, la primera prueba ha de ser mia.

En seguida Colon metió la mano en el virrete, y al sacar un garbanzo, y mirarlo á la luz de la linterna, se halló que tenia en su superficie el signo indicado.

—Eso está muy bien, señor, dijo uno de los pilotos; échese de nuevo en la gorra el garbanzo y renuévese la suerte para una penitencia aun mas severa, que cumplirse habrá, en el santuario mas venerando para toda la cristiandad; quiero decir el de Nuestra Señora de Loreto. Nuestra peregrinacion á el santo templo vale por dos romerias á cualquier otro.

En los instantes de afliccion, el religioso sentimiento suele desarrollarse con fuerza en el humano espíritu; así es que la propuesta fué recibida con entusiasmo. Accedió á ella de buena gana el almirante, y luego que todos hubieron sacado sus suertes hallóse el garbanzo de la cruz en manos de un marinero llamado Pedro de Villa, sugeto que no tenia la mejor fama respecto á piedad ni á ciencia.

—Esa es una jornada fatigadora y costosa! refunfuñó el electo penitente—y no se puede hacer con pocos recursos.

—No tengas cuidado por eso; amigo Pedro; respondió Colon: el trabajo de caminar será tu porcion, y la mia sufragar el costo de tu viaje. Buen Bartolomé Roldan, la noche se pone cada instante mas terrífica.

—Asi es, señor, y poca satisfaccion me dá el ver aqui á Pedro convertido en peregrino, aun cuando parezca que el mismo cielo ha sido quien dirigiera la eleccion. Una misa celebrada en Santa Clara de Moguer, y uno que vele cabe su altar, una noche entera, hará mas al caso que esas distantes romerias á cargo de un belitre como este.

Esta opinion no dejó de tener partidarios entre los marinos de Moguer, é hizose una tercera prueba á fin de que la persona se determinase. Otra vez sacó del virrete nuestro almirante el cruzado garbanzo. Apesar de eso el peligro no se disminuia, pues que la caravela amenazaba volcarse á cada momento entre la turbulencia de las olas.

—Estamos demasiado livianos, Vicente Yañez, dijo Colon; y aun cuando la empresa aparezca desesperada, debemos hacer un esfuerzo para llenar de agua de la mar nuestras botas vacias. Introdúzcanse mas mangas debajo de los cobertizos; y envíense á la bodega algunas manos primorosas. para asegurar de que el agua no se nos vaya allá, en vez de correr dentro de los toneles.

Obedeci6se esta 6rden, y pasaronse horas enteras para egecutarla. La gran dificultad consistia en proteger 6 los hombres que sacaban el agua de la mar, pues mientras el elemento entero estaba bramando en semejante confusion al rededor de los bajeles, no era materia f6cil asegurar una sola gota de una manera 6til. La paciencia y la perseverancia, sin embargo prevalecieron por 6ltimo, y antes que la luz volviera, tantas botas vacias se habian llenado, que ayudaron eficazmente 6 la firmeza de la caravela. Cerca del alba llovi6 6 torrentes, y mud6se el viento de sud 6 este, al paso que perdi6 poquisima parte de su furia. Con esta ocurrencia di6se al aire la vela mayor, la cual arrastr6 como pudo 6 la barca, por una mar tumultuosa un corto n6mero de millas en direccion oriental.

Luego que albore6 el dia, mud6se la escena con ventaja. En ninguna parte se veia 6 la Pinta, y era la opinion de muchos 6 bordo de la Ni6a, que su compa6era de viage se habia ido por ojo. Pero las nubes habian abierto un poco, mientras una especie de místico resplandor servia de orla al occ6ano, que es-

taba emblanquecido de espuma, y hervia aun con espantoso furor. Sin embargo las olas se tornaban por grados mas arregladas, y ya los marineros no se veian en la precision de atarse sobre cubierta para impedir que se los llevasen al agua los golpes de mar. Iz6ronse otras velas en los padecidos m6stiles y 6 medida que iba cesando el cabeceo, torn6se mas serena la nao y mas segura en sus movimientos.



CAPITULO IV.



De la vista de tierra ahora privados,
Inciertos el profundo recorrian
Sin senda demarcada; los cuidados
Seguir al rumbo fieles impedian
Adversos huracanes, que escitados
La negra mar en derredor ceñian;
Y tan feroz la tempestad bramaba
Que apenas el bajel se columbraba.

LA VISION DE LA PACIENCIA. ¹⁶⁵

TAL era el estado de las cosas por la mañana del día 15, y poco después de salir el sol, oyóse desde el tope el jubiloso grito de «tierra!» Es digno de notarse que este descubrimiento tuvo lugar por la proa directamente, tan exactos fueron todos

125

los cálculos del almirante, y tan cierto se hallaba este de su posición en el mapa. Sin embargo, una docena de opiniones comenzaron á prevalecer á bordo, entre los pilotos y los marineros, respecto á nueva tan bien venida, imaginándose los unos que era el continente Europa, al paso que los otros creían que era la isla de Madeira. El mismo Colón aseguró públicamente que se hallaban á la vista de una de las Azores.

Cada hora cercenaba la distancia entre este anhelado punto de tierra y los fatigados aventureros, cuando la ventolina dando una entera vuelta en torno de la rosa náutica, comenzó á soplar directamente de la isla. A través de un largo y cansado día, mantúvose firme la barquichuela con el viento por la proa, ciñendolo en lo posible á fin de llegar á fuerza de viradas á aquel tan codiciado puerto; pero la hinchidura de la marejada y la sucia ráfaga hacían que fuesen sus progresos tan lentos como penibles. Tornó á ponerse el Sol entre tinieblas invernosas, y aun yacía la tierra en el punto contrario, y en toda apariencia á una distancia imposible de franquear por entonces.

Transcurrióse hora tras de hora, y todavía en la oscuridad la Niña luchaba para acercarse mas al punto donde se habia divisado la tierra. Jamas abandonó el almirante su puesto, en todas aquellas escenas desoladoras, porque le parecia que las fortunas de sus descubrimientos pendian ahora por decirlo asi, de un endeble cabello. Nuestro héroe estaba menos vigilante, pero hasta él comenzaba á sentir mayor ansiedad por las resultas, al aproximarse el momento de ir á decidirse los destinos de la expedicion.

Al salir el Sol, volviéronse los ojos de todos hácia la acuosa orla del horizonte, y con gran chasco para cuantos iban á bordo de la Niña, no habia ya á la vista el mas leve indicio de tierra. Figurábanse algunos que todo habia sido una ilusion; pero el almirante fué de parecer que habian pasado la isla durante la noche, y sesgó en su rumbo á fin de navegar mas hácia el medio dia. Esta mudanza en la direccion de la nave hacia solo una ó dos horas que se hiciera, cuando tornó á descubrirse turbiamente la tierra hácia el punto oriental, donde antes columbrarla hubiera sido imposible. Viró

la caravela en busca de aquella isla, y bregó por alcanzarla hasta que volvieron las tinieblas, luchando contra una fuerte ventolina y un furioso mar por la proa. Otra vez tupióse alrededor la noche, y la tierra se desvanció de nuevo en la oscuridad.

A igual hora que en la noche anterior se habia reunido la gente de la Niña, para entonar la *Salve*, como himno vespertino en laude de la Santisima Virgen, porque es uno de los incidentes mas sensibilizantes de este viaje el que aquellos toscos marinos llevasen consigo por los desconocidos desiertos del Atlántico, las preces de su religion, y los rezos comunes á toda la cristiandad. Mientras asi ocupados se hallaban habiase visto una luz á barlovento, la cual se supuso estaba en la isla que primero habian divisado, y fortaleció el dictámen del almirante, quien discurria hallarse la caravela en el centro de un grupo de islas, y que navegando á estribor habia de hallarse en disposicion de llegar á puerto á la siguiente mañana. El alba sin embargo no trajo consigo otra mudanza que la ya advertida, y todos se preparaban el dia 17 á pasar otra noche como

las anteriores, agitados de incertidumbre, cuando el grito de tierra realentó súbito los decaídos ánimos de cuantos llevaba á su bordo la caravela.

Púsole la proa atrevidamente la Niña, y antes de media noche se encontró bastante cerca de la tierra para echar el ancla: sin embargo tan recio era el viento, y tan turbulenta estaba la mar que se rompió el cable, abuyentando, por decirlo así, á los pobres aventureros, de las regiones á las cuales con toda propiedad pertenecían. Hizose vela, y renovóse el esfuerzo de mantenerse contra la ventolina, hasta que al amanecer consiguió la caravela aconcharse á la costa y obtener un surtidero en la parte septentrional de la isla. Entonces, los fatigados y casi exhaustos marinos conocieron que Colon opinára á derechas, y que habian llegado á la isla de Santa Maria, una de las Azores.

No pertenece á esta historia el referir todos los incidentes que ocurrieron mientras en este puerto permaneció la Niña. Por parte de los Portugueses hubo una tentativa para apoderarse de la caravela, pues que habian sido

los últimos en perseguir al almirante, cuando su partida del antiguo mundo, y eran ahora los primeros en acometerle á su retorno. Sin embargo, frustráronse todas sus maquinaciones, y despues de apresar á la mayor parte de la tripulacion, y permitir que el almirante en una ocasion se diese á la vela sin aquellos hombres, quedó definitivamente arreglado el asunto en virtud de la prudencia y energia de Colon, quien puso por fin la proa á España, despues de reembarcada toda su gente, el día 24 del mes antedicho.

La providencia parecia favorecer el pasage de los aventureros, durante los primeros dias, pues el viento les sopló favorable y la mar estuvo bonancible. Entre la mañana del 24 y la noche del 26 anduvo la caravela casi cien leguas con rumbo á Palos; mas luego comenzaron á soplar vientos sucios que acarrearón otro tremendo mar de leva. Arreció de nuevo la ventolina, aunque asaz favorable para permitirles navegasen á oriente, con un leve soslayo al norte, ocasionalmente enderezando por completo el rumbo. El temporal era duro, pero como el almirante conocia que iba acercán-

dose al continente europeo, no tuvo porqué quejarse, y alentaba á su gente con la esperanza de una pronta llegada. De esta suerte amaneciò el dia 2 de Marzo, que fué Sábado, cuando creyó hallarse Colon á algunas cien millas de la costa de Portugal, porque los vientos del sur le habian hecho derribar algun tanto al norte.

La noche comenzó favorable; sin embargo, seguia luchando el bajel en su camino por una mar tremenda que venia precipitada del medio dia, y con el viento casi por la proa, soplando tan recio que obligó á reducir las velas á un tamaño manejable. Era la Niña una barca excelente, como ya abastanza se ha hecho ver, é iba ahora mas serena que cuando la acometió primero la borrasca; porque sus pilotos habian llenado de agua otro buen número de sus botas vacías, que no habia sido posible estivar útilmente durante el pasado temporal.

—Has vivido junto al timon, Sancho Mundo, desde que las ventolinas comenzaron, dijo chanceándose Colon á eso de la última hora del primer cuarto, y al pasar cerca del puesto del viejo marino. No es pequeña honra ocu-

par ese destino en medio de los severos temporales que ha sido nuestra mala suerte sufrir.

—Tal lo considero, señor don almirante; y espero que sus muy ilustres y excelentes altezas, los dos soberanos lo contemplan bajo igual punto de vista, en cuanto tiene conexion con la pesadumbre de mi deber.

—¿Y por qué no en cuanto tu honra en ello se interesa, amigo Sancho? interpuso Luis, quien se habia tornado en íntimo del timonel desde el lance de los peñascos.

—La honra, seor maese Pedro, es comida fiambre, y se hace una bola en el estómago de un hombre pobre. Una dobla bien vale un par de condados para un infelice como yo, pues que la dobla ayudaria á granjearme respeto entre los hombres de mi clase, al paso que los condados solo atraerian sobre mi cabeza la befa mas condigna. No, no, maese Pero, vuessa señoria dará una saldriquera de oro, y cedo mis honores á los que gusten engalanarse con ellos. Si un hombre ha de alzarse en este mundo, es preciso que principie por el principio, que ponga por solera un fundamento sólido; despues de lo cual háganle caballero del orden de San-

tiago, toda vez que le necesiten los soberanos para apuntar el nombre del tal bizarro adalid en sus listas.

—Sancho, eres demasiado locuaz para ser un timonel, aunque en otros respetos un sujeto muy apreciable, observó el almirante con gravedad; vigila tu rumbo; que no te faltarán buenas doblas luego que se termine el viage.

—Mil gracias, señor almirante, y por via de prueba que sirva para convencer á usencia que no tengo los ojos cerrados, aun cuando ande un poco suelta mi lengua, no haré mas que suplicar á su magnitud y á los pilotos, que vigileis ese harapo de nubarron, que se va levantando por allá, hácia el sud-oeste, y que os pregunten si presagia bien ó mal.

—Por vida de la Misa, señor Don Cristóval que tiene razon el timonero; exclamó Bartolomé Roldan, quien se hallaba á mano; esa es una nube de aspecto muy siniestro, y mucho se asemeja á las que paron los chubascos blancos en las costas del Africa.

—Tened cuidado con eso, tened cuidado, buen Bartolomé, contestó pesaroso el almirante. En verdad que nos hemos confiado hasta

la demasia en nuestra buena fortuna, y que hemos sido asaz negligentes de los signos con que el Cielo nos avisa. Llámense sobre cubierta todas las manos, y que tambien suba Vicente Yañez, porque mucha falta nos van á hacer.

Ascendió ahora Colon al alcázar, desde donde dominaba una vista mas estensa del Cielo y de la mar. Las señales, verdaderamente, eran tan portentosas como súbitas habian sido en presentarse. Llenaba la atmósfera una niebla blanquecina, que se asemejaba á una cenicienta humareda, y apenas tuvo tiempo el almirante de mirar en torno suyo, cuando un estruendo espantoso, parecido al pisar de mil caballos que pasan á escape por encima de un puente de tablas, vino precipitándose con el viento. Oyóse hervir el agua, como es de costumbre en semejantes momentos, y estalló la tempestad sobre la frágil barca, cual si una legion de envidiosos demonios hubiese resuelto que jamás regresase á España con las faustas nuevas de que era portadora.

Un traquido, igual á la descarga de mil fusiles, fué la primera señal de que el chubasco se habia desplomado sobre la Niña. Proce-

dia de la rotura de las lonas, pues que todas las velas se hicieron trizas en un mismo instante. Hundióse de lado la caravela hasta que mojó sus mástiles el oleage, y hubo un momento de restringido instante, durante el cual, privados hasta de aliento los marinos mas viejos y baqueteados, temieron que la nave á volcarse iba. A no ser por esta averia del velamen, la calamidad pudiera muy bien haber acontecido. Sancho, que manejaba el timon, lo habia enderezado á tiempo, y luego que la Niña se recobró de la embestida, casi se salió fuera del agua al impelerla el desatado huracan.

Este fué el principio de un nuevo ventaron, que aun sobrepujó en violencia al que habian escapado tan recientemente. Durante la primera hora el terror y el desfallecimiento casi paralizaron los esfuerzos de la chusma,¹⁶⁶ pues que nada se hacia, ni pudiera hacerse para sacarla del peligro en que se veia. Ya estaba corriéndola á palo seco la nao—postrer recurso del marino—y hasta los últimos andrajos de la lona estaban hechos trizas y arrancados trozo á trozo de las vergas, ahorrando á los hombres los esfuerzos que habrian sido

necesarios para aferrarlos. En esta crisis la penitente tripulacion acudió de nuevo á sus ritos religiosos, y otra vez recayó en suerte al almirante el hacer romeria á algun favorito santuario. Ademas toda la tripulacion hizo voto de ayunar á pan y agua el primer Sábado despues de su regreso.

—Notable es, Don Cristóval, dijo Luis, luego que ambos tornaron á quedarse solos en el alcázar, notable es el que esta suerte caiga tan ameaudo sobre vos. Por tres ocasiones os ha elegido la Providencia para ser instrumento de contricion y de gratitud.—Este es el resultado de vuestra fé escesiva.

—Decid mas bien, Don Luis, que proviene de mis escesivos pecados. Solo mi orgullo deberia atraerme reprehensiones aun mas enérgicas que las actuales. Me temo que se me habia olvidado que yo era tan solo un agente, electo por Dios con el fin de traer á cabo sus propios y grandiosos fines, é iba cayendo en los lazos de Satanas, imaginándome que yo, por los merecimientos de mi propio saber y de mi innata sabiduria, habia traído á término esta vasta fazaña que emana verdaderamente del supremo poder de la Deidad.

—¿Y creéis que corremos peligro, señor?

—Mayores riesgos nos asedian ahora, Don Luis, que cuantos amagarnos hubieron desde nuestra salida de Palos. Estamos corriendo desenfrenados hácia el continente, el cual no puede distar de nosotros treinta leguas, y, como lo estais viendo, el océano se alborota mas y mas á cada hora. Por buena ventura, la noche se halla muy adelantada, y al venir la luz del día hallemos quizas arbitrios de salvamento.

Reapareció el alba como de costumbre, pues cualquiera que sea el disturbio que sobre su faz aparezca, la tierra prosigue sus revoluciones diurnas en la sublimidad de su vastura, dando á cada mudanza á los miserables gusanillos, que se arrastran sobre su superficie, las pruebas indubitables de que un poder omnipotente preside á todos sus movimientos. La luz, sin embargo, no acarrió cambio ninguno en el aspecto del Cielo ni del océano. Continuó el viento soplando con furor, y la Niña prosiguió bregando entre el caos de las aguas, precipitándose mas y mas cerca al continente que delante de ella iba á desplegarse.

Cerca del conmedio de la tarde, las señales de tierra se hicieron del todo aparentes, y nadie dudó de la cercanía del bajel á las costas de Europa. Nada empero estaba á la vista todavia sino el rabioso océano, el sucio Cielo, y aquella especie de luz sobrenatural, vulgarmente llamada candilazo que se estiende por la atmósfera tan amenudo en las horas de la borrasca. El punto en donde se puso el Sol, aunque sabido con el auxilio de la aguja de marear, no podia ser trazado por la vista, y otra vez la noche cerró sobre la invernosa escena, cual si á la frágil caravela la hubiese abandonado la esperanza asi como la luz del día. Para añadir á la zozobra de los que iban á su bordo, corria una pesada mar de través, y como siempre acontece, á los buques de tan pequeño porte, en circunstancias semejantes, toneladas enteras de agua caian sobre la nao incesantemente, amenazando destruir la obra muerta y sus frágiles cobertizos de lona embreada.

—Esta es la noche mas terrible de todas, hijo Luis, dijo Colon, una hora despues que la oscuridad hubo corrido en torno de la ca-

ravela sus espesos cortinages. Si salimos en bien de esta noche, podemos juzgarnos como protegidos por Dios mismo.

—Y sin embargo de eso, señor, hablais con calma; y con tanta calma como si el corazon vuestro rebozase con la esperanza.

—El marino que no pueda comandar sus nervios y su voz, hasta en el extremo peligro, la vocacion equivocado ha. Pero siéntome tranquilo, Don Luis, y mi tranquilidad no es aparente. Dios nos tiene en su santa guarda, y hará lo que mas sirva para adelantar su alvedrio santísimo. Mis hijos—mis pobres hijos tristemente me penan agora, aunque en las mientes del Altísimo hasta los desvalidos y huérfanos ocupan un lugar!

—Señor, dado caso que perezamos, se quedarán los Portugueses con nuestro secreto; ellos son quienes únicamente lo saben, amen de nosotros mismos; pues que supongo que respecto á Martin Alonso poca esperanza puede haber de que salvado se haya.

—Ese es otro motivo de tristura; yo empero he tomado medidas tales que mucho será que no sirvan para asegurar á sus Altezas

en el afianzamiento de sus derechos indisputables. Lo demás, es preciso, dejarlo á la sabiduria omnipotente.

En aquel instante se oyó el estremeciente grito de «tierra!» Esta voz, que tan pocas horas hacia hubiera dado margen á la algazaramas estrepitosa, fue ahora un manantial de nuevas alarmas. Aunque la noche estaba muy oscura; habia instantes en que las tinieblas algun tanto se disiparan, en un circulo de una ó dos millas alrededor del bajel, y por cuyo medio unos objetos tan prominentes como las costas verse pudieran con bastante claridad. Tanto Colon como nuestro héroe se dirigieron presurosos á la proa de la caravela al oír el grito, aun cuando fuese muy peligroso el hacer un movimiento cualquiera, á fin de conseguir la mejor vista posible de la tierra firme. En verdad, estaba esta á tan corta distancia, que cuantos iban á bordo, oyeron ó figurábase que oían el rugido del oleage que contra los peñascos se estrellaba. Que aquella costa fuese la de Portugal, nadie lo dudaba; pero el continuar con la proa hácia ella, y sin puerto ninguno donde guarecerse, seria

una destruccion inmediata. No quedaba otro recurso que el de virar y mantenerse de cara al viento, procurando conseguir distancia hasta el próximo Sol. Apenas hubo insinuado el almirante esta necesidad, cuando Vicente Yañez se puso á egecutar sus órdenes en el mejor modo posible.

Hasta entónces el viento se habia sostenido al sud-oeste, y de su resulta navegaba al este la caravela, con el sesgo de un punto ó dos hácia el norte; ahora pues se dirigió la maniobra á orzar cuanto se pudiera para traer su proa al setentrion, con derribo de un punto ó dos hácia poniente. Segun la direccion en que la costa al parecer corria, se creyó que esta mudanza en el rumbo pudiera mantener á la caravela, durante unas cuantas horas, á suficiente distancia de las riberas. Pero esta maniobra no podia verificarse sin el auxilio de la lona, y dióse orden de soltar la mesana. El primer zapateo de la vela fué tremendo, y tan poderosa la sacudida, que por poco arranca el mástil de su base; luego en la parte de proa quedóse todo tan tranquilo como si la muerte allí se enseñorease; porque hundién-

dose el huque detras de una barrera de agua se quedó inerte la vela. Aprovecháronse de la circunstancia Sancho y su compañero timonel, para poner á la banda el gobernalle, y luego que la barca boyó para arriba, luchando con los desencadenados elementos, llenóse la vela con un choque igual al que se siente de resultas de el súbito zamarreo de un resistente cable. Desde aquel momento orzó la Niña otra vez con la cabeza hácia la mar, aunque tuvo que abrirse paso por medio de tal conglomeracion de turbulentas aguas, que á cada instante amagaban ponerla quilla arriba.

—Luis! dijo una blanda voz junto al hombro de nuestro héroe, mientras este se asia de la puerta de la cámara destinada á las mugeres—Luis!—Haiti, mejor—Mattinao mejor, mucho malo; Luis!

Era Ozema quien se habia levantado de su catre, para reconocer el espectáculo espantoso del océano. Durante el tiempo suave de que gozaron los aventureros en los primeros dias de su viage, el trato entre Luis y los Indios que iban abordo habia sido constante y jovial. Aunque ligeramente incomodada de re-

sultas del mareo, siempre había recibido Ozema sus visitas con *deleite immaculado*, y tantos habían sido sus progresos en la lengua española, que se asombrara de su rapidez hasta su mismo enseñador. Ni tampoco los medios de comunicacion se reducian meramente á los adelantos de Ozema; pues que Luis, al esmerarse en instruirla, había aprendido tantas palabras de la lengua nativa de la princesa, como ella de la del noble mancebo. Asi es que consiguieran entenderse, recurriendo á ambos idiomas por aquellos términos que la necesidad requería. Daremos una traduccion libre del coloquio, procurando al mismo tiempo hacer el diálogo característico y gráfico, en cuanto posible nos sea.

—Pobre Ozema! respondió nuestro héroe, atrayéndola con blandura á un sitio, donde pudiese guarecerla de los violentos vaivenes de la nave.—Mucho cebarás de menos á Haiti, ciertamente, y la pacífica seguridad de tus bosquillos!

—Caonabo allí, Luis!

—Es verdad, doncella inocente; però ni aun ese Caonabo es tan terrible como la furia de estos elementos.

—No-no-no-Caonabo mucho malo. Romper el corazon de Ozema. No Caonabo, no Haiti.

—El temor que tienes al gefe Caribe, preciosa Ozema, te ha trastornado en parte la razon. Tu tienes un Dios, asi como le tenemos nosotros los cristianos, y cual nosotros debes poner en él tu confianza. Solo él patrocinarte puede!

—¿Qué patrocinar?

—Cuidar de ti, Ozema; ver de que no te suceda daño alguno. Mirar por tu salud y salvacion.

—Luis proteger á Ozema. Asi prometer á Mattinao—asi prometer á mi corazon.

—Querida hieldad,¹⁶⁷ y asi lo haré, hasta donde mis facultades alcancen. ¿Pero que me es dado hacer contra la borrasca?

—¿Qué hacer Luis contra Caonabo?—matar, cortar Indios; hacer á él huir.

—Esa fue fácil tarea para un caballero cristiano, que blandía una buena tizona, y embrazaba una adarga fiel; ¿pero estas armas de qué sirven contra las iras de la tempestad? Solo nos queda una esperanza, y esta es la de poner nuestra confianza en el Dios de los Españoles.

—Españoles grandes—tener Dios grande.

—No hay mas que un Dios, Ozema, y ese reina en todas partes, en Haiti asi como en España tambien. Acuérdate de lo que te he dicho respecto á su amor, y á la clase de muerte que sufriera, á fin de salvarnos á todos; y tu me prometiste adoracion tributarle, y recibir el santo bautismo luego que en mi patria desembarcáras.

—Dios! Ozema hacer, lo que Ozema decir. Mi amar ya al Dios de Luis.

—Ya has visto su cruz santa, Ozema hermosa, y prometido has besalla, y bendecilla.

—¿Donde cruz? no ver cruz—¿arriba en Cielo? ó donde? Enseñar ahora cruz—cruz de Luis—cruz de amor de Luis!

Llevaba al cuello el noble mancebo la dádiva que al despedirse diérale Mercedes, y teníala puesta sobre el corazon. Sacando ahora del seno la rica joya, llevósela primero á los labios con fervor piadoso, y ofrecióla en seguida á la jóven indiana.

—¿Ese es Dios de Luis? preguntó Ozema sorprendida algun tanto.

—No, no, pobre y obcecada doncella.

—¿Qué obcecada? interrumpió ¡con ansia la aguda virgen, porque ningun vocablo que al jóven le caia de los labios, llegaba á sus oidos sin recogerse.

—Obcecada significa que los que nunca han oido hablar de la cruz, ni de sus infinitas misericordias, se hallan completamente á oscuras.

—Ozema no obcecada ahora! exclamó la Haitienne apretando contra su pecho la alhaja. Dar cruz—guardar cruz—no obcecada otra vez, jamás. Cruz Mercedes!—Dijo esto la jóven, pues en virtud de uno de esos errores que no son infrecuentes al comenzar á comunicarse sus ideas los que hablan lenguas distintas, á la doncella de los bosques se le habia impreso, de resultas de algunas exclamaciones involuntarias de Luis, la nocion de que la palabra «Mercedes» significaba cualquiera cosa de sobresaliente valia. (*)

(*) Esta observacion de Cooper es justísima. Los tragineros del muelle de Cádiz, notando que los marinos ingleses usan con frecuencia de la expresion «I say,» y los franceses de la de «dis donc,» toman estos espletivos por un nombre comun á los individuos de aquellas naciones; asi es que para llamar á un inglés desde léjos siempre se valen de la expresion «I say!» y cuando hablan de los franceses suelen designarlos con el apelativo «didones.» N. del T. 168

—Ojalá que esa, cuyo nombre pronuncias, te tuviera bajo su blando patrocinio, á fin de que pudiese conducir tu alma pura al conocimiento justo de tu Criador. Esa cruz proviene de Mercedes misma, y bien haces en amarla, y en acogerte á ella. Ponte esa cadena al cuello, inocente jóven, porque ese emblema puede ayudar á salvarte de la muerte, en caso de que la ventolina en las costas nos estrellara antes que el próximo Sol nos alumbre. *Esa cruz es un signo de amor imperecedero!*¹⁶⁹

Asaz comprendió de esto la muchacha, especialmente porque la transmision oral de la joya fué segundada, por parte de nuestro héroe, con una accion suavemente compulsoria, á fin de obligar á la doncella á aceptarla, y no tardó la cadena en ceñir su cuello, ni el santo emblema en reposar sobre su corazon. El cambio de temperatura, asi como tambien la idea de decoro, habia hecho que el almirante proporcionara á aquellas hembras unas amplias vestiduras de algodón, y las bellas formas de Ozema se hallaban modestamente envueltas en uno de esos mantos, bajo cuyos pliegues habia ella escondido la alhaja, que

cariñosamente apretaba contra su seno, solo porque era una dádiva de Luis. Este jóven, sin embargo, no veia el asunto de igual manera. Solo habia sido su intento, en los instantes de peligro, prestar á la Indiana aquello que las ideas supersticiosas de su siglo le inducian á imaginarse pudiera servirle de salvaguardia sustancial. Como que Ozema no era por ningun título muy diestra en manejar el abrumo de una vestidura, á que no se hallaba acostumbrada, aun cuando su buen gusto natural le hubiese enseñado á ceñirse graciosamente con ella, el jóven, medio por distraccion, la habia asistido en colocar la cruz en su nuevo santuario, cuando un violento vaiven de la barca, le obligó á sostener á su protegida, rodeándole la cintura con uno de sus brazos. Cediendo en parte al mecido de la caravela, cuya violencia hasta hacia perder el equilibrio á los marineros mas diestros, y quizás desequilibrada otro tanto por la ternura de su propio corazon, no rechazó Ozema libertad semejante, la primera á que nuestro conde se habia atrevido; sino que se mantuvo, incesantemente confiada y sostenida por aquel

169. En cursiva también en el original.

brazo, que de todos cuantos existian, era mas grato á sus sentimientos creer se hallase destinado á desempeñar esa obligacion por toda la vida. Al instante siguiente reposaba ya su cabeza sobre el seno del jóven, y la cara se la veia vuelta hácia arriba, con los ojos clavados en el rostro de su jóven sostenedor.

—Menos alarmada te encuentro, Ozema, con esta tempestad horrible, de lo que suponer seria racional. El recelo por causa tuya me ha dado mayor desasosiego del que hubiera yo creido posible; y sin embargo, no das la mas ligera muestra de terror!

—Ozema no infeliz-no necesitar Haiti-no necesitar Mattinao-nada necesitar-Ozema dichosa ahora-tener cruz.¹⁷⁰

—Dulce é inculpable inocente! quiera el Cielo que jamás conozcas otras sensaciones!— Ten confianza en tu cruz.

—Cruz, Mercedes-Luis, Mercedes. Luis y Ozema guardar para siempre cruz.

Quizas fué dichoso para la altamente apreciada felicidad de la doncella, el que la Niña en aquel instante zambullera la proa con tal esfuerzo, que obligó irremediamente á nues-

tro héroe á soltar la cintura de la India, y perdiendo el equilibrio á arrastrarla consigo de cabeza hasta el parage donde estaba Colon guareciendo su curtido rostro hasta cierto punto contra la violencia de la tempestad. Luego que se puso en pié, advirtió que estaba cerrada la puerta de la cámara y que ya Ozema no era visible.

—¿Estan asustadas nuestras hembras¹⁷¹ con esta escena aterradora, hijo Luis? preguntó con calma Colon, pues aunque sus propios pensamientos habian estado casi absortos con la situacion de la caravela, habia advertido cuanto en rededor suyo se pasaba.—Son fuertes de corazon; pero hoy hasta la mas valiente amazona se estremecería al presenciar una borrasca tan deshecha.

—Poquísimo temor les dá, Don Cristóval, pues que no conocen el peligro. El hombre civilizado es reconocido por nuestros huéspedes como superior suyo en grado tal, que así los varones como las hembras dan muestra de tener implícita confianza en nuestros medios de salvacion. Acabo de entregar á Ozema una cruz, y de aconsejarle ancóre toda su fé en ella.

170. El castellano básico y poco fluido de Ozema es fiel reproducción del inglés: *Ozema no unhappy-no want Hayti-no want Mattinao-no want anything-Ozemahappy now. Got cross* (TO, p. II-144).

171. *female friends* (TO, p. II-144).

=Has hecho bien; ese emblema sagrado es ahora el protector mas seguro de todos nosotros. ¡Manten la proa de la caravela tan cerca del viento como te sea posible, Sancho; pues así que este afloje, cada pulgada que hácia la tierra ganemos, es un paso dado hácia nuestra seguridad.

Dióse la contestacion de costumbre, y luego se puso término al coloquio: pues que las furias de los elementos, y la espantosa manera en que la Niña se veía compelida á luchar materialmente para sostenerse sobre la superficie del océano, proporcionaban un amplísimo tema de reflexiones para cuantos la escena presenciaban.

De este modo se pasó la noche. Luego que rompió el alba, destelló sobre un espectáculo de borrascoso trastorno. El Sol no se hizo visible en todo el día, y los oscuros vapores se deslizaban tan bajos ante el aliento de la tempestad, que aminoraban la altitud aparente de la bóveda del Cielo mismo, aunque el océano presentase una estensa sábana de undulante espuma. No tardó en hacerse visible la tierra alta, casi por el costado de la caravela, y

todos los marinos mas viejos pronunciaron al instante que era el peñon de Lisboa. La distancia no era grande, tal vez no llegaria á veinte millas; pero la necesidad de arrostrar la borrasca, y de hacer vela ciñendo el viento, en un temporal semejante, hacia la situacion del bajel todavia mas crítica de lo que lo habia sido en todas las pruebas anteriores. En aquel momento, quedaron olvidados los ardidés políticos de los Portugueses, ó tenidos como consideraciones secundarias del todo, pues que no parecia que hubiese otra alternativa que entrar en puerto ó perecer en naufragio. Cada pulgada que en despecho del viento se adquiria era de suma importancia para los navegadores, y Vicente Yañez se colocó junto al timon á fin de vigilar su manejo con todo el ahinco de la esperiencia y de la autoridad. Solo podian los palos con las velas mas bajas, y estas con los rizos tomados cual su construccion lo requeria.

De tal suerte la barquilla, asaltada de la borrasca, siguió bregando en su rumbo, hundiéndose ora en los surcos del oleage, de modo que la tierra, el océano y todo, escepto los

furiosos rompientes, lamen de las nubes que amenazadoras los cobijaban, desaparecian de la vista de los desalentados marinos; ora alzándose, como si fuese, de la sombría calma de una caverna, para volar ante el influjo de una tempestad rugiente, turbulenta y rechinadora. Estos últimos instantes fueron los mas criticos. Cuando el erguido casco cavalgaba en el lomo de una ola, soslayándose á estribor, por causa de aplanarse debajo de su quilla el acuoso elemento, parecia cual si el siguiente golpe de mar hubiera de sumergirlo sin remedio; tan veladores empero se hallaban los ojos de Vicente Yañez, y tan lista la mano de Sancho Mundo, que siempre esquivaba el bajel la calamidad amagadora. Sin embargo, posible no era impedir que entrasen en el barco gruesos rociones, y la enfurecida mar barria de cuando en cuando la cubierta, á fuer de las estensas sábanas de agua que una cascata despide, y la tripulacion se vió precisada á abandonar del todo aquella parte del flotante leño.

—Todo depende ahora de nuestro velamen, dijo Colon, arrancando un hondo suspiro; si ese aguanta, estamos mas seguros que cuando

corriamos á palo seco; pero estoy cierto de que Dios está con nosotros. Figúrome que el viento sopla con menor violencia que en la noche pasada.

—Tal vez sea así, señor. Creo que nos vamos arrimando al punto que señalado nos habeis.

—Ese es aquel saliente peñascoso. Si conseguimos doblarlo, estamos en puerto de salvamento. Si no lo logramos, somos todos almas del purgatorio, y ya estamos viendo nuestro comun sepulcro.

—La caravela se porta á las mil maravillas, señor, y aun no tenemos perdida toda esperanza.

Una hora mas tarde se hallaban tan próximos á la tierra que podian verse hasta las personas que por ella transitaban. Instantes hay en que puede decirse que la vida y la muerte se ofrecen con medida igual á cada lado de la vista del marino. A la una parte está la destruccion, á la otra la seguridad. Como el bajel se acercaba lentamente á la orilla, no solo se hacia audible el retronar de las olas contra las peñas, sino que la espantosa mane-

ra en que el agua era arrojada hácia arriba en chorros espumosos, añadía al horror del espectáculo. En semejantes ocasiones no es fenómeno extraño el de vastas cascadas á la altura de algunos centenares de pies, ni el de ver el disparado salitre impelido por el huracán hasta inmensa distancia tierra adentro. Lisboa tiene á su frente todo el arranque del océano, sin que lo interrumpan ni quiebren islas ningunas ni promontorios; al paso que la costa de Portugal es la mas desabrigada de cuantas en Europa se conocen. Las ventolinas del sud-oeste, ó por otro nombre los vendavales, recorren mil y ochocientas leguas de océano, y los oleages que arcean delante de sí para ostrellarlos en las costas son verdaderamente horribles. Ni tampoco el temporal que ahora procuramos describir era uno de los mas usuales. La estacion habia sido tan tempestuosa, que apenas dejará al Atlántico un instante de sosiego, mientras los oleages, levantados por una ráfaga, apenas tenian tiempo para reposarse, cuando otra alzaba las aguas en una direccion nueva, y hacia nacer aquel bamboleo que mas descuaderna las naves, y el

cual es peculiarmente azaroso para los vasos pequeños.

—Ya corta la mar con proa mas erguida, señor Don Cristóval, exclamó Luis, al verse á tiro de escopeta de la punta ansiada.—Otros diez minutos de favorable sesgo, y vive Dios que lo conseguimos!

—Teneis razon, hijo mio, contestó el almirante con tranquilidad. Si algun accidente nos hiciese embestir contra aqueos peñascos, ni dos tablones de la Niña guardarian compañía por cinco minutos tan siquiera. Déjala ir! buen Vicente Yañez! déjala ir!... que derribo un punto entero, y corte el agua con aliviada quilla. Todo consiste en la lona, y con eso no nos hará falta ese punto... Ya afrancó, Luis; mirad á la tierra y vereis cuan aprisa vamos.

—Verdad, señor, pero la caravela se arrima espantosamente á esa punta!

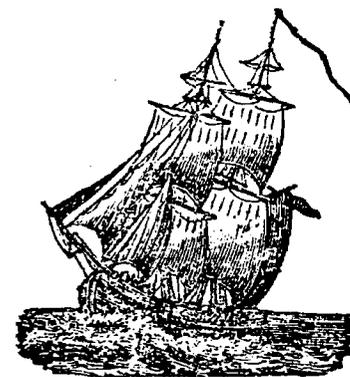
—No temais; un rumbo valiente es con frecuencia el mas seguro. La costa nada tiene de somera, y nosotros calamos poca agua.

Reinó un profundo silencio abordo. La caravela se precipitaba hácia la pedregosa punta con alarmante celeridad, y cada momento la

llevaba perceptiblemente mas cerca del bullente remolino de agua que en torno de los peñascos se deshacia en espuma. Sin entrar absolutamente dentro de su vórtice, deslizóse la Niña rascando su borde, y á los pocos instantes despues, siguió un curso directo por el Tajo arriba, que se ensanchaba delante de ella. Arrióse la vela mayor, y los marineros estuvieron á pié firme sobre la cubierta, sin recelo ni pesadumbre, seguros de hallar un buen puerto y la mas completa seguridad.

Así concluyó virtualmente la mayor hazaña marítima que nunca el mundo ha atestiguado. Verdad es que en seguida se hizo una correria hácia Palos; pero este viage fué insignificante respecto á la distancia, é infructífero en sus incidentes. Colon habia llevado á cabo su vasto propósito, y su triunfo no era ya un secreto. Bien sabido es el recibimiento que le hicieron en Portugal, así como tambien las principales ocurrencias que tuvieron lugar en Lisboa. Ancló en el Tajo el día 4 de Marzo, y salió de su rada el 13. Por la mañana del 14, doblaba la Niña el cabo de San Vicente, y siguió su rumbo al este á favor de

una ligera brisa, que soplabá del norte. Cuando amaneció el día 15, hallóse el bajel de nuevo sobre la barra de Saltes, despues de una ausencia de doscientos y veinticuatro dias únicamente.



CAPITULO V:



Era una noche, y en solaz gustoso
De sus dignas coinadres rodeada,
Ella entreoía un cuento escandaloso,
Cuando la puerta súbita llorada,
Estremeció con retronar sonoro.
Y pronto en su presencia fue admitido
Un robusto rapaz, cubiertas de oro
Las anchas franjas de su azul vestido.
Un sombrero cual torta, orondo y lato,
Gruesa bevilla de plata en el zapato,
Lucía el galán, y limpio pañizuelo
De la India en su cuello se veía,
Y en su mano un junquillo se blandía;
Liuda facha era aquella del mozaelo. 172
MICKLE.



PESAR de los nobles conceptos que formaba la base de la expedición, que de mencionar acabamos, la perseverancia y decisión necesarias para llevarla á buen éxito, y lo magnífico de las consecuencias que de su prósperos resultados de-

pendian, hizo entónces el viage poquisimo ruido, en medio de los incidentes rebullidores y del activo egoismo de aquel siglo, hasta que fueron conocidos sus desenlaces. Un mes antes de finalizarse la contrata con Colon, se firmó por mano de ambos soberanos el decreto para la espulsion de los judios; y este desarraigo de una porcion tan grande de la nacion española, fué en si mismo un suceso muy á propósito para apartar los ojos del pueblo de una empresa que se juzgaba tan dudosa, y á la que sostenian recursos tan insignificantes, como la del gran navegador. Habíase señalado el fin del mes de Julio como último plazo para la partida de aquellos perseguidos religionarios, y así fué, que en el mismísimo tiempo, y casi en el preciso dia en que Colon se dió á la vela desde Palos, dirigíase la atencion de los Españoles hácia lo que bien pudiera denominarse una calamidad nacional. La partida de aquellos infelices se asemejó á la marcha que del Egipto hicieron sus antepasados; los caminos se veian bullir con las apiñadas masas, muchas de las familias que las componian marchando á emigrar sin saber á donde.

Los reyes habian salido de Granada en el mes de Mayo, y despues de pasar en Castilla dos meses, se trasladaron á Aragon hácia principios de Agosto, en cuyo reino acertaban á hallarse, cuando se hizo á la mar la expedicion. Allí permanecieron todo lo restante de la temporada, arreglando negocios de importancia suma, y muy probablemente dispuestos á evitar el espectáculo de las miserias que habia difundido su edicto contra los Hebreos, pues que contenia la Castilla una crecida porcion de esta clase de sus súbditos. En Octubre pasaron á visitar á los turbulentos Catalanes; y la corte permaneció en Barcelona todo el invierno. Ni mientras se hallaron en aquel punto de sus dominios dejaron de ocuparles sucesos muy momentosos. El dia 7 de Diciembre se atentó contra la vida de Don Fernando, á quien el asesino dió una herida en el cuello, profunda aunque no mortal. Durante las criticas semanas en que se creia corriese peligro la vida del rey, no se movió Isabel de su cabecera, con todo el incansable afecto de una esposa bien adicta; al paso que sus pensamientos mas bien moraban en sus cari-

ñosas solicitudes que en ningun tema de mundano engrandecimiento. Siguiéronse las investigaciones mas prolijas á fin de averiguar los motivos que guiaran la mano homicida; suponiéndose siempre que en semejantes casos son las conspiraciones sus promotoras; aunque la historia nos demostraria probablemente que la mayor parte de esas malvadas tentativas contra la existencia de los soberanos, eran mas bien resulta de un fanatismo individual, que de planes combinados con el objeto de destruir.

Isabela, cuyo blando espíritu se condolia de las miserias que su religiosa sumision le obligára á imponer á los Judíos, se eximió de la pena adicional de llorar á un esposo, que perdiera la vida por medios tan violentos. Fernando recuperó gradualmente la salud. Todas estas ocurrencias, de consuno con los cuidados generales del gobierno, habian hecho que hasta la reina hubiese olvidado ya el viage á Catty; mientras el político Fernando, allá en sus mientes, considerára mucho tiempo hacia, el oro espendido en la expedicion como otro tanto caudal vanamente derrochado.

La balsámica primavera de los países del sud, desarrollóse como siempre, y ya la fértil provincia de Cataluña se había engalanado con sus deliciosas verduras á fines de Marzo. Hacía ya algunas semanas que el rey se adonara á sus ocupaciones habituales, é Isabela, exenta de sus temores como esposa, había vuelto á dejarse ir por el tranquilo cauce de sus deberes, y entregádose de nuevo á sus actos usados de benevolencia. Empachada con las pompas de sus altos destinos, de resultas de los acontecimientos recientes, y anhelando sin cesar la indulgencia de sus afectos domésticos, aquella estimable matrona, no obstante la fuerte y natural inclinación que siempre sintiera por esta clase de vida, había vivido mas entre sus hijos ó personas de su confianza en aquellos últimos tiempos de lo que acostumbrara. Su primera amiga, la marquesa de Moya, como puede suponerse, estaba siempre junto á ella, y Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo en la presencia inmediata de su régia señora, ó bien en la de sus hijos.

Había habido una noche de besamanos al concluirse el mes; é Isabela, muy complaci-

da con escaparse de escenas semejantes, habiase retirado á sus aposentos íntimos, á fin de disfrutar de la conversacion del círculo, en medio del cual tan á sus anchas se encontraba. Era cerca de media noche; el rey estaba trabajando, como tenia de costumbre, en un gabinete inmediato. Hallábanse presentes, además de los miembros de la real familia, y Doña Beatriz con su hermosa sobrina, el arzobispo de Granada, Luis de San Angel, y Alonso de Quintanilla; estos dos últimos habían recibido cita del prelado, para discutir algunas cuestiones referentes á las rentas eclesiásticas ante su ama ilustre. Sin embargo, habíanse concluido ya los negocios, y la reina Isabel se hallaba dando tono á su tertulia con la condescendencia de una princesa, y las suaves gracias de una muger.

—¿Hay algunas nuevas de los infelices é ilusos Judios, señor Arzobispo? preguntó Isabela, cuyos generosos sentimientos la llevaban siempre á lastimarse de la severidad que religiosa dependencia de sus confesores la habían inducido á sancionar.—Nuestras preces deberán acompañarles, por cierto, aunque nues-

tra política y nuestro deber hayan exigido su espulsion.

—Señora, contestó Fernando de Talavera, se hallan sin duda á estas horas sirviendo á Mamón entre los Moros y los Turcos, cual en España le sirvieron. No se inquiete el augusto ánimo de vuestra Alteza á favor de aquellos descendientes de los enemigos y crucificadores de Cristo, los que, toda vez que sufran, no hacen mas que sufrir justamente, por el pecado imperdonable de sus progenitores. Mas bien, ilustre ama mia, preguntémos á los señores Quintanilla y San Angel, si saben lo que se ha hecho de su favorito Colon, de aquel piloto genovés; y para cuando esperan verle regresar, arrastrando por la barba al Gran Khan, á fuer de su cautivo.

—Nada sabemos de él, santo prelado; dijo con presteza San Angel, desde su partida de las Canarias.

—¿De las Canarias? preguntó algo sorprendida la reina ¿ha habido alguna noticia de aquellas partes?

—El rumor es quien lo dice, señora. Cartas no han llegado á España, en cuanto ave-

riguar he podido; pero corre cierto runrun, procedente de Portugal, sobre si el almirante tocó en Gomera y en la Gran Canaria, donde parece tuvo que arrostrar ciertas dificultades, y desde cuyos puntos salió poco despues haciendo carrera á poniente; desde esa época nada se ha sabido acerca de las caravelas.

—Por cuyo hecho, señor arzobispo, añadió Quintanilla, se trasluce que estorbos de poca monta no es probable consigan detener á los aventureros.

—Os aseguro, señores, que un vagamundo genovés, que posee los despachos de almirante en virtud de comision de sus Altezas, no tendrá mucha prisa por deshacerse de semejante dignidad—repuso el preste, riéndose sin mucha deferencia á favor de las concesiones que en pró de Colon habia hecho su régia ama.—No es fácil de que el rango, la autoridad y el emolumento, se deshechen sin cuidado, cuando pueden conservarse por el medio poco peligroso de mantenerse á distancia del poder del cual emanaron.

—Sois injusto para con el Genovés, santo varon, y juzgais de él con harta aspereza,

observó la soberana. En verdad que yo nada sabia de estas nuevas recibidas de las islas Canarias, y alégrome de saber que Colon haya hecho camino hasta allá sin ningun contratiempo. ¿No dicen los marineros que el invierno pasado ha sido de los mas borrascosos, señor de san Angel?

—Y á tal grado, señora, que he oido jurar aquí en Barcelona á la gente de mar, que en la memoria de los nacidos no se ha presentado otro igual á él. Dado caso que la mala fortuna visitase á Colon, espero que tal circunstancia alegarse pueda en su disculpa; aunque mucho dudo que se encuentre inmediato á ninguna de nuestras borrascas ni tormentas.

—¿Quién, él? exclamó triunfante el arzobispo. Ya constará el que se haya abrigado en algun rio del Africa, y todavia tendremos que arreglar de resultas alguna etiqueta con Dom Joao de Portugal.

—Aquí viene el rey para darnos su dictámen, interpuso Isabela. Hace tiempo que no le oigo mentar el nombre de Colon. Fernando mio, ¿te has olvidado enteramente de nuestro almirante genovés?

—Antes de que se me pregunte acerca de asuntos tan remotos, contestó el monarca sonriéndose, deja que investigue unas materias que mas de cerca nos atañen. ¿Desde cuando dá Vuestra Alteza audiencia á sus súbditos tan á deshora de la noche?

—¿Y á esta reunion la llamas audiencia, Don Fernando? Solo estan aquí nuestros hijos queridos, Beatriz y su sobrina, el santo arzobispo, y esos dos fidelísimos servidores de vuestro propio séquito.

—Verdad es; pero no cuentas con las anticámaras, ni con los que de puertas afuera están aguardando tu beneplácito.

—¿Y quién puede solicitar entrada á estas horas? seguramente que te chaceas, esposo mio.

—Entonces tu propio page, Diego de Ballesteros, ha dado un aviso falso. Repugnándole interrumpir tu privacidad, á unas horas tan avanzadas, llegóse á verme, diciendo que un hombre de modales estraños y de estraordinaria guisa acaba de entrar en palacio, insistiendo en tener una entrevista con la reina, aunque sea tarde ó temprano. Son tan singu-

lares las relaciones del porte de ese desconocido, que he dado orden para que se le admita, y yo mismo he venido con el objeto de presenciar la visita. El page añade que el pretendiente jura que son iguales todas las horas, y que el día y la noche se han hecho igualmente para los usos humanos.

— Fernando querido, ¿habrá traicion en esto?

— No temas, Isabel mia; no tienen tanto ánimo los asesinos, y los leales estoques de estos caballeros sobrarán para nuestra protección.— Calla! ya suenan pasos, y preciso es aparentar serenidad aun cuando recelemos alguna alevosía.

Abrióse la puerta, y se presentó ante la presencia real el inclito Sancho Mundo. El talante y aparicion de un ente tan singular escitó á un tiempo sorpresa y risa; mientras los ojos de todos se clavaron en él maravillados; y mucho mas, por cuanto engalanaban su persona diversos adornos, que habia traído de las Indias imaginarias, entre los cuales se veian dos brazaletes de oro. Mercedes fué la única persona que descubrió su profesion por su aire

y vestido, levantóse involuntariamente la doncella, juntando las manos con energia y permitiendo se la escapase una ligera exclamacion. Notó la reina esta pequeña pantomima, que al punto dió justa direccion á sus propios pensamientos.

— Yo soy la reina Isabel, dijo ella levantándose sin ulterior sospecha de peligro, y tú eres un mensajero del Genovés Colon.

Sancho, quien habia ballado muy difícil el que se le admitiera, ya que se halló de la parte de adentro, tomó las cosas con su cachaza natural. Su primera accion fué echarse de hinojos, cual Colon le habia encargado especialmente que lo hiciera. Nuestro timonel habia adquirido el vicio de servirse del yerbajo de Haití y de Cuba, y en efecto, fué el primer marino que mascára tabaco. Esta costumbre habiase ya arraigado en él, y antes de contestar, ó antes de haber tomado aquella postura, tan novísima para él, juzgó conveniente llenarse la boca con un chicote del vegetal atractivo. Luego, dando una sacudida á su equipage, pues que llevaba encima cuanta ropa decente le reconocia por su dueño, se dispuso á dar una respuesta adecuada.

—Señora=¹⁷³Doña—Vuesa Alteza, contestó el hombre de mar, —cualquiera lo hubiese acertádolo á primera vista. Yo soy Sancho Mundo, el de la compuerta del dique; uno de los mas fieles vasallos y marineros de la Escelencia de Vuesa Alteza, porque soy natural y vecino de Moguer.

—¿Vienes mandado por Colon, te pregunto?

—Del mesmo, si señora; muchas gracias á vuestra real Beatitud por la noticia. Don Cristóval me ha enviado á campo atraviesa desde Lisboa, juzgando que los Portugueses, esa canalla ladina,¹⁷⁴ estarían menos dispuestos á tener sospechas de un pobre gaviero, como yo, que de uno de vuestros correos que gastan botas y espuelas todos los dias. El maldito camino es bastante largo, y no hay una mula entre las cuabras de Lisboa y este palacio barcelonés que merezca le eche los calzones un cristiano.

—Luego ¿traerás algunas cartas, supongo? Un hombre como tú no es de suponer traiga otra cosa ninguna!

—En eso, la gracia de Vuesa Alteza, Do-

ña reina, esta su merced muy equivocada; lo que sí es muy cierto que no traigo la mitad de las doblas que me sonaban en el bolsillo cuando me puse en marcha. Por vida de la misa, los mesoneros me tomaron por un Grande de España, segun lo que me ordeñaron en sus cuentas.

—Dale oro á ese hombre, buen Alonso— pues es de una casta que exige la recompensa antes de que pueda sacárseles la mas leve palabra.

Contó Sancho con mucha frescura las monedas que le pusieron en la mano, y hallando que escedían con mucho á sus esperanzas mas lisongeras, halló que ya no tenia motivos de prevaricar.

—Habla, helitre! gritó el rey; te andas con bromas, donde adeudas tu obediencia y tu deber?

La aguda y cortante voz de Don Fernando tuvo mayor efecto en los oídos de Mundo, que los tonos mas blandos de Isabela; sin embargo de que hasta su tosco instinto se habia impresionado con la belleza matronal y la gracia de la reina de Castilla.

173. En español en el original (TO, p. II-153)

174. wily en el original (TO, p. II-153).

—Si Vuestra Alteza condesciende á dejarme saber lo que le complace oír, hablaré con toda prontitud,

—¿Donde está Colon? preguntò la reina.

—Ultimamente en Lisboa, señora; aunque pienso que se halle ahora en Palos de Moguer ó en sus cercanias.

—¿Y donde ha estado?

—En Cipango, y en los territorios del Gran Khan; á cuarenta dias de navegacion distante de Gomera, y en un pais de maravillosa hermosura y escelencia.

—Tu no puedes—no te atreverías á chancarte conmigo! ¿Podemos dar crédito á tus palabras?

—Solo con que Vuestra Alteza conociera una migaja á Sancho Mundo, no sentiria semejantes sospechas. Os diré, señora, asi como tambien á todos estos nobles caballeros y damas, que Don Cristóval Colon ha descubierto el otro lado de la tierra, que ahora sabemos que es redonda porque hemos dado vuelta á ella; y que tambien se ha enterado de que la estrella del norte camina por el Cielo, como una muger charlatana esparciendo por el bar-

rio sus chismorreos; y que ha tomado su Esclencia posesion de unas islas mucho mas grandes que toda la España, en las cuales crece el oro, y donde la santa iglesia puede emplearse en cosechar Cristianos al cabo de algun tiempo.

—La carta—Sancho—dame la carta. Dificil seria que te enviase Colon para que le sirvieses de espositor verbal.

Deshizo ahora el socarron varios envoltorios de trapo y de papel, hasta poner á cubierto la misiva del almirante; entónces, manteniéndose arrodillado, la tendió hácia la reina, dándole la molestia de que se adelantase algunos pasos á fin de recibirla. Tan inesperadas y asombrosas eran las nuevas, y tan original la escena toda, que nadie se interpuso, dejando á Isabela por única actora; asi como era virtualmente la sola que hablaba. Habiendo desempeñado Sancho con éxito tan feliz la comision que se le encargará espresamente en atencion á su aspecto y carácter, circunstancias que se creia hubieran de ponerle á recaudo de toda detencion y despojo, se puso con cachaza en cuculillas, pues que le mandára su almirante que no se alzase hasta que no se lo digesen, y sacando

del bolsillo el oro que acababan de darle, comenzó á contarle de nuevo. Tan absorta estaba la atencion que todos fijaban en la reina, que nadie hizo caso del timonel ni de sus ademanes. Abrió Isabel la carta, que devoró con los ojos, al registrar renglon por renglon. Como el gran navegante tenia de costumbre, el escrito era muy largo, y se necesitaron algunos minutos para leerlo. Entretanto, ninguno de los espectadores se movia, pues que todos tenian la vista fija en el hablante rostro de la reina. En él se veian el realzado resplandor del gozo y de la sorpresa, el brillo del deleite y de la maravilla, y el fulgor del arrobosanto. Luego que acabó de leer la carta, volvió Isabel los ojos al Cielo, juntó las manos con energia y exclamó entusiasmada:

—No á nosotros, señor, sino á vos se atributa toda la honra de este portentoso descubrimiento, y todos los beneficios de esta grande prueba de vuestra bondad y poderio.

Asi diciendo, dejóse caer en una silla, y deshizose en lagrimas. Profirió el rey una ligera exclamacion al oír las palabras de su consorte régia; y luego, quitándole con blan-

dura la carta que asia ella con mano irresistible, leyóla con gran deliberacion y cuidado. Rara vez acontecia verse al cauto rey de Aragon tan conmovido como lo fué, cuando menos aparentemente, en aquella ocasion. El aspecto de su semblante, al principio, indicó el asombro, siguiéronse las señales de ansia y de codicia; y luego que dió fin á su lectura, iluminó su grave rostro una espresion inequívoca de triunfo y de gozo.

—Buen Luis de San Angel! gritó el monarca, y tu, honrado Alonso de Quintanilla, estas han de ser gozosas nuevas para los dos. Y aun vos tambien, santo prelado, os regocijareis de que la iglesia está á la piqueta de conseguir adquisiciones tan gloriosas—aunque de antaño os manifestárais poco favorecedor del Genovés. Mucho mas de nuestras esperanzas realizado se ha, porque Colon ha descubierta de todas veras las Indias; acrecentando nuestros dominios, y otrosí adelantando la autoridad nuestra de un modo inaudito.

No era usual ver á Don Fernando talmente escitado, y él mismo conoia que estaba dando muestra de una exhibicion estraordina-

ria, pues que desde luego se allegó á la reina y asiéndola de la mano, la condujo hacia su propio gabinete. Al salirse del salon insinuó á los tres nobles varones que le siguieran para celebrar un consejo. Dió este paso el rey mas bien en virtud de reserva habitual, que por causa de ningun objeto premeditado; porque su miente se hallaba enzozobrada de un modo que no le era comun, á par que la cautela formaba parte de su religion asi como tambien de su política. No es sorprendente, pues, que luego que el monarca y aquellos á quienes invitára á seguirle, dejaron el aposento, solo se quedásen en él las princesas, la marquesa de Moya, Mercedes y Sancho Mundo. Apenas hubieronse ausentado el rey y la reina, cuando la régia prole se retiró á su aposento, dejando á nuestra heroina, á su pupila y al inclito timonel á solas en el salon. El buen marino permanecia aun de rodillas, apenas enterado de cuanto acababa de pasar; pues que se hallaba intensamente absorto en su propia situacion, y en sus motivos particulares de regocijo.

—Ya puedes alzarte, buen hombre, porque no estás ya en presencia de sus Altezas.

Al oir esto dejó Sancho su humilde postura, pasóse diligente por las rodillas la manga de la chaqueta, y giró la vista alrededor con la misma compostura que acostumbraba al registrar los cielos cuando en alta mar se veia.

—Segun te has espresado, eres un confidente de Colon, y que has sido un fiel compañero suyo lo demuestra la circunstancia de haberte empleado el almirante como á su correo.

—Bieu lo podeis creer, señora escelentísima, pues que pasé en el timon la mayor parte de mi tiempo, cuyo puesto no distaba tres brazas del que habian elegido Don Cristóval y el señor de Muñoz, y lo querian tanto, que solo cuando se iban á dormir lo abandonaban, y ni aun entónces todas las veces.

—¿Iba con vosotros un señor de Muñoz segun dices? repuso la de Moya, haciendo una seña á su pupila para que reprimiera sus sensaciones.

—Toma si le teniamos con nosotros, señora, y á un señor Gutierrez, y á un cierto Otra Cosa tambien; pero todos tres no hacian mayor bulto que un solo hombre. Oiga, su merced, honorable y hermosota señora ¿me podreis

decir si en alguna parte de la corte de nuestra alta soberana pudiera yo topar con una tal Doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, y una dama del ilustre solar de los Bobadillas?

—Yo soy la que buscas, y tu traes un mensaje para mí de ese mismo señor Muñoz, de quien acabas de hablar.

—Ya no extraño que haya en el mundo señoras con sus bellas y sanfarronas damas, y pobres marinos con sus mugeres, que maldita la envidia que le dan á nadie. Apenas he descosido la boca, cuando ya se sabe lo que iba á decir; y es ese mismo conocimiento el que hace grandes á los unos y pequeños á los otros. Por vida de la Misa! El mismo Don Cristóval tendrá necesidad de echar mano de todo su talento, si llega á viajar hasta Barcelona.

—Dame noticia de ese Pero Muñoz, pues que tu comision es para mí.

—Entónces, señora, daré á su merced excelentísima, nuevas de su propio y bizarro sobrino, el conde de Llera, que tiene otro par de nombres abordo, uno de los cuales se supone una ficcion, al paso que el otro es el de los dos el mas ficticio.

—¿Con que segun eso se sabe quien es mi sobrino en realidad? ¿Están muchas personas en el secreto?

—Algunas, hermosa dama: en primer lugar él mismo; en segundo Don Cristóval; en tercero yo; en cuarto Martin Alonso Pinzon, toda vez que aun se halle embutido en su pellejo, lo que es muy probable no le acontezca á estas horas. Luego, Vueseñoria lo sabe, y tambien esta hechicera señorita ha de tener algunos barruntos de la materia.

—Basta; veo que el secreto no se ha hecho público; aunque paréceme extraño el que un hombre de tu calaña hubiera de tener conocimiento de él. Dime algo de mi sobrino; ¿ha escrito tambien? si es asi, deja que al instante me informo de lo contenido en sus cartas.

—Señora, mi partida cogió á Don Luis por sorpresa, y asi no tuvo tiempo de escribir. El almirante habia dado al conde el encargo de cuidar de los príncipes y princesas que de Española nos tragimos, y tenia demasiada ocupacion para entretenerse en garabatear papelechos; de lo contrario hubiera él llenado plie-

gos enteros para remitirselos á una tia tan respetable como vuesa merced.

—Príncipes y princesas! ¿qué quieres decir con esos términos tan altisonantes, buen amigo?

—Solo que hemos traído unos cuantos de estos grandes personajes á España, para que hagan acatamiento á sus Altezas. Nosotros, señora, no hemos tratado con la canalla comun; sino con los príncipes mas encopetados, y con las princesas mas hermosas del oriente.

—¿Y aseguras que varias personas de tan escelso rango han vuelto á nuestro pais con el almirante?

—¿Y quién lo duda, señora? ahí viene una de belleza tan rara, que la dama mas hermosa de Castilla tiene que andarse con cuidado sino quiere que la dejen á la sombra. Esa, en particular, es la amiga íntima y la favorita de Don Luis.

—¿De quién estás hablando? preguntó Doña Beatriz con aquel tono de dignidad que usaba cuando exigía una respuesta categórica. ¿Como se llama esa princesa, y cual es su patria?

—Su nombre, señora escelencia, es Doña

Ozema de Haiti, y su patria es un pais del que su hermano Don Mattinao es cacique ó rey: y esa Doña Ozema es su heredera y parienta mas cercana. Don Luis y un criado de vuestas mercedes, hicimos una visita á su corte.

—Tu cuento es muy improbable, belitre; ¿Eres tú un sugeto á propósito para que Don Luis te eligiese por acompañante en semejante ocasion?

—Miradlo á la luz que mejor os plazca, señora; pero es tan cierto lo que digo, como esta es la corte de Don Fernando y de Doña Isabela. Habeis de saber, marquesa ilustre, que el jóven conde es algo dado á vagamundear, entre nosotros los marinos; y en cierta ocasion un tal Sancho Mundo de Moguer, aconteció embarcarse con él en la misma caravela; y de aqui provino nuestro conocimiento mútuo. Guardé el secreto del noble jóven, y en su virtud hizose amigo del pobre Sancho. Cuando fué Don Luis á hacer visita á Don Mattinao, el cacique, cuya palabra significa «Vuestra Alteza,» en la lengua oriental, empeñóse Sancho en ir con él, y Sancho se salió con la suya. Luego que el rey Caonabo bajó de las monta-

ñas para llevarse á Doña Ozema la princesa, con el objeto de casarse con ella; pues, señora, entónces como que la tal *cacica* no tenia muchas ganas de que la robasen, no hubo mas remedio sino que el conde de Llera y su amigo Sancho Mundo, el de la compuerta del dique, peleasen en defensa de la niña contra todo el ejército; y así lo hicimos, ganando una batalla tan grande como Don Fernando, nuestro soberano señor, consiguió de la canalla moruna.

—Y según veo os llevariais vosotros mismos á la princesa! Amigo Sancho, de la compuerta del dique, si tal es tu denominacion, este cuento tuyo es asaz ingenioso, pero carece de probabilidad. Si yo fuese á darte ahora tu merecido, honrado Sancho, dispondria que te regalasen unos buenos azotes, que es lo que mereces por galardón de tus embustes.

—El hombre se espresa conforme á su enseñanza! observó Mercedes en voz sumisa y trémula; temo, señora, que encierra harta verdad su relato.

—Nada temais, hermosa señorita,¹⁷⁵ interpuso el marinero, sin que le hiciese mella la amenaza que insinuáran los dichos de la marque-

175. En español en el original (TO, p. 159).

sa; pues que la batalla se dió, ganóse la victoria y ambos héroes salimos sin siquiera un arañazo. Esta ilustre señora, á quien puedo perdonárselo todo, en atención á que es la tia del mejor amigo que tengo sobre la tierra—quiero decir cualquiera cosa que su merced *habláre*¹⁷⁶ deberá tener presente que los Haitianos no tienen conocimiento de los arcabuces, con cuyas armas derrotamos á Caonabo, y tambien que muchas han sido las columnas de Mores que destrozara Don Luis con su aislado brazo, y con el empuje de su propio y buen lanzon.

—Ya, belitre, contestó Doña Beatriz; pero entónces se hallaba en la silla resguardado con robustas láminas de acero, y blandía una haya que hizo medir el suelo hasta á Alonso de Ojeda mismo.

—¿Y en verdad os habeis traído con vosotros á la princesa que mencionaste? preguntó con ansiedad Mercedes.

—Lo juro, ilustres señora y señorita, os lo juro á entrambas por la santa misa, y por todos los santos del almanaque! Una princesa, además, que le echa la pierna en hermosura á las hijas de nuestra bendita reina, si las bellas niñas que

176. En cursiva también en el original.

acaban de salir de este cuarto, son ellas, como me ha dado en la nariz.

—Calla la boca, malhablado truhan!¹⁷⁷ gritó indignada Doña Beatriz. No quiero oír más de esto, y mucho me maravillo de que mi sobrino haya empleado á un ente tan soez, y tan suelto de lengua para ninguna comisión suya. Vete, y aprende á ser discreto antes que venga la mañana; porque de lo contrario ni aun el favor del almirante ha de poner á salvo tus huesos. Mercedes, vamos en busca de nuestro reposo, pues la hora es muy tarde.

Quedóse á solas Sancho inmediatamente, y un minuto después se presentó un page para conducirlo al aposento donde había de pasar la noche. Ya había refunfuñado para sí un buen rato, el viejo timonel, acerca del genio de la tía de Don Luis, contado otra vez sus monedas de oro, é iba ya á tomar posesión de su lecho, cuando se le presentó el mismo page para que acudiese á otra entrevista. Sancho, quien conocía poca diferencia entre el día y la noche, no puso reparo, especialmente cuando se le dijo que le aguardaba la amable señorita, cuya blanda y vibradora voz le habían interesado tan-

to en el reciente coloquio. Recibió Mercedes á su tosco huésped, en una pequeña sala de su departamento, después de haber dejado en el suyo á su tutora. Al entrar Sancho, púsose carminada la cara de la doncella, resplandecieronle los ojos, y todo su porte, para cualquiera que más esperto fuese en descubrir las emociones femeniles, le hubieran dado á conocer las intensas ansiedades que la agitaban.

—Has tenido, Sancho, una marcha muy larga y penosa, dijo nuestra heroína, luego que se quedó á solas con el timonel; y te suplico aceptes este oro, como una pequeña prueba del interés con que he oído las grandes nuevas de que has sido portador.

—Señorita! exclamó Sancho, afectando indiferencia respecto á las doblas que le ponían en la mano,—espero que no creáis que soy un hombre aficionado al interés. La honra de ser el mensajero, y de que se me admita á coloquio con damas tan ilustres, me repaga por cuanto hacer pudiera.

—Sin embargo, puede hacerte falta dinero para tus necesidades, y no está bien rehuses lo que una señora te ofrece.

—Bajo ese pié lo aceptaria, señorita, aunque fuese otro tanto,

Así diciendo, colocó Sancho las monedas, con adecuada resignacion al lado de las que ya habia recibido por orden de la reina. Mercedes se balló ahora en aquella situacion que estan condenados á ocupar todos los que se atrean en demasia por conseguir un objeto; en otras palabras, ahora que tenia á su disposicion los medios de satisfacer sus propias dudas, comenzó á hacerse remisa en servirse de ellos.

—Sancho, dijo por fin Mercedes, tu has estado con el señor Colon, durante este grandioso y extraordinario viage, y deberás saber muchas cosas, que los que entretanto hemos vivido quietamente en España, tendríamos deseos de aprender. ¿Es cierto cuanto has dicho acerca de los principes y de las princesas?

—Tan cierto, señorita, cuanto bastaria para formar de ello una verídica historia; por vida de la misa! Cualquiera que se haya visto en una batalla ó presenciado otra grave aventura de igual jaez, pronto aprenderá á hacerse cargo de la diferencia que hay entre la cosa misma y la historia que de ella puede darse. Yo me hallé en...

—No hagas mencion de tus demás hazañas, buen Sancho; refiéreme únicamente esto. ¿Existen de veras el principe llamado Mattinao, y su hermana la princesa Ozema; y que ambos han venido para España con el almirante Colon?

—Tal no he dicho, hermosa damisela, pues que Don Mattinao se quedó en su tierra para gobernar á su gente. Es solo su guapa hermana quien ha seguido hasta Palos á Don Cristóval y á Don Luis.

—Seguido! ¿Qué? ¿El conde y el almirante poseen tanta influencia con las régias damas, que las induzean á abandonar su pais nativo, y á seguirlos á regiones estrangeras?

—Ah! señorita, eso pudiera parecer una cosa fuera de regla, en Castilla, en Portugal y hasta en Francia misma. Pero Haiti no es todavia un reino cristiano, y una de aquellas princesas equivaldrá á una noble dama de Castilla, y respecto á sus guardarropas quizás no podrá tenérselas en tanto. Siempre, sin embargo, una princesa es una princesa, y una princesa hermosa siempre es una hermosa princesa. La tal Doña Ozema es una criatura maravillosa, y ya comienza á charlar vuestro pro-

pio y puro castellano; cual si la hubieran criado en Toledo ó en Burgos. Pero Don Luis es un maestro como hay pocos, y no hay duda que ha conseguido hacer con ella mucho camino de proa, durante el tiempo que vivió en su palacio, como si dijéramos á solas con la muchacha, antes que se le antojara á ese diablo encarnado de Don Caonabo bajar de las montañas con su ejército para apoderarse de la princesa.

—¿Y es cristiana esa dama, SanchoMundo?

—Bendiga el Cielo vuestra pura alma, Doña señorita, de poco puede ella jactarse por ese lado; sin embargo, algunos principios tiene ya de ello, porque he notado que ahora lleva al cuello una cruz—una pequeñita en tamaño, pero muy preciosa en cuanto á materiales, como pudiera ser de otra suerte, si reflexionamos que es regalo que le ha hecho un sugeto tan noble y rico como el señor conde de Llera.

—¿Una cruz dices, Sancho? interrumpió Mercedes, casi dando boqueadas por falta de aliento, y sin embargo reprimiendo sus sensaciones para impedir que el viejo marinero las calase y ha conseguido Luis que ella aceptara la dádiva de esa cruz?

—¿Pues no habia de conseguirlo, señora? y una cruz de piedras preciosas que antes llevaba pendiente de su propio cuello.

—¿Conoces tú las piedras? ¿era de turquesas engastadas en oro finísimo?

—Respecto al oro, bien inteligente soy, aunque mi ciencia nunca ha subido tan alta que me diese conocimiento en esto de piedras preciosas. El Cielo de Haiti, sin embargo, no puede ser mas azul ni mas limpio que el tinte de aquellas chinillas que adornan la susodicha cruz, Doña Ozema llama á su alhaja «Mercedes,» por lo cual comprendo que espera por las misericordias del señor crucificado el que la divina luz ilumine su oscurecida alma.

—¿Y esa cruz ha llegado á ser un objeto tan comun, que sea el tema de las conversaciones de hombres de tu ínfima clase?

—Escuche su merced, señorita; un hombre como yo es mas apreciado á bordo de una caravela, cuando rugen las mares, que es muy probable lo sea aqui en Barcelona, puesto de pies sobre la tierra firme. Fuimos á Cipango con el objeto de enderezar cruces y convertir gente á la cristiandad, así en lo que vuesa mer-

ced dice no nos hemos apartado de nuestra obligación. Respecto á la señora Ozema, su altitud hace mas caso de mi que de ningun otro, porque me hallé en la batalla en que se libertó ella de las garras de Caonabo, y por eso me enseñó la cruz el dia mismo que anclamos en el tajo; y poco antes que el señor Colon me ordenase traer la carta á sus Altezas. Entónces fué cuando besó la cruz y arrimándosela al pecho dijo que era «Mercedes.»

—Esto es muy extraño, Sancho. ¿Tiene esa princesa consigo los acompañantes que exigen su rango y su dignidad?

—Vuesa merced se olvida, señorita, que la Niña es una barca muy pequeña, como lo dá á entender su nombre mismo, y poco alojamiento pudiera proporcionar á una larga sarta de cortesanos y de palaciegas. Don Cristóval y Don Luis son asaz caballerosos para servir á cualquiera princesa; y además que guarde paciencia la tal Doña Ozema hasta que nuestra augusta reina tenga á bien señalarle una comitiva correspondiente á su escelsa alcurnia. Sin contar, señorita, que esas damas de Haiti son mucho mas sencillas que nuestras nobles bel-

dades, pues la mitad de ellas considera que las ropas no les reportan demasiada utilidad en aquel blando clima.

El resentimiento y la incredulidad se asomaron en el semblante de Mercedes, pero su interés y curioso afán estaban demasiado activos, para permitirle despedir á aquel hombre sin hacerle ulteriores preguntas.

—¿Y Don Luis de Bobadilla se mantuvo siempre al lado del almirante, dijo ella, y viósele dispuesto en todas ocasiones á sostenerle, y adelantado en cualquier peligro?

—Señorita, haceis una pintura del señor conde, con tanta fidelidad, cual si alli os hubiérais hallado presente desde el principio hasta el fin. Si lo hubiérais visto andar á trancazos con los secuaces del señor Don Caonabo, y de que modo los tenia todos á raya, con Doña Ozema á su lado, detrás de los peñascos, la vista hubiera hecho correr lágrimas de admiracion de vuestros propios ojos hechiceros.

—¡Doña Ozema á su lado! detrás de los peñascos, y los enemigos tenidos á raya!

—Si señora, vueseñoria lo repite todo como si lo estuviérase leyendo en un libro.....

.....Sucedió como decis, aunque la señora Ozema no se contentó con estarse quietecica detrás de los peñascos, pues qué, cuando las flechas volaban mas espesas, arrojóse delante del conde, obligando á sus contrarios á contenerse; lo que hicieron para no asaeitar la presa misma por la cual batallaban, y de esa suerte le salvó á su caballero la vida.

—Que le salvó la vida?—La vida á Luis? — á Don Luis de Bobadilla? y quien? una princesa indiana?

—Pintiparado cuanto decis á como todo aconteció, y brava moza que es Doña Ozema, esa muchacha del oriente, aunque me perdonareis porque hablo con tanta liviandad de una dama de su alta cuna. Mil veces y mil, desde aquel día, referídome ha el señor conde, que las flechas llovian tan espesas sobre él, que su honra estuvo á pique de padecer mancilla con una retirada, ó hubiera tenido que perder la vida, sin la intervencion que tan á tiempo le prestó la Doña Ozema. Esa es una criatura de las que rara veces se ven en el mundo, señorita, y vuésamerced la amaré como á una hermana, luego que llegueis á vella y á tratalla.

—Sancho, dijo nuestra heroína, ruborizándose como el alba; dijiste que el conde de Llera te habia mandado hablastes de él á su tia ¿no te hizo mencion de ninguna otra persona?

—De ninguna, señorita.

¿Estás cierto de eso, buen Sancho? Recuérdalo bien ¿no te hizo mencion de otro nombre ninguno?

—No, si juramento me toman. Verdad es que ó su señoria ó el viejo Diego el timonel, me habló de una tal Clara, que es ama de un bodegon aqui en Barcelona, y recomendóme su casa como parage en donde se encuentra excelente vino; pero creo será mas probable que haya sido Diego que el señor conde, por cuanto el uno hace mucho caso de esta clase de asuntos, y seria mas que probable que el otro nada tuviese que ver con la tal Clara.

—Puedes retirarte, Sancho, dijo Mercedes con desmayada voz; por la mañana tendremos algo mas que decirte.

No le supo mal á Sancho que le despidieran, y se volvió de buena gana á su cama, sin que le pasase remotamente por la cabeza el daño que habia hecho, de resultas de la mezclanza de verdad y de exageracion exhibida en su relato.

CAPITULO VI.



Tambien Homero con su "Mac., delante,
Segun los papeleros de Buffon,
Inventar pudo un cuento estravagante,
Deduciendo por honda conclusion
En lengua Galo—Céltica y brillante,
Que los uranuitas, con razon,
Algun dia en la Escocia se engendraron
Y de las Tierras Altas se fugaron. *

LORD. J. TOWNSHEND. 178

LA noticia del regreso de Colon, y de los descubrimientos que habia conseguido hacer, se esparció por la Europa con la celeridad del relámpago. No tardó en considerarse este suceso, segun el dictámen comun, como el grande acontecimien-

* Para hacer inteligibles estos versos á mis lectores castellanos precisa darles una explicacion. El

195

to del siglo. Por muchos años despues, ó hasta la época en que Balboa descubrió el Pacífico, se creyó haberse alcanzado las Indias en virtud á un viage occidental; y por consiguien- te la hechura esférica de la tierra supúsose ave- riguada de resultas del experimento adhibido. Las ocurrencias de la navegacion, las maravi- llas vistas, la fertilidad del suelo de oriente, la suavidad del clima, las riquezas que contenia en oro, especias y perlas, amen de las curiosi- dades que el almirante habia traído como prue- bas de su buena ventura, formaban el tema co- mun de conversacion á cada hora. Hacia mu-

autor de ellos alude á cierto célebre publicista esco- cés, que tenia, por supuesto, la palabra *Mac*, delante de su apellido, y el cual guiado por un amor patrio, sacado de quicio, atribuia á origen escocés todos aque- llos pueblitos que se señalaban por sus heroicidades. Otra conjetura me atrevo á aventurar, y la cual es- pero no parezca tan descaminada, pues me ilumina para ella la palabra *Mac-Homero* de que se sirve en estos versos el caustico Townshend. Mac-Pherson fué el que dió á luz en Escocia los célebres poemas de Osian, que se comparan con los de Homero; y apesar de que muchos eruditos suponen todavia que Mac- pherson los recopiló de ciertos cantares nacionales que se transmitieran hasta su tiempo, de generaciones en generaciones por tradicion oral hay motivos para su- poner que él fuese el verdadero autor de los poemas,

178. Fragmento de la Oda XXII del político y poeta Lord John Townshed (1757-1833). Como se ve, el traductor añade una nota explicativa que arroja luz sobre el contenido de estos versos.

chos siglos que bregaban los Españoles por arrojar de la Peninsula á los Sarracenos; pero como este evento fuese el resultado del tiempo y de una lucha prolongadísima y tenaz, hasta su completo éxito parecía insignificante y tenue cuando se le comparaba con la brillantez repentina que servía de aureola á los descubrimientos occidentales. En una palabra, regocijábanse los piadosos con la esperanza de ensanchar el imperio del Evangelio; empalagaban los avaros su imaginación con ilusiones de tesoros inagotables de oro purísimo; hacían cálculos los diplomáticos acerca del acrecentamiento

y que el hijo de Fingal sea un mero ente de razón. Acontezca esto ó no respecto al ciego bardo de las Tierras Altas de Escocia (*Highlands*) Townshend pertenece á aquellos escépticos quienes juzgan

Que sin que valga la ilusión;

De Homero el tema

Fué una pamema

Y Homero mismo una ficción.

Con lo que antecede conocerán mis lectores el sentido de unos versos, que de lo contrario poquísima inteligencia pudieran prestarles; porque Townshend limita su crítica á asuntos de circunstancias tan puramente locales, que solo se hace comprensible á los extranjeros en virtud de comentarios ó de conjeturas.

N. del T.

to del poderío español; los hombres de ciencia se envanecían con el triunfo del talento sobre la preocupación y la ignorancia; al paso que veían en ciernes otras acciones aun mayores de los conocimientos humanos; y los enemigos de Fernando é Isabela se quedaban atónitos, y comenzaron á respetar las glorias de la España aun cuando las contemplasen con envidia.

Los pocos días que transcurrieron después de llegar el mensajero de Colon, formaron una época de deleite y de curiosidad. Enviáronse respuestas al almirante para que apresurara su pronta presentación, decretáronse altísimos honores, y así su nombre llenaba todas las bocas, como su gloria todos los corazones leales en los dominios de Aragon y Castilla. Espidieronse órdenes para alistar los preparativos de una nueva expedición, y solo se hablaba del descubrimiento reciente y de sus consecuencias probables. Así se pasó un mes, espirado el cual, llegó á Barcelona el almirante, acompañado de la mayor parte de los Indios que se trajera de las islas descubiertas. Hiciéronsele los obsequios mas nobles, y los soberanos le recibieron, sentados en un trono dispuesto dentro de un sa-

lon público, levantándose al verle, y obligándole á que tomase asiento él mismo, cuya distincion es de la naturaleza mas escelsa, y por lo comun solo se concede á los principes de sangre real. Allí les refirió Colon la historia de su viage, manifestóles las cosas curiosas que habia traído, y esplayóse sobre sus esperanzas de beneficios futuros. Luego que terminó la narracion, cuantos estaban presentes doblaron la rodilla, y cantaron el Te-Deum los prestes de la Capilla Real; mientras hasta la adusta naturaleza de Fernando se disolvió en tiernos lloros, de resultas de una dádiva tan inesperada y magnífica como le otorgaba el Cielo.

Por mucho tiempo fué Colon objeto de la curiosidad universal, ni tampoco dejaron de llover sobre él honras y consideraciones, hasta que volvió á salir de España, llevando bajo su mando la segunda expedicion á oriente, como entonces se denominaba el viage.

Pocos días antes de la llegada del almirante á la corte, se presentó repentinamente en Barcelona Don Luis de Bobadilla. En las ocasiones ordinarias los movimientos de un jóven grande, á quien tanto distinguian su rango y

sus peculiaridades, hubieran dado á los cortesanos asunto de conversacion, no tan fácil de agotar; pero ahora el tema del viage, absorbiéndolo todo, proporcionó á nuestro héroe una pantalla. Sin embargo, su presencia, no podia menos de llamar la atencion, y comenzó á susurrarse, con las sonrisas y gestos de costumbre, que habia venido al puerto en una caravela procedente de Levante; llegando á hacerse uno de los chistes corrientes de la hora, el de decirse unos á otros al oido, que tambien el jóven conde de Llera habia hecho su viage *oriental*.¹⁷⁹ Todo esto daba poquísimo cuidado á nuestro héroe, quien no tardó en seguir las ocupaciones habituales de su vida, luego que se halló reinstalado en sus destinos cerca de los reyes. El dia que se recibió á Colon con toda solemnidad, hallóse presente en el salon Don Luis, ataviado con sus vestidos mas lujosos, y no habia noble ninguno en España que mas honrase su alta alcurnia, con su talante y porte. Se advirtió que durante la pomposa exhibicion, miróle Isabela mas de una vez con particular sonrisa; al paso que al notarlo menearonse muchas graves cabezas, pues

179. En cursiva también en el original.

que veían al mismo tiempo la seriedad que afectaba en su semblante la favorita de la reina, en una ocasion de tanto júbilo, atribuyendo su severidad á las poco decorosas inclinaciones de su vagamundo sobrino. Nadie, en aquel dia, contemplaba á Luis con mayor deleite que Sancho, quien se hizo el remolon en Barcelona, á fin de participar de las honras de su gefe, y á quien, en virtud de sus servicios, se le permitió tomar asiento entre los mismos cortesanos. No fué poca la admiracion de los concurrentes al ver el modo con que el viejo timonel se servia de aquel nuevo yerbajo, llamado «tabaco;» mientras dos docenas de sujetos que se empeñaron en imitar su deleitosa satisfaccion padecieron fatigas de muerte al hacer la primera prueba. Una de las aventuras de Sancho fué de un carácter tan descomunal, é ilustra á tal punto los sentimientos de la época, que no estará mal la detallemos con todos sus pormenores.

Habíase acabado el recibimiento; y el viejo marino se salía del salon, con la concurrencia, cuando llegó á hablarle un hombre, que segun la apariencia contaria unos cuarenta años, su-

geto de buen porte, y de urbanas maneras, quien fué á solicitar de él le hiciese la honra de asistir á un ligero convite, semejante á los que ya habian dado varios individuos de la corte á Colon y á sus amigos. Sancho, nada esquivó, pues que las delicias de hacer papel en el mundo le eran tan nuevas; aceptó de buenísima gana, y no tardó en hallarse sentado dentro de un salon del palacio; donde habia reunidos algunos veinte de los jóvenes nobles, con el objeto de obsequiarle; porque aquel dia, en Barcelona, considerábanse felices los que pudiesen tener en su mesa al mas insignificante de los seguidores de Colon. Apenas entraron ambos en el apartamento, cuando se agolparon en torno de ellos los jóvenes hidalgos de Castilla, abrumando á Sancho con mil manifestaciones de atencion, y dirigiendo á su compañero mil ansiosas preguntas, por docenas á la vez y saludándole bajo el nombre de señor Pedro, señor Mártir, y á veces con el de señor Pedro Mártir, en toda su estension. Apenas será necesario añadir que este sugeto era el historiador, que estos últimos tiempos nos han dado á conocer con el título de «Pedro Mártir;» in-

genio italiano, á cuyo cuidado ó instruccion habia confiado Isabela gran parte de la nobleza de su corte. Hablase ideado la entrevista actual, con el objeto de complacer la curiosa propension de aquellos señores juveniles de la corte, y se habia elegido á Sancho para el efecto, con sujecion á aquel principio, que nos estimula á echar mano de los géneros de segunda calidad, cuando se nos niega servirnos de los de prima.

—Dádme el parabien, señores, gritó Pedro Mártir, luego que pudo hallar una ocasion para proferir sus sentimientos—pues que mi buena ventura escede en mucho á mis esperanzas. Respecto al Liguiriano mismo, y á todos los hombres de categoria que dependen de su séquito, se hallan acosados hoy por las manos mas ilustres de España; pero aqui tenemos á un habilisimo piloto, quien sin duda egerciera abordo de una de las caravelas una autoridad de segundo grado, y el cual se ha avenido á hacernos honra, y á tomar parte en nuestra humilde comida. Saquéle de entre una turba de solicitantes, y todavia no he tenido ocasion de preguntarle su nombre, el cual supongo se hallará dispuesto á darnos de su propio acuerdo.

Nunca le faltaba á Sancho la desfachatez: y tenia demasiado talento natural el inclito timonel para conducirse de un modo, que no pudiera motejarsele de burdo, ni de toscos hasta el punto de dar ofensa á nadie; aunque no por esto haya de suponer el lector que fuese un académico, ni que tuviese unas nociones muy profundas de filosofia natural. Afectando pues el astuto marino un aire de acuada dignidad, y ya algo adiestrado á su nuevo destino en virtud del millar de interrogatorios á que habia respondido en el último mes, dispúsose á dar valimiento á sus aseveraciones, como hombre que acababa de llegar de las recién descubiertas Indias.

—Llámome Sancho Mundo, señores, para servir á vuestras mercedes, y á veces me dicen Sancho el de la compuerta del dique, aunque yo preferiria ahora que me llamaran Sancho, el de las Indias, magüer que le plazca á su escendencia Don Cristóval tomar para si esta última apellidacion, y con mucha justicia, en verdad, pues que su título á ella es algo mejor que el mio.

Varios de los concurrentes protestaron que

las pretensiones del locutor eran de la mas alta valia; y luego fueron presentados á Sancho un sin número de jóvenes de las primeras casas de Castilla; pues aun cuando los Españoles no tengan la misma mania por esta especie de urbanidad que los Americanos, la ocasion era una de aquellas en que el sentimiento nativo lograba una ascendencia sobre la reserva convencional. Despues de estas ceremonias, y hallándose presentes los Mendozas, los Guzmanes, los Cerdas y los Toledos, quienes se consideraron dichosos en dar la mano á aquel humilde hombre de mar, todo el correo acudió al salon del banquete, donde estaba preparada una mesa, que hacia honor á los cocineros barceloneses. Durante la comida, aunque la curiosidad de los jóvenes nobles comprometiera hasta cierto punto en este particular la idea de su buena crianza, no hubo pregunta que pudiera conseguir de Sancho interrumpiese sus obligaciones en aquel momento, pues que siempre cumplia los deberes de semejante clase con una especie de veneracion religiosa. Sin embargo, luego que le apuraron mas de cerca que de costumbre, puso sobre el mantel su cuchi-

llo y tenedor, espresándose en los términos siguientes con adecuada solemnidad:

—Señores, dijo el de la compuerta, considero que la comida es un don que concede el Cielo al hombre, y júzgolo irreverente hablar mucho, cuando las delicias de la mesa nos invitan á prestar homenaje al grandioso ser que nos las dispensa. Don Cristóval tiene este modo de pensar, bien me consta, y todos sus seguidores imitan á su bien amado y venerable caudillo. Luego que me encuentre en disposicion de hablar, señores Dones Hidalgos, todo os lo contaré, y entónces Dios favorezca á los ignorantes y á los necios.

Despues de esta indirecta, nada hubo que responder, y satisfecho el apetito de Sancho, respaldóse en su silla el célebre gaviero, y dió á entender con su ademán que se hallaba pronto á proseguir.

—Jáctome de poquísima instruccion, señor Pedro Mártir, dijo el marino; pero lo que he visto, visto lo he, y lo que se sabe, sábelo tan á fondo un hombre de mar, como saberlo puede un doctor de Salamanca. Haced pues vuestras preguntas, como os dé á entender Dios,

y esperad que un hombre pobre aunque honrado las conteste del mejor modo que dable le sea.

El sabio Pedro Mártir se vió precisado á manejar el asunto conforme á las circunstancias; pues en aquel momento, cualquiera noticia que proviniese, por decirlo así, de mano prima, iba á recibirse con la mayor ansia; así es que se aprestó á hacer sus preguntas del modo sencillo y directo que le habian invitado á hacerlas.

—Pues bien, señor mio, comenzó el hombre de ciencia, queremos adquirir instruccion por cualquier estilo. Suplico nos digais redondamente, cual de los objetos maravillosos, que habeis atestiguado en este viage, ha hecho en vuestro ánimo una impresion mas profunda, y os parece el mas notable!

—No sé si puede compararse ninguno con las revueltas que daba la estrella del norte, dijo sin cortarse el buen Sancho. Nosotros los marineros hemos tenido siempre á ese astro como una cosa tan inmóvil como la catedral de Sevilla; pero en este viage le hemos visto mudar de posicion con la misma inconstancia que los vientos.

—Cáspita! que eso es milagroso en verdad! exclamó Pedro Mártir; tal vez hay en ello alguna equivocacion, seor Sancho, ademas que no os supongo muy ducho en las investigaciones siderales!

—Pregúnteselo vuestra merced á Don Crisóval; cuando primero observamos ese *ferómetr¹⁸⁰* como le llamó el almirante, hablamos juntos de la materia, y llegamos á concluir que en el mundo nada habia tan estable como pareciéra. Crea vuesarced, señor Don Pedro, que la estrella del norte dá sus vueltas como si fuese un catavientos.

—He de consultar sobre esto al nobilísimo almirante; pero, despues de lo referente á ese astro, seor marino, ¿qué es lo que mas juzgáteis digno de atencion? Hablo ahora de cosas ordinarias, dejando las científicas para futuras discusiones.

Esta era una pregunta harto grave para que pudiese contestarse con liviandad, y mientras estaba Sancho rumiando la réplica, abrióse la puerta del salon, dando entrada á Don Luis de Bobadilla, quien se presentó en todo el atavio de sus varoniles gracias y de su brillante ves-

180. *Phernomerthon* en el original, sin cursiva (TO, p. II-168).

timenta. Una docena de voces pronunciaron su nombre á una, y Pedro Mártir se levantó para recibirle, con aspecto y ademanes, en que se traslucia el cariñoso sentimiento mezclado con reproche tolerante.

—Me he tomado la libertad de solicitar esta honra, señor Conde, dijo el preceptor, aun cuando hace tiempo que es hallais fuera del alcance de mis consejos y disciplina; pero juzgué que un sujeto, tan aficionado á viajar como vos, pudiera aprovecharse de una leccion útil, así como tambien hallar refocilamiento en oír las maravillas de una expedicion tan gloriosa como la que acaba de hacer el ilustre piloto estrangero. Este digno marino, en quien no dudo tuviera gran confianza el almirante, se ha servido participar hoy de nuestra mezquina, si bien hospitalaria mesa, y vá á referirnos multitud de hechos interesantes y de maravillosos incidentes respecto á tan portentosa aventura. Señor Sancho Mundo, este caballero es Don Luis de Bobadilla, conde de Llera, Grande de altísimo linage, y sugeto á quien las mares no desconocen, pues que con mucha frecuencia las ha atravesado en propia persona.

—Está demás que me lo digais, señor Pedro, contestó Sancho, devolviendo el urbano y festivo saludo con un profundo aunque burdo respeto,—pues que lo he conocido á la primera ojeada. Su escelencia ha estado en el oriente así como Don Cristóval y yo, aunque fuimos allá por distinto rumbo, y ni unos ni otros llegamos precisamente tan lejos como á Catay. Hónrame sobremanera vuestro conocimiento, Don Luis, y me tomo la libertad de pronosticaros que el noble almirante hará que la navegacion entre mas en moda que lo ha estado en estos años atrás. Si pasais alguna vez por las cercanias de Moguer, os ruego que no os dejéis ir por la puerta de Sancho Mundo, sin deteneros á preguntar si el amo se encuentra en casa.

—Os lo prometo de buenísima voluntad, digno maese, dijo Don Luis riéndose y tomando una silla,—aun cuando el viage me llevase á la compuerta del dique. Y ahora, señor Don Pedro, no sea yo causa de que se interrumpa el discurso, que segun advertí al entrar era interesante en extremo.

—He estado calculando el asunto, señores;

prosiguió Sancho con mucha gravedad, y el hecho que mas me llama la atención, despues de los revoltorios de la estrella del Norte, es el que no haya doblas en Cipango. Lo que es oro no falta, y paréceme harto singular que un pueblo tenga oro, y que no se acuerde de la conveniencia de acuñar doblas, ú otras monedas de hechura semejante.

Pedro Mártir y los demás concurrentes soltaron la carcajada al oír esta salida, y luego se discutió la materia en otra forma.

—Prescindiendo de esta cuestion, que mas bien pertenece á la policia de los Estados, que á los fenómenos de la naturaleza, continuó Pedro Mártir, ¿que cosa os pareció mas notable respecto á la humana naturaleza?

—En ese particular, creo que la isla de las mugeres puede apuntarse como el mas extraordinario de los *fenómetros*¹⁸¹ que presenciado hemos. He conocido á muchas mugeres encerrarse en los conventos; y á muchos hombres tambien; pero antes de este viage, no habia oido nunca de que ni las unas ni los otros quisieran enclaustrarse en las islas.

—¿Y es eso verdad? preguntó una docena

de voces, ¿en efecto, señor, toparon vuestas mercedes con alguna isla de esa clase?

—Creo que la vimos á lo léjos, señores, y tengo por buena ventura el que á ella no nos acercásemos, porque encuentro que las chancletas que hay en Moguer nos dan bastante ruido, sin necesidad de que nos balleemos de pronto con una entera cáfila de ellas. Luego allí está el pan que crece á modo de raiz, ... ¿Qué dice de eso useñoria, señor Don Luis? ¿No es cierto que es un manjar de gusto muy sabroso?

—Maese Sancho, por Dios, esa es una pregunta de vuestro propio poner, y por tanto debe ser de vuestro propio contestar. ¿Qué se yo sobre las maravillas de Cipango, pues que os consta que Candia yace en direccion opuesta? Buen amigo, responded á esas materias con vuestra propia boca.

—Verdad, ilustre Conde, y pido humildemente me perdoneis. Ciertamente que es la obligacion del que vé, es referir, asi como es el creer la obligacion de los que visto no han. Espero que cuantos aqui nos hallamos desempeñemos sobre este punto nuestros diversos papeles.

—¿Y la carne que comen los Indios es tan

181. Sin cursiva en el original.

notable como su pan? preguntó uno de los Cerdas.

—Y tanto, noble señor, cuanto que se comen unos á otros. Ni yo ni Don Cristóval, para no mentir, fuimos convidados á banquetes de esa clase; pues que supongo se figurarian que no admitiriamos el obsequio; pero muchos fueron los informes que tuvimos acerca de esa práctica, y segun el cálculo mas aproximado que pude hacer, el consumo de hombres en la isla de Bohio, deberá ser igual al de vacas en España.

—Interrumpieron al orador veinte exclamaciones de asco, mientras Pedro Mártir meneaba la cabeza, á fuer de hombre que esquivára creer la verdad de la noticia. Sin embargo, como no esperase oír una filosofía muy profunda, ni una ciencia muy henda, procedente de los labios de un sujeto tan simple como el tal Sancho Mundo, prosiguió su conversacion:

—¿Nos direis algo acerca de las aves rarísimas que el almirante ha presentado hoy á sus Altezas? preguntó el sabio.

—Señor, las conozco como la madre que las

parió, especialmente los loros. Son unos pajaracos muy astutos, y no dudo que pudiesen contestar á algunas de las preguntas, de las que hacen muchos aqui en Barcelona, á su perfecta satisfaccion.

—Veo claramente, señor Sancho, que sois un socarron, y aficionado á una broma, contestó sonriéndose el hombre científico. Dad rienda suelta á vuestra fantasia; y ya que con la instruccion, de que careceis, no os es dable adelantaros, divertidnos al menos con vuestros concetos.

—San Pedro sabe que yo haria cualquiera cosa en obsequio de vuestras mercedes, señores, pero cuando naci se me imprimió en el corazon tal sello de verdad, que no me es posible chancear. Lo que veo es lo que creo, y como he estado en las Indias, me es imposible cerrar los ojos para no admirar sus portentos. Topamos con una mar de broza lo que no es un milagro que acontece todos los dias, pues que no dudo que los mismísimos diablos apilasen sobre el agua todos aquellos yerbajos, á fin de que nos estorbasen de llevar la cruz á los pobres paganos que habitan á esotro lado de

ellos. Atravesamos aquella mar, en virtud mas bien de nuestras preces, que en virtud de los vientos favorables.

Miraron todos aquellos jóvenes á Pedro Mártir para averiguar su opinion respecto á semejante teoria, y el maestro, aun cuando tuviese *algun tinte de la supersticion del siglo*, no se halló muy dispuesto á engullir todo lo que plugo á Sancho aseverar, magüer que el honrado gaviero hubiese verificado el viage á las Indias.

—Ya que manifestais tanta curiosidad, señores, acerca del asunto de Colon, ahora almirante del Mar Occeánico, en virtud del noble encargo que sus Altezas le dieran, podré satisfacer vuestro anhelo, contándoles cuanto sepa, dijo Luis, hablando con dignidad pero con calma.—Bien os consta que anduve mucho con Cristóval Colon, antes que se diese á la vela, y que tuve alguna mano en traerle de vuelta á Santa Fé, aun cuando hubiese ya salido de aquel Real Sitio, como se suponía, por vez postrera. Nuestra intimidad se ha renovado desde que llegó á Barcelona el gran Genovés, y muchas horas pasado hemos en coloquios pri-

vados, discurrendo acerca de los sucesos de estos meses últimos. Lo que así he aprendido vedme pronto á comunicallo, con tal que tengais la condescendencia de oirlo.

Como toda la reunion le diese un consentimiento ansioso, comenzó ahora Luis un relato general del viage, detallando todas las circunstancias principales de interés, y dando las razones que mas en voga á la sazón se hallaban acerca de los varios fenómenos que apuráran á los aventureros. Habló durante una hora larga, procediendo en su relacion de isla en isla, consecutivamente, y esplayando su discurso sobre sus producciones, ora imaginarias, ora reales. Parte, y no poca, de su relato, dependió de las equivocaciones del almirante, y de sus erróneas interpretaciones de las señas y lengua de los Indios, como es fácil de suponer; pero todo se dijo con claridad, y en términos elegantes, ya que no elocuentes, al paso que con un aire singularísimo de verdad. Por fin, nuestro héroe empalmó en su auditorio las resultas de sus propias observaciones, cual si fuesen una copia del relato del almirante, y mas de una vez se halló interrumpido por estrepi-

tosos accesos de admiracion, tributados á las bellezas vividas y gráficas de sus descripciones. Hasta el mismo Sancho le escuchaba con deleite, y luego que acabó de hablar el jóven noble, levantóse de su silla exclamando con cordial arrebató.

—Señores, podeis creerle, cual si estuviera predicándoos el evangelio mismo. Si este señor hubiese atestiguado personalmente lo que acaba de describir con tanta perfeccion, no pudiera haber sido mas exacto, y me considero sobremanera venturoso en escuchar la historia de nuestro viage, la cual desde luego acoto como mia propia, copiándola palabra por palabra; pues, así consiga el favor de mi santo patrono, como que nada mas que eso he de decir á mis compinches de Moguer, luego que me halle de vuelta en aquella bendita ciudad de la niñez mia.

Mal tercio hizo á la influencia de Sancho, el efecto producido por la relacion de Don Luis, la cual, dijo en voz alta Pedro Mártir, hubiera hecho honor á un hombre de letras que hubiese acompañado la expedicion. Apelaron algunos de los presentes al viejo marino en so-

licitud de saber su modo de pensar acerca de las aserciones que acababa de oír; pero sus protestaciones se hicieron de resultas mas vehementes á favor de la exactitud del relato.

Increible es la reputacion que este pequeño engaño dió al conde de Llera. El poder repetir con exactitud y buen efecto unas palabras que se suponía haber salido de los labios de Colon, era una prerrogativa en cierto grado; y Pedro Mártir, que con justicia disfrutaba de una alta reputacion en virtud de su ciencia, comenzó á preconizar por todas partes las alabanzas de nuestro héroe, mientras sus discípulos servian de eco á sus voces con todo el ardimiento y la imitacion tan naturales á la juventud. Tal, en verdad, era la vasta reputacion adquirida por el Genovés, que cualquiera conseguia una especie de reflejado renombre, cuando se le consideraba como participe de su confianza, de modo que un millar de locuras, achacadas real ó imaginariamente al conde de Llera, quedaron de hecho olvidadas con la circunstancia de que el almirante le hubiese juzgado digno de ser el repositorio de bazañas y de sentimientos, cuales el noble mancebo acababa de

218

referir. Además, como se veía á Luis con mucha frecuencia en compañía de Don Cristóval, no fué rehacio el mundo en conceder al jóven la posesion de ciertas cualidades, que, por causa de algunos motivos, no fáciles de explicar, se le habian ido por alto hasta entónces. De este modo alcanzó Luis de Bobadilla algunas ventajas, de carácter público, en virtud de su *resolucion y genio emprendedor*, aunque muchas menos, que hubieran resultado de una franca admision de lo que habia ocurrido. Hasta que punto, y de que modo le aprovecharon estas cualidades á él y á sus pretensiones respecto á Mercedes, aparecerá en las siguientes páginas.

CAPITULO VII



Cada mirada, cada movimiento
Alguna nueva gracia despertando,
Sobre su forma daba nacimiento
A una aureola de reflejo blando.
Mas pronto alguna gracia aun mas divina,
La anterior anublaba, y en pos de ellas
A ofuscar acudia sus luces bellas
Otra gracia de luz mas peregrina.

MASON. 182

El día del recibimiento de Colon en Barcelona habia sido un rato de sensaciones tumultuosos, y de sincero deleite para el alma ingénuo y pura de la reina castellana. Ella fuera el genio promovedor de aquella empresa, en cuanto concierne

á los recursos y á la autoridad; y nunca hubo testa coronada que recibiese mas amplio galardón, del solaz de su conciencia, por la magnitud de las resultas que siguieron á sus esfuerzos celosos y bien intencionados.

Luego que tuvieron término la escitacion y barahunda de aquel día, retiròse Isabel á su gabinete, y como era su costumbre en las grandes ocasiones, dió suelta de rodillas á su efusion de gratitud en ardorosas preces, rogando á la Providencia Divina la sostuviera só el cúmulo de las nuevas responsabilidades que sus hombros abrumaban, dirigiendo sus pasos á derechas, tanto como reina soberana, cuanto como muger católica. Hacia pocos minutos que dejára la actitud de la prece, y hallábase sentada con la mano en la mejilla, cuando un ligero tocar á la puerta le llamó la atencion. Solo habia en España una persona que pudiera tomarse esta libertad, por muy humilde y suave que fuese el aviso; así es que la reina, levantándose al instante, destorcì la llave y dió entrada al rey.

Todavía conservaba Isabela su hermosura. Sus formas, siempre de perfeccion admirable,

nada habian perdido aun de sus gracias hechiceras. Poquisimo de su lustre faltára á sus ojos, al paso que su sonrisa, dulce y benéfica siempre, no dejaba de reflejar los puros y femeniles impulsos de su corazon. En una palabra, su belleza juvenil sufrido habia poco desgaste de resultas de la transicion ordinaria á las atracciones inatronales de la esposa y madre; pero en aquella noche parecia cual si todos sus encantos virginales hubieran súbitamente resflorecido. Encendia sus mejillas el entusiasmo santo; la sublimidad de sus pensamientos prestaba redondez á sus facciones, pues que largo rato sobre aquellos habia morado Isabela, y destellaban en sus ojos las esperanzas ennoblecientes de la religiosa exaltacion. Pasmó á Fernando esta leve mudanza en el aspecto de su esposa, y despues de contemplar á la reina en silencio, unos instantes, cerró la puerta del gabinete.

—¿No es esta una recompensa muy maravillosa de unos esfuerzos tan livianos? exclamó la reina, quien se imaginaba que los pensamientos del rey tenian la misma direccion que los suyos.—Un nuevo imperio ganado á tan poca

costa, repleto de tesoros que la imaginacion no puede calcular, amen de millones de almas que habran de redimirse de la esclavitud eterna, por los méritos de una gracia, que debe de ser tan inesperada para ellas, cual el conocimiento de que existian lo ha sido para nosotros.

—Siempre estás pensando Isabela en el bien estar de las almas! Pero tienes razon; ¿pues qué son las pompas y glorias de este mundo si se comparan con las esperanzas de salvacion y á las delicias del Cielo? Confiésote que Colon ha escedido en mucho á mis deseos mas exagerados, y ha hecho nacer tal porvenir para la España, que el ánimo sabe apenas en donde colocar los límites de tan halagüeño cuadro.

—Considera cuantos millares de millares de pobres Indios pueden vivir para dar laude á nuestra autoridad, y para sentir la influencia y los consuelos de la iglesia santa.

—Espero que nuestro pariente y vecino el rey Dom Joao, no nos molestará sobre este punto. Esos Portugueses tienen tal ansia de descubrimientos, que les sienta mal la buena fortuna que en este ramo tengan las demás potencias, y aun se dice que muchas peligrosas y malvadas

propuestas se hicieron á aquel monarca, mientras nuestras caravelas se hallaban ancladas en el Tajo.

—Fernando, asegúrame Colon, que ignora si los Indios profesan creencia alguna religiosa; de modo que nuestros ministros no tendrán que combatir preocupaciones cuando ofrezcan á sus mentes sencillas las sublimes verdades del Evangelio.

—No hay duda que el almirante habrá examinado á fondo esas materias... Opina que la isla, á que ha dado el nombre de Española, necesita muy poco para igualar en estension las plenas dimensiones de Castilla, Leon, Aragon, Granada, y en verdad el conjunto de todas nuestras posesiones en la Península.

—¿No reparaste lo que refirió acerca de la docilidad y mansedumbre de sus habitantes? ¿No te asombró el aspecto sencillo y confiado de los que consigo ha traído? Fácil es reclamar á tales seres de su ciega ignorancia; en primer lugar, y como es debido, para que tributen culto á un Dios vivo y verdadero, y luego, para que miren á sus soberanos como á unos padres bondadosos y benéficos.

—La autoridad lleva siempre el respeto consigo misma. Además que Don Cristóval me ha asegurado en una conferencia privada, que con mil lanzas veteranas sería fácil domeñar todas aquellas regiones del este. Debemos acudir cuanto antes al Padre Santo, con el objeto de que establezca tales límites entre nos y Don Juan que impidan haya disputas, en lo venidero, acerca de nuestras respectivas pretensiones. Ya he hablado con el cardenal atento á este asunto, y él me lisonjea con la esperanza de que mi solicitud hallará favor en los oídos de Alejandro.

—Supongo que en este negociado no se mirarán por encima los medios de diseminar la fé; porque mucho me pena el hallar á los graves eclesiásticos tomarse interés por las cosas mundanas, con total negligencia de aquellas que pertenecen á su divino Señor.

Por un instante clavó Fernando la vista en el rostro de su muger, sin decir una palabra. Advirtió, como acontecía menudo en cuestiones de política, que sus sentimientos no se hallaban acordados en un todo, y recurrió á una alusión, que raras veces dejaba de atraer los pensamien-

tos de Isabela, abajándolos de sus mas escelsas aspiraciones, á unos asuntos mas mundanos, cuando la llamada se hacia á debido tiempo.

—Tus hijos Isabel, dijo el monarca, heredarán una buena hijuela por el feliz éxito de este nuestro último golpe de política quizás, y sin duda el mayor que dar podemos! En adelante, tus dominios y los míos descenderán en mancomun á un mismo heredero; tambien el casamiento con Portugal puede abrir calle á nuevas accesiones de territorio; Granada está asegurada ya á los tuyos, por el esfuerzo de nuestras conjuntas armas; y ahora la Providencia nos ha trillado las vias para que alcancemos un imperio en el Oriente, que deberá, segun promete, exceder á cuanto en Europa se ha conseguido.

—¿No son tuyos mis hijos, Fernando? ¿Puede bien alguno tocarles en suerte que sea ageno de ti y de tus esperanzas? Espero que aprendan á entender para que tantos nuevos vasallos, y tan anchurosos territorios á sus posesiones se han añadido, y que siempre permanecerán leales á su mas alta y primera obligacion, la de estender el dominio del Evangelio, á fin

de que el imperio de una sola y católica iglesia pueda llevarse á cabo con mayor premura.

—Sin embargo, no está demás que aseguremos aquellas ventajas que se nos ofrecen en mundana hechura, valiéndonos de los arbitrios mundanos.

—Dices bien, amor mio, y es el cuidado natural de los padres afectuosos el mirar por los intereses de sus hijos, así en estas materias, como en todas las demás.

Prestó ahora Isabel un oido voluntario á las sugerencias políticas de su consorte, y ambos pasaron una hora en discutir algunas de las medidas importantes que se creia requirieran sus intereses comunes ponerse en práctica sin pérdida de tiempo. Despues de este coloquio, despidióse Fernando de su muger con afecto tiernísimo, y se retiró á su gabinete, para dedicarse al trabajo como de costumbre, hasta que su naturaleza exigiese algunas horas de reposo.

Quedóse Isabela pensativa por algunos instantes despues que el rey dejádola hubo, y luego, tomando una luz, atravesó ciertos pasillos privados, que bien conocidos le eran, á

fin de dirigirse á las habitaciones de sus hijas. Allí estuvo mas de una hora, dando suelta á las ternezas de su cariño, y desempeñando los deberes de una madre sensibilísima, besando alternativamente á las princesas, y bendiciéndolas con fervor, hasta que tuvo á bien retirarse del mismo sencillo modo con que á visitarlas habia ido. En vez, sin embargo, de volverse á su propio departamento en el palacio, caminó en direccion contraria, hasta que habiendo llegado á una puerta privada, la pulsó con blandura. Una voz, por la parte de adentro, invitóla á entrar, y efectuándose, hallóse la reina de Castilla ó solas con su antigua y bien probada favorita la marquesa de Moya. Un ligero ademán prohibió los testimonios usuales de respeto, y conociendo los deseos de su ama sobre este particular, recibió Doña Beatriz á la régia huésped, casi como hubiera acogido á una amiga íntima que tuviese en el mundo su propio rango.

—Hemos tenido un día de tanta ocupacion y de júbilo tan grande, hija-marquesa, comenzó la reina, poniendo tranquilamente sobre un velador la lamparilla de plata que llevaba en

la mano—que casi había olvidado un deber que olvidar no era justo. Tu sobrino, el conde de Llera, ha vuelto á la corte; y se conduce con tal modestia y cordura como si no hubiese tenido parte en ¡la gloria ni en esta grande hazaña del ilustre Colon.

—En efecto, señora, aquí está Luis; pero si su conducta es prudente y cuerda, lo dejo á otras personas el decidillo pues que de estas podrá ser la imparcialidad.

—En mis ojos tal se ha presentado su comportamiento; y bien pudiera perdonársele á un ánimo juvenil cierta jactancia, de resultas de tan dichoso resultado. Pero yo he venido á propósito para hablarte respecto á Don Luis y á tu pupila. Ahora que tu sobrino ha dado esta prueba de su perseverancia y valer, no puede existir ya razon ninguna que estorbe el enlace de estos dos jóvenes. Bien sabes que tengo la promesa de Doña Mercedes, quien me juró que no se casaría sin mi beneplácito, y esta noche quiero hacerla tan feliz como me siento yo misma, dejándola en libertad de ser dueña de sus propios descos; aun mas, haciéndola saber que es mi gusto verla tomar el dicta-

do de condesa de Llera, y eso á la mayor premura.

—Vuestra Alteza, señora, se vuelve toda bondades para mí y para los míos, contestó la Marquesa con visible frialdad.—Profunda en extremo debe de ser la gratitud de Mercedes, al hallar que su régia ama ocupa los pensamientos en su bien estar, cuando las mientes de su soberana tienen tantos y tan importantes objetos que las llenen.

—Eso es lo que acá me ha traído tan á deshora. Mi alma se encuentra tan abrumada con el peso del reconocimiento, que antes de retirarme á dormir, quisiera, si posible fuese, hacer á todos tan dichosos como me siento á mí misma. ¿Donde está Mercedes?

—Se acaba de separar de mí, un momento antes que Vuestra Alteza viniera, con el objeto de retirarse á su cuarto. Iré á avisarla que es vuestro placer se le presente ahora mismo.

—Pasaremos á verla, Beatriz mia; las nuevas de que soy portadora no deben demorarse á pié parado.

—Es el deber de mi pupila, señora, así como siempre será su delicia, el tributar á Vuestra Alteza todo acatamiento...

—Bien me consta eso, marquesa-hija; pero es mi placer el llevarle la noticia en persona, interrumpió la reina, guiando hácia la puerta sus pasos.—Enseñame tú el camino, pues que lo sabrás mejor que nadie. Allá vamos con poquísima pompa, y ménos ceremonia, como lo ves, cual Cristóval Colon dándose á la vela para esplotar las mares desconocidas, y llevando albricias tan gratas para tu pupila como aquellas de que fué portador el Genovés á los obcecados habitantes de Cipango. Estos corredores son nuestros mares sin sendero, y estos enredados pasadizos las vías ocultas que nos encaminamos á explorar.

—Quiera el Cielo que Vuestra Alteza no haga algun descubrimiento tan asombroso, cual el que acaba de divulgar el célebre navegante. En cuanto á mí, apénas sé si he de creer todas las cosas, ó tornarme incrédula respecto á todas ellas.

—No me admira tu sorpresa, Beatriz. Ese es un sentimiento que ha sobrepujado á los demás de resultas de los recientes y extraordinarios sucesos, contestó la reina, equivocando evidentemente las alusiones de las palabras

de su amiga.—Pero aun tenemos de reserva otro gozo; el de atestiguar el júbilo de un corazón femenino y puro, que ha sufrido sus pruebas, conduciéndose con la fortitud que sienta tanto á una cristiana doncella.

—Arrancó Doña Beatriz un hondo suspiro, pero nada contestó. A ese tiempo ya atravesaban el pequeño salon, en donde se permitia que Mercedes recibiese á sus conocidas, y hallábanse próximas á la puerta de su cámara. Allí encontraron á una dama de honor, quien acorrió á avisar á la jóven la clase de visita que iba á recibir. Acostumbraba Isabel á tomarse la libertad de una madre en su trato con aquellos á quienes queria, y abriendo la puerta, sin ceremonia, presentóse delante de nuestra heroína, antes que esta pudiese adelantarse para acogerla.

—Hija, comenzó la reina, tomando asiento, y sonriéndose con benigna afabilidad al notar el asombro de la muchacha.—He venido para desempeñar un solemne deber. Arrodíllate aquí, á los pies míos, y presta oído á tu soberana cual á una madre lo hicieras.

Obedecióle alegremente Mercedes, pues que

en aquel instante todo era preferible á verse obligada á hablar. Luego que hubo tomado la posición requerida, ciñóle el cuello la reina afectuosamente con uno de sus brazos, y allególa aun mas á su régia persona, hasta que por un esfuerzo blandísimo, quedó oculta la cara de la jóven en las ondas del ropage de Isabel.

—Hija mia, tengo justos motivos para ensalzar tu fé y tu desempeño de las obligaciones que incumbido te han, dijo la reina, tan luego como se hizo delicadamente aquel arreglo tan favorable para las sensaciones de Mercedes.— No te has olvidado de tu promesa, en un ápice; y es ahora mi objeto, el dejarte dueña de tus propias inclinaciones, y levantar cuantos estorbos pudieran oponerse á esta tu nueva prerrogativa. Ya no tienes con tu soberana compromiso de ninguna clase; pues que á la doncella, que hasta aqui ha manifestado tanta discrecion, puede dejársele fiadora de su propia felicidad.

Mercedes continuaba muda, aunque se imaginó la reina que advirtiera un ligero estremecimiento recorrer convulsivo las delicadas formas de la virgen castellana.

—¿No me contestas, hija? ¿Te es preferible que siga otra persona siendo árbitra de tu suerte, que egercer por tí misma ese encargo? Bien, pues entónces como tu soberana y madre, sustituiré el mandato al consentimiento, diciéndote que es mi placer y mi deseo el que tan pronto como sea compatible con el decoro y tu escelso rango, llegues á ser la esposa de Don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

—«No...no...no...señora...nunca...nunca... balbució Mercedes, mientras ahogaban igualmente su voz las emociones que sentia, y el modo con que sepultára su rostro en el seno de la reina.

Miró Isabel maravillada á la marquesa de Moya. Su semblante no manifestaba disgusto ni resentimiento, porque conocia asaz á fondo el carácter de nuestra heroína para sospecharla de caprichosa, ó para creer que ninguna débil prevaricacion pudiera existir en una materia que tan de cerca sus sentimientos atañia; y solo anubló la desazon, que produjo en ella este incidente, lo súbito de su inteligencia con un sentimiento de sorpresa ingobernable.

—¿Puedes tu esplicarme esto, Beatriz? pre-

guntó la reina al cabo de un rato. ¿He venido pues á hacer mal, donde fué mi mejor intencion hacer bien? Siéntome desgraciada; pues que segun parece he atravesado con una profunda herida el corazon de esta pobre muchacha, en el instante mismo cuando creia que iba á conferirle una suprema felicidad!

—No.. no... no..señora, volvió á murmurar Mercedes, asiéndose convulsivamente de las rodillas de su soberana—Vuestra Alteza á nadie ha herido—á nadie «puede» lastimar—á nadie «es posible» que ofenda. Sois un conjunto de agraciable bondad y de divina cordura.

—Beatriz, á ti pido la esplicacion de esto. ¿Ha ocurrido alguna cosa que pueda garantizar esta mudanza de sentimientos?

—Mucho me temo, queridísima señora, que los sentimientos continuen en el mismo tren que anteriormente, y que esta mudanza no dependa de este joven ó inesperto corazon; sino que de ella tenga la culpa la inconstante naturaleza del hombre.

Un relámpago de indignacion femenil lanzóse de los ojos de la princesa, comunmente tan plácidos, mientras su aspecto readquiria toda su nativa magestuosidad.

—¿Será esto cierto? exclamó Isabela. ¿Se atrevería¹⁸³ un vasallo de Castilla burlarse así de su soberana?... ¿burlarse así de un ser tan amable y puro como esta doncella?... ¿burlarse así de su fé para con Dios? Si el inconsecuente conde se imagina poner en obra impúnemente estos actos de criminalidad, que mire por sí!!! ¿Puedo yo castigar al que solo priva á un vecino de alguna mala pieza de oro, y dejar ileso al que traspaşa con mortal herida el alma de una inocente? Admírome de tu frescura, hija marquesa; tú, que tan propensa eres á dejar que tu honrada indignacion prorrumpe de tus labios en el justo lenguaje de un espíritu sin temor y sin doblez!

—Ay, señora, y muy querida ama mía; ya han tenido su suelta mis sentimientos, y la naturaleza no quiere más. El muchacho, á más de esto, es hijo de mi hermano, y cuando evocar es mi intencion un resentimiento contra él, tal como sea correspondiente á su delito, la imagen de aquel hermano adorado, de quien es el retrato mismo, se me presenta delante de los ojos, con ciertos rasgos que enervan mi resolucion.

—Esto rara vez acontece!... Una jóven tan

183. *dare* en el original, en cursiva (TO, p. II-180).

bella, tan noble, tan rica, por todos títulos tan excelente, verse tan pronto olvidada! ¿Podeis atribuirlo á las vagamundas inclinaciones de vuestro sobrino, señora de Moya?

La reina Isabel hablaba cual no tenia de costumbre, y como las personas de su excelso rango suelen estar propensas á prescindir de consideraciones menores, cuando los sentimientos se escitan con demasiada energia, no se acordó de que Mercedes la escuchaba. El estremecimiento convulsivo que volvió á sacudir la máquina de la cuitada jóven, no dejó, sin embargo, de traerle á las mientes la idea de este hecho, y la princesa augusta no pudo haber abrazado á su hija la infanta Doña Juana con mayor ahinco, apretándola contra su corazon, que lo hizo con las cedientes formas de la doncella la cual á sus pies continuaba arrodillada.

—¿Y qué remedio, señora? repúso la marquesa con suma amargura. Luis, sin reflexion ni principios, de que verdaderamente carece, ha inducido á una jóven princesa indiana á abandonar su casa y sus amigos, só pretesto de henchir el triunfo del almirante, y en obediencia á un renombre vagamundo, al paso que en su-

mision á esos caprichos perversos, que hacen á los hombres lo que verdaderamente son en si, y que con tanta frecuencia tornan á las infelices mugeres sus engañadas y sus víctimas.

—¿Una princesa indiana, dices?—Informónos el almirante que traia consigo á una hembra de ese rango, en verdad; pero describióla como casada, y muy léjos de ser una rival de Doña Mercedes de Castilla!

—Ah, señora, esa de quien hablais no puede compararse con aquella á que aludo—con Ozema—pues tal nombre le dan en las Indias. Esta Ozema es un ser muy diverso, y no deja de tener altas pretensiones á la belleza esternal. Si la mera apariencia de persona pudiese disculpar la conducta del muchacho no quedaria este completamente sin excusa.

—¿Y como lo sabeis, Beatriz?

—Porque Luis la ha traído al palacio y en este momento se encuentra la jóven alojada en estos mismos apartamentos. Mercedes la ha recibido como á una hermana, aun cuando la huéspedea estrangera le haya hecho añicos el corazon.

—¿Que está ^{184.} aqui dices, marquesa? Luego

no puede haber una union viciosa entre el irreflexivo mancebo y la indiana beldad. No se atreveria tu sobrino á ofender de un modo tan grosero la inocencia y la virtud.

—De eso no nos quejamos, señora. Es la inconstancia pueril y la descabellada crueldad del conde, lo que ha despertado contra él mi resentimiento. Nunca he procurado ejercer influencia sobre mi pupila para que favoreciera sus pretensiones, pues léjos está de mi el querer que estuviese en poder de ellos decir que busqué una union honorífica y ventajosa para nuestra casa; pero ahora anhelo vivamente convencer á mi pupila para que acere su noble corazon en contra de la indignidad de mi sobrino.

—Ah! señora—tutora mia! balbució Mercedes,—Luis no es tan criminal. La belleza de Ozema, y mi propia carencia de los medios para afianzar la constancia del conde, son las únicas cosas que tienen la culpa.

—La belleza de Ozema! repitió la reina con pausa; ¿es pues, Beatriz, tan perfecta esa jóven India que tu pupila le tenga envidia ó miedo? Nunca habria yo supuesto que existiese un ser semejante.

—Vuestra alteza sabe muy bien lo que sucede á los hombres. Aman las novedades, y las caras mas nuevas son las que mas les cautivan. Por San Diego! Esto me lo ha hecho conocer Andres de Cabrera, aunque fuera un delito suponer que nadie hubiese dado nunca tan severa leccion á Doña Isabela de Trastamara!

—Restrinje tus sentimientos, impetuosos y desenfrenados, hija marquesa, contestó la reina, echando una mirada al soslayo sobre las graciosas formas de Mercedes, quien ahora tenia oculta la cabeza en su falda,—rara vez la verdad ejerce su imperio cuando rebozan en el corazon las pasiones. Don Andres ha sido siempre un leal vasallo, y hace la debida justicia á tu mérito; y respecto al rey nuestro señor, él es padre de mis hijos, asi como tambien tu soberano. Pero... respecto á Ozema... ¿dejarás que yo la vea, Beatriz?

—No teneis mas que mandarlo, señora; y podeis ver á quien os plazca. Pero, sin duda, está á mano Ozema, y puede venir á vuestra real presencia tan luego como se digne Vuestra Alteza disponerlo asi.

—No, Beatriz, si ella es una princesa, y es-

trangerera en estos reinos, hay una consideracion debida á su rango ó positura. Que vaya Doña Mercedes, á prepararla para nuestra visita, porque quiero pasar á su propia habitacion. La hora es poco conveniente; mas ella disimulará esta falta de etiqueta, luego que la atribuya á mis deseos de servirla.

No aguardó Mercedes á recibir un segundo mandato; pero alzándose al punto, apresuróse á hacer lo que la reina exigiera de ella. Isabe y la marquesa permanecieron en silencio buen rato despues que se quedaron solas; despues de lo cual, la primera, como convenia á su rango, dió principio al coloquio.

—Es muy notable que Colon nada me haya dicho acerca de esta princesa! dijo la reina de Castilla. Una persona de la clase de Ozema, no deberia de haber puesto los pies en España con tan poca ceremonia.

—El almirante la hubo juzgado como objeto predilecto de los esmeros de Don Luis, y la dejó para ser presentada á Vuestra Alteza por el rodavalles de mi sobrino. Ah, señora! ¿no es una cosa muy estraña el ver á un ángel como Mercedes desbancada por un ser medio des-

nudo, sin bautismo ni civilizacion, sobre quien jamás la iglesia se sonriera, y cuya alma misma puede asegurarse que se halla en el apuro de instantánea condenacion?

—Precisa cuidar de su alma, Beatriz, y eso sin pérdida de tiempo. Pero dime, ¿esa princesa es realmente poseedora de belleza suficiente para suplantar á una criatura tan amable como lo es Doña Mercedes?

—No es eso, señora, no es eso. Pero los hombres son inconstantes, y tienen tanta aficion á lo nuevo! Luego la modesta restriccion de los modales civilizados, no tiene para ellos tanto atractivo, como la libertad de aquellas personas para quienes hasta la vestimenta está demás. No pongo en duda, sin embargo, la modestia de Ozema, pues, en cuanto á sus hábitos, parece intachable en este respecto; pero la desarreglada fantasia de un mancebo descabellado, puede hallar atractivos por un momento en la conducta irrestringida y en la persona medio ataviada, de que carecen el aire y talante de una damisela castellana de escelsa cuna, á quien se ha enseñado que se respe-

te rigidamente á sí misma á par que al sexo á que pertenece.

—Eso puede ser cierto, en cuanto atañe al vulgo, Beatriz; pero unos motivos tan indignos jamás pueden tener influjo, respecto al Conde de Llera. Si tu sobrino ha salido en efecto tan variable como lo supones, esta *princesa indiana* deberá poseer mayor excelencia de la que hemos creído.

—De eso, señora, podreis juzgar con vuestros propios ojos. Aquí está la camarera de Mercedes, que viene á informarnos hallarse lista la *Indiana* para recibir la honra que Vuestra Alteza tiene intencion de dispensarle.

Nuestra heroína habia preparado á Ozema para su entrevista con Isabel. En tal fecha recogiera ya la jóven Haitense tantos vocablos españoles, que la comunicacion verbal con aquella, estaba muy léjos de ser materia difícil, aunque se espresase todavía del modo abrupto y desconcertado de una persona para quien el idioma era nuevo. Comprendió perfectamente que iba á verse con aquella amadísima soberana, de quien tan amenudo Luis y Mercedes le habian hablado con reverencia,

y acostumbrada ella misma á reconocer por superiores á los caciques mas potentes que su hermano, hubo poca dificultad en hacerle entender que la persona por quien ahora iba á ser visitada, era la princesa de todo su sexo en España. La única equivocacion que existía, era oriunda de la circunstancia de que Ozema creyera á Isabel soberana de todo el mundo cristiano, en vez de reina particular de una comarca determinada; pues que, en su imaginacion tanto Luis como Mercedes eran personas de régio rango.

Magüer que ¹⁸⁵Isabela se hallase preparada para encontrarse con un ser de sorprendente perfeccion respecto á sus formas, hizo un ademán de asombro al dirigir los ojos á Ozema. No fué tanto la belleza de la jóven India lo que la admiró, como la gracia nativa de sus movimientos, la brillante y feliz espresion de su semblante, y el perfecto mando que ejercia espontáneamente sobre su fisonomia y su porte. Habíase acostumbrado Ozema á cierto grado de vestidura, que en Haiti hubiera hallado bastante incómodo; la susceptibilidad de Mercedes, sobre el tema de decoro femenil, le indujo á re-

185. Aunque, a pesar de que.

galar á su nueva amiga varios artículos de vestimenta, que singular, aun que caprichosamente, contribuian al realce de sus encantos. Apesar de todo, la dádiva de Luis aparecia siempre arrojada sobre el uno de sus hombros, cual la prenda mas apreciable de su equipage, mientras la cruz de Doña Mercedes descansaba en su seno, como el mas precioso de todos sus adornos.

—Esta es una maravilla, Beatriz! exclamó la reina, al detenerse en una estremidad del cuarto, mientras en el otro inclinaba Ozema su cuerpo en graciosísima cortesía.—¿Es posible que este ser tan raro tenga un alma que nada sepa de su Dios y Redentor? Pero ofúsquen su espíritu las tinieblas mas densas, no existe el vicio mas leve en su pura ánima, ni engaño alguno en su sencillo corazón.

—Señora, todo esto es la exacta verdad. *En despecho de las razones que nos asisten para andar disgustadas, tanto mi pupila como yo, la amamos mucho ya, y para siempre adherirla pudieramos á nuestros corazones; la una como su amiga, la otra como su madre.*

—Princesa! dijo la reina, adelantándose con

reposada dignidad hácia el parage donde Ozema se hallaba, aguardando su placer, con el cuerpo inclinado y con los ojos modestamente bajos,—sois bien venida á estos mis dominios. El almirante se ha conducido perfectamente en no confundir á una dama de vuestras pretensiones y de vuestro escelso rango, con aquellos que ha exhibido á los ojos del vulgo. En esto ha dado muestra de su juicio usual, no menos que de su respeto para con el sagrado destino de los monarcas.

—Almirante! exclamó Ozema, mientras sus ojos iluminaba la inteligencia, pues que hacia tiempo que aprendiera la jóven india á pronunciar el bien ganado título de Colon.—Almirante, Mercedes—Isabel, Mercedes—Luis, Mercedes, Señora Reina!

—Beatriz, ¿qué significa esto? Por qué razón copulará la princesa el nombre de tu pupila con el de Colon, con el mio, y hasta con el del jóven conde de Llera?

—Señora, por algun estraño error ha llegado á creer que el vocablo castellano, «Mercedes,» significa todo lo que es excelente y perfecto, y asi es que lo junta con cuanto se le fi-

gura merecedor de alabanza. Vuestra Alteza reparará que hasta uno á Luis y Mercedes; enlace que algun dia esperábamos llegára á verificarse; pero el cual aparecería ahora casi imposible, y que ella misma debe de ser en todas veas la última que pueda desearlo.

Delusion estrañísima! repitió Isabela, esa idea debe su origen á alguna causa particular; porque estas materias no provienen de meros accidentes; ¿quién, á no ser tu sobrino, Beatriz, pudiera saber cosa alguna respecto á tu pupila, ó quien sino él pudiera haber enseñado á la princesa que juzgase el nombre de la doncella castellana como un vocablo espresivo de la escelencia?

—Señora! exclamó Mercedes, mientras el rubor coloraba sus pálidas mejillas, y el gozo destellaba momentáneamente de sus ojos ¿será eso así?

—¿Y porqué no ha de serlo, hija mia? Quizás nos háyamos apresurado en este negocio, equivocando las señales de adhesion á ti, por pruebas de capricho y de inconstancia.

—Ah; señora! eso no puede ser; de lo contrario Ozema no le amaria.

—¿Y como sabes, hija, que la princesa tenga otro sentimiento hácia el conde, que el perteneciente á una mugor, agradecida á su cuidado, y al invaluable servicio de aprender de él las virtudes de la cruz? Aqui, Beatriz mia, hay algun error muy temerario.

—No me recelo que tal acontezca, señora soberana. No puede existir equivocacion respecto á los sentimientos de Ozema, pues que aquella inocente ó inesperta criatura carece del artificio suficiente para ocultarlos. Que su corazon era completamente de Luis, lo descubrimos en las primeras horas de nuestro trato; y ese su corazon es demasiado puro, demasiado sencillo, para rendirse, sin que se le solicitara. El sentimiento de la jóven india no es una mera admiracion; pero es un consagramiento tan apasionado, que participa de los ardores de aquel sol, que, segun nos dicen, brilla con tan almo fuego en su pais natal! 186

—Hija mia, retírate, y primero, invocando á la Virgen bendita para que en tu favor interceda, busca la calma de la paz religiosa y de la resignacion en tu almohada. Beatriz, es mi plaer interrogar á solas á la princesa.

Retiráronse inmediatamente la marquesa y Mercedes, dejando á la reina con Ozema, en posesion del cuarto. La entrevista que se siguiera duró mas de una hora, pues que fué necesario ese tiempo para que la reina pudiese formar una opinion acerca de las esplicaciones de la estrangera, en virtud de los escasos medios de comunicacion que esta poseia. No pudo dudar Isabel que toda el alma de Ozema perteneciera á Luis. Inusitada á ocultar sus predilecciones, la muchacha Indiana era demasiado inesperta para poner en juego los artes del disimulo aun cuando hubiese querido intentarlo; pero en añadidura á su ingenuidad natural, creia Ozema que su deber exigia de ella ocultar nada á la soberana de Luis; y por lo tanto desabrochó toda su alma del modo mas franco y ménos rebozado posible.

—Princesa, dijo la reina, despues que la conversacion hubo seguido algun tiempo, y creyese Isabel que ya estaba á cabo de comprender á su colocutora.—Ya entiendo perfectamente vuestro caso. Caonabo es el gefe, ó llámese si mejor os place, el rey de una comarca contigua á la vuestra; os solicitó para esposa suya; pero

hallándole ya casado con otras princesas, desechasteis con justisimo decoro esas propuestas verdaderamente insantas. Entónces procuró él apoderarse á viva fuerza de vuestra persona. A la sazón, se hallaba hospedado en casa de vuestro hermano, el conde de Llera...

—Luis... Luis—interrumpió á la reina la jóven india con dulce y blanda voz—Luis—no conde—Luis.

—Verdad, princesa; pero el conde de Llera y Luis de Bobadilla son una misma persona. Luis, pues ya que así lo quereis, estaba en vuestro palacio, y ahuyentó al presuntuoso cacique, quien, no contento con sugetarse á la ley de Dios, poseyendo una sola muger, buscaba impropriamente, en vuestra persona, una segunda ó una tercera consorte, y haberos llevado consigo en triunfo. En seguida, vuestro hermano os suplicó que os albergaseis por algun tiempo en España; mientras Don Luis, llegando á ser vuestro tutelar y protector, os ha traído aqui y puesto bajo la salvaguardia de su tia.

Inclinó Ozema el cuerpo en señal de que reconocia la verdad del relato, sin que le hubiese sido difícil entender su mayor parte, pues que

el tema había ocupado recientemente casi todos sus pensamientos.

—Y ahora, princesa, continuó Isabela, debo hablaros con ingenuidad maternal; pues que considero hijos míos á cuantos tienen la cuna vuestra, mientras moren en mis dominios, y todos poseen el derecho de buscar en mí, consejo y proteccion. ¿Profesais á Don Luis un amor de tal naturaleza que pueda induciros á olvidar vuestra patria, y en vez de ella adoptar la suya?

—Ozema no saber que es, «adoptar la suya» observó la perpleja Indiana.

—Quiero decir ¿que si consentiríais en ser la esposa de Don Luis de Bobadilla?

Las palabras «esposo» y «esposa» fueron precisamente unas de las primeras cuyo significado había aprendido la joven Haitiana, y por eso se sonrió con toda inocencia, aun mientras el carmin cubria sus mejillas, y su cabeza daba el *signo comun de asentimiento*.

—Segun eso, debo entender que esperais casaros con el conde; pues que ninguna modesta virgen,¹⁸⁷ como vos, confesaria tan francamente sus sentimientos, sin que esa esperanza en su corazon se madurase, con la influencia de la certidumbre.

—Si, señora—Ozema esposa de Luis.

—Queréis decir, princesa, que Ozema espera casarse con el conde dentro de poco tiempo ...en fin anhela ser su esposa cuanto antes.

—No—no—no. Ozema *ahora*,¹⁸⁸ esposa de Luis, Luis casar con Ozema ya.

—¿Será esto cierto? exclamó la reina, mirando de hito en hito á la cara de la hermosa estrangera, cual si quisiese avoriguar si ocultaban sus palabras algun engaño artificioso. Pero en aquella cara tan ingénuo é inocente no se veia el mas ligero vestigio de crimen, y la princesa castellana se vió precisada á creer lo que acababa de oir. Con el objeto, sin embargo, de asegurarse del hecho, interrogó á Ozema, y volvió á interrogarla durante media hora mas; pero siempre con el mismo resultado.

Luego que la reina se levantó á finde retirarse, besó cariñosamente á la princesa, pues que tal juzgaba era aquella criatura procedente de un estado de sociedad desconocido y novel; al paso que susurraba una devota prece en pró de la ilustracion de su ánima y de su paz futura. Al llegar á su propio apartamento halló que en él la aguardaba su fiel amiga la mar-

187. *modest young female* (TO, p. II-187).

188. En cursiva también en el original.

quesa de Moya, quien no habia podido pegar los ojos, hasta no saber las impresiones, que, de resultas de su entrevista con Ozema, pudiera haber recibido el corazon de su régia ama.

—Aun es peor de lo que habiamos creido, Beatriz, dijo Isabel, mientras su favorita cerraba la puerta.—Tu inconstante y empedernido sobrino se ha casado ya con la princesa indiana, quien es á estas horas su muger legitima!

—Señora; en esto debe haber alguna equivocacion! El rapaz temerario no osaria engañarme de ese modo, y en la presencia misma de Mercedes!

—Antes mas bien, hija marquesa, pondria bajo tu salvaguardia á su esposa, que buscar igual asilo para una muger con quien no tuviera compromisos semejantes. Pero no puede haber equivocacion. He examinado minuciosamente á la princesa, y no me queda duda de que la boda se haya verificado bajo la garantia de los ritos religiosos. No es fácil entender cuanto ella quiere decir, pero lo que te profiero me lo ha asegurado veces repetidas y con la mayor claridad!

—Soberana señora!... ¿puede un cristiano contraer matrimonio con una muger que no ha recibido aun las aguas purificadoras del bautismo santo?

—No por cierto, en los ojos de la iglesia, que son los ojos mismos de Dios. Pero me inclino á creer que Ozema ha sido ya santificada por este rito divino, pues que ella señalaba á la cruz, que lleva pendiente del cuello, cuando hablaba de su enlace con tu sobrino. Y á la verdad, en virtud de sus alusiones, me parece haber comprendido que se tornó Cristiana, antes de pronunciarse esposa.

—Y esa bendita cruz, régia ama mia, fué una dádiva de Mercedes al mancebo veleidoso y rebullido; un don que al partir le otorgára, con el objeto de que aquel sagrado simbolo le membrase de la constancia y de la fé!!!

—¡El mundo, querida Beatriz, hace tantas brechas en el corazon de los hombres! Ellos estiman en precio valadí la confianza de la muger, y su fidelidad. Pero, hija mia, ponte de hinojos, y apréstate á pedir que la divina gracia sostenga á tu pupila en esta cruel, aunque inevitable estremidad.

Volvió ahora Isabel hacía su amiga, quien arrodillándose llevóse á los labios la mano de su señora. La reina, empero, no se satisfizo con este saludo, por muy cordial que fuera; mas ciñendo con sus brazos el cuello de Doña Beatriz, atrájola á su persona é improvisole en la frente un beso dulcísimo

—Adios Beatriz—adios amiga leal! dijo Isabel—si la costancia ha abandonado á otros, y aunque sea á todos los demás; siempre encuentra un santuario en tu fiel pecho.

Con estas palabras separáronse la reina y su favorita, para ir cada cual en busca de su almohada, ya que no de su reposo.

CAPITULO VIII



Ahora bien, Gondarino, qué hacer puedes
Para engañarnos otra vez. Te jactas
De nuevas y fantásticas neblinas,
Por las cuales la vista atravesando,
Hacia el error, ilusa se enderece.
Y con qué ardor satisfacerás de "ella,"
La hora marchita á par que el propio daño.

BEAUMONT Y FLETCHER.

189

El día subsiguiente al referido en el capítulo anterior, fué señalado por el cardenal Mendoza, para el célebre banquete dado á Colon. Con ese motivo; la mayor parte de la nobleza mas distinguida de la corte, se reunió á fin de honrar al almiran-

te, quien fué recibido con una distincion poco ménos pomposa que la que comunmente se destina para obsequiar á las testas coronadas: El Genovés se condujo con modestia; aunque con noble talante, en todas aquellas ceremonias; y por entónces, todos aparentaban el mayor regocijo al hacer justicia á su grande hazaña, simpatizando de mancomun en un suceso que dejaba muy en zaga la general expectativa. Todos los ojos parecian clavados en su persona, todos los oidos escuchaban ansiosos cualquiera silaba que de sus labios se desprendiéra, y todas las voces se alzaban recias y voluntarias en su laude.

Como era de uso en semejantes ocasiones, esperaban los convidados que diese Colon alguna noticia de su viage y de sus descubrimientos. No era esta, sin embargo, una tarea muy sencilla, pues que equivaldria á ostentar virtualmente hasta qué punto su propia perseverancia y valentia, asi como tambien su sagacidad y destreza eran superiores á los conocimientos y empresas de aquel siglo. Sin embargo, desempeñó el almirante su papel con tino y buen concepto, pues que en su relato tuvo cuidado de

tocar únicamente aquellos puntos que redundaban con mayor realce á la gloria de España y al lustre de ambas coronas.

Entre los huéspedes se hallaba Luis de Bobadilla. Este jóven habia sido convidado al festin, en atencion á su alto rango, y en consideracion á la confianza y familiaridad con que era público le distinguia el almirante. Era mas que suficiente su amistad con Colon, para borrar las impresiones, ligeramente desfavorables hacia el ilustre mancebo, que sus liviandades habian hecho en las mientes de los circunstantes; pues que la mayor parte de ellos se sometia á la influencia que les participaba el ejemplo del gran marino, sin detenerse en averiguar las causas de su predileccion. La consciencia de haber hecho lo que pocos de su clase y esperanzas hubieran jamás soñado en acometer, prestaba al talante altivo y al hermoso rostro de Luis, cierta seriedad y elevacion que no siempre alli se hubieron posado, y le ayudaban á sostenerle en la buena opinion que por lo demás tan de barato alcanzara. El modo con que refiriera á Pedro Mártir y á sus comensales los sucesos de la expedicion acudia á la memoria de todos, y, sin sa-

ber exáctamente por qué, comenzaba el mundo á asociarle, en cierta misteriosa manera, con el grandioso viage de occidente. Debido á estas circunstancias accidentales, hallábase á la sazón cosechando nuestro héroe algunos cuantos frutos de su valor, aunque por un medio que nunca previniera; resultado que nada tiene de extraordinario, pues que los hombres reciben tan *amenudo aplauso ó reprobacion*, por las acciones impremeditadas, así como por aquellas de las cuales en razon y justicia se les debiera tener rigidamente como merecedores.

—Behamos á la salud del caballero almirante del Océano, nombrado tal por sus Altezas! gritó Luis de San Angel, alzando el vaso de modo que cuantos rodeaban la mesa atestiguasen el acto.—La España le adeuda su gratitud por la mas atrevida y beneficosa de cuantas empresas ha visto el siglo; y creo que ningún leal vasallo de nuestros soberanos augustos vacilará en hacerle esta honra por el servicio inaudito que á la corona ha prestado.

Aceptóse el brindis, y las gracias, que con modesta cortedad dió Colon al concurso, se escucharon en respetuoso silencio.

—Señor Cardenal, prosiguió el campechano recaudador de las rentas eclesiásticas,—juzgo que la faena de la iglesia va á duplicarse de resultas de estos descubrimientos, y calculo que el número de almas que ha de rescatarse de la eterna perdicion, en virtud de los medios que iran á ponerse en planta para salvarlas, no formará una parte muy pequeña de la aventura, y una cosa que en Roma no se olvidará tan fácilmente.

—Decís bien, honrado San Angel, contestó el Cardenal, y el Padre Santo no pasará por encima á los agentes de Dios, ni á aquellos que de ayuda les sirven. Los conocimientos humanos provinieron del oriente, y hace mucho tiempo que hemos mirado adelante en busca del tiempo, en que, purificados por la revelacion y por el encargo escelso, que nos ha venido del Cielo directamente, se rehacerian hácia el lugar de su origen; pero ahora vemos que su curso vá siempre hácia occidente, tornando al Asia por una via, que hasta la época de este grandioso descubrimiento, estaba oculta de los ojos humanos.

Aunque una simpatia tan aparente reinase

en el festin, segua sus trabajos usuales el humano corazon, y la envidia, pasion mas baja aunque tal vez mas comun entre nosotros, se henchia en muchos corazones. La observacion del Cardenal produjo una muestra del influjo de este asqueroso sentimiento, que de otro modo pudiera haber seguido asaz solapado. Entre los comensales habia un hidalgo, llamado Juan de Orbitello, quien ya no pudo oir, sin rehen- tar, las alabanzas de aquellos cuyo solo álito es- taba acostumbrado á considerar como dispen- sador de eterno renombre.

—¿Y tan cierto es eso, Santo Cardenal, di- jo el noble huésped, que Dios no hubiera dis- puesto echar mano de otros medios, para ve- rificar este fin, si hubiesen faltado los que al intento empleára el Señor Don Cristóval. Abo- ra bien ¿hemos de considerar este viage como á única via conocida en cuya virtud pudié- ramos rescatar á esos paganos de la eterna con- denacion?

—Nadie puede presumir, señor mio, el poner límites á las agencias del Cielo; replicó el pre- lado con gravedad—ni es incumbencia del hom- bre poner en duda los medios empleados, ni dis-

putar el poder que tiene para crear otros, segun le dicte su sabiduria suprema. Y menos que to- do está permitido á los seglares discutir lo que los eclesiásticos sancionados han.

—Todo eso lo admito yo, señor Cardenal, contestó el señor Orbitello, un poco embara- zado, á par que algo resentido del reproche in- directo que consigo llevaban las observaciones del hombre de iglesia—y nunca fué mi inten- cion mas leve ponerlo en duda. Pero, señor Don Cristóval, quisiera me dijéscis, ¿si os conside- rais un agente del Cielo en esta expedicion?

—Siempre, noble hidalgo, me he tenido por un indigno instrumento, señalado para este grandioso fin; contestó el almirante, con una grave solemnidad, bien calculada para causar impresion en su auditorio. Desde el principio he sentido que este impulso provenia de un ori- gen divinal, y confio humildemente que el Cie- lo no se halle descomplacido con la creatura, que para llevar á cabo sus designios, em- pleára.

—¿Y suponeis, señor almirante, que la Es- paña no pudiese producir alguna otra perso- na, tan adecuada como vos mismo, para ege-

cutar esta grande empresa, toda vez que algun grave acaso hubiera impedido vuestra navegacion ó vuestro buen suceso.

La osadia, asi como la singularidad de la pregunta, produjo una pausa general en la conversacion, y no hubo cabeza que no se inclinára hácia adelante un poquito en expectativa de la réplica. Permaneció callado Colon durante un largo minuto; luego, estendiendo la mano, tomó de un plato un huevo duro, y enseñándolo á todos los convidados, se espresó en terminos muy comedidos, pero con suma gravedad y energia de maneras.

—Señores, dijo, ¿hay aqui alguien suficientemente diestro para hacer que este huevo se sostenga sobre una de sus puntas? Si tal hombre se halla presente, le reto á que nos dispense una esposicion de su habilidad.

Esta solicitud causó vivísima sorpresa; pero una docena de los convidados acometieron al instante la hazaña, con recias risotadas y gran palabreria. Mas de una vez, algun que otro jóven noble creyó haber conseguido su fin; pero en el instante que su dedo abandonaba la coronilla del huevo, rodaba este por la mesa cual

si intentára mofarse de su falta de habilidad.

—Por San Lúcas, señor almirante, esta hazaña notabilísima le echa la pierna á todas las demás, y es superior á nuestra destreza! exclamó Juan de Orbitel'o. Aquiestá el conde de Llera que ha ensartado en su lanza á tantos moros, y hasta conseguido desarzonar á Alonso de Ojeda en un torneo, *apesar de eso no puede meter en razon á su huevo, haciéndole obedecer las condiciones que le habeis establecido.*

—Y sin embargo, dejarán de ser difíciles para él, y aun para vos, señor hidalgo, luego que yo exhiba el artificio.

Asi hablando, dió Colon un ligero golpe en la mesa con la coronilla de un huevo, y abollado el cascaron, tuvo ya una base para permanecer erecto y firme. Un murmullo de aplauso se siguió á este reproche, y el señor de Orbitello se vió precisado á volverse corrido á su primitiva insignificancia, de la cual hubiera sido mejor para él no haber intentado salir jamás. En aquel instante un page del rey habló ciertas palabras al almirante, y pasó en seguida al asiento que ocupaba el conde de Llera.

—Citanme con premura á la presencia de

la reina, señor Cardenal, observó el almirante, y espero dispenseis me retire. El negocio es de mucho peso, según me lo da á entender la manera del mensaje, y disimulareis que deje la mesa, aunque con tanta premura.

Diósele la respuesta acostumbrada, y habiéndosele acompañado hasta la puerta con toda urbanidad, salióse del aposento Colon. Casi al mismo instante le siguió Don Luis de Bobadilla.

—¿A donde vais tan de prisa, ilustre conde, preguntóle el almirante, luego que á él se allegó el mancebo.—¿Estáis en tal premura por retiraros de un banquete, que rara vez atestigua España, como no sea en los palacios de sus reyes?

—Por Santiago! ni aun en esos tampoco, señor Don Cristóval, dijo el joven con alegría, si tomamos por modelo la mesa del rey Fernando. Pero tengo que dejar esta sociedad campesana en obediencia á una orden de Doña Isabel, que de súbito me ha llamado á su presencia.

—Entonces Don Luis, juntos vamos allá, y probablemente á un mismo asunto. Yo también

me dirijo sin pérdida de tiempo á las habitaciones de la reina.

—Alégrame el alma oír eso, señor; pues que solo sé un asunto atento al cual pudiera enviárenos una comun cita. Esto se refiere á mi pretension, y sin duda se os llama para que deis informes acerca de mi comportamiento durante el viage.

—En estos últimos dias, Luis, han tenido tanta ocupacion, así mi cabeza como mi tiempo, que me ha faltado ocio para hablaros acerca de esto. ¿Como se halla la señora de Valverde, y cuando juzga dignarse recompensar vuestra constancia y vuestro amor?

—Señor, ojalá me fuera dado responder con mayor certeza á la última de esas preguntas, y á la primera con un corazón mas desahogado. Desde mi regreso, solo he visto tres veces á Doña Mercedes; y aunque ella se mostrase respecto á mí tan tierna y sincera como siempre, mi solicitud respecto á la consumacion de mi felicidad ha encontrado en mi tía una acogida muy evasiva é indiferente. Parece que es preciso consultar á su Alteza sobre este punto; y la barahunda producida en la corte por el buen

éxito de nuestro viage, la ha traído tan ocupada, que le ha faltado lugar para distraerse con bagatelas como las que pudieran conducir á la felicidad de un vagamundo como yo.

—Entónces es muy probable, Luis, que estes citados ambos sobre este negocio; ¿pues de lo contrario, á qué habíamos de concurrir vos y yo á la real presencia, avisados de un modo tan inusual y repentino?

No disgustó á nuestro héroe oír esto, y entró en la habitacion de la reina con pasos tan elásticos, y tan radiosa faz, que parecia iba á unirse con su amada en los lazos del matrimonio. El gran almirante del Mar Occéano, título que ahora se daba públicamente á Colon, no tuvo que hacer una antesala¹⁹⁰ muy larga, y antes de pocos minutos, él y su acompañante fueron admitidos á la presencia régia.

Recibió Isabel privadamente á sus huéspedes; siendo las únicas personas que su séquito formaban, la marquesa de Moya, Ozema y Doña Mercedes. Por la primera mirada que las damas les dirigieron, conocieron Colon y Luis que habia *gato encerrado* como dice el adagio vulgar. La reina misma, aunque en verdad, su semblan-

te estuviese sereno y majestuoso como siempre, ostentaba cierta niebla de disgusto en su frente, tenia los ojos turbios de tristura, y las mejillas un si es no es coloradas. Respecto á Doña Beatriz, el pesar y la indignacion sostenian una lucha severa en su rostro espresivo, y reparó, apesadumbrado Luis, que tenia los ojos apartados de él, y en la manera que siempre adoptara la noble matrona cuando habia incurrido seriamente en sus malas gracias. Los labios de Mercedes estaban mas pálidos que la muerte, aunque una roseta de vivo carmin se posaba en cada una de sus mejillas; sus ojos no se desclavaban del suelo, y todo su aspecto daba indicios de la humillacion y timidez. Tan solo á Ozema se veia perfectamente natural; sus miradas eran vivas y llenas de ansiedad, aunque un destello de júbilo danzábale en los ojos, y hasta una ligera esclamacion de deleite se le escapó de los labios, al descubrir á Luis; pues que no habia vuelto á verle, durante un mes que hacia se hallaba en Barcelona.

Adelantóse Isabel un paso ó dos para recibir al almirante, y cuando este último hizo ademán de doblar la rodilla, previno ella presurosa el acto, dándole á besar su régia mano.

190. *The first glances of their eyes told Columbus and Luis that all was not right, (TO, p. II-194).*

—De ningun modo—de ningun modo, señor almirante, exclamó la reina; este homenaje es indebido en las personas del alto rango vuestro, y de los eminentes servicios que os condecoran. Si bien somos soberanos vuestros, somos á la par vuestros amigos. Temo que el Señor Cardenal no me perdone tan fácilmente las órdenes que os he enviado, al ver que lo priváran de vuestra sociedad, con mayor premura que hubiera podido sospecharse.

—Su eminencia, y todos sus obsequiosos comensales, señora, tienen cierta cosa que cavilar en este momento, la cual hará que echen de menos mi presencia no tanto como en tiempos ordinarios, respondió Colon sonriéndose con mucha gravedad. Aun cuando así no hubiera sido, tanto este joven conde como yo, no hubiésemos vacilado un momento en dejar un banquete aun mas opíparo, para obedecer las órdenes de Vuestra Alteza.

—No lo dudo; pero quise veros esta noche sobre un asunto mas bien de materia privada que de interés público. Doña Beatriz, que está presente, me ha dado á entender la existencia en la corte, así como la historia de es-

te ser hechicero, que nos dá una idea tanto mas sublime de vuestros vastos descubrimientos, cuanto que me maravillo de que se me haya ocultado lo referente á ella. ¿Os es conocido su rango, Don Cristóval, y las circunstancias que han causado su venida á España?

Si señora; todo lo sé, en parte por mis propias observaciones, y en parte por el relato de Don Luis de Bobadilla. Considero que el rango de Ozema es inferior al real, y superior al noble, toda vez que nuestras opiniones nos permitan imaginar una condicion entre uno y otro; aunque siempre debemos tener á la vista que Haití no es Castilla; pues que aquella comarca se encuentra oscurecida, só las sombrías nubes del paganismo, y esta existe en toda la resolana de la Iglesia y de la civilización.

—Sin embargo, Don Cristóval, el rango, es siempre rango, y no sufre merma ninguna por la condicion en que un pais se encuentre. Aunque ya haya tenido á bien el cabeza de la iglesia, y supongo continuará otorgandolos, concedernos derechos, en nuestro carácter de príncipes cristianos, sobre esos caciques de la India, nada tiene el hecho de insusitado ó novel.

La dependencia de un príncipe tributario á su señor soberano es antiquísima, y se encuentra bien garantizada; sin que falten ejemplos de monarcas poderosos, que han tenido parte de sus estados sujetos á esta clase de feudos; al paso que los privilegios de otros han emanado de Dios mismo. En atención á esto, siéntome dispuesta á considerar á esta dama india como á un miembro de la familia real, y he dispuesto, por lo tanto, que se la trate sobre este pié. Solo nos queda ahora que nos refirais los pormenores de su venida á España.

—El señor Don Luis podrá darlos á Vuestra Alteza con mayor exactitud que yo; pues que esos sucesos le son mas conocidos.

—No, señor, no; quisiera saberlos de vuestros propios labios. Ya soy poseedora de la sustancia que encierra la historia del conde de Llera.

Quedóse Colon á un tiempo sorprendido y penado, pero no vaciló en dar cumplimiento á las órdenes de la reina.

—Ha de saber Vuestra Alteza, señora, que la isla de Haití tiene sus príncipes mayores y menores, prosiguió el almirante, los últimos

de los cuales tributan un homenaje de cierta especie á los primeros, y les adeudan cierta sumision, como ya se ha dicho....

—Bien ves, marquesa hija, que este es un orden natural de gobierno, el cual prevalece igualmente tanto en las regiones del este como en las occidentales.

—A la primera de estas clases, continuó el inclito Genovés, pertenece Guacanagari, de quien mucho he dicho ya á Vuestra Alteza, y á la última Mattinao, hermano de esta noble señora. Don Luis visitó al Cacique Mattinao, y hallábase en su casa, cuando bajó de las montañas Caonabo, famoso gefe caribe, con el objeto de que fuese su esposa la bella virgen, que ahora se encuentra en la presencia real. El conde se portó cual convenia á un gallardo hidalgo castellano, derrotó á los enemigos, salvó á la señora, y la trajo en triunfo á las naves. Resolvióse entónces que la princesa visitara á España, tanto como arbitrio de dar mayor lustre al triunfo de las dos coronas, como á fin de ponerla á salvo, por algun tiempo, de las tentativas del caudillo caribe, quien es demasiado poderoso y guerrero para que pueda hacerle fren-

te una raza tan mansueta como la de Mattinao.

—Eso está muy bien, señor, y ya lo he sabido; pero ¿en qué consistió que esta princesa no se presentara con los demás Indios que componian vuestro séquito, en el recibiento público que hizo la ciudad.

—Manifestó Don Luis un desco de que tal no aconteciese, y yo le di mi benia, para que él y su encargada se diesen á la vela desde Palos en derecho, con la esperanza de volver á juntarnos en Barcelona. Uno y otro juzgamos á la señora Ozema demasiado superior á sus compañeros, para que fuese decoroso exhibirla á los ojos del vulgo en un alarde de esta naturaleza.

—No faltó finura en la determinacion, aun cuando hubiese poquísima prudencia en determinalla, observó la reina con algun tanto de secatura. Ya la Ozema habia pasado algunas semanas só lo tutela de Don Luis.

—Tiene razon Vuestra Alteza; pero la ilustre jóven ha sido puesta bajo la salvaguardia de la señora marquesa de Moya.

—¿Y ha sido este un paso muy discreto, Don

Cristóval, ó tan prudente que á él debiérais haber accedido?

—Señora! exclamó Luis, incapaz por mas tiempo de restringir sus sensaciones.

—Silencio; jóven! comandóle Isabel; no tardaré en interrogáros, cuando falta os haga toda vuestra agudeza para que alisteis las contestaciones adecuadas. ¿Y esta indiscrecion no la vitupera vuestro prudente juicio, señor almirante?

—Esta pregunta, señora, así como sus motivos, me son completamente nuevas: tengo la mas implícita confianza en el honor del conde; además que me consta que hace tiempo ha dado su corazon á la mas hermosa y digna doncella de España; amen de que mi ánima ha estado tan absorta en los graves asuntos referentes á los intereses de Vuestra Alteza, que poco lugar le ha quedado para detenerse en cosas mas mezquinas.

—Bien os creo, señor, y ya teneis asegurada mi indulgencia. Sin embargo; para un sugeto tan esperto, fué sin duda una triste indiscrecion confiarse en la inconstancia de un alma veleidosa, que daba vida al cuerpo

de un rapaz liviano y vagamundo. Y ahora; conde de Llera, tengo que deciros lo que difícilmente contestar podreis. ¿Dais por cierto cuanto hasta ahora se ha dicho?

—Todo es la pura verdad; escelsa ama mia. Don Cristóval no puede tener motivos de equivocarse, aun cuando capaz fuese de semejante debilidad. Creo que mi casa no ha sido notable en España por sus caballeros indignos ni desleales.

—Hasta ese punto estamos de acuerdo. Si vuestra casa ha tenido el infortunio de producir un corazón falso y perverso, á lo ménos suya es la gloria—dijo la reina mirando de soslayo á su amiga—de dár nacimiento á otras personas que igualar pueden en constancia á las almas mas heróicas de los pasados tiempos. El lustre que condecora el nombre de Bobadilla no depende precisamente de la fidelidad y veraces juramentos del que hoy se considera como cabeza de su solar, pero... servios escucharne, señor, y no habéis sino cuando os siais preparado á responder á mis preguntas. ¿Es cierto que en estos días últimos os hayan inclinado vuestras ideas hacia el santo matrimonio?

—Señora, tal confieso. ¿Es alguna ofensa el soñar en la honrosa terminacion de una solicitud, seguida por tiempo luengo; y la que me habia atrevido á esperar estuviese finalmente á la piqueta para recibir vuestra propia y real aprobacion?

—Luego sucede lo que me temia, Beatriz! esclamó la reina; y este ser amable é inculto ha sido engañado por un casamiento de burleta; pues que ningun vasallo de Castilla osaria hablar del matrimonio así, en mi presencia, con el conocimiento interior de que sus votos habian sido tributados á otra muger efectiva y legalmente. Ni así insultarse habria á la iglesia y al trono, aunque fuese el ofensor uno de los hombres mas perdidos de España.

—Vuestra Alteza me habla con demasiada crueldad, aun mientras se espresa en enigmas. ¿Me dais la libertad de preguntaros si aludis á mí en tan cortantes observaciones?

—¿De quién estaria yo hablando si nó, á quien pudieran aludir mis palabras? Jóven corrompido, vuestra conciencia deberá daros el sentido interior de vuestra indignidad; sin em-

bargo, os atreveis á erguir la frente en presencia de vuestra soberana; aun mas todavia, á mirar con rostro de bronce á esa jóven sufriente y sencilla; y á presentaros á ella con un semblante tan sereno cual si sostuviese su calma la inocencia mas pura.

—Señora, aunque yo no sea ningun ángel, por muy dispuesto que me sienta á creer que Doña Mercedes tenga un justo título á serlo; y ni aun pueda yo pretender á la plaza de santo famoso por su perfecta pureza, quizás... en fin, y por último, señora, soy Don Luis de Bobadilla, que está tan distante de merecer estos reproches como de ser acreedor á la palma del martirio. Permitidme, señora, pregunte con toda humildad, ¿qué clase de falta he cometido?

—La muy sencilla de que habeis, ó bien engañado cruelmente, por medio de un casamiento fingido, á esta inculta y sencilla princesa indiana, ó habeis con inaudita insolencia manifestado un deseo de desposaros con otra muger, hollando los votos que en favor de otra pronunciado hubisteis al pie del ara santa. ¿Vos mismo sabreis de cual de estos dos crimines sois culpable?

—¿Y vos tambien, tia... y tu, Mercedes, tu tambien me has creido capaz de cosa semejante?

—Recérome que sea demasiado cierto! contestó la marquesa con frialdad; las pruebas estan patentes á tal punto, que solo un infiel pudiera negarles el crédito.

—Mercedes!

—No, Luis, respondió la generosa doncella castellana, con un entusiasmo y sentimiento que echó al suelo las barreras de toda restriccion convencional.—No te juzgo tan bajo como todo eso; solo te considero incapaz de contener tus inclinaciones vagarosas. Conozco tu corazon demasiado bien, y tu honor mas que demasiado, para suponer en tí otra cosa que cierta debilidad, contra la cual lucharías á la fuerza, aunque posible no te es.

—Lado sea Dios por esto, y loada su Madre Santísima! exclamó el conde quien apenas habia osado respirar mientras hablara Mercedes. Todo puede sobrellevarse; menos el que de mí semejante concepto tuvieras.

—Preciso es poner un término á esto, Beatriz mia, dijo la reina, y el medio mas sencillo.

para conseguirlo es, que procedamos sin demora á los hechos. Venid acá, Ozema, y haced que vuestro testimonio decida este asunto sin necesidad de ulterior apelacion.

La jóven India, quien ya comprendia el castellano mucho mejor de lo que podia espresarse en el mismo idioma, aunque estuviese muy distante aun de tener un concepto exacto de todo lo que se decia, obedeció al punto, pues que toda su alma se hallaba absorta en lo que estaba pasando; mientras que sus mientes se veian chasqueadas cada vez que se empeñaban en comprenderlo á fondo. Solo Mercedes habia notado lo que tenia lugar en el interior de la estrangera, en virtud de que se lo reveláran los cambios de su fisonomia, mientras Isabela emitia sus reproches, y Luis sus protestaciones en retrueque; siendo tales los signos que se aparecian en el semblante de la Haitiana que era imposible desconocer en ellos cuan grande fuese el interés que por nuestro héroe se tomase.

—Ozema! prosiguió la reina, hablando despacio, y con lentísima claridad, á fin de que la preguntada pudiese entender el significado de todas sus espresiones.

—Decidme, ¿estais casada, ó no, con Don Luis de Bobadilla?

—Ozema esposa de Luis, contestó la jóven riéndose y ruborizándose, Luis esposo de Ozema.

—Esto está tan claro como hacerlo pueden las palabras mas decisivas, Don Cristóval; y no sube á mas de lo que ya esta muger me ha repetido veces mil, obligada por mis preguntas tan frecuentes como ansiosas.

—¿Cómo y cuando, princesa, se casó con vos Don Luis?

—Luis casó Ozema con religion—con religion español. Ozema casó Luis con amor y deber... con manera de Haiti.¹⁹¹

—Señora, dijo el almirante, esto es muy extraordinario, y de buena gana quisiera investigar lo yo. ¿Me dá licencia vuestra alteza para que lo investigue?

—Haced como gustéis, señor, repuso la reina con visible frialdad.—Mis propias mientes mas que satisfechas están; y atañe á mi justicia el obrar sin demora.

—Conde de Llera, preguntó Colon gravemente á su amigo, ¿admitis ó negais que sois esposo de Ozema?

191. Traducción exacta de las palabras de Ozema: *Luis wed Ozema with religion—with Spaniard's religion. Ozema wed Luis with love and duty—with Hayti manner* (TO, p. II-199).

—Señor almirante, niego el cargo de pies á cabeza. Ni yo con ella me he casado, ni el pensamiento de hacer tal cosa, como no fuese con Mercedes, se ha ocurrido á mi pensamiento jamás.

El mancebo dijo esto con premura, y con la abierta franqueza que formaba un encanto principal en sus maneras.

—¿No la habeis agraviado, ni dadola derecho para consentirse que el matrimonio era vuestra mira mas santa?

—No, y mil veces no. Mi propia hermana no hubiera respetádola yo mas que de mí respetada ha sido Ozema, como bien puede verse por el hecho de haberla puesto bajo la salvaguardia de mi querida tia, y en la compañía de Doña Mercedes.

—Este parece muy razonable, señora, dijo Colon; pues que el hombre respeta á tal grado la virtud en vuestro sexo, que está remiso en ofendella; aun en medio de sus mayores liviandades.

—En oposicion á estas protestas, y á tal flujo de virtudes sublimes, seor Colon, tenemos el sencillo testimonio de una muger, poco ave-

zada en el disimulo—el de un alma demasiado inocente para que en ella pudiere caber engaño, y la cual posee rango y tiene derechos á unas esperanzas, que harian semejante fraude tan innecesario como indigno seria. Beatriz, cuento con tu apoyo, y estoy segura de que no podrás ballar disculpa en pró de este desleal caballero, aunque en algun tiempo haya sido prez y honra de tu propio corazon.

—Señora, á eso no me es dado contestar en la afirmativa. Cualesquiera que hayan sido los deslices del rapaz¹⁹² bien sabe el Cielo que no es corto su número—el engaño ni la falta de veracidad entraron nunca en la suma de ellos. Aun he achacado el modo con que ha puesto á mi cuidado la custodia de esta princesa á los impulsos de un corazon que no tenia por objeto disimular los errores de su cabeza, y en la esperanza de que la presencia de la jóven protegida me diese mas pronto el conocimiento de la verdad. Quisiera que se interrogára mas de cerca á mi huésped ilustrado, á fin de que nos cerciorásemos de si alguna estraña ilusion se hubiere apoderado de sus sentidos.

—Eso es muy justo, observó Isabela, cuyo

sentido de la justicia siempre la encaminára á profundizar los méritos de todo asunto, sujeto á su decision.--De sus resultas dependen los destinos de un grande de España, y razonable es que se le conceda campo libre para que le sea dable vindicarse de tan indecorosa acusacion. Señor conde, podeis interrogarla en nuestra presencia, respecto á todos los fundamentos de investigadura.

—Señora, mal estaria á un caballero formarse en batalla contra una señora, y mayormente, perteneciendo esta á la clase, y acostumbrada á los usos de la estrangera que en presencia de Vuestra Alteza se halla—contestó Don Luis con altivez, mientras al espresarse de este modo se le subia la sangre á las mejillas, conociendo que á Ozema le era imposible ocultar su inclinacion hácia él. *Si se hace necesario tal deber, el cumplimiento de sus funciones sentaria mejor á cualquiera otra persona que á Don Luis de Bobadilla.*

—Como que la incumbencia de castigar ha de caer sobre mí, observó con calma la reina, tomaré á mi cargo tan desagradable tarea.—Señor almirante, dado no nos es el esquivar cual-

quiera obligacion que nos allega al mayor atributo de Dios, esto es á su justicia.—Princesa dicho nos habeis que con vos se ha casado Don Luis, y que os considerais como esposa legitima de él. ¿Donde y cuando os unisteis con el jóven conde en presencia de un preste?

Tantas tentativas se habian hecho para convertiz á Ozema á la religion cristiana, que á la princesa de Haiti se la veia mas familiarizada con los términos conéxos con los dogmas religiosos, que con ninguna otra parte del idioma castellano, aunque presentase su alma una confusa pintura de obligaciones imaginarias y de cualidades místicas. Semejante á cuantos no son adictos á las abstracciones, su piedad estaba mas en relacion con las formas que con los principios, y mejor dispuesta se hallaba la vírgen de los bosques á admitir la virtud de las ceremonias eclesiásticas que la importancia de su fé. Asi es que habiendo comprehendido la pregunta de la reina, contestóla sin doblez y sin ninguna intencion de engañar.

—Luis casó Ozema con cruz de cristiano, dijo la jóven, apretando contra su seno el emblema santo que el mancebo dádole hubiera en

un momento de infinito peligro, y del modo que ya saben nuestros lectores.—Luis pensar iba á morir—Ozema pensar iba á morir—ambos desear ser esposos, y Luis casar con cruz, como buenos españoles cristianos—Ozema casó Luis en su corazon, como Haiti, señora, en su propio pais.

—Aquí existe alguna equivocacion, algun triste error, que nace de la diferencia de idioma y de costumbres, observó el almirante—Don Luis no ha sido culpable de semejante engaño. Yo presencié el ofrecimiento de esa cruz, el cual se hizo en la mar, durante los horrores de una borrasca, y de modo que me diera del señor conde el concepto mas alto, pues que le ví olvidar su propio peligro á fin de interesarse por un alma ofuscada completamente con las tinieblas de la idolatria. Allí no hubo nada de casamiento; y nadie, á no ser que por mera ignorancia equivocase nuestros usos, imaginarse pudiera que habia pasado otra cosa que la de dar, en un peligro tan extremo, y con el solo fin de que pudiera serle útil esa reliquia sagrada á una persona, que todavia no hubiera disfrutado de las ventajas del bautismo

ni de los buenos oficios de la madre iglesia.

—Don Luis ¿confirmais esta declaracion, y no teneis inconveniente en jurar que solo con este fin presentásteis la cruz á la princesa? preguntó Isabel al jóven conde.

—Señora, no! es mas que la verdad. Mirá-bamos la muerte de hito en hito, y yo sentia que esta infelice espatriada, la cual entregado se hubiera á nuestra cura, con la sencilla confianza de un párvulo inocente, necesitaba de algun consuelo; y ningun solaz en tan tremendo instante me pareció tan á propósito como ese recuerdo de nuestro Salvador bendito, y enseña de nuestra propia redencion. Figuróse-me á lo ménos, que despues del bautismo, era el áncora inmediata para su salvacion!

—¿Os habeis presentado alguna vez con esta jóven delante de un sacerdote, á abusado por medio alguno de su simplicidad?

—Señora, y reina mia; el engaño en mi naturaleza no está, y confesaros hé mis debilidades todas, en cuanto referencia tienen á esta princesa indiana. Su belleza y sus maneras seductoras, hablan por si mismas, asi como su similitud á Doña Mercedes de Castilla. Esta

última circunstancia me aficionó grandemente á ella, y si mi corazón no hubiera sido ya pertenencia de otra, orgullo mio fuera el nombrar á Ozema esposa mia. Mas para eso nos vimos tarde; y hasta la semejanza me conduco á hacer comparaciones, en las cuales una muger, criada en la ignorancia y en el paganismo, justo era que llevase la desventaja. No niego que hácia Ozema, me han inclinado algunos momentos de ternura; pero que estos hayan podido suplantar el amor que á Mercedes profeso, niégolo á pió juntillo. Si tengo que acusarme de alguna falta, respecto á Ozema, consiste esta en que no siempre me ha sido dable suprimir las sensaciones que su similitud con Doña Mercedes, y su propia é ingénuo sencillez—mas especialmente lo primero—hicieran nacer en mi corazón. Fuera de esto, nunca, nunca, ni en palabra ni en obra he ofendido al ídolo de mi adoración.

—Esos Beatriz, son los íacentos de la verdad y de la rectitud. Tu conoces al conde mejor que yo, y mas fácil te es asegurar hasta que punto creer podemos en estas esplicaciones.

—Con mi vida, querida ama, respondo de

su veracidad. Luis nada tiene de hipócrita, y me regocijo—oh! y hasta que grado me regocijo!—al hallarle capaz de ofreceros esta hermosa vindicación de su conducta. Ozema, que ha oído hablar de nuestras ceremonias matrimoniales, y ha visto con cuanta devoción acatamos la cruz, equivocado ha su propia posición, así como también los sentimientos de mi sobrino, suponiéndose esposa, cuando una joven cristiana no hubiera padecido engaño tan cruel.

—Esta probabilidad, señores, es harto plausible, dijo la reina, espresándose con toda la susceptibilidad sensible que era propia de su sexo, por no decir de sus derechos propios.—Este asunto hiere la delicadeza de una dama, prescindiendo que esta sea nada menos que una princesa. Es decoroso que toda investigación ulterior solo tenga lugar entre hembras; al paso que confío en vuestro honor como noble, y caballeros, que cuanto se ha dicho esta noche jamás se repita entre las conversaciones familiares de los hombres. Yo me constituí tutora y guarda de la princesa Ozema; y vos, conde de Llera, sabreis mañana mi decisión fini-

quita, respecto á vuestras pretensiones con Doña Mercedes.

Como esto se dijo con toda dignidad régia á par que femenil, ninguno de los presentes se atrevió á vacilar y haciendo el acatamiento de costumbre, Colon y nuestro héroe se salieron del cuarto. Muy avanzada se hallaba la noche cuando la reina se separó de Ozema; pero lo que pasó en aquella entrevista aparecerá en las escenas que aun tenemos que describir.

CAPITULO IX.



Mientras se hundia la pálida criatura,
Sin que una mano su favor prestara,
Vi que tu seno la piedad hinchara,
Cual pechera de cisne, blanca y pura
Que sobre el agua en gracias mil se eleva,
Y por eso te adoro, Geneveva.

COLERIDGE. 193

CUANDO la reina se halló á solas con Ozema y Mercedes, pues quiso que estuviera presente esta última, comenzó á deslindar el asunto del casamiento, con toda la ternura de un alma sensitiva y delicada, al mismo tiempo que una sinceridad

TOMO III.

23

que hacia imposible todo futuro error. Las resultas demostraron cuan natural y cruelmente se habia engañado á si misma la jóven belleza haitiana. Ardorosa, confiante, y acostumbrada á que se la tuviese por objeto de admiracion general entre los suyos, habiase imaginado Ozema, que sus propias inclinaciones halláran correspondencia en las del mancebo castellano. Desde el momento de verse por primera vez, con el instinto penetrante, que es dote de su séxo, conoció la jóven que la habian admirado, y, al ceder á este rebozar de sus propios sentimientos, fué casi una necesaria consecuencia de sus relaciones con Don Luis el que se consintiese en que fuesen reciprocas. La misma falta de espresarse en voces inteligibles, obligando á sustituirlas con miradas y gesticulaciones, contribuyera al error; y debemos acordarnos que la constancia de nuestro héroe no padeciò vaiven ninguno, aunque se habia sujetado á pruebas asaz severas. El falso significado, adicto á la palabra Mercedes, habia aumentado sobre manera la ilusion, que llegó á su colmo, en virtud de la terneza varonil y del esmero con que la tratára Luis en todas oca-

siones. Hasta el rigido decoro, observado invariablemente por el de Llera, y el estricto respeto personal que hácia su protegida mantuviera, hicieron tambien su efecto en las sensaciones de la jóven inculta; pues aunque silvestre y sin luces como habia sido su crianza, el instinto profundo é inerrante de su misma falta de instruccion y su endebleza, cual se advierte en la mayor parte de los que carecen de esta ventaja, avisaban á su naturaleza que era muy grande el poderio que sobre las almas cultivadas y fuertes estaba ejerciendo. Agréguese á esto los esfuerzos que se hacian á fin de imbuirle algunas ideas de religion, y los hondos y lamentables errores que, imperfectamente esplicados, y aun peor comprendidos, á causa de sus sutilezas, se grababan en su ternísima alma. Creia Ozema que los Españoles adoraban materialmente la cruz. Velala delantera en todas las ceremonias públicas, notaba que de rodillas hacíasele acatamiento, y que en apariencia se la invocaba en todas las ocasiones que exigian compromisos mas solemnes que de ordinario. Siempre que un caballero hacia un voto, besaba la cruz de la empuñadura de su espada. La

gente de mar la contemplaba con reverencia, y el almirante mismo habia hecho que se erigiera una como signo de su derecho sobre el territorio que le fuera cedido por Guacanagari. En una palabra, figurábase su ineducada imaginacion que era la cruz una prenda establecida para garantizar el fiel cumplimiento de todos los contratos. Con frecuencia habia ella visto y admirado la preciosa alhaja que en forma de cruz engalanaba el cuello de nuestro héroe, y como la costumbre de su pais requiriera un trueque de prendas de valor, como prueba de afianzamiento matrimonial, imaginóse, al recibir aquella tan codiciada joya, que la entregaban un signo de que Luis la tomaba por esposa, en el instante que la muerte iba tal vez para siempre á separarlos. Mas allá de esto, ni su sencillez ni sus afectos la inducian á raciocinar ni á creer.

Pasóse una hora antes que pudiese Isabel esprimir y eliminar de Ozema todos estos hechos, aunque no fuese la intencion de la jóven India ocultar un ápice de cuanto sintiera; y en verdad, tampoco tenia que ocultar cosa alguna. Aun quedaba por desempeñarse la par-

te mas dolorosa de la emision. Tratábase de una jóven sincera y sencilla, á quien era preciso desengañar, enseñando á su corazon unas lecciones de insufrible amargura. Hizose esto sin embargo; y la reina creyendo preferible disipar de una vez toda ilusion sobre este particular, consiguió por fin dar á entender á Ozema, que antes que el conde la hubiese visto á ella, habíanse depositado sus afectos en Mercedes, quien era, en verdad, su esposa legitima. Nada puede haber mas tierno ni mas fementilmente blando que el modo en que la reina hizo esta comunicacion á la beldad indiana; pero el golpe fué profundo, é Isabela se echó á temblar, previniendo las consecuencias de su propia accion. Nunca antes aquella incomparable madre de su pueblo habia atestiguado el prorrumpir de las pasiones en un alma tan completamente inculta, y la imágen de lo que habia presenciado azoró sus turbados ensueños durante muchas noches sucesivas.

Respecto á Colon y á nuestro héroe quedaron ambos completamente á oscuras, durante la siguiente semana. Verdad es que Luis recibió de su tia una escuela muy solazadora al

dia siguiente de su entrevista con la reina, y que un page de Mercedes, guardando el mayor sigilo le puso en las manos la cruz que por tanto tiempo habia engalanado su cuello; pero, á escepcion de estas dos ocurrencias, vióse el mancebo reducido á sus propias conjeturas. Sin embargo, no tardó en llegar el momento de las esplicaciones, y recibió el conde de Llera un aviso para que se presentase en el cuarto de la marquesa de Moya.

Al llegar al salon, y contrario á lo que esperaba, no halló en él Don Luis á su tia, ni á otra persona alguna. Preguntando al page, que le habia servido de uger, recibió por respuesta que aguardase allí hasta que se le presentára una persona que iba á recibirle. No era la paciencia por cierto una virtud demasiado sobresaliente en el carácter de nuestro héroe, quien se ocupó en pasear la vivienda arriba y abajo, un buen rato, antes de que se le insinuase con el mas leve signo que habia quien de su visita se acordara. Al ir cabalmente á llamar á alguien de la servidumbre, con el objeto de que pasase un nuevo recado, abrióse con lentitud una puerta, y se le presentó Mercedes.

La primera ojeada que dirigió el jóven á su pretendida le dió á conocer que una profunda ansiedad mental la traia mal parada. La mano que ansioso levantó el conde á sus labios estaba trémula, y el color en las megillas de la virgen iba y venia, de modo suficiente para mostrar que se hallase próxima á desfallecer. Sin embargo, rehusó aceptar el vaso de agua que Don Luis la ofreció, desechandolo con una demayada sonrisa, y haciendo seña á su amante para que tomase una silla, ocupó ella con serenidad un escaño, asiento humilde del cual servirse acostumbrára en la presencia de la reina.

—He solicitado esta entrevista, Don Luis, comenzó Mercedes, tan luego como hubo tomado tiempo para dominar sus sensaciones—á fin de que en adelante no tengamos motivos para equivocar nuestros sentimientos y deseos. Os han sospechado de haber contraído matrimonio con la princesa Ozema; y un momento hubo en que estuvisteis en el borde de la perdicion, á causa del displacer de Doña Isabela.

—Pero, Mercedes bendita, ¹⁹⁴tu á lo ménos jamás me imputaste ese acto de engaño y de infidelidad!

—Os hablé con todas las veras de mi alma, señor conde—pues os conocía harto bien para sospechallo. Estaba segura de que cuando Luis de Bobadilla se resolviera á dar un paso semejante, tambien tendria la entereza y el valor de confesarlo sin vacilamiento. Nunca yo, ni por un instante creí que os habiais casado con la princesa.

—¿Y á qué vienen entónces esas miradas tan frias y á un lado vueltas? ¿Por qué esos ojos buscan el suelo en vez de acudir gozosos al encuentro de unas ojeadas en las cuales se deleita el amor? ¿Qué significan esas maneras, que si bien no manifiestan un ódio decidido, dan á entender cierta reserva y distancia que entre nosotros jamás hubiera yo supuesto que existir pudiesen?

Mudó de color Mercedes, y mantúvose sin contestar por espacio de un minuto, durante cuyo corto intervalo parecióle dudoso el poder llevar á cabo su propio designio. No obstante rehaciendo su valor, continuó el coloquio en los mismos términos que antes.

—Escuchadme, Don Luis, prosiguió la bel-
dad castellana,¹⁹⁵ porque mi historia será breve.

Cuando dejásteis á España, impulsado por mí, con el objeto de emprender ese grandioso viage, mucho era el amor que me teniais, y de tan grato recuerdo no habrá poder sobre la tierra que privarme consiga! Si, entonces *me* amábais y á *mí* tan solo. Nos despedimos, despues de un trueque de mútua fé; y no pasó un dia, durante vuestra ausencia, sin que no se me fuesen horas enteras puesta de hinojos, rogando al cielo favoreciera al almirante y á sus valientes seguidores.

—Amadisima Mercedes! no es estraño que la buena ventura haya coronado nuestros esfuerzos; pues que las preces de tal intercesora no pudieron menos de ser atendidas.

—Os suplico, señor que me escuchéis. Hasta el dia portentoso que trajo nuevas de vuestro regreso, ninguna esposa castellana pudo sentir mayor interés por el hombre eu quien todo su esperar ancorado tuviese, que en pró de vos yo senti. A mis ojos presentábase el porvenir brillante y lleno de luz esperanzosa, aun cuando ofuscase lo presente una niebla de temor y de duda. El mensajero que vino de batidor á la corte, fue quien me hizo abrir los ojos para ilus-

trarme acerca de las tristes realidades del mundo, y enseñóme la dura leccion que la gente jóven siempre aprende con lentitud—quiero decir la del desengaño. Entónces fué cuando primero oí hablar de Ozema, de lo mucho que su beldad admirábais, y de vuestra prontitud en sacrificar vuestra vida por favorecella

—San Lucas bendito! Qué! ¿se atrevió el helitre de Sancho á herir tus oidos, Mercedes, con insinuacion ninguna que lastimase la fuerza ni la constancia del amor que te profeso?

—Nada ha referido que verdad no fuese, Luis, y no le vituperes por lo tanto. Preparada me hallaba á algun contratiempo de resultas de su relacion, y agradezco á Dios, que vino sobre mí por tan lentos grados, que me dió el tiempo suficiente de preparacion para oirlo. Luego que vi á Ozema, dejé de extrañar la mudanza de tus sentimientos, y apenas reprochártela pude. A su hermosura, creo, que pudieras haberte resistido; pero la adhesion sincera que te profesas, su candidez, su atractivo abandono, y su modesta jovialidad y naturaleza son suficientes para hacer que un amante olvide a una doncella española.

—Mercedes!

—No, Luis, dicho os he, que no os echo la culpa. Mas vale que haya caido sobre mí este golpe ahora, que cuando de resistillo no hubiera sido capaz. Cierta cosa me dice, que, como muger legítima vuestra, hubiera yo sucumbido so el gravámen de un afecto marchito; ahora empero me queda abierto el claustro, y á mi alcance los esponsorios con el hijo de Dios. No me interrumpais, Luis,—añadió la virgen hermosa, sonriéndose dulcemente; pero con un esfuerzo que denotaba cuan difícil le era aparentar serenidad.—Dura lucha me cuesta el proferir una palabra, y respecto á argüir conozco mi total impotencia. No habeis sido capaz de restringir vuestros afectos, ni de hacer resistencia á las estrañas novedades que á Ozema han circuido, asi como tampoco á su hechicera ingenuidad; á esto debo yo mi pérdida; á esto debe ella su ganancia. Es la voluntad del Altísimo, y procuro convencerme que ha de redundar para mí en eterna ventaja. Si en efecto me hubiese yo casado contigo, la ternura que aun ahora está rebozando en mi pecho—pues no pretendo ocultarla,—se hubiera bencidó hasta el punto de su-

plantar el amor que á mi Dios le debo; así, mas vale que hayan tenido las cosas este desenlace. Si la felicidad no ha de ser mi dote sobre la tierra, asegurarla habré en un mundo porvenir... Pero no por eso perderse ha en este la felicidad toda: aun me es dado orar en pró vuestra, así como en favor mio; y vos y Ozema, de todos los seres sobre la faz del globo, tendreis siempre en mis preces el lugar favorito.

—Esto es maravilloso, Mercedes, .. tan cruel, tan intempestivo é injusto, que apenas puedo creer á mis propios oídos!

—Dicho os he ya que la culpa no es vuestra. La hermosura y franqueza de Ozema son mas que suficientes para justificaros; porque los hombres ceden á los sentidos, mas bien que al corazón, en el escogimiento de sus amores. Luego—aquí Mercedes se encendió en vivo carmin— una doncella haitiense puede valerse de un poderio que le estaria mal á una damisela cristiana. Y ahora llegaremos á unos hechos que apuran por una pronta decision. Ozema ha estado mala... está mala... y de grave peligro segun creen su Alteza y mi tutora, y aun segun lo afirman los facultativos—pero en vuestro po-

derestá, Don Luis, el llevarla, como quien dijera, del sepulcro. Pasad á verla... decid tan solo la palabra que asegure su dicha... decidle, si todavia no os habeis casado con ella segun la costumbre de España, que lo hareis ahora... y aun mas, haced que uno de los sacerdotes, que la asisten constantemente, á fin de prepararla para recibir el santo bautismo, verifique la ceremonia esta mañana misma, y no tardaremos en ver á la princesa devuelta á ser la criatura jovial, risueña y radiante que se ostentára cuando por vez primera bajo nuestro cuidado la pusisteis.

—¿Y eso me dices á mí, Mercedes, con calma y deliberacion, cual si las palabras que tus labios emiten, fuesen las espresiones de tus mismisimos deseos y sentimientos?

—Con *calma*¹⁹⁶ puedo pareceros que lo digo, Luis, contestó nuestra heroína en tono ahogado,—y con *deliberacion* si que lo pronuncio. Casaros conmigo; mientras preferis á otra, no puede ser. ¿Por que nó entonces dejaros conducir á donde os guie vuestra alma? El doto de la princesa no será pequeño; por que una hija del claustro poco necesita el oro, y para nada le hacen falta las haciendas!

196. Estas palabras también en cursiva en el original.

Fijó Luis los espantados ojos en la entusiasta doncella, la que ahora se presentó á su vista aun mas amable; en seguida levantándose, anduvo por la habitacion durante algunos tres ó cuatro minutos, cual si quisiese domeñar á fuerza de accion física la agonía mental. Luego que hubo conseguido sosegar un poco, volvió á su silla, y tomando cariñoso la mano que Mercedes sin resistencia le abandonára, replicó á la propuesta extraordinaria de la jóven.

—El velar tanto cabe el lecho de tu enferma amiga, y la cavilacion continua sobre esta materia, te han trastornado un si es no es los sentidos. Ozema no tiene cabida en mi corazon por el medio que piensas, ni tuvo jamás otra en él que pasase de una inclinacion efímera y vagarosa.

—Ah! Luis, inclinaciones efímeras y vagarosas.—Tales—prosiguió la doncella apretándose el corazon con ambas manos—nunca tuvieron cabida aqui!

—Tu educacion y la mia, Mercedes, tus costumbres y las mias... aun mas tu naturaleza y los elementos mas toscos de la mia, no son ni pueden ser unos mismos. Si lo fueran no te ido-

latrára yo como ahora lo hago. Si no existieras, la certeza de casarme con Ozema, no labraria mi dicha. Mas existiendo tú, y amándote como lo hago, acarrearne hubiera tal desventura que lo la soportaria ni aun mi naturaleza tan boyante. Bajo ningun título puedo yo ser jamás el esposo de la India.

Aunque un destello de contento iluminó el rostro de Doña Mercedes por un instante, sus elevados principios y sus purísimas intenciones suprimieron en breve aquel momentáneo é involuntario triunfo, y hasta con gesto de reproche, emitió ella su respuesta.

—¿Es esto justo con referencia á Ozema? ¿No han abusado de su simplicidad esas inclinaciones efímeras y vagarosas? ¿No exige el honor que vuestros actos rediman ahora las prendas que cuando menos ha dado vuestra irreflexion?

—Mercedes... muger adorada... escúchame! Has de saber; que no obstante todas mis ligerezas y deslices, nada tengo de botarate. Jamás mi irreflexion ha dicho una sílaba que mi corazon no confirmára, y nunca ese corazon inclinado se ha á otro objeto que á ti. En esto consiste la gran distincion que establezco entre

ti misma y las demas que á tu séxo pertencen. No es la de Ozema la única forma, no son los suyos los solos encantos que puedan haber atraído de mis ojos una mirada vagamuuda, ó arrancando de ellos algun signo de admiracion tan insignificante como esento de malicia; pero, tu, amor mio tienes aquí dentro tu suntuario, y ya te contemplo como formando parte de m mismo. Si supieras cuantas veces tu sagrada imágen ha sido para mí una amonestadora aun mas fuerte que la conciencia; en cuantas ocasiones el recuerdo de tus virtudes y de tus afectos, han vencido, cuando hasta la idea del deber; de la religion y las lecciones de mis dias pueriles habian sido olvidadas, comprenderias la diferencia que he y entre el amor que te profeso, y esas que en befa has repetido como inclinaciones efimeras y vagarosas.

—Luis, yo no debia escuchar esas alicientes palabras, que provienen de una bondad de corazon, que solo me ahorraria un dolor actual para hacer al fin mas profundos mis quebrantos. Si tus afectos nunca padecieron mudanza ¿por qué la cruz que por despedida te di, pasó de tus manos á poder de otra persona?

—Mercedes, tu ignoras las tremendas circunstancias en que nos hallábamos cuando me deshicé de la cruz. Mirábamos de hito en hito la muerte, y yo dí la bendita alhaja como un simbolo que ayudar pudiese á un alma pagana en su último apuro. Que aquella dádiva, ó mas bien lo que presté por unos momentos, se equivocó por una prenda matrimonial es un desgraciado error, que tu propio conocimiento de los usos cristianos te dirá no estaba á mis alcances preveer; de lo contrario, ahora pudiera yo reclamarte como á esposa mia, en atencion á que tu fuiste quien primero me la endonaste.

—Ah Luis, cuando te di aquella cruz quise entendieras que te garantizaba mi fé para siempre.

—Y cuando me la devolviste, en esta semana ¿qué solucion he de dar á tu deseo?

—Te la remiti, Luis, en un instante de esperanza reviviente, y en obediencia á una orden de la reina. Su Alteza es ahora tu amiga firme, y todo su anhelo es vernos unidos, pero lo impide la triste condicion en que Ozema se halla, á quien todo se le ha explicado.—Todo, segun me temo, escepto el verdadero estado de tus

sentimientos, en cuanto respecta á entrambas.

—Doncella cruel! ¿Será cosa de que jamás se me crea?—de que nunca vuelva yo á ser feliz? Júrote, queridísima Mercedes, que tu sola eres la dueña absoluta de mi corazón.—Que en compañía tuya, contentariame de vivir en una choza, y que sin ti, yo fuera desgraciado sobre un trono. Bien podrás creer esto, cuando me veas hecho un infelice, vagando por la tierra, indiferente tanto á los objetos cuanto á las esperanzas, tal vez despreciando mi opinion misma, quizás porque solo en tus manos estuviera hacerme y conservarme el hombre que ser debería. Acuérdate, Mercedes, de la influencia que tener te es dado; que tener debes, que tener has sobre un jóven de mi temperamento y pasiones. Ha tiempo que considerado te he como á mi angel tutelar, como á un genio que á sus antojos puede amoldarme, y hacerme subir cuando caen otros. Contigo si esceptuas la impaciencia que tus dudas originan, ¿no soy siempre tratable y mansueto? ¿Has visto que Doña Beatriz me cobre el diezmo siquiera del poder que sobre mí egerce, y has dejado tú vez alguna, de domar mis humores mas escétricos y temerarios?

—Luis, Luis, nadie que lo haya conocido ha dudado nunca de tu corazón! Detúvose Mercedes, mientras el trastorno de su faz probó que la enérgica sinceridad de su amante, casi había hecho vacilar sus dudas respecto á su constancia. Siempre, sin embargo, retornaban sus pensamientos á las escenas del viage, y su imaginacion la religaba al lecho de la mal ferida princesa Indiana. Despues de una pausa que duró un minuto, prosiguió la jóven en tono sumiso y humillador—No negaré cuanto solaza á mi corazón, el oír semejante lenguaje, que mucho me temo he escuchado con demasiada prontitud—añadió ella.—Sin embargo, difícil lo encuentro el creer que puedas olvidar nunca á una que hasta ha arrostrado los ataques de la muerte, á fin de cubrir tu cuerpo contra las saetas de tus enemigos.

—No creas eso, amada Mercedes; tú en el lugar de Ozema habrias hecho otro tanto, y así he de considerarlo siempre.

—El deseo lo tendria yo, Luis; prosiguió la jóven, con los ojos bañados en lágrimas, pero quizás no fuese mio tal poder.

Lo harias... lo harias... te conozco demasiado para dudarlo.

—Si pecado no fuese, envidiaría á Ozema. Temo que de eso has de pensar, luego que tu ánimo se canse de los atractivos que hayan perdido su novedad.

—Tú no solamente lo harías, sino aun mucho mejor. Además que Ozema se espuso en querella propia, mientras tú en la mía espuesto te hubieras.

Volvió á enmudecer Mercedes, y pareció reflexionar profundamente. Habíansele iluminado los ojos con las halagüeñas aseveraciones de su amador, y, en despecho del generoso consagramiento con el cual había resuelto hacer sacrificio de sus propias esperanzas, á lo que ella se imaginára hubiera hecho feliz á su amante, la influencia seductora del afecto correspondido, iba á toda prisa readquiriendo su poder.

—Ven conmigo, Luis, para ver á Ozema, continuó ella por fin.—Luego que la veas, en su estado presente, entenderás mejor tus propias intenciones. No debí haberte permitido que hicieses resuscitar tus antiguos sentimientos, en una entrevista privada, sin que Ozema se hallase presente; eso sería equivalente á decidir en juicio, sin oír mas que á una de las partes.

Y Luis,—aquí su rubor acrecentado, efecto del sentimiento, no de la vergüenza, puso á la jóven en extremo bella—y, Luis, y hallases motivo para mudar de lenguaje despues de tu visita á la princesa, por muy duro que sufrirlo me sea, puedes estar seguro de mi perdon por cuanto ha pasado, asi como tambien de mis oraciones...

Hondos sollozos interrumpieron á Mercedes, quien se detuvo un instante para enjugarse las lágrimas, y rechazando la tentativa de Luis para estrecharla entre sus brazos, á fin de consolarla, con unos celos sensitivos de las resultas; sensacion sin embargo, en que tuvo mas parte la delicadeza que el resentimiento. Luego que se hubo secado los ojos, y hecho desaparecer los demás indicios de su agitacion, sirvió de guia á su amante para conducirle á las habitaciones de Ozema, donde se esperaba la presencia del jóven.

Sorprendióse Luis al entrar en el cuarto; un poco por hallarse en presencia de la reina y del almirante, y mas al advertir los destrozos que la frustracion habían hecho en las formas de Ozema. El rostro de la jóven india cubria una

mortal palidez; lanzaban sus ojos un brillo que parecía sobrenatural; y apesar de eso se la veía tan debilitada, que era preciso se recostase sobre unos cojines. Escapósele una exclamacion de inficticio deleite, luego que vió á nuestro héroe, y en seguida, se tapó la cara con las manos, en confusion infantil, cual si se avergonzáse de dar á conocer el gozo que sentia. Condújose Luis con varonil dignidad; pues aunque algo le pellizcase la conciencia, al traer á su recuerdo las horas que dejára transcurrirse en sociedad con Ozema, y el modo en que momentáneamente acatára la influencia de su hermosura y sencillez seductora, tomando el asunto por mayor, absolviase á si mismo de cuanto pudiera achacarsele como falta, y especialmente de haber sido desleal á sus primeros amores, y de toda idea de seduccion ni de engaño. Con el mayor respeto alzó á sus labios la *mano de la jóven Haitienne*, con una franqueza y ardor que denotaban la fraternal ternura y el respeto, mas bieu que la pasion ó las emociones de un amante. No se atrevió Mercedes á vigilar sus ademanes; al paso que no se le fué por alto la ojeada de aprobacion que diri-

giera la reina á su tutora, luego que su amante se allegára al lecho, donde Ozema yacia. Interpretó la virgen castellana¹⁹⁷ ésta mirada como señal de que el conde se habia conducido de una manera favorable á sus propios intereses.

—*Muy demudada y rendida hallais á la princesa Ozema*, observó la reina Isabel, á quien sola perteneciera interrumpir un silencio que ya parecia asaz cobibidor.—Nos hemos empeñado en ilustrar sus mientes respecto á nuestros dogmas religiosos, y á duras penas, y por fin, ha consentido en que se le administre el santo sacramento baptismal. Ahora mismo está el señor Arzobispo preparándose para la ceremonia en mi oratorio, y á la vista nuestra se halla la bendita perspectiva de rescatar de las garras del espíritu malvado esta alma preciosa.

—*Vuestra Alteza tiene siempre sobre el corazon el bien estar de sus súbditos*, dijo Luis haciendo un acatamiento profundo á fin de ocultar las lágrimas que la condicion de Ozema hacia que manáran de sus ojos. Mucho me temo que este clima nuestro haya sentádole mal á la pobre princesa de Haiti, pues que observé en

Palos y en Sevilla que cuantos Indios enfermaban, tenían poquísima esperanza de tornar á la salud.

—¿Es esto cierto, Don Cristóval?

—Señora, creo en mi ánima que es la pura verdad. Sin embargo, cuidádose ha de sus almas así como de sus cuerpos, y Ozema es la última de sus compatriotas, ahora en España, por recibir el rito santo del cristiano bautismo.

—Señora, dijo la marquesa, apartándose del lecho, con la sorpresa y el interés grabados en su semblante.--Recelo que despues de todo se han frustrado nuestras esperanzas. La princesa Ozema acaba de decirnos al oído, que es preciso se celebren en su presencia las nupcias de Luis y Mercedes antes de que ella se someta á entrar en el gremio de la iglesia por título ninguno.

—Esto, Beatriz, no dá á entender que se halle en perfecta razon, y sin embargo, ¿qué partido hemos de tomar respecto á un alma tan poco ilustrada con la divina luz que emana de arriba? Este es algun delirio pasajero, y quedará acalmado antes que el arzobispo se halle listo para la ceremonia.

—Tal no creo, señora. Nunca la he visto mas decidida ni despejada. Por lo comun la ve-

mos mansueta y tratable; pero ahora ha dicho lo que á Vuestra Alteza referido hé, tres veces consecutivas, y de modo que pone fuera de toda disputa la aseguanza de que habla de veras.

Allegóse la reina entónces al lecho de la jóven india, y habló á la enferma largo rato, y con cariñoso interés. Entretanto conversaba el almirante con Doña Beatriz, y otra vez acercóse el conde á nuestra haroina. Traslucíase en ambas la evidencia de las emociones; mientras apenas se atrevia á respirar Mercedes, sin saber lo que debería esperar. Pero unas cuantas palabras que le susurraron al oído, aseguróse la doncella, apesar de sus generosos esfuerzos de sentir en favor de Ozema, que era suyo el corazón de nuestro héroe. Desde aquel instante, desechó Mercedes todas sus dudas, y miró á Luis cual siempre habia acostumbrado.

Como es el uso en presencia de las personas reales, llevóse el coloquio en voz sumisa; pasándose un cuarto de hora antes que anunciase un page hallarse dispuesto el oratorio ó capillita, abriendo al entrar las puertas que conducian á este privado y doméstico santuario.

—Esta terca muchacha se mantiene en sus

trece, marquesa hija, dijo la reina separándose del lado del lecho, y no sé que contestarte. Es cruel no concederle los medios de conseguir la gracia divina, y sin embargo, la solicitud que hace á favor de tu sobrino y de tu pupila, páreceme súbita y fuera de tiempo.

—Respecto á eso podeis contar de antemano señora, con la indulgencia de mi sobrino; aunque mucho dudo que Mercedes se preste con igual facilidad á la medida. Su naturaleza misma es una mistura de religion y de decoro.

—Asi lo supongo yo. Una doncella cristiana deberá tener tiempo de sobra á fin de preparar su ánima para tan santo sacramento, con el auxilio de la prece y de la confesion.

—Y sin embargo, señora, he conocido á algunos desposarse sin requisitos tales. Un tiempo hubo en que Don Fernando de Aragon y Doña Isabel de Castilla no tuvieron escrúpulo porque esos requisitos les faltasen.

—Tal tiempo nunca existió, Beatriz. Tienes costumbre de hacer que retroceda la membranza mia á la época de las pruebas y de la juventud, siempre que te empeñas en que triunfe algun deseo de los tuyos, tan favorito como mal

considerado. ¿Y juzgas de todas veras que tu pupila prescindiria de la falta de preparativos y de tiempo?

—Señora, no se de lo que ella esté dispuesta á prescindir ; pero lo que si me consta es que si hay en España una muger, dispuesta en *espiritu*¹⁹⁸, en pró de los ritos mas sagrados de la iglesia, esa no puede ser otra que Vuestra Alteza misma, y si aun faltase quien, además, os señalaría á mi propia pupila.

—Anda, anda, Beatriz, la lisonja te sienta muy mal. Nadie se encuentra listo á todas horas, y á todos nos hace suma falta el vigilar incesantemente. Haz que Doña Mercedes me siga á mi cuarto, pues quiero hablar con ella sobre este asunto. A lo menos, no quiero que haya una sorpresa poco femenil y decorosa.

Dicho esto, retiróse la reina. Apenas hubo entrado en su gabinete, cuando se introdujo en él nuestra heroína con pasos tímidos y vergonzosos. Luego que sus ojos se encontraron con los de su soberana, echóse á llorar Mercedes, y dejándose caer de rodillas volvió á esconder la cara en el ropage de Doña Isabela. No tardó en domeñarse este prorrumpimiento de sus sen-

saciones, y enderezóse la doncella á fin de aguardar el beneplácito de su régia ama.

—Hija mia, comenzó la reina; supongo que ha cesado ya todo recelo en ti respecto al condecito de Llera. Bien conocidas te son las miras de tu tutora, asi como las mias, y puedes con toda seguridad, en un asunto como el presente, referirte á nuestras cabezas mas frias y á nuestra experiencia mas baqueteada. Don Luis te ama, y nunca ha profesado amor á la princesa, aunque no estaria fuera de lo natural, que un jóven impetuoso, al hallarse espuesto por tanto tiempo á una tentacion seductora, diese á traslucir algun sentimiento pasajero y superficial hacia una jóven dotada de tanta naturalidad y hermosura.

—Todo eso lo ha admitido Luis, señora; nunca fué inconstante aunque tal vez haya sido débil.

—Hija mia, esa es una leccion durísima de aprender, en esta época de tu vida, dijo con gravedad la reina; pero mas dura aun hubiera sido para tí, si diferido se hubiese hasta que la ternura mas íntima de la esposa hubiera relevado á los impulsos de la inesperta amante.

Ya has oido el dictámen de los sabios doctores; y este dá poquisima esperanza de que la princesa Ozema pueda quedar con vida.

—Ah, señora, su destino es verdaderamente cruel! El morir entre estrangeros, en la flor de su edad, y el corazon despedazado con el peso de un amor no correspondido!

—Y sin embargo, Mercedes, toda vez que el Cielo se abra á su despertada vista, luego que se concluya para ella la última escena terrenal felice habrá de ser la transicion; y los que su muerte lamentáren, mejor mil veces harian en celebrarla jubilosos. Una virgen tan jóven é inocente;¹⁹⁹ la pureza de cuya alma se nos ha manifestado tan esenta del mas leve doblez, por decirlo asi, y la que hemos visto que de nada careciera, á no ser de los frutos de una instruccion piadosa, poco tiene que recelar atento á errores personales. Cuanto se necesita en pró de un ser semejante, es colocarla dentro del santuario de la gracia de Dios, consiguiendo para ella, el sagrado rito del bautismo, y alcanzado esto no tiene nuestra iglesia un obispo que finir pudiese con esperanzas mas seguras de un glorioso porvenir.

199. One so youthful and so innocent! (TO, p. II-215).

—Esa santa ceremonia vá á administrársela ahora mismo el señor arzobispo; segun he oído, señora.

—Eso depende de tu voluntad hasta cierto punto, hija mia. Escúchame, y no te precipites en tu decision, que puede comprometer el salvamento de un alma humana.

Refirió en seguida la reina á Mercedes la estraña súplica de Ozema, adhibiendola á su collocutora en términos tan seductores y dulces, que produjo en ella menor alarma de la que anticipára la material Isabela.

—Doña Beatriz habia concebido un proyecto, que á primera vista pudiera aparecer, plausible pero el cual sancionar no puede la reflexion. Eran sus miras hacer que el conde se casase personalmente con Ozema.—Estremeciósese Mercedes, y tornósese mas pálida que las cenizas— con el objeto de que las últimas horas de la jóven estrangera fuesen solazadas con la constancia de verse esposa del hombre á quien idolizaba; pero yo he hallado serias objeciones que ofrecer en contra de semejante determinacion. ¿Cual es tu dictámen sobre esto, hija mia?

—Señora, si yo pudiera creer... como recientemente lo hice; pero ahora de ninguna manera que profesase Luis á la princesa una predileccion semejante, que fuese dable le condujera al fin á sellar la felicidad de aquel afecto mútuo sin el que debe de ser el matrimonio una maldicion en vez de una dicha; yo seria la última en oponerme; aun mas, creo que hasta pudiera suplicar de hinojos esa gracia de Vuestra Alteza, pues la que ama de veras no puede tener otra mira que la de afianzar la felicidad del objeto á quien prefiere. Mas estoy segura de que el conde no profesa á Ozema aquel cariño que es necesario para este fin; y, señora, ¿no seria una accion profana recibir los sacramentos de la iglesia, bajo la garantia de unos votos que el corazon no solo deja sin correspondencia, sino contra los cuales se encuentra en actual lucha?

—Escelente niña! Esas son precisamente mis propias miras de la cuestion, y las razones, en que apoyada, he contestado á la marquesa. No es justo que de juguete nos sirvan los ritos de la iglesia, y es nuestro deber someternos á aquellos pesares que pueden aplicársenos definiti-

vamente para nuestro eterno bien estar; aunque mas duro sea el sufrir los agenos que los propios. Solo queda que decidir sobre este capricho de Ozema, y que te resuelvas á casarte ahora mismo á fin de lograr que la jóven india consienta en recibir el sagrado bautismo.

Apesar de la sumision de sentimientos, con la cual amaba nuestra heroína á Luis, necesario de luchar fuertemente con sus hábitos y con sus ideas de conveniencia antes de dar este grave paso tan de súbito y con tan breve preparacion. Triunfaron, sin embargo los deseos de la reina; pues que sentia Isabela que una inmensa responsabilidad gravitaba sobre su propia alma, al permitir que muriese la estrangera sin que fuese incluida en el redil de la iglesia. Luego que Mercedes se avino, despachó la reina un page á la marquesa de Moya, y luego, asi ella como su jóven protegida se arrodillaron, y estuvieron juntas una hora, ocupadas en los egercicios espirituales adecuados á la ocasion. En esta guisa, y sin desperdiciar un solo pensamiento sobre las vanidades del tocado, al paso que enclavando todas sus mientes en los preparativos que el lance requeria, se

Presentaron áquellas dos mugeres incomparables á la puerta de la capilla real, donde acababan de trasladar á Ozema en su lecho. Hizo la marquesa que cubriesen de un velo blanco la cabeza de Mercedes, y algunas ligeras variaciones habian tenido lugar en sus vestiduras, para cumplir con la deferencia habitual que se tributaba al ara sagrada y á sus ministros.

Ya se hallaban reunidas alli algunas doce personas, merecedoras de la régia confianza; y al ir á darse las manos los novios se presentó el rey Don Fernando con visible premura, y llevando en la mano unos papeles, cuyo exámen le habian precisado á interrumpir la cita y los descos de su amada consorte. El soberano de Castilla era un principe de augusto talante, y cuando le convenia, difícil fuera hallar un monarca sobre la tierra que desempeñase su papel con mas gracia ni con mayor dignidad. Haciendo una seña al arzobispo para que detuviese la ceremonia, mandó á Luis que hincase en tierra una rodilla; y luego echándole sobre los hombros el collar de una de sus ordenes mas honoríficas, le dijo:

—Alzaos ahora, noble caballero; y siempre y porjamás cumplid con vuestros deberes respecto á nuestro amo celestial, como atento á nos cumplido últimamente los habeis.

Galardonó Isabela á su marido por esta gracia, con una sonrisa de aprobacion, y la ceremonia prosiguió inmediatamente. Despues de los preliminares de costumbre quedaron desposados nuestros dos jóvenes, y púsose fin á los solemnes ritos. Conoció Mercedes, de resultas del ardoroso abrazo que su marido le dió, que ahora le habia comprendido, y en momento tan deleitoso borraróse de sus mientes hasta la imágen de Ozema, rebozando con la plenitud de su propia felicidad. Colon habia servido de padrino á la novia, honor que el rey le destinára, mientras el mismo soberano se colocó al lado del novio, y aun se dignó tocar con sus manos el yugo que en el velatorio colocaron sobre los hombros de los recién casados. Entretanto Isabel no se apartaba del lecho de Ozema, cuyas facciones no dejó de vigilar mientras transcurriera la ceremonia. No habia tenido ocasion de hacer público alarde de su interés en favor de la novia, pues que sus sen-

timientos habian rebozado de consuno²⁰⁰ en comunión íntima y cariñosa.

No habia invitado la reina á su esposo ni á ninguno de los acompañantes para que se quedara á presenciar el bautismo de Ozema, en atención á su sentimiento delicado á favor de la zozobra que advertia agitaba á la princesa, y de la condicion de una muger estrangera, que por hábitos y opiniones se hallaba revestida de buena parte de los sagrados derechos anéxos al poder real. Habia advertido la intensidad de sentimiento con que la doncella medio culta vigilaba las acciones del arzobispo y de los novios, mientras corrieran las lágrimas de sus propios ojos, al notar la lucha entre el amor y la amistad, que se retrataba en todos los lineamentos de su pálido rostro, aunque todavia estremadamente hechicero.

—¿Dónde cruz? preguntó con ansia Ozema, mientras Mercedes se inclinaba con el objeto de estrechar entre sus brazos las desgastadas formas de la joven India, y besarle los labios.—
Dá cruz... Luis no casar con cruz... dá cruz á Ozema.

Mercedes con sus propias manos, sacó la cruz

del seno de su esposo, donde habia estado apogada á su corazon desde que se la devolvieran, y se la puso á la princesa en las manos.

—Entonces no casar con cruz! balhució la virgen de las selvas, brotándole de los ojos gruesas lágrimas, que casi la impedían contemplar la bien apreciada joya.—Ahora señores, pronto haced Ozema Cristiana!

Empezaba la escena á hacerse demasiado solemne y sensibilizante para dar márgen á muchas palabras, y el arzobispo, á una señal que le dirigió la reina, dió principio á la ceremonia. Esta fué de cortísima duracion, y la bondadosa naturaleza de Isabel no tardó en tranquilizarse con la seguridad de que la estrangera, á quien juzgaba objeto de su cuidado especial, habia quedado alistada bajo las banderas de la iglesia.

—¿Es Ozema cristiana ahora? preguntó la jóven India con una prontitud y sencillez que hizo á cuantos presentes estaban mirarse unos á otros con sorpresa y angustia.

—Ahora bija mia, teneis la seguridad de que la gracia de Dios sea otorgada á vuestras preces, respondióle el prelado, Buscadla con

vuestro corazon, y lo que tan próximo está, será bendecido.

—Cristiano no casar pagano... cristiano casar cristiano.

—Eso muchas veces te lo han dicho, pobre Ozema, dijo la reina Isabel; tal rito no puede solemnizarse debidamente entre cristianos y paganos.

—Cristiano casar primero señora que el amas.

—Muy cierto. El hacer lo contrario seria una infraccion de su voto y una burla á su Dios.

—Asi pensar Ozema... pero el poder casar segunda muger... esposa inferior... señora que ame luego... Luis casar Mercedes, primera muger porque amar mejor; luego casar Ozema, segunda muger... muger menos alta... porque amar á ella despues... Ozema, cristiana ahora, y no daño... Vea, arzobispo, hacer Ozema segunda muger de Luis.

Gimió de recio Isabela y se retiró á una parte lejana de la capilla, mientras Mercedes, prorumpiendo en ruidoso llanto, y dejándose caer de rodillas ocultó la cara en los paños del lecho,

orando fervorosa para que Dios iluminára el alma de la princesa. Pero el arzobispo no acogió esta prueba de ignorancia en su penitente, y de su ineptitud para el rito que de administrarle acabára, con igual compasión é indulgencia.

—Muger obcecada, gritóle el prelado con severidad, el santo bautismo, que vienes de recibir, es saludable, ó no, segun con él nos mejoramos. Acabas de hacer una solicitud tal, que ya abruma á tu ánima con una nueva carga de pecado, al paso que cortísimo es el plazo que para el arrepentimiento te queda. Ningun cristiano puede tener dos esposas al mismo tiempo, y Dios no conoce superior ni inferior, primero ni último, entre aquellos que la iglesia une con sus sagrados lazos. No puedes ser segunda muger de nadie, mientras esté en vida la primera.

—No sería de Caonabo!... de Luis, si... esposa cincuenta, ciento de Luis! ¿No es posible?

—Engañada y miserable mozuela,²⁰¹ te digo que no, no, no... nunca, nunca y nunca. Esta pregunta tiene tal tinte de pecado, que profana esta santa capilla, y los simbolos de la religion que la consagran. Ah! si, besa y abraza tu cruz, é

inclina tu alma en inútil desespero, pues que...

—Señor arzobispo, interrumpió la marquesa de Moya con una acritud que denotaba hasta que punto habia tomado fuego su antiguo espíritu—basta de esto. El oido que heris en este instante, se encuentra sordo ya, y el pobre espíritu ha remontado el vuelo hácia el tribunal de un ser, superior á vos, y segun espero al de un juez mas benigno. Ozema acaba de espirar!

Era muy cierto. Sobrecogido con las voces del prelado, enmarañadas sus ideas con la confusion que en ellas habia hecho nacer el choque de los dogmas recientemente aglomerados en su imaginacion y de aquellos que en la niñez enseñádole habian, al paso que paralizado físicamente con la certidumbre de haberse anonado su ultima esperanza de unirse á Luis, el espíritu de la jóven indiana habia abandonado su preciosa morada, dejando en el rostro de su cadáver una *avable impresion* de las emociones prevalectes en él durante los ultimos momentos de su residencia terrenal.

Asi remontó su vuelo la primera de aquellas almas, que el gran descubrimiento habia de

rescatar de las preocupaciones del paganismo. Los casuistas pueden refinarse, los sabios aventurar sus conjeturas, y los piadosos cavilar acerca de su suerte probable en la nueva existencia que destinada le era; pero los humildes y los sumisos todo lo esperarán de la beneficencia de un Dios misericordioso. Respecto á Isabela fué tan profundo el golpe que recibió con este suceso, que por largo rato cohibió la idea de su triunfo por el feliz éxito que tuvieran su celo y sus esfuerzos. Sin embargo, poco preveía aquella incomparable muger que tal ocurrencia era un mero tipo del modo con que iba á abusarse de la religion de la cruz, y á desinterpretarse cruelmente; siendo aquel una especie de pronóstico práctico de la inutilizacion de la mayor parte de sus propias piadosas esperanzas, y de sus propios blandos deseos.

CAPITULO X



Para advertir, para mandar formada,
Esta muger perfecta parecia
De mil dulces hechizos rodeada,
Que de angelica luz nino tenia.

WORDSWORTH. 202

El esplendor que cubrió el viaje de Colon trajo en voga los mares. Ya dejó de considerarse una ocupacion poco digna de los nobles el tomar parte en las empresas maritimas; y esa misma propension de nuestro héroe, que tantas veces se

habia traído á colada en censura suya, años atrás, se mencionaba ahora en su buen crédito. Aunque sus verdaderas relaciones con el almirante se dan á luz, por primera vez, en estas paginas por haber semejante circunstancia escapádose de la investigaciones superficiales de los historiadores, le servia de ventaja el que se supiera que habia manifestado, lo que puede llamarse una disposicion marina, en un siglo cuando la mayor parte de los hombres pertenecientes á su rango, y que pretendian á sus mismas esperanzas, estaban satisfechos con ganar sus laureles sobre la tierra firme. Llegó á entrar en una especie de moda el océano; y el caballero que habia contemplado su vasta y no interrumpida estension, fuera de la vista de la madre tierra, consideraba al que ne tuviera semejante dicha, con tan altiva superioridad como el que habia ganado sus espuelas solia mirar al que hubiese permitido que el periodo adecuado de su vida se pasase sin hacer un esfuerzo para obtenerlas. Muchos de los nobles cuyos estados se hallaba á orillas del Mediterráneo, ó del Atlántico, han bilitaron barcos costaneros—las *balandras de recreo*,²⁰³ del siglo décimo quinto—y se les veía

seguir las sinuosidades de las gloriosas costas de aquella parte del mundo, procurando alcanzar cierta satisfaccion de un egercicio que tan meritorio parecia el emular. Que igual fortuna cupiese á todos los que intentaron por este medio transferir los hábitos de las cortes y castillos á los estrechos límites de la saluca y del *xabeque* fuera demasiada osadia asegurarlo; pero hay poco peligro en sostener que el espíritu de la época estuvo robustecido por ensayos semejantes, y que los hombres se avergonzaban de envilecer lo que era igualmente la política así como la afectacion de aquellos dias el ensalzar. El espíritu de rivalidades entre Portugal y España, contribuía también á las sensaciones de aquellos triunfos, y no tardó el jóven, que jamás dejara sus playas nativas, en verse espuesto á que se le señalase con el dedo por falta de ánimo; antes mas bien que se motejara al aventurero por causa de su inestabilidad escéntrica y vagarosa.

Entretanto proseguian las estaciones en su carrera ordinaria, y en su usitado curso los acontecimientos, siguiéndose los efectos á las causas. Al finar el mes de Setiembre, aquella parte del

Occéano que linda precisamente con aquel estrecho y romántico paso que separa la Europa del Africa, mientras pone en comunicacion el avanzante Mediterráneo con los baldíos mas anchurosos del Atlántico, brillaba á los rayos del Sol, que doraban al mismo tiempo cuantos objetos se alzaban sobre la superficie de las aguas cerúleas. Estos últimos no eran muy numerosos, aunque una docena de velas, diversas en hechura, se deslizaban lentas en busca de sus rumbos, á impulsos de las blandas brisas propias de aquella estacion. De todas estas navecillas, tenemos que ver con una tan solo, que no estará demás describamos en términos generales.

El velámen del barco á que aludimos era latino, y tal vez el mas pintoresco de cuantos ha inventado la ingeniosidad del hombre como accesorio de una *vista*, ya se exhiba esta á los ojos en un lienzo, ya en sus verdaderas dimensiones y sustancia. También su situacion era precisamente la que el pintor hubiese elegido como la mas favorable á su pincel; pues que aquella pequeña faluca navegaba viento en popa, con cada una de las extremidades superiores de sus

altas y puntiagudas velas puesta á cada lado, (*) mientras hinchando el viento la lona, les daba cierta similitud con las alas de alguna enorme ave, que estuviese reuniéndolas al allegarse á un lugar de reposo. Notábase también una simetria extraordinaria en su cordage y arboladura; mientras el casco, engalanado con fajas de las mas exactas proporciones, aparentaba un aseo y elegancia que daba á entender era aquella una nave perteneciente á algun noble.

El nombre de la faluca era «Ozema,» y llevaba á su bordo al conde de Llera y á su jóven esposa. Luis, quien habia adquirido una parte no escasa de los conocimientos náuticos de su época, mandaba las maniobras personalmente, aunque Sancho Mundo daba erguidos trancos alrededor de la cubierta con aire de autoridad, pues que era el patron titular, aunque no el verdadero de la navecilla.

—Ay—ay—Bartolo, amarra bien el ancla;

(*) Llama la gente de mar «orejas de mulo» al aspecto que presenta un barco, que navega en popa, con dos velas latinas. Nuestros *místicos* hoy ofrecen esta vista con frecuencia. 204

N. del T.

dijo el de la compuerta del dique, al inspeccionar el castillejo de proa, en una de las rondas que no dejaba de hacer cada media hora—pues por muy favorable que nos sople la brisa, y por muy blanda que la estacion nos parezca, nadie sabe de que humor encontraremos al Atlántico luego que su merced esté bien despierto. En el gran viage que hicimos á Catay, nada pudo ser mas propicio á la idea, ni que mas diablos encarnados nos soltase á la bendita vuelta. Doña Mercedes hace una excelente marinera; y no hay quien pueda adivinar por donde ni hasta que distancia se le antoje al señor conde llevarnos por puro capricho, una vez que ha dado rienda suelta á la jaca. Dígoos, camaradas que así la gloria como el oro podrá sobre vosotros llover, cuando esteis mas descuidados, hallándoos en el servicio de un noble de este jaez; y supongo que ninguno de vosotros os habeis olvidado de hacer buenas pacotillas de cascabeles, que son tan á propósito para pescar doblas, como las campanas de la catedral de Sevilla para congregar cristianos.

—Seor Mundo—gritó nuestro héroe desde el alcazar—que suba un hombre á la punta de la

gavia y registre la mar al norte y este de nosotros.

Esta orden interrumpió uno de los jactanciosos discursos de Sancho, y le obligó á hacerla egecutar sin demora. Luego que el marino á quien se comisionara hubo *gateado*²⁰⁵ hasta llegar á aquella elevada y al parecer peligrosa atalaya que le mandáran ocupar, cuando se le dirigió una pregunta desde la cubierta, para que dijese si divisaba algo.

—Señor conde, respondió el marinero, el océano está sembrado de naves, hacia el lado que Vuesencia acaba de señalar, y se parece á la embocadura del Tajo, al primer arranque de una ventolina del oeste.

—¿Puedes contar cuantas son? si te es posible dime su número, vociferó Luis.

—Por la santa misa, señor, replicó el hombre, despues de tomarse tiempo para verificar su cálculo.—No veo menos de diez y seis—no, ahora descubro otra; si, una mas pequeña que vá saliendo de detrás de una carraca de grueso porte—diez y siete cabales son.

—Entonces llegamos todavia á tiempo, amor mio, exclamó Luis, volviéndose deleitado hácia

Mercedes—otra vez le apretaré la mano al almirante, previo á su nuevo viage hácia Catay. Tu haces muestra de estar tan alegre como yo, al ver que nuestro esfuerzo no ha sido vano.

—Lo que á ti te complace, Luis, está seguro de complacerme á mí tambien, contestó la esposa.—Cuando solo existe un interés, existir debe un solo deseo.

—Amada... amada Mercedes! tu harás de mi cuanto se te antoje. Esa disposicion tuya, verdaderamente celestial, asi como tu pronto consentimiento en emprender conmigo esta viajata, me amoldan en tales terminos que mas habré de pertenecer á ti que á mi mismo.

—Y sin embargo, Luis, esa amoldadura parece que va saliendo al revés, dijo sonriendose la jóven castellana, por que es mas probable que me conviertas á mí en vagamunda, que consiga yo fijar tu espíritu andalón dentro de los límites del castillo de Llera.

—¿Este viage por mar ha sido contrario á tus deseos, Mercedes? preguntó Luis con la vehemente prontitud de una persona que recela haber incurrido en algun acto de indiscrecion.

—No, queridísimo Luis; tan léjos de eso, que he venido con el mayor placer, prescindiendo de la satisfaccion que cabido me ha en darte gusto. Por buena fortuna el movimiento de la nave no me dá ninguna incomodidad, al paso que lo nuevo de estas escenas me proporciona un deleite tan agradable como escitador.

El decir que nuestro héroe se regocijára por mas de un motivo, equivale á añadir que aun le entusiasman las diversidades que la mar ofrece.

Al cabo de media hora columbrábase ya el buque del almirante desde la cubierta del «Ozema,» y antes que el Sol llegase á su meridiano, vióse á la pequeña faluca deslizándose por el centro de la escuadrilla, en busca de la caraca donde iba embarcado Colon. Despues de las preguntas de costumbre náutica, enterado el almirante que Doña Mercedes habia ido á despedirse de él, acudió con adecuada galanteria abordo del buque «Ozema,» á fin de tributar su acatamiento en persona á tan escelsa dama. Las escenas, á través de las cuales habian pasado juntos, crearon en Colon un interés paternal respecto á Luis, en el cual tenia su par-

te Doña Mercedes, en atención á la influencia de su noble proceder durante los acontecimientos ocurridos en Barcelona. Por lo tanto, presentóse á los felices esposos con un afecto ennoblecido por la dignidad, su acogida participó de los sentimientos en que el ilustre conde y su sensible esposa tan plenamente reverberaron.

Nada pudo ser mas sorprendente para cualquiera que ambos sucesos hubiese atestiguado, que el contraste que entónces se ofrecía entre los recursos que acompañáran al celebre piloto gogovés en este viage, y en el anterior. La primera salida se hizo, en medio de la indiferencia por no decir del olvido de todo el mundo, con tres barcas, reunidas á duras penas, y á mas duras penas tripuladas; cuando por lo contrario ahora, emblanquecian el océano sus lonas y rodabanle un numeroso séquito de hidalgos españoles. Luego que se supo hallarse la condesa de Llera á bordo de la faluca que habia detenido á la escuadra, echáronse á la mar los lanchones de la mayor parte de los buques, y celebró Mercedes una especie de besamanos sobre el seno del Atlántico anchuroso; mientras sus propias camaristas, entre las cuales se con-

taban dos ó tres damas de alta alcurnia, la asistieron en hacer los honores del recibimiento y la turba de nobles que sobre la cubierta hormiguaba. La balsámica influencia del aire puro del océano, contribuyó á hacer mas agradables aquellos momentos, y por espacio de una hora presentó el "Ozema" un espectáculo de cortesania y esplendor, cual nunca habia atestiguado ninguno de cuantos se hallaban presentes.

—Hermosísima condesa! exclamó uno que habia sido un desechado pretendiente de nuestra heroína; bien veis á que actos de desesperacion me precipita vuestra crueldad; pues que voy en busca de aventuras hasta el remotísimo oriente. Bien puede agradecer Don Luis que no acometiera yo esta empresa antes que él ganase vuestro favor; pues que no se espera que de aqui en adelante haya ninguna damisela española que pueda resistirse á las pretensiones del mas infimo de los secuaces del señor Colon.

—Podrá ser cierto lo que decis, caballero; contestó Mercedes, al paso que henchia su corazón la consciencia de que aquel á quien habia elegido acometiéra de entusiasmo aquella azarosa empresa; cuando otros encogido se ha-

bían á la idea del riesgo, y cuando sus resultados eran todavía un misterio, envuelto en las tinieblas de un ignoto porvenir.—Podrá ser cierto lo que decís; pero una persona dotada como yo de deseos moderados, debe contentarse con estos viajes humildes á lo largo de la costa, en los cuales por feliz fortuna le es dado á una muger acompañar á su marido.

—Señora, gritó el galante é impertérrito Alonso de Ojeda á su vez. Don Luis me hizo dar en tierra un lindo batacazo, cuando el torneo que tendreis presente, en virtud de un esfuerzo tan limpio como varonil, y cuyo lance no ha dejado en mi pecho un escrúpulo de rencor; mas ahora podré mas que él pues que se contenta con tener á la vista las riberas de España cediéndonos la gloria de buscar las Indias y de sujetar los infieles al yugo de nuestros soberanos.

—Suficiente honra es para mi esposo, señor, el poder vanagloriarse de la buena ventura á que aludís, y debe quedar satisfecho con la nombradía que adquiriera en aquella ocasion.

—Condesita, de aquí á un año, mas le habriais de querer, si se viniera con nosotros pa-

ra hacer alarde de sus bríos entre los hidalgos del Gran Khan.

—Bien veis, Don Alonso, que tal como es mi marido, no le tiene en menosprecio el señor Almirante. Quieren tener en la cámara una entrevista juntos; honra que Don Cristóval no estaria muy dispuesto á dispensar á un hombre retrechero ni falto de espíritu.

—Es cosa estraña! interpuso el amante desechado; el favor que goza el conde con el almirante nos sorprendió á todos en Barcelona. ¿Será posible, Ojeda, que hayan navegado juntos en algunas de sus antiguas correrías por la mar?

—Por lasanta misa! señores, dijo Don Alonso riéndose; si Don Luis se encontrase con el almirante como se encontró conmigo en las lizas, parece-me que una sola entrevista les bastaria para todo el tiempo que de vida les queda!

En esta guisa prosiguió la conversacion, los unos hablando con liviandad, los otros en términos mas formales; pero todos amistosamente. Mientras esto sobre la cubierta se pasaba, habiase Colon retirado á su cámara con nuestro héroe:

—Don Luis, dijo el almirante luego que se hubieron sentado el uno junto al otro, y se vieron sin testigos de vista; bien sabéis la estima que os profeso, y siéntome seguro de que me la retribuis con igual grado de afecto. Dejo ahora la España, en busca de una aventura mucho mas peligrosa que aquella en que fuisteis compañero mio. Entonces me di á la vela cubierto de menosprecio y oculto de los ojos de los hombres, en fuerza de su ignorancia y de su desden; ahora he dejado el antiguo mundo, pisándome los talones la envidia y la malignidad. Soy demasiado viejo para no haber visto y previsto estas verdades. Durante mi ausencia muchos traerán á mal traer mi reputacion. Aun estos que ahora siguen mis huellas tornarse han calumniadores míos, vengándose de la pasada zalameria por medio de la presente detraccion. Los soberanos se verán sitiados con mentiras, y cualquier chasco respecto al grado á que las ilusiones encumbren la esperanza del buen suceso, hará que se me atribuya á crimen. Verdad es que dejo algunos amigos en España; cuento allí con Juan Perez, con San Angel, con Quintanilla y con vos. En vosotros pues ancoo mi con-

fianza, no en busca de favor, sino en pró de la verdad y de la justicia.

—Señor, podeis contar con mi mezquina influencia en todas ocasiones. Os he conocido en los días de dura prueba, y para aminorar mi fô respecto á vos era indispensable, que esas calumnias en nada se pareciesen á las ordinarias.

—Bien creia yo lo mismo, Luis, antes que con tanto ardor y sinceridad lo espresáseis, repuso el almirante, apretándole con ahinco la mano al jóven noble.—Mucho dudo que Fonseca, quien egerce hoy tanto influjo en los asuntos de la reina Doña Isabel, sea verdaderamente mi amigo. Luego, hay un sugeto de vuestra propia sangre y que lleva vuestro mismo apellido, quien ya me ha mirado con malos ojos, y del cual desconfio sobremanera, en llegando una ocasion que se le proporcione de hacerme daño.

—Le conozco bien, Don Cristóval, y tengo en el concepto de que hace poco honor á la casa de Bobadilla.

—Sin embargo, está en candelero, y en buen concepto para con el rey; lo que ahora es de suma importancia.

—Ab! señor, en ese ladino monarca, que dos caras tiene, no busqueis cosa ninguna que ofrezca visos de generosidad. Mientras que los oídos de Doña Isabel permanezcan abiertos á la voz de la verdad, nada tendreis que temer; pero Don Fernando va haciéndose cada dia mas mundano y temporizador.—Vive Santiago! es posible que uno, que en su juventud fué un caballero varonil y gallardo, haya de manifestar tanta porcion de la bajeza que haria deshonor á un Alarbe! Sin embargo, mi noble tia vale ella misma por un egército, y permanecerá siéndolos fiel, cual desde el principio se ostentára.

—El Ser Supremo rige todas las cosas, y pecaminoso fuera desconfiar de su sabiduria ó de su justicia. Y ahora Luis una palabra respecto á vos mesmo. La Providencia os ha hecho guarda de la felicidad de un ser, cual rara vez se halla á este lado de las puertas del Cielo. El hombre á quien cabe la bendicion de tener una esposa llena de virtudes y de amabilidad, semejante á aquella con quien desposado os habeis, debería erigir un altar en su corazon, sobre el cual hubiera de ofrecer diariamente ¿que digo? á todas las horas del dia, sacrificios de

gratitud á Dios, en reconocimiento de tan rica dádiva; pues que de todas las felicidades con que el Supremo Autor de todo lo bueno bendice la tierra, goza aquel hombre privilegiado de la mas pura, mas escelente, mas deliciosa y mas duradera, siempre que tenga tambien á la vista que permitido no le está el malversamiento de las buenas cualidades que á él mismo otorgadas le fueran. Una muger, como Doña Mercedes, es tan delicada como poco comun. Dejad que su sentido de lo recto cohiba vuestra impetuosidad; que su pureza sirva de contrapeso á los elementos menos refinados de vuestra composicion; dejad que sus virtudes estimulen las vuestras propias; que su amor alimento el vuestro con imperecedera llama, y que su ternura sirva de incesante apelacion á vuestra tutela é indulgencia varonil. Llenad todos vuestros deberes cual conviene á un Grande de España, y buscad la felicidad únicamente en la partícipe de vuestro seno, y en el amor de Dios.

En seguida dió el almirante su bendicion ó Don Luis, y despidiéndose de Mercedes, con igual solemnidad, se apresuró á ganar su caravela. Lancha tras de lancha dejó el costado

de la faluca; mientras muchos de los que ya se habian despedido, volvian á hacerlo con gritos y señas luego que ya se hallaban á gran distancia. Pocos minutos despues las pesadas vergas dieron vuelta columpiándose, y volvió la flotilla á seguir lentamente su rumbo hácia el sudoeste, y en la direccion, cual entónces se creia de las distantes playas Indianas. Durante una hora permaneció el «Ozema» donde lo dejara Colón, cual si estuviese atisvando la retirada de sus amigos; luego, soltó la recogida lona, que no tardó en verse henchida por el viento, y en seguida viró hácia la costa en cuyo seno yacia el puerto de Palos de Moguer.

La tarde estaba deliciosamente balsámica, y luego que la faluca se aconchó á tierra, la faz de las aguas marinas estaba tan lisa como la superficie de un lago que duerme en el seno de los montes. Solo había el viento suficiente para refrescar la atmósfera, é impeler la navichuela através de las aguas, con la celeridad de tres á cuatro millas por hora. El alcázar era la morada habitual de Luis y Mercedes durante el dia. Formábalo por la parte exterior un tinglado que pandeaba como el toldo de un galeron,

mientras la parte interna se hallaba engalanada de telas preciosas, que la convertian en una lindisima aunque pequeña sala. De frente, un cortinaje de lona la ocultaba á los ojos de la tripulacion, y hácia la popa se corria una rica cortina, cuando era necesario incomunicar la vista por otra parte. Este último telon se hallaba ahora formando ondas al desgaire, permitiendo que la vista recorriese el estenso océano y contemplase las glorias del sol poniente.

Recostada Mercedes en un lujoso catre se hallaba mirando hácia el océano, mientras Luis pulsaba una guitarra sentado á sus pies en un escabel. Acababa de tocar una cantinela nacional, acompañándola con su voz, y de soltar de las manos el instrumento, cuando advirtió que su esposa no le prestaba oido, con la aficion y arrobó con que solia escuchar sus cantatas.

—Estás pensativa, Mercedes, dijo el conde, allegándose á ella con el objeto de leer la expresion melancólica de aquellos ojos que con tanta frecuencia iluminaba el entusiasmo.

—El Sol se pone en direccion del pais de la pobre Ozema, esposo mio, contestóle Mercedes, con la voz agitada de un leve temblor—

esta circunstancia, unida á la vista del ilimitado océano, que tanto se asemeja á la eternidad, condújome á pensar acerca de su fin. Por cierto... por cierto que una criatura tan inocente no puede ser condenada á las penas infinitas, á causa de que su ánima obcecada, y sus apasionados sentimientos, fuesen incapaces de comprender todos los misterios de la iglesia.

—Quisiera, amada mia, que pensases menos sobre esa materia; las preces y las misas que dicho se han por el reposo de su alma, debieran satisfacerte; y si quieres pueden repetirse estos sufragios veces mil.

—Ofreceremos otros muchos, contestó la jóven esposa, hablando en voz apenas inteligible, mientras le caian por las mejillas gruesas lágrimas. El mejor de nosotros necesitará de misas, y ²⁰⁶ nosotros debemos esto á la pobre Ozema. ¿Te acordaste de interponer tu influjo para con el almirante á fin de que á su llegada á Española preste á Mattinao cuantos servicios esten en su poder?

—De eso se ha cuidado, y así desecha de tu espíritu cuanto tiene referencia á tal idea. Ya se ha construido el monumento en Llera, y

aunque podamos sentir la pérdida de la infelice jóven, no tenemos razon de lamentarla. Si yo no fuera Luis de Bobadilla, tu esposo, mas bien la consideraria como objeto de envidia, que de lástima.

—Ah! Luis, tu lisonja es demasiado grata para que vituperarse queda, mas apenas ha de juzgarse tempestiva. Hasta la dicha que experimento en estar segura de tu amor, en que son unos nuestros destinos, nuestros nombres, nuestros intereses, es una bagatela en comparacion de los goces seráficos que los bien aventurados disfrutan; y á la fruicion de goces semejantes anhalaria que elevado se hubiese el alma de Ozema.

—No lo dudes, Mercedes; ella tuvo en su abono cuanto pretender pueden la inocencia y la bondad. Por san Pedro! si ella disfruta la mitad de la delicia que me enagena al estrecharlo así á mi corazon, no hay que tenerle lástima, y tu dices que goza ella de centuplicados deleites.

—Luis, Luis, no te espreses con tanta liviandad. Haremos que se digan otras misas en Sevilla, así como tambien en Burgos y en Salamanca.

—Cuantas quieras, amor mio. Que las digan todos los años, todos los meses, todos los dias, para siempre jamás, ó todo el tiempo que la gente de Iglesia juzgue que puedan tener adecuada virtud.

Sonrióse Mercedes para manifestar su agradecimiento, é hizo la conversacion menos penosa, aunque siempre de carácter triste. Así se pasó una hora, durante la cual, fué el coloquio de aquella dulce especie que demarca los ratos de intimidad de las personas que se aman tiernamente. Ya habia adquirido Mercedes un poderoso imperio sobre las propensiones arrebatadas de su marido, y sin saberlo ella misma iba ya amoldándole á sus propios sentimientos. En esta mudanza, que era efecto de la influencia, y no del cálculo ni del designio, ayudaban á la jóven condesa las nobles cualidades de nuestro héroe, que secretamente le persuadían que ahora estaba bajo su tutela la felicidad de otro ser así como la suya propia. A esta insinuacion rara vez se resiste un alma verdaderamente generosa, y produce la correccion de los defectos de menor cuantía con mucha mayor eficacia que hacerlo pudiera un manejo directo

ó un abierto reproche. Tal vez quizás el arma de mas poder que estaba en posesion. Mercedes, era la implicita confianza que tenia en la excelente indole de su esposo, pues que Luis deseaba de todas veras ser tal, como ella efectivamente le creia; opinion que su propia conciencia no corroboraba del modo mas positivo.

Al ponerse el Sol, vino Sancho á avisar que acababa de dar ancla.

—Aqui estamos ya, señor Conde, aqui estamos por fin, señora Doña Mercedes, á la vista de Palos, y á cien varas del mismísimo donde Don Cristóval y sus valientes compañeros salieron para descubrir las Indias... Dios le bendiga un centenar de veces, así como á todos los que le acompañaron. La lancha está lista para llevaros á tierra; y allí si no hallais, señora, las catedrales y los palacios de Sevilla ó de Barcelona, encontrareis la villa de Palos, y la iglesia de Santa Clara, y la compuerta del dique—tres lugares que en lo venidero van á hacerse mas célebres que las capitales susodichas; á saber: Palos, porque envió de sus entrañas la expedicion; Santa Clara porque la salvó del naufragio, en virtud de los votos que en sus altares se cumplie-

ron, y la compuerta del dique porque al otro lado de ella se construyó la nave del almirante.

—Y por otros grandes acontecimientos, buen Sancho, dijo el conde.

—Así es, señor escelentísimo; y por otros grandes acontecimientos. ¿Quiere Usencia que se desembarque, señora?

Asintió Mercedes, y diez minutos después, ella y su esposo paseaban la playa á diez varas del punto mismo donde Colón y Luis se habían embarcado el año anterior. Las arenas duras se hallaban á la sazón cubiertas de gentes que tomaban el fresco de la tarde. La mayor parte de ellas pertenecía á la clase humilde del pueblo, siendo aquel el único país del mundo en nuestra opinión, donde las clases acomodadas no tienen costumbre de mezclarse con las menesterosas en los paseos, para gozar de la blandura del clima en aquella hechicera hora.

Habíanse desembarcado Luis y su hermosa mujer solo con el objeto de hacer ejercicio y tener un rato de solaz, pues bien les constaba que su faluca tenía mejores comodidades que pudieran ofrecerles los mesones de la villa de Palos, y así se mezclaron entre la turba de los

demás paseantes. Encontraron un corro de jóvenes esposas que conversaban con abinco, hablando bastante de recio para que pudiera entreírseles. Al momento nuestro héroe y heroína interrumpieron su propio discurso, al hallar que el asunto del coloquio de aquellas mugeres era el viage á Catay.

—Hoy, dijo una, en tono de autoridad, ha salido de Cádiz Don Cristóbal; porque los soberanos juzgáran que Palos es un puerto demasiado mezquino para el equipo de tan grande armamento. Podeis creer lo que os digo, vecinas; porque mi marido, como todas sabeis, tiene un alto destino en la mismísima nave del señor Almirante.

—Bien se os puede tener envidia, vecina, al ver que está tan en favor con un hombre tan grande.

—Y como no habría de ser así, viendo que estuvo con él en el otro viage, cuando pocos tuvieron ánimo bastante para acompañallo, y además siempre se prestó sumiso á sus órdenes. «Mónica—no, que fué «honrada Mónica,» me dijo el almirante con su propia boca, tu Pepe es un leal marinero, y se ha conducido á mi

mayor satisfaccion. Lo haré guardian de mi propia carraca, y tu posteridad, hasta los siglos mas remotos del porvenir, jactaros podreis de pertenecer á un hombre tan digno.» Estas fueron sus palabras y como lo dijo lo hizo-pues que ahora mi Pepe es nada ménos que guardian. Pero tambien los padre nuestros y ave marias que he rezado, para que el pobre llegase á conseguir tan buena fortuna, bastarian para enlosar todos estos arenales.

Adelantóse ahora Don Luis, y saludó al corro, dando por disculpa su curiosidad de saber los pormenores de la primera salida. Como lo esperaba, no le reconoció Mónica, en razon al magnífico vestido que llevaba puesto ahora, y ella de buentísima gana le refirió cuanto sabia, con una añadidura no pequeña. Manifestó esta entrevista cuan fácilmente aquella muger habia pasado del desespero á la mas viva complacencia, deduciendose de aqui el general y mas público cambio de sentimientos por el egemplo individual de un caso determinado.

—He oido hablar mucho de un tal Pinzon, añadió Luis, de uno que salió mandando una caravela en ese viage ¿qué se ha hecho de él?

—Señor, ha muerto, contestaron á la vez una docena de voces, aunque la de Mónica consiguió la primacia para seguir contando la historia.—Era un gran hombre en esta tierra; pero ahora ha perdido su fama asi como su vida. Fué desleal, y murió de pesadumbre, segun dicen, al hallar á la Niña anclada en el rio, cuando creia conseguir para sí mismo toda la gloria.

Habian absorto demasiado á Luis sus propios sentimientos para que esta noticia hubiera llegado antes á sus oidos, y continuó su paseo, caviloso y triste.

—Ese es el galardón de las esperanzas ilegales, y de los designios desaprobados por Dios! exclamó el jóven conde, luego que se hubo alejado con su esposa. La Providencia, segun creo, ha estado de parte del almirante; y por cierto, muger divina, que de la mia tambien.

—Esta es Santa Clara! observó Mercedes. Quisiera entrar en la iglesia, Luis, y dar gracias al pie del ara por tu salud y próspero regreso, ofreciendo tambien mis preces por los futuros triunfos de Cristóval Colon.

Entraron ambos en el templo, y arrodillá-

ronse delante del altar mayor; porque en aquel siglo los guerreros mas bravos no se avergonzaban como en los nuestros, de hacer pública manifestacion de su gratitud á Dios, y de su dependencia en su salvaguardia. Terminado este deber, la feliz pareja regresó á la playa y volvió á bordo de la faluca.

Por la mañana temprano el buque Ozema se hizo á la vela para Málaga, pues que Luis recelaba que le conociesen si se detenía por mas tiempo en Palos. Llegaron con felicidad al puerto de su destino; y muy en breve se trasladaron á Valverde, hacienda principal de Mercedes, donde dejarémos á nuestro héroe y heroína en los goces de una dicha, que fué tan completa como podía proporcionarla la union de la ternura varonil por la una parte, y la pureza de sentimientos y el amor femeníl y desinteresado por la otra.

En época posterior hubo otros Bobadillas en España, con el nombre de Luis entre sus gallardos nobles, y otras beldades, con el de Mercedes, hicieron palpitar el corazon de los valientes y de los erguidos; pero solo hubo una «Ozema.» Apareció esta en la corte, durante

el reinado sucesivo, por algun corto tiempo, brillando como una estrella que acababa de nacer en una atmósfera purísima. Su carrera, sin embargo, fué muy breve pues que murió jóven y llorada, desde cuyo periodo hasta el nombre mismo ha perecido. Es, en parte, efecto de estas circunstancias el que nos hayamos visto obligados á extraer tanta parte de nuestra leyenda de los perdidos recuerdos de aquella portentosa época.

